

CÁTEDRA EXTRAORDINARIA COMPLUTENSE DE HISTORIA MILITAR

*Aportaciones de los coloquios de Jóvenes
Investigadores en Historia y Arqueología Militar.
Nuevas Perspectivas*

Directora
Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Coordinadores
Carlos Díaz-Sánchez
Alberto Puig Carrasco



CÁTEDRA EXTRAODINARIA COMPLUTENSE DE HISTORIA MILITAR

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas



Primera edición: diciembre, 2020

[Aviso Legal] Ni la Cátedra ni los coordinadores de esta obra se hacen responsables de las opiniones, información y datos reflejados por cada uno de los autores que componen este volumen colectivo. Cada autor es responsable jurídico único de lo expuesto en su escrito amparándose en su libertad de expresión e ideas.

©De todos los autores que componen la obra.

© De la presente edición: Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar

ISBN: 978-84-09-26116-1

Reservados todos los derechos

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin la debida autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

CÁTEDRA EXTRAODINARIA COMPLUTENSE DE HISTORIA MILITAR

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas

Directora

Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Coordinación de la edición

Carlos Díaz-Sánchez

Alberto Puig Carrasco

MADRID, 2020

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
LAS GUERRAS DÁRICAS Y SU TESTIMONIO ARQUEOLÓGICO: LOS CAMPAMENTOS.....	
María Ruiz Vega.....	19
LAS FORMACIONES ROMANAS A TRAVÉS DE LA ARQUEOLOGÍA EXPERIMENTAL Y LA RECREACIÓN HISTÓRICA: LA FORMACIÓN TESTUDO Y EL FRENTE DE BATALLA EN ÉPOCA ALTO IMPERIAL	
Marco Almansa Fernández.....	49
<i>DEUS EX MACHINA: L'ULTIMA STRATEGIA. L'UOMO, GLI ADYNATA E L'AGIOGRAFIA BELLICA</i>	
Antonio Pio Di Cosimo	69
EL PAPEL DE LOS SAMURAI, SHINOBI Y SŌHEI EN EL FIN DE LA EDAD MEDIA JAPONESA...	
Alonso de Rojas Pascual	97
LAS BANDERAS ROJAS DEL MAR. TÁCTICA, ARGUCIAS, Y ESTRATEGIA DE CORSARIOS Y PIRATAS EN LA EDAD MODERNA	
Natalia Malvar Ariza	117
NAGASHINO: DEL FILO A LA PÓLVORA	
Luis Antonio Carretero Martínez	131
"ARQUEOLOGÍA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-39). LA FORTIFICACIÓN DE MONTE BERNORIO Y SU IMPRONTA EN LA TIERRA (PALENCIA)".....	
Alicia Hernández-Tórtoles e Israel Jacobo Alcón García	149
EL PLANTEAMIENTO ESTRATÉGICO ESTADOUNIDENSE DURANTE LA GUERRA FRÍA.....	
José Antonio Abreu Colombri.....	177
LOS CAMBIOS EN LA GEOESTRATEGIA MUNDIAL DESDE LA CAÍDA DE LA URSS. UNA APROXIMACIÓN GLOBAL.....	
Óscar Corcoba Fernández.....	197
PLUMA Y ESPADA: LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL REINO DE TOLEDO.....	
Carlos García Torresano	229

BASILIO II, EL MATADOR DE BÚLGAROS	
Juan Valverde Ayuso.....	243
LA DEFENSA DE CHILE BAJO LA CORONA DE ESPAÑA (SS. XVI-XIX). LOS FUERTES DE LA FRONTERA DEL RÍO BIOBÍO.....	
José Miguel Hernández Souza.....	259
LA VIDA COTIDIANA EN ŠEMŠĀRA EN ÉPOCA PALEOBABILÓNICA (CA. S. XX-XVI ANE): EL PAPEL DE UNA CIUDAD FRONTERIZA DURANTE LOS CONFLICTOS	
Patricia Bou Pérez	281
JULIUS CAESAR AND ATLANTIC TIDES: NEW CHALLENGES FOR THE ROMAN NAVY...	
Daniela Dantas.....	299
CONTROL MILITAR DEL TERRITORIO DE CERDEÑA EN EL PERIODO IMPERIAL. STATUS QUAESTIONIS A LA LUZ DE LOS ÚLTIMOS DESCRUBIMIENTOS.....	
Jacopo Amadeo Conti.....	323
ROMA Y EGIPTO: LA PRIMERA GUARNICIÓN Y LOS GABININI	
Mariana Azevedo.....	349
LA FRONTERA FISICA E LA FRONTIERA MILITARE TRA BIZANTINI E LONGOBARDI NELLA PUGLIA SETTENTRIONALE TRA X E XI SECOLO	
Federica Chico y Cosimo Damiano Diella	369
LA CASTRAMETACIÓN EN LOS SIGLOS PLENOMEDIEVALES: TEORÍAS Y ASPECTOS ORGANIZATIVOS	
Enrique Delgado Rodríguez	383
LA GRAN CHICHIMECA: UNA FRONTERA INESTABLE PARA NUEVA ESPAÑA.....	
Alberto Puig Carrasco	407
MILÁN, CORAZÓN DE LA MONARQUÍA: LA CUESTIÓN DE FINALE (1571)	
Diego Pacheco	435
LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA Y LA CARTOGRAFÍA MILITAR DEL SIGLO XVIII ..	
José María Moreno Madrid	467
ENTRE EL PROVECHO Y EL OLVIDO. LOS VOLUNTARIOS ESPAÑOLES EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.....	
Alejandro Acosta López	489

LA DEFENSA DEL LIMES GERMANO Y EL CAMPAMENTO ROMANO DE MOGONTIACUM	
Marco Almansa Fernández	523
LA DEFENSA DE LAS FRONTERAS ESPAÑOLAS EN EL CONTINENTE AMERICANO ENTRE LOS SIGLOS XVI Y XIX: DEL ENFRENTAMIENTO AL PACTISMO. LOS EJEMPLOS DE CHILE Y TEXAS	
José Miguel Hernández Souza.....	543
LOS MARSOS: LOS MEJORES GUERREROS DEL EJÉRCITO ROMANO.....	
Iñaki Sagarna Urzelai	569
LOS “NE‘ARIN DEL FARAÓN”, LA UNIDAD QUE SALVÓ LA VIDA DE RAMSÉS II.....	
Sharif Pablo Bujanda Viloria.....	593
CABALLEROS: LA ÉLITE SOCIAL Y MILITAR DE LA EDAD MEDIA.....	
Adrián Gómez García.....	603
LA LEGION ÉTRANGÈRE FRANÇAISE, 1914-1945: REALITES SOCIALES ET CHANGEMENTS MILITAIRES DANS UN MONDE EN GUERRE.....	
Alejandro Acosta López y Mariella Terzoli	629
LA INTRODUCCIÓN EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL DE LAS DIVISIONES PENTÓMICAS	
Alberto Guerrero Martín.....	653

INTRODUCCIÓN

Un año más la Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar con el apoyo incondicional y profesional del Instituto de Historia y Cultura Militar presentan otra edición de sus actividades. En este volumen se presentan los resultados de los tres coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar realizados entre los años 2017 a 2019 cuyas ediciones versaron sobre la siguiente temática: *Tácticas y estrategia* (2017); *Límites y fronteras* (2018) y *Unidades y tropas* (2019). Nuestras primeras palabras han de ser de agradecimiento para los jóvenes estudiantes y doctores noveles que participaron en ellos y que, dedicándonos su tiempo y su mejor saber, nos proporcionaron los textos que componen este volumen. Gracias a ellos, es posible que, desde la Cátedra, se puedan seguir cumpliendo los objetivos que se reflejan en el convenio firmado entre la Universidad Complutense de Madrid y el Ministerio de Defensa hace ya ocho años, siendo el Instituto de Historia y Cultura Militar y la Facultad de Geografía e Historia los dos organismos encargados de dar cumplimiento a las estipulaciones de dicho convenio. La imagen de la portada es un óleo sobre lienzo de un episodio de la “Batalla de Poltava” realizado por Pierre-Denis Martín en 1726 que se encuentra en la actualidad en el Museo Estatal de Cultura de Moscú.

En esta ocasión tuvimos el honor y el privilegio de contar con especialistas procedentes de más de veinte universidades distintas, Universidad Complutense (UCM), Universidad Autónoma de Madrid (UAM), Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Universidad de Alicante (UA), Universidad de Alcalá de Henares (UAH), Universidad de Córdoba (UCO), Universidad de Málaga (UMA), Universidad de Barcelona (UB), Universidad Carlos III (UC3), Universidad de Oviedo (UNIOVI), Universidad de La Laguna (ULL), Universidad de Lleida (UDL) y Universidad de Zaragoza (UNIZAR). Y de otras instituciones académicas del extranjero, lo que confirió una mayor riqueza y variedad a los trabajos presentados por los investigadores. Algunas de estas instituciones fueron, Boise State University, École Pratique des Hautes Études (EPHE), Universidad La Sapienza, Universidad de Lisboa (ULISBOA), Università degli Studi di Cagliari (UNICA), Università degli Studi di Firenze (UNIFI), Universidade de Évora (UEVORA).

En estos coloquios se optó por organizarlos en base a mesas temáticas divididas por época y periodo histórico a tratar. Gracias a esto pudimos tener una secuencia temporal evolutiva desde la Antigüedad hasta nuestros días. Asimismo, en base a ello, hemos mantenido este orden cronológico dentro de cada una de las partes temáticas en las que hemos dividido el presente volumen. De esta manera los lectores pueden, además de

consultar las más recientes publicaciones que han elaborado un gran número de jóvenes investigadores a lo largo de los tres años y que decidieron exponer en público sus investigaciones, tanto en curso como recientemente acabadas, tener una visión cronológica y hacia qué rumbo se dirigen los nuevos estudios en cada época histórica.

Los resultados de estos coloquios se encuentran hoy en este volumen, donde el lector podrá encontrar en las siguientes páginas un panorama que describe diferentes batallas, logística y aprovisionamiento del ejército en campaña, el desarrollo de las batallas campales, el estudio de los oficiales al mando durante el transcurso de las refriegas bélicas, el análisis de los planes y las estrategias de las mismas o el uso de destacamentos especiales en estos acontecimientos. De esta manera, hallaremos visiones generales sobre las batallas desde la Antigüedad hasta la Contemporaneidad, observando en ellas un gran abanico de estudios especializados que, sin duda, abarcan perfectamente el panorama bélico desde múltiples perspectivas.

Con este volumen damos por finalizado este formato de coloquios, pudiendo realizarse nuevas ediciones adaptadas a las circunstancias científicas de la actualidad, por lo que está previsto un cambio del formato para esta y otras actividades que organiza la Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar.

No podemos cerrar estas páginas sin agradecer muy sinceramente a los colaboradores que nos ayudan a organizar, preparar y difundir nuestro quehacer, una gratitud que hacemos extensiva a los estudiantes que se matricularon y que nos vienen siguiendo con admirable fidelidad en cuantas actividades proponemos desde la Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar. Sin ellos este tipo de actividades no tendrían sentido.

Madrid, diciembre del 2020

Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Carlos Díaz-Sánchez

Alberto Puig Carrasco

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas

MESA

Estudios sobre la Táctica y Estrategia

LAS GUERRAS DÁCICAS Y SU TESTIMONIO ARQUEOLÓGICO: LOS CAMPAMENTOS

THE DACIAN WARS AND THEIR ARCHAEOLOGICAL TESTIMONY: THE CAMPS

María Ruiz Vega

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El presente volumen aborda el estado de la cuestión del estudio, desde el punto de vista arqueológico, de los campamentos romanos surgidos en la Dacia a raíz de la conquista de la provincia entre los años 101-102 y 105-106. Se procede a contextualizar la aparición de estos fortines militares y sus características, con la ayuda de las fuentes clásicas, pero con especial énfasis en la labor arqueológica realizada; ejemplificando la realidad campamental en el caso del campamento-ciudad de Apulum. Este campamento no sólo es una consecuencia directa del transcurso de la conquista, sino que además demuestra, con su evolución temporal, el proceso de romanización de la provincia de la Dacia a raíz de las políticas imperiales trajaneas y posteriores en la zona. De esta manera, se propone un acercamiento a las futuras investigaciones sobre esta cuestión.

Palabras clave: *campamentos romanos, Imperio Romano, Trajano, Dacia, guerras dácicas, Apulum.*

Abstract: The current paper presents the state of the affairs about the research of the Roman camps in Dacia from an archaeological point of view, as a result of the conquest of the province between the 101-102 and 105-106 AD. The appearance and characteristics of the roman camps are set in a context thanks to the classical sources, but especially due to the archaeological work carried out in the previous years; the camp of Apulum serves as an example. This Roman fort is not only a direct consequence of the conquest, it also shows the romanization process of Dacia over time, thanks to the imperial politics by Trajan and his successors in this area. Thus, it is suggested a closer perspective to the future investigations regarding this issue.

Keywords: Roman camps, Roman Empire, Trajan, Dacia, dacian wars, Apulum

Introducción

La arqueología militar de las Guerras Dacias es un objeto de estudio difícil de tratar por diversas razones, pero principalmente debido a la falta de textos clásicos contemporáneos a las guerras, debido a que éstos se han perdido completa o parcialmente con el tiempo. Ello es debido a destrucciones e incendios que han acabado con los originales, unido a una falta de copias o transcripciones posteriores que hubieran servido para esclarecer los acontecimientos. No obstante, buena parte de esta escasez puede verse

compensada por la existencia de monumentos conmemorativos de los que, desde un punto de vista de la Iconografía Clásica aplicada a la Arqueología, puede extraerse gran cantidad de información (Oltean, 2013, p. 70). Es por ello labor de la Arqueología, y más concretamente de la Arqueología militar romana, encargarse del estudio de este suceso, para así poder comprender mejor el desarrollo de esta serie de acontecimientos que cambiaron notablemente el transcurso de la historia del Imperio Romano y dotaron de un pasado y unas concepciones culturales a la región de la Dacia, que hoy en día aún siguen en parte vivas la sociedad actual.

Los objetivos de este trabajo se centran en analizar el estado de la cuestión de los campamentos romanos de la Dacia construidos para la conquista llevada a cabo por el emperador Trajano entre los años 101-102 y 105-106. Para ello, se ha procedido a realizar un estudio las fuentes clásicas principales de las que se disponen, sobre todo los textos de autores romanos como Polibio, Plinio el Joven, Dión Casio o Vitruvio. Sin embargo, dado que la realidad arqueológica difiere de las descripciones realizadas por las fuentes, ha sido necesario el contraste con los yacimientos disponibles, para comprender cómo se adaptaron las tácticas bélicas en la conquista de la Dacia, teniendo en cuenta las particularidades que esta guerra supuso, dado el gran esfuerzo militar que se llevó a cabo.

El aparato gráfico que acompaña al texto intenta ilustrar en la medida de lo necesario ciertas cuestiones a tener en cuenta en el estudio arqueológico de los campamentos, de manera que se han incluido fotografías aéreas, planimetrías y reconstrucciones que permitan obtener una imagen mental más acertada que aproxime al máximo la realidad arqueológica del pasado. Dado que resulta imposible conocer con certeza las particularidades de la sociedad romana, la arqueología trata de reconstruir los modos de vida de estas sociedades a través de los restos materiales que dejaron, y en el caso de las guerras dácicas, son los campamentos los que mejor ilustran la perspectiva romana en el conflicto, ya que eran refugio, vivienda y centro de operaciones para los soldados, cuya actividad queda plasmada en los yacimientos.

Fuentes

Fuentes escritas

Atendiendo a los textos de autores clásicos, la mayoría de las citas que estos autores hacen sobre los campamentos son breves referencias sobre su construcción, dado que ésta se sobreentiende, puesto que los destinatarios de estos textos eran romanos de la élite que

realizaban servicio militar y, por lo tanto, conocían cómo se construía y organizaba un campamento. De esta manera, las fuentes clásicas nunca informan de los materiales en los que se construían los campamentos, aunque hubo una especie de aceptación generalizada acerca de que los campamentos de campañas estaban contruidos en tierra y madera y los estables de piedra. Sin embargo, hay que poner de manifiesto que muchas estructuras que pueden identificarse con campamentos no lo son, porque la planta canónica no es exclusiva del contexto militar (Morillo, 2008, p. 82).

Dión Casio no es contemporáneo del emperador Trajano sino posterior, habiendo realizado su famosa obra a principios del s. III, de manera que es muy probable que con el paso del tiempo haya aspectos que se hayan distorsionado de los sucesos originales, e incluso se hayan idealizado. Este es otro de los puntos a tener en cuenta, como sucede con el Panegírico escrito por Plinio el Joven, puesto que, al tratarse de autores simpatizantes con la figura del emperador, es posible que tomaran ciertas licencias literarias para el ensalzamiento de su figura y sus actos.

Respecto a la razón que llevó al emperador a la guerra contra este reino vecino, Dión Casio sostiene que *“emprendió una expedición contra los dacios, y es que consideraba sus pasados actos [en referencia a las campañas de Domiciano] y se dolía por la cantidad que recibían anualmente, observando además que su poder y orgullo se incrementaban”*.

En estas frases queda constante la intención de justificar esta guerra, necesaria en primer lugar por la latente amenaza que suponía a las fronteras la presencia de un reino poderoso y con gran riqueza interior que, además, no temía el poder imperial y, por tanto, suponía un potencial peligro. En segundo lugar, el acuerdo llevado a cabo por Domiciano y el rey dacio suponía un acuerdo vergonzoso desde el punto de vista romano. No se mencionan los intereses económicos que esta campaña podía beneficiar a las arcas públicas, puesto que las guerras romanas han de ser declaradas justas, y el móvil económico no sería un motivo considerado justo.

Será Plinio el Joven quien escriba un tributo al emperador en forma de panegírico en el año 100 d.C., que pronuncia en el Senado el 1 de octubre de ese mismo año en forma de *gratiarum actio*. Aquella primera muestra fue tan solo una parte de un discurso que amplió más tarde, hasta convertirse en casi el Libro X de sus Epístolas por completo. Al respecto de las Guerras Dacias, cuando Plinio pronuncia su panegírico aún no se han llevado a cabo, de manera que las referencias a las tensiones con los dacios no son más

que las consecuencias del pacto de paz con Domiciano durante los primeros conflictos con Decéballo.

Dentro del esquema seguido por Plinio en el panegírico extendido, existe un apartado referente a los méritos militares de Trajano, haciendo énfasis en la dualidad de la postura imperial:

Cosa magnífica es, augusto emperador, cosa magnífica el detenerse a orillas del Danubio, seguro del triunfo sin más que pasar a la otra orilla y no querer entablar batalla con los que la rehuían. Si aquello se debe a tu valor, esto otro a tu moderación (Plin. *Pan.*, 16. 2).

Plinio está haciendo referencia a la visita del emperador al Danubio no durante las guerras dácicas, sino al paso de Trajano por este río en su regreso a Roma desde Germania en el año 97. Aquí se manifiesta entonces la seguridad de una victoria de la postura imperial ante una guerra contra el pueblo dacio, pero a la vez la precaución de Trajano en no conducir a Roma a una guerra que no es considerada justa porque el enemigo rehúye el enfrentamiento: “*porque jamás pudo ocurrir que venciéramos sin una previa vejación de nuestro imperio*” (Plin. *Pan.* 16. 4).

Es Polibio quien da las claves con las que debe contar un campamento romano para ser enteramente denominado como tal. El texto de Polibio, *Historia Universal bajo la república romana*, recoge la descripción de un campamento contemporáneo a sus campañas de mediados del s. II a.C., por lo que, al igual que con el resto de construcciones de la arquitectura romana, los campamentos sufrirán una evolución estilística y arquitectónica con el paso del tiempo. Además, comparando la obra *De Munitionibus Castrorum* de Higinio Gromático con la de Polibio, ya ambos autores difieren en una de las bases más simples del campamento, en lo relativo a la planta, afirmando el primero que es rectangular y defendiendo el segundo su forma cuadrada (Guiral, 2010, p. 432).

Polibio realiza una perfecta descripción de las proporciones y medidas que debe tener un campamento, pues al igual que la ciudad, existen una serie de claves de contenido religioso que han de respetarse, añadido al hecho de que es necesaria que la organización militar sea excelente para su correcto funcionamiento. Así, que el modelo de campamento tenga una distribución similar independientemente del lugar en el que se emplace responde a la necesidad de que los soldados sepan actuar con rapidez y sean capaces de orientarse en situación de peligro independientemente del contexto campamental.

Fuentes arqueológicas

Los campamentos romanos resultan la primera consecuencia y evidencia directa de las guerras dácicas de Trajano, dado que su existencia indica no solo el desplazamiento de las legiones y su presencia en la zona, sino que además informan de la existencia de un conflicto militar y de la organización bélica para el ataque contra el enemigo desde el punto de vista romano. Los restos campamentales suelen englobar estructuras relacionadas con la defensa (zanjas, murallas), la vivienda de los soldados (tiendas, barracones, termas) y objetos relacionados con la vida militar (tachuelas de las *caligae*, *gladius*, glandes). De esta manera, hay que seguir una serie de premisas a la hora del estudio de los campamentos, empezando con la identificación de las estructuras y teniendo en cuenta las posibles variaciones que éstas puedan tener debido al contexto de su construcción y pervivencia; seguido de la posibilidad de que la existencia de objetos relacionados con la vida militar no siempre indican la presencia del ejército, puesto que la difusión y adaptación por parte de otros núcleos urbanos y civiles pueden afectar a la interpretación.

Como muestra del poderío dominante de Roma sobre el nuevo territorio dominado, Trajano imitó la política de Domiciano de construcción de monumentos conmemorativos de la victoria en propio suelo dacio. A diferencia de los de su predecesor, que fueron desmantelados para la reutilización de materiales, los monumentos de Trajano perduraron tras su muerte (Stefan, 2005, p. 673). En suelo dacio, el monumento más representativo y mejor conservado es el Tropaeum Traiani, situado en Adamclisi, en Dobruja, lugar donde la victoria romana fue decisiva para el curso de la guerra.

Pero los restos arqueológicos que más información han proporcionado desde la perspectiva dacia, ante la falta de textos escritos, es el conjunto de fortalezas de las montañas de Orastia. Estas fortalezas, construidas entre los siglos I a.C. y I d.C. ilustran la fusión de técnicas y principios de la arquitectura militar y religiosa de la Antigüedad - influencia romana- y la Edad del Hierro tardía -propiamente dacia-.

Hoy en día, este conjunto arqueológico forma parte de la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO, gracias a los criterios II, III y IV. La capital, Sarmizegetusa Regia, contaba con altas murallas con torres de vigilancia salpicadas a lo largo del perímetro, para la protección del centro político y religioso del reino.

Epigrafía, Numismática e Iconografía

La epigrafía y la numismática son fundamentales como elementos vivos materiales de una sociedad desaparecida. En el caso del reinado de Trajano, las emisiones asociadas a las guerras dácicas representan alrededor de un tercio de la producción total, lo que demuestra la importancia de la propaganda imperial a lo largo de todo el conflicto como medio de soporte de la guerra (Stefan, 2005, p. 690). Los ejemplos epigráficos suelen versar sobre temas concretos; destacando las inscripciones de la Legio XIII Gemina, la cual tras participar en la conquista se instaló en Apulum como guarnición militar para asegurar la posición romana, resultando así evidente que los legionarios trasladaron la costumbre epigráfica de la ciudad al limes.

La numismática está muy presente en la Dacia romana, pero el hallazgo de monedas fechadas en cronologías republicanas y, sobre todo, del s. I a.C., podría ser incongruente con los acontecimientos históricos; aunque puede explicarse a raíz de la reforma monetaria realizada por Trajano en el 107. De esta manera, se aprovecharon los viejos denarios para su fundición, acumulando menos cantidad de plata en su puesta en circulación; lo que, unido al atesoramiento popular de las viejas monedas, explicaría la presencia de estas monedas con fechas muy anteriores a la conquista (Razvan, 2015, p. 33). La moneda, al ser un objeto cotidiano y muy móvil, va a resultar un modo propagandístico excelente, hecho que se aprovechará para la acuñación de monedas que resalten la gloria del emperador como “dácico”.

Los centros que más producción numismática tuvieron fueron la nueva capital de la Dacia, Ulpia Traiana Sarmizegetusa, y el centro militar de Apulum. Esta nueva capital se hace necesaria debido a que concentra las principales actividades romanas como colonia *simulacra Romae*, y en el caso de Apulum, su importancia reside en su evolución de mero centro de acantonamiento militar a un importante núcleo económico. Esta situación próspera responde a la política militar de Trajano en referencia al uso del ejército como herramienta de pacificación de un territorio para así permitir la expansión romana dentro de un ámbito que favorezca la productividad y la obtención de botín, no sólo para beneficio de la capital, sino también para el resto de territorios que conforman el imperio.

Por su parte, la columna de Trajano es un monumento conmemorativo concluido en el año 114 d.C., ordenado construir por el emperador y diseñado por el arquitecto Apolodoro de Damasco para realzar públicamente la victoria romana sobre la Dacia.

Lo más importante de este monumento es la decoración, ya que el cuerpo de la columna cuenta con un diseño helicoidal en el que en altorrelieve se detallan las dos campañas de conquista de la Dacia, con todo su corpus: pueden observarse escenas militares, religiosas, constructivas... que permiten reconstruir el desarrollo de las campañas, dado que detalla todos los aspectos asociados a un conflicto militar. No obstante, es necesario tener en cuenta que la intención de esta columna es la propaganda política personal del emperador como conquistador.



Ilustración 1 - Fotografía actual de la Columna, emplazada en el foro de Trajano. Fuente: propia.

La contextualización de las guerras

Las guerras entre el Imperio Romano bajo el mando de Trajano y el reino Dacio, a la cabeza de Decéballo, fueron una serie de acontecimientos militares destinados a la conquista del reino fronterizo como consecuencia de la inseguridad que la potencia insuflaba al imperio al situarse tan cerca de las fronteras (Carbo García, 2010, p. 276).

Para entender el conflicto es necesario conocer las características de este territorio, que comprendía aproximadamente la región que ocupa la actual Rumanía, y se emplazaba al norte del río Danubio, el cual actuaba como frontera natural con el imperio romano. Sin embargo, no solo dacios poblaban este territorio, también la tribu de los getas -cuya relación con los anteriores no está del todo clara, algunos autores sostienen que es el nombre dado a las tribus tracias que vivían en las orillas del Bajo Danubio; otros sostienen que se trata del mismo grupo cultural (Oltean, 2013, p. 29). También estaban presentes tribus de sármatas, roxolanos y bastarnas, por lo que la gran variedad de pueblos había traído consigo conflictos internos, aunque en el momento de desarrollo de las Guerras

Dácicas de Trajano, el rey Decébalos había conseguido aunar en un solo reino a todos los dacios, estableciendo la capital en Sarmizegetusa Regia.

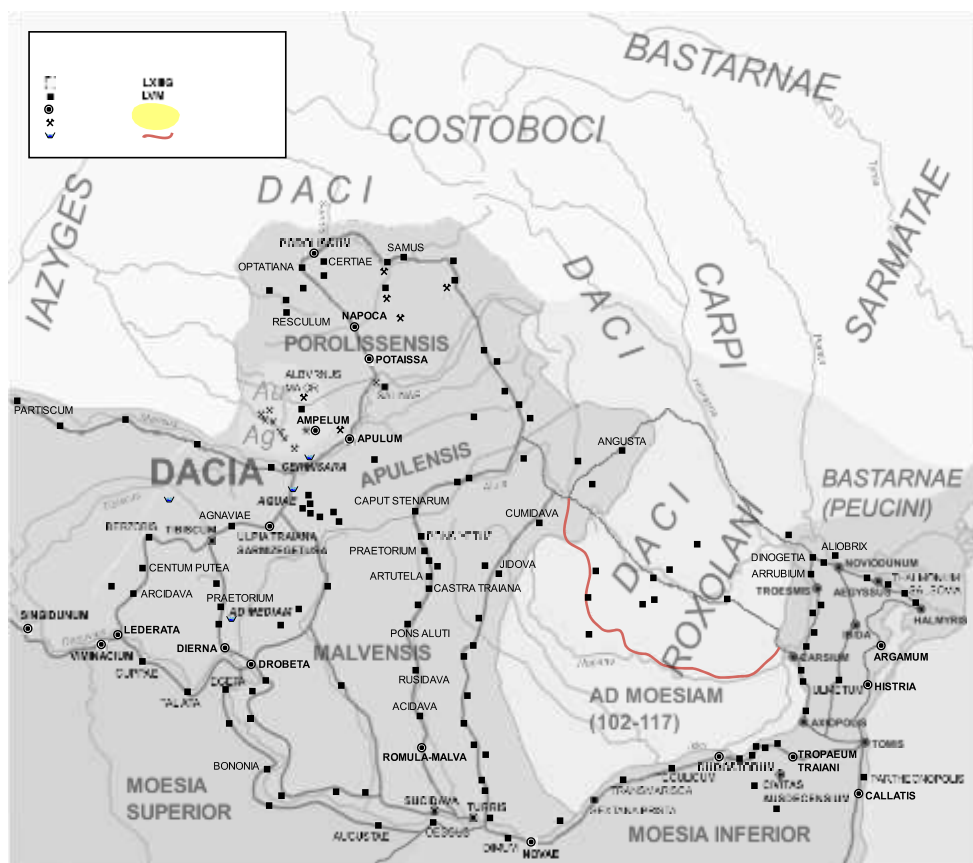


Ilustración 2 – Mapa de la Dacia Romana, en la que se representan tanto las provincias como los grupos culturales de esta zona. Además, se hace eco de las vías de comunicación -normalmente asociadas a ríos- así como de los principales yacimientos argentíferos y auríferos de los Cárpatos. Fuente: https://sl.wikipedia.org/wiki/Rimska_Dakija

De esta manera, la Dacia limitaba al sur con el Danubio, que servía de frontera natural, al igual que el Mar Negro por el este, el río Tisza por el oeste y el Dniéper al norte, aunque las fronteras fueron flexibles y cambiantes con el tiempo. De ello se observa la comodidad de utilizar los accidentes geográficos para delimitar el territorio, hecho que también aprovechaban los romanos para implantar el limes siempre que fuera posible, como sucedió en el Rin o en el propio Danubio. La Dacia era una rica región metalúrgica, sobre todo en oro y plata, gracias a las abundantes minas de los Cárpatos, hecho que probablemente llamara la atención de Roma a la hora de incorporarla como provincia. La sal también era un recurso abundante y muy valioso para la preservación de proteínas, por lo que al igual que Roma en sus orígenes, la Dacia disfrutaba de un floreciente mercado (Oltean. 2013, p. 72). Por todas estas razones, para la perspectiva romana la

conquista de la Dacia se iba fraguando como un objetivo a cumplir, movilizando entonces los recursos necesarios para hacerla realidad.

Los primeros choques se remontan al reinado del emperador Domiciano (81 – 96 d.C.), durante los cuales las fuerzas de ambos contendientes se equipararon en victorias, sucediéndose así las primeras expediciones de castigo a los dacios por sus constantes violaciones de la frontera en la provincia de Moesia, llegando incluso a asesinar en el año 85 al gobernador de la provincia, Gaius Oppius Sabinus.

La expedición romana de respuesta, al mando de Cornelio Fusco, sufrió una gran derrota en el año 87 en el paso montañoso de Tapae, siendo la Legio V Alaudae aniquilada, sus enseñas capturadas y resultando Cornelio Fusco muerto, aunque los detalles de la batalla son confusos. Un año más tarde y en represalia, Domiciano volvió a enviar hasta cuatro legiones contra los dacios -Legio III Scythica, V Macedonica, II Adiutrix, VII Claudia- al mando de Tettius Iulianus, repitiéndose la misma escena en Tapae, pero con resultado favorable para el ejército romano. En el año 89 d.C., Domiciano entablaba una endeble paz con Decébalos, el cual se comprometía a permanecer en una relación clientelar con Roma y a no incurrir más en territorio romano, resultando así una supuesta pacificación de la región en lugar de una anexión. Los términos del acuerdo permitían a Roma atravesar suelo dacio para sus incursiones en dirección a la provincia de Panonia, así como obtener algunas cabezas de puente en la orilla izquierda del Danubio; a cambio Domiciano proporcionó artesanos que mejoraron el sistema de fortalezas dacias de las montañas de Orastia, hecho que perjudicó a los romanos años después durante la conquista trajanea. Tras el acuerdo, Domiciano regresó a Roma, donde celebró un triunfo muy criticado por haber procurado demasiados favores al reciente aliado y por no resultar suficientemente contundente la posición de superioridad de Roma sobre la Dacia (Carbó, 2010, p. 276).

Las tensiones con el reino vecino siguieron aumentando durante el reinado del emperador Trajano (98 – 117 d.C.), el cual finalmente en el año 101 d.C. inició una incursión militar en territorio dacio, dando inicio a la Primera Guerra Dácica, que terminó en el año 102 d.C. El pacto llevado a cabo por el emperador Flavio era insostenible para Roma, dado que ésta había accedido al pago de un *stipendium* anual al reino dacio, que contribuía al desarrollo y la prosperidad económica del mismo, lo que levantó el recelo imperial. Asimismo, la preocupación más evidente recaía sobre el creciente ejército dacio, el cual había empezado a especializarse y a entrenarse en el arte romano de la guerra

(Oltean, 2013, p. 70) gracias a los oficiales romanos que tras el tratado de paz habían acudido a la Dacia, ayudados por un gran número de legionarios desertores que habían pasado a actuar como mercenarios.

Por todo ello, la Dacia se había convertido en una gran potencia económica, militar y política que ponía en jaque el control de Roma sobre el Danubio. No obstante, no hubo un hecho concreto que desencadenara la guerra, sino que parece ser más bien que existió todo un proceso de crecimiento de las tensiones que por motivos puntuales acabaron por convertirse en un conflicto armado. Uno de los desencadenantes para el bando dacio bien pudo ser la detención del pago del *stipendium* anual prometido por Roma, de manera que el reino aprovechó su emergente buena posición para trazar un proyecto armado contra el imperio vecino. Sin embargo, fue fundamental sin duda la alianza del pueblo dacio con el resto de pueblos nómadas vecinos, en particular con sármatas y roxolanos, teniendo incluso buenas relaciones con el reino de Partia, creando así una gran coalición al norte del Danubio. Ello explicaría la rapidez en la movilización de tropas por parte de los dacios una vez lanzado el primer ataque de Trajano, concentrando la actividad defensiva en la provincia de Moesia Inferior, donde las legiones I Italica y V Macedonica habían sido desplegadas en tiempos de Vespasiano; mientras que en Moesia Superior se concentraban las legiones III Flavia Felix y VII Claudia. Junto a ellas, Trajano convocó a las Legiones I y II Adiutrix y a la XIII Gemina desde Panonia, apoyadas por cohortes auxiliares reunidas de todas partes del imperio: hispanos, sirios, germanos, bereberes... En total, se calcula que entre 13 y 14 legiones -completa o parcialmente- participaron en las acciones de conquista de la Dacia.

La experiencia de Domiciano permitió que la nueva incursión en la Dacia fuera planificada gracias al conocimiento del terreno; por lo que el ejército, demasiado numeroso para seguir una sola ruta, se dividió en tres rutas que debían converger en la capital, Sarmizegetusa Regia. La ruta exacta no se conoce debido a la ausencia de restos materiales que confirmen el recorrido, pero es probable que la columna liderada por Trajano partiera de Viminacium -actual Serbia-. Otra posibilidad es que las legiones cruzaran el Danubio mediante un sistema de pontones cerca de Drobeta, y que ello fuera relativamente sencillo debido a que este territorio estaba fuera de la jurisdicción de Decébalo (Oltean, 2013, p. 75). El principal objetivo de estas campañas de ataque era la toma del núcleo político de la Dacia -la capital, Sarmizegetusa Regia-, donde además se alojaba el líder del temido reino.

La batalla de Tapae (101 d.C.) fue el primer enfrentamiento decisivo entre ambos combatientes, no solo porque iban a medirse las fuerzas de combate de ambos bandos por primera vez, sino porque suponía un gran movimiento geoestratégico debido a la cercanía de las legiones romanas al corazón de la Dacia. La victoria del bando romano permitió a las tropas aguantar el invierno e iniciar los preparativos para reanudar el ataque en primavera. Mientras, la respuesta dacia a este imparable avance consistió en un ataque de distracción en Moesia Inferior, lo que obligó a Trajano a enviar parte de las legiones a defender la provincia atacada, sucediéndose así una serie de sangrientas batallas a las que se puso fin con la victoria romana en Adamclisi. Así, las tropas del emperador pudieron finalmente avanzar hasta las puertas de la capital, donde Decéballo rindió las armas y prometió la destrucción de las fortalezas de los Montes de Orastia, quizá tras un breve asedio por parte de los romanos, aunque no se sabe con seguridad (Oltean, 2013, p. 129). Bajo estos términos Trajano volvió a Roma, no sin antes establecer algunas guarniciones en territorio dacio, que llevó consigo la celebración de un triunfo por la reciente victoria y el establecimiento de la paz. Paz que, sin embargo, volvió a verse quebrada apenas tres años después.

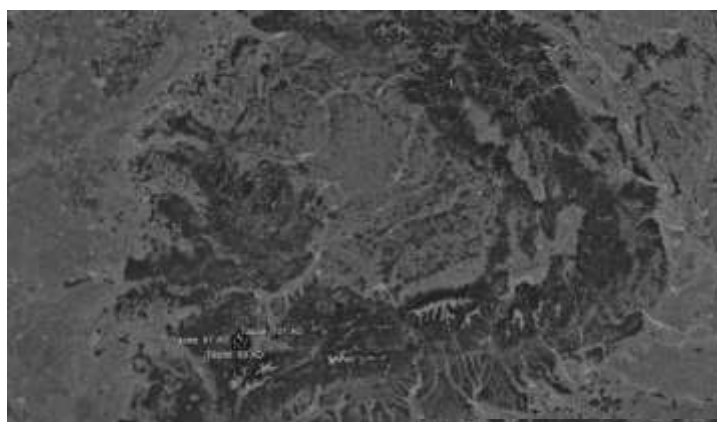


Ilustración 3 – Fotografía aérea con la localización de la batalla de Tapae en el paisaje circundante. Destaca la complicada orografía de esta zona tan montañosa: las cadenas montañosas protegen la meseta central, accesible solo por determinados pasos de montaña.
Fuente: Google Earth.

Ilustración 4 – Fotografía aérea con la localización de la batalla de Tapae con mayor detalle. De esta manera puede comprenderse lo crucial de este enfrentamiento, puesto que Tapae abre el paso hacia la meseta.
Fuente: Google Earth.



Algunos autores sostienen que el armisticio fue roto por Decéballo debido a las incursiones al sur del Danubio, violando las fronteras establecidas, así como por la

reconstrucción de las fortalezas dacias que habían sido destruidas durante la primera campaña. Así comenzaba la Segunda Guerra Dácica en el 105 d.C., de la que las fuentes escasean en su relato. No obstante, parece ser que con la primera campaña de guerra y la paz firmada con Decébalos, Trajano habría sentado las bases para la anexión del reino al imperio en un momento determinado. Así, la Segunda Guerra Dacia habría sido una segunda campaña de la misma guerra librada en los años 101-102, siendo el intervalo de dos años y medio entre ambas necesario para la recuperación económica del imperio, del esfuerzo realizado por las legiones y para que el emperador atendiera las necesidades urgentes de la capital. Además, este periodo de paz habría servido para el afianzamiento de las posiciones en el nuevo territorio supeditado y habría dado tiempo a la construcción de las infraestructuras necesarias para la etapa final de la conquista (Stefan, 2005, p. 648).

La fecha de partida del emperador de Roma para iniciar la segunda campaña, el 4 de junio de 105, habría venido dada por la demora resultante de la construcción del primer puente sobre el Danubio, a cargo del arquitecto Apolodoro de Damasco en la ciudad de Drobeta. Para el momento de partida hacia la Dacia, el sur y el oeste del reino dacio se hallaban ocupados por tropas romanas, habiendo establecido varias guarniciones en puntos estratégicos del territorio. Sin embargo, la esperanza romana era de haber acabado la guerra antes del invierno, y no haber sido prolongada hasta el año siguiente, como sucedió debido a la fuerte resistencia dacia.

Los dacios aprovecharon su ventaja táctica para la recuperación de parte del territorio perdido en la primera campaña, destruyendo cuantos campamentos romanos estuvieron a su alcance a lo largo del año 105 hasta frenarse en Tibiscum, según han desvelado las excavaciones; llegando a recuperar el control de las Puertas de Hierro, un desfiladero natural del río Danubio que les daba gran ventaja estratégica (Stefan 2005: 655). Hubo otros intentos de ataque a campamentos situados al sur del reino, así como al recién construido puente de Drobeta, que sin embargo fracasaron. Llegados a este punto, el bando romano tenía prisa por acabar con las rencillas con los dacios, lo que no ocurrió gracias a la intensa actividad constructora que había llevado a cabo el reino dacio para alzar defensas, sobre todo en la capital. Así, la campaña del año 105 puede resumirse en los esfuerzos de Trajano y sus tropas por intervenir en ayuda de las guarniciones atacadas, así como en la creación de infraestructuras que les permitieran avanzar.

En la primavera del año 106, cuando el tiempo atmosférico fue permisivo, comenzó el desplazamiento de las tropas al norte del Danubio, en dirección al objetivo, Sarmizegetusa Regia, teniendo que lidiar primero con las fortalezas de las montañas de Orastia, tal y como había sucedido en la primera campaña. Sin embargo, la ventaja en esta campaña consistía en que la mayoría de ellas eran más frágiles a raíz del primer enfrentamiento, amén que los efectivos para su defensa eran menores y el ejército romano ya conocía el terreno y los sistemas defensivos. Aun así, la resistencia dacia fue brutal por la desesperación resultante del avance romano, imparable hasta la llegada a la capital del reino. Una vez allí y temiendo un asedio, Decébalos se suicidó, hecho que marcó el fin simbólico de la guerra “*universia Dacia devicta est*” (Stefan, 2005, p. 648).

La estancia de Trajano en la Dacia se prolongó hasta la primavera del año 107, debido a las necesidades organizativas de la nueva provincia imperial, dando prioridad a su delimitación y su defensa. Uno de los principales problemas a los que se enfrentaba el imperio con la anexión de la provincia era el de las tribus nómadas circundantes a la Dacia, que ponían en peligro la estabilidad de las fronteras. De esta manera, se reforzó la presencia de campamentos en la parte oriental de la Dacia, para así contener a sármatas y roxolanos fuera de territorio romano. También fue necesaria la creación de nuevas ciudades según el rito de fundación romano, heredado del etrusco, siendo la primera fundación Colonia Ulpia Traiana Sarmizegetusa, la capital de la nueva provincia.

Los campamentos romanos

La mayoría de datos arqueológicos sobre este tipo de recintos provienen de lugares fronterizos, donde, debido a los choques militares, la acumulación de estructuras militares romanas tiene una mayor presencia. La función de estos recintos se centra mayoritariamente en la vigilancia y el mantenimiento de las defensas y fortificaciones ante las posibles incursiones enemigas. Un campamento puede definirse como “un recinto fortificado que sirve para albergar un contingente de tropas bien de forma estable o por un corto periodo de tiempo” (Guiral, 2010, p. 432).

El limes -“línea que separa el imperio del barbaricum”-, oriental del Imperio, cuya frontera protagonizaba el río Danubio, tenía una sección de aproximadamente 2000 km de recorrido, con la problemática de defender los puntos débiles correspondientes a accidentes topográficos que dificultaban la defensa del limes. Este limes fue uno de los más problemáticos e importantes para el imperio, se han estudiado cientos de

instalaciones militares romanas a lo largo del limes danubiano en distintos estadios de conservación, pero a la vez aún resta mucho trabajo por realizar en lo que respecta al estudio de estructuras defensivas bélicas que o bien no se han localizado o se desconocen.

En general, una fortaleza legionaria era grande, abarcaba entre 20 y 25 hectáreas, aunque hay ejemplos en el Rin que sobrepasan este tamaño. A la hora de realizar una visión de conjunto de los campamentos, es necesario tener en cuenta que cada fortín tiene sus particularidades exclusivas, resultado de un contexto único. Aunque existen variantes en los primeros momentos, la morfología campamental se adecúa a la forma clásica de naípe -un rectángulo de esquinas redondeadas-, contando con dos calles principales en su interior, la *via principalis* -atraviesa el campamento en su eje mayor- y la *via praetoria* -se unía a la *via principalis* en ángulo recto, conectando la entrada más importante, la *porta praetoria*, con el *principia*-. Existían más calles en el interior, siendo la más destacada de ellas la *via decumana* (Goldsworthy, 2005, p. 83).



Ilustración 5 - Mapa de Europa con la señalización del limes a mediados del s. II d.C. Se señalan los fortines legionarios diseminados por el imperio, destacando en la Dacia el caso de Apulum; así como algunas fundaciones, como Ulpia Sarmizegetusa Trajana, nueva capital dácica. Fuente: www.limes2015.org

Como ya se ha comentado, existe un debate historiográfico respecto a la caracterización de los campamentos en función de la materia prima en la que estén realizados. La tradición asocia los campamentos construidos en madera y tierra a la temporalidad de la permanencia del ejército en él, sucediendo al contrario con los

campamentos realizados en piedra, los cuales se ha supuesto servían para que el ejército se acantonara durante más tiempo, asociado a una estabilidad mayor.

Sin embargo, la realidad arqueológica demuestra que no existe tal dicotomía, dado que las materias primas no tienen por qué implicar temporalidad: quizá en el entorno no hay recursos madereros suficientes y ha de utilizarse la piedra en su lugar, o las necesidades estratégicas debido a la cercanía del enemigo precisan que se construya en piedra para después ser abandonado al poco tiempo. También existe el problema del sesgo arqueológico aplicado a la realidad anterior, dado que los campamentos de madera y tierra no suelen conservarse debido a los problemas antracológicos que resultan de los contextos arqueológicos (Morillo, 2008, p. 82).

En época Trajana, ante la cuestión de Plinio el Joven acerca del carácter de los soldados, el emperador organiza tres tipos de reclutas: los voluntarios (*voluntarii*), obligatorios (*lecti*) y sustitutos (*vicarii*). Probablemente, a raíz de la complejidad en la organización de las tropas durante las guerras dácicas el emperador realizara esta división como preparativo a la hora de planificar la expedición parta (Goldsworthy, 2005, p. 76).

Una primera fase de fortificación fue llevada a cabo en el Danubio en la primera mitad del s. I d.C., en los territorios de los países actuales de Alemania, Austria, Eslovaquia, Hungría, Croacia, Serbia, Bulgaria y Rumanía. Más de 200 campamentos temporales, fuertes auxiliares y cabezas de puente se distribuyeron por el territorio. Las torres de vigilancia se dispusieron abundantemente por todo el territorio, con una separación interna de entre 1 y 2 km, sucediendo lo mismo con los fuertes, cuya distancia podía oscilar entre los 10 y los 30 km de separación.

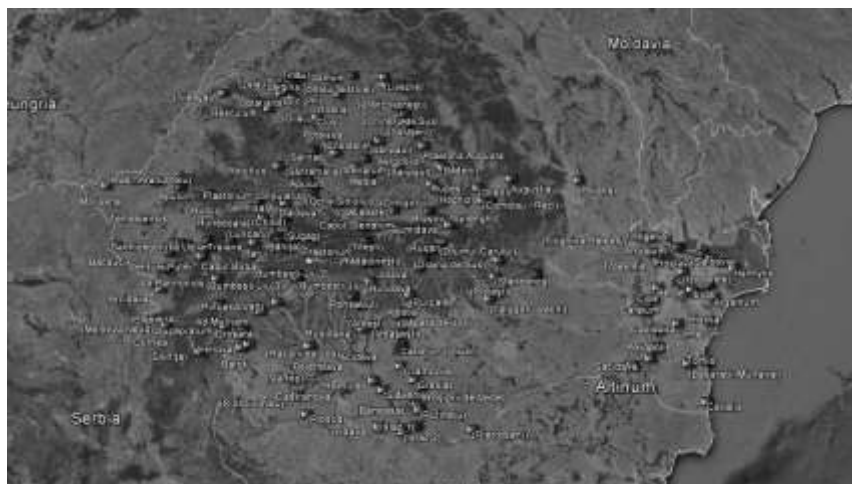


Ilustración 6 – Fotografía aérea de la región de la Dacia romana con todas las evidencias arqueológicas de restos campamentales tanto de las legiones como de las tropas auxiliares. Fuente: Google Earth.

La investigación de todas estas estructuras danubianas se incrementó a partir de la Segunda Guerra Mundial, gracias al progreso de la prospección y la fotografía aérea, y se descubrió que parte de las estructuras habían sido destruidas o reutilizadas, de manera que la arqueología debía investigar con más detalles. Respecto a los hallazgos arqueológicos, en contextos urbanos es difícil su conservación patrimonial debido a la actividad constructiva, y en entornos rurales la agricultura intensiva pone en peligro la preservación del patrimonio (Jilek, 2008, p. 68). Por ello, es necesaria una cooperación internacional para continuar con el avance científico.

La arqueología ha centrado su estudio de los campamentos romanos procedentes de la guerras dácicas en algunos de los ejemplos más significativos e importantes por su configuración; destacando el estudio del campamento legionario de Novae, donde la reparación en piedra de las fortificaciones, con puertas flanqueadas por torres salientes, datadas entorno al año 100, vino dada por la necesidad de hacer frente a la avanzada técnica militar dacia, así como a la voluntad de preparar la guerra y la conquista. Del mismo modo, el campamento de Sexaginta Prista tuvo similares motivaciones a la hora de ser construido explícitamente para la defensa del empuje dacio a raíz de la inevitable guerra. Otro de los ejemplos más impresionantes a los que se enfrenta la disciplina arqueológica es el caso del célebre puente que conectaba Pontes con Drobeta, como puntos de control del paso de este río.

Existen dificultades a la hora de abordar el estudio de las fortificaciones militares de la frontera danubiana debido a la existencia de múltiples fases, remodelaciones y solapamientos de las estructuras. Sin embargo, muchas veces existen dificultades a la hora de la datación de las estructuras, ya que muchas veces éstas apenas tienen tres años de diferencia entre las más tempranas y las de finales de la guerra, por lo que es necesario un exhaustivo análisis de todos los elementos que ayuden a precisar la datación.

Comunicaciones, recursos y abastecimiento

Un campamento romano requería de multitud de recursos para su mantenimiento, desde la comida de los soldados, pasando por textiles y armas hasta necesidades médicas. El establecimiento de un campamento, por lo tanto, independientemente de su carácter temporal o permanente, requería una serie de normas básicas para asegurar la consecución de estas necesidades. En primer lugar, la necesidad de una fuente de agua próxima que

permitiera a los soldados el abastecimiento hidráulico, imprescindible tanto para la alimentación como para las termas -en el caso de que las hubiera-.

En la Dacia se conocen varios de estos establecimientos de cuidado de los soldados, Germisara, Aquae y Ad Mediam. En el caso de Aquae, su disposición estratégica la sitúa en la ruta que conectaba Sarmizegetusa con Apulum, de manera que en una zona bien conectada pero apartada del estrés de la vida militar, los soldados podrían recuperar su salud gracias a los tratamientos termales. La etimología de este emplazamiento ya es significativa por sí misma.

Respecto al cuidado del soldado, la hidroterapia era recomendable en el ámbito de las prácticas curativas, dado que se creía que los baños calientes y fríos podían aliviar los dolores de espalda, la neumonía, los dolores de cabeza, los desórdenes digestivos, la fiebre... de ahí la importancia de la presencia de termas, además de para el mantenimiento de la higiene.



Ilustración 7 - Termas de Potaissa. En las imágenes puede apreciarse tanto el horno (praefurnium) que alimentaba el sistema de hipocausto como los restos de éste, con las lastras de ladrillos que formaban el doble suelo por el que circulaba el aire caliente y calentaba el caldarium. Fuente: Google Imágenes.



Ilustración 8 - Ampliación del segmento VIII de la Tabula Peutingeriana. Se observan dos de los núcleos citados, Ad Aquae y Apula (Apulum), ambos conectando con otros importantes núcleos mediante una red de vías indicadas en color naranja. En el caso de Aquae, se destaca su carácter termal representando un edificio con agua en su interior. Fuente: <http://www.tabula-peutingeriana.de/tp/tpx.html>

Respecto a las comunicaciones, ya que la topografía dacia era conocida por los romanos durante las campañas trajaneas, fue más fácil el establecimiento de rutas, vías y atajos para la circulación del ejército. El caso más destacado es la construcción del Puente de Drobeta, diseñado por Apolodoro de Damasco. Las obras duraron dos años, entre la primavera del año 103 y la misma estación del 105, el tiempo que duró la paz de entreguerras. Esta tarea era difícil de llevar a cabo, en primer lugar, por la anchura que el puente debía cubrir; en segundo lugar, porque la técnica constructiva, consistente en la instalación de pilares directamente sobre el agua, llevaba aparejada la construcción de ataguías para la evacuación del agua; y, por último, porque debía soportar el peso del puente y el paso de las legiones y la maquinaria bélica.



Ilustración 9 – Fotografía aérea de la planimetría del campamento base del puente de Drobeta. La conservación de la planta es muy buena, lo que permite reconstruir cómo pudo ser levantar y defender dicho puente. Fuente: Google Earth.



Ilustración 10 –Escenas 98 a la 100 del relieve de la columna trajana. Es destacable cómo en el escenario de fondo se representa tanto el campamento base como el puente diseñado por Apolodoro. Fuente: <http://www.trajans-column.org/>

Apolodoro de Damasco escribió un libro sobre la construcción de este puente, pero se perdió, y con él la información que el arquitecto podría haber proporcionado sobre los cálculos y soluciones para el levantamiento del puente.



Ilustración 11 – Resto arqueológico del pilar del puente de Apolodoro y reconstrucción de un tramo del puente. Fuente: www.wikipedia.com

Cada uno de los 20 pilares -según confirma Dión Casio- se apoyaba en una valla de compactación, compuestas por un entramado de madera con postes de roble cuyas cabezas estaban cubiertas de hormigón (*opus camenticium*). Entre los dos pilares maestros hay una distancia de 1071 metros, a los que hay que añadir la anchura de los *castrum* que abrían y cerraban la entrada del puente, lo que da una longitud total de 1135 metros. La altura del mismo, también según Dión Casio, era de unos 50 metros, pero se considera que la altura de la cubierta del puente era de unos 12 metros. Cada arco de madera medía 52 metros de envergadura y los pilares tenían 20 metros de lado (Arbore Popescu, 1998, p. 132).

Un ejemplo arqueológico: el caso de Apulum

Las dieciséis décadas de control romano de la zona danubiana dieron lugar a la aparición y formación de uno de los campamentos más importantes de la Legión XIII Gemina, el de Apulum, emplazado en la actual Alba Iulia, que terminó siendo una de las ciudades más antiguas de Transilvania.

Con el objetivo de controlar la zona del valle de Mures y la zona montañosa de Apuseni, tras la segunda guerra dácica se decidió a establecer en esta zona a las legiones romanas.

El campamento estuvo rodeado de un pequeño *vicus* que fue evolucionando hasta alcanzar el estatus de *municipium* -Aurelium Apulensis- bajo Marco Aurelio en 180 d.C. y el de colonia -Aurelia Apulensis- bajo Cómodo. Además, tras el establecimiento de la Legión XIII Gemina, un pequeño asentamiento se estableció alrededor del campamento, tomando el nombre de *cannabae Legionis XIII Geminae*, formada por una aglomeración de artesanos, comerciantes y veteranos. Este *cannabae* evolucionó de manera similar al *vicus* hacia el estatus de *urbs*, y con Septimio Severo alcanzó el rango de *municipium* -Septimium Apulense-. La evolución de la doble ciudad se documentó en numerosos aspectos, como inscripciones, monumentos o artefactos, en su mayoría realizados por los artesanos de Apulum.

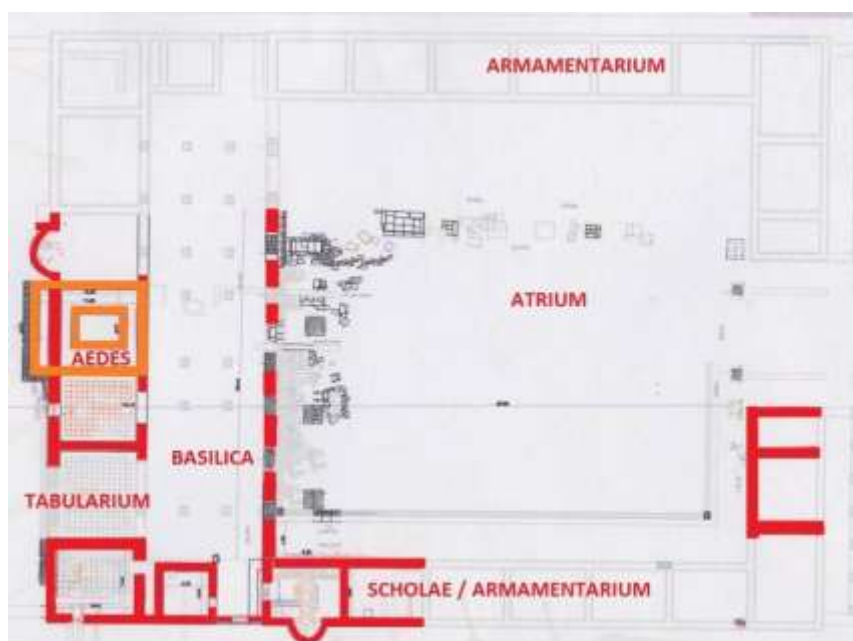


Ilustración 12 - Planimetría ampliada del centro del fortín militar, donde se encuadran los principales edificios organizativos y administrativos del campamento. Su primera fase constructiva se asocia a los últimos años del reinado de Trajano y primeros años de Adriano, sufriendo renovaciones bajo Septimio Severo y Caracalla. Fuente: <http://castrul-apulum.ro/istoric/>

La evolución favorable de la ciudad, unido al poco éxito alcanzado por la capital romana, Ulpia Traiana Sarmizegetusa, acabaron por proporcionarle el rango de capital militar y política de facto tras la concesión del emperador Marco Aurelio del rango del *municipium*, en detrimento de Ulpia Traiana Sarmizegetusa. De esta manera, el *legatus* imperial pasó a establecer su residencia en Apulum, convirtiéndose ésta en un centro regulador de la provincia.

La localización de este campamento se eligió debido a su estratégica posición: era una zona de paso entre las rutas comerciales de oro y sal, dentro del perímetro formado por los ríos Ampoi y Sebes, así como de los picos montañosos de Apuseni, orientado hacia la terraza del río Mures, bajo las faldas de las colinas de Transilvania.

El acantonamiento de la Legión XIII Gemina en Apulum acabó por ser el campamento romano en piedra más grande de la Dacia, ocupando un total de 37,5 ha. El topónimo “Apulum” fue una adaptación romana del antiguo término dacio “Apoulon”, que designaba una fortaleza dacia situada a 20 km al N de Alba Iulia.

El campamento y la doble ciudad fueron excavadas desde la última década del siglo XIX, bajo la dirección de Adalbert Cserni, pionero en la investigación del campamento. Las excavaciones realizadas por Cserni desde 1888 hasta 1908 sacaron a la luz una gran parte de la superficie del llamado “Palacio del Gobernador”, el *praetorium consularis*. Sin embargo, debido a los grandes hallazgos de cuencas de agua e instalaciones calefactoras, en un primero momento Cserni identificó el lugar como “Las Grandes Termas”. Este Palacio del Gobernador era el acantonamiento oficial de la administración provincial, lugar de residencia del *legatus* y sede de la cancillería, que abarcaba entre 200 y 300 oficiales, sumado a la guardia del *legatus*, lo que demuestra que este edificio debía tener grandes dimensiones. Asociado a este palacio, se encontraban otros servicios, como el archivo, la basílica, salas de recepción, establos... reservando un sector exclusivo para el gobernador de la provincia y su familia.

En el periodo de entreguerras se realizaron excavaciones de pequeñas dimensiones en el área este, en la zona extramuros del campamento, y de 1943 a 1962 Ion Berciu y Alexandru Popa realizaron excavaciones 100 metros al sur y sureste de aquellas realizadas por Adalbert Cserni, también en el contexto del *praetorium consularis*. En las décadas de los 60 y los 70 del siglo XX las investigaciones de campo se centraron en el estudio de las necrópolis de Apulum, una situada al NW del municipio de Alba Iulia y la otra al sur de la fortificación de la Legio XIII Gemina, ambas con presencia de

inhumación y cremación. Desde los años 80 la investigación se comparte entre el Museo de la Unión de Alba Iulia, el Instituto Arqueológico de Cluj-Napoca, la Universidad de Cluj-Napoca y el Instituto de Arqueología de Bucarest. primera fase del establecimiento de la ciudad como municipio de derecho romano.



Ilustración 13 – Fotografías de las excavaciones llevadas a cabo por Adalbert Cserni en Apulum a principios del siglo XX. Fuente: Se puede apreciar tanto la excavación de las termas como la utilización del método Wheeler para ello. <http://edu.kindergraff.ro/BBB/single.php?lang=en&storyid=2>

En esta primera fase se construyó la ciudadela de Apulum, en el 107-108, con objetivos militares, pero también comerciales dada su ventajosa posición. El Cardo Máximo se descubrió durante la campaña 1989-1990, pero también se descubrió el uso de los restos arqueológicos del campamento como cantera en Época Moderna. Los estudios arqueológicos de los años 90 se centraron también en el estudio demográfico del conjunto del campamento, el *canabae* y la colonia Aurelia Apulensis. Sin embargo, tal y como se ha criticado: “la investigación arqueológica se ha llevado a cabo con medios poco adecuados en relación con la complejidad del problema a afrontar”. solo se ha sacado a la luz la mitad meridional del campamento legionario, el cual se ha conservado en buenas condiciones gracias a que gran parte de las estructuras aún se encuentran fosilizadas bajo la ciudad medieval, cuyo trazado urbano prácticamente coincide con el romano.

Serie de edificios intramuros limitados por cardines, así como un edificio público en *opus quadratum* situado cerca del foro de la ciudad. Las últimas investigaciones, resultado de intervenciones de salvamento, han estudiado un área al sur del campamento donde parte del asentamiento de *canabae* se han identificado, y que se desarrolló ligado a la estructura militar, donde al menos tres niveles de habitación de época romana fueron encontrados, perteneciendo los dos últimos al s. III. Los artefactos hallados fueron en su mayoría cerámicos, asociados a horquillas para el cabello, lámparas de arcilla y objetos de vidrio.

Sin embargo, la arqueología aún no ha encontrado evidencias sostenibles para responder a las cuestiones planteadas por la convivencia durante el primer año de vida

del campamento de la legio XIII Gemina y la legio I Adiutrix; esta última habiéndose establecido menos de un año en el acantonamiento, habiendo sido su presencia documentada por los *bolli laterici*, los sellos en los ladrillos con las iniciales de la legión.

Respecto al *municipium* Aurelium y la colonia Aurelia asociadas al *castrum*, en 1989 se llevaron a cabo excavaciones en sendas zonas, habiendo identificado las fortificaciones de ambas: en el caso del *municipium*, contaba con una fortificación de tierra batida, mientras que la colonia tenía una doble estructura defensiva, la primera compuesta por una fortificación de tierra batida seguida por una de piedra. La superficie que abarcaba la fortificación de la colonia era de unas 75 hectáreas, pero la ciudad se extendía extramuros.

Una primera fase fue construida en el año 106-107 con motivo de la etapa final de la conquista de la Dacia, consistente en un *castra aestiva*, un campamento de verano, caracterizado por su carácter provisional, su emplazamiento en territorio enemigo, protegido por una línea defensiva durante el tiempo que durase la acampada, compuesta por la *fossa* y el *agger* de ladrillos de tapines naturales. Gracias a la analogía con el resto de fortificaciones de la Dacia, que también compartían esta primera fase como *castra aestiva*, se ha determinado que entre el 105 y el 128 el campamento de Apulum tuvo carácter de campamento estacional.

Bajo el gobierno de Adriano se llevó a cabo el cambio a estructuras pétreas, extendiéndose las modificaciones probablemente desde el año 124 hasta el 128, y conservando este último aspecto hasta el abandono de la provincia. Gracias a las analogías con otros campamentos danubianos, se ha concluido que el campamento de Apulum cumple la planimetría y la organización interna ordinaria de los *castra* romanos, contando con unas dimensiones de 480 x 430 metros, orientándose la *porta praetoria* hacia el este, hacia el valle de Mures.

Los muros del recinto y las torres de vigilancia fueron contruidos en *opus quadratum*, la técnica constructiva empleada en los edificios militares del interior fue el *opus incertum*, un aparejo realizado con sillares cortados de forma irregular que se encajan en el *opus caementicium*. El ladrillo, por su parte, fue utilizado como parte de los elementos de pavimentación de los sistemas de calefacción.

La puerta sur del complejo, la *porta principalis dextra*, contaba con dos torres contruidas en tres niveles cubiertas de azulejos, entre las cuales discurrían sendos accesos al campamento a través de una calzada de piedra, protegiendo este punto débil

mediante la colocación de dos grandes puertas de roble macizo, una para la entrada al campamento y otra para la salida.

En el caso de Apulum, la construcción cuenta con las cuatro partes típicas de los edificios que conforman el comando del ejército acantonado en el campamento. Las dimensiones del conjunto abarcan aproximadamente 85 metros de largo por 65 metros de ancho, gran parte de los cuales se encuentran en la actualidad bajo el edificio de la Universidad. La descripción del conjunto, según las labores arqueológicas realizadas, sería el siguiente: la parte trasera del edificio, la correspondiente al *tabularium* y un *oecus*, comprendía cinco habitaciones, tres de ellas en la parte trasera de la habitación central del sur. El estandarte de la legión se encontraba en una de esas cámaras, sin embargo, fue capturado fuera de un vertedero con orientación sur, hacia el muro que continúa por la parte trasera del edificio. Aneja al *tabularium* se identificó una basílica, de unas dimensiones aproximadas de 15x65 metros, que originalmente contenía dos filas de bases a lo largo -de lo que sin embargo no queda registro arqueológico- y una habitación en el lado sur (donde cada mañana se leían las órdenes para las unidades, así como las sanciones). Entre la basílica y el *atrium*, que se situaba al este de ésta, se encontraba un pórtico con escalones, que salvaban la diferencia de altura entre ambos espacios. En el área central de la basílica se hallaron fragmentos de inscripciones con listas de soldados, así como los restos de un águila tallada en mármol, la cual simbolizaría tanto el poder imperial en la provincia como la referencia a este animal como estandarte oficial de la legión.

El *atrium* era un espacio cuadrangular de unos 50x50 metros, enmarcado en sus lados norte y sur por habitaciones cerradas que actuaban de *armamentarium*. Sin embargo, entre estas habitaciones se investiga la posible presencia de dos habitaciones en el lado sur que corresponderían a *schola* o *collegium*, la sede de las asociaciones de las subunidades, con varios tipos de armas o cohortes.

Conclusiones

En primer lugar, es una cuestión de gran alcance temporal desde una perspectiva histórica, excavaciones por Adalbert Cserni desde finales del siglo XIX en una coyuntura de cambio en la tendencia teórica utilizada durante las excavaciones. El auge de los nacionalismos podría explicar esta tendencia generalizada en toda Europa por la cual se realizan excavaciones en yacimientos significativos para realzar el pasado de manera que

pueda servir de justificación presente, por lo que el caso de las excavaciones en Apulum no sería una excepción.

Según criterios científicos y tendencias arqueológicas actuales resulta un tema novedoso en el panorama de investigación, ya que, aunque el ámbito campamental ha sido tratado en abundancia en provincias como Hispania, Britania o Germania, en el caso de la Dacia aún existen muchas cuestiones por tratar. Destacar, desde una óptica a gran escala, un corpus general que caracterizara los campamentos romanos de la Dacia en su contexto de surgimiento, además del seguimiento de la evolución y abandono de los mismos en relación con el abandono de la provincia. A pequeña escala, en el caso de Apulum resulta necesario ahondar en su transformación de centro militar a económico en relaciones con las colonias circundantes, ya que los restos materiales evidencian el proceso, del cual apenas se conocen las causas.

En segundo lugar, aunque las excavaciones de campamentos son cada vez más numerosas y su, las publicaciones son mínimas, de manera que la difusión de los conocimientos adquiridos al respecto no traspasa más allá de los círculos académicos de los investigadores. Cuando sí se publican los resultados, se presentan mayormente en artículos de revistas científicas rumanas o en congresos internacionales sobre temas específicos (como el Limes Congress), generalmente en lengua rumana, y de forma esporádica en lengua inglesa, dado que son los especialistas de Rumanía los que dirigen la mayor parte de las investigaciones sobre su propio pasado. También se ha podido apreciar una carencia en la difusión de un aparato gráfico que ilustre la realidad campamental.

También combinar disciplinas para el estudio en profundidad de los campamentos de la Dacia, ya que se aplican generalidades sobre el ejército romano para el estudio de los restos de esta provincia; cuando la realidad es que las circunstancias específicas del desarrollo de los campamentos dibujan un panorama diferente a otras provincias como Britania o Hispania. En el caso de la Dacia, la resistencia precisa de una fuerte presencia militar en un momento en el que el imperio se encuentra en su máxima extensión, de manera que es necesario llevar a cabo un corpus organizativo sumamente complejo para la distribución de los centros de control a lo largo del territorio, que por otra parte cuenta con la desventaja de tener una orografía muy complicada. La presencia del Danubio también implica la existencia de un limes natural que por un lado ayuda al mantenimiento de las fronteras y por otro necesita de un gran sistema defensivo a lo largo de la orilla.

Es necesario continuar con la investigación de estos campamentos, que son un núcleo de información para el entendimiento del pasado romano y de la configuración de la población dacica a raíz de la romanización de la provincia. Apulum resulta un ejemplo vivo de este hecho, que evolucionó desde un fortín militar cuyo objetivo fue el control territorial hasta convertirse en un núcleo urbano en el que la población romana fue adquiriendo caracteres del territorio en el que se encontraba, formando así un caso de préstamo cultural bidireccional, creando una nueva identidad con el tiempo. Apulum resulta interesante por sí mismo para el estudio arqueológico por su localización, por su dinamismo económico, y por las evidencias arqueológicas, ya que las estructuras van variando desde un tipo esencialmente militar hacia construcciones de tipo urbano; y ya dentro del campo de la historiografía arqueológica porque resulta un temprano ejemplo del desarrollo de la Arqueología como disciplina científica en Rumanía, suponiendo un hito en la investigación de campo de la Arqueología Clásica.

Bibliografía general

Fuentes clásicas

- DIÓN CASIO *Historia Romana*, trad. Antonio Diego Duarte, Murcia, 2015.
- PLINIO EL JOVEN *Panegírico de Trajano*, trad. Álvaro D'Ors, Madrid, 1955.
- POLIBIO DE MEGALÓPOLIS *Historia Universal bajo la República Romana*.
- VITRUBIO POLIÓN, M. *Los diez libros de Arquitectura*, versión española de José Luis Oliver Domingo, Madrid, 1995

Fuentes actuales

- CÁMARA, A., REVUELTA, B. (coord.) (2013): *Ingeniería Romana*, Fundación Juanelo Turriano, Madrid, Segovia, UNED.
- CHIC GARCÍA, G. (2000): «Trajano y el arte de comerciar», *Trajano emperador de Roma*: [Congreso internacional, celebrado en Sevilla los días 14 al 17 de septiembre], coord. Julián González Fernández, nº 1, pp. 71-101.
- CONNOLLY, P. (1981): *Las Legiones Romanas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- DUARTE, A. D. (2015): *Epítomes de la Historia Romana: Volumen 1 - Libros LXI a LXX*.
- GOLDSWORTHY, A. (2005): *El Ejército romano*, Madrid, Akal.
- GUIRAL, C. (2010): *Arqueología II. Arqueología de Roma*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- JILEK, S. (2008): «The definition of river frontiers», en DAVID J. BREEZE, SONJA JILEK (eds.), *Frontiers of the Roman Empire. The European dimension of a World Heritage Site*, pp. 65-70.
- MORILLO, A. (2008): «Criterios arqueológicos de identificación de los campamentos romanos en Hispania», *Salduie* 8, pp. 73-93.
- PERALTA LABRADOR, E. (2002): «Los campamentos romanos de campaña (castra aestiva): evidencias científicas y carencias académicas», *Nivel Cero*, 10, pp. 49-87.
- PEREA YÉBENES, S. (2006): «El uso de la sal en el ejército romano y su abastecimiento en época altoimperial» en MORILLO CERDÁN, A. (ed.): *Arqueología militar en Hispania II: producción y abastecimiento en el ámbito militar*, pp. 345-359.
- SANTOS YANGUAS, N. (2014): «Ejército romano y religiosidad», *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, XXV, pp. 353-384.

Bibliografía específica

- ARBORE POPESCU, G. (1998): *Traiano: ai confini dell'impero*, Ancona, Electa.
- CARBÓ GARCÍA, J. R. (2010): «Dacia Capta: Particularidades de un proceso de conquista y romanización», *Habis*, nº 41, pp. 275-292.
- DAVISON, D. P. (1989): *The Barracks of the Roman Army from the 1st to the 3rd centuries A.D.*, Oxford, B.A.R.
- DOMSA, O. (2009): «Virtual reconstruction of Roman Military Apulum camp», *University 1 Decembrie 1918*, pp. 1-6.
- GUI, M. (2011): «Evidence for medical and personal care in the case of the Roman army in Dacia», *Ephemeris Napocensis*, XXI, pp. 115-130.
- GUI, M., PETRUT, D. (2015): «Illuminating the soldiers' homes. The evidence of lighting devices from the barracks of forts and fortresses in roman Dacia», *Proceedings of the 22nd International Congress of roman frontier studies*, pp. 259-268.
- OLTEAN, R. (2013): *Dacia: The Roman Wars. Volume I. Sarmizegetusa*, Bucarest, Art-Historia.
- PETRUT, D., GUI, M., TRINCA, H. (2014): «Lighting roman military barracks. An interdisciplinary approach based on evidence from Dacia», *Archeologica Bulgarica*, XVIII, 3, pp. 65-92.
- RAZVAN, B. G. (2015): «Counterfeiting roman coins in the Roman Empire 1st–3rd a.d. Study on the roman provinces of Dacia and Pannonia», *Journal of Ancient History and Archeology*, 2.4, pp. 31-74.
- RUSSU, I. (1984): *Inscriptiile daciei romane*, vol. III/3, Bucuresti, Academiei Republicii Socialiste Romania.
- RUSU-BOLINDET, V. (2016): «Adalbert Cserni's contribution at the discovery of Governor's Palace from Apulum – old and new perspectives», *Adalbert Cserni and his contemporaries. The pioneers of Archaeology in Alba Iulia and beyond*, Conference Booklet, pp. 17.
- STEFAN, A. S: (2005): *Les guerres daciques de Domitien et de Trajan. Architecture militaire, topographie, images et histoire*, Roma, École française de Rome.
- TENTEA, O. (2015): «Bath and bathing in Dacia under Trajan», *XXIII Limes Congress 2015*, pp. 113-114.

Documentales

DIMANDESCU, N. (2012): *Decoding Dacia*, Koganion Films, [en línea]
<http://www.kogainon.com/K/Pages/DecodingDacia.html>

Webgrafía

UNRV (United Nations of Roma Victrix): *Trajan*, [en línea], <http://www.unrv.com/five-good-emperors/dacian-wars.php>, (consultada 04 oct. 2017)

The Princeton Encyclopedia of Classical Sites: [en línea],
<http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus:text:1999.04.0006:entry=tropaeumtraiani>.

UNESCO: *Dacian Fortresses of Orastie Mountains*, [en línea],
<http://whc.unesco.org/en/list/906>,

Google libros: *Epítomes de la Historia Romana*, [en línea],
<https://play.google.com/books/reader?id=n1Y6BgAAQBAJ&printsec=frontcover&output=reader&hl=es&pg=GBS.PT174>.

National Geographic, Legiones de Roma, la vida en el campamento, [en línea],
http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/legiones-de-roma-la-vida-en-el-campamento_6358.

National Geographic, *Trajan Column*, [en línea],
<http://www.nationalgeographic.com/trajan-column/>.

Apulum, [en línea], http://www.apulum.ro/index.php/patrimoniu_en/fortificatie/493

Apulum, [en línea], <http://castrul-apulum.ro/istoric/>

Imperium, *Historias de Polibio, Libro VI (Tomo II)*, [en línea],
http://www.imperivm.org/cont/textos/txt/polibio_hublrr_tii_lvi.html

Web de la Universidad de Alba Iulia, *Photo Gallery, 1 diciembre 1918*, [en línea],
<http://edu.kindergraff.ro/BBB/single.php?lang=en&storyid=2>

Tabula Peutingeriana online: *Tabvla Pevtingeriana*, [en línea], <http://www.tabula-peutingeriana.de/tp/tpx.html>

Viator Imperi, [en línea], <http://www.viatorimperii.com/drobeta-turnu-severin>

Dan Marino, *Trajan's Bridge*, [en línea], <https://vimeo.com/52953688>

LAS FORMACIONES ROMANAS A TRAVÉS DE LA ARQUEOLOGÍA EXPERIMENTAL Y LA RECREACIÓN HISTÓRICA: LA FORMACIÓN TESTUDO Y EL FRENTE DE BATALLA EN ÉPOCA ALTO IMPERIAL

ROMAN FORMATIONS IN EXPERIMENTAL ARCHEOLOGY AND HISTORICAL RECREATION: THE TESTUDO FORMATION AND THE BATTLE FRONT IN HIGH IMPERIAL AGE

Marco Almansa Fernández¹

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Analizaremos, mediante la recreación histórica y la arqueología experimental, dos formaciones que en época romana fueron comunes, el orden testudo y el frente de batalla. En el primer caso veremos cómo se hace, ya que percibimos en imágenes lo “sencilla” que puede ser, pero es con la experimentación con lo que se advierte el adiestramiento en la posición del escudo, los pasos, etc. su complejidad, además de su origen y evolución. En cuanto a la segunda parte de nuestra intervención, el frente de batalla, veremos que es discontinua, los legionarios no están juntos como algunas fuentes nos dicen o como vemos en películas. Son estos dos módulos los que analizaremos y divulgaremos para dar a conocer al público la forma de combate real o más aproximado que podamos de su realidad.

Palabras clave: Recreación histórica romana, arqueología experimental, formación *testudo*, frente de batalla.

Abstract: We will analyze, through historical recreation and experimental archeology, two formations that were common in Roman times, the testudo order and the battle front. In the first case we will see how it is done, since we perceive in images the "simple" that can be, but it is with the experimentation with what is warned the training both in the position of the shield, the steps, etc. its complexity, as well as its origin and evolution. As for the second part of our intervention, the battlefront, we see that is discontinuous, the legionnaires are not together as some sources tell us or see in movies. It is these two modules that analyze and disclose to publish the public in the form of actual combat or more we can approximate their reality.

Keywords: Roman Reenactment, Experimental archaeology, *Testudo* formation, Battlefront.

Para comenzar se debe definir qué es la recreación histórica. Consiste en revivir la historia pasada, de ciertas épocas de la humanidad que se quieren comprender. Pero no

¹ Marco Almansa Fernández. Doctor en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid (UCM).

en un sentido patriótico, sino histórico, divulgación, aprendizaje y enseñanza del pasado de la forma más objetiva posible. Completando de esta forma o refutando las fuentes literarias, gráficas, etc. que nos han llegado desde el pasado².

La recreación histórica debería ir de la mano con el carácter empírico, es decir, la arqueología experimental. En nuestro caso, lo hemos hecho mediante análisis de ensayo-error que, por la repetición del mismo, han resultado bastante fiables. Es por eso, por lo que, junto con las fuentes literarias, realizamos la comprobación para experimentar y probar cómo se hace la formación *testudo* y el frente de batalla.

La arqueología experimental, como disciplina de la arqueología³, lo que nos enseña es mediante las comprobaciones, la utilidad de los materiales, objetos, las técnicas de fabricación, estructuras y evolución tecnológica de, indumentarias, fabricación de armas, edificios, agricultura o el desgaste calórico de un soldado al hacer una marcha de 30km. Son múltiples las aplicaciones de la arqueología experimental en distintos campos, que debe seguir ciertos métodos para que dé un resultado óptimo y cercano al objeto real.

El problema que recae en muchos de los estudios que se hacen mediante este método, es la cuantía económica y/o, en otros momentos, la cantidad de personal para el estudio. Si nos disponemos, por ejemplo, a confeccionar una túnica romana, hemos de comprar una tela de lino/lana, con el coste que supone que, en este caso no es muy alto, si queremos ahorrar tiempo. Si lo queremos hacer de la forma más fidedigna y tradicional posible, entonces debemos fabricar un telar, con el sobrecoste que pueda tener, así como su construcción, herramientas etc. Una vez obtenida la tela, tendríamos que teñirla. Lo cual nos comportaría un gasto más en tintes, recipientes etc. para la fabricación de una túnica además de ir documentando el proceso.

En esta cuestión, los recursos empleados para la comprobación empírica de las formaciones romanas, en este caso la *testudo*, no debería ser correcto realizarla sólo con ropa actual, sino que ha de ser realizada con la equipación de la época. Lo cual nos presume una cuantía económica elevada, aunque asumible a corto-medio plazo. Es decir, debemos tener un equipo de legionario romano, de recreación, para poder realizar este análisis que en este texto explicamos. Equipo por el que, a priori, se lo debe costear cada uno, algo que retrasa y mucho el trabajo. Pero en nuestro caso, hemos realizado el estudio

² Para una visión más completa de la definición y de los grupos de recreación, véase Almansa Fernández (2014, pp. 211-231). Donde se puede ver qué es la arqueología experimental y la recreación histórica, así como el uso experimental y el nivel de penetración de las espadas romanas.

³ Sin meterse de lleno en su definición que para eso véase: Baena (1997, pp. 2-5). Así como Coles (1973).

de batallas y formaciones gracias a que ya disponemos de un equipo completo de legionario romano del s. II d.C. y suficientes personas para realizarlo, lo cual nos ayuda a poder movernos y hacer las comprobaciones pertinentes, que luego indicaremos.

Sería conveniente seguir los siguientes pasos para estudiar los objetos o pruebas experimentales que se lleven a cabo. Siempre se puede matizar, ampliar o poner sub apartados para clarificar todo, según necesidades:

1 Observación: Visualización de la prueba-objeto y sus partes. Esto nos sirve para conocer el objeto físicamente, la acción a realizar y dar un titular definitorio a la prueba. Dígase, por ejemplo, las partes de un calzado romano o *caligae*, realizar una marcha de 30km, etc.

2 Lectura e investigación: Estudio literario y/o gráfico previo a la realización de las pruebas, lo que nos permite conocer su historia, las variantes, si las hay, del propio tema u objeto a estudiar, etc. Tanto de fuentes primarias como secundarias.

3 Pruebas: Mediante el aprendizaje de la teoría, nos introducimos en la práctica. Para ello, una vez aprendido las partes, el tema a tratar en toda su teoría, ahora realizamos la experimentación. Por ejemplo, hacer una jornada de camino con un equipo completo romano, las vituallas, comida, agua, etc. y ponerla en marcha.

4 Documentación: A ser posible anotando y/o mediante video y fotografía, todos aquellos cambios, procesos, las sensaciones corporales, en caso de ser algo que afecte al cuerpo, los fallos y aciertos, las deformaciones y el desgaste corporal y del material, etc. todo ello con objeto de tener toda la información reunida a la hora de realizar un informe, artículo divulgativo/investigación, y, por tanto, darlo a conocer.

5 Análisis de resultados: Una vez anotados todos los datos necesarios, es menester reunirlos, estudiarlos, compararlos con las fuentes literarias disponibles y realizar el texto para darlo a conocer al público. De esta forma nuestro estudio experimental se habrá llegado de forma completado.

Formación *testudo*

La formación en *testudo* es, seguramente, la formación militar romana más popular, por su vistosidad, difusión y su dificultad de construcción. Garantizaba resguardo a sus ocupantes, siempre y cuando se mantuviera la disciplina, el orden y no faltara ninguna de las escamas del hipotético caparazón formado por escudos.

Terminológicamente, *testudo*, significa tortuga, pero los romanos no lo usaron como

animal principalmente, sino como cobertura, caparazón, cubierta. Algo que fuera robusto y ofreciera resistencia, del paso de personas por encima u otros elementos⁴. Por eso podemos encontrar varios usos para esta misma palabra. Bien para citar para un techo arqueado o abovedado (Virgilio. *Aen.* I. 505; Cicerón. *Brut.* 22). Así, como en una casa romana, cuando la *aedium Cavum* o *atrium* fuera cubierto por todas partes y no tenía una apertura o *compluvium* en el centro, parece ser que el *aedium Cavum* fue llamado *testudo* (Varrón, *L. L.* V, 161). También aplicado al ariete o *aries*, que se llamaba *testudo arietaria* (Vitrubio, X.19). Vitrubio también menciona y explica la construcción de varios otros equipos militares a los que se le dio el nombre de *testudines* (X.20, 21; comparar con Polibio IX.41). También denominada así a aquella máquina militar que se mueve sobre ruedas y con una cubierta, que se utiliza en las ciudades durante el asedio, en el que los soldados trabajaban en el debilitamiento de las murallas parapetados en el interior de esta estructura que estaba cubierta por lo general con cueros u otros materiales para que no fueran prendidos por el fuego fácilmente (César. *B.C.* II.2), también llamado *vinea*, que eran galerías cubiertas para los asedios. Así como las formaciones de *testudo* que conocemos y que explicamos a continuación.

El hecho de que solamente podamos contar con algunos iconos gráficos y pocas referencias literarias sobre esta formación, nos es difícil concretar cómo y porqué se hace. Tenemos como fuentes literarias clásicas fundamentales a Polibio, Dión Casio, Flavio Josefo y el *Strategikon* de Mauricio y algunas menciones en César, Plutarco, T. Livio, Vitrubio, Frontino o Tácito; así como fuentes iconográficas antiguas principales la Columna de Marco Aurelio y, sobre todo, la Columna de Trajano (escenas IL-L, o LXX-LXXI según otros autores), ambas en Roma. Las imágenes, desde nuestro punto de vista, son en realidad una representación estereotipada de la formación *testudo*, dado que entendemos que hay varios tipos de “tortuga”, y que no refleja la realidad de este tipo de formación, como iremos viendo a lo largo de nuestra exposición.

Tenemos constancia de esta formación a lo largo de la historia militar romana, que parece ser citada por primera vez en Polibio y César en el s. I a.C., hasta el período bizantino que evolucionará, según algunos autores, hacia el *foulkon*, *fulcum* o *φοῦλκον* que aparece en el *Strategikon* de Mauricio (590 d.C.) (Rance, 2004, pp. 265-326). Su origen terminológico procedía del animal que cubre su cuerpo con un caparazón sólido, la tortuga. Pero a su vez, parece ser que, quizás no terminológicamente, pero sí en su

⁴ Dion Casio, *Hist. Rom.* XLIX. 30,3.

forma, pueda resultar de la palabra griega *chelone* (χελώνη), que se cita en Jenofonte (*Helénicas*, III.1,7)⁵, pero referido a una construcción de madera móvil que cubría a los asaltantes por encima, también usado por el ejército romano, no obstante, también hay indicios de ser un muro de escudos de frente, con otros tantos por encima, algo plasmado en Q. Curcio (V. 3, 9; VII. 9, 3; IX. 8, 2). Otra cuestión que debemos solucionar, es la cantidad de soldados que se debían utilizar para dicha formación, dado que con un número grande es difícil de realizar y con un número pequeño es inviable, teniendo en cuenta el uso que pueda darse a la *testudo*, como asedio o bien, en combate a campo abierto.

Existe una formación, derivada de la *testudo*, muy compleja de realizar, que es *fastigiata testudo*, en la que los soldados iban escalonando en altura los escudos a modo de pendiente. Los de la primera línea se mantenían en posición vertical apoyando su escudo en el muro, los de la segunda se inclinaban un poco más y así sucesivamente hasta llegar a la última fila que se reclinaba sobre sus rodillas permitiendo a otros legionarios ascender caminando sobre ellos para acceder a lo alto del muro y atacar al enemigo, posiblemente llegando a resistir el paso de caballos y carruajes. No obstante, esto no se ha constatado realmente, aunque es recogido en Dión Casio (XLIX. 30), de todos modos, como veremos, vamos a volver a ella constantemente para diferenciarla de una *testudo* utilizada en campo abierto.

Por citar otro tipo de *testudo*, muy poco señalada, que aparece en Vitrubio (X. 13, 2; X. 19), en César (*B.G.* 5. 42; *B.C.* 2 .2) y en Polibio (9. 41) es la llamada *testudo arietaria*, que en realidad era una formación pensada para cubrir el ariete de asedio cuando se va a utilizar contra un muro o puerta. Posiblemente más que un orden cerrado de legionarios, pudiera ser una construcción de madera que se empuja hasta el muro o puerta. Que se llamara *testudo*, porque va cubierta por arriba y quizás por los lados, muy ligado a la *χελώνη* de Jenofonte. Es lo que comúnmente conocemos como ariete de asedio. Esto nos da a entender que el término utilizado para *testudo* es más generalizado, que algo que se utilice específicamente para una formación romana.

Hemos hablado de tipos de *testudo*, pero ¿qué es realmente y cuándo se recurre a ella? Las fuentes nos hablan que es una formación cerrada por todos sus frentes, quizás la parte de atrás no lo esté, que se utilizaba en campo abierto, para evitar las flechas y otros proyectiles del enemigo o, lo que era más frecuente, en asedios, para formar una

⁵ὥς δ' ἐκ τοῦ τείχους ἐκθένοντες πολλάκις ἐνέβαλον εἰς τὸ ὄρυγμα καὶ ξύλα καὶ λίθους, ποιησάμενος αὖ χελώνην ξυλίνην ἐπέστησεν ἐπὶ τῇ φρεατίᾳ. καὶ ταύτην μέντοι ἐκδραμόντες οἱ Λαρισαῖοι νύκτωρ κατέκαυσαν.

protección a los soldados cuando avanzaran a los muros o puertas de una ciudad con el propósito de sitiarles, como aparece en Livio, César y Salustio (Liv., X. 43; Caes., *B.G.*, II.6; Sal., *Iug.*, 94).

Volvemos a Dión Casio (49. 30) para saber un poco más de cómo se constituía la formación. Nos dice que los legionarios de la primera fila e hileras exteriores estaban equipados con escudos semicilíndricos, mientras que los soldados del interior de la *testudo* estaban provistos de escudos planos. Esto nos obliga a poner en tela de juicio si la *testudo* era realizada por sólo los legionarios o bien, se utilizaba por auxiliares, dado que éstos suelen llevar escudos ovales planos, para el interior de la formación. A raíz de esto, debemos del mismo modo cuestionar si los escudos ovales planos eran usados para todo tipo de *testudo* o sólo para una determinada formación. O si realmente, Dión Casio nos cita correctamente el tipo de escudo que se utilizaba.

Si entendemos que en todas las formaciones se usaban escudos ovales planos, en la parte superior, tendríamos que suponer que siempre los auxiliares acompañarían a los legionarios, al menos en asedios y batallas campales. Un número aún sin determinar de soldados especializados con escudos de estas características, solamente para la *testudo*, dato que no se recoge en las fuentes de las que disponemos. O bien, podría suponerse que hay pequeños contubernios de auxiliares siempre junto con las legiones para realizar esta *testudo*, algo de lo que no hay constancia específica para este tipo de formación. Una última hipótesis es, que los escudos legionarios no fueran tan cóncavos como el encontrado, por ejemplo, en Dura Europos, y por tanto tengamos que cambiar el concepto de escudo que tenemos. Algo que haría que las teorías antes expuestas sobre el uso de los auxiliares para estas formaciones ya no fueran necesarias.

Mediante la experimentación con escudos curvados se da un fallido resultado, debido a que por las tachuelas (*clavii*) del calzado romano, *caligae*, producían caídas a causa de la curvatura del *scutum*. De esta forma el hecho de que la comprobación con otro tipo de escudos menos curvos, aunque no planos, nos da un mejor resultado, en seguridad del legionario, para subir por la *fastigiata testudo*. Existe otra posibilidad que, aunque fuera con escudos curvados, se caminara por el centro, pero cuando se tiene los umbos, proyectiles variados cayendo sobre el legionario, lo más probable es que caiga, bien por una flecha o por tropiezo.

Una de las cuestiones que planteábamos al principio, era la cantidad de soldados que se necesitaban para formar la tortuga. No tenemos fuentes literarias que nos den un

número exacto de soldados para crearla. Para ello nos vamos a basar en la arqueología experimental y reconstrucción histórica que hemos realizado durante más de 12 años de experiencia en distintos eventos. Hemos intentado hacer lo más fidedignamente posible esta formación teniendo en cuenta una serie de elementos, como por ejemplo la cantidad de *milites* (aunque reduciendo el número de forma proporcional), el paso que se daba al caminar con la *testudo*, etc. Comprendiendo que este orden es cerrado y cuya dificultad era no oír apenas más allá de cuatro metros a la redonda, quizás la formen aproximadamente una centuria de 80 soldados. Aunque si bien es cierto, que según necesidades podría ser media centuria o los soldados necesarios siempre en número par. Pero es Livio (XLIV. 9, 5-6), hablando de la recreación en circos y espectáculos, que posiblemente sean sesenta *milites* los que la forman, pero tal como dice se refiere a la del tipo *fastigiata testudo*⁶ y es algo que aparece en Polibio (XXVIII.11, 2-3) referente al asedio de la ciudad de Heracleo y la derrota de Perseo, 169 a.C. y cómo crean esta formación tan característica⁷.

Dión Casio (XLIX. 30, 1-4)⁸ nos explica que en la propia formación *testudo* había no sólo soldados, sino caballos. Equinos que son enseñados para que se pongan de rodillas o semi acostados, si es necesario, para luego levantarse todos a una y poder atacar, tras aguantar el envite de armas arrojadas y abriéndose la formación. Según esto, quizás el destacamento, con uno o dos caballos en su interior, serían necesarios menos soldados, los suficientes como para cubrir a los équidos, teniendo en cuenta que razonablemente han de ir montados para una mayor rapidez en el ataque.

Plutarco (*Ant.*, 45) y Dión Casio (XLIX. 29-30), por su parte, nos dicen que en una batalla contra los partos, año 36 a.C., los legionarios romanos formaron en *testudo*, guardando dentro de ella a las tropas ligeras poniendo la fila delantera rodilla en tierra, los que les siguen pusieron sus escudos encima y así sucesivamente hasta formar un tejado que resbalaba las flechas; los partos a su vez, dejaron las flechas al ver esto y atacaron

⁶ Liv., XLIV. 9. 5-6: [...] *scutis super capita densatis, stantibus primis, secundis summissioribus, tertiis magis et quartis, postremis etiam genu nixis, fastigatam, sicut tecta aedificiorum sunt, testudinem faciebant.*

⁷ *καὶ τῇ μὲν πρώτῃ τοὺς θυρεοὺς ὑπὲρ τῆς κεφαλῆς ποιήσαντες συνέφραζαν, ὥστε τῇ τῶν ὀπλῶν πυκνότητι κεραμωτῶ καταρρύττειν ἐκείνην παραπλήσιον. ἐφεξῆς δ' ἕτεραι δύο. ὅπερ ἐποίουν Ῥωμαῖοι ἐν παιδιᾷς μέρει.*

⁸ Dión Casio nos cita cómo eran este tipo de *testudines*, ya que explica tanto la de batalla como la *fastigiata*. Aquí un fragmento. Nótese que los escudos a los que se refiere es *aspis* (debido a su condición de griego) y no *scutum* romano, lo cual, al margen del término hay que ver que para su creación comenta que hay escudos planos en la parte superior, para que pasen por encima caballos y soldados y en los laterales escudos normales y espadas desenvainadas. *ἡ δὲ δὴ χελῶνῃ αὐτῇ τοιαύδε τις ἐστὶ καὶ τόνδε τὸν τρόπον γίγνεται. τὰ μὲν σκευοφόρα καὶ οἱ ψιλοὶ οἳ τε ἰππῆς ἐν μέσῳ τοῦ στρατεύματος τετάχεται: τῶν δ' ὀπλιτῶν οἳ μὲν ταῖς προμηκέσιν ἀσπίσι ταῖς κοίλαις ταῖς σωληνοειδέσι χρώμενοι περὶ τε τὰ ἔσχατα ὥσπερ ἐν πλινθίῳ τινὶ τάσσονται, καὶ τοὺς ἄλλους, ἔξω τε βλέποντες καὶ τὰ ὅπλα προβεβλημένοι, περιέχουσιν.*

contra la formación, cuando se acercaron a ella, los legionarios se levantaron y atacaron al enemigo. Añadimos que muy posiblemente a todo esto, además estarían en el interior uno o dos suboficiales u oficiales tratando de dar las órdenes correspondientes a la formación. También lo cita Frontino (*Strat.*, II.3,15), “...cuando Marco Antonio se enfrentó en batalla con los partos y hacían llover sobre su ejército innumerables flechas, ordenó que sus hombres se detuvieran y formaran una *testudo*. Las flechas pasaron sobre este sin daño para los soldados, y las existencias del enemigo pronto se agotaron”. Lo que nos indica, por otra parte, que la *testudo* no ha de ir necesariamente saturada de caballería y que se podría usar también en campo abierto y tropas ligeras resguardadas en su interior, como arqueros. Por lo que si Dión Casio y T. Livio afirman que existe la *testudo* con bagajes en su interior y que soportaban tropas encima, posiblemente en asedios; y a su vez, Plutarco, Dión Casio y Frontino nos dicen que M. Antonio con esta formación estaba constituida por soldados y es en batalla campal, se deduce que son dos tipos de *testudo* diferentes, *fastigiata testudo* para asedios y subir hasta lo alto de la muralla, y la que designamos como “*testudo* de batalla”, se utilizaría en ofensiva campal, creada sólo con soldados de varia índole y con, posiblemente, caballería en su interior.

Consideramos que un tipo de formación como la que comenta Livio (XLIV. 9, 6-10), sobre la batalla de Heraklion en Macedonia en el 169 a. C. durante la Tercera Guerra Macedónica, sería para nosotros, la *fastigiata testudo*. Además, para incluir bagajes, soldados, etc. se necesitaba mucho tiempo, el cual no disponían teniendo en cuenta que constantemente lloverían flechas. Por lo que sospechamos que, la utilización de bagajes y caballos en la *testudo*, sólo y exclusivamente para asedios, junto al muro enemigo y cuya creación debía hacerse bajo el amparo de otros *testudines* menores para llevar, al menos el bagaje, mientras lloviesen flechas y venablos, para constituir la *fastigiata testudo* final. O bien durante ciertos descansos y ausencias enemigas, lo que nos da pie a un tipo de asedio distinto al que estamos acostumbrados a imaginar con lluvia de proyectiles constante desde un bando a otro.

El marchar de la formación “tortuga” ha de ser lenta, tal como hace el propio animal. Otra vez acudimos a la arqueología experimental y comprobamos que los legionarios están bien pegados unos a los otros, de esta forma aguantan mejor el envite por cualquiera de los flancos además de mantener un paso lento, firme y unísono hace que la *testudo* no se disperse y se mantenga compacta. También en caso de estar parados, toda la formación podría agacharse hasta hincar rodilla en suelo y poder así descansar o aguantar. Hay que

tener en cuenta que la creación de la “tortuga” se debió hacer después del tiro de *pila*. Siendo muy puntillosos en la materia experimental, es posible que los cascos de los soldados no fueran, para esta ocasión, decorados con penachos o plumas, en época republicana o que tuvieran que agacharse como es el caso de algún oficial en el interior. Esto se debe a que éste impide una forma correcta de apoyo del escudo en el casco del soldado delantero, aparte de poder estropear algo que es decorativo y señalizador, por tanto, valioso, en ese sentido.

En resumen, creemos que existen varios tipos de *testudo* utilizadas en cada caso en su contexto adecuado, *fastigiata testudo*, para asedios en donde se realizaría mediante una rampa de acceso hasta lo alto de la muralla, teniendo uno o varios pisos. Quizás también se refiera a la rampa hecha de madera y tierra para acceso a las murallas; y la *testudo* sólo de soldados, para batallas en campo abierto, mucho más fácil de componer que la anterior y que cerrada por el frente y flancos, aguantaba la lluvia de proyectiles desde varios costados. Ambas formadas, quizás por una centuria de legionarios con escudos menos curvados de los que tenemos constancia, más abierto, a fin de evitar caídas. Descartamos la *testudo arietaria* dado que es un carro de madera con un ariete (*ares*).

Una vez visto cómo es la *testudo*, sus formas, construcción, etc. sería interesante nombrar brevemente su evolución. Parte de su perfeccionamiento podría darse a los cambios significativos dentro del ejército romano debido a las numerosas reformas que hubo a lo largo del final del imperio y el comienzo del Dominado. Es ahora cuando la formación *testudo* parece hacerse inoperante con las reincorporaciones armamentísticas que hay dentro del ejército romano. Por ejemplo, la *lancea*, a partir del s. III-IV d.C., que es un asta de unos 2 metros que se usaba como arma principal, sustituyendo al famoso *pilum*, pero que en esta ocasión, muy pocas veces era usada como jabalina. Era el arma principal a modo de hoplita griego que mantenía al enemigo más alejado del cuerpo a cuerpo y teniendo la *spatha* como arma secundaria.

Debido a esta incorporación, la formación *testudo*, cerrada, era ineficaz con las nuevas armas presentes en el ejército romano bajo imperial y bizantino, resurgía así la formación que citábamos al principio, *foulkon*, *fulcum* o *φοῦλκον* que aparece a finales del s. V-VI d.C. y es mencionado por Mauricio en su *Strategikon* (12. B. 16.27–29), aunque puede descender de la formación que Arriano cita contra los alanos (*Acies Contra Alanos*, 17). Además, también sabemos que no parece ser una formación propiamente romana, sino que es de la raíz germana *volk*. Formación que ya usaban los germanos de forma similar

a la que lo harán los romanos. Realmente especulamos que son distintas formas de nombrar una misma formación.

Frente de batalla en época imperial

El frente de batalla es un tema complejo que ha suscitado ríos de tinta por los estudios realizados al respecto, dígase por ejemplo Goldsworthy Armstrong, Kavanagh, Quesada, entre otros muchos. Si bien es cierto, no podemos limitarnos a analizar a lo largo de la historia de Roma un mismo tipo de combate, puesto que estaríamos marginando el armamento, la equipación romana, la cual sufre una evolución y constantes cambios a lo largo de toda su existencia, así como a los enemigos a los que se enfrentaban las legiones. La idea esencial de cualquier combate, es la supervivencia propia, matar sin dejarse matar, (Le Bohec, 2004, Cap. V, p. 164; Goldsworthy, 1996, p. 219 y ss).

Quien escribe, no es un militar, ni sabe cómo es estar en una batalla real, o estar cerca de una (Keegan, 1976, p. 13), ni siquiera sabe la totalidad de adrenalina que puede uno tener en un combate donde la vida y la muerte se dan de la mano en pocos segundos. Pero sí podemos acercarnos lo más posible a ello, si mediante modelos teóricos y puestos en práctica con la arqueología experimental, visualizamos algo de luz de lo que es una batalla, el frente de la misma, etc. En nuestra concepción actual y seguramente a lo largo de toda la historia humana, el concepto del miedo es un hecho presente en muchos ámbitos, en especial en las contiendas.

El miedo, la seguridad, la violencia son elementos clave que cada ejército debe controlar con una disciplina implacable y equipo militar que, tanto en la antigüedad como en la actualidad, se llevan a cabo mediante pautas y con prácticas de campo. Pero hay un fundamento psicológico esencial que hemos citado, el miedo, es lo que incita a que una batalla se pierda o venza. Ya que desciende la moral cuando se ven numerosas bajas en un bando, o el factor sorpresa y no se sabe qué hacer, el caos produce miedo, el miedo la huida o la muerte.

Pero en unos ejércitos como el romano, quizás el griego también y sobre todo el espartano, hay ausencia del miedo debido al entrenamiento férreo. El miedo siempre se tendrá, a la muerte, a lo que pase en el campo de batalla, pero cuando se conoce el equipo, armas, sus defensas, tanto propias como del enemigo, el valor y el arrojo, así como las arengas que suben la moral, hacen que un ejército sea disciplinado y muy difícil de vencer. Y justamente eso, es lo que al menos, ocurría en el ejército romano, una preparación o

entrenamiento durante meses o años, hace que se acostumbren a su equipo, sabían manejarlo, de ahí se convierten en invencibles⁹. El caso contrario, por ejemplo, ocurre lo que, a Craso, que con un ejército poco entrenado en Carrae en el 53 a.C. donde la masacre ocurrida fue a causa de su escasa disciplina y entrenamiento.

Podríamos encontrar ciertos paralelismos, alejados por el tiempo, entre Monarquía y Dominado o entre República e Imperio, sobre todo en lo que en armamento se refiere, siempre salvando las diferencias evidentes en enemigos o en ciertos elementos del equipo legionario. Dado esto, las técnicas podrían variar algo según estas comparaciones, puesto que en la monarquía el equipo principal es el *aspis* y la *dory*, a la postre en el Dominado, el *scutum* oval y la *lancea*; así como en la República el *gladius*, *pilum* y *scutum* rectangular con una continuación en el Imperio, y con algunos cambios en tamaños y formas, pero cuya base es la misma.

No vamos hablar aquí sobre las formaciones romanas, sumamente conocidas y de las que hemos citado una de ellas, tan famosa y compleja de realizar con todos los matices que tiene. U otras formaciones que son fundamentales para el combate, según estrategias y que pueden marcar la diferencia entre la victoria y derrota, nada nuevo si se citan el *cuneus* o cuña, *orbite* para realizar un círculo protector de oficiales y estandartes, además de formaciones de movimientos o posicionamiento, etc. En lo que nos vamos a centrar es en el frente de batalla, de una línea que es la que se hace en la mayoría de combates con un perfil concreto, sólo mediante una línea longitudinal con otras análogas de legionarios detrás. En la forma de lucha de los legionarios romanos, así de cómo realizaban el combate cuerpo a cuerpo.

A diferencia del periodo republicano, en el Imperio el ejército romano deja de tener manípulos, y se estructura mediante la legión, cohortes (nombradas de la I a la X, formadas a su vez por 6 centurias de 480 soldados, con la Iª centuria principal de 800 hombres que pertenece a la Iª cohorte la cual tenía 5 centurias y no 6 como las cohortes II-X) y contubernios (8 soldados), que es la unidad más pequeña. Además de tener los cuerpos de caballería, *turma* o *alae* y los auxiliares, que también tienen la estructura similar a las legiones.

La pregunta que debemos hacernos es, ¿sigue el ejército imperial las mismas reglas de combate que el republicano? Para ello es necesario ver qué hace en el frente de batalla un

⁹ Un buen estudio al respecto sobre el ejército romano y su disciplina, tal como comentamos, es el de Phang, (2011, pp. 119 y ss). Además de Goldsworthy (1996). Es esencial leer también el artículo de Quesada Sanz (2016, pp. 325-346).

ejército romano republicano tardío. También podremos dar varios niveles al tipo de combate, lo que ocurre en la misma que llamamos el nivel íntimo de la batalla, o en otro nivel mayor, la preparación y visualización general de la misma. Es lo que podría mencionarse, en el primer caso, como nivel “micro” (Quesada Sanz, 2003, pp. 164 y ss; 2016, 326 y ss.), justo en el momento de choque o enfrentamiento y sus formas de combate.

Cuando analizamos el ejército romano, en general, siempre se tiende a unificar las mismas estrategias para toda la vida de Roma, algo alejado de la realidad, también debido al tipo de armas y enemigos a los que se enfrentaban. Recordemos qué pasó cuando los romanos con el equipamiento que llevaban se enfrentaron a Aníbal, asimismo la estrategia a seguir por esos cónsules; Carrae, Teutoburgo, la batalla de Tapae por el ejército romano del emperador Trajano, o el ejército de Valente que se enfrentó en Adrianópolis contra los godos. Sitios, armamento y épocas distintas dentro de la historia de Roma.

Si bien es cierto, que en la República y en el Imperio se hacían relevos de líneas, lo que se llamaba disposición en damero o tresbolillo, o lo que se denominaría *quinquax*, nos dice Livio (VIII.8, 3-8) que se realizaba el recambio de líneas, cuando las primeras líneas estaban flaqueando y eran sustituidas por unas tropas de refresco, teniendo un nuevo empuje contra el enemigo. El problema recae en el cambio de líneas, el momento de esta variación, que sería seguramente en los tiempos y espacios que no había lucha y siempre manteniendo un espacio de seguridad con el enemigo antes de producirse esta permuta. Es posible que la arqueología experimental pueda solucionarnos esto, dado que al recrearse las batallas podamos conocer cómo se comportaría una unidad en la acometida. Nadie en su sano juicio, excepto los berserker vikingos u otros que entraban en batalla con el sentido del miedo prácticamente anulado por el consumo de sustancias psicotrópicas, va a enfrentarse yendo contra un ejército cual melé de rugby se tratase, produciéndose bajas a un ritmo escalofriante en el bando contrario a Roma (Sabin, 2000, 5 y ss.).

Los combates eran tentativos, es decir, un bando marchaba hacia el contrario y llegados a un espacio prudente de seguridad, empezaban los desafíos, burlas y algo que es fundamental en la batalla, arrojar las lanzas, *pila* (pl. *pilum*) de 1,80m y todo objeto capaz de hacer daño o producir desconcierto en el bando contrario (Liv., V. 47, 5). Consiguiendo en algunas ocasiones no llegar al combate cuerpo a cuerpo, como en el año 206 a.C. en Tarento (Liv., XXVII. 16,1), (Liv., VII, 26,9 (que llegó sólo la primera línea,

pero el resto huyó)). Pudiendo en los periodos de inactividad de combate directo y con el espacio de seguridad, haya un intercambio de proyectiles de un lado a otro, desde el inicio (Liv., XXV, 19, 3; XXV.19, 6; IX. 35, 5-7) hasta el final (Goldsworthy, 1996, p. 222).

Aunque no tengamos fuentes tan directas e importantes como Tito Livio para el Principado, podemos basarnos en Tácito, quizás el dudoso texto de Vegetio, Onasandro, Arriano, Eneas el Táctico, Flavio Josefo, Herodiano o Dión Casio, hemos de suponer que en época imperial este intercambio de proyectiles sería factible, al menos sí que lo harían los romanos. Añadiendo a finales del s. I d.C. principios del II d.C. un peso o lastre adicional de plomo al *pilum* de forma, por lo general, esférica, que aparece representado en el Monumento de Adamclisi, en la lápida de C. Caristio Víctor, en el Relieve A de la Cancillería o en la estela de Apamea, elemento que sobrecarga al *pilum* para que tenga un mayor nivel de penetración, tras su caída en forma de parábola. Bien, pues esta arma arrojadiza estaba pensada para ser usada, una vez por batalla, pudiéndose reparar al término de la misma en los talleres del campamento romano.

De esta forma, tenemos un primer movimiento de ataque en la batalla, en el que en el lado romano si viéramos una serie de fotografías del momento, se crea una fingida confusión de soldados cogiendo carrerilla para poder lanzar los *pila*. Sin embargo, no se salen de su columna, sólo unos pasos de avance, retornando de nuevo a la posición original, desenvainando la espada a continuación.

Las siguientes fases de combate son fundamentales para la batalla; acertadamente Kavanagh en un muy interesante artículo sobre el ejército republicano (Kavanagh, 2014, pp. 21 y ss.) explica sobre la peculiaridad del ejército a la hora de realizar el combate. Basándonos en este artículo junto con el texto de Livio (XLIV. 41) que él mismo cita, se refiere a que existen repetidos ataques en pequeños grupos contra la falange macedónica. Seguidamente, en otra cita de Livio (XXXIII. 36, 11) hay un primer y segundo *impetus*. ¿El *impetus* qué es? son ataques puntuales, sucesivos de cada centuria o parte de ella, a la orden del centurión, de forma autónoma, y no del general, se arrojan a la lucha de forma independiente, volviendo atrás terminado ese primer ataque produciendo estupor sobre el enemigo, como nos citan Livio (III. 35,7 y VI. 13,2) o César (BG., I. 22; IV. 26). Tras esos ataques y vuelta a la posición original, dejando un espacio de seguridad, momento en el cual se podría producir el cambio de filas y la continuación del intercambio de jabalinas.

En este sentido, tendríamos que preguntarnos si en época imperial sería del mismo

modo de combate. Para nosotros nada indica lo contrario, el mismo modelo de combate, como el *impetu* o la salva de *pila*, continúa haciéndose a la manera republicana. Incluso, tanto Livio como Arriano, en sus respectivas épocas, coinciden en un elemento de psicología, tanto en el refuerzo moral propio romano como para asustar al enemigo, es el caso del *clamor* (Liv., I. 11,2; VII. 40, 10; XXV. 41,6; XXX. 34,1 y Arriano, *Acies Contra Alanos*, 25)¹⁰ donde vemos que el posicionamiento primero es moverse en silencio – lógico por otra parte, ya que debe escucharse las órdenes emanadas de los oficiales y en la distancia no se oyen adecuadamente– y cuando se proporcione la última orden de atacar, gritar, clamar, para intimidar. Lo cual tendría sentido vincularlo con la realización del *impetu*.

Hay una cuestión que nos importa mucho, es la forma de combate del legionario romano, al menos de época imperial. Sabemos que la espada se acorta hasta llegar a unos 55-75cm de largo x ±5cm de ancho de hoja con la tipo *pompei* y un scutum rectangular de 80cm x 1'10m que protege desde las espinillas hasta la cara del legionario romano. Es justo éste último elemento el que cobra gran importancia, el escudo. Si volvemos atrás en el tiempo vemos como Livio (XXX. 34, 3- 5)¹¹ nos señala, en la batalla de Zama, que se produjo un empuje con el escudo y hombro; es notable como esto puede dejar perfectamente expuesto al legionario romano concentrado en presionar, en un flanco fácil de lanzas y espadas.

Este *othismos* al estilo romano, igual que el griego¹², se ve inviable en una batalla, y se debe a que el empuje, al margen de ser vulnerable con ataques de espada en la espalda u otros sitios mientras el legionario empuja, se produce un momento de caos, de aplastamiento, ya que no sólo empuja la primera fila, sino las traseras, pudiendo caer por tropiezo o si alguien de enfrente abre un pequeño pasillo que, con la inercia del empuje, el enemigo caiga con su consecuente muerte ya en el suelo. Así que, en el caso de Tito Livio no podemos fiarnos en este sentido, primero porque no ha estado en la batalla y

¹⁰ Arriano, *Acies contra alanos*, 25: οὕτω δὲ ταχθέντων σιγὴ ἔστω ἔστ' ἂν πελάσωσιν ἐντὸς βέλουςοι πολέμιοι πελαζόντων δὲ ἤδη ὥς. Traducción nuestra: Una vez así dispuestos, debía haber un silencio rotundo hasta que los enemigos se sitúen a tiro de los arqueros, entonces debe proyectarse el grito de guerra ("clamor"), lo más enérgico e intimidador posible.

¹¹ Liv. AUC. XXX, 34, 3- 5: [...] el ataque de los romanos era sólido, presionando sobre el enemigo con su propio peso y el de sus armas; en la otra parte, carreras y agilidad, más que fuerza. Así pues, a la primera carga, los romanos hicieron retroceder a inmediatamente a las fuerzas enemigas. Después, empujando con el hombro y el escudo, avanzando a medida que los obligaban a retroceder, adelantaron bastante terreno, como si nadie les ofreciera resistencia. Las últimas filas, por su parte, al notar que el frente cedía, empujaron a las primeras, y esto precisamente contribuyó a rechazar al enemigo con gran fuerza. (Traducción de Villar Vidal, J. A.)

¹² Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, 4.96; también en Jenofonte, *Helénicas*, VII.1.31.

segundo no es un experto en temas militares. Quizás sea más un texto de ensalzamiento que de realidad o un hecho muy puntual, pero que no se refleja en el resto de fuentes romanas. Pensamos que se pueda referir, en caso de ser error del traductor, en describir estas acciones cuando realmente se refiere al *impetu* que citábamos antes, que cita en el mismo pasaje: *igitur primo impetu extemplo mouere loco hostium aciem Romani*. Por tanto, aquí solucionaríamos la errónea interpretación de que es empujar, a favor del término y definición que de *impetus* habíamos dado antes.

A su vez, es importante analizar como las fuentes clásicas nos dan algo de información, y como de un puzle se tratase tenemos que ir encajando pieza a pieza. En esta ocasión, en el posicionamiento del legionario. Onasando (*Strategikos*, 27), autor griego del s. II d.C. nos describe que el legionario debe avanzar en formación, siendo en la lucha o en la persecución y nunca romper filas saliéndose de ellas. La distancia, tal como nos dice Polibio (18.28), aunque para época republicana, aunque no distaría de la imperial, sería de *circa* de seis pies de frente (1,80m)¹³ cifra que coincide con Asclepiodoto (*Táctica*, 4), del s. I a.C., para la falange macedónica y que además incluye otras distancias como 90 cm para una formación compacta y de 45 cm para la denominada “escudos entrelazados” (*synaspismos*), Vegetio (III. 15) en cambio acierta, y experimentalmente así lo hemos comprobado, en la distancia de 90cm de espacio entre legionarios.

La formación para el combate, según el periodo que estudiemos será casi distinta de una de otra, en nuestro caso en época imperial sabemos que el ataque general con el gladius era de punta (Vegetio, I. 12), (Polibio, 18. 30.6), protegiéndose con la armadura de mallas, *segmentata* o *squatmata* y teniendo un componente mixto del equipo, tanto ofensivo como defensivo, el *scutum*. Además, llevaba *pilum* que puede ser lanzable o utilizado como defensa ante ataques de caballería, etc.

Esto último podemos observarlo justamente en Arriano (*Acies contra alanos*, 17) quien nos habla del ataque de los alanos del s. II d.C. de época del emperador Adriano, en el que la formación de frente de batalla, de forma inicialmente pasiva, sería primera línea agachada con escudos al frente y los *pila* clavados en suelo proyectados hacia adelante, con una segunda, tercera o cuarta fila trasera con escudos en forma de tejado y *pilas* apuntando al frente en forma de erizo, y las hileras traseras con jabalineros y arqueros.

¹³ Debemos decir aquí que esta cifra suponemos que es el espacio de desplazamiento hacia el frente para lanzar el pilum, cuando en realidad el radio alrededor del legionario no sería más de 90 cm., teoría que coincidimos plenamente con la de Goldsworthy (2005, p. 179).

Todos ellos preparados para cuando se acerque la caballería enemiga poder lanzarle todas las armas arrojadizas, flechas, etc. Al estilo que podría denominarse, más adelante, como *foulkon*.

En este supuesto, podemos observar que puede darse en ciertos momentos este tipo de frente estático y que se abalanza contra el enemigo cuando está cerca. Pero nos preguntamos cómo sería un frente de batalla en donde la línea romana avanza hacia el enemigo. Esto en parte, lo hemos resuelto antes cuando hemos disertado sobre el *ímpetu*, pero tal como plantea Quesada Sanz (2003, p.186) para el ejército romano, teniendo las centurias o manípulos forma de ameba. Es una idea que recoge también el profesor de la Universidad de Virginia, Lendon¹⁴ como *blobs* o nubes, en el sentido de que las unidades forman una línea de batalla que cuando avanzan y luchan forman curvas o grupos de forma circular irregular. Por nuestra parte, no estamos del todo de acuerdo en esta teoría, creemos más en la posición más estándar, rectangular, no estática, aunque igualmente aplicable a la falange macedónica como a la legión romana, tema planteado con el que estamos de acuerdo con Connolly (2016, pp.82 y ss. recogido a su vez de Asclepiodoto). El sistema rectangular, al menos en época imperial, permite realizar tanto los lanzamientos de *pila*, como el cambio de líneas internos y mantener algo esencial, el orden y disciplina.

Experimentalmente hicimos en varias ocasiones, formaciones y luchas con la forma cuasi irregular de Lendon o Quesada, en el que las columnas se confundían unas con otras, como se plantea con el sistema ameboide de antes, el resultado era inviable dado que no se sabía quién era el compañero de delante, resultando una formación caótica.

De la segunda forma, ordenada dando la apariencia disciplinada, sabiendo el orden correcto de colocación, funcionamiento, además de la seguridad que da tener a la vista al compañero de al lado. Los cambios de líneas son importantes en una formación romana, en la que sí, puede torcerse el frente de batalla –en línea recta y no curva–, pero sin retrasar las columnas y otras adelantándolas, ya que esto podría crear huecos que fácilmente pueden ser aprovechados por el enemigo para atacar al costado.

En conclusión, podemos precisar que el estilo de combate en época imperial no dista mucho del periodo anterior, y que los datos ofrecidos al calor de los autores sobre época republicana podrían ser válidos para época imperial, al menos para el Principado. En este

¹⁴ Lendon (2005, p. 179), véase la imagen que ilustra perfectamente la posición irregular de la formación, como una masa cuasi caótica, aunque se refiere a las legiones manipulares republicanas de *hastati*, *princeps*, *triarii* o *velites*.

sentido, vemos cómo el *impetus* cobra importancia, como acciones autónomas de las centurias y con un retroceso de las filas para dejar un espacio de seguridad y poder relevar a los compañeros cansados o heridos.

De la misma manera hemos de exponer que el tiempo de combate, no sería muy duradero, no más de 7-10 min por persona (Goldsworthy, 1996, p. 224), hay que tener en cuenta el factor del cansancio a medida que se empuña un escudo de cerca de los 10kg y demás equipamiento (de entre 30-35kg), la adrenalina que genera el cuerpo, el calor o frío, el estrés provocado en la batalla y la tensión de estar defendiendo y atacando rápidamente, evitando a varios enemigos a la vez en el frente, el cansancio estimulado de los golpes continuos. Esto provoca que un soldado tenga un aguante limitado y deba ser relevado hasta volver a combatir, si es necesario. La batalla podría durar horas, con sus descansos, espacios y vuelta a la refriega.

Asimismo, las formaciones de centurias formadas alrededor de 80 hombres, podrían acometer las dos primeras líneas, no siempre se debía hacer, mediante ataques de *impetus*, mientras que el resto va avanzando hasta ponerse a la altura de las primeras. En otro tipo de combate, las centurias, alargando la línea según necesidades, podrían ejecutar el tipo de formación que Arriano describe contra los alanos, a modo de formación primeramente pasiva para convertirse, quizás no toda la unidad, pero sí un grupo de ellos, en un destacamento muy ligado al *impetus* referido, en hacer el ataque sorpresa. Además de que el resto de la formación podría lanzar los *pilas* y flechas al enemigo.

Bibliografía

- ALMANSA FERNÁNDEZ, M. (2014): «La arqueología experimental como base de la reconstrucción histórica militar romana», en Martínez Ruiz, E. y Cantera Montenegro, J., (Eds.) *Perspectivas y novedades de la Historia Militar. Una aproximación global*, Ed. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 211-231
- BAENA, J. (1997): «Arqueología Experimental, algo más que un juego» en *Boletín de Arqueología Experimental*, nº 1, Universidad Autónoma de Madrid (UAM), pp. 2-5.
- BISHOP, M, C. (1993): Coulston C. N., *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome*. London, Batsford.
- COLES, J.M. (1973): *Archaeology by experiment*, Londres.
- FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (2003): «Equipamiento armamentístico del legionario alto imperial», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, t. 16, pp. 41-81.
- GOLDSWORTHY, A. (1996): *The Roman Army at War. 100BC-AD200*. Oxford, Clarendon Press.
- GOLDSWORTHY, A. (2005): *El ejército romano*, ed. Akal.
- QUESADA SANZ, F. (2003): «El legionario romano en época de las Guerras Púnicas: Formas de combate individual, táctica de pequeñas unidades e influencias hispanas» en *Espacio, Tiempo y Forma Serie 11, Historia Antigua*, t. 16.
- QUESADA SANZ, F. (2016): «El «rostro de la batalla»: nuevas corrientes y problemas en la historia militar antigua y el auge de la novela histórica de tema bélico» en *HABIS 47*, Universidad de Sevilla, pp. 325-346.
- JUNKELMANN, M. (2000): *Journal of Roman Military Equipment Studies* 11, Oxford, 113-117.
- KAVANAGH, E. (2014): «Ordenando el caos. Táctica de pequeñas unidades en el ejército romano republicano», en *La legión Romana I, la República Media*, revista Despertaferro VI, pp. 18-22.
- LONDON, J. E. (2005): *Soldiers and Ghosts. A History of Battle in Classical Antiquity*. Yale, Hay traducción al castellano de la ed. Ariel del 2006.
- MENÉNDEZ ARGÜIN, A.R. (2000): *Las legiones del s. III d. C. en el campo de batalla*. Ed. Gráficas Sol, Écija.
- OAKLEYS, P. (1985): «Single combat in the Roman Republic», *Classical Quarterly* 35, pp. 392-410.

- PHANG, S. (2011): «New Approaches to the Roman Army», en BRICE, L. L. y ROBERTS, J. T. (eds.), *Recent Directions in the Military History of the Ancient World, Publications of the Association of Ancient Historians*, 10, Claremont, pp. 105-145.
- RANCE PH. (2004): «The *Fulcum*, the Late Roman and Byzantine *Testudo*: the Germanization of Roman Infantry Tactics?» en *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 44, pp. 265–326
- SABIN, PH. (2000): «The face of Roman battle», *The Journal of Roman Studies*, 90, pp. 1-17.
- ZHMODIKOV, A. (2000): «Roman Republican heavy infantrymen in battle (IV-II centuries BC)», *Historia* 49.1, pp. 67-79.

Anexo de imagen



Imagen: Formación testudo creada por los miembros de la Asociación Ermine Street Guard (Inglaterra). Véase que los escudos superiores ofrecen una protección para los proyectiles que vienen desde arriba. Así como un muro frontal y lateral de escudos que guarecen a los soldados del interior.

**DEUS EX MACHINA: L'ULTIMA STRATEGIA. L'UOMO, GLI ADYNATA E
L'AGIOGRAFIA BELLICA**
**DEUS EX MACHINA: THE LAST STRATEGY. MAN, ADYNATA AND
BELLIC HAGIOGRAPHY**

Antonio Pio Di Cosmo

ISACCL-Bucarest-Univesdad de Córdoba

Riassunto: Il contributo analizza il ruolo giocato dagli *adynata* nella letteratura bellica ed agiografica. Questa ricerca applica le conoscenze in materia storica, antropologica e psicologica, per raccontare l'azione dei generali e dei politologi che risolvono le questioni circa i problemi di ottimizzazione delle risorse umane. In questo modo si vagliano le strategie di comunicazione orientate alla pubblica sicurezza che incidono il morale dei soldati e del popolo. S'apre così ad un nuovo orizzonte di ricerca per la materia.

Parole chiave: *adynaton*, «Teologia della Vittoria», profezia, talismani, oggetti profilattici.

Abstract: This contribution analyzes the role of *adynata* in war and hagiography literature. This inquiry applies historical, anthropological and psychological effectiveness and can be report to the work of strategos and political scientist, that conclude questions about the optimization of human resource. In this way, scrutinizes communication's strategies of public safety, that influence the moral of soldiers and people in generally. So can be seen a new horizon in the research regarding the subject matter.

Key words: *adynaton*, «Theology of Victory», prophecy, talisman, object prophylactic.

Resumen: Este trabajo plantea el papel de los *adynata* en particular en la literatura bélica y la hagiografía. La investigación utiliza el conocimiento de la historia, de la antropología y de la psicología, que se pueden aplicar a la obra de los estrategas y de los politólogos, esto concluye los problemas de optimización de los recursos humanos. Profundiza así en las estrategias de comunicación de la seguridad pública, que graban el nadir moral de los soldados y de la población. Con todo ello da forma a un nuevo método de aproximación a los estudios.

Palabras clave: *adynaton*, «Teología de la Victoria», profecía, talismán, objetos.

*«A Te qual generale invincibile innalzo canti di vittoria io che sono la tua città (...)
e tu che hai la potenza irresistibile liberami dai pericoli di ogni sorta(...)».*
(Incipit dell'Inno Akathistos)

L'incipit dell'inno *Akathistos* rileva l'attecchimento nel mondo cristiano di un cardine del cosmo romano, specie Tardoantico: la «Teologia della Vittoria» (Gagé, 1933, pp. 61-92). Una dottrina che riconduce il successo in battaglia ad un'espressione della potenza taumaturgica della divinità.

Particolarmente significativi sono quei segni straordinari che possono preannunciare il buon esito delle guerra. Questi non hanno solo un valore propagandistico, ma veri o presunti ben predispongono il popolo che fornisce risorse umane all'esercito. Eventi considerati un ottimo incentivo psicologico per i soldati a dare il massimo in battaglia, perché li rassicura nel momento in cui si espongono al potenziale pericolo. Espedienti volti a garantire sicurezza in situazioni che per loro natura sono precarie.

Si ricorre così a soluzioni diverse, fra cui strumenti dall'alto valore ontologico, creduti potenti in se e per sé, che propiziano la sorte, capaci persino di concedere la vittoria. S'affronta un'opera di convincimento sottile, che nonostante una teoria rudimentale, si mostra abbastanza sviluppata ed adeguata a soddisfare le esigenze; si forniscono così rimedi che ottimizzano quanto si dispone.

Tanto premesso, si considerano una serie di episodi che costellano il «Millennio Bizantino» e permettono di percepire la funzione sociale dell'*adynaton*, degli oggetti e delle condotte che li favoriscono. Una ricerca che attraverso le fonti dimostra l'esistenza di una precisa percezione sociale, comune sia ai soldati, sia ai civili e di un'aspettativa al prodigio allorquando si propizia la divinità cristiana con cerimonie o si ostenta un oggetto profilattico (Cardini, 2013). Prodigio che in ultima analisi dimostra la bontà dell'azione bellica o il favore divino verso la città assediata.

Azione bellica e percezione sociale: la dimensione romana di una guerra giusta

È nota la difficoltà sofferta dai generali nel mantenere positivo l'umore delle truppe durante la battaglia. Con l'arte retorica questi sono soliti stimolare l'animo dei propri soldati ed i resoconti delle battaglie sono pieni di esortazioni, spesso infiammate, altre volte ricche di *pathos*; orazioni che devono motivare coloro che vanno ad affrontare il pericolo.

Eppure questo di solito non basta. Il comandante sovente ha bisogno di fornire d'ulteriore pregevolezza le proprie posizioni e convincere i soldati non solo della bontà dell'azione bellica, ma anche della certezza della vittoria.

Il cosmo romano conosce una serie di riti che precedono necessariamente la dichiarazione di guerra. Lo sa bene un console del V sec., Valerio, che attaccando gli Edui senza il compimento delle prescrizioni e l'intervento dei feziali, si trova a combattere con le forze della natura che gli impediscono di giungere all'accampamento nemico (Liv. 1. 32). La *denuntiatio* e l'*indicere* divengono momenti essenziali in una concezione arcaizzante, quali fasi obbligatorie di un procedimento teoricamente volto a perseguire un'adeguata riparazione ad una delle qualsivoglia offese che possono reclamare l'indizione di una guerra (Catalano, 1965, pp. 30-48; De Martino, 1973, pp. 49-50; Lana, 1991, p. 163). E nonostante Cicerone adduca una serie di motivi etici che finalizzano il mezzo bellico alla pace, questi sa bene che la ragion di Stato forza i limiti del diritto (Loreto, 2001, pp. 27-33; Morandini, 2004, pp. 155-170; Calore, 2003, pp. 115-122; 2006, p. 5). Pertanto si consolida attorno al concetto di giusta causa un'interpretazione estensiva, che si limita a definire conforme a *ius* una guerra indetta una volta esperita la procedura tradizionale.

Tra gli espedienti volti alla propiziazione della guerra rientrano una serie di atti eccezionali come il *ver sacrum*, quale consacrazione agli dei di primizie, animali e persino uomini (poi opportunamente espunti). Dedicazione avvenuta nel 217 a.C. a seguito della disfatta del lago Trasimeno; momento più oscuro della guerra contro Annibale.¹⁵ Il ricorso al divino deve apparire per il Pontefice Massimo Cornelio Lentulo, che ha ad interpretare la formula, una delle strategie più opportune, fors'anche dal punto di vista psicologico. Ciò fa protagonista il popolo del voto, che seppur offerto dal magistrato, è soggetto allo *iussum populi*, che assume l'obbligo verso gli dei. Si raffronta una clausola di salvaguardia del diritto arcaico, che contempla il ruolo attivo del popolo nella forma dei *Comitia* (Bardt, 1871, pp. 4-10; Broughton, 1951, p. 234). Un ruolo che realizza la presa di coscienza della collettività in una situazione negativa, lo coinvolge e lo stimola a dare il proprio meglio. E se questo è vero per il popolo, è ancor più vero per i soldati, che in prima linea fronteggiano il nemico. Tuttavia le rassicurazioni del diritto sovente non sono sufficienti, specie se i sacrifici delle guerre si fanno insopportabili. Allora occorre qualcosa di più.

Ma la tradizione ha un rimedio. Si sfoderano i miracoli, quale ultima arma dell'arsenale retorico utile a sostenere l'attività bellica. Il miracolo davvero ottimizza l'efficienza delle risorse umane possedute. È tutto umano il bisogno di ottenere un segno

¹⁵ Liv. 22. 10. 1-6; per l'istituto del *ver sacrum* si veda: Strab., V, 4, 12; Ser., *In Verg. Aen.* VII, 796.

concreto che conferma la bontà dell'azione bellica o il favore divino verso la città assediata. Un favore che viene propiziato anche attraverso le cerimonie religiose rivolte ai commilitoni, che stemperano la tensione emotiva e lo rendono protagonista. Come noto il culto delle divinità, assume ampio spazio nella vita militare.

E se col cristianesimo la dottrina giuridica e soprattutto etica circa il concetto di guerra giusta si fanno più complicate, non si possono espungere dalla società quella ritualità volte ad assicurarsi il consenso divino, attraverso un segno che predice il buon esito della guerra. L'*adynaton* diviene prerogativa della divinità cristiana e tutti i prodigi pagani vengono degradati a *magheia* ed inganno demoniaco con una martellante propaganda. Il Dio cristiano, che esercita il miracolo in favore dei propri fedeli per garantire la sua onnipotenza, pone il miracolo sotto “copertura sociale”, cosa che genera un'aspettativa piuttosto sentita.¹⁶

L'Impero romano e romano orientale di fronte alla «Teologia della Vittoria»: una clausola di salvaguarda dell'Istituzione

Il dibattito teorico circa l'esercizio della potestà imperiale riconosce la superpersonalità di cui si investe il rappresentante *pro tempore* dello Stato. In assenza di una costituzione che ne sancisce i limiti e considerata la *lex de imperio*, che trasferisce tutto il potere ad una sola persona,¹⁷ si palesa l'esigenza di alcuni contrappesi, che non possono essere solo retorici, ma ideologici.

L'assolutizzazione del potere dell'imperatore fa della vittoria una prerogativa del proprio ufficio. Una sorta di ripiegamento istituzionale che sfruttando più idiomi, quello simbolico, quello giuridico e quello dell'etichetta porta a compimento il fenomeno iniziato con Diocleziano. Lo strapotere imperiale può essere sottoposto al limite del successo in battaglia, quale giudizio divino sull'azione del sovrano. Una teoria che, nata come mera dottrina politica, si ammantava progressivamente del crisma del dogma, fino a costituire un principio “teologico”.

Un'interpretazione che costituisce una vera e propria clausola di salvaguardia della democraticità d'accesso alla monarchia, poiché interpreta il “mistero della regalità”. L'adeguatezza del sovrano viene così comprovata dall'attitudine alla vittoria. Una propensione che si giustifica nella natura militare dell'*imperator*, in quanto condottiero,

¹⁶ Aug., *Civ.* 7, 30; Aug. *Quaestiones in Heptateucum* 6, 10; Aug. *Contra Faustum* 22; Id. *Ep.* 189.

¹⁷ Aug., *De ver. relig.* 2, 32, 52; Aug., *Conf.* 9, 7, 15-16; sui miracoli si veda anche: Thom. Acqui. *Summa Theol.* 1, 105, 6-8.

e nella finalità che l'*imperium* predispone: il comando dell'esercito e il diritto a celebrare il trionfo (Petrucci, 1996; Beard, 2007).

Non meraviglia che in un'epoca di conflitti e di generale instabilità come il IV sec. s'osserva il rinascere di un'idea del sovrano trionfante. La propensione alla vittoria diventa non solo la ragione che porta al trono, ma è anche la *conditio sine qua non* che mantiene nel ruolo. Un primo contrappeso dunque.

E se Bisanzio può essere considerata una teocrazia, in cui regna il Cristo *Pambasileus*, l'imperatore deve necessariamente fungere da mero *sunbasileis*. Un secondo contrappeso, ma questo lo si sa fin dai tempi di Costantino. Eppure è solo l'ultimo passaggio di un processo che vede l'assorbimento del cristianesimo nel simbolismo ufficiale dell'Impero.

Tuttavia la propensione alla vittoria incide persino il diritto e la storia costituzionale, confinandola entro uno spazio di copertura, il cui esercizio va inteso nei termini di una prerogativa "costituzionalmente garantita".

Tale idea deve essere contestualizzata nell'ambito cronologico in cui si afferma ed a margine di un altro fenomeno non certo secondario: la depauperazione delle competenze del Senato. L'accentramento di questa ulteriore facoltà vede insorgere l'aristocrazia senatoria di Roma, che rivendica alcune prerogative come l'esercizio del culto della Vittoria e la ricostruzione dell'altare alla divinità in Senato. Un altare eretto da Augusto e rimosso nel 384 d.C. per volere di Costanzo II. E sebbene non si vuole entrare nelle sottigliezze della polemica fra aristocrazia pagana e classe emergente cristiana incarnata da Ambrogio, si introduce un punto di vista alternativo. L'orazione composta del prefetto Simmaco dichiara i riti legati a questa divinità essenziali per la sopravvivenza di uno Stato depauperato di una tradizione incarnata dal Senato. L'espedito dell'introduzione dell'allegoria di Roma, intervenuta in prima persona per piangere la defraudazione del suo retaggio, nasconde un fine più sottile:

Ottimi imperatori, padri della patria, rispettate questa mia vecchiaia a cui sono pervenuta grazie all'osservanza dei riti. Consentitemi di celebrare le cerimonie ancestrali, perché non ho ragione di pentirmene, questi culti hanno ridotto il mondo sotto il mio dominio (...). Per questo sono stata salvata per subire rimproveri nell'età senile.¹⁸

Attraverso la lamentazione l'oratore si duole piuttosto del destino della classe senatoria. Depreca poi la situazione dell'antica capitale, privata definitivamente dei riti

¹⁸ Simmaco, *Relazione III, Sull'altare della Vittoria*, trad. di Vera D.

concernenti la vittoria, che si trasferiscono a Costantinopoli. È ormai l'ippodromo della nuova capitale il grande scenario del trionfo imperiale.

Nella tarda antichità poi appare quasi impossibile distinguere le comportamentali dei cittadini di Costantinopoli di fronte alla vittoria imperiale rispetto a quelle tenute durante i giochi nell'ippodromo. L'*ethos* atletico difatti suggestiona il protocollo del rito di trionfo. Il grido «nika» delle corse diventa una componente essenziale della semantica del trionfo imperiale, esprime il pubblico trasporto nel luogo in cui il “teatro del potere” mette in scena se stesso e racconta la felicità della sua storia (McCormick, 1993).

Ma questo è solo l'ultimo passaggio di una progressiva attrazione esercitata dalla figura imperiale, che ha chiare ricadute nella cultura romana e romano orientale. Si considera a riprova di quanto innanzi un aspetto del fenomeno di particolare interesse, che concerne la cultura immateriale ed i riti che precedono e seguono i trionfi. È nota la pratica delle *supplicationes* che nella Roma repubblicana è connessa a periodi di crisi: si prevede l'apertura dei templi e sacrifici agli dei. Una prassi che con l'inaugurazione del principato fa del principe l'esclusivo protagonista, trasformandoli in riti propiziatori per la vittoria di questo (Halkin, 1953, pp. 90-95; Freyburger, 1978, pp. 1418-1439). Riti che perdurano fino al 277 d.C.

Bisogna considerare anche la cultura materiale. Le iscrizioni monetarie non fanno altro che ribadire il concetto attraverso iscrizioni quali “eterna vittoria” o “vittoria augusta” (Whitting, 1973, pp. 78-79). La produzione letteraria, specie la panegiristica innalza la vittoria imperiale a *locus* imprescindibile e ciò sin da Plinio. Lo stesso fa Procopio di Gaza per Anastasio o Giorgio di Psidia per Eraclio.¹⁹

Un suo riflesso si esprime anche nella veste propria dell'imperatore tardoantico: la *trabea triumphalis*. Un abito che ipostatizza questa qualità costituzionale. Ciò apre allo scivolamento semantico che la rende un prototipo ideale a rappresentare nella Media Bisanzio il *Typus Christi*, in quanto immagine del trionfatore escatologico (Dagron, 2007, p. 215).

Adynaton e profezie ex eventu: il prodigio e la sua utilità

L'imperatore, legittimo o potenziale, è solitamente protagonista di una serie di eventi soprannaturali. Si sa, le teofanie e le epifanie oniriche sono quasi all'ordine del giorno

¹⁹ Per Anastasio: Procopio di Gaza, *In imperatorem Anastasius panegyricum* I, 3, 11; per Eraclio: Giorgio Psidia, *Expedition persicae* II, 1, 135, 3, 415.

nella narrazione della vita dei Cesari. Gli stessi imperatori hanno interesse a far radicare questa credenza, rappresentandosi continuamente a colloquio con gli dei. Non a caso l'iconografia ufficiale li raffigura nel mentre gli dei offrono i segni del potere. Dal punto di vista retorico la sua presenza è poi posta a garanzia della veridicità dell'evento e fuga ogni timore di mistificazione.

Un prodigo è pure alla fondazione della svolta cristiana dell'impero o, per lo meno, si vuole fare credere che la conversione di Costantino sia scatenata dall'*adynaton*. Un espediente tuttavia consueto, che non aggiunge nulla di nuovo all'armamentario che lo storico possiede già e non priva di pregevolezza un genere che è garanzia di verità di per sé.

E se l'epifania onirica di Cristo a Costantino è forse il caso più famoso, essa ha precedenti altrettanto autorevoli, che dimostrano l'attenzione di un generico pubblico, ma in particolare delle truppe, per i segni che dimostrano con largo anticipo il buon esito della battaglia.

Stando alla "*Storia Augusta*" anche Aureliano è protagonista di un'epifania divina nella notte che precede la battaglia decisiva contro la regina separatista di Palmira (*Hist. Aug., Vit. Aurel.* 25. 4). Eppure l'opera viene scritta molto dopo gli accadimenti, tanto che c'è persino chi ha visto una malevola riproposizione degli eventi che hanno coinvolto Costantino. Sembra quasi che essa costituisca un punto di vista ironico, che fa da "contraltare" al «mito documento» che fonderebbe l'impero cristiano.

Ma dopo tutto questi espedienti sono comuni nella religiosità antica. Il pubblico dei fruitori è abituato ad essi a conferma di una certa aspettativa al meraviglioso.

Paradossalmente l'*adynaton* viene inserito in un genere, la storia, che è di per sé garanzia di veridicità ed appare funzionale all'interpretazione degli eventi, quale trucco dello storico, utile anche sul piano narrativo per descrivere in modo più accattivante il racconto. Proprio questo *background* rende difficile dire quando la declinazione cristiana dell'epifania costantiniana si sia stabilizzata o sia ritenuta come tale dal pubblico.

Ma il fenomeno, al di là dei trucchi del narratore, può avere una spiegazione ben più semplice e di natura psicologica. La forte emotività suscitata dall'imminenza della battaglia può provocare persino allucinazioni collettive. Un fenomeno che in termini moderni viene catalogato come isteria collettiva. La tensione poi rende più propensi ai presagi, la cui ricerca, conscia od inconscia, appare facilmente immaginabile.

Tali *loci* che giustificano il buon esito delle guerra non hanno solo un valore propagandistico. Intuendo alcuni principi basilari della psicologia di massa, devono essere considerati un ottimo incentivo psicologico per i soldati al dare il massimo in battaglia. Il miracolo al pari o addirittura al meglio dell'arringa dello stratega diventa uno strumento utile ad ottimizzare l'efficienza delle risorse umane possedute. È tutto umano il bisogno di ottenere un segno che conferma la bontà dell'azione bellica. Ribadire il perpetuarsi di uno di questi eventi ha la finalità di stemperare la tensione emotiva dei commilitoni.

Si considera allora la vicenda così come viene narrata da Eusebio ben 25 anni dopo i fatti. Ma occorre una premessa. Eusebio si pone attraverso la redazione della biografia imperiale più fini, che persegue tutti in modo egregio. Questi non si occupa solo di raccontare in modo appassionato la vicenda umana di Costantino, ma si preoccupa di tratteggiare il perfetto profilo dell'imperatore cristiano (Pitsakis, 1999; 2001, pp. 155-227; Seston, 1947, pp. 127-130). Ripropone in un contesto nuovo la semantica dei *perì basileias*, somministrandola entro i termini del genere del racconto edificante. Un racconto che riveste però con la certezza della forma della narrazione storica a garanzia dei suoi contenuti. Certezza che si estende anche al particolare genere che è quello biografico. Il taglio appassionato con cui sono descritte le vicende ne palesa il carattere encomiastico. Eppure il vescovo non si limita solo a scrivere una biografia, né un ritratto agiografico e nemmeno un *perì basileias*, ma va ben oltre, lasciando alla sua *audience* un vero e proprio affresco storico.

Eusebio introduce il *topos* onirico unito ad un successivo *adynaton* (Eus. Caes., *Vita Const.* I, 27, 2; I, 28, 1-28; 32; Nicholson, 2000, pp. 309-323; Marcone, 2002, pp. 70-76; Mühlenberg, 1998, pp. 144-185; Weiss, 2003, pp. 143-169). Siamo di fronte ad un'altra messa in codice. Si sfrutta tutto il *pathos* narrativo ed i registri pertinenti alla situazione di angoscia che coinvolge un Costantino che si prepara alla battaglia. Domina l'enfasi emozionale che culmina nel *topos* onirico, quale espediente della letteratura di genere che non appare certo nuovo. Si ravvisa quasi un'intima suggestione. Un'angoscia giustificata dai fatti.

I lettori sanno bene che Massenzio gode di una posizione di vantaggio. Prima di tutto risiede a Roma. Si aggiunge la difficoltà di espugnare le mura Aureliane. Lo sa bene il Cesare Severo che muore nel tentativo di prendere la città e Galerio, che cooptato tra i tetrarchi per debellare Massenzio, preferisce non affrontare un lungo assedio, che può

logorare più gli assediati degli stessi assediati. La decisione di Costantino matura così in un clima di grande emotività.

La necessità della vittoria introduce sul piano narrativo l'efficace intervento del Cristo, che ingiunge di costruire un'insegna a scopo apotropaico.²⁰ Una sicurezza ribadita dallo strumento della revisione dei fatti *ex post*. Nulla più di un codice della tradizione dunque, che permette di spiegare nei termini del meraviglioso la vicenda; un *phamplet* che giustifica l'ascesa al potere in una condizione di guerra civile (Weiss, 2003, pp. 143-169).

A dire di Eusebio Costantino rivolge una preghiera al dio venerato dal padre per propiziare la conquista di Roma (Tartaglia, 2001, pp. 59-62; I. 27, 2; I. 28, 1-28; 32). Aumentando il *pathos* narrativo, si fa di Costanzo un cristiano, non senza qualche forzatura²¹. La preghiera sembra suscitare un *adynaton*, che per sua natura è esposto a critiche. Lo rafforza però col giuramento imperiale e lo conferma chiamando a testimoniare le truppe: “*Nell'ora in cui il sole è a metà del suo cammino, quando il giorno comincia appena a declinare, disse di aver visto con i propri occhi, in pieno cielo al di sopra del sole, il segno luminoso di una croce, unita alla quale c'era un'iscrizione che diceva: “Con questa vinci”!*” (Cir. Jer., *Epistula*, PG 33, 1165-1171; De Giovanni, 1993, pp. 20-22;; Passarelli, 1998, pp. 59-72).

È stata avanza inoltre una curiosa ipotesi: a dire di certe fonti, in quel preciso lasso di tempo viene avvistata un'anomala congiunzione astrale, che forse ha diffuso timore tra la truppa. La *visio* cristiana risulta essere un tentativo di stemperare il panico, finalizzato piuttosto a rassicurare della vittoria (Odhal, 1981, pp. 15-28).

Eusebio aggiunge il *topos* onirico. L'epifania di Cristo ingiunge di costruire un'insegna a scopo apotropaico: “*(...) sopraggiunse veloce la notte. Allora gli si mostrò in sogno Cristo, figlio di Dio, con il segno che era apparso in cielo e gli ingiunse di costruire un'immagine simile a quella del segno osservato in cielo e di servirsene come difesa nelle battaglie contro i nemici.*” (Tartaglia, 2001, p. 60; I. 29).

Grégoire, nella sua serrata critica al “mito” costantiniano, postula la natura spuria del passo narrante l'*adynaton* e lo riconduce ad un'interpolazione forse del V sec. d.C.. Adduce come prova l'assenza di ogni menzione del miracolo nelle altre opere del vescovo di Cesarea, specie nella “*Historia Ecclesiastica*”(IX 9, 2-11; 2). Per di più ricorda che

²⁰ Eus. Caes., *Vit. Const.* I, 28, 2. A sostegno di tale visione si veda: De Giovanni, 1993, pp. 20-22; Charles, 1981, pp. 15-28.

²¹ Si crede che Costanzo I praticasse un monoteismo di natura solare, molto diffuso presso l'élite romana. Solo successivamente e forse per volere di Costantino, si rende Costanzo cristiano.

Ambrogio nel “*De obitu Theodosii*” omette ogni riferimento alla visione della croce e al labaro quando menziona Costantino ed Elena (Ambr., *De obitu Theod.*, 40-48). Reca un ulteriore indizio: regnate Costanzo II e sotto il vescovo Cirillo in Gerusalemme si manifesta una *visio crucis* collettiva tra il Golgota e il Monte degli Ulivi. Un’epistola del 351 dello stesso vescovo notizia la sede imperiale dell’evento, senza menzionare il precedente che avrebbe coinvolto Costantino. Il presunto interpolatore potrebbe essersi ispirato a questa vicenda per giustificare la politica filo-cristiana di Costantino.

Lo stesso studioso (Grégoire, 1932, pp. 341-351) sostiene che l’epifania onirica precedente la battaglia di Ponte Milvio è da intendersi alla stregua di un intervento di “correzione” in chiave cristiana della visione dell’Apollo gallico raccontata da Lattanzio (*Pan. Lat.*, 7, 21, 4 sgg.; Verg., *Aen.* II, 6; X, 757). E se per quest’ultimo sembra predominare il sogno notturno, attestato nella notte precedente la battaglia di ponte Milvio (Franchi de’ Cavalieri, 1962, p. 178 sgg), Eusebio al contrario colloca l’*adynaton* tempo prima e nelle Gallie (Franchi de’ Cavalieri, 1962, pp. 201-227; 255-263).

Lattanzio poi si limita a riferire un «*caeleste signum*», concentrandosi sugli eventi susseguenti e soprattutto sull’ordine impartito di istoriare sugli scudi i segni cristiani apotropaici:

Commonitus est in quiete Constantinus ut ‘caeleste signum’ Dei notaret in scutis atque ita proelium committeret. Facit ut iussus est et transversa X littera <I> summo capite circumflexo, Christum in scutis notat. Quo signo armatus exercitus capit ferrum. Proccedit hostes obviam sire imperatore pontemque transgreditur. Acies pari fronte concurrunt, summa vi utrimque pugnatur: neque his fuga nota neque illis (Lact. *De mort. per.* 44, 3-5).

Anche Lattanzio sembra dare una «spiegazione di comodo» degli eventi, giustificando in chiave cristiana un espediente consueto della tradizione di generen (Marccone, 2002, pp. 70-71).

A riguardo più generico è il panegirico letto a Treviri nel 313 d.C., che riferisce ancora una volta la preghiera rivolta «*al creatore e signore del mondo*» e l’epifania di una «*mens divina*»; l’azione bellica poi sembra retta da un locutorio «*divino instinctu*» (Marccone, 2002, pp. 73-74).

I panegirici poi magnificato l’ottenebramento della strategia militare di Massenzio, che per rendere più difficile l’accesso alla città ha fatto pure distruggere un ponte, forse quello sulla via Flaminia. Malgrado ciò Massenzio esce fuori dalla città per affrontare

direttamente il nemico, laddove sulle rive del Tevere non è nemmeno in grado di disporre i propri soldati.

I cristiani allora interpretano il racconto ed invece di spiegare le dinamiche della battaglia, concentrano l'attenzione sull'intervento soprannaturale che causa l'obnubilamento della strategia di Massenzio. Tuttavia questa appare un'argomentazione tendenziosa. Le ragioni che spingono Massenzio ad uscire dalle mura non sono ben chiare. Una di queste è sicuramente la difficile convivenza dei civili con i soldati, specie in una città in cui la plebe urbana è abituata all'elargizione pubblica di cibo; un privilegio a cui non si vuole rinunciare. Lattanzio nondimeno stigmatizza il malcontento popolare. Mentre Massenzio si reca a teatro sente dagli spalti provenire l'allocuzione: «Costantino non può essere battuto». Frase che gli palesa il pericolo di essere “chiuso fra due fuochi”: la guerriglia urbana ed il nemico fuori dalle mura. Tutto questo, unito ad una errata interpretazione dei Libri Sibillini, forse lo spinge a muoversi contro Costantino. Ma proprio la prontezza di quest'ultimo annienta gli effetti della sortita e causa indirettamente la morte di Massenzio, che nella rotta annega nel Tevere.

I miracoli come si è detto sono una consuetudine per gli imperatori in imminenza della guerra. Tuttavia attira l'attenzione il mancato miracolo in uno di questi momenti “forti” e la grande suggestione che tale assenza può suscitare.

Come noto il santuario delle Blacherne conserva un'icona della *Platytera* col bimbo divino inserito nel clipeo ed una reliquia fondamentale: il manto di Maria. Un'icona riscoperta nel 1035 dietro una cortina muraria (Belthing, 2001, pp. 231-232). Questa è protagonista di un miracolo settimanale: ogni venerdì sera durante il vespro il velo che copre l'immagine si apre, senza che alcuno scosti il drappo, e l'effigie rimane visibile fino al sabato. Quest'icona è nota anche come «*episkepsis*» o visita, forse con riferimento a Maria che visita settimanalmente il suo santuario. Essa, oltre la rivelazione rituale in occasione della festa settimanale, funge anche da oracolo pubblico in particolari ricorrenze in cui necessita l'ausilio di Maria. La rivelazione spontanea costituisce un segno favorevole dunque. Si dice che in tale momento l'icona possa addirittura parlare.

Eppure nel 1107, prima della partenza per la guerra contro i normanni, Maria nega il consueto conforto. Cosa che turba l'esercito e l'imperatore Alessio Comneno. Siamo di fronte ad un'assenza che si confronta con la tradizione dei continui segni a conferma della bontà delle azioni imperiali. Si comprende bene come lo sgomento potesse incidere il morale generale. Tale assenza condiziona l'imperatore, che ritarda di quattro giorni

l'inizio della campagna. Ancora una volta questi torna in chiesa con alcuni membri della corte ed in gran segreto. Arrivato qui svolge tutti gli atti rituali previsti per consultare l'oracolo, fra cui il canto di inni. Questa volta il miracolo non manca, il velo lascia intravedere l'icona della Vergine tra il sollievo generale. La presunta presenza di Maria solleva l'animo del sovrano, che inizia la campagna. La suggestione del prodigo ripropone un *locus* della «Teologia della Vittoria» nel cuore del Basso Medioevo.

Non meraviglia che il patronato di Maria, causa della vittoria, possa tornare tempo dopo nella retorica bizantina. Le incursioni dei normanni di Ruggero II vengono rivisitate con sottile ironia da Teodoro Prodromo:

La Vergine ha permesso loro di entrare, ma non di uscire (...). Stupidi come i pesci essi si sono messi in una trappola, essi sono entrati giocondi nella rete aperta (...), la sentinella sogghigna (...). E Dio come sentinella celeste si ride e si burla di essi (...). Come non chiamare insensato e folle quel tiranno di una piccola toparchia di scimmie (o forse di nani) che osa levare la sua mano contro una città come Costantinopoli?²²

Per completezza si sottolinea come ad icone con funzione pubblica potessero aggiungersi immagini private con la stessa funzione. Sappiamo che l'imperatrice Zoe possiede un'icona del Cristo che la avverte in occasione dell'approssimarsi di sventure: il ritratto infatti impallidisce. È questa l'icona innanzi a cui nel 1047 le imperatrici si dolgono e da cui impetrano la grazia della salvezza, mentre l'usurpatore Leone Tornicio si appresta alle mura del palazzo vestito delle insegne imperiali. Giovanni di Euchaita offre un resoconto delle accorate preghiere e delle prossemiche con cui si scongiura la divinità:

Chi si stancava trovava incitamento nelle piissime Auguste (...) Le Basilisse, anche se di cuore adamantino, furono sconvolte ed agitate e facevano cose terrificanti, buttandosi a terra pietosamente, rotolandosi innanzi all'immagine del divino Signore, battendosi il petto, levando lamenti, oppresse da gemiti, chiedendo con ogni mezzo l'aiuto divino (Anastasi, 1998, pp. 136; 143).

Un oracolo privato dunque che si contrappone per funzionalità a quello pubblico della Vergine. Entrambi dimostrano che su due diversi piani (pubblico-privato) il miracolo svolge un ruolo incisivo sia rispetto all'eventologia, che alla storia evenemenziale. Entrambi fungono da medio per l'*adynaton* e divengono protagonisti di una retorica che enfatizza la vittoria imperiale in uno con la monarchia, perché concesse dalla divinità: “[i violenti] si fecero Basileis da se stessi, senza esservi stati chiamati da quello [Dio] (...),

²² Teodoro Prodromo cit. in Mathieu (1954, pp. 65-66).

non tenendo conto alcuno di chi atterra ed innalza, di chi pone sul trono i Basileis e li adorna inaspettatamente del diadema.” (Crimi, 1983, p. 32).

“Legare” il destino di una città: riti e cerimonie per la prosperità della Nuova Roma

Il bisogno di sicurezza sociale viene assecondato anche in via preventiva, sicché si conoscono precisi riti per la fondazione delle città atti a garantirne la prosperità. Eppure nessuna città come Costantinopoli può godere di un apparato di espedienti che ne devono assicurare imbattibilità ed eternità. Una città che è perseguitata sin dalla sua fondazione dall’angoscia di un’imminente fine.

Per tale ragione si favoleggia che la città sia voluta dalla divinità. La sua costruzione si oppone alla «*cecorum oppidum*»: Calcedonia, che Costantino secondo una peregrina tradizione vuole innalzare a capitale (Tac., *Ann.* XII, 63; Strab. VII, 6, 2). La leggenda tramanda che le corde o perfino le pietre vengano trasportate da aquile da quel posto alla sede dell’antica Bisanzio. Si raffronta un mito documentato che depreca la scelta di un Costantino “cieco” che si volge a Calcedonia, mentre la divinità si preoccupa di correggerlo e indirizzarlo verso una sede più favorevole (Dagron, 1991, pp. 28-29).

Ma la scelta del sito da parte della divinità non basta. La paura non viene acquieta nemmeno dal rito di fondazione eseguito seguendo l’antica procedura romana, che è di per sé una garanzia, con l’ausilio di un *pontifex*, Vettio Agorio Pretestato, e Sopatro in veste di *augur* (Lathoud, 1925, pp. 180-201; Dagron, 1991, p. 40). A quanto innanzi si ha ad aggiungere qualcosa di più: l’intima suggestione del fondatore, che compie l’opera sotto una guida divina che lo precede. Da un certo punto in poi Costantino sembra portare con sé persino un oggetto mitico, non previsto dai riti, la lancia sacra, identificata a volte con quella di Longino altre volte con quella di Maurizio, comandante della legione tebana e martire. Un trucco dello storico ed una falsificazione dunque, ma utilissima sul piano politico e spendibile in funzione profilattica.

La città per assicurarsi l’eternità si fornisce di veri e propri talismani monumentali che divengono parte dell’urbanistica, come la statua di Atena al Senato, che creduta tale dai latini viene distrutta durante il sacco del 1204 o le altre statue che per gli arabi assurgono a idoli e servono a tenere lontani i pericoli, come i quattro serpenti bronzei presso la “Porta degli imperatori”, che rendono quegli animali inoffensivi stando a Ibn Rosteh (Panascià, 1993, p. 170).

Una panoplia di segni che spiega una serie di riti, che ha un significato ben preciso: “legare” la *Tyche* cittadina alla città stessa. Si sceglie così un preciso simbolismo: la catena chiusa con un lucchetto entro cui si trattiene la rappresentazione della *Tyche*. Effigie collocata sulla croce che le statue di Costantino ed Elena reggono presso il *Milon*. Un segno che è soggetto per Pseudo-Codino a sovrainterpretazione: garantisce non solo l'integrità cittadina, ma persino la vittoria (Pseud. Cor., *De off.* 29).

Questo non è il solo espediente che assicura prosperità alla città. Particolarmente significativa appare la *ἐγκαίνια*, una cerimonia che colloca la statua di Costantino-*Elios* sulla colonna di porfido nel foro di Costantino. La statua e la colonna assumono un duplice significato: sono un memoriale della fondazione ed un segno della conservazione della città; un talismano reso tale dagli oggetti che durante questa cerimonia vengono depositati. Il più famoso di questi è il palladio di Roma, statua che Costantino avrebbe segretamente asportato dalla vecchia capitale e collocato nelle fondamenta della colonna. Eppure tale tradizione è contestata e liquidata come leggenda, anche dalla letteratura più acritica (Diehl, 1929-1930, pp. 192-196).

Per i *Patria* constantinopolitani la statua diventa la capsula in cui si conservano altri oggetti che aumentano il valore profilattico. Il rito di collocazione della statua, datato all'11 maggio del 330, è guidato dal prefetto Olbinao e vede pure la presenza di preti che cantano il *Kyrie Eleison*. Precisa Giovanni Diacrinomeno che nell'effigie sono allocate mille *kentenaria* auree, quale simbolo d'abbondanza, o forse sono posti sulla stessa colonna (Dagron, 1991, p. 38). Socrate vi aggiunge un frammento della croce, mentre Esichio riferisce la presenza dei canestri della moltiplicazione dei pani (altro simbolo di prosperità), il vaso del crisma, il manico dell'ascia di Noè e la pietra da cui Mosé ha fatto scaturire acqua nel deserto (Socrat. I, 17, PG 67, col 120 B). Andrea di Salos infine afferma che anche i chiodi della crocifissione sono depositi nella colonna (*Vit. Andr. Sal.* 224, PG III, col 26). Tale monumento, nelle visioni dello stesso Andrea ed in virtù dei chiodi, è l'unica struttura che emerge in una Costantinopoli inondata dalle acque. Qui i cittadini superstiti si ormeggiano per piangere il destino della città.

La colonna che ne garantisce la prosperità è ciò che deve sopravvivere a quel che deve proteggere (Dagron, 1991, p. 36). Innanzi al monumento per la tradizione popolare un angelo deve pure consegnare una spada ad un anonimo cittadino, che scaccerà i turchi (Dagron, 1991). La colonna diventa così garanzia di un'idea più grande.

Altrettanto significato assumono le mura cittadine. Si sa che nell'antichità sono le mura che qualificano la città come tale. Sappiamo pure che la Bisanzio originaria è fornita di sette torri per costituire una sorta di "talismano sonoro".

Il ruolo privilegiato di capitale aumenta la risonanza degli eventi miracolosi, veri o presunti, di cui le mura della città sono protagoniste. Il primo, come si è visto, è legato alla delineazione del perimetro urbano ed all'intima suggestione che sembra aver guidato Costantino durante il rito.

Gli episodi più significativi sono tuttavia attribuiti alla Vergine a cui la città si consacra il 2 di maggio, come il Sinassario di Costantinopoli ha ad affermare (Zon. CB III, 14). I suoi miracoli vanno stimolati con opportune cerimonie. Miracoli che si credono agevolati dalla presenza di importanti reliquie: il velo, la veste e la cintola, conservati in altrettanti importanti santuari mariani che connotano la geografia sacra dell'impianto urbanistico.

Il più famoso è forse l'epifania della Vergine del 626. Stando a testimoni oculari, si è vista una donna vestita di porpora ed armata di spada ingiungere alla riscossa e guidare la difesa nell'assedio posto dagli avari e dagli slavi. Un miracolo, propiziato da una processione di icone presieduta dal patriarca Sergio con la partecipazione della cittadinanza, che sembra poi accadere mentre nella cattedrale di S. Sophia si celebra l'*Akathistos*. Per l'occasione all'inno viene aggiunto l'*incipit* che la acclama «*generale invincibile*» ed a seguito si conferisce alla capitale il titolo di *Theotokoupolis*. Al contempo si utilizza per la prima volta il cosiddetto fuoco greco, che nei nemici ha dato la parvenza dell'intervento divino a favore della città. La preponderanza delle forze nemiche ed il lungo assedio hanno sicuramente favorito nei cittadini la convinzione dell'*adynaton*.

Una prosperità quella garantita alla città di Costantino, che pratica un cristianesimo che è fondamentalmente di stampo romano (Dagron, 1991, pp. 40-42). A cui si oppone il destino di una Roma che sembra abbandonata dai suoi dei, mentre Costantinopoli, dedicata al «Dio dei martiri» (Eus. Caes., *Vita Const.* III, 48) sopravvive perché protetta da Cristo e dalla Vergine. Sozomeno precisa:

con l'aiuto di Dio, la città ha conosciuto un tale sviluppo (...). La ragione è da ricercare, io credo nella religiosità del fondatore della città, e nella pietà e generosità dei suoi abitanti verso i bisognosi. In effetti attira a tal punto la gente verso la fede in Cristo che molti ebrei e quasi tutti gli elleni vi sono divenuti cristiani (...). Per onorare come una nuova città del Cristo questa città a cui aveva dato il suo nome, Costantino l'abbellì di molti e ricchi santuari. La divinità assecondò lo zelo dell'imperatore: con le sue apparizioni, essa garantì che quei templi erano sacri e salvifici (Soz., *Hist. eccl.* III 2.)

La Costantinopoli cristiana intanto si trasforma in una città che concorre con Roma, non la Roma pagana, ma quella dei successori di Pietro a cui oppone fieramente l'evangelizzazione per opera d'Andrea, fratello di Pietro. Una storia che si libera dal parallelismo con l'antica capitale attraverso un'autonoma tradizione cristiana, che Costantino si limita a rivelare (Foz *Hom.* 4).

Un altro assedio sembra ancora risolto dalla Vergine. È quello dell'860 ad opera dei Russ. L'evento ha un testimone d'eccezione come il patriarca Fozio, che in una sua omelia interpreta i fatti ed attribuisce alla processione sulle mura dell'abito della Vergine un significato salvifico. Un episodio che inserito nell'*omniletica* assume carattere edificante ed il miracolo diviene frutto del pentimento. L'*adynaton* costituisce un momento di grazia acquistato col pentimento e favorito dalla *Theotokos* per mezzo del suo abito adeguatamente onorato. L'assedio diventa nell'ottica del religioso un castigo inflitto da Dio, la salvezza viene favorita dal pentimento. E fin qui nulla di nuovo. Quel che interessa è però lo sviluppo di una cultura immateriale ben definita, costante in riti e prossemiche compiuti attorno alle mura, che potenzia il valore profilattico di questi segni significanti dell'urbanistica.

Non meraviglia il solidificarsi di un'iconografia nella monetazione della prima Età Paleologa delle mura sovrastate dalla Vergine, che apre le braccia in segno di protezione della città. Formule che appartengono ad una precisa strategia di propaganda e si rifanno ad un'antropologia complessa, che tende ad enfatizzare lo *status* eccezionale della capitale attraverso la propensione all'*adynata*. Una propensione che viene negata nel momento della capitolazione della città, allorquando la Vergine, indifferente, sembra aver esaurito tutti i miracoli.

***Adynaton* ed oggetti profilattici: quei segni sensibili che garantiscono la vittoria**

Deve sottolinearsi che l'*adynaton* può essere favorito anche da una serie di oggetti che si crede dotati di particolari poteri. Molti di questi per ovvie ragioni sono custoditi a Costantinopoli e, tra i molti, tre attirano particolarmente l'attenzione per i prodigi che hanno agevolato.

Il più famoso fra tutti è sicuramente il labaro, legato al mito costantiniano e alla cristianizzazione dell'impero. In quanto insegna militare nasce con funzione profilattica e il suo uso è giustificato da una domanda culturale, più che da un'esigenza pratica. Fornisce pure ai cristiani che si arruolarono nell'esercito un'insegna che possono tollerare

(Altheim, 2007, p. 139; Matthews, 2005). Questo accomuna nella sua morfologia lo strumento del supplizio di Cristo, innalzato a “talismano” dello Stato, ed il “Nome” del Cristo adoperato con funzione apotropaica. Si ravvisa così una straordinaria continuità nella dottrina del potere, mentre il Cristo succede a Zeus nel ruolo di garante della «Teologia della Vittoria».

Il labaro ridefinisce quel novero di segni sensibili che esplicano il favore divino, perché si crede che il suo uso sia suggerito dalla divinità. E se Franchi de' Cavalieri ritiene che il labaro viene posto alla testa dell'esercito (Franchi de' Cavalieri, 1962, pp. 178-179), Grégoire postula la sua assenza nella battaglia presso *Saxa Rubra*, sulla base della mancata menzione di Lattanzio.

Non solo. Il labaro, fabbricato secondo le istruzioni di Cristo e descritto da Eusebio, può razionalmente ritenersi quello definitivo, che il vescovo di Cesarea può vedere solo nel 336 d.C. (Eus. Caes., *Vita Const.*, I, 31, 1-2).

L'insegna si riconduce ad una tipologia antropomorfa, cosiddetta a «manichino», costante in una lunga asta: la *stulis*, una pertica a cui è applicata una traversa per imporre un drappo. Una forma che ricorda anche una croce.

Il cristogramma posto sulle insegne, stando agli studi di epigrafia tardo antica, è però molto più simile ad una stella stilizzata ad otto punte (*), che inscritta in un cerchio configura piuttosto una ruota solare (Eus. Caes., *Vita Const.*, II, 30-31). Un segno che per Sordi non è affatto un simbolo cristiano, ma un emblema solare. Simbolo che Alföldi rinviene su un esemplare numismatico della zecca di Treviri del 312-313 e nel monogramma che compare sull'elmo imperiale, come attestata pure la “*Vita Constantini*” (I, 28, 32, 1) (Grégoire, 1932, pp. 341-351; Alföldi, 1932, pp. 9-23; MacCormack, 1995, fig. 56).

Sullo stendardo è presente un *supparum*, un drappo quadrato, forse di lino o di una tela sottile, definito «*tessuto regale*»,²³ quindi tinto di porpora, riccamente ricamato in oro, con pietre preziose e con le effigi di Costantino e dei suoi figli (Franchi de' Cavalieri, 1962, pp. 201-227; 255-263; Longo, 1959, p. 435; Marcone, 2002, pp. 70-75). Appare inverosimile la presenza del busto dei figli già nel 312 d.C., la loro raffigurazione assume un “senso” solo dal 317, quando sono nominati Cesari (Cavalieri, 1953, pp. 26; 148); sembra più verosimile che quel drappo venga aggiunto in seguito (Eus. Caes., *Vita Const.*,

²³ Eus. Caes., *Vita Const.*, IV, 62. Si può ipotizzare che il *supparum* sia costituito da bisso o lino candido.

IV, 62). Il labaro configura così uno strumento di propaganda dinastica che opera su più piani: mitico-religioso, politico-sociologico e simbolico-apotropaico.

Rappresenta poi in ragione delle pietre preziose adoperate un'omologia di natura semica, che evoca quell'oreficeria macroscopica e di stampo acheropita, rimandando alla Gerusalemme del cielo della visione giovannea (Casartelli Novelli, 1987, pp. 105-172).

I suoi significanti gli hanno permesso di vivere dopo l'auge del Tardantico una seconda vita nella Media Bisanzio, allorché si recuperano le insegne di Costantino. Il *de caerimoniis* poi attesta la presenza del labaro durante le processioni pasquali.

Un altro oggetto capace di favorire i miracoli è il *Mandylion*, immagine che nasce attraverso un *adynaton*. Il suo culto si afferma a seguito di un altro intervento favoloso, in funzione di oracolo, che legittima l'assidersi di Costantino VII sul trono a scapito degli usurpatori: i Lecapeni.

L'immagine sembrerebbe nascere per una certa tradizione come mero ritratto commissionato da re Abgar IX (179-214), quale immagine-prova dell'esistenza storica del Cristo, che si contrappone alle effigi di altre divinità di cui non si può fornire la medesima prova (Belthing, 2001, pp. 261-263). La tradizione però riferisce che il pittore non seppe completare il ritratto. La più antica narrazione ascrive ad un intervento del Cristo stesso la rappresentazione, che impone sul telo la propria immagine e la consegna a Taddeo; questi la porta al re insieme ad una lettera. Il valore acherotipo del modello ha un senso più profondo e deve sdoganare il culto delle immagini contro ogni riattualizzazione del veto veterotestamentario. E se la lettera rientra in una tradizione che già Eusebio conosce, l'immagine compare solo nel IV secolo, quando nel 593 Evangrio Pontico parla di una «immagine creata da Dio».

La tradizione dei miracoli che convalidano la veridicità dell'effigie, si ritrova inscritta nelle storie a corollario del *Mandylon* di Genova, presso San Bartolomeo degli armeni. Un'immagine donata in una spettacolare cerimonia da Giovanni V al capitano genovese Lionardo Montaldo. Miracoli quali la guarigione del re che l'ha richiesta; la riproduzione dell'immagine per contatto sul *keramidion*, un mattone che la protegge mentre viene murata con funzioni profilattiche all'interno delle mura; la caduta di un idolo quando viene innalzata l'immagine e il trasformarsi in fuoco dell'olio sgorgato dal volto una volta versato sui persiani.

Interventi che entrano tutti nella tradizione e servono a dimostrare la potenza taumaturgica della divinità e la veridicità dell'oggetto.

Quel che più interessa è però la funzione oracolare. La sua *traslatio* a Costantinopoli, a seguito di una lunga trattativa con l'emiro di Edessa, si realizza il 15 agosto del 944. Anche in questa occasione non manca l'*adynaton* che conferma la potenza taumaturgica e la veridicità dell'immagine: la guarigione di un paralitico nel foro.

Quel che più incuriosisce è poi la natura cangiante dell'effigie, che sembra variare in base alla prospettiva da cui la si guarda o, addirittura, in base a chi la guarda.²⁴ Durante l'ostensione del 944 la venerano i co-*basileis* Costantino VII Porfirogenito e i Lecapeni, figlio e genero di Romano I. Il *Mandylion* sembra mostrare a Costantino VII sia gli occhi, sia le orecchie del Cristo, mentre ai Lecapeni il solo ovale del volto. L'evento viene interpretato come un segno del favore divino verso Costantino, che si appresta a diventare l'unico *basileus* a scapito di tutti i colleghi. L'effetto ottico è noto, tanto che la propaganda della dinastia macedone lo utilizza come espediente per giustificare l'azione di Costantino VII a conferma di una legittima successione al trono. Non meraviglia che nell'atto di auto-leggittimarsi Costantino VII ascrive a profezia *ex eventu* i fatti, ovvero li interpreta *ex post* a suo favore. Gli accadimenti concernenti la *traslatio*, che si conclude nella chiesa di *Faros*, sono da lui ordinati puntualmente nella "*Narratio de imagine Edessena*".

Un effetto ottico che rende difficoltosa la visione nelle non troppo frequenti ostensioni. Eppure l'immagine vale in quanto segno, dato che evoca un archetipo. Non importa il sapere come l'immagine sia fatta, né la sua visione, che non è un atto decisivo per la devozione, ma il possedere l'archetipo, che obbliga alla venerazione. A maggior ragione quando la reliquia viene posta in un vaso d'oro, sigillato per non permetterne l'ostensione pubblica. Tale condotta sembra giustificata da una rivelazione, finalizzata a placare l'ira divina che ha causato un terremoto. Il fenomeno sembra infatti cessare solo al momento dell'imposizione del sigillo al reliquiario.

Un occultamento dell'immagine che è legato non solo alle deviazioni del culto. Nel 1100, dopo un provvedimento imperiale che ordina la requisizione dei beni della chiesa per finanziare la guerra, il patriarca Leone di Calcedonia nel tropario della festa del *Mandylion* postula persino un'unione fra divinità e materia; in ultima analisi fa dei beni della chiesa una *res sacra*, quindi intangibile dallo Stato. Una forzatura che investe la devozione dell'immagine e affretta lo scemare della pubblicità del culto.

²⁴ Un effetto ottico che sembra condiviso pure dalla copia, prodotta nel 955 per contatto e destinata alla chiesa di san Paolo di Latros. Nel 968 a Costantinopoli giunge anche il *keramidion* per opera di Niceforo Foca e viene depositato nella chiesa di *Faros*.

A questo si affianca l'esportazione del volto del *Mandylion* sulle bandiere miliari russe e bulgare. Laddove il Cristo, come un tempo medusa, col suo sguardo deve terrorizzare e debellare i nemici.

L'ultimo oggetto profilattico che si considera è l'effigie della Vergine. Sappiamo che a Costantinopoli vi sono molte immagini venerate di Maria, fra cui quella più sacra è l'*Odeghitria*, la patrona, che è protagonista dei riti di trionfo imperiale; più famoso fra tutti quello di Michele VIII, che riconquista la città. Un'immagine sacra proveniente dai Balcani che Giovanni Zimisce dopo le guerre con i bulgari porta con sé e colloca sul carro trionfale, mentre la segue umilmente a piedi come lo *Skylites matritensis* dimostra.

Alle immagini cittadine che svolgono saltuariamente funzioni militari, si aggiungono icone della Vergine con destinazione esclusivamente castrense.

L'effigie della *Theotokos* si affianca da un certo punto in poi a quella del Cristo, che nella forma del clipeo viene venerata sin dal Tardantico insieme al volto imperiale. E se il figlio assume la funzione del condottiero, la madre sussume la sua posizione.

Romano III dopo la disfatta di Antiochia viene raggiunto da un uomo anonimo con un'immagine della Vergine del tipo utilizzato a questo scopo. La narrazione si fa allora commovente e vede l'imperatore persino piangere e riconoscere in questa la rappresentazione dello «stratega» e la «protettrice di tutto l'esercito» (Belthing, 2001, p. 231).

Il tipo rimanda all'icona chiamata *Nikopoios*, che in origine rappresenta la Vergine in maniera frontale con il clipeo del figlio, a cui si sostituisce una rappresentazione della *majestas* in funzione di *sedes sapientiae*. Tale immagine, che accompagna l'imperatore in battaglia nel sec. XIII, sembra essere sottratta nel 1204 ad Alessio IV insieme allo stendardo imperiale ed al carro dai veneziani.

L'icona, descritta «tutta d'oro e di pietre preziose è così bella e ricca, che mai s'era visto ancora l'eguale» (Belthing, 2001, p. 252), viene subito ribattezzata *Nikopeia* e diventa il palladio veneziano con funzioni nicefore. L'icona è poi trasportata a Venezia, dove si celebrano pubbliche processioni con partecipazione delle autorità, che sono definite «andate».

Anche questi oggetti in ragione del valore che gli si attribuisce, vengono «posti sotto copertura» e possono operare su diversi piani. All'aspetto simbolico-apotropaico delle insegne, connesso alle funzioni profilattiche, si aggiunge quello mitico-religioso, derivante dall'evento che lo produce o dalla serie di prodigi, più o meno fantasiosi, che

gli si attribuiscono a convalida dell'origine divina dello stesso. Oggetti il cui uso è sempre legato ad un contesto politico-sociologico ben preciso, in cui il presunto potere si spiega a conferma di un'utilità che gli guadagna la "copertura" sociale. Questi talismani vanno intesi come prodotti culturali, in quanto ipostatizzano piuttosto un'idea, che li carica di valori condivisi dal pubblico a cui sono rivolti. Cosa che ne fa oggetti utilissimi almeno in termini culturali.

Conclusiones

La vittoria dell'Imperatore romano e romano orientale quale necessità politica, ma anche esperienza culturale del *menage* di Stato, costituisce la conferma del rappresentante dell'Istituzione nel suo ruolo. Una vittoria voluta dalla divinità per ribadire la missione soteriologica dello stato romano, su cui i politologi sia cristiani, sia pagani concordano.

Un'inclinazione che viene assecondata anche a Bisanzio, laddove si ereditano gli usi romani e si pongono in essere una serie di espedienti utili a garantire il successo in battaglia per mezzo del Dio cristiano.

Una serie di soluzioni che operano su più piani: mitico-religioso, politico-sociologico e simbolico-apotropaico e sfruttano i rudimenti della psicologia di massa conosciuti. Conoscenze che implicano l'uso di stratagemmi come la narrazione dei sogni, quali profezie *ex eventu*, o i veri e propri prodigi di cui il generale può essere spettatore. Si contempla persino la possibilità di portare in battaglia oggetti con valore profilattico, che hanno di solito un'origine mitica o sono ordinati dalla divinità.

Il Dio cristiano assume così il ruolo di protettore dello Stato, dell'esercito, ma anche della Capitale. Una protezione che è garantita attraverso la costituzione di talismani, anche monumentali, e la corsa all'acquisizione di importanti reliquie. Reliquie insigni, come quelle della vita della Vergine o quelle che testimoniano la storicità del Cristo, quale la sua rappresentazione acherotipa. Segni insomma dotati di un alto valore magico-sacrale, che gli afferisce persino il potere di causare l'*adynaton*. Tale convinzione pone gli oggetti sotto "copertura sociale" e diviene garanzia di per sé delle loro potenzialità. Un potenziale che per un millennio garantisce il perdurare dello Stato. Allorquando questo sembra esaurirsi, gli sopravvive però la capacità affabulatoria. Capacità che influenza persino Stalin. Questi nella Mosca assediata da Hitler ordina di trasportare su un aereo un'icona della *Theotoks* per proteggere la città.

Bibliografia

- ALFÖLDI, A. (1932): «The Helmet of Constantine with the Christian Monogram», en *Journal of Roman Studies*, 22, pp. 9-23.
- ALTHEIM, F. (2007): *Deus Invictus*, Roma, Edizioni Mediteranee.
- ALTERI, G. (1990): «Immagini della storia sulle monete bizantine», en MORENO, G. (dir), *Splendori di Bisanzio*, Milano, Fabbri Editori, pp. 78-79.
- BARDT, C. (1871): *Die priester der vier grossen collegien aus römisch-republikanischer Zeit*, Berlin, H. Ebeling & C. Plahn.
- BEARD, M. (2007): *The roman triumph*, London, Belknap Press.
- BELTHING, H. (2001): *Il culto delle immagini*, Roma, Carrocci.
- BROUGHTON, T. R. S. (1951): *The Magistrates of the Roman Republic*, New York, Associazione filologica Americana.
- CALORE, A. (2003): *Forme giuridiche del 'bellum iustum*, Milano, Giuffré, pp. 115-122.
- CALORE, A. (2006): «Bellum iustum tra etica e diritto», *Diritto@ Storia*, 5.
- CARDINI, F. (2013): *Quell'antica festa crudele. Guerra e cultura della guerra dal Medioevo alla Rivoluzione francese*, Bologna, Il Mulino.
- CASARTELLI NOVELLI, S. (1987): «Segno salutis e segno iconico dalla invenzione costantiniana ai codici astratti del primo alto Medioevo», en *Segni e riti nella chiesa altomedievale Occidentale*, Spoleto: Cisam, pp. 105-172.
- CATALANO, P. (1965): *Linee del sistema sovranazionale romano*, I, Torino, Giappichelli.
- CHARLES, S. P. (1981): *From Pragmatism to Pragmaticism*, Amherst, University of Massachusetts Press.
- DAGRON, G. (1991) (trad. it.): *Costantinopoli. Nascita di una capitale (330-451)*, Torino, Einaudi.
- DAGRON, G. (2007): «From the mappa to the akakia: symbolic drift», in AMIRAV, H. y TER HAAR ROMENY, B. (dirs.), *From Rome to Costantinople: studies in honor of Averil Cameron*, Leuven-Paris-Dudley, pp. 203-220.
- DE GIOVANNI, L. (1993): *Costantino e il mondo pagano*, Napoli, M. D'Auria.
- DE MARTINO, F. (1973): *Storia della costituzione romana*, II, Napoli, Jovene.
- DIEHL, C. (1929-1930): «De quelques croyances byzantines sur la fin de Constantinople», en *Byzantinische Zeitschrift*, 30, pp. 10-16.

- GAGÉ, J. (1933): «La theologie de la victoire imperiale», en *Revue historique*, 171, pp. 1-43.
- GAGÉ, J. (1932): «Un thème de l'art impérial romain: la Victoire d'Auguste», en *Mélanges d'Archæologie et d'Historiae*, 41, pp. 61-92.
- GRÉGOIRE, H. (1932): «La Vision de Constantin liquidée», en *Byzantion*, 14, pp. 341-351.
- FRANCHI DE' CAVALIERI, P. (1953): *Costantiniana, Studi e Testi*, 171, Città del Vaticano, Biblioteca Vaticana.
- FRANCHI DE' CAVALIERI, P. (1962): «Il labaro descritto da Eusebio», en *Scritti Agiografici* 1, Città del Vaticano, pp. 201-263.
- FREYBURGER, G. (1978): «La supplication d'action de grâces sous le Haut-Empire», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, 2, 16, 2, pp. 1418-1439.
- HALKIN, L. (1953): *La supplication d'action de grâces chez les Romains*, Paris, Les Belles Lettres.
- LANA, I. (1991): *L'idea della pace nell'antichità*, Firenze, Ed. Cultura della pace.
- KINROSS, B. (1972): *Hagia Sophia*, New York, Newsweek Books.
- LATHOUD, D. (1925): «La consécration et la dédicace de Constantinople», en *Échos d'Orient*, 24, 138, pp. 180-201.
- LONGO, A. (1959): «Labaro», in *Enciclopedia dell'arte antica* II, Roma, Istituto Enciclopedia Italiana, p. 435.
- LORETO, L. (2001): *Il 'bellum iustum' e i suoi equivoci*, Napoli, Jouvence.
- MACCORMACK, S. G. (1995): *Arte e cerimoniale nell'antichità*, Torino, Einaudi.
- MARCONI, A. (2002): *Pagano e Cristiano. Vita e mito di Costantino*, Roma-Bari, La Terza.
- MATTHEWS, T. (2005): *Scontro di dei: Una reinterpretazione dell'arte paleocristiana*, Milano, Jaka Book.
- MATHIEU, M. (1954): «La Sicile normande dans la poesie byzantine», en *Bollettino del Centro di studi filologici e linguistici siciliani*, 2, pp. 52-84.
- MCCORMICK, M. (1993) (trad. it.): *Vittoria eterna: sovranità trionfale nella tarda antichità, a Bisanzio e nell'Occidente altomedievale*, Milano, Vita e Pensiero.

- MORANDINI, M. (2004): Tra Angelo Mai e Isidoro di Siviglia, il 'bellum iustum', en VALVO, A. y MANZONI, G. (dirs.), *"De re publica" di Cicerone*, Analecta Brixiana, Milano, Vita e pensiero, pp. 155-170.
- MÜHLENBERG, E. (1998) (dirs): *Die Konstantinische Wende*, Gütersloh, Darin.
- NICHOLSON, O. (2000): «Constantine's Vision of the Cross», en *Vigiliae Christianae*, 54, pp. 309-323.
- ODHAL, C. (1981): «The Celestial Sign on Constantine's Shields at the Battle of the Milvian Bridge», en *Journal of the Rocky Mountain Medieval and Renaissance Association*, 2, pp. 15-28.
- PASSARELLI, G. (1998): *Icone delle dodici grandi feste bizantine*, Milano: Jaka Book.
- PETRUCCHI, A. (1996): *Il trionfo nella storia costituzionale romana dalle origini della repubblica ad Augusto*, Milano, Giuffrè.
- PITSAKIS, K. G. (1999): *L'empereur romain d'Orient: un laïc*, Paris, Presses universitaires de France.
- PITSAKIS, K. G. (2001): «Sainteté et empire. A propos de la sainteté impériale: formes de sainteté, d'office et de sainteté collective dans l'Empire d'Orient?», en *Bizantinistica*, 2, pp. 155-227.
- SESTON, W. (1947): «Constantine as a bishop», *The Journal of the Roman Studies*, 37, pp. 127-131.
- WEISS, P. (2003): «Die Vision Constantins», en BLEICKEN, J. (dir.), *In Colloquium aus Anlass des 80. Geburtstages von Alfred Heuss*, pp. 143-169.
- WHITTING, P. D. (1973); *Byzantine coins*, London, Barrie & Jenkins;

Anexo de Imágenes



**Fig. 1)– Sogno di Costantino e battaglia di Ponte Milvio, miniatura,
Omèlie di Gregorio di Nazianzio, BnF MS greco 510, f. 355
(immagine da KINROSS 1972).**



Fig. 2)- Visio Crucis, affresco moderno (foto di A.P. DI COSMO)



**Fig. 3)- Il sogno di Costantino, particolare del ciclo delle “Storie della Croce”, Piero della
Francesca, affresco, San Francesco, Arezzo (immagine all’indirizzo:
http://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Constantine_Dream_Piero_Francesca).**



Fig. 4)- Costantino Magno, *follis*, Zecca di Costantinopoli (307-337 AD.)
(immagine all'indirizzo: <http://www.monetaecivilta.it/storia/costantino.html>).



Fig. 5)- Zoe e Teodora porfirogenite reggono il labaro, *histamenon nomisma*
(immagine all'indirizzo: <http://it.wikipedia.org/wiki/File:GoldHistamenonZoeAndTheodora1042.jpg>).



Fig. 6)- Costantino X regge il labaro, *histamenon*
(immagine all'indirizzo: http://www.wildwinds.com/coins/byz/constantine_X/sb1847a.jpg).



Fig. 7)- *Platytera*, marmo bianco, sec. XI, S. Maria in Porto, Ravenna (immagine all'indirizzo: <http://www.edificistoriciravenna.it/santa-maria-in-porto/>);



Fig. 8)- Ricostruzione della Colonna del Foro di Costantino, disegno da Gritt, 1912 (immagine all'indirizzo:

[https://it.wikipedia.org/wiki/Colonna_di_Costantino#/media/File:Gurlitt_Constantine_column_wit
h_statue.jpg](https://it.wikipedia.org/wiki/Colonna_di_Costantino#/media/File:Gurlitt_Constantine_column_with_statue.jpg));



Fig. 9)- *Mandylion*, secoli XII-XIII, convento di San Bartolomeo degli Armeni, Genova (immagine all'indirizzo: <http://idr.seieditrice.com/materiali-didattici/secondaria-ii-grado/il-volto-santo-di-edessa-2>);



Fig. 10)- Trionfo di Giovanni Tzimisce, miniatura, *Skylites Matritensis*, (immagine all'indirizzo: <https://it.pinterest.com/pin/291326669636978749/?lp=true>);



Fig. 11)- Vergine *Nikopeia*, sec. XII, San Marco, Venezia (immagine all'indirizzo: <http://www.iconedelveneto.it/venezia-bizantina/basilica-di-san-marco>).

EL PAPEL DE LOS SAMURAI, SHINOBI Y SŌHEI EN EL FIN DE LA EDAD MEDIA JAPONESA

THE ROLE OF THE SAMURAI, SHINOBI AND SŌHEI IN THE END OF THE JAPANESE MIDDLE AGES

Alonso de Rojas Pascual

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El final del siglo XVI en Japón fue una época convulsa en la que varias facciones en un mar de alianzas cambiantes pugnaban por conseguir la supremacía. Tres grandes personajes aparecen en esta época, cuya labor conjunta consiguió unificar el país y crear un período de relativa paz: Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu. En este artículo hacemos un repaso de cuatro conjuntos característicos que tomaron parte en la contienda: las élites locales, los *samurai*, figura icónica de Japón; los *ashigaru*, tropas profesionales que, al final de este período, adquieren el rango de *samurai*; los legendarios *shinobi*, mundialmente conocidos como *ninja*; y los *sōhei*, un colectivo heterogéneo de monjes guerreros. Hablaremos sobre el origen de cada una de estas figuras, su formación militar, su panoplia y su papel en la batalla; finalizando con una mención sobre su destino una vez terminado el período de guerras.

Palabras clave: Sengoku Jidai, *samurai*, *ashigaru*, *shinobi*, *sōhei*

Abstract: The last XVIth century in Japan was a tumultuous period in which several factions in a sea of changing allegiances strove for achieving supremacy. Three great characters appeared in these times, whose joint work managed to unify the country and created a relatively calm period: Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi and Tokugawa Ieyasu. In this paper we will look over four characteristic groups who took part in the fray: the local elites, the *samurai*, an iconic leading figure of Japan; the *ashigaru*, professional troops who, by the end of this period, achieved the *samurai* status; the legendary *shinobi*, worldwide known as *ninja*; and the *sōhei*, a heterogeneous guild of warrior monks. We will be speaking about the origin of each one of these figures, their military training, their array and their role in battle; finishing with a mention about their destiny once the war period was over.

Keywords: Sengoku Jidai, *samurai*, *ashigaru*, *shinobi*, *sōhei*

¿Cuándo?: Sengoku Jidai y Shokuhō Jidai

El Sengoku Jidai comienza con la Guerra Ōnin (1467-1477), en la que Kyoto fue asediada tanto desde fuera como desde dentro (Schirokauer, Lurie y Gay, 2014, p. 147). Debido a ello, Kyoto perdió toda autoridad sobre el resto de provincias, quedando

restringido el poder de los *shōgun* a la propia ciudad. Los tambores de guerra resonaban por todo el país, con revueltas campesinas que llegaron a tener bastante éxito, como la de Yamashiro, lugar en el que los campesinos gobernaron durante ocho años (Schirokauer, Lurie y Gay, 2014, p. 148). Sectas religiosas populares, como las Ikko-Ikki, también se extendieron y dominaron zonas estratégicas durante algún tiempo, como la provincia de Kaga e incluso lugares más próximos a Kyoto. En este contexto de poder descentralizado, los *daimyō*, señores locales, se convirtieron en los señores absolutos de sus dominios. Movidos por la ambición, guerreaban los unos contra los otros. Algunos pertenecían a antiguas familias, otros no. El campo de batalla era el que dictaminaba el destino de estos poderosos señores (Stevenson, 2011, p. 40). En este contexto nacieron los juramentos formales como medio para mantener la lealtad de los vasallos, pero no triunfaron: los cambios de bando era el pan de cada día, cada cual servía a aquel señor junto con el que tenía más perspectivas de ascenso y prosperidad. Para ello, los *daimyō* ofrecían tierras a sus vasallos, a cambio de que prestaran servicio militar. Las normas de la guerra cambiaron (Schirokauer, Lurie y Gay, 2014, p. 149): el servicio militar exigido a cambio de la tierra permitía al *daimyō* reclutar grandes ejércitos de infantes, que armados con lanzas resultaban ser eficaces contra los tradicionales jinetes nobles que componían las fuerzas armadas previamente. La masificación de los ejércitos también conllevó el nacimiento de nuevas medidas defensivas, convirtiendo a los castillos en fortalezas casi inexpugnables. No solo permitían una posición sencilla de defender, sino que también actuaban como centro de poder del *daimyō* y lugar de reunión de sus ejércitos. En 1543, con la introducción del arcabuz por los portugueses, las tácticas y estrategias evolucionaron rápidamente para adaptarse a las nuevas condiciones tecnológicas.

El Shokuhō Jidai, según la fuente que tomemos, comienza 1568, con la entrada de Oda Nobunaga en Kyoto; o 1573, con la muerte del último *shōgun* Ashikaga (Pita Céspedes, 2014, p. 179, Nota 4). Tres son los grandes personajes políticos y militares de esta época: Oda Nobunaga (1534-1582), Toyotomi Hideyoshi (1537-1598) y Tokugawa Ieyasu (1542-1616). Nobunaga, señor de la estratégica provincia de Owari, fue quien optimizó el uso del arcabuz y puso coto al poder de los monjes guerreros (Schirokauer, Lurie y Gay, 2014, p. 40). Además de sus victorias militares, también era un gran político que supo mantener a sus enemigos divididos y a sus aliados, fieles. También comenzó a llevar a cabo reformas económicas y sociales, pero su muerte a manos de un traidor le impidió completarlas. A su muerte, un tercio de Japón estaba bajo su mando, y Toyotomi

Hideyoshi tomó el relevo. Hideyoshi, de origen campesino, tuvo una carrera meteórica: de *ashigaru* ascendió hasta ser uno de los generales de Nobunaga; y a la muerte de este jugó sus cartas con gran habilidad, como su predecesor, derrotando a sus enemigos por la herencia de Nobunaga y manteniendo a sus aliados. A aquellos que no podía doblegar mediante la guerra, lo hacía mediante la diplomacia. Ejemplo paradigmático fue la entrega en matrimonio de su hermana a Tokugawa Ieyasu, que por aquel entonces era el *daimyō* más poderoso de Japón. Para 1590, todos los *daimyō* le habían jurado lealtad (Schirokauer, Lurie y Gay, 2014, p. 155). Con sus políticas, otorgó más poder a nivel local a los *daimyō*, a la par que los minaba de cara a su autoridad central. Su fin era evitar los levantamientos, privando a los campesinos de un guía militar al reubicar a sus señores y prohibiéndoles la posesión de armas en 1588. Este edicto, junto con el estudio topográfico que llevaba realizando desde 1582, le permitió en 1591 lanzar el edicto que definía claramente las líneas entre las distintas clases sociales. Es decir: eliminó los mecanismos que le habían permitido llegar a lo más alto. Con el ardor guerrero todavía a flor de piel, y como forma de librarse de señores de poca confianza, Hideyoshi puso su punto de mira en el exterior: el siguiente paso era tomar Corea. El primer intento lo realizó entre 1592 y 1593, que fracasó tras la intervención de China. El segundo intento, en 1597, terminó al morir él el año siguiente. Tras esta estalló de nuevo el conflicto en suelo japonés, en el que Tokugawa Ieyasu consiguió la hegemonía con su victoria en Sekigahara en 1600, y tres años después recibía el título de *shōgun*, poniendo fin al Shokuhō Jidai y comenzando el Edo Jidai (1603-1868). A pesar de ello, el conflicto no terminó hasta que en 1615 cayó el castillo de Osaka y murió Toyotomi Hideyori, hijo y heredero de Hideyoshi.

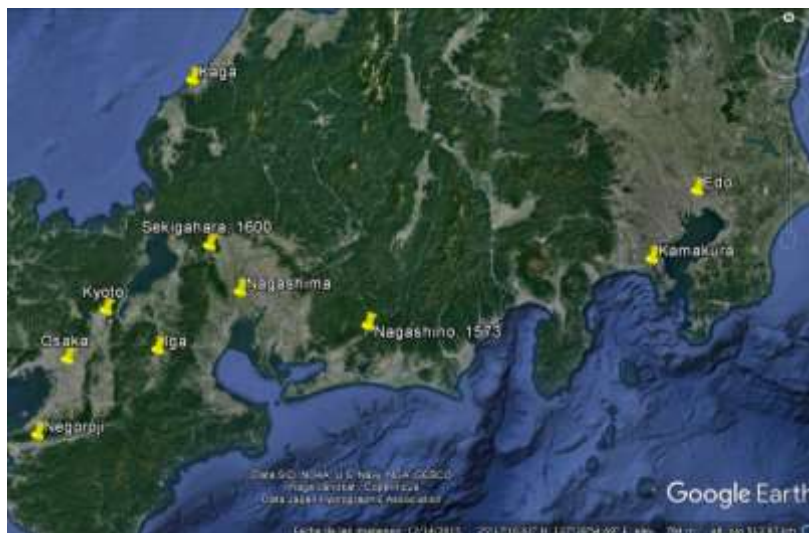


Figura 1: Mapa mostrando algunas localizaciones destacadas que aparecen en el texto. Elaboración propia usando Google Earth.

Samurai y ashigaru

En primer lugar, voy a hablar de los *samurai*, ya que este término hace referencia a todo un colectivo social que abarca un amplio espectro, hasta el punto en el que, en ocasiones, las otras figuras a las que me voy a referir también forman parte de dicho grupo.

Origen

La palabra *samurai* existía desde hacía siglos y designaba a los servidores de la corte imperial. La futura clase guerrera comenzó a gestarse en el siglo IX, durante las guerras contra los bárbaros o *emishi*; y el nombre se lo dieron los guerreros de la capital a modo de burla, pues ellos se consideraban cultos y refinados, mientras que a los guerreros de la frontera los consideraban unos incultos pueblerinos (Clements, 2010, p. 58). A medida que se sucedían los conflictos, estos guerreros fueron adquiriendo más poder, en detrimento de la corte imperial. El culmen de este ascenso fue la victoria de Minamoto no Yoritomo tras las Guerras Genpei en el 1192, cuando obtuvo el título de *shōgun*, desplazando al emperador como poder efectivo. Los siglos siguientes supusieron la consolidación de la clase guerrera como clase dominante y futuros señores de Japón. Para el comienzo del Sengoku Jidai los *samurai* gozan ya de un gran poder, como se comprueba al ver el casi siglo y medio de luchas por el poder entre individuos de este colectivo. Sin embargo, no es hasta el tercio final del Shokuhō Jidai cuando los límites de la clase *samurai* se establecen. Antes de ese momento, el límite inferior era confuso, pues existían *samurai* tan pobres, los *ji-samurai*, que tenían que realizar labores agrícolas,

indignas de un *samurai*, y entraban en los ejércitos de los *daimyō* sirviendo como *ashigaru*, que no eran miembros de la clase *samurái* (Turnbull, 2001, p. 7). En 1591, Toyotomi Hideyoshi promulga el edicto en el cual se separan las clases, de forma que los *ashigaru*, ahora profesionalizados, se convierten en *samurai*; para distinguirlos de los campesinos llamados a armas



Figura 2: Armadura Dōmaru, cuyo uso se generalizó en las Guerras Genpei. Museo Nacional de Tokyo. Fotografía del autor.

Una vez comentado el origen de los *samurai*, toca aclarar el de los *ashigaru*, quienes, como acabamos de decir, terminarán formando parte de ese colectivo. La primera mención en las fuentes referida a ellos la encontramos en el *Taiheiki*, obra que narra el conflicto que desembocó en el período Nanbokuchō (de las Cortes del Norte y el Sur), con el nombre de *sashu no ashigaru* (Turnbull, 2001, p. 5). Durante este conflicto se comienza a usar el lanzamiento masivo de flechas por grandes grupos de arqueros a pie, en contraposición de la práctica anterior, en la que *samurai* montados disparaban a enemigos destacados. La adopción de esta táctica se produjo a raíz de las invasiones mongolas de finales del siglo XIII, que cambiaron el enfoque con respecto a la forma de guerrear para los *samurai*. El nombre lo volvemos a encontrar en la Guerra Ōnin, designando a las tropas de infantería que no tenían calzado, ni armadura ni armas hasta que los saqueaban en el campo de batalla. Pero, el momento de los *ashigaru* llega durante el Sengoku Jidai: empiezan a llevar una armadura simple, que posteriormente de la entregan los *daimyō*, quienes han comprendido el valor de este tipo de unidad (Turnbull, 2001, p. 6). Por ello, los *ashigaru* comienzan a llevar la insignia de su patrocinador, e incluso tienen el honor de poder llevar el estandarte. Con la generalización del uso del

arcabuz se vuelven incluso más importantes, hasta el punto en el que pasan a formar parte de la élite guerrera: los *samurai*.



Figura 3: Armadura de Nomura Denbei Nobusada, vasallo de Maeda Toshiie, uno de los generales de Oda Nobunaga. Nomura Samurai Family Residence, Takayama, Prefectura de Gifu. Fotografía del autor.

Formación

La principal diferencia en materia bélica entre el *samurai* y el *ashigaru* es la formación: el *samurai* se forma desde la infancia para saber luchar (Bryant, 1994, p. 8). Aprenden a cooperar, a leer y escribir, a apreciar las artes y saber combatir, para estar listos a la edad de trece años para participar en batalla. Los ejércitos solían estar compuestos por jóvenes entre finales de la adolescencia y los veinte años, aunque excepciones notables son los generales y los grandes señores que marchan a la batalla, que solían ser de más edad. Parte importante de la formación militar de los jóvenes consistía en escuchar las hazañas de los veteranos de guerra, de los cuales aprendían a dominar la lanza y el caballo, las dos armas principales del *samurai*, así como el arco, la *naginata* (arma de asta larga y hoja curva) y el *tachi* (sable largo con una curvatura mayor a la de la *katana*, pensado para su uso a caballo, ver Figura 4). También aprendían juegos de estrategia, como el *gō* y el *shōgi*, destinados a potenciar las capacidades para la táctica y la estrategia de los jóvenes guerreros. Esta práctica era despreciada por los *samurai* de clase baja y los *ashigaru*, que los veían solo como medios para lucrarse. Los *ashigaru*, por el contrario, recibían la formación suficiente para saber usar el arma de la que

pudieran disponer, o que posteriormente les fuera entregada, cuando los *daimyō* comienzan a apreciar a este tipo de tropa y equiparla ellos mismos (Turnbull, 2001, p. 5).



Figura 4: Hoja de tachi. Museo Nacional de Tokyo. Fotografía del autor.

Panoplia

Las tropas, tanto *ashigaru* como *samurai*, eran las encargadas de cargar con todo lo que necesitaran: armas, comida, ropa, herramientas y medicinas; además de algunos elementos requeridos para el funcionamiento del ejército, como munición. Destacan entre estos objetos la esterilla para dormir, el saco con las raciones y la utilidad del cinturón para el transporte de objetos (Bryant, 1994, p. 21). Dependiendo de la función del guerrero en la batalla, además, portaban otros elementos. Los arcabuceros llevaban su munición y pólvora; los arqueros, su arco y carcaj; y los lanceros, al no requerir de esos elementos, portan instrumentos, repuestos, estandartes y otros útiles.



Figura 5: Punta de lanza yari. Museo Nacional de Tokyo. Fotografía del autor

En cuanto a la armadura, la de los *samurai* era completa: casco, hombreras, brazaletes, coraza, falda, espinilleras e incluso protección facial (Bryant, 1994, pp. 25-29). A los *ashigaru* se les proporcionaba un sombrero, la coraza y la falda. Todo lo demás, debían comprarlo o saquearlo. En cuanto a las armas, el caballo estaba reservado para los *samurai*. Como mencionamos antes, sus armas predilectas son el arco, el arma *samurai* tradicional; y la lanza (Fig. 5). Otras armas también eran utilizadas, como la *naginata* (Figs. 11 y 12), el arcabuz (Fig. 6), la pistola y distintos tipos de sable (Fig 4). Los

ashigaru tenían a su disposición cuatro tipos de armas: arcabuz, arco, lanza y *katana*. Las tres primeras eran empleadas por unidades especializadas que cumplían un rol específico en el combate, mientras que la *katana* era el arma secundaria.



Figura 6: Pistolas y arcabuces del período Edo. Fotografía por Rama, Wikimedia Commons, Cc-by-sa-2.0-fr

Los samurai y ashigaru en la batalla

La coordinación y colaboración entre *samurai* y *ashigaru* es lo que lleva al general a la victoria. La táctica empleada más frecuente eran los choques frontales, para lo que las formaciones de lanceros eran ideales (Bryant, 1994, p. 24); y en ocasiones se recurría al flanqueo. Con la introducción del arcabuz se diseñaron nuevas tácticas y estrategias para optimizar el uso de un arma tan eficaz contra las cargas frontales.

Las tropas de *ashigaru* se encontraban bajo el férreo mando de *samurai* experimentados que les indican cómo moverse en el transcurso de la batalla. En primer lugar, los arcabuceros disparan dada la orden, con el objetivo de desorientar al enemigo (Turnbull, 2001, p. 43). Entre descarga y descarga, los arqueros, posicionados uno entre cada arcabucero, les cubren hasta que están listos para disparar de nuevo. Una vez que el general considera que el enemigo está lo suficientemente desorientado, se lanza la carga de la caballería mientras los *ashigaru* avanzan en bloque, con los lanceros cubriendo a los arcabuceros y arqueros hasta la nueva posición. Los arcabuceros y arqueros requerían de una formación mayor que los lanceros, pero estos requerían de mayor coordinación y disciplina, de forma que pueden cubrir a sus compañeros eficazmente y no causar problemas entre sus propias filas con la longitud de sus armas. Además de estas tácticas, en el *Zōhyō Monogatari*²⁵ se describe qué hacer cuando el enemigo consigue cargar exitosamente contra las filas de *ashigaru*. En el caso de los arcabuceros, cuando el

²⁵ Obra de Matsudaira Nobuoki, del año 1649. Nobuoki era el hijo de uno de los comandantes a cargo de sofocar la rebelión de Shimabara (1638), y escribe esta obra a modo de manual para *samurai* encargados de dirigir a las unidades de *ashigaru* (Turnbull, 2001, p. 9).

enemigo llegue a las filas de lanceros, deben retroceder, guardar su arma en su funda y usar la *katana* para defenderse. En el caso de los arqueros, estos pueden contar con su arma si consiguen alejarse la distancia de una lanza, de forma que pueden disparar. Sin embargo, en caso de contar con pocas flechas, se recomienda luchar cuerpo a cuerpo y realizar esta acción solo cuando sea necesario. Ante esta situación, el papel del lancero es crucial: cuando terminan los disparos deben desenfundar sus lanzas y apoyar la rodilla en el suelo, dejando la lanza a su lado. Cuando el jinete llegue al alcance se levantan las armas para que el caballo se empale y derribe al jinete (Turnbull, 2001, p. 51). Dicha obra, además, sugiere que no se persiga mucha distancia a los enemigos en retirada una vez descabalgados, para no romper la formación.

Shinobi

La figura del ninja es una que, desde su popularización tras la salida de Estados Unidos del país en 1952, ha estado envuelta de un halo romántico y misterioso. Eran los nuevos héroes populares (Clements, 2010, p. 341), ataviados de negro y muy diestros en las artes marciales. Sin embargo, para este autor, no son más que una invención del siglo XX, ya que sus dotes para hacerse invisibles son tan magistrales que lo son en las fuentes históricas (Clements, 2010, p. 342). Considera que la asociación del ninja con el *shinobi*, que sí aparece en las fuentes, no es acertada. En parte tiene razón, debido a que la figura del ninja en la cultura popular de los siglos XX y XXI está envuelta de muchos mitos (Turnbull, 2003a, p. 4) que los alejan de su base histórica. Mitos que, por otra parte, comenzaron a extenderse en Japón en el siglo XVII.



Figura 7: Armadura shinobi. Museo Arqueológico de Hida, Takayama. Fotografía del autor.

Origen

Los *shinobi* eran los encargados de realizar operaciones secretas, guerrillas y asesinatos. Los *samurai* tenían que tenerles en cuenta en sus planes, tanto para usarles en

su beneficio realizando acciones poco honrosas para un *samurai* como la posibilidad de que un enemigo les contrate para perjudicarlo. Un *samurai* no debería realizar estas tareas, pero no estaba mal visto que pagara a alguien para que las realizara (Turnbull, 2003a, p. 6). Las primeras referencias a los *shinobi* aparecen durante las Guerras Genpei, pero la literatura sobre la época no se centra en ellos debido a que su fin es ensalzar a los grandes héroes aristocráticos. Sus actividades prosiguieron, y a mediados del siglo XV aparecieron organizaciones formadas por familias *samurai* dedicadas exclusivamente a ellas en las provincias de Iga y Koga (Turnbull, 2003a, p. 6).

Formación

A diferencia de los *samurai*, que podían obtener el título por sus méritos en batalla, los *shinobi* nacían *shinobi*. El conocimiento necesario para llevar a cabo sus actividades se transmitía de padre a hijo, de maestro a discípulo, manteniéndose sus enseñanzas en sumo secreto fuera del clan (Turnbull, 2003a, 12-13, 56). Al ser familias *samurai*, la educación de los *shinobi* comienza desde que saben caminar, y la base de la esta es la misma que la de los demás *samurai*: artes marciales, artes, *katana*, lanza, arco, pistola, arcabuz, montar y nadar. Además, para poder realizar sus tareas de espionaje e inteligencia, aprenden sobre supervivencia, sobre explosivos y venenos, escalada, cartografía, escritura y conocimientos sobre otros oficios.

Panoplia



Figura 8: Ejemplos de algunas armas shinobi. Destacamos el shinobigama (arriba a la derecha), el shuriken (segundo por la derecha) y la shinobigatana (al frente en el centro). Museo Arqueológico de Hida, Takayama. Fotografía del autor.

La imagen popular del *shinobi* es la de un personaje ataviado de negro, pero en las fuentes históricas esta prenda no aparece hasta el siglo XIX, y lo más probable es que no

haga referencia al color que vestían los *shinobi*, sino a una convención pictórica japonesa mediante la cual los elementos invisibles se pintan o visten de negro (Clements, 2001, p. 341). La verdadera invisibilidad del *shinobi* no consistía en vestir de negro de noche, sino la capacidad de estar oculto a simple vista, gracias a un disfraz, generalmente de distintos tipos de personajes religiosos (*komusō*, *yamabushi*, por poner algunos ejemplos) o artistas ambulantes (Turnbull, 2003a, p. 18). Si no están disfrazados, visten con una chaqueta similar a las usadas en la práctica de artes marciales, pero sin nudos; pantalones de montar; *tabi* (calcetines), sandalias y capucha (Turnbull, 2003a, p. 17). Bajo la ropa suelen llevar una armadura ligera (Fig. 7), con brazalete y grebas. En cuanto a equipo, podemos distinguir entre el estándar y el especializado. En el estándar cuentan con la *shinobigatana* (Fig. 8), un sable más corto y recto que la *katana*; cuchillos ocultos en un abanico, puños de hierro, cuerdas y ganchos, *shuriken* (arma arrojadiza en forma de estrella, Fig. 8) y abrojos. El equipo especializado era muy variado, con el fin de soslayar los diversos obstáculos a los que un *shinobi* tenía que hacer frente, especialmente a la hora de infiltrarse en un castillo. Entre este encontramos barcos prefabricados y *mizugumo* (Fig. 9), unos zapatos flotantes, para cruzar el foso; el *kunai*, otra arma arrojadiza, que usan para tallar puntos de apoyo en los muros; trompetas para escuchar a través de las paredes; sierras; arcabuces en caso de los francotiradores; pistolas; distintos tipos de bomba (de gas o de fragmentación); pequeños arcos; armas derivadas de aperos de labranza como el *shinobigama* (Fig. 8); pértigas y lanzas para salvar vacíos; y cometas tripuladas para misiones de espionaje y bombardeo (Turnbull, 2003a, pp. 20-22).

Los shinobi en la batalla

Dados sus recursos y su formación, los *shinobi* eran contratados por los *daimyō* para recopilar información, espiar al enemigo; e infiltrarse entre sus filas con el fin de causar la confusión o asesinar a un personaje importante (Turnbull, 2003a, p. 15). En este último tipo de misión los *shinobi* debían ser realmente eficientes y hacer justicia a su mito superior. Su trabajo consistía en entrar, actuar y salir; de forma que, una vez creado el caos tras los muros del castillo, los *samurai* podían cargar y llevarse la gloria.

Para el espionaje y la recopilación de información recurrían a sus disfraces, y otras técnicas más complejas, como las cometas. Para otras misiones más arriesgadas, generalmente infiltrarse en un castillo para asesinar al señor, matar a los guardias, provocar una revuelta interna o incendiarlo, solían moverse en grupos. Podían usar su

equipo para entrar sin ser vistos; o entrar por la puerta principal disfrazados de artistas ambulantes o incluso llevando la heráldica del señor del castillo para no levantar sospechas (Turnbull, 2003a, pp. 27-30). En resumen: son una unidad mercenaria disruptiva contratada para debilitar al enemigo desde el interior antes de lanzar el ataque definitivo con el ejército.



Figura 9: Mizugumo. Fotografía extraída de: <http://ayakashi-ghost-guild.wikia.com/wiki/File:Mizugumo.jpg>

Sōhei

El término *sōhei*, literalmente “monje guerrero”, hace referencia a los monjes de determinadas sectas y templos que se organizan en ejércitos. También recibían el nombre de *akuso*, “monjes malvados”, debido al miedo que despertaban entre la población, tanto por su violencia como temor religioso. Hay que distinguirlos de los monjes *yamabushi*, “guerreros de la montaña”, igualmente temibles, pero que no estaban organizados en ejércitos (Turnbull, 2003b, p. 4). Dentro de este apartado incluyo también a las comunidades de la secta Ikko-Ikki, agrupaciones de fanáticos religiosos que igualmente se organizan en ejércitos y descienden, en cierta manera, de los *sōhei* originales. Stephen Turnbull (2003b, p. 5) compara a los *sōhei* con la Orden de los Caballeros Teutónicos: solo unos pocos estaban ordenados, pero todos pertenecen al mismo conjunto.

Origen

El origen de los *sōhei* se encuentra en el Monte Hiei, al noreste de Kyoto. Allí se encontraba un santuario sintoísta del dios Sanno, rey de la montaña. Poco después del traslado de la capitalidad imperial a Kyoto en el 794 se construyó un monasterio budista en su cima: Enryakuji; cuyo fin era proteger espiritualmente a la ciudad, lo que terminó por otorgarle una fuerte influencia sobre la misma, no solo en términos religiosos. A la muerte del fundador se separaron dos facciones: la del Enryakuji, y la de un nuevo monasterio: Miidera. Ryogen, nuevo líder de Enryakuji, en su código de 26 artículos,

prohibía a los monjes el uso de las armas y la violencia (Turnbull, 2003b, p. 7); por lo que en los conflictos que se prolongaron dos décadas entre ambos monasterios se contrataba a mercenarios. Tras la última confrontación, en el 970, se institucionalizaron los *sōhei* como el ejército de monjes guerreros, para defender los intereses de su monasterio. En los años siguientes, con la entrada de Kyoto en las disputas entre los templos, se produce una escalada de violencia, de agravios y venganzas; que alcanza un punto culminante con la entrada de 3000 monjes en Kyoto a principios del siglo XI y su enfrentamiento con los *samurai* de la corte (Turnbull, 2003b, p. 9). Para las Guerras Genpei, varios templos cuentan con sus propios ejércitos, como Nara y Kumano. En el siglo XIV, con la Guerra Nanbokuchō, la violencia vuelve a escalar y los monjes de Enryakuji vuelven a entrar en Kyoto. Ya no cuentan con el título de guardianes del Estado, pues la nueva secta Zen, que no contaba con *sōhei* (Turnbull, 2003b, p. 44), era la más influyente del momento.



Figura 10: Sōhei del siglo XIX, armado con una naginata y un tachi. Fuente: <https://topwar.ru/81513-samurai-i-sohei.html>

A principios del Sengoku Jidai entran unos nuevos actores en escena: las Ikko-Ikki. Su fundador es Renno, un monje que huyó de Hiei a la provincia de Kaga y se hizo fuerte allí con sus nuevos ejércitos de “monjes” guerreros reclutados entre sectas populares. En 1488, las Ikko-Ikki dominan la provincia (Kaibara, 2000, p. 140), se extienden a las provincias aledañas y ocupan lugares estratégicos (Turnbull, 2003b, p. 15). Al igual que históricamente venían haciendo entre ellos, los *sōhei* tradicionales no tenían ningún miramiento a la hora de enfrentarse a estos nuevos ejércitos.

Formación

La gente que entraba en las filas de los *sōhei* solía ser de clase baja (de ahí que se les llamase en ocasiones “monjes malvados”), que buscaban escapar de la pobreza, la ley o

una vía de conseguir la gloria (Turnbull, 2003b, p. 45). Su formación militar no era muy diferente a la del samurai: dominaban la lanza, el arco, el caballo, el tachi (Fig. 4); y muy destacables son la naginata (Figs. 11 y 12), su arma predilecta; y el arcabuz, arma que los monjes de Negoroji dominaron rápidamente (Turnbull, 2003b, p. 47). Sobre la formación que recibían en el templo solo tenemos una fuente escrita, redactada por un jesuita, Caspar Vilela, sobre Negoroji. Vilela cuenta que estos monjes practicaban asiduamente con las armas, que tenían que fabricar cada uno entre cinco y siete flechas al día; y competir con el arco y el arcabuz al menos una vez por semana. También señala que sus entrenamientos eran muy violentos, siendo normal que los practicantes resultaran heridos o muertos.



Figura 11: Hoja de naginata. Museo Nacional de Tokyo. Fotografía del autor.

Panoplia

Los *sōhei* tradicionales vestían con las prendas típicas de los monjes: taparrabos; un *kimono* de varias capas de color blanco, canela o azafrán; chaqueta negra; *tabi* blancos y sandalias de madera o caña. A esas prendas se les añadía una capucha o banda blanca, símbolo distintivo de los monjes guerreros; y una armadura del mismo tipo que la de los *samurai*, pero sin las hombreras; aunque también podían vestir armadura completa y ser distinguidos por su capucha (Turnbull, 2003b, p. 29). Las Ikko-Ikki eran más variadas: era frecuente ver modelos antiguos de armadura, ya que no se podían permitir renovar los equipos. Algunos visten como *sōhei*, otros como *samurai*, *ashigaru* o campesinos; e incluso como una mezcla con los elementos que han podido conseguir.

En cuanto a las armas, los *sōhei* portaban un *tachi*, el sable de caballería y un *tantō* (puñal). Sus armas predilectas eran el arco largo, la *naginata* y, posteriormente, el arcabuz. Las Ikko-Ikki, de nuevo, llevaban a la batalla cualquier cosa que les pudiera

servir como arma, igual que los campesinos llamados a armas y los *ashigaru* antes de ser profesionalizados.



Figura 12: Naginata envainada. Nomura Samurai Family Residence, Takayama, Prefectura de Gifu. Fotografía del autor.

Los sōhei en la batalla



Figura 13: Mikoshi de Takayama, Takayama Matsuri Yatai Kaikan. Fotografía del autor.

Algo que caracteriza tanto a los *sōhei* como las Ikko-Ikki a la hora del combate es el uso del factor moral. El arma más poderosa con la que contaban los *sōhei* era el *mikoshi* (Fig. 13). Nada aterraba más a los cortesanos que los dioses que llevaban los monjes; y el *mikoshi*, la encarnación del *kami*, representaba ese miedo (Turnbull, 2003b, p. 49). Por ello, cuando los monjes querían hacer una dura presión sobre la capital, llevaban el *mikoshi* a la ciudad e incluso lo dejaban allí. Con el tiempo y al auge de los guerreros, esta táctica dejó de ser tan efectiva, dado que los *samurai* no se amedrentaban como los cortesanos de la corte y desafiaban al poder divino (Turnbull, 2003b, p. 50). En cuanto a los Ikko-Ikki, su fortaleza psicológica residía en su fanatismo religioso: portaban estandartes con mensajes budistas y recitaban cánticos y sutras (las enseñanzas de Buda para alcanzar el Nirvana) para aumentar el espíritu (Turnbull, 2003b, p. 56).

En la literatura, lo más destacado de los *sōhei* es su habilidad para el combate individual. En la *Heike Monogatari* se relatan las proezas de tres monjes en la batalla de Uji (1180), en la que se describe cómo dominan la *naginata* con un temible movimiento circular que eran capaces de realizar tanto montados como a pie (Turnbull, 2003b, p. 51), y el uso del *tachi* y el *tantō* como armas secundarias cuando la *naginata* deja de ser útil. Otras de sus tácticas registradas en los ataques de los Taira a Miidera y Nara consiste en la combinación de barricadas y barreras de escudos desde las que poder asietear al enemigo (Turnbull, 2003b, p. 53-54). Ante la ineficacia de las tácticas *samurai* contra las habilidades defensivas de los *sōhei* y su consideración como un enemigo indigno, los *samurai* optaban por una táctica clásica contra posiciones fortificadas usada hasta la saciedad en los conflictos japoneses: el incendio (Turnbull, 2003b, p. 54).

En lo que destacaron los *sōhei*, y en especial las Ikko-Ikki, fue en las tácticas defensivas. Sumado a su conocimiento del terreno, estos guerreros se encontraron con que su papel en los conflictos más destacados era el de defensor. En sus dos primeros ataques a las fortalezas de los Ikko-Ikki, Oda Nobunaga se llevó dos desagradables sorpresas: en la primera batalla, 3000 arcabuceros le recibieron, usando la misma táctica rotativa que posteriormente él emplearía contra los Takeda en Nagashino. En 1573, tres años después, Nobunaga intenta atacar otra de sus fortalezas contando ya con su propio cuerpo de arcabuceros, pero la lluvia le impidió utilizarlos y cuando escampó, comprobó que las Ikko-Ikki contaban con un sistema para proteger la pólvora de la lluvia, lo que le supuso una nueva derrota. En 1576 comenzó el asedio de Ishiyama Honganji, una de las principales fortalezas de las Ikko-Ikki, y en su primer ataque, Nobunaga comprobó la capacidad defensiva de sus enemigos. Mediante diques, los defensores habían convertido el fondo del río en un lodazal, en el que al entrar, los caballos quedaban atascados; y al intentar liberarse derribaban a sus jinetes. Mientras, los defensores les reciben con flechas y balas. Los caídos buscan la tierra más cercana, en la que hay preparadas estacas con cuerdas para evitar que puedan salir. Entonces, los atacantes buscan la cobertura de las cañas, entre las que espera su enemigo armado con arcos y arcabuces. Si había algún superviviente, se abrían los diques para que el agua terminara el trabajo (Turnbull, 2003b, p. 57).

El destino de los guerreros en el Edo Jidai



Figura 14: Panorámica del castillo de Osaka. Comenzó a construirse por orden de Toyotomi Hideyoshi en 1583 en el lugar que ocupaba Ishiyama Honganji. Fuente: http://www.osaka-info.jp/en/facilities/cat7/post_354.html

Con la consolidación de los Tokugawa en el poder y su proyecto de una paz duradera, los servicios de los guerreros dejarían de tener, al menos en teoría, una razón de ser. En primer lugar, el rol militar de los *samurai* perdió peso, pero no su carácter marcial. Otras facetas de su modo de vida se vieron potenciadas, en tanto que son la élite cultural y artística del país, además de ser los administradores de los diferentes territorios. Los *ashigaru*, por su parte, recibieron el título de *samurai* en 1591 gracias a Toyotomi Hideyoshi (Turnbull, 2001, p. 12 y 29), y la categoría se mantuvo con el nuevo gobierno. De esta forma, estos antiguos buscavidas que terminaron constituyendo un ejército profesional consiguieron el ascenso social con todo lo que implicaba. La suerte de los *shinobi* y los *sōhei* fue más bien distinta. Por orden cronológico, los primeros en caer fueron los *sōhei* de Hiei. Oda Nobunaga odiaba a los monjes budistas (Kaibara, 2000, p. 148), y la alianza de Hiei con dos de sus enemigos le dio el pretexto para acabar con ellos. Tras advertirles, Nobunaga avanza hacia Hiei quemando sus templos, para finalmente reducir Enryakuji a cenizas y acabar con los *sōhei* de Hiei en 1571 (Turnbull, 2003b, p. 19). Miidera se libró de la ira de Nobunaga, ya que le había apoyado. Las siguientes en caer fueron las Ikko-Ikki. Durante la última década ya se había enfrentado a ellos, pero en 1569 su hermano había muerto enfrentándose a las fuerzas de Nagashima. En 1570 emprende acciones contra Ishiyama Honganji, y al año siguiente contra Nagashima. Sus primeros ataques fracasan, pero en 1573 toma el mando personalmente de las fuerzas situadas en Nagashima y tras varios meses de asedio, construye una gran empalizada en torno a la fortaleza y quema todo lo hay en el interior (Turnbull, 2003b, p. 22). Ishiyama Honganji plantó una resistencia más tenaz, hasta 1580, al haberse quedado sin apoyos

externos, tras cuatro años de asedio (Turnbull, 2003a, p. 23-26). Sin embargo, Oda Nobunaga perdona la vida a los dirigentes, y tras la muerte de Nobunaga encontramos a lo que queda de las Ikko-Ikki luchando para Toyotomi Hideyoshi (Turnbull, 2003b, p. 26). Pero antes de su muerte, Nobunaga tuvo tiempo de encargarse de otra amenaza, en este caso hacia su vida: los *shinobi*. Tras varios intentos de asesinato, este decidió poner fin al problema de raíz: en 1581 invadió las provincias de Iga y Koga, sin dar tiempo a los *shinobi* a prepararse, por lo que tuvieron que luchar como un ejército convencional y fueron derrotados (Turnbull, 2003a, p. 11). Con este ataque, Nobunaga los puso a su servicio, y posteriormente los encontramos sirviendo a Tokugawa Ieyasu como los guardianes de su baluarte en Edo. Los últimos en caer ante la furia de los unificadores fueron los *sōhei* de Negoroji. En 1584 lucharon junto a Ieyasu, pero en 1585 Hideyoshi ataca sus posesiones, junto con otros grupos cercanos. Mediante el fuego e inundaciones, Hideyoshi pone fin a los *sōhei* (Turnbull, 2003b, p. 26-27). Posteriormente se reconstruyen algunos templos y se permite la continuidad de sus cultos, pero los ejércitos de monjes no volvieron a existir. Los últimos supervivientes de Negoroji pasaron sus últimos días sirviendo de base para las tropas de arcabuceros de Ieyasu.

Como apunte final quiero destacar la Rebelión de Shimabara, dado que es el conflicto que cierra el período de guerras a pesar de su fecha tardía (1637-1638), y Japón no es testigo de un nuevo conflicto de ese calibre hasta el siglo XIX. También, porque, en cierta manera, aún a las tres figuras que he presentado. La rebelión es de carácter campesino y religioso: son campesinos católicos que, tras unas revueltas, se refugian en el ruinoso castillo de Hara y se atrincheran allí, como si de las Ikko-Ikki se tratara. Edo envió un gran contingente de *samurai*, con el apoyo de los *shinobi* de Koga. Fueron los *shinobi* quienes se encargaron de obtener toda la información relativa a los rebeldes y los que determinaron el momento apropiado para la carga final de los *samurái* (Turnbull, 2003a, p. 51-55), en la que resultaron victoriosos.

Bibliografía

Bibliografía general

- CLEMENTS, J. (2010): *Los samuráis. Historia y leyenda de una casta guerrera*, Barcelona, Editorial Planeta
- KAIBARA, Y. (2000): *Historia del Japón*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- SCHIROKAUER, C.; LURIE, D. y GAY, S. (2014): *Breve historia de la civilización japonesa*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- STEVENSON, J. (2011): «Le guerrier dans l'histoire japonaise», en BARBIER-MUELLER, J. Gabriel (ed.): *Armure du guerrier. Armures samouraï dans la collection Ann et Gabriel Barbier-Mueller*, Dallas: The Ann and Gabriel Barbier-Mueller Museum, pp. 29-50.

Bibliografía específica

- BRYANT, A. (1994): *Samurai 1550-1600*, Oxford, Osprey publishing.
- PITA CÉSPEDES, G. (2014): *Genealogía y transformación en la cultura bushi en Japón*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- TURNBULL, S. (2001): *Ashigaru 1467-1649*, Oxford, Osprey Publishing.
- TURNBULL, S. (2003a): *Ninja AD 1460-1650*, Oxford, Osprey publishing.
- TURNBULL, S. (2003b): *Japanese warrior monks AD 949-1603*, Oxford, Osprey publishing.

LAS BANDERAS ROJAS DEL MAR. TÁCTICA, ARGUCIAS, Y ESTRATEGIA DE CORSARIOS Y PIRATAS EN LA EDAD MODERNA

THE SEA'S RED FLAGS: TACTICS, TRICKERIES, AND STRATEGY OF PRIVATEERS AND PIRATES IN THE EARLY MODERN AGE

Natalia Malvar Ariza

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Las banderas rojas del mar: Táctica, argucias, y estrategia de corsarios y piratas en la Edad Moderna es un acercamiento al mundo naval ilegal y paralegal de la Edad Moderna, corsarios y piratas occidentales desde el Índico, pasando por el Mediterráneo, hasta llegar a los puertos más conocidos de estas empresas: el Caribe. Presta especial atención a las maniobras que eran llevadas a cabo para poder hacerse con una presa y, especialmente, con su botín, ya fuera en tierra como en alta mar. Todo ello sin dejar de prestar atención a las dinámicas generadas a escala global de esta actividad.

Palabras clave: Piratería, pirata, corso, corsario, barco, táctica, estrategia, abordaje, engaño, Edad Moderna, Mediterráneo, Índico, Atlántico.

Abstract: The sea's red flags: Tactics, trickeries, and strategy of privateers and pirates in the Early Modern Age is an approach to the illegal and paralegal naval world of the Early Modern Age, western privateers and pirates from the Indian Ocean, going through the Mediterranean, to finally get to the most known harbours for this kind of activities in the Caribbean sea. It focuses in the ploys that were carried out in order to be able to take hold of their preys and, specially, of their booty, whether on land or at sea. Besides, never forgetting to pay attention to the global scale dynamics created by these endeavours.

Keywords: Piracy, pirates, privateering, privateer, ship, tactic, strategy, boarding, trickery, Early Modern Age, Mediterranean, Indian Ocean, Atlantic.

Introducción

La piratería siempre ha tendido a ser un tema que, por el romanticismo y la fantasía que el imaginario colectivo le ha ido otorgando a lo largo de los siglos, es a menudo dejado al margen, si no cargado de ficción. Y más aún teniendo en cuenta que las propias fuentes primarias han de ser analizadas con atención, puesto que un relato de las hazañas de los grandes piratas puede ser exagerado y alterado fácilmente con el fin de labrar su

fama²⁶, o bien acallado y silenciado por sus protagonistas, al tratarse de historias que podrían costarles la vida (Gosse, 1934, pp. VII-VIII).

Sin embargo, los pecios, sus cañones, espadas, sables y arcabuces son una realidad bien tangible, al igual que el océano y los vientos que marcaban las reglas del juego. El combate en alta mar, los ataques a ciudades, la captura de barcos y su botín no son meramente cuerdas y pólvora, sino una cuidadosa medición de los pros y los contras de un asalto, un duelo por orquestar las mejores maniobras o los engaños más eficaces: ¿No habría que, “como buenos cristianos”, socorrer a un navío en apuros?

Las guerras entre las naciones que se disputaban el dominio de los mares, ni propiamente las historias particulares de los piratas que los surcaron en esa época serán el objetivo de este artículo, sino que de entre los relatos de capturas y ciudades arrasadas con fuego, se rescatará el cómo consiguieron hacerse con el botín de sus presas. Para ello habría que tomar primeramente en consideración los medios de los que disponían y, sin lugar a dudas, el elemento fundamental e inseparable de todo bandido de altamar no es otro que el barco²⁷.

De la conveniencia de las embarcaciones y su armamento

Para poder sopesar correctamente la adecuación de una embarcación en una u otra empresa hay que valorar una serie de parámetros como son la fuerza, ya fuera proveniente de los remos y/o de las velas, la velocidad, la maniobrabilidad y la capacidad de carga, además de su resistencia. Los piratas, si bien por lo general tendían a emplear barcos pequeños muy maniobrables, incluso barcas, como en el caso de las primeras embarcaciones filibusteras, todo navío que se capturara era susceptible de ser transformado en su nuevo bajel y ser incorporado en una flota más numerosa (Lucena Salmaron, 1992, pp. 163-164). Y eso sin tener en cuenta que, en el Mediterráneo, como se indicará más adelante, cualquier navío mercante podía llevar una doble vida paralegal.

²⁶ Uno de los casos más emblemáticos es la obra atribuida a Daniel Defoe *A general history of the pyrates, from their first rise and settlement in the Island of Providence, to the present time*, firmada por el capitán Charles Johnson. Existen estudios de gran profundidad al respecto como el llevado a cabo por Furbank, P. N. y Owens, W. R. (1988), quienes ponen en duda la autoría de Defoe a favor del desconocido capitán Charles Johnson, desmontando los argumentos del profesor John Robert Moore. Véase Grasso (2010, pp. 21-40; Cordingley (1995, pp. xix-xx y 61), donde afirma que “el capitán Johnson suele ser preciso pero rara vez indica la fuente de su información”. A su vez, Colin Woodard tampoco aboga por la posible autoría de Defoe (Woodard, 2009, p. 6).

²⁷ Como es lógico suponer, muchas de las embarcaciones de flotas reales podrían caer en manos de los piratas. El estudio de Pi Corrales (2002, pp. 28-34), nos ofrece también un recorrido por las características de las distintas naves empleadas a lo largo de la Edad Moderna, especialmente en la Armada de los Austrias.

En términos generales, las embarcaciones de la Edad Moderna, sobre todo en sus inicios, podrían ser clasificadas dentro de las siguientes cuatro categorías:

En un primer lugar estarían las galeras, que por contar con remos, además de velas latinas, eran el tipo de barco más maniobrable de la época. Eran ligeras, y se emplearon mayoritariamente en desplazamientos en mares interiores. Así mismo, fue un tipo de embarcación mucho más interesante en el combate que en el transporte de mercancías, dado que no contaba con mucho espacio de almacenamiento (Unali, 2007, pp. 17-33 y 44-45). Su punto fuerte era la proa, donde estaba ubicado el grueso de la artillería. De frente y sin miedo, cazaban así a sus presas, acercándose a ellas lo más rápido posible. La artillería, además, era fija, por lo que dependían del rumbo para poder apuntar y de cuñas para variar la inclinación de culebrinas, cañones y pedreros, es decir, el ángulo de disparo de su munición. Sin embargo, rara vez daba tiempo a recargar estas tres, cuatro, o cinco piezas antes de tener que proceder con el abordaje. Según se acercaban, iban produciéndose las descargas de los ingenios de mayor a menor alcance, mosquetes, arcabuces, ballestas y arcos antes de sacar las armas blancas. El punto más débil de esta embarcación era la popa, desde donde otros barcos intentarían asaltarla por estar menos armada. Para cubrirse las espaldas y los costados a menudo montaban allí esmeriles y falconetes, fáciles de orientar a mano. El momento clave, en un enfrentamiento de galera a galera, era embestir al contrario con el espolón, destruyendo, a ser posible, el casco además de la palamenta (Cerezo Martínez, 1983, pp. 34-37).

Dentro de los subtipos de galeras, por su tamaño y su gran capacidad para la artillería, habría que destacar la galeaza veneciana. También estaba la galeota, que tenía la mitad de tamaño que una galera normal y estaba algo menos armada. La fusta, y por otro lado el bergantín, aún más pequeño, más rápido y más maniobrable, pero también el menos resistente ante las inclemencias del tiempo, ambas destinadas fundamentalmente a prácticas piráticas y de corso²⁸. Por último estaría la fragata, la más menuda de todas, cuyos remos manejaba un único hombre. Conviene señalar que no hay que confundir ninguna de estas dos últimas embarcaciones (bergantín y fragata) con los grandes buques veleros empleados mayoritariamente en el Atlántico a finales de la Edad Moderna (Cerezo Martínez, 1983, p. 38).

²⁸ Anna Unali asocia los bergantines con las actividades corsarias y piráticas. Sin embargo, Magdalena de Pazzis atribuye este tipo de actividades a las fustas, identificando a los bergantines como la embarcación destinada a vigilar, reconocer, avisar y perseguir a los forajidos del mar (Unali, 2007, pp. 44-45; Pi Corrales, 2002, p. 30).

La segunda tipología de embarcación es la nave, únicamente impulsada por el viento, también conocida como bajel. Redondas, adecuadas para largas travesías, y competentes tanto en la guerra como en el transporte de grandes cargamentos. Desafortunadamente, eran muy pesadas y poco ágiles, por lo que flanquearlas con un par de galeras era de lo más sensato para poder defenderlas debidamente. También podían compensar su baja maniobrabilidad con un alto número de piezas de artillería, que gracias a su gran capacidad de carga era una opción perfectamente viable. Al principio, esta se ubicaba en los castillos de proa y popa, con baluartes que ayudaban a proteger a la tripulación, pero desde principio de la Edad Moderna se abrieron también portas en los costados de estas embarcaciones, armando así todos los frentes del bajel (Cerezo Martínez, 1983, pp. 29-62; Unali, 2007, pp. 44-45).

Hasta el siglo XVI, la nave más importante era la carraca, que acabó siendo sustituida por los galeones, más alargados, veloces y con mayor capacidad de maniobra. Además, sus grandes castillos de popa facilitaban el dominio de los enfrentamientos junto a un mejor acceso a la nave enemiga en un abordaje (Cerezo Martínez, 1983, pp.29-62). En este punto convendría hacer una pequeña aclaración debido a la imposible de ignorar aura literaria y romántica que envuelve a los piratas: saltar de un barco a otro balanceándose con cuerdas desde la jarcia era, y sigue siendo, algo altamente inviable (Little, 2007, pp. 27-32). Los filibotes y los galeoncetes iban generalmente armados con una artillería menos pesada, si bien de mayor alcance, y contaban con una capacidad de maniobra mayor. Los *vaisseaus* franceses del siglo XVII y, por supuesto, las naos, también pertenecen a esta tipología (Cerezo Martínez, 1983, pp.29-62).

Por otro lado, la tercera tipología estaría conformada por las carabelas, dotadas de dos velas latinas, ligeras, veloces y maniobrables. Y por último las orcas: pequeñas y sin armar, pero capaces de transportar cargas muy pesadas pese a su tamaño (Unali, 2007, pp. 44-45).

Si la presa de los piratas o los corsarios no se rendía, justo antes de abordar el barco solía efectuarse una descarga con mosquetes, arcabuces, arcos, ballestas... hasta que se pasaba a la cubierta de la embarcación apresada, con picas, espadas, pistolas, escopetas²⁹, cuchillos... cualquier tipo de arma blanca, y hasta estopas prendidas. A veces, incluso, el jabón era utilizado en los asaltos puesto que convertía las cubiertas en superficie

²⁹ Esta arma está algo más asociada a los bucaneros, si bien sería empleada por cualquier pirata al que le cayera entre manos (Lucena Salmoral, 1992, pp.50-56).

altamente resbaladizas. Poco a poco, las víctimas iban retrocediendo hacia el interior del barco, parapetándose e intentando resistir todo lo posible (Cerezo Martínez, 1983, pp.29-62). De no conseguirlo, por si la muerte o las terribles heridas que les conducirían a ella no fueran bastante, serían expoliados “hasta las bragas” (Unali, 2007, pp. 12-137).

Entrar en mayores pormenores supondría analizar de forma particular cada una de las batallas. Existen casos como el de Alejandro *Brazo de Hierro* que, tras naufragar y pasar un tiempo con su tripulación perdidos en una isla en medio del océano, arribó a esa tierra un buque español. Parte de los marineros se acercaron en barcas al lugar, probablemente en busca de suministros. *Brazo de Hierro* y sus piratas los asesinaron a todos, se pusieron sus ropas, y partieron hacia el bajel, cuyos hombres no se dieron cuenta del embuste hasta que no fue ya demasiado tarde (Lucena Salmora, 1992, p. 175). En el otro extremo, destacan casos como el de Henry Morgan, que llegó a contar con 2.000 hombres y treinta y siete barcos (Lucena Salmora, 1992, pp. 98-101). Las largas persecuciones en el mar, al acecho de una presa, también eran muy habituales (Little, 2007, pp. 6-8).

Avisos, engaños y argucias

Ahora bien, mucho más interesante sería si se lograra la rendición de un barco, ciudad o flota, sin necesidad de contienda alguna. Y la forma más emblemática de lograr esto fue con ondeantes insignias de tela. Las banderas rojas fueron una estrategia de los filibusteros, una manera de avisar a sus presas de que no habría cuartel con ellas. Principalmente, fueron utilizadas por piratas franceses a partir de 1680, y a menudo en su centro había un jabalí, símbolo de *tempus fugit*, o una calavera, que daban la posibilidad de sobrevivir a través de una pronta rendición. La calavera y las tibias eran un evidente *memento mori* que plasmaron en sus banderas, convirtiéndolo en un símbolo identificativo: la *Jolly Roger* es sin duda el ejemplo más claro (Lucena Salmoral, 1992, pp- 163-165). Sin embargo, muchos de ellos gustaron de modificarla para convertirla en su distintivo personal³⁰. También, directamente, podían emplear la bandera de cualquier nación y engañar a su presa haciéndose pasar por un barco mercante en apuros (Little, 2007, pp. 111-119; Lucena Salmoral, 1992, pp. 163-165), o artimañas comparables, como

³⁰ En lo que refiere a las banderas piratas, hay que tener especial cuidado respecto a las atribuidas de forma personalizada a cada uno de sus grandes capitanes: muchas de ellas son una invención, y están forjadas con una simbología que se adecúa más a estos dos últimos siglos que a cuando fueron supuestamente empleadas. Existe un estudio reciente sobre ellas, incluyendo entre otros aspectos la forma en que fueron utilizadas, ya fuera como engaño, como amenaza, como por un sentido de pertenencia a un reino de algunos piratas y corsarios (Fox, 2015).

la empleada por John Hawkins a finales del verano de 1568 en Veracruz. Puso en vanguardia unos buques, en este caso españoles, que había capturado, engañando a sus verdaderas víctimas al hacerles creer que se trataba de la flota del nuevo virrey al que esperaban. Este corsario inauguró una forma muy "elegante" de hacer negocios. Su estrategia consistía en lo siguiente: llegaba a un puerto "arrastrado por una tormenta" y "necesitando reparar su barco dañado", pero lo único con lo que podía pagar a aquellas gentes era, principalmente, vendiéndoles esclavos negros sin haber tenido que pagar la licencia. Hasta aquí el contrabando, pero aquello evolucionó a la toma de rehenes, e incluso de plazas, como amenaza para garantizarse el poder realizar un comercio ventajoso. Drake, por otro lado, también dio la vuelta al mundo, izando en lo alto del *Golden Hind* una bandera española, huyendo con relativa facilidad en cuanto había la más mínima dificultad. En América había cientos de poblaciones interesantes absolutamente indefensas, de las que consiguió, junto con su paso por Asia, un enorme botín (Lucena Salmoral, 1992, pp. 71-86 y 103).

En el Mediterráneo, en contraposición, el asalto a las ciudades no era ni de lejos tan simple y, por lo general, la mayoría de los ataques de piratas se dirigían a barcos solitarios, o se efectuaban por medio de la fórmula "captura de un barco y pedida de rescate". Las pocas veces que hacían incursiones en ciudades también actuaban de esa forma, secuestrando a algún personaje importante para pedir luego un rescate por él (Unali, 2007, pp. 17-33 y 165-188).

Los primeros piratas en llegar a las costas de América fueron los franceses, aprovechando la guerra que había entre su rey, Francisco I, y la corona española, claramente motivados por los tesoros que prometía el nuevo continente. Pero la pregunta es: ¿Por qué marchar hasta tan lejos pudiendo interceptar las mercancías más cerca de Europa? Hasta que Felipe II no organizara sus flotas, creando la Armada del Mar Océano, la Armada de Barlovento y la Armada del Mar del Sur³¹ a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI, sus mercantes estaban especialmente desprotegidos. Además, no hay que olvidar que cuanto más lejos se esté de los núcleos de control más fácil es actuar ilegalmente. Como ya se ha indicado, los nuevos asentamientos en América no eran equiparables a la seguridad con la que pudieran contar las poblaciones de las costas

³¹ Para una mayor información sobre el desarrollo y evolución de las flotas armadas de los Austrias en este periodo puede consultarse Pi Corrales (2002, pp. 43-53). En él también se aprecia en qué medida era efectivo el poder de la Corona en América.

europas³². De hecho, hubo ciudades en el nuevo continente que llegaron a tener que ser desplazadas, ya no sólo reconstruidas, a causa de los frecuentes ataques que sufrían por parte de los piratas. Y es que saquear una urbe, tomar o hundir sus barcos, y pedir a su población un incentivo económico para no prender fuego a todas sus casas era un aliciente mucho más lucrativo. Todo eso sin olvidar los posibles chantajes periódicos a cambio de no arrasarse la ciudad posteriormente, a los que Alexander Olivier Exquemelin³³ bautizó con el nombre de *tributo de quema* (Exquemelin, 1998, p. 133)³⁴.

Si no se hubieran descubierto las minas del Potosí, de lo pobres que eran estos emplazamientos, los piratas habrían acabado desapareciendo. Pero el olor de la plata atrajo a muchos más salteadores del mar, e hizo que los españoles no perdieran el tiempo para organizar armadas que protegieran a sus buques mercantes. Tras ello, conseguir capturar algún barco cargado con “su maldita plata” se convirtió en una empresa de tal calibre, que solamente el holandés Piet Heyn consiguió llevarla a cabo, en el año 1628. Cuando su presencia fue detectada en Cuba, de donde partiría la plata hacia España, atrapó a casi todos los navíos que iban a alertarla del peligro, por lo que los cargamentos de la flotilla de Honduras de la flota de Nueva España partieron ignorando la amenaza... Y cayeron en la emboscada de Heyn (Lucena Salmoral, 1992, pp. 140-143).

Ahora bien, lo que sí que rara vez hacían los piratas, y lograban con aún mayores dificultades, era adentrarse en el continente. Drake intentó en varias ocasiones llegar a Panamá cruzando el istmo, pero el único que lo consiguió fue Henry Morgan. Y para ello, este filibustero necesitó nada más ni nada menos que treinta y siete barcos. En otro de sus pillajes, en la ciudad de Maracaibo, empleó otra de las tácticas más famosas de los piratas: los brulotes (Exquemelin, 1998, pp. 147-149). Morgan sacrificó una de sus embarcaciones, vaciándola por completo, dejando únicamente pólvora y otros materiales

³² La evolución de los sistemas de defensa de la corona española en América fueron acelerados por la actividad pirática, especialmente por la corsaria. Sus enemigos, aún demasiado débiles en el siglo XVI para enfrentarse de forma directa a los imperios Peninsulares, se valían de las patentes de corso para socavar su poder. Y, poco a poco, incluso fueron haciéndose con un cierto control sobre asentamientos tan famosos como el de Tortuga. Este proceso puede apreciarse en las obras de Reichert (2012, pp. 160-164 y 175-176; 2016, pp. 111-139).

³³ Alexander O. Exquemelin fue un cirujano de origen francés del que poco conocemos aparte de lo que él mismo narra en su obra. Aprendió su oficio en la isla de La Tortuga, cuando era gobernada por Bertrand d’Orgeron, tras librarse gracias a su mediación de un antiguo Teniente General que le había comprado por treinta escudos o pesos como *engagé* (forzado) a través de la Compañía de las Indias Occidentales francesa. Así pues, según narra, pudo conocer de cerca especialmente las empresas de *l’Olonnais* y Henry Morgan. Véase Nogueira (1998, pp. 9-11).

³⁴ Esta práctica puede observarse también en varios pasajes de la obra de este autor, especialmente a lo largo de los capítulos dedicados a Henry Morgan, también referida como *tributo de incendio* (Exquemelin, 1998, p. 148).

incendiarios. Los cañones, los sustituyó por réplicas de madera y en la cubierta montó toda una serie de muñecos simulando una tripulación. Y a continuación, envió el barco hacia sus enemigos. Al chocar con uno de los bajeles españoles estalló, hundiéndose así ambos barcos en las profundidades de los océanos (Lucena Salmoral, 1992, pp. 51-70; 98-101).

Necesidad, corso y avaricia

La piratería puede rastrearse en el Mediterráneo desde épocas anteriores a la que en este momento nos ocupa. Pero, no siempre la práctica de la misma era considerada ilegal. De hecho, en el siglo XV, era muy habitual que el comercio marítimo estuviera vinculado a este tipo de actividades, si bien los asaltos solían efectuarse a costa de naves de otro reino. Por ejemplo, esto se pone de claro manifiesto en la relación existente entre Aragón y Génova, cuyos barcos mercantes no desaprovechaban la oportunidad de, viéndose en una situación favorable, lucrarse con la desventaja de su enemigo. En cualquier caso, no era ya sólo que el rey autorizara los robos a sus adversarios, sino que a menudo también particulares, e incluso ciudades, se asociaban para llevar a cabo este tipo de empresas. El problema, por lo general, llegaba cuando estas eran acometidas contra barcos pertenecientes a la propia corona, y por ende se convertían en un delito que acarreaba castigo. El hambre y la pobreza no comprenden de política. Por tanto, no es nada disparatado que los límites entre el comercio, el corso y la guerra, se desdibujen con extrema facilidad en lo que refiere a las intenciones³⁵.

Lógicamente, también las víctimas se preocupaban de salvaguardarse ante estas “ilegalidades”, organizando sistemas de mensajería por tierra para informar de los asaltos a ciudades, y embarcaciones armadas para la defensa de la costa (Unali, 2007, pp. 17-33).

En América, como ya hemos mencionado, también fueron coordinando a lo largo de los siglos distintas armadas para la protección contra los piratas. Y es en este continente donde se puede encontrar, en buena medida, el origen de las confusiones a la hora de delimitar allí las diferencias entre las actividades puramente piráticas y el corso. Hasta 1553, en Francia, no fue entregado propiamente ningún permiso de este tipo aunque sí

³⁵ No hay que perder de vista que, especialmente en América, también entró en juego el contrabando. No se trata meramente de una alternancia entre la vida legal y la ilegal o paralegal, sino que los límites entre comercio, contrabando, piratería y corso se desdibujan hasta solaparse e ir de la mano. La Carrera de Indias y la idea de Mare Clausum por la que abogaban las monarquías ibéricas, como se mencionará más adelante, serán el principal desencadenante, y excusa, para este tipo de actividades que ignoraban la legislación. Véase Zambrano Pérez (2007, pp. 23-56).

había habido acuerdos entre el monarca francés, Francisco I, y los salteadores de alta mar. Jean Fleury³⁶ es el gran ejemplo de estos primeros momentos. Paradójicamente, este “corsario”, en vez de entregarle a su rey parte del botín que capturaba, era pagado por su soberano una suma anual para que atacara a los enemigos del país, y no a los barcos propios (Lucena Salmoral, 1992, pp. 53-67). Pese a ello, hay que tener en cuenta que, en el siglo XV, la corona de Aragón ya pagaba un sueldo a aquellos armadores de navíos que quisieran dedicarse al corso, además de proporcionarles víveres y numerosos privilegios que equiparaban a la tripulación con cualquier otro hombre alistado en la Armada Real. Si aquello no fuera aliciente suficiente, también les proporcionaba las embarcaciones, y en el caso de que estas fueran privadas, el botín que consiguieran iría a parar directamente a sus bolsillos, sin llegar nada a manos del monarca (Unali, 2007, pp. 169-170).

“El código de los piratas”

Fueran como fuesen sus tratos con los monarcas de uno u otro lugar, o con el respeto que pudieran tener para sus compatriotas en el caso de los corsarios, lo que sí debían lograr los piratas era organizarse entre ellos. Aunque sólo fuera dentro de su propio barco para evitar un motín³⁷. Según relata Alexander Olivier Exquemelin, los piratas tenían por costumbre “hacer ante ellos una escritura de contrato” (Exquemelin, 1998, p. 70): en ella se hacía inventario de todo lo que portaban consigo y en el barco para poder llevar a cabo la empresa, además de fijar lo que le correspondería al capitán por su navío, los sueldos del carpintero y del médico-cirujano, junto a las medicinas que este trajera. También se acordaban una serie de compensaciones para aquellos que sufrieran de heridas mayores en las batallas: 600 pesos o seis esclavos por la pérdida del brazo derecho, 500 pesos o cinco esclavos por la pierna derecha o el brazo izquierdo, por la pierna izquierda 400 pesos o cuatro esclavos, y por cada ojo o dedo, 100 pesos o un esclavo. Del botín que obtuvieran, al capitán le correspondían cinco o seis partes por su barco, más dos para su persona, y a cada uno de los demás piratas una parte. Y más les valiera no ocultar nada de lo ganado para sacar de ello provecho a costa de sus compañeros, puesto que de ser

³⁶ Jean Fleury, también llamado Juan Florín, o incluso el Florentino, adquirió gran fama tras robar junto a las Azores el tesoro de Moctezuma con el que se habían hecho los españoles. Fue apresado en 1527 junto a San Vicente gracias a las nuevas medidas que estaba tomando la Corona para proteger a sus barcos. Véase Reichert (2012, pp.160-161) y Blanco Núñez, (2006, p. 190).

³⁷ La personalidad de un capitán pirata debía ser cuanto menos fuerte y peculiar para poder gestionar a su tripulación. Gosse (1934, pp. 2-3).

descubiertos serían expulsados. *Estas gentes son muy civiles entre ellos mismos de suerte que, si a alguno le falta algo de lo que otro tiene, con galantería le hace participante al otro* (Exquemelin, 1998, pp. 69-71).

Salvo la corona española, lo que sí que tenían todos claro, especialmente los corsarios ingleses, y holandeses, era que el mar no era de nadie, y por tanto en él comerciar debía ser algo que todos pudieran hacer sin dificultad. El monopolio “era lo ilegal” (Zambrano Pérez, 2007, pp. 23-56). Dentro del barco, por lo general las decisiones importantes se tomaban de forma común, bajo la fórmula del consejo (Exquemelin, 1998, p. 70), dado que de lo contrario los motines serían prácticamente inevitables, si bien se confiaba en el criterio del capitán en los momentos de ataque. En el caso de los corsarios de la segunda mitad del siglo XVI, sin embargo, los capitanes consiguieron tener algo más de poder, pudiendo establecer algunas normas a bordo y tener la última palabra en los “asuntos de guerra”, aunque pidieran la opinión de otros miembros de su tripulación. Llegaron incluso a prohibir *jugar a los dados o a las cartas, jurar, contar historias obscenas y tener conversaciones impías*, so pena de castigo (Lucena Salmoral, 1992, pp. 91-97). Por otro lado, otros filibusteros eran infinitamente menos delicados, como *l’Olonnais*³⁸, famoso por su crueldad, por aplicar terribles torturas para conseguir que sus víctimas confesaran aquello que quería descubrir: dónde tenían escondidos sus tesoros (Lucena Salmoral, 1992, pp. 86-89).

Quizá el caso más extraordinario de organización pirática fue el de la Cofradía de los Hermanos de la Costa, en la Isla de Tortuga³⁹. Ni impuestos, ni presupuestos, ni penas para aquellos hermanos admitidos que decidieran abandonar la Cofradía. La única ley imperante era el uso comunitario de tierras y barcos. La propiedad privada, sin embargo, sí se aplicaba para todo lo demás, véanse especialmente los botines conseguidos con excepción de las naves capturadas que, por supuesto, habrían de ir a parar a manos de la hermandad. En la segunda mitad del siglo XVII, gracias a la adopción de este tipo de táctica, los Hermanos de la Costa fueron los más temidos del Caribe (Lucena Salmoral, 1992, pp. 57-58).

³⁸ De entre los capítulos que dedica Alexander O. Exquemelin a las faenas de *l’Olonnais*, cabe resaltar dos pasajes que ejemplifican claramente la facilidad con la que empleaba la espada para conseguir sus objetivos: la toma de Maracaibo y una emboscada que sufrió por parte de los españoles junto a San Pedro de Sula. El relato de este autor sobre su vida acaba con las siguientes palabras: *Esta es la historia de la vida y fin del infernal Lolonois, que lleno de execraciones y enormes hechos, deudor de tanta sangre de inocentes, murió a manos carniceras, como las suyas lo fueron en su vida* (Exquemelin, 1998, pp. 95, 104 y 113).

³⁹ Para un breve resumen de las dinámicas de ocupación de esta isla puede consultarse Reichert (2012, pp. 175-176).

Ahora bien, los criterios de actuación de los piratas eran algo altamente individualizado, dependían profundamente de su formación, carisma, creencias y moralidad. Por ende, esto, junto con su habilidad y astucia, era lo que determinaba sus pasos. Y hubo algunos que se aventuraron más allá de América, hasta llegar al Pacífico, e incluso a la inversa, partiendo primero hacia el sur para luego tomar rumbo al levante hasta llegar al Índico. Esa otra mitad del mundo, tal y como Drake y otros muchos pudieron comprobar, era la más difícil de proteger. Esa falta de conocimiento y control creaba un espacio perfecto para el desarrollo de actividades ilícitas y el establecimiento de colonias regidas por sus capitanes.

Es cierto que hubo múltiples asentamientos de piratas en las costas de Madagascar a lo largo del siglo XVII, en los que los europeos llegaron a mezclarse con la población local estableciendo puntuales vínculos de sangre de trascendencia política. La isla, y otras más pequeñas que la rodean, especialmente la de Santa María, constituyen un enclave estratégico para poder inmiscuirse dentro de las dinámicas comerciales del Índico, quedando perfectamente posicionados para el tráfico de esclavos y para interceptar barcos de los mogoles o de las Compañías de las Indias Orientales (McDonald, 2005, pp. 1-21).

Pero la más famosa de todas las colonias, establecidas al margen de la ley en esas aguas, fue Libertalia. Su prestigio se debe a que significó la materialización de las utopías más puramente democráticas que pudiera haber existido, en la que su *Lord Conservador* era un pirata antiesclavista del que Byron llegó a escribir que *Nunca otro hombre más gentil, había hundido barco o segado cabeza* (Lara López, 1999, p. 14); el capitán Misson (Defoe, 1999, pp. 495-497). Desafortunadamente, la escritura del Capitán Johnson, o de Defoe, traslucen una estructura demasiado clásica y una falta de datos difícil de ignorar, que en los estudios llevados a cabo a lo largo del siglo XX, especialmente en sus dos últimas décadas, han demostrado de la utopía un mito (Galibert, 2002, pp. 265—281).

Bibliografía

Bibliografía básica

LITTLE, B. (2007): «Las tácticas de los piratas del Caribe», en *Despertaferro. Historia Moderna*, 17, pp. 27-32.

LUCENA SALMORAL, M. (1992): *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América. Perros, mendigos y otros malditos del mar*, España, Mapfre.

UNALI, A. (2007): *Marineros, piratas y corsarios catalanes en la Baja Edad Media*, España, Renacimiento.

Bibliografía específica

BLANCO NÚÑEZ, J. M. (2006): «Organización y semántica naval moderna», en *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejos, pp. 187-200.

CEREZO MARTÍNEZ, R. (1983): «La táctica naval en el siglo XVI», en *Revista de historia naval*, I, 2.

CORDINGLY, D. (1995): *Under the Black Flag. The romance and the reality of life among the pirates*, Nueva York, Random House.

DEFOE, D. [i.e.] JOHNSON, C. (1724): *A general history of the pyrates, from their first rise and settlement in the Island of Providence, to the present time*, Londres, T. Warner, [en línea], <https://archive.org/details/generalhistoryof00defo>, (Consulta 30/07/2017).

DEFOE, D. (1999): *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*, Madrid, Valdemar.

EXQUEMELIN, A. O. (1998): *Piratas de América*, Madrid, Historia 16.

FOX, E. T. (2015): *Jolly Rogers: The true History of Pirate Flags*, Reino Unido, Fox.

FURBANK, P. N. y OWENS, W. R. (1988): *The Canonization of Daniel Defoe*, New Haven, Yale University Press.

GALIBERT, Nivoelisoa D. (2002): «Daniel Defoe, le rêve pirate et l'océan Indien: un siècle de distorsions (1905-1998)», en REQUEMORA, Sylvie y LINON-CHIPON, Sophie (ed.), *Les tyrans de la mer. Pirates, corsaires et filibustiers*, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, pp. 265-281.

GOSSE, P. (1934): *The History of Piracy*, Nueva York, Tudor Publishing Company.

GRASSO, J. (2010): «The Providence of Pirates: Defoe and the «True-Bred Merchant»», en *Digital Defoe: Studies in Defoe & His Contemporaries*, II, 1, pp. 21-40.

- LARA LÓPEZ, A. (1999): «Presentación de *Historia general de los piratas*», en DEFOE, Daniel, *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas*, Madrid: Valdemar, pp. 11-15.
- LITTLE, B. (2007): *The Sea Rover's Practice. Pirate Tactics and Techniques, 1630-1730*, Estados Unidos: Paperback.
- MCDONALD, K. P. (2005): “«A Man of Courage and Activity»: Thomas Tew and Pirate Settlements of the Indo-Atlantic Trade World, 1645-1730”, en *Working Papers UC World History Workshop*, pp. 1-21.
- NOGUEIRA, M. (ed.) (1998): «Prólogo», en EXQUEMELIN, A. O.: *Piratas de América*, Madrid: Historia 16, pp. 7-27.
- PAZZIS PI CORRALES, M. de (2002): «La Armada de los Austrias», *El Ejército en la España Moderna*, Valencia, Real Sociedad de Amigos del País, pp. 25-53.
- REICHERT, R. (2012): «La lucha por el dominio colonial en las indias durante el siglo XVII, casos de San Martín, Jamaica y la Isla Española», en *Historia Caribe*, VII, 20, pp. 159-182.
- REICHERT, R. (2016): «El Caribe centroamericano en la estrategia defensivo-militar de la casa de los Austrias, siglos XVI y XVII», en *Caribbean Studies*, XLIV, 1-2, pp. 111-139.
- REQUEMORA, S. y LINON-CHIPON, S. (ed.) (2002): *Les tyrans de la mer. Pirates, corsaires et filibustiers*, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne.
- WOODARD, C. (2009): *La república de los piratas. La verdadera historia de los piratas del Caribe*, Barcelona: Crítica.
- ZAMBRANO PÉREZ, M. (2007): «Piratas, piratería y comercio ilícito en el Caribe: la visión del otro (1550-1650)», en *Historia Caribe*, 12, pp. 23-56.

NAGASHINO: DEL FILO A LA PÓLVORA NAGASHINO: FROM THE EDGE TO GUNPOWDER

Luis Antonio Carretero Martínez
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Desde los inicios del siglo XVI la nación nipona estaba marcada por una descentralización política, donde más de 250 señores feudales (*daimyō*) se disputaban el país. El primero en lograr la supremacía ante los demás fue Oda Nobunaga (1534-1582), gracias a una serie de batallas que le otorgaron el control de la región, destacando las alianzas con otros *daimyō*: Toyotomi Hideyoshi (1536-1598) y Tokugawa Ieyasu (1542-1616), sucesores que retoman su misión de reunificar el país. La muestra de inteligencia y superioridad militar de Nobunaga en el campo de batalla supuso una victoria sin precedentes en la historia de Japón, marcando un antes y un después con el uso de las armas de fuego europeas.

La batalla de Nagashino, acaecida en el año 1575, está considerada como la primera contienda moderna del reino nipón. Un ejemplo histórico de estrategia y tecnología militar que demostró la superioridad táctica de Oda Nobunaga, abriéndole las puertas al control del reino de Japón.

Palabras clave: Nagashino, ashigaru, castillo, empalizada, arcabuz, caballería takeda.

Abstract: From the beginning of the sixteenth century the Japanese nation came marked by a political decentralization, where more than 250 feudal lords (*daimyō*) fight over the country. Oda Nobunaga (1534-1582) was the first to attain the supremacy over the others, thanks to series of battles that gave him the control over the region, in addition to alliances with other *daimyō*: Toyotomi Hideyoshi (1536-1598) and Tokugawa Ieyasu (1542-1616), successors who resumed his mission to reunify the country. Nobunaga's display of intelligence and military superiority on the battlefield meant an unprecedented victory in Japan's history, marking a milestone with the use of European firearms.

The Battle of Nagashino, which occurred in 1575, is considered the first modern battle of the Japanese kingdom. A historical example of strategy and military technology that proved the tactical superiority of Oda Nobunaga, leading him the way to the control of the kingdom of Japan.

Keywords: Nagashino, ashigaru, castle, palisade, arquebus, takeda cavalry.

Un país en guerra

El período Momoyama o Azuchi-Momoyama⁴⁰ (1568/1573-1600⁴¹), el cual comienza con el fin del Sengoku-Jidai (1467-1573), fue uno de los momentos más característicos en la historia del país nipón por producirse la consolidación nacional a través de una serie de conflictos bélicos⁴². La Guerra Ōnin (1467-1477) fue el punto de partida para “el período de los estados en guerra”⁴³, abarcando la mitad del siglo XV hasta los inicios del siglo XVII. Por aquel entonces, Japón se encontraba dividido en múltiples feudos en una disputa por la supremacía tras innumerables enfrentamientos entre los *daimyō*, responsables del debilitamiento del poder imperial. El desplome del shogunato Ashikaga supuso un momento de cambios políticos y sociales, principalmente en la clase guerrera y en el sistema económico. Desde el siglo XIV hasta mediados del siglo XV se sucedieron una serie de guerras endémicas, proporcionando la excusa perfecta a los guerreros de todo el país para solucionar entre ellos sus disputas y explotar aún más a la población⁴⁴.

La pregunta que se nos puede venir a la mente, en una época de guerras continuas, es: ¿Cómo se regulaban las relaciones entre los señores feudales? Las relaciones sociales quedaron reguladas por la moral, haciendo prevalecer el deber al derecho de las personas. El papel del jefe consistió en tomar una serie de decisiones según los planteamientos elaborados por un consejo encargado de asesorarle. Por otra parte, el confucianismo enseñaba el deber de la lealtad e incluía el acto de reprender a un superior, siempre y

⁴⁰ Las diversas formas por las cuales se denomina este período, posiblemente, se deba a un criterio de tipología de estudio. El primero, el período Momoyama, marca los sucesos históricos tras la marcha de Oda Nobunaga sobre Kioto para poner fin al shogunato Ashikaga. El segundo, el período Azuchi-Momoyama (*Shokuhō*), muestra los comienzos de una nueva corriente artística tras la finalización del castillo Azuchi. Ver Collcutt, Jansen y Kamakura (1990, p. 9); Stanley-Baker (2000, p. 138) y, para una información más clara sobre el tema véase Seco Sierra (2010, p. 117).

⁴¹ Muchos historiadores coinciden en el fin del período de caos y guerra con la batalla de Sekigahara del año 1600, aunque no se ponen del todo de acuerdo, pues también suelen mencionarse otras dos fechas. La primera, en 1573, con la deposición del último *shōgun* del clan Ashikaga, Yoshiaki, por parte de Oda Nobunaga; figurando esta fecha como fin del período de guerras continuas. La segunda sucede un año antes de la muerte de Tokugawa Ieyasu, en 1615, una vez instaurado su shogunato y exento de cualquier problema social, político y religioso, dando lugar a un período de paz duradero. Este dilema también supondría un problema a la hora de situar históricamente los inicios del período Edo, el cual los historiadores han establecido en el año 1603, pese a que se suele afirmar que el final de la época anterior, Momoyama, sucede en el año 1600. Así pues, nos encontraríamos ante un lapso de tres años de transición. Véase Seco Sierra (2010, pp. 117-123) y Collcutt, Jansen y Kamakura (1990, p. 9).

⁴² Algunos *daimyō* planteaban definir una unidad política nacional, a partir de un sistema político, una jefatura o bien una simple forma de asociación, consentido por todos los señores feudales de Japón. Ver Reischauer (1986, p. 74).

⁴³ Esta denominación es atribuida al Sengoku-Jidai, aunque también podemos encontrarla como “la edad de los estados en guerra”. Ver Cabañas Moreno (2013, p. 24) y Hernández Patiño (2007, p. 50).

⁴⁴ Llegó así un momento que deterioró los derechos de propiedad en los feudos y las tierras públicas durante todo el período Ashikaga. La Guerra Ōnin (1467-1477) y los sucesos bélicos venideros hicieron que el antiguo sistema diera sus últimos coletazos. Véase Reischauer (1986, pp. 69-70).

cuando este cometiese algún tipo de falta. A raíz de ello, el acto de rebelión ha de ser tenido en cuenta, el cual me parece un tema clave para la época, no sólo durante el período de guerras constantes que vivió Japón en la época Sengoku, sino también desde la división en bandos fácilmente mutables de una batalla a otra. La lealtad (*chûgi*) designa, por aquel entonces, la sinceridad de quien la emplea y, en su nombre, se llevan a cabo todas las revoluciones y cada una de las guerras civiles (Mutel, 1972, pp. 5-6).

En esta época de guerras continuas, los señores feudales competían por conquistar la capital del país ubicada en la región de Yamashiro, Kioto, sin la cual jamás podrían hacerse con el dominio supremo de Japón. Tres eran los clanes que se disputaban la supremacía del territorio nipón, una responsabilidad que recayó en los caballeros feudales más importantes, gracias a sus victorias militares: Takeda Shingen⁴⁵, Oda Nobunaga⁴⁶ y Tokugawa Ieyasu. Cada uno de ellos salía en defensa de sus propios intereses, protegiendo sus territorios o absorbiendo los ajenos (Yoshiyuki Kondo Hara, 1999, p. 143).

En 1572, Takeda Shingen decidió avanzar rumbo a Kioto para cumplir con la mayor aspiración que cualquier *daimyô* pudiese llegar a alcanzar: convertirse en *shôgun*⁴⁷. Para poder realizar tal ambición primero debía derrotar a los otros *daimyô*, y ocupar los territorios cercanos a la capital. Pero Shingen no vio sus deseos colmados, pues acabó siendo derrotado en la batalla de Mikatagahara en 1573 por Tokugawa Ieyasu (Cabañas Moreno, 2013, p. 58). Su hijo, Takeda Katsuyori, se convirtió en el nuevo señor del clan Takeda y continuó el camino para ser *shôgun*. En 1575 asedió el castillo de Nagashino, suponiendo el fin de la campaña de expansión del clan Takeda y su objetivo de convertirse en el gobernante de todo el país, perdiendo a manos de la alianza Oda-Tokugawa (López-Vera, 2016, pp. 141-142). Takeda Katsuyori terminó por huir hacia la región de Shinano, donde continuó causando problemas hasta 1581, año en el que decidió cambiar la capital Takeda de Kofu a las proximidades de Nirayama, provocando la rebelión de su pueblo y la posterior toma un año después de sus dominios por Oda Nobunaga y Tokugawa Ieyasu (Cabañas Moreno, 2013, p. 66).

⁴⁵ En japonés el apellido precede al nombre, siendo a la vez la denominación del clan.

⁴⁶ Sucesor de un feudalismo descentralizado desde el siglo XI tras expulsar al *shôgun* Yoshiaki, poniendo fin al shogunato de los Ashikaga, proclamándose dueño del país. Ver Whitney Hall (1978, p. 131).

⁴⁷ Es la forma abreviada de *Sei-i-tai-shôgun*, cuyo significado puede traducirse como “gran general que vence a los barbaros”. Corresponde al delegado militar del emperador y gobernante de facto en Japón. Su gobierno será conocido como shogunato o shogunado (*bakufu*), un mando militar japonés establecido desde finales del siglo XII hasta la Revolución Meiji (1868). Ver Lindsay Sadler (2016, pp. 421; 423).

Las guerras civiles mantenidas entre los *daimyō* concluyeron en la batalla de Sekigahara, acontecida en el año 1600, imponiéndose Tokugawa Ieyasu como *shōgun* sobre el resto de los *daimyō*, dando así fin al período Momoyama e iniciando el período Edo o shogunato Tokugawa (Lindsay Sadler, 2016, pp. 83-194 y 220). Queda constatado que los primeros señores del clan Tokugawa se valdrían del sistema de *daimyō*, otorgando la centralización y la estabilidad que necesitaba el país por aquel entonces (Reischauer, 1986, p. 77). Comenzó así una época de paz duradera tras tres siglos de convulsos enfrentamientos, en la que prevalece la regencia del clan Tokugawa responsable de tutelar el destino de todo Japón (Collcutt, Jansen y Kamakura, 1990, p. 134).

Asalto y batalla de Nagashino

Los asedios japoneses son la mejor manera de poder apreciar su principio de mentalidad militar básico: la cantidad hace la calidad⁴⁸. En la época de los Ashikaga, los gobernantes dominaban varias provincias a la vez, lo que les llevó a adoptar un nuevo sistema constructivo palaciego acorde al nuevo dominio y gobierno de sus feudos. Estas fortificaciones quedaban ubicadas en las montañas o colinas (*yamashiro* o *yamajiro*, “castillos de montaña”), las cuales contaban con gruesos muros de piedra y fosos inundados, rodeando todo el perímetro exterior. En el período de las guerras civiles de Japón, de los siglos XV al XVI, comenzaron a edificarse grandes castillos (*hirajiro*), cuyo fin fue la protección de las plantaciones de arroz, los sistemas de riego y de sus vasallos. Algunos de ellos podían tener una red muy amplia de murallas por cada nivel construido para adaptarse al terreno, junto con más fosos, algunos portales fortificados interconectados y varios torreones defensivos (Collcutt, Jansen y Kamakura (1990, pp. 126-127). El misionero jesuita y cronista portugués Luís Fróis (1532-1597) hace una magnífica descripción de los castillos de los últimos años de la época Sengoku, basándose en uno de los construidos por Oda Nobunaga entre 1576 y 1579, el castillo de Azuchi, situado sobre el lago Biwa en la provincia de Omi⁴⁹. Luís Fróis hace gala de sus características arquitectónicas, majestuosidad, poderío y riqueza⁵⁰. La fortaleza poseía

⁴⁸ En Japón la cantidad era necesaria, puesto que la calidad sólo se adquiría a través de largos años de entrenamiento. Véase Lindsay Sadler (2016, p. 102).

⁴⁹ Una edificación en la cual se gastaban enormes sumas de dinero y cuya finalidad no era más que demostrar el poder y el prestigio. Ver Cabañas Moreno (2013, p. 52).

⁵⁰ La muestra del poder de un líder no residía únicamente en la singularidad del castillo, basado en su despliegue militar y financiero, pues debía cumplir con una serie de características estéticas que le diesen un carácter más político y espiritual, como la arquitectura, la escultura, las artes industriales, la pintura y la jardinería. Véase Tazawa (*et al.*, 1981, p. 73).

unas murallas fuertes y sólidas en piedra alcanzando sesenta palmos de altura⁵¹ e incluso superándolos en varios puntos defensivos. La fortificación fue edificada en medio del pueblo y en la cima de la colina, siendo un palacio y un castillo a la vez; Luís Fróis lo equiparó con los grandes edificios europeos de aquel entonces. El castillo muestra el gusto y la elegancia de las casas japonesas, además de la belleza y magnificencia de la torre central (*tenshukaku*), con siete plantas decoradas por dentro y por fuera de colores vivos y variados. La edificación en madera no resulta evidente, pues el castillo da la sensación de haber sido construido en piedra y argamasa. Al encontrarse a gran altura, junto con su gran elevación constructiva, puede ser visto desde varias leguas de distancia (Collcutt, Jansen y Kamakura, 1990, p. 126). Al finalizar el período Sengoku, comenzaron a abandonar las antiguas fortalezas montañosas para edificar nuevos castillos en tierras llanas. A raíz de ello la estrategia militar cambió, imponiéndose un nuevo sistema de combate masivo, dejando atrás las confrontaciones individuales, aumentando la necesidad de crear ejércitos permanentes que acampasen cerca de estos nuevos castillos construidos en terreno llano (Yoshiyuki Kondo Hara, 1999, p. 148).

En Japón carecían de armas de asedio, su idea era hacer una brecha en la entrada sin necesidad de romper toda la muralla, basándose en el asalto para derribar las puertas y atacar a los arqueros posicionados en los espacios elevados. El proceso básico cuando asaltaban una fortaleza era incendiarlo todo a su paso. Su estrategia de combate puede resumirse en tres procesos. El primero era crear un cerco alrededor del castillo y esperar su rendición. El segundo no era nada más ni nada menos que el engaño⁵², la traición de un hombre o una mujer que consiguiera abrir las puertas. Y el tercero era el asalto al castillo de miles de soldados hasta su toma (García de Gabiola, 2012, pp. 10-13).

En 1575⁵³ Takeda Katsuyori decidió asediar la fortaleza de Tokugawa Ieyasu: el castillo de Nagashino. Esta fortificación, de la cual hoy en día sólo quedan ruinas⁵⁴, se encontraba situada donde los ríos Takigawa y Onogawa se unen con el tramo superior del

⁵¹ Alrededor de unos 13'5 metros, ya que un palmo equivale a 0'2286 metros.

⁵² Especial mención tienen los ninjas (*shinobi*) como ejemplo de maestros del engaño. Podían introducirse en cualquier sitio gracias a su capacidad para disfrazarse, empleando todo su conocimiento, habilidades e ingenio. Ver Gaskin y Hawkins (2014, pp. 65-67).

⁵³ Los días y el mes de la batalla no quedan bien concretados por los historiadores: Carol Gaskin y Vicen Hawkins mencionan el día 29 de junio como la fecha del asedio, pero Arthur Lindsay Sadler, por el contrario, dice que es el octavo día del quinto mes. Véase Gaskin y Hawkins (2014, p. 103) y Lindsay Sadler (2016, pp. 99).

⁵⁴ Tras derrotar Tokugawa Ieyasu a la familia Toyotomi, estableció en 1615 una nueva ley titulada: *Único castillo-residencia en un señorío*, ordenando la demolición de todos los demás edificios, como los castillos auxiliares, las fortalezas, los refugios, etc, para controlar más fácilmente al resto de *daimyō*. Ver Yoshiyuki Kondo Hara (1999, p.196).

río Toyokawa, a la vez que custodiaba el sendero que, a través de Ikawa y Totomi, va desde Kai y Shinano a Kioto⁵⁵. La razón de la ofensiva Takeda contra el castillo fue la traición de Oga Yashiro, quien estaba al servicio de Tokugawa Ieyasu como ayudante (*chugen*), logrando, gracias a su gran capacidad en los asuntos administrativos y su pericia para las finanzas, hacerse cargo de los impuestos del Tesoro Público y del gobierno local⁵⁶. Oga envió un mensaje a Katsuyori para que atacara Okazaki, lugar del que era responsable y en el cual pensó que podía gobernar mejor que Tokugawa, y a cambio él le abriría las puertas del castillo de Nagashino para que pudiera entrar. El plan agradó a Katsuyori quien emprendió la marcha hacia la fortificación, pero no llegó a cumplirse pues Oga fue delatado ante el hijo mayor de Tokugawa, Nobuyasu, castigándolo por traición. El líder del clan Takeda se enteró del suceso a mitad de camino y decidió continuar (Lindsay, 2016, pp. 98-99).

Como muchos otros sitios o batallas, antecedentes y consecuentes, un ejército invasor sitia un castillo para tratar de tomarlo en unos días, pudiendo darse en poco tiempo o agravándose a un período mucho más largo y tedioso. Como se ha mencionado anteriormente, tras el cerco, quienes quedaban aislados podían sucumbir por hambre, sed, epidemias y cansancio (Rodríguez González, 2013, p. 16), o lanzar un desesperado ataque para morir en combate y preservar su honor⁵⁷. El ejército atacante asalta el castillo una vez están desgastados y se vean incapaces de poder defenderse. En algunas ocasiones el asaltante decide abandonar el sitio para retirarse, tras un tratado o un pacto, e incluso por querer continuar la campaña en otro lugar.

La fuerza asaltante del clan Takeda estaba compuesta de 15.000 hombres, mientras que el castillo estaba defendido por 500 hombres (Gaskin y Hawkins, 2014, p. 104) a cargo del comandante Okudaira Sadamasa. El enfrentamiento se libró durante días. Sitiados y con pocas provisiones para subsistir decidieron pedir ayuda a su señor Ieyasu, quien no les había contestado, pues también había pensado pedir socorro a Nobunaga y

⁵⁵ En Julio de 1571 Tokugawa Ieyasu tomó la fortaleza de Nagashino para sí, poniendo fin a las disputas y ocupaciones llevadas a cabo tanto por los Takeda como por Tokugawa en el pasado. Véase Lindsay Sadler (2016, pp. 96-97).

⁵⁶ Fue nombrado *daikan* de Mikawa, oficial samurái que administra un distrito o comarca en nombre del *shōgun* o de un *daimyō* (Lindsay Sadler, 2016, p. 97).

⁵⁷ Mantener la reputación, el *giri*, junto con el *on* (obligación desde el punto de vista del receptor pasivo) y el *gimu* (obligación desde el punto de vista de la devolución activa), son las tres obligaciones y deberes primordiales de todo japonés, desde la edad antigua hasta la “moderna”; principalmente los de un samurái. Su estoicismo acaba llegando hasta los soldados rasos, pero siempre ha de ser vivido según la situación que a cada uno le corresponda, sin ceder ante el hambre, el sufrimiento o el dolor. Así demuestran que han cumplido con su deber, a pesar de cualquier destino, ya sea el abandono, la enfermedad o la muerte. Ver Benedict (1974, pp. 108-109; 133-137; 175).

esperaba su respuesta. Este acabó prestándoles auxilio, pensaba que de no hacerlo Tokugawa Ieyasu podría aliarse al clan Takeda. Esto sólo es una conjetura, ya que Nobunaga estuvo muy interesado en apoyar a Ieyasu⁵⁸. A raíz de aquello, Oda Nobunaga decidió aliarse con Tokugawa Ieyasu para desbaratar de una vez por todas los intentos del clan Takeda por hacerse con el poder. Nobunaga demostró una gran inteligencia y superioridad táctica, estratégica y tecnológica al utilizar los mosquetes europeos, los cuales le darían la victoria al bando aliado (Collcutt, Jansen y Kamakura, 1990, p. 132). Unos 38.000 fueron los hombres que formaron las fuerzas de ambos *daimyō*⁵⁹. La apreciable desproporción entre ambas tropas disminuye al saber que los guerreros Takeda eran temibles combatientes y contaban con un gran prestigio en el campo de batalla (Lindsay Sadler, 2016, p. 103). Sin embargo, Nobunaga lo tuvo muy presente, ya que escogió a 3.000 hombres que formaban parte de los 10.000 de su cuerpo de arcabuceros (*teppō-shu*) (Gaskin y Hawkins, 2014, p. 104), formados en filas cerradas para mantener un fuego continuo⁶⁰. El uso de las armas de fuego impuso un nuevo tipo de construcción de castillos, dejando atrás la concepción antigua de construir muchos y pequeños en las cumbres de las montañas. Comienzan a edificarse grandes fortalezas, con círculos concéntricos de muros de piedra sobre bases de tierra y cercados por anchos fosos, volviéndose inmunes a las armas de fuego (Reischauer, 1986, pp. 74-75).

El conflicto tuvo que dividirse en dos enfrentamientos: repeler a la caballería Takeda y liberar el castillo antes de que cayese. El suceso tuvo lugar en Shidaragahara, un terreno difícil de sortear y poder moverse tanto para personas como para caballos, que se extendía desde las laderas del monte Gambo hasta el río Toyokawa. Takeda Katsuyori desplegó sus fuerzas en cinco grupos de 3.000 hombres: tres de ellos ocuparon los flancos derecho, central e izquierdo; la cuarta tropa quedó en la reserva; y el último y quinto grupo se encargó de las casamatas levantas alrededor del castillo. Oda Nobunaga dispuso a su ejército tras una empalizada que estaba frente a un arroyo que desembocaba en el río, distribuyendo a sus hombres entre cuarenta o sesenta yardas (Lindsay Sadler, 2016, p.

⁵⁸ Esta posibilidad aparece recogida en el *Mikawa Go-Fudoki*, un texto de unos 45 volúmenes que describen la ascendencia del clan Tokugawa y la vida de Ieyasu hasta Sekigahara (1600), atribuido a Hiraiwa Chikayoshi y Hosoi Ujinori. Véase Lindsay Sadler (2016, pp. 100; 422).

⁵⁹ Situándose alrededor de 40.000 soldados para socorrer el castillo. Ver López-Vera (2016, p. 141).

⁶⁰ La orden de abrir fuego contra los atacantes no se daría hasta que estos estuviesen a una distancia de unos cincuenta metros, espacio necesario para que el disparo del arcabuz alcanzase su objetivo. Ver López-Vera (2016, p. 142).

103) para hacer frente a un posible ataque⁶¹. Por otra parte, a la izquierda de la empalizada, colocó a un contingente para provocar el ataque enemigo, mientras que desplegaba a trescientos arcabuceros por la derecha para atacar el flanco. Sakai Tadatsugu, comandante del clan Oda, recomendó a Nobunaga que realizara un ataque por la retaguardia, el cual aprobó la idea y le hizo partir con unos 3.000 hombres, que contaron con la protección de una tormenta, gracias a la cual pudieron rodear al enemigo y dividir sus fuerzas (Lindsay Sadler, 2016, p. 104), asestando un duro golpe al ejército invasor⁶².

Las tropas de los flancos derecho e izquierdo del clan Takeda iniciaron su ataque sobre los regimientos aliados, siendo repelidos por el fuego de los arcabuces y la gran pendiente, áspera y arenosa, a orillas del río. Les obligaron a pelear cuerpo a cuerpo sin poder avanzar o retroceder. Takeda Katsuyori, al mando del cuerpo central, atacó obteniendo otra retirada debido a la lluvia de balas surgida desde las empalizadas del enemigo. Después de perder a sus unidades a manos de las argucias y provocaciones de los oponentes, Katsuyori envió a los hombres que aún le quedaban ordenando un ataque general. Sus esfuerzos quedaban siempre en vano, la descarga de fuego del enemigo y su defensa tras las empalizadas impidió en todo momento su avance. Tras este último intento de Takeda Katsuyori, Oda Nobunaga y Tokugawa Ieyasu vieron el momento perfecto para atacar. Los hombres de Oda salieron de las empalizadas, mientras que las tropas de Tokugawa rodeaban al enemigo, quien sólo tuvo dos opciones: luchar hasta la muerte o rendirse y huir. Esta última fue la más escogida por aquellos supervivientes de la contienda, emprendiendo de nuevo el viaje de vuelta a casa alrededor de unos 3.000 hombres⁶³.

En cuanto al segundo enfrentamiento, cesó gracias a la derrota de la caballería Takeda y la carga desde el castillo contra las fuerzas que aún lo asediaban. Okudaira Sadamasa salió de Nagashino en cuanto vio la oportunidad, eliminando, desmoralizando y consiguiendo levantar el asedio⁶⁴.

⁶¹ Cabe añadir cómo Oda Nobunaga hizo rodear de soldados armados con lanzas las empalizadas, protegiendo a sus arcabuceros de la caballería que lograba sobrepasar la lluvia de disparos. Véase López-Vera (2016, p. 141).

⁶² Sakai Tadatsugu no sólo consiguió introducirse en el campamento del clan Takeda, sino que además logró dar muerte a Takeda Nobuzane, tío de Katsuyori y el más importante de sus comandantes. Este sería el motivo por el cual Takeda Katsuyori atacó sin una planificación previa. Ver Hernández Patiño (2007, p. 53).

⁶³ Las bajas sufridas por cada uno de los bandos son totalmente desproporcionadas: el clan Takeda perdió aproximadamente unos 10.000 hombres, y el bando aliado de Oda-Tokugawa sólo sufrió 6.000 bajas. Véase Lindsay Sadler (2016, pp. 104-105).

⁶⁴ Fue uno de los combatientes más elogiados y premiados por Oda Nobunaga y Tokugawa Ieyasu. Ver Lindsay Sadler (2016, pp. 105-106).

El uso de las armas de fuego tuvo éxito, al igual que el sistema de relevos por cada disparo planteado por Oda Nobunaga. Fueron decisivas a la hora de conseguir una victoria sin precedentes, marcando un punto de inflexión de cara al entendimiento y planteamiento, hasta el momento, de la estrategia militar japonesa (López-Vera, 2016, p. 142). La victoria en Nagashino representa el triunfo de las armas de fuego y la brillantez estratégica de Nobunaga ante unas tácticas basadas en ataques directos y masivos, un sistema de combate que comenzaba poco a poco a ser parte del pasado histórico de Japón⁶⁵.

Los nuevos señores del campo de batalla

La primera vez que comenzó a utilizarse a los campesinos como fuerza armada para aumentar las filas de los ejércitos fue en la Guerra Ōnin (1467-1477). Nunca habían recibido ningún entrenamiento para el combate individual, carecían de las nociones para el manejo de las armas, por lo que los comandantes decidieron entrenarles como un grupo de soldados de infantería (*ashigaru*⁶⁶). Les instruyeron para atacar y protegerse mutuamente dentro de una formación, enseñándoles a utilizar los arcos y las lanzas. Añadir a los campesinos al combate fue un concepto revolucionario por aquel entonces, ya que la aparición de las nuevas tácticas de formación para grupos masivos cambió el concepto de la guerra e indirectamente el rol de los samuráis⁶⁷. Ahora la caballería samurái tenía el carácter minoritario que anteriormente poseía la infantería. Los soldados de a pie armados con lanzas constataban la principal fuerza de combate, dejando a los cientos de jinetes en un segundo plano, únicamente siendo los líderes del ataque, ensombrecidos por los millares de lanceros que componían los ejércitos (Reischauer, 1986, p. 70).

Los *ashigaru* tenían múltiples ventajas en comparación con los samuráis, pues eran eficaces, baratos y fáciles de equipar. Antiguamente sólo podían permitirse el equipamiento las personas adineradas, pero a partir de entonces cualquier campesino robusto conseguía ser un lancero (Reischauer, 1986, pp. 70-71), siempre y cuando

⁶⁵ Para una información más completa sobre la batalla de Nagashino ver Turnbull (2000).

⁶⁶ “Soldado de a pie” o “pies ligeros”. Ver Hernández Patiño (2007, pp. 51 y 241).

⁶⁷ El arco tradicional de los guerreros a caballo fue sustituido por una lanza con la hoja recta (*yari*) para hacer frente a la infantería. No sólo para los samuráis cambió el concepto de combate, también para la propia historia de la guerra en Japón al encontrarnos con las primeras cargas de caballería. Véase Cabañas Moreno (2013, pp. 24-25).

necesitara el *daimyō* un aporte de soldados de infantería a su ejército⁶⁸. El poder reunir un gran número de *ashigaru* únicamente estaba al alcance de los *daimyō* más poderosos⁶⁹ o que pudiesen financiar un gasto tan elevado (Cabañas Moreno, 2013, p. 25). El momento en el cual comprendieron la eficacia de estos soldados de infantería en el campo de batalla invirtieron cada vez más en ellos⁷⁰. La guerra quedaba relegada a la acción de grandes facciones de infantería movilizadas de forma coordinada y sistematizada, siendo dirigidos por un general situado en un espacio elevado cercano, en lugar de las acciones valerosas de guerreros “solitarios” montados a caballo descendientes de una larga saga familiar admirada por su apellido (López-Vera, 2016, p. 114).

Surgía entonces una reforma en la estructura militar proveniente de la pericia en el combate. El sistema tradicional bélico, cuerpo a cuerpo, que sustentaba dichas bases de honor del militar, acabó convirtiéndose en un combate a distancia. El enfrentamiento en Nagashino ayuda a observar dicho cambio (Yoshiyuki Kondo Hara, 1999, p. 165). La llegada de las armas de fuego benefició en gran medida a la infantería japonesa. Acabó por reforzar aún más la idea de ser una fuerza de combate dominante en el ejército. Los *ashigaru* no necesitaban estar tan preparados como los samuráis, requerían un entrenamiento mucho menor y en un período de tiempo más corto. El arcabuz podía ser manejado sin necesidad de un largo entrenamiento para poder acertar en el blanco, algo que no podía decirse del manejo del arco.

La llegada del arcabuz: ¿El fin de una era?

La presencia de las armas de fuego en Japón podría considerarse una mera acción propiciada por el destino. Llegaron en 1543⁷¹ de la mano del portugués Fernão Méndes Pinto tras verse sorprendido por una tormenta cuando volvía desde la colonia de Macao rumbo a Portugal, viéndose obligado a refugiarse en un puerto de Kyushu, en la isla de Tanegashima (Reischauer, 1986, p. 74). Los portugueses fueron llevados ante el *daimyō* local, Tanegashima Toritaka, quien quedó muy impresionado ante los arcabuces que

⁶⁸ Obtener un ejército mayor era de extrema necesidad para los líderes regionales de cara a los conflictos nacionales que estaban sucediéndose, por lo que cualquier campesino eran bien recibido. Ver López-Vera (2016, p. 113).

⁶⁹ Tal era el caso de los *daimyō* responsables del proceso de unificación de Japón: Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu. Ver Hane (2011, pp. 69-71).

⁷⁰ Ejemplo de ello son sus lanzas, las cuales pasaron de 1'5 m de largo a 5'5 m. Cabe destacar excepcionalmente las unidades de Oda Nobunaga, quienes contaron con lanzas de hasta 8'2 m de largo. Ver García De Gabiola (2012, pp. 12-13).

⁷¹ Introduciendo las armas de fuego, la pólvora y los métodos para su fabricación militar. Ver Yoshiyuki Kondo Hara (1999, pp. 155-156).

llevaban (Hernández Patiño, 2007, p. 39). Los japoneses no desconocían la pólvora ni varias armas de fuego, de las que supieron a través de los chinos (Reyes Manzano, 2009, p. 44), básicamente utilizadas para el asedio, pero nada semejante a aquellas nuevas armas tan ligeras. Según el escritor e historiador español Luis Palacios Bañuelos y el historiador Raúl Ramírez Ruiz en su obra *China: historia, pensamiento, arte y cultura*, la pólvora había sido descubierta en China durante la dinastía Tang (618-907), de manos del alquimista taoísta Sun Simiao. El verdadero impulso llegaría a través de la dinastía Song (960-1279) aportando una enorme vitalidad económica y cultura a China. Ellos serían quienes inventarían la pólvora, uno de los avances que darían resultado a una creciente urbanización y a la aparición de los comerciantes, la nueva clase social china⁷². Desde su descubrimiento entre los siglos VII y VIII su desarrollo se vio potenciado, principalmente para la guerra durante el siglo XIII. En el arte militar empieza a evolucionar desde un material para el campo de la pirotecnia hasta su conversión en un auténtico explosivo (Blunden y Elvin, 1989, pp. 122-198).

A partir del año 1547, coincidiendo con la llegada de otro grupo portugués a Sakai⁷³, los japoneses ya habían conseguido reproducir el modelo de arcabuz y además introdujeron una serie de mejoras. Consiguieron reducir su peso, ampliar la longitud del cañón y aumentar la calidad de su estructura metálica, obteniendo así una mayor distancia de disparo y una precisión de tiro más apurada, tras la mejora de las alzas. Otro de sus logros fue acortar las mechas y su facilidad para el transporte, pues su reducido tamaño hizo que se pudiesen resguardar de la humedad en pequeñas cajas de madera lacada, e incluso lograron hacer posible el disparo bajo condiciones climáticas adversas, tales como la lluvia, gracias a la impermeabilidad que aportaba un revestimiento de cera a la mecha. Todos estos avances supusieron una mayor efectividad a la hora de eliminar al enemigo al reducir el tiempo de recarga⁷⁴.

Los japoneses comenzaron así con una exitosa tradición de imitación tecnológica tras estudiar, mejorar y reproducir las armas de fuego portuguesas. Estos arcabuces, a los que

⁷² Zeng Goliang escribió el libro *Esbozo de la Ciencia Militar*, describiendo de forma muy detallada los nombres, fórmulas y usos aplicados para la pólvora. Las armas descritas son pequeños cañones, cohetes autopropulsados y granadas con púas o clavos. Véase Palacios Bañuelos y Ramírez Ruiz (2011, pp. 134; 142).

⁷³ La ciudad de Sakai, en la antigua provincia de Settsu, próxima a la capital, destacó enormemente por su actividad comercial, especialmente en relación a China y a Corea. Ver Yoshiyuki Kondo Hara (1999, p. 156).

⁷⁴ Junto a Sakai, la ciudad de Sakamoto, en la antigua provincia de Hizen, se ubicaban las fábricas de armas más importantes de todo Japón durante la segunda mitad del siglo XVI. Véase Hernández Patiño (2007, pp. 39-40).

denominaron *Tanegashima* o *teppô*⁷⁵, por el puerto a través del cual habían llegado, generaron un cierto rechazo inicial entre los samuráis, quienes consideraban su uso impropio al no permitir mostrar el valor de los contendientes. Por otra parte, no era necesaria mucha habilidad para poder utilizarlos, e incluso ponían en entredicho a los samuráis, pues, como anteriormente he mencionado, el dominio y manejo de la espada y el arco dependía de toda una vida, mientras que el arcabuz podía ser dominado en cuestión de días (Gaskin y Hawkins, 2014, pp. 3-10). Esto hacía que los guerreros se sintiesen humillados y degradados, ahora cualquiera podía entrar en combate y alcanzar la gloria que otorgaba una victoria. Dejando esta discordia generada a un lado, el pragmatismo volvió a imponerse gracias a Oda Nobunaga, quien nombró a los samuráis jefes de sección para instruir a las nuevas fuerzas militares. Les hizo adaptarse y entender la utilidad de este nuevo armamento sin considerase inferiores o menospreciados⁷⁶.

Poco a poco fue extendiéndose su uso, primero como un arma auxiliar y, finalmente, como un arma decisiva en la batalla por todo el país⁷⁷. Su potencia y alcance le otorgaban gran notoriedad. La técnica del arcabuz o *hōjutsu* daba más importancia a la puntería y la técnica de tiro, pasando por alto, en cierto modo, el uso combativo y la mejora de la calidad del metal. A pesar de ello, no eran los utensilios, métodos o instrumentos utilizados para el combate lo que realmente hicieron destacar este tipo de armamento, sino la calidad y la precisión de sus tiradores (Pita Céspedes, 2014, p. 221).

Después del período de pacificación no parecía que hubiese necesidad de continuar usando armas de fuego, pues estas habían hecho prescindir de las nociones de honor en favor de una mayor eficacia combativa (Delay, 2000, p. 77). Tokugawa Ieyasu, tras haber cumplido el objetivo de unificar el país, las califica de poco heroicas⁷⁸ y un medio de corrupción occidental⁷⁹, siendo esta la manera de separar la actividad religiosa de la

⁷⁵ “Cañón de acero”. Ver Reyes Manzano (2009, p. 45).

⁷⁶ Al hacer a los samuráis jefes de sección no tenían que portar los arcabuces, sólo enseñar y comandar a los arcabuceros. Ver Hernández Patiño (2007, pp. 40-41).

⁷⁷ El arcabuz llegó a ser una herramienta militar más que ayudaba a obtener la victoria, más si cabe en momentos de guerra constante y continua. Véase López-Vera (2016, pp. 119-121).

⁷⁸ La aportación europea de las armas de fuego, junto con el cristianismo y el comercio en general, impedían la plena consolidación del sistema Tokugawa. El desequilibrio económico afectaba a los unificadores japoneses, incapacitándoles para ejercer un control sobre el comercio exterior e impidiéndoles institucionalizar las armas. Tokugawa Ieyasu estableció una política de puertas cerradas (*sakoku*) en base a los problemas de estabilidad interna, intentando establecer un control del comercio exterior, llevándole a imponer prohibiciones y edictos de restricción y expulsión. Véase Junqueras i Vies, Madrid i Morales, Martínez Taberner y Pitarch Fernández (2012, pp. 195-197).

⁷⁹ Tokugawa Ieyasu es un fiel seguidor de “el camino del guerrero” o “la vía del guerrero” (*bushidō*) alentando la práctica de sus virtudes, tales como la lealtad, el respeto filial, la justicia, el valor y el honor, junto con su destacada diligencia y economía. Ver Gómez Carrillo (2010, p. 229).

comercial⁸⁰. Gracias a ello evita la intromisión europea intensiva en el reino de Japón, preservando las tradiciones, no sin aprovechar los nuevos medios y recursos provenientes de “los bárbaros del sur” (*nanban*)⁸¹.

Los jinetes del este: la caballería takeda

Hasta su destrucción en la batalla de Nagashino (1575), a manos del *daimyō* Oda Nobunaga, los jinetes del clan Takeda fueron los más temidos y respetados de todo Japón gracias a sus monturas (Hernández Patiño, 2007, p. 50). La crianza de los caballos era característica de las regiones de la provincia de Kai y las llanuras de Kanto. Los caballos Takeda eran pequeños, pero su tamaño no era un problema, pues su fuerza y resistencia hacían de sus reducidas dimensiones un punto a su favor. Su entrenamiento intensivo combinado entre bestia y hombre, el conocimiento de los comandantes sobre su potencial y limitación en combate, además de la garantía de poder sustentarse con suficientes recursos económicos (García de Gabiola, 2012, p. 11), fueron los elementos que explican el gran éxito de la caballería Takeda⁸².

El adiestramiento de los jinetes Takeda consistió en el arte japonés del *bajutsu*, una serie de clases de equitación con y sin armadura, saltando obstáculos, dando largo paseos, cruzando ríos, colinas y montañas. El adiestramiento incluyó el uso de diferentes tipos de armas a caballo, desde arcos hasta diversos sables y lanzas⁸³. Para poder combatir a caballo el samurái colocaba las riendas de manera segura a una anilla de su armadura, así podía tener las manos libres y librar sus batallas, indicando la dirección al animal sólo con el movimiento de sus piernas o la distribución de su cuerpo a un lado u otro. En combate, el caballo iba protegido con una armadura de cuero y placas de metal⁸⁴.

⁸⁰ Un hecho que llega a coincidir con uno de los diversos momentos históricos de Japón ante la prohibición del cristianismo, en 1613. Ver Yoshiyuki Kondo Hara (1999, pp. 218-219).

⁸¹ En un principio este término era utilizado por los chinos para referirse a las poblaciones extranjeras del sur, a las cuales considerarían como bárbaras. Los japoneses adoptaron esta palabra designando no sólo a las poblaciones del sur de China, también lo utilizaron con los portugueses y españoles llegados en barco desde Macao y Filipinas. Véase Menegazzo (2007, pp. 141-142).

⁸² La caballería Takeda solía denominarse *Takeda kibatai*, y sus logros como fuerza militar se remontan a las Guerras Genpei (1180-1185), obteniendo ya por entonces su afamada reputación. Ver Solum (2016, p. 105).

⁸³ La lanza fue el arma principal de los jinetes desde el siglo XVI, como consecuencia del aumento de arqueros en la infantería. Los ejemplos que podemos encontrar son de 2 y 2'5 metros de longitud, variando según los clanes y siendo más cortas que las llevadas por la infantería, denominadas lanza de caballería (*bajō yari*) o lanza de perro (*inu yari*). Solum (2016, pp. 106-107).

⁸⁴ El *bajutsu* acabaría siendo menos utilizado para la guerra alrededor del año 1600, con el aumento de la utilización de las armas de fuego. Ver Bergamino y Palitta (2017, p. 126).

La técnica militar en los tiempos de Oda Nobugana cambió fundamentalmente. Desde la lucha individual cuerpo a cuerpo se pasó al combate masivo a caballo, momento de esplendor para el clan Takeda, pero con la introducción y difusión de las armas de fuego emergió una nueva estrategia militar basada en la lucha masiva con artillería (Yoshiyuki Kondo Hara, 1999, p. 165).

A pesar de toda su excelente preparación y de una carrera militar encomiable, acabaron siendo derrotados en la batalla de Nagashino. La lucha, que en un principio Takeda Katsuyori consideró su esperado triunfo militar y superación ante la figura de su padre, estuvo perdida cuando cargó frontalmente, viéndose incapaz de superar las líneas de arcabuceros que Oda Nobunaga colocó detrás de las empalizadas de madera (Yunqueras y Vies, Madrid i Morales, Martínez Taberner y Pitarch Fernández, 2012, p. 184). Es paradójico saber que quien influyó la derrota de este célebre clan, tan poderoso como temido, fuese precisamente un grupo de hombres del campo armados con un simple arcabuz y exentos de cualquier honor en combate (Yoshiyuki Kondo Hara, 1999, p. 165). Los *ashigaru* habían sido preparados para disparar sus arcabuces en una serie de andanadas controladas, desbaratando por completo la acción en combate de la caballería (Cabañas Moreno, 2013, p. 25). Pero el fin del clan Takeda no llegó hasta 1582⁸⁵, año en que Oda Nobunaga, tras la ayuda recibida por Tokugawa Ieyasu en las campañas militares contra los Takeda, mandaría a sus ejércitos a la zona oriental. Derrotó al clan de los Takeda, señores de las provincias de Shinano, Kozuke, Suruga y Kai, cediendo a Ieyasu, como favor compensatorio, las provincias de Suruga, Kai y una parte de Shinano, que le convertirían en un gran señor feudal (*dai-daimyô*) (Yoshiyuki Kondo Hara, 1999, p. 163).

Conclusión

La época de beligerancia japonesa llegó tras la incapacidad para mantener el orden social por parte del shogunato de los Ashikaga, si bien es cierto que no se les puede achacar toda la culpa. Por otro lado, las ansias de poder de los señores feudales, su autodefensa y los abusos hacia la clase social vigente habían hecho mella en el país. No es de extrañar que tan pronto como el shogunato comenzó a desmoronarse impusieran un espíritu de independencia. A través de una serie de luchas y anexiones mutuas, surgió así

⁸⁵ Takeda Katsuyori acabaría siendo derrotado por Oda Nobunaga en la batalla de Torii-bata, quedándole únicamente el suicidio ritual samurái (*seppuku*) como salida para recobrar su honor perdido y evitar la denigración por parte de sus enemigos al ser capturado. Véase Hernández Patiño (2007, p. 55).

un sentimiento de federación para estrechar los lazos de solidaridad local, el único medio de supervivencia en la época Sengoku.

La batalla de Nagashino ha sido considerada como la victoria más célebre de Oda Nobunaga, demostrando su inteligencia y perspicacia al emplear las armas de fuego de forma masificada. Nobunaga, bastante inferior en número al ejército del clan Takeda, decidió atrincherar a sus arcabuceros tras empalizadas de madera ante el ataque por sorpresa del enemigo, que lanzó ferozmente una carga tras otra sobre sus tropas. Pero la experiencia de Nobunaga en el uso de las armas de fuego de forma organizada, quien desarrollo la táctica de disparo continuo mediante rotación de filas de arcabuceros cobijados tras las empalizadas de madera, le permitió masacrar a la caballería de Takeda sin tener apenas bajas, demostrando lo imprescindible y necesario que era su uso para obtener la victoria. Esta batalla cambió la concepción japonesa sobre la guerra, demostrando la superioridad de las armas de fuego sobre la elitista caballería samurái, y marcando con ello un antes y un después para la historia de Japón.

Como hemos podido comprobar las armas de fuego supusieron el fin de la era de los castillos en Europa, pero no en Japón, pues contribuyeron enormemente a su desarrollo y mejora constructiva. Además, los *ashigaru* prosperaron y tuvieron un papel más importante en el campo de batalla, pues eran más baratos sus servicios y equipamiento que los de un samurái. Las armas de fuego tuvieron especial importancia para lograr los objetivos de Oda Nobunaga, además de ser la razón básica que le llevó a mantener buenas relaciones con los occidentales, en especial con los jesuitas, a los cuales se les permitiría practicar el cristianismo a cambio de poder tener un comercio armamentístico directo y preferente. Tan decisiva sería la introducción de la artillería importada de Occidente en la estrategia militar, conllevando nuevas formas de técnica para hacer la guerra, siendo a la vez, y junto con el cristianismo, una de las causas del aislacionismo japonés.

Por último, el clan Takeda vio el principio de su decadencia militar con la batalla de Nagashino. Una mera percepción de superioridad militar por parte de Takeda Katsuyori le hizo perder la baza que les había dado tan grandes y numerosas victorias en el pasado: la caballería Takeda.

Bibliografía

Bibliografía básica

- COLLCUTT, M., JANSEN, M. y KAMAKURA, I. (1990): *Japón: el imperio del sol naciente*, Barcelona, Folio.
- DELAY, N. (2000): *Japón: la tradición de la belleza*, Barcelona, Ediciones B.
- GÓMEZ CARRILLO, E. (2010): *El Japón heroico y galante*, Madrid, Renacimiento.
- HANE, M. (2011): *Breve historia de Japón*, Madrid: Alianza.
- JUNQUERAS I VIES, O.; MADRID I MORALES, D.; MARTÍNEZ TABERNER, G.; y PITARCH FERNÁNDEZ, P. (2012): *Historia de Japón: economía, política y sociedad*, Barcelona, UOC.

Bibliografía específica

- BENEDICT, R. (1974): *El crisantemo y la espada*, Madrid, Alianza.
- BERGAMINO, G. y PALITTA, G. (2017): *Caballos en la guerra*, Madrid, Tikal.
- CABAÑAS MORENO, P. (2013): *Héroes de la gran pacificación*, Gijón, Satori.
- GARCÍA DE GABIOLA, J., (2012): «Los ejércitos japoneses de la era Sengoku (1467-1600)», en *Desperta Ferro: Historia Moderna*, 5, págs. 10-15.
- GASKIN, C. y HAWKINS, V. (2014): *Breve historia de los samuráis*, Madrid, Nowtilus.
- HERNÁNDEZ PATIÑO, S. (2007): *Japón: El país de la espada y la flor*, Madrid, Entrelíneas Editores.
- LINDSAY SADLER, A. (2016): *Shogun: La vida de Tokugawa Ieyasu*, Gijón, Satori.
- LÓPEZ-VERA, J. (2016): *Historia de los samuráis*, Gijón, Satori.
- MENEGAZZO, R. (2007): *Los diccionarios de las civilizaciones: Japón*, Milán, Electa.
- MUTEL, J. (1972): *Japón: El fin del shogunato y el Japón Meiji (1853/1912)*, Barcelona, Vicens Vives.
- PALACIOS BAÑUELOS, L. y RAMÍREZ RUIZ, R. (2011): *China: historia, pensamiento, arte y cultura*, Córdoba, Almuzara.
- PITA CÉSPEDES, G. (2014): *Genealogía y transformación de la cultura bushi en Japón*, Barcelona, Bellaterra.
- REISCHAUER, E. O. (1986): *El Japón: Historia de una nación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- REYES MANZANO, A. (2009): «La introducción de las armas de fuego en Japón», en *Brocar*, 33, pág. 43-66.

- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. (2013): «Feudalismo en las Antípodas: Comparación entre un caballero medieval europeo y un guerrero samurái», en *Kokoro: Revista para la difusión de la cultura japonesa*, 13, págs. 2-23.
- SECO SIERRA, I. (2010): *Historia breve de Japón*, Madrid, Sílex.
- SOLUM, Terje. (2016): *La saga de los samuráis: Los Takeda de Kai 4 (1549-1558). Shingen en guerra*, Madrid: Desperta Ferro.
- STANLEY-BAKER, Joan. (2000): *Arte japonés*, Barcelona: Destino.
- TAZAWA, Yutaka [et al.]. (1981): *Historia cultural de Japón: una perspectiva*, Tokio: Ministerio de Relaciones Exteriores.
- TURNBULL, Stephen. (2000): *Nagashino 1575: Slaughter at the Barricades*, Oxford: Osprey Publishing.
- WHITNEY HALL, John. (1978): *El imperio japonés*, Madrid: Siglo XXI.
- YOSHIYUKI KONDO HARA, Agustín. (1999): *Japón, evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)*, San Sebastián: NEREA.

**"ARQUEOLOGÍA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-39). LA
FORTIFICACIÓN DE MONTE BERNORIO Y SU IMPRONTA EN LA TIERRA
(PALENCIA)"**

**"ARCHAEOLOGY OF THE SPANISH CIVIL WAR (1936-39).
THE FORTIFICATION OF MONTE BERNORIO AND ITS TRACE ON
EARTH (PALENCIA)"**

Alicia Hernández-Tórtoles

Instituto Monte Bernorio de Estudios de la Antigüedad del Cantábrico
Universidad Complutense de Madrid

Israel Jacobo Alcón García

Instituto Monte Bernorio de Estudios de la Antigüedad del Cantábrico
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El yacimiento de Monte Bernorio (Palencia) se caracteriza por su estratégica situación geográfica y por haber sido un emplazamiento militar en dos momentos diferentes de la Historia, distanciados por dos mil años. Primero, en el siglo I a. C. durante la Edad de Hierro, este *oppidum* tuvo un papel fundamental en las campañas militares del Emperador Cesar Augusto en las "Guerras Cántabras". Segundo, este enclave volvió a ser relevante en las operaciones militares que los bandos "Republicano" y "Nacional" sostuvieron por el control de la zona durante la Guerra Civil española en su 1ª fase (1936-37) con el "Frente Norte". Se presentan los resultados obtenidos en base a la investigación del contexto histórico y documental sobre este periodo, así como el estudio e interpretación del registro material arqueológico.

Palabras Clave: Arqueología contemporánea, Monte Bernorio, campo de batalla, Guerra Civil, Frente Norte.

Abstract: The site of Monte Bernorio (Palencia) is characterized by its strategic geographical situation. Also for has been a military site in two different moments of History, distanced by two thousand years. First, in the 1st century BC during the Iron Age, this *oppidum* played a fundamental role in the military campaigns of the Emperor Cesar Augustus in the "Cantabrian Wars". Secondly, this enclave returned to be relevant in the military operations that the "Republican" and "National" sides maintained for the control of the zone during the Spanish Civil War in its 1st phase (1936-37) with the "Northern Front". The results obtained are presented based on the historical and documentary research on this period, as well as the study and interpretation of the archaeological material record.

Key Words: Contemporary Archaeology, Monte Bernorio, battlefield, Spanish Civil War, *Frente Norte*.

Introducción

En la actualidad la Historia y la Arqueología de la Edad Contemporánea están en boga más que nunca, realizándose publicaciones, conferencias, seminarios y congresos en una progresión aritmética. Cada vez son más los especialistas que estudian, investigan y escriben sobre la Edad Contemporánea, no sólo de temas mundiales, sino también de temas y lugares concretos, como bien puede ser la Guerra Civil Española.

Bajo un punto de vista con un marcado factor social, queremos analizar el escenario de la batalla que tuvo lugar en la región palentina cercana al emplazamiento del Monte Bernorio y, por ende, las regiones y poblaciones colindantes. Los estudios arqueológicos sobre la Guerra Civil Española que se han realizado hasta el momento giran en torno a este contexto socio-cultural, estando vinculados no sólo al Patrimonio Cultural, sino también a la gestión de la Memoria Histórica del conflicto, centrado fundamentalmente entre los años 1936 y 1937. Muchos de los vestigios y elementos relacionados con la Guerra Civil Española que han llegado hasta nuestros días y, en concreto los de tipo arquitectónico, se han ido deteriorando como consecuencia del paso del tiempo y por la mala gestión a la que se han visto relegados durante largas décadas. Este papel secundario es causa directa de connotaciones políticas, ya que supone un evidente conflicto abierto con el pasado, pero también por no considerarse elementos y/o yacimientos arqueológicos hasta mediados de la primera década del presente siglo.

Actualmente contamos con pocos estudios avanzados en el campo de la Arqueología y de la Divulgación del Patrimonio Cultural por numerosos motivos⁸⁶, si bien en este seno son cada vez más las disciplinas y especialidades que se están aventurando a investigar, preservar y conservar el registro material e inmaterial de esta fase y período histórico. Este es uno de los motivos por los cuales creemos necesario el estudio de los materiales arqueológicos y estructuras que se conservan, en el marco de las investigaciones del yacimiento del Monte Bernorio⁸⁷, y darlo a conocer.

⁸⁶ Se ha recurrido a una selección bibliográfica que recomendamos su lectura para mayor ampliación de la información. Mencionamos (ver en bibliografía): Muñoz Cosme (2009), González Ruibal (2008), Penedo Cobo et al (2008), González Ruibal (2007), Pérez-Juez et al. (2003).

⁸⁷ Este artículo es el resultado del trabajo de prospección, documentación, excavación y estudio de los materiales de la fase Protohistórica y de época Contemporánea del yacimiento de Monte Bernorio por parte de los autores; Alicia Hernández Tórtoles & Israel J. Alcón García. Se ha realizado en el ámbito y conjunto de la Asociación IMBEAC (<http://www.imbeac.com/>) en el Laboratorio de Prehistoria (Dpto. Prehistoria), bajo la dirección del Dr. Jesús F. Torres-Martínez (Kechu) (UCM) y del arqueólogo Antxoka Martínez Velasco (Sociedad de Ciencias Aranzadi), con la colaboración externa del arqueólogo Santiago D. Domínguez Solera (ARES Arqueología y patrimonio Cultural).

No obstante, durante los últimos años cada vez hay más documentación en lo que al estudio y análisis de este período se refiere, también (incluso a veces con mayor repercusión) fuera del ámbito académico de las Universidades y de sus centros de investigación, Museos u otras instituciones. Este movimiento tiene un gran impulso gracias a las Asociaciones y a determinadas administraciones, con trabajos y resultados del todo notables. De este modo, por nuestra parte, queremos aportar información estrictamente arqueológica a dicho período que, debido a lo reciente de los acontecimientos y al propio devenir de los acontecimientos históricos, económicos y sobre todo políticos de nuestro país, todavía sigue habiendo gran mutismo y recelo cultural, ideológico y genérico en determinados ámbitos y en determinados aspectos.

A continuación, se presentan, con el fin de enriquecer la Memoria Histórica de esta etapa a partir del Patrimonio Arqueológico, Histórico y Cultural de esta región palentina, una síntesis de los avances realizados en Arqueología de la Guerra Civil Española en uno de los yacimientos de la Edad del Hierro más importantes del Norte de la Península Ibérica. Lo que tuvo un papel fundamental de tipo militar en las campañas de conquista que el Emperador Augusto dirigió en la región geográfica de Cantabria hace más de 2.000 años, no es de extrañar que durante el conflicto de la Guerra Civil Española volviese a servir como escenario, esta vez en las operaciones militares que los bandos “Republicano” y “Nacional” sostuvieron por el control de esta estratégica zona, siendo el Monte Bernorio una de las posiciones fundamentales en el área del denominado “Frente Norte”.

Ubicación y emplazamiento

Monte Bernorio y su entorno

El yacimiento de Monte Bernorio se localiza en la zona oriental de la Montaña Palentina, en la población de Villarén de Valdivia (Ayto. de Pomar de Valdivia), al noroeste de la Comunidad de Palencia. Se sitúa en la parte superior de formación montañosa en forma de colina amesetada en cuya cima caliza alcanza su punto más alto en los 1.173 m. (s. n. m.) de altitud. Esta formación permite entender el sistema de aterrazamiento que conforma su estructura, y que dará lugar al yacimiento tanto en época prehistórica como durante la Guerra Civil española. En esta plataforma plana y de tendencia ovalada se sitúa el núcleo de Monte Bernorio, cuya superficie se estima en unas 28 Ha. (unos 700 m. de largo por 400 m. de ancho) (Torres-Martínez *et al.*, 2011a). Se

conforma como una elevación del terreno natural, cuya superficie es la que se habita y fortifica (Fig. 1).

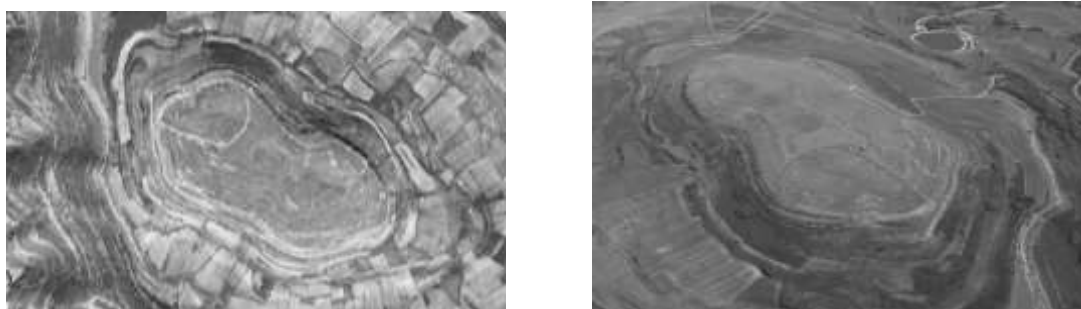


Figura 1. (Izq.) Imagen aérea de Monte Bernorio del Vuelo Americano (1956-1957). (Der.) Imagen actual (2016) de vuelo aéreo de Monte Bernorio. Fuentes: PNOA histórico⁸⁸ // D. Vacas Madrid

Geográficamente se encuentra en el interior de un corredor natural que comunica el pie de monte de la Cordillera Cantábrica (corredor natural de comunicaciones en dirección este-oeste) por la vertiente interior desde Burgos hasta León. Tal como se explica en el siguiente apartado de “Monte Bernorio y el control de las Vías de Comunicación Naturales”, la posición significativa de este asentamiento le permite controlar las cuencas del río Pisuerga y los afluentes principales y secundarios del territorio y alrededores. Domina, por otro lado, el acceso al alto valle del Ebro, con las formaciones montañosas de la Sierra Híjar y Sierra de Peña Labra, y a través de estas a Campoo y la Pernía, ambas zonas muy ricas también arqueológicamente (Torres-Martínez, 2007; Torres-Martínez *et al.*, 2012b). Dicho tránsito norte-sur a través de la cordillera en su zona central permite el paso desde la Meseta norte al mar Cantábrico (Fig. 2).



Figura 2. Ubicación y emplazamiento del yacimiento arqueológico de Monte Bernorio, en la comunidad de Palencia. Fuente: A. Martínez Velasco.

⁸⁸Plan Nacional de Ortofotografía Aérea, Plan Nacional de Observación del Territorio (Instituto Geográfico Nacional). Disponible en: <http://pnoa.ign.es/pnoa-historico>

Monte Bernorio en la Cantabria Histórica

Tal como afirma Torres-Martínez (Torres-Martínez, 2007) y según las investigaciones realizadas hasta ahora, la ocupación de este asentamiento (Fig. 3), al menos en una fase de hábitat más o menos estable y continuado, se extendería al menos, desde el s. VIII a.n.e. hasta el I a.n.e., lo que indica por otro lado una constancia evolutiva a través del tiempo (Torres *et al.*, 2012b). Se sitúa a finales de la Edad del Bronce/Edad del Hierro I/II (desde el s. VIII a.n.e. hasta el I a.n.e., en el marco final de las *Bellum Cantabricum* *et Asturicum* (29-19 a.n.e.), es decir, las Guerras Cántabras.

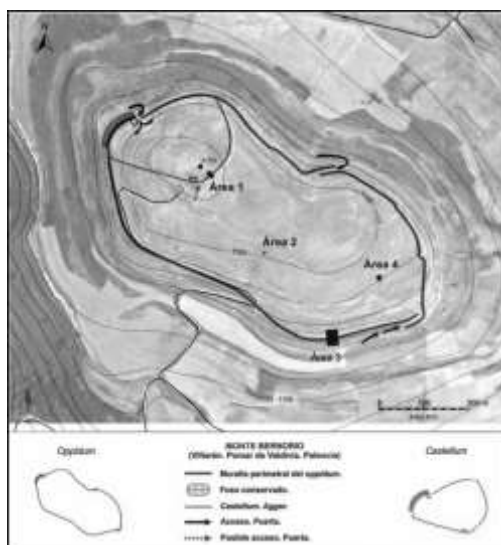


Figura 3. Yacimiento de Monte Bernorio en vista cenital aérea y sectores (áreas) de excavación con leyenda. Mapa de base; ortofoto digital. Fuente: capa superficial; trazado del yacimiento por A. Martínez Velasco. Diseño final; A. Hdez. Tórtoles.

Esta es la cronología relativa en base a las fuentes clásicas y a los estudios tipológicos de los materiales hallados en las excavaciones que habitualmente se le dan al asentamiento. Pero su contexto cronológico y marco cultural se remontan a una fase de actividad humana más antigua, datada por ahora hasta el Neolítico. Los materiales recuperados en las diversas campañas (2004-2016) son muy numerosos y ocupan ya una gran extensión geográfica en el yacimiento, aunque por ahora no se tienen suficientes indicios para asegurar una ocupación densa del espacio (Torres-Martínez *et al.*, 2012a). La fase que abarca la Edad del Hierro (y ya finales del s. I a.n.e.) se corresponde con la conformación del *oppidum*, y su última etapa ocuparía el arrasamiento del poblado y abandono como así lo evidencian varios niveles de incendio y destrucción.

Toponímicamente, hay un debate actualmente abierto y que suscita diversas hipótesis e interpretaciones (Torres-Martínez *et al.*, 2011b). Por un lado, el término *Bergida* deriva

del “céltico” *bergo-/bergona-/bergusia* (altura-monte-montaña), si bien aquí se entra en conflicto pues otros autores han llegado a conclusiones diferentes. Peralta Labrador considera que el nombre de Bernorio entroncaría directamente con el asentamiento de Bergida, y que este debe su nombre a dicha toponimia. Basa esta argumentación en que la toma del Bernorio se correspondería con la toma de *Bérgida*, en una segunda fase de las operaciones legionarias bajo el mando de C. Antistio Veto, *Legatus* de la Tarraconense que quedó al mando de las operaciones en el área cántabra tras caer enfermo Augusto (Torres-Martínez *et al.*, 2011b).

Esto es muy importante para nuestra investigación actual y en época contemporánea, pues demuestra en parte que, la noción del emplazamiento como un lugar de importancia habitado en la Antigüedad nunca se llegó a perder en el conocimiento y tradición popular como tal. Posteriormente, tras la invasión romana, la destrucción del asentamiento y el abandono del *oppidum*, los primeros registros que se tiene sobre él remontan al período a la Edad Media (Becerro de Santa María la real, folio nº 27), en donde se le denominada Brinorulo. En el s. XIX se le llamaba “Bergida” o “Vellica” (hay varias teorías argumentativas sobre este concepto (Torres-Martínez *et al.*, 2016), en donde no vamos a entrar pues no es el marco), y luego aparece descrito por E. Florez (1877) como un enclave territorial (Torres-Martínez, 2007).

El conocimiento del sitio como enclave territorial así pues nunca se llegó a perder del todo. Su estratégica situación determinó que en la Guerra Civil Española (1936-1939), el yacimiento fuera ocupado y fortificado dentro de los combates librados en esta comarca dentro del denominado “Frente Norte” (Torres-Martínez y Domínguez, 2008). Las primeras intervenciones arqueológicas se desarrollaron poco tiempo después, a partir de la década de 1940. De la misma forma algo similar pasó con otros yacimientos arqueológicos, coetáneos en cronología y bagaje socio-cultural del entorno como son Las Rabas (en Celada Marlantes, Cantabria), y Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia); ambos *oppida* enmarcados en la Edad del Hierro, o también La Loma (Santibáñez de la Peña Palencia).

Campamento romano de El castillejo

Cabe destacar que a finales de los años 90 y principios de s. XXI se localizó el yacimiento de El Castillejo (también conocido como La Lastra) (Pomar de Valdivia, Palencia), un campamento romano (*castra aestiva*) de enormes proporciones (*castra*

maioirem); 41 Ha, y que fue prospectado y estudiado por primera vez en 2003 por el equipo de Eduardo Peralta Labrador (Torres-Martínez *et al.*, 2011a; Peralta Labrador, 2003, pp. 301-303). Formó parte posiblemente de uno de los enclaves estratégicos de Octavio Augusto (Emperador César Augusto; *Imperator Caesar Augustus*) en las ya mencionadas Guerras Cántabras (Torres-Martínez, 2007). Gracias a las labores arqueológicas se ha constatado que fue desde este campamento romano que se llevó a cabo la ofensiva de ataque al *oppidum*, aparentemente desde el lado sur, que es donde se concentran mayor cantidad de materiales militares tanto indígenas como romanos⁸⁹. En esta zona se encontraba una de las puertas del enclave, cuya toma debió de resultar decisiva para la conquista del *oppidum*.

Entender en su visión y perspectiva de conjunto el yacimiento del Bernorio junto con el de este campamento es de vital importancia, ya que, en la fase al menos de las Guerras Cántabras, el uno no se puede comprender sin el otro. Una vez más nos damos cuenta de la importancia militar y estratégica de este conjunto, el cual nos permite entender, debido a su orografía y aprovechamiento en época antigua el por qué fue reutilizado como escenario de batalla en pleno siglo XX durante la Guerra Civil española, y no otro lugar.

El asentamiento antes de las Guerras Cántabras

Monte Bernorio y el control de las Vías de Comunicación Naturales

Si por algo es reconocible Monte Bernorio es porque se encuentra a una considerable altitud, destacando sobre el paisaje aplanado del entorno, fuertemente defendible de manera ya de por sí natural. Geográficamente está por lo tanto muy bien situado *a priori*. Se localiza en el interior de un corredor natural que comunica el pie de monte de la Cordillera Cantábrica (corredor natural de comunicaciones en dirección este-oeste) por la vertiente interior desde Burgos hasta León, por lo que su posición significativa le permite controlar las cuencas del río Pisuerga y los afluentes principales y secundarios que salpican el territorio circundante. Domina, por otro lado, el acceso al alto valle del Ebro, con las formaciones montañosas de la Sierra Hija y Sierra de Peña Labra, y a través de estas a Campoo y la Pernía, ambas zonas muy ricas arqueológicamente (Fig. 4).

⁸⁹ Selección bibliográfica que recomendamos su lectura para mayor ampliación de la información. Mencionamos (ver en bibliografía): Fraile López 2006, Torres-Martínez *et al.* 2011a, Torres-Martínez *et al.* 2013a.

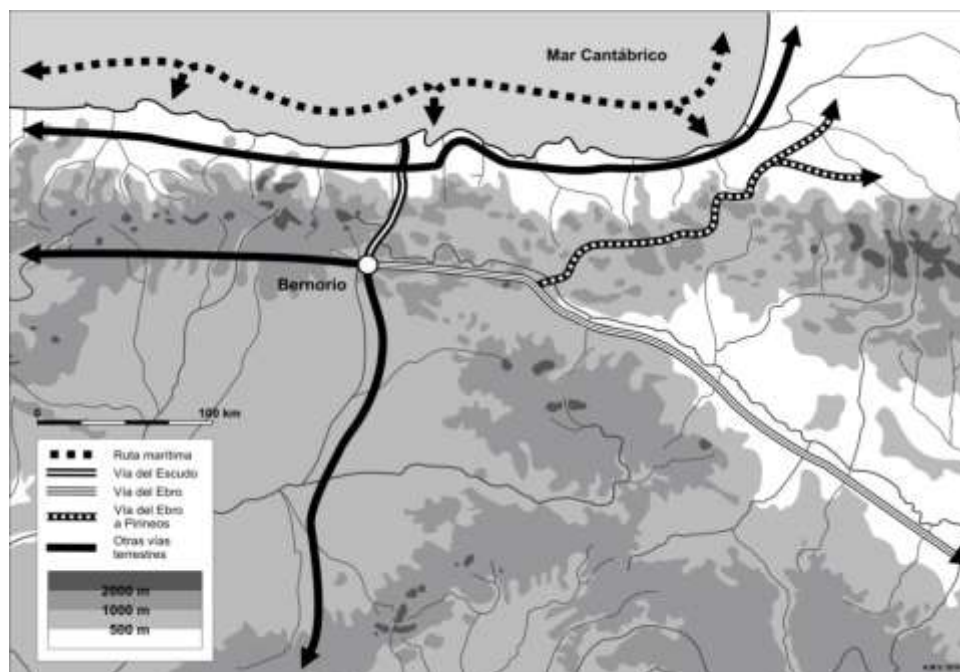


Figura 4. Mapa esquemático de las principales vías de comunicación naturales a modo de nudo o cruce de rutas que afectan al enclave de Monte Bernorio, como núcleo con una proyección estratégica excepcional. Fuente: A. Martínez Velasco.

Desde esta estratégica posición se controla un amplio territorio por el que discurren varios puertos que permiten el paso de la Cordillera Cantábrica por su centro, el estratégico corredor que discurre en dirección este-oeste por el piedemonte cantábrico, así como varios accesos a la cabecera de los ríos Pisuegra y Ebro. Por esta defensa y situación natural, se considera que pertenece al grupo de “facies de castros en altura” (siguiendo el patrón: <1.100-1.200 m. de altitud) (Ruiz Vélez, 2003).

Es un tipo de emplazamiento que lleva a pensar en una planificación estratégica del espacio, que condujo a las poblaciones de la Edad del Hierro a afianzar el dominio estratégico sobre el territorio más cercano (Cisneros Cunchillos *et al.*, 2011). Precisamente, al inicio de la Guerra Civil (año 1936), Monte Bernorio volvió a tener de nuevo una enorme proyección estratégica como posición militar debido a su situación de proximidad con el norte de la provincia de Burgos y su carácter dominante sobre las vías de comunicación, teniendo una posición militarmente valiosísima.

El oppidum como bastión defensivo

Se caracteriza a simple vista por disponer de unas empinadas pendientes aterrazadas que en algunas zonas presentan escarpes casi en vertical. Aprovechando esta orografía natural, el recinto está delimitado por una muralla con varios caminos de acceso y puertas

de entrada, con un núcleo construido dentro de una segunda muralla a modo de bastión defensivo, y un tercer recinto claramente visible en la parte más alta de la meseta (Torres-Martínez, 2007). Las investigaciones más recientes (Torres-Martínez *et al.*, 2016) tanto por las excavaciones arqueológicas realizadas como por el estudio en base a la documentación fotogramétrica y otros sistemas, han revelado una valiosa información respecto al sistema defensivo.

Es preciso sintetizar esta información en lo que respecta al estado del yacimiento a finales de la Segunda Edad del Hierro. Lo que más destaca, y más es importante para este trabajo, son las murallas defensivas, ya que precisamente parte de estas estructuras defensivas de tipo “compuesto” (Torres-Martínez *et al.*, 2016, pp. 60-75) y de gran complejidad del *oppidum* fueron reutilizadas y aprovechadas durante la Guerra Civil española para la construcción de toda una línea de trincheras. Por fortuna o por desgracia, lo cierto es que ambas se han conservado, en mejor o peor estado, hasta nuestros días. Este sistema de defensas se caracterizaba por un perímetro amurallado (1.700 m.) con una muralla de tipo *backfilling* (espesor medio de entre 3 y 4 m.), en piedra caliza de la misma montaña (Fig. 5).



Figura 5. Vista desde la ladera y puerta sur del oppidum. Quedan a la vista todo el sistema de terraplenes o parapetos de tierra con el desnivel de terrazas naturales, así como las murallas que rodean la cima a modo de bastiones defensivos exteriores. Fuente: Equipo Monte Bernorio.

Esta muralla se aprovecha de la inclinación natural de la pared y del acantilado, por lo que la cara interior está más elevada, algo que también beneficiaría sin duda y sería tomado en cuenta en los años de la Guerra Civil para la colocación de las distintas

estructuras como los bunkers, casamatas y trincheras, dependiendo de su inclinación, altura y ubicación. Parte de que se conservase también hasta el s. XX reside en su estructura; entre los dos muros se realiza un relleno de piedras irregulares mezcladas formando una estructura sólida y muy compacta (San Valero, 1944, 1960; Torres-Martínez, 2007; Torres-Martínez y Serna 2010, pp. 74-79; Torres-Martínez y Martínez Velasco, 2012, pp. 52-60).

En paralelo a la línea de muralla discurría un foso, al menos en gran parte de su perímetro y conforma de “V” (Torres-Martínez, 2007). Esta línea de muralla tenía al menos tres puertas con accesos acondicionados y en dos de ellas, la puerta noreste y la puerta norte, quedan restos de las fortificaciones que las defendían. Por ejemplo, en la puerta noreste pueden verse aún restos conservados en gran medida de una estructura de tipo torre que dominaba un acceso en rampa y acodado. En la zona norte y como ya se ha adelantado, la trayectoria de la muralla es fácilmente reconocible por la línea de trincheras en sección de “zig-zag” de la Guerra Civil que se apoya en ella, también al encontrarse en una de las zonas de la montaña más escarpadas.

La puerta sur, si bien fue la más notable de todas ellas y desde la cual se produjo el ataque al *oppidum*, está completamente arrasada ya que era un área utilizada como cantera y como acceso a los cultivos (Torres-Martínez y Martínez Velasco 2012; Torres-Martínez *et al.*, 2012b, Torres-Martínez *et al.*, 2013b.). Es muy probable que estuviera fortificada y con una estructura mucho más compleja, ya que la ladera sur del Bernorio es la más accesible y desprotegida. Aún se conservan restos de la cimentación de una larga rampa acodada encajada en una estrecha entrada, de lo que con bastante seguridad fue al menos una de las puertas principales y más accesibles del recinto.

Así pues, gracias a los avances arqueológicos se ha podido documentar este yacimiento, y constatar su importancia actual y el papel económico y cultural que desempeño desde la Edad del Bronce y en Edad del Hierro en la Península Ibérica. Comprender y analizar su estratégico emplazamiento y el control que en la antigüedad tuvo a los pasos hacia la Cordillera Cantábrica desde la Meseta nos ayuda a comprender por qué fue elegido como campo de batalla durante la Guerra Civil como ya lo hizo en la guerra de conquista que el Emperador Augusto dirigió contra el territorio de los cántabros, dos mil años atrás.

El inicio de la Guerra Civil (1936-37)

Como hemos venido avanzando, el sitio de Monte Bernorio se muestra como una posición clave por su ubicación estratégica desde el momento en que la situación en el Norte de España no es dominada del todo por los militares golpistas. A partir de aquí se hace evidente el enfrentamiento de ambos bandos en una Guerra Civil. Los grupos y milicias de izquierdas tenían superioridad numérica, en especial en la cuenca minera de Barruelo de Santullán (Palencia), con importante presencia de fuerzas armadas de sindicalistas y milicianas. La información⁹⁰ que se narra a continuación se basa en las obras, recientemente publicadas, de F. Ruiz Alonso (2012) y de W. Román Ibáñez (2013). Por otro lado, el testimonio directo de los Informantes locales⁹¹, que hemos podido cotejar, contrastar y compaginar con las evidencias materiales en el registro arqueológico y los restos identificados.

El lugar estaba ocupado por el bando y los efectivos Republicanos, si bien su efectividad resultaba desorganizada, con poca comunicación entre ellos y por tanto poca efectividad aparente. De este modo, los destacamentos locales de la Guardia Civil lograron dominar la situación rápidamente en las localidades mineras y también en Aguilar de Campoo (Palencia), enviando un destacamento falangista a la zona que asegurara dichos núcleos.

Para el bando de los militares sublevados (los “nacionales”), la toma de Monte Bernorio aseguraría el control del paso de Santander hacia Palencia por el Puerto del Pozazal (Santander-Reinosa-Aguilar de Campoo-Palencia), lo que significaba poder evitar un ataque hacia Palencia o el flanqueo de las defensas para atacar en dirección a Burgos o a León por el piedemonte. Además, los grupos republicanos se habían retirado en parte a los núcleos en las montañas de la Sierra Hajar y Reinosa (Cantabria). El eje de este sector se establece en los puertos de Pozazal, El Escudo (Santander-Burgos) y el valle del Ebro, a través de un pasillo muy encajonado que permitía comunicar ambos pasos. Sin embargo, no lograron controlar esta montaña.

⁹⁰ Debemos esta parte a los trabajos bibliográficos y de documentación realizada por el equipo de “Proyecto Monte Bernorio” e IMBEAC, destacando a Jesús F. Torres-Martínez y a Antxoca Martínez Velasco.

⁹¹ La información que aquí presentamos se basa en el testimonio de los “Informantes Locales” (fuente oral) ha sido recopilada y redactada por el Dr. Jesús Francisco Torres-Martínez y por el arqueólogo Antxoka Martínez Velasco, en sus diversos estudios de campo y de documentación bibliográfica. Por otro lado, la labor de estos informantes ha sido (y es) de gran importancia para la reconstrucción tanto militar como de la vida cotidiana de todo lo relativo a este período y la visualización de los hechos acontecidos. Se trata de personas que bien han sido testigos presenciales, o bien han sido receptores directos del testimonio de veteranos de guerra que lucharon allí, o eran naturales de la zona.

Desde su emplazamiento en Reinosa (Cantabria) partió una ofensiva republicana encabezada por un vehículo blindado que intentó tomar Aguilar de Campoo (Palencia), si bien acabó en fracaso su intento de tomar la cuenca minera de nuevo (Martínez, 1969, pp. 146-148), llegando hasta Monte Bernorio, con otros ataques similares que se sucedieron después. Si lograron en cambio recuperar el control del sistema ferroviario desde Cillamayor (Palencia), importante por su cruce con el ramal del ferrocarril minero Barruelo-Quintanilla de las Torres (Palencia).

Es en este contexto donde Monte Bernorio es ocupado militarmente en primer lugar por las tropas “republicanas”, si bien esta esperada ofensiva no llegó a producirse con total efectividad pues las fuerzas fueron, en general, de reducida escala y descoordinadas, debido al avance que suponía el empuje por otro lado del bando de los “nacionales”. Los “nacionales”, para intentar solventar esta situación, reforzaron con tropas más regularizadas y milicias todo este sector, fortificando y reforzando sus posiciones (Martínez, 1969, 141-142 y 145-146; Ruiz, 2012, pp. 49-51; Román, 2013, pp. 91-94).

Los contingentes republicanos continuaron atrincherados en sus posiciones, mayormente en zonas de altura. Las tropas “nacionales” desencadenaron una intensa presión sobre estos puestos republicanos en toda la zona de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria y todo el norte palentino, en especial la zona de Barruelo de Santullán (Palencia), desencadenando una ofensiva en el mes de agosto de la que resultó la conquista de los montes Cocoto y Terena a principios de septiembre. El Terena volverá a manos “republicanas” posteriormente y será fortificado, quedando el Monte Bernorio prácticamente aislado (Ruiz, 2012, pp. 49-56; Román, 2013, pp. 91-94).

Las operaciones militares y el campo de batalla del Bernorio

En esta nueva fase histórica (y ahora arqueológica) de Monte Bernorio, sabemos que ya desde el inicio de la guerra el Bernorio y los pueblos de sus alrededores estaban en manos de los “republicanos”, con una ofensiva que lo ocupará concretamente el 10 de octubre de 1936. El batallón será el denominado “Luciano Malumbres”, formado por jóvenes milicianos sin apenas formación y experiencia, que lo fortificarán sucinta y superficialmente (Román, 2013, pp. 94-96). La base con el grueso y el mando del destacamento se encontraba en Porquera de los Infantes (Palencia).

Apenas 6 días después, un contingente del bando “nacional” realiza un aproximamiento a pie hasta Pomar de Valdivia y de ahí al Bernorio, todo esto en “una

noche de espesa niebla”⁹². Este grupo estaba formado, en este caso, por soldados formados y falangistas armados con fusiles, fusiles ametralladores, ametralladoras y bombas de mano. Una panoplia armamentística muy potente y que superaba en número a la que había conseguido reunir el contingente “republicano”. Un pastor de la zona, falangista, conocedor de la montaña y de la cima del Bernorio, conduce al grupo por un acceso poco conocido. Logrando pasar desapercibido, la mañana del 17 de octubre se produce el asalto por parte del bando “nacional” al Monte Bernorio, en donde consiguen abrirse paso hasta la cima y tomar posiciones.

Además de los testimonios y fuentes orales, se ha podido seguir el rastro por la huella dejada por fuego de las armas automáticas y las bombas de mano; se conservan cráteres en el suelo, cartuchería y fragmentos de metralla diseminada por varias zonas del recinto. También, varias estructuras del *oppidum* sufrieron también este ataque, como el castillete y la muralla en la acrópolis, la zona más alta. La lucha se alargó hasta la noche de ese mismo día, momento en que se bajaron los cadáveres a Villarén de Valdivia⁹³.

Fue un combate muy duro y encarnizado, y se vuelve encarnizada, especialmente en la zona más al norte, saldándose con un número importante de víctimas para ambos bandos. La victoria fue relativa, pues los cuerpos de los combatientes, debido al barro, la sangre, los destrozos físicos y la oscuridad de la noche, hacían que se confundiese a qué bando pertenecían al descargarlos de los camiones en pueblo. Pese a ello, la victoria final fue para la sección “nacional”, y la sección “republicana” se retiró a una línea de posiciones en la plataforma del Bernorio, a unas decenas de metros de la muela que forma la cima de esta montaña.

Con el apoyo de la artillería y la aviación, los republicanos atacarán la zona de la cima del Bernorio. Las bajas son muy numerosas y se hace evidente la necesidad de construir defensas en las que protegerse del fuego enemigo que causa numerosas bajas. Los trabajos deben hacerse de noche, ya que durante el día el fuego impide los trabajos. Las tropas nacionales están a merced del fuego republicano. De este modo se inicia la construcción de una red de trincheras, puntos fuertes (casamatas principalmente) y refugios donde los soldados pueden guarecerse y mantener el fuego (Fig. 6).

⁹² Se trataba, según relatan los informantes locales, de un vecino natural de Pomar de Valdivia (Palencia), cuyo papel fue decisivo en la toma de Monte Bernorio en esta fase.

⁹³ Ruiz 2012: 56-65; Román 2013: 96-102, 106-110.

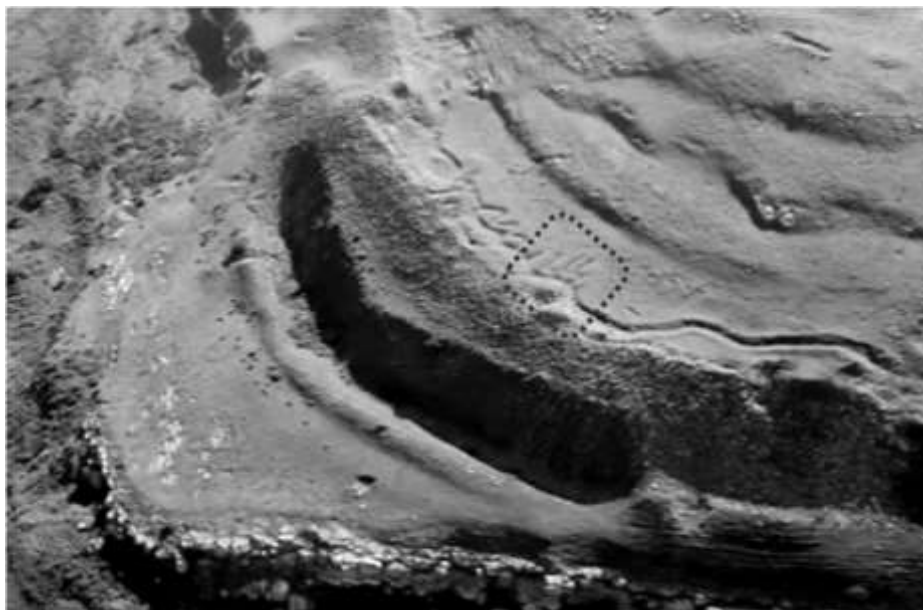


Figura 6. Vista aérea del lado noroeste del yacimiento. Remarcado en línea discontinua roja de puntos, se aprecia la impronta dejada por los refugios de la Guerra Civil española de tipo “latas de sardinas”, denominados así por su forma estrecha, baja y rectangular. Fuente: equipo Monte Bernorio.

Todo ello va dejando una serie de evidencias arqueológicas que se detallarán en el siguiente punto, ya que el objetivo de esto era también poder acondicionar una pista para el refuerzo y aprovisionamiento de la posición; pista por la que actualmente se accede al yacimiento y que secciona las defensas del *oppidum*. El campamento romano del Castillejo, mencionado con anterioridad, debido a su proximidad y ubicación estratégica respecto a Monte Bernorio, también fue usado en la Guerra Civil.

Se fortificó una línea de trincheras y refugios en parte de la meseta, para lo que se aprovechó en parte el relieve de las defensas ya prácticamente derruidas del campamento romano que ocupó esta posición. Del mismo modo, una batería fue situada en la cima de este sitio a modo, con un fuego dirigido desde un puesto de control en la cima de Monte Bernorio (Román, 2013, pp. 102-104).

Se produce una ofensiva final por parte de las tropas “nacionales” en la zona central del frente norte por Reinosa hacia Santander (Cantabria). Mientras tanto, las fuerzas “republicanas” permanecen fijas frente a las posiciones del Bernorio y el monte Terena, donde la presión por parte del bando contrario había ido aumentando progresivamente. Bajo este contexto se da el abandono final de Monte Bernorio y su ocupación militar; una

serie de combates muy intensos provocan cuantiosas bajas a las filas republicanas y enormes pérdidas de material bélico.

Se comienza una retirada a Reinosa, que caerá el 15 de agosto de 1937. Especialmente el monte Terena es defendido con gran determinación por las tropas “republicanas”, aunque es finalmente tomado al asalto, y poco después del ataque y con el frente roto, cae finalmente Monte Bernorio (Martínez Bande, 1972, pp. 59-66). Por segunda vez en la Historia del sitio, las posiciones fortificadas pierden su utilidad, y el recinto es abandonado. Hasta hoy.

Los restos arqueológicos de la Guerra Civil española

Estructuras arqueológicas de tipo inmueble

A lo largo y ancho de la superficie del Monte Bernorio se han documentado restos constructivos como consecuencia directa de la contienda. No obstante, la mayor parte de las posiciones conservadas se han registrado en el perímetro norte de la cima. Estos restos pertenecen al momento de ocupación de las tropas franquistas, que a partir del 17 de octubre de 1936 toman la cima del Monte Bernorio y expulsan a las Milicias republicanas tras una lucha encarnizada cuerpo a cuerpo. Son las tropas franquistas las que realizan un mayor esfuerzo de fortificación del Monte Bernorio, fundamentalmente al situarse justo en contacto con las posiciones republicanas tanto en el sector norte como en el sector noreste.

También hay que tener en cuenta que estas tropas lograron mantener su posición en la cima del Monte Bernorio desde el mes de octubre de 1936 hasta agosto de 1937. Es, por tanto, casi un año de vida castrense marcada por la guerra y el constante embate de las tropas fieles a la República, que trataron en varias ocasiones de recuperar la posición perdida de este estratégico enclave palentino (Fig. 7). Por estas razones, no resulta fácil establecer si existieron posiciones republicanas anteriores a las franquistas, ya que las obras de fortificación posteriores destruyeron o absorbieron a las primeras (Torres-Martínez, 2008, pp. 109).

Es el sector norte y noreste del Monte Bernorio la zona más profusa en fortificaciones, donde se estableció una red de estructuras densa y complicada, pero funcional y estratégica, con el objetivo directo de defender y mantener la posición respecto a las Milicias republicanas. Se han documentado trincheras con líneas en zigzag, trincheras de

acceso o enlace, pozos de tirador y pequeños refugios ante los frecuentes ataques aéreos de la aviación republicana.

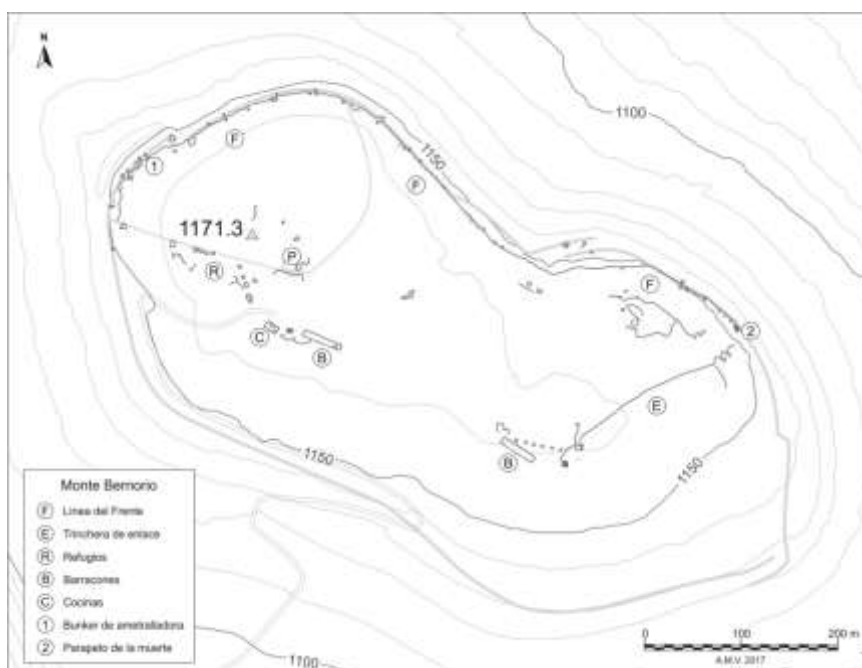


Figura 7. Topografía de las estructuras de la Guerra Civil Española en el Monte Bernorio. Fuente: A. Martínez Velasco.

Las líneas de trincheras recorren todo el sector norte y noreste del cerro, quedando jalonadas en ambos extremos por sendos bunkers o nidos de ametralladoras fortificados. Estas trincheras están ceñidas al borde de la cima y reaprovechan la línea de muralla de la Edad del Hierro, quedando la base de la muralla como cara exterior de la línea de trincheras. Es característica su forma en zigzag, fundamentalmente aquellas en visión directa con el frente, pudiéndose distinguir de las trincheras de acceso o de enlace que tienen forma lineal. La construcción en zigzag evita el ametrallamiento masivo de las tropas situadas en su interior cuando la aviación republicana barre la cima del Monte Bernorio; incluso evita la proyección de la onda expansiva de aquellos proyectiles de artillería y de las bombas de aviación que pudieran caer en su interior.

En contraposición, se ha documentado una trinchera de enlace en el sector este del Monte Bernorio. Tal y como indica su nombre, este tipo de trinchera tenía una funcionalidad diferente a la descrita en el anterior párrafo. Por norma general se trataba de trincheras a través de las cuales se accedía con seguridad de un punto estratégico a otro. Es decir, no era una trinchera para establecer una posición, defenderla y/o atacar, y mantener a las tropas en su interior durante un tiempo determinado. En el caso del Monte

Bernorio la única trinchera de enlace une dos puntos: por un lado, al noreste varios pozos de tirador muy cercanos al denominado *Parapeto de la Muerte*; y por otro, al sur una zona de barracones, cocinas y letrinas.

Los pozos de tirador están situados a lo largo de toda la línea de trinchera en zigzag, separados entre sí por varios metros y manteniendo una posición adelantada respecto a la propia trinchera. Su estratégica posición hace que estén en primera línea de fuego, siendo las estructuras más expuestas al frente. Están contruidos directamente sobre los restos de la muralla de la Edad del Hierro, aprovechando la robusta estructura de mampostería para resguardarse del fuego enemigo. Generalmente presentan una planta de morfología circular u oval, de aproximadamente 2,00-3,00 metros de diámetro, donde eran situados fusiles o ametralladoras.

Se han documentado, de igual forma, a lo largo de la línea de trinchera varios refugios. Según informantes locales que participaron en la contienda del Monte Bernorio, estas estructuras eran denominadas como *Latas de Sardinias*, ya que su exiguo espacio interior y forma les recordaba a las latas de sardinias en conserva. Esta estructura corresponde a una pequeña zanja o agujero excavado en el terreno con una morfología rectangular, que servía para que dos o tres personas se guareciesen en su interior ante el ataque aéreo de la aviación republicana. No hay que olvidar que Monte Bernorio era un lugar totalmente expuesto, sin ningún tipo de protección ante la aviación republicana, por lo que trataron en todo momento de protegerse ante semejantes ataques.

Ya hemos comentado con anterioridad que las líneas de trincheras recorren todo el sector norte y noreste del cerro, quedando jalonadas en ambos extremos por sendos búnkers o nidos de ametralladoras fortificados: el primero está situado en el sector noroeste, concretamente en las inmediaciones de la puerta norte del *oppidum*; mientras que el segundo está ubicado en el sector noreste (Fig. 8). Ambas estructuras están semiexcavadas en el terreno, quedando parte en el subsuelo y parte sobre éste, con el objetivo de posicionar las aspilleras a ras del suelo. Están realizadas en mampostería con piedra caliza del terreno, probablemente extraída de los restos arqueológicos de la Edad del Hierro o del sistema defensivo del *castellum* romano, trabadas y revocadas con argamasa de cemento Portland.

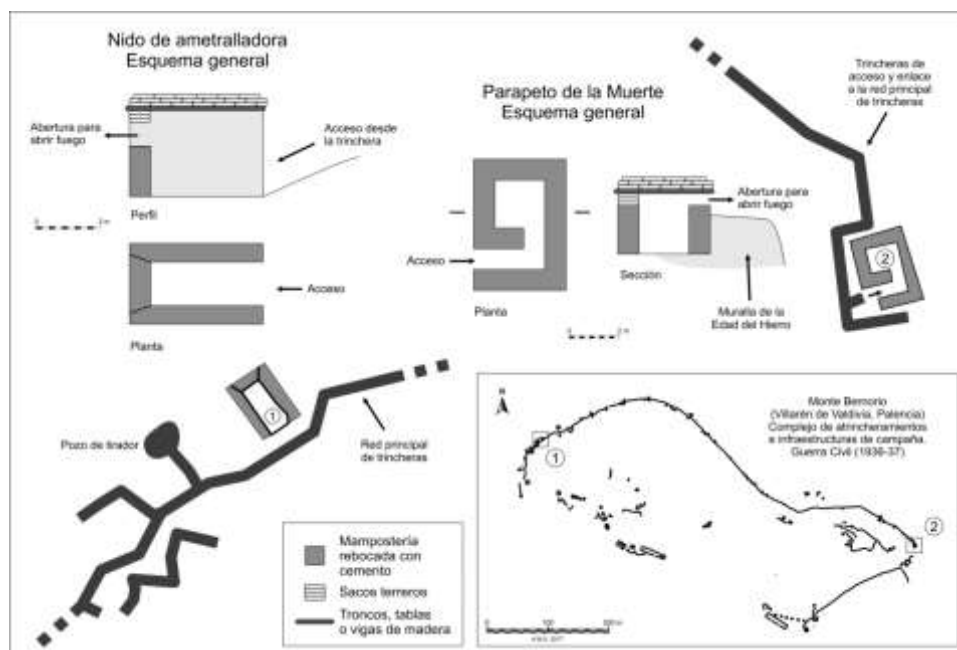


Figura 8. Croquis del nido de ametralladora (1) y del denominado Parapeto de la Muerte (2). Fuente: A. Martínez Velasco.

En ambos casos la cubierta no se ha documentado, ya que ha desaparecido; probablemente en origen estaba formada por vigas de hierro fundido y un techo de hormigón de gran grosor para reforzar la estructura y así evitar la acción de los impactos de la artillería o de los bombardeos aéreos. El búnker número 1 tiene una morfología de planta rectangular, orientado en sentido noroeste-sureste, con unas dimensiones aproximadas en su interior de $3,00 \times 1,50$ metros y una anchura de muros que ronda 1,00 metro de grosor (Fig. 9). Por el contrario, el búnker número 2, popularmente conocido como *Parapeto de la Muerte*, tiene una morfología de planta en espiral, con la entrada acodada o en forma de L, con las esquinas cuadrangulares y está rodeado de trincheras de servicio. Su característica forma tiene una utilidad concreta: en caso de explosión cerca de la puerta, la onda expansiva y la metralla no penetra en el interior. Se construyó como puesto avanzado de tirador y observación, resultando ser un punto muy castigado por los francotiradores republicanos (García Guinea, 2005, pp. 42-46), de ahí su nombre (Fig. 10).

En el sector sur, alejado de la primera línea del frente, se han documentado otras estructuras que, aunque ofrecían cierta seguridad a las tropas, estaban destinadas

fundamentalmente a su descanso y avituallamiento: refugios-dormitorios para la tropa, cocinas, letrinas y pequeños almacenes para municiones. Según Torres-Martínez (2008, p. 111) estas estructuras tienen planta rectangular y fueron excavadas en el terreno desfilado del lado sur de la cima del Monte Bernorio, de modo que son construcciones semisubterráneas. Se construyeron apoyándose en la base geológica caliza del subsuelo, con piedra y ladrillo, y se techaron con madera, uralita ondulada y tejas. Probablemente el tejado estaba recubierto con sacos terreros y tierra, fundamentalmente para dar una mayor protección contra los impactos de artillería, contra las bombas de aviación, la metralla, la humedad y el frío (Fig. 11).



Figuras 9, 10 y 11. Vista general de los restos del nido de ametralladora (fig. superior); vista general de los restos Parapeto de la Muerte (fig. central); y vista general de los restos del refugio-dormitorio sito en la zona suroeste del Monte Bernorio (figura inferior). Fuente: Equipo Monte Bernorio.

Estructuras arqueológicas de tipo mueble

El mayor volumen de restos militares lo representa sin duda alguna los restos de cartuchería y munición. Se han encontrado proyectiles de dos tipos: apuntados y de punta redondeada; casquillos de cartuchos y guías de cargadores de variada procedencia y

calibre, restos de granadas de mano y objetos pertenecientes a lo que hemos denominado *vida cotidiana*. Sin embargo, los restos materiales de época de la Guerra Civil recuperados en el Monte Bernorio mediante prospección arqueológica superficial intensiva han sido poco importantes en cuanto a número. Esto se debe, fundamentalmente, a la actuación intensa, en los años posteriores a la Guerra Civil, de los buscadores de chatarra y de deshechos militares. En años de la postguerra era frecuente encontrar a personas de condición social baja sobrevivir con la búsqueda y venta de chatarra procedente de aquellas zonas donde los combates dejaron un rastro de casquillos, balas, guías de los cargadores, etc.

Según Torres-Martínez y Domínguez (2008, p. 112) las vainas o casquillos de cartuchos más abundantes son las del calibre 7×57 españolas, producidas tanto en la Fábrica Nacional de Toledo (FNT) como en la Pirotécnica de Sevilla (PS) (Fig. 12). Todos los casquillos recuperados con marcaje de Sevilla son del año 1936, a excepción de uno fechado en 1926. En cambio, las vainas de la Fábrica Nacional de Toledo datan de 1900, de 1926 y de 1933. Les sigue en importancia numérica la munición adquirida por el gobierno nacionalsocialista de Alemania con munición del calibre 7.92×57 y marcadas exclusivamente con la letra W. Por último, la colección se completa con una vaina francesa para fusil Lebel, disparado y sin marcaje, de calibre 8×50 .

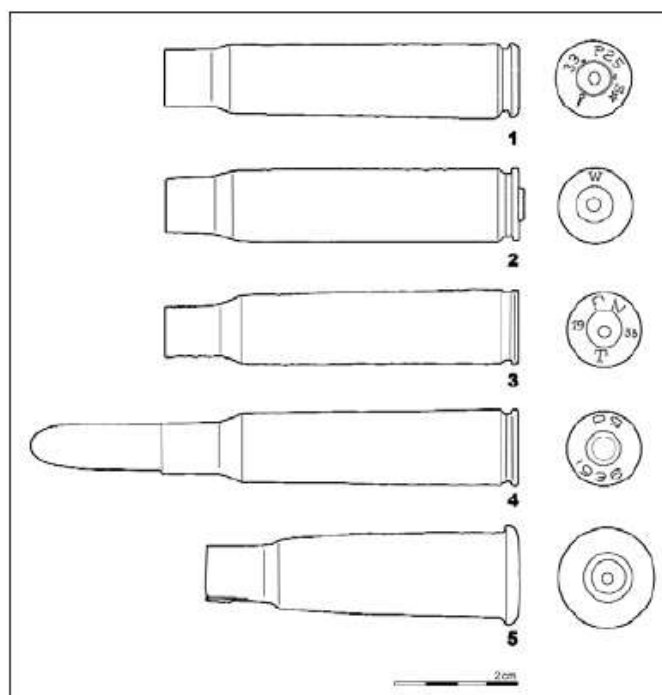


Figura 12. Dibujos de algunos casquillos de cartuchos recuperados en el Monte Bernorio. 1-2: calibre 7.92×57 mm; 3-4: calibre 7×57 mm; 5: calibre 8×50 mm. Fuente: Equipo Monte Bernorio.

Las guías de los cargadores, comúnmente conocidas con el nombre de *peines*, confirman los datos expresados en el anterior párrafo. En todos los casos se trata de guías para cargador de cinco balas y para ser utilizados en fusiles de sistema Máuser. Aquellos *peines* que presentan dos pestañas en el lateral corresponden a la munición española del calibre 7×57 , en cambio, los que presentan tres pestañas en el lateral corresponden a la munición extranjera del calibre 7.92×57 (Fig. 13).

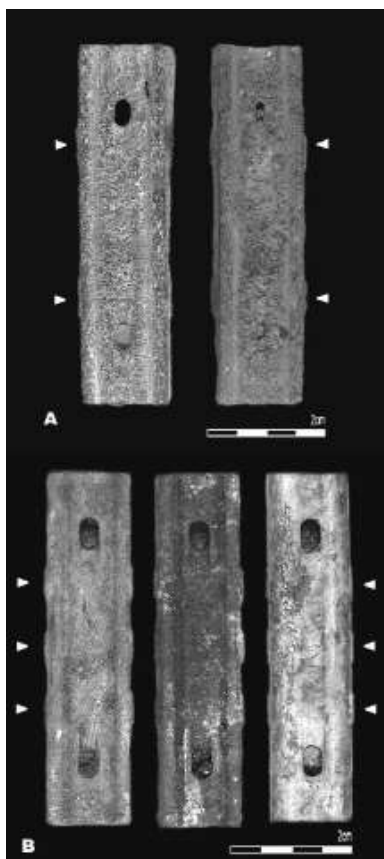


Figura 13. Ejemplo de las guías de peine de dos y tres pestañas. Fuente: Equipo Monte Bernorio.

En lo que se refiere a los restos de metralla se han recuperado fragmentos diseminados en la totalidad de la superficie del Monte Bernorio, tal y como lo atestiguan los numerosos cráteres de las explosiones que han sido documentados, de mayor y menor tamaño, producto de la constante actividad bélica. Aunque es muy difícil concretar de qué tipo de bomba o proyectil proceden, sabemos que pertenecen tanto a bombas de aviación, como a proyectiles de artillería, granadas de mano y granadas de mortero fundamentalmente.

Además de proyectiles, casquillos de cartuchos, guías de cartuchos y fragmentos de metralla cabe destacar aquellos objetos recuperados que no corresponden estrictamente al armamento empleado en la contienda, pero que están relacionados íntimamente con los primeros. Se trata de aquellos elementos que nos informan de las condiciones de vida en

las posiciones del Monte Bernorio, relacionados con la vida cotidiana de los soldados, y que nos acercan al lado más humano, si cabe, de la guerra. Los restos más abundantes pertenecen a la chatarra de las latas de conserva (Fig. 14), en las que se contendría gran parte de los víveres con los que se mantenían los soldados durante el tiempo que estuvieron destinados en el Monte Bernorio.



Figura 14. Ejemplo de una lata de conserva recuperada en Monte Bernorio. Fuente: A. Hdez. Tórtoles.

Pertenecen, sobre todo, a conservas de sardinas, pimientos y otros preparados. Una vez utilizadas, se solían perforar con un punzón y las anudaban con una cuerda formando un grupo de latas, colgándolas en las alambradas a modo de sonoros centinelas. Las latas de conserva no sólo tenían la función de alimentar a los soldados, sino de delatar la posición del enemigo ante un repentino avance del frente, fundamentalmente de noche, avisando con un golpeteo del movimiento del enemigo. Por ello se comprende que aparezcan con mucha frecuencia no sólo en el interior de las trincheras y en los refugios, sino también en todo el largo y ancho del campo de batalla.

También se han documentado y recogido tapas de caucho procedentes de las suelas de las botas de los soldados; un fragmento de lona con un ojal de latón, relacionado probablemente con el camuflaje y la cubierta de las posiciones; y por último, cabe destacar un tenedor cuyo mango está doblado por la mitad para que cupiese mejor en los bolsillos de las guerreras de los soldados, costumbre muy generalizada dentro de la tropa,

no sólo en época de la Guerra Civil Española, y reconocida por toda la oficialidad (Torres-Martínez y Domínguez, 2008, p. 115).

Conclusión

Esta labor de investigación y documentación de materiales y estructuras se ha podido desarrollar desarrolla a partir de los cauces abiertos por otros investigadores/as, tanto del propio equipo de Monte Bernorio como ajenos a este, y de las muy diversas áreas y cuestiones que se van a plantear, y que se ha ido desarrollando y perfeccionando con el paso del tiempo⁹⁴. Por todo esto, la articulación de datos que se han presentado confiamos sirvan para seguir fomentando el estudio de la Guerra Civil no sólo en Monte Bernorio, sino también en otras regiones de Palencia, y abrir un nuevo abanico de posibilidades en un futuro.

Por nuestra parte consideramos se debe recurrir no ya sólo a las fuentes escritas como se ha venido haciendo hasta ahora, sino también a los vestigios materiales, y con una legislación activa patrimonial que los ampare y proteja. Sólo así lograremos enfocar dicha etapa transitoria como una algo fundamental en la Historia y que es, en definitiva, el pilar sobre el que se sustenta el mundo de la España actual y sobre el que vivimos.

Sin embargo, no es del todo desconocido averiguar que muchas veces la mayor parte de las iniciativas de recuperación de elementos de este período no han sido asumidas como debiera ser por las administraciones, en la mayor parte de los casos, por una falta de voluntad política. Uno de los problemas que consideramos más afecta a este tipo de estudio, a parte de la incompetencia administrativa de muchos de los organismos, es nuestra propia selección del pasado. El asunto “¿qué olvidar y qué recordar?” está presente y se ve reflejado en la Ley de Memoria Histórica (fue promulgada por el Comité de Derechos Humanos de la ONU durante el 13 y el 31 de octubre de 2008).

El Patrimonio Cultural y la Arqueología deben dotar de un carácter científico e histórico para así poder dar un paso más a lo meramente sentimental, y facilitando así una visión crítica y práctica, sin excluir una cosa u otra, pues la sintonía de ambas es la clave para la recuperación de este pasado tan reciente. Es lo que se pretende con este trabajo, resultado del estudio e interpretación de las estructuras, materiales muebles, archivos y

⁹⁴ La actual intervención se inició por parte del Proyecto de Intervención Arqueológica Integral en el año 2004 a través del Dpto. de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid bajo la dirección de M. Almagro-Gorbea y J. F. Torres-Martínez. Agradecer el esfuerzo y la calidad científica y humana de nuestros compañeros y compañeras de equipo (“Proyecto Monte Bernorio” e IMBEAC). Gracias a estas personas se debe la mayor parte de nuestro trabajo.

otros elementos también inmateriales del sitio de Monte Bernorio, durante su fase de combate en los años 1936-37 de la Guerra Civil en España.

Bibliografía

Bibliografía básica

- CISNEROS CUNCHILLOS, M., GARCÍA SÁNCHEZ, J. Y HERNÁNDEZ DOMÍNGUEZ, I. (2011): «Los *oppida* del sector central de la Cordillera Cantábrica: síntesis y nuevas investigaciones», *Palaeohispanica*, 11, pp. 61-83.
- FRAILE LÓPEZ, M.A. (2006): *Estudio geográfico de las Guerras Cántabras*, Santander, Editor M.A.
- GARCÍA GUINEA, L. (2005): *Diario de Guerra. Un paréntesis de tres años (1936-1939)*, Palencia, Cultura & Comunicación.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, A. (1999): «Las Guerras Cántabras en las fuentes», en *Las Guerras Cántabras*, Santander, pp. 145-169.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007): «Making things public. Archaeologies of the Spanish Civil War», *Public Archaeology*, pp. 203-226.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2008): «Arqueología de la Guerra Civil Española», en *Complutum*. Ejemplar dedicado a *Arqueología y Memoria Histórica*, 19, 2, pp. 11-20.
- MARTÍNEZ BANDE, J.M. (1969): «La Guerra en el Norte (hasta el 31 de Marzo de 1937)», en *Servicio Histórico Militar. Monografías de la Guerra de España*, 4, Madrid, Librería Editorial San Martín.
- MARTÍNEZ BANDE, J.M. (1972): «El Final del Frente Norte», en *Servicio Histórico Militar. Monografías de la Guerra de España*, 8, Madrid, Librería Editorial San Martín.
- MUÑOZ COSME, A. (2009): «Arquitectura y Memoria. El Patrimonio Arquitectónico y la Ley de Memoria Histórica», en *Patrimonio cultural de España*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 1, pp. 83-102.
- PENEDO COBO, E., et al (2008): «Arqueología de la Batalla del Jarama», *Complutum*, 19, 2, pp. 63-87.
- PERALTA LABRADOR, E. (2003): *Los cántabros antes de Roma*, en “Bibliotheca Archaeologica Hispana”, 5, Madrid, Real Academia de la Historia.
- PÉREZ-JUEZ, A. et al (2003): «El Patrimonio Arqueológico de la Guerra Civil: la necesidad de su conservación como testimonio de una época», en *Pátina*, 12, pp. 125-133.

- ROMÁN IBÁÑEZ, W. (2013): “El Monte Bernorio en la Guerra Civil. La disputa por un enclave estratégico”, en *Colección Historia de la Montaña Palentina*, 7, Palencia, Aruz Ediciones, pp. 87-130.
- RUIZ ALONSO, F. (2012): *Aguilar, Barruelo y Reinosa en la guerra Civil. Ofensiva del Frente norte Palencia-Santander. 1936-1937*. Madrid, Editor S.A.
- RUIZ VÉLEZ, I. (2003): «Poblados y necrópolis burgaleses de la Edad del Hierro: una aproximación a su demografía», *Boletín de la Institución Fernán González*, 226, pp. 137-180.
- SAN VALERO APARISI, J. (1944): «Excavaciones Arqueológicas en Monte Bernorio (Palencia). Primera Campaña, 1943», en *Informes y Memorias*, 5, Madrid.
- SAN VALERO APARISI, J. (1960): «Monte Bernorio. Aguilar de Campoo (Palencia). Campaña de Estudio en 1959», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 44, Palencia.
- TORRES MARTÍNEZ, J.F. (2007): «Monte Bernorio en su entorno. Resumen de los trabajos arqueológicos efectuados en la campaña de 2004», en PERAZA, F (Coord): *Estudios varios de arqueología castreña. A propósito de excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*, en *Instituto de estudios prerromanos y de la Antigüedad*, Santander, pp. 77-101.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., DOMÍNGUEZ SOLERA, S.D. (2008): «Monte Bernorio (Palencia) siglo I a.C. / 1936- 1937 d.C.: arqueología de un campo de batalla», en *Complutum*, 19, 2 (Ejemplar dedicado a: Arqueología de la Guerra Civil Española), pp. 103-117.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., y SERNA, A. (2010): «Sistemas defensivos en el *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén de Valdivia, Palencia)», *Nivel Cero*, 12, Santander, pp. 73-87.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., SERNA GANCEDO, A., DOMÍNGUEZ SOLERA, S.D. (2011a): «El ataque y destrucción del *oppidvm* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia) y el establecimiento del "*castellvm*" romano», *Habis*, 42, pp. 127-149.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. y SOBREMAZAS, J.M. (2011b): «Los nombres del *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia). Las denominaciones de los *oppida* célticos del norte de la Península Ibérica: estructura política e identidad étnica», *Revista Onoba*, 4: 163-180.

- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., y MARTÍNEZ VELASCO, A. (2012a): «Monte Bernorio. Guía de Vista Arqueológica», en *Col. Montaña Palentina. Agrupación Comarcal de Desarrollo Montaña Palentina & Diputación de Palencia*. Palencia.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., MARTÍNEZ VELASCO, A. y DE LUIS MARIÑO, S. (2012b): «El *Oppidum* de Monte Bernorio. Nueve siglos de Historia», *Kobie*, 30, pp. 137-146.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., MARTÍNEZ VELASCO, A. Y PÉREZ FARRACES, C. (2013a): «Los proyectiles de artillería romana en el *Oppidum* de monte Bernorio (Villarén, Palencia) y las campañas de Augusto en la primera fase de la guerra cantábrica», *Gladius: estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar y vida cultural en Oriente y Occidente*, 33, pp. 57-80.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., MARTÍNEZ VELASCO, A. y SERNA, A. (2013b): «El *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia). Una ciudad fortificada de la Edad del Hierro en la Montaña Palentina», en *Colección de Historia de la Montaña Palentina*, 7, Palencia: Editorial Aruz, pp. 11-86.
- TORRES-MARTINEZ, J.F., FERNANDEZ-GOTZ, M., MARTINEZ VELASCO, A., VACAS MADRID, D., MARTIN-HERNANDEZ, E. y CABANILLAS DE LA TORRE, G. (2016): «Architectures fortifiées de l'âge du Fer dans le nord-ouest de la péninsule ibérique», en *40e COLLOQUE INTERNATIONAL de l'Association Française pour l'Etude de l'Âge du Fer (A.F.E.A.F.)*, Rennes (4-7 de Mayo, 2016).

*Bibliografía específica*⁹⁵

- AJA SÁNCHEZ, J.R. (2008): «Cantabria en la Antigüedad tardía», en AJÁ SÁNCHEZ, J.R., CISNEROS CUNCHILLOS, M., RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (eds.): *Los cántabros en la antigüedad: la historia frente al mito*, 7, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, pp. 192-222.
- ALCOFAR NASSAES, J.L. (1986): «Las armas de ambos bandos. La Guerra Civil: Milicias y Ejércitos», *Historia* 16, Madrid.

⁹⁵ No se contemplan notas ni citas bibliográficas a lo largo del artículo de la bibliografía recogida en este apartado. Los trabajos, artículos, libros, ensayos y otro tipo de escritos que aquí se incluyen son al margen de este trabajo y son para ampliación e información personal y a parte del lector/a.

- BARRIL VICENTE, M. (1995): «Comentarios sobre el fondo de cabaña de Monte Bernorio», en *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, Palencia, pp. 153-173.
- BARRIL VICENTE, M. (1999): «Dos yacimientos de la Edad del Hierro, Castro de Los Barahones y Bernorio», *Regio Cantabrorum*, pp. 43-52.
- BOHIGAS ROLDÁN, R. (1986-1987): «La Edad del Hierro en Cantabria. Estado de la cuestión», *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología*, 39-40, pp. 119-138.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J., DE BLAS CORTINA, M.A. (1992): «Asturias y Cantabria en el I milenio a.C.», *Complutum* (2-3) (Ejemplar dedicado a: *Paleoetnología de la Península Ibérica: actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 1989*. Coord. por Ruiz Zapatero, G., y Almagro Gorbea, M.), pp. 399-416.
- GONZALEZ RUIBAL, A. (2008): «Making things public. Archaeologies of the Spanish Civil War», *Public Archaeology*, 19, 2, pp. 203-226, en GONZÁLEZ RUIBAL, A. (Dir.): *Arqueología y Memoria Histórica*, en *Complutum*.
- JACKSON, G. (2005): «La República Española y la Guerra Civil. Primera edición española de 1976», Traducción: E. Obregón. Barcelona, Editorial Crítica.
- MANRIQUE GARCÍA, J. M. y Molina Franco, L. (2006): *Las armas de la Guerra Civil Española. El Primer estudio global y sistemático del armamento empleado por ambos combatientes*, Madrid, Editorial Esfera.
- MORTEN HEIBERG, M. (2005): «Los Negocios de la Guerra: armas nazis para la República Española». Traducción de D. León. Barcelona, Editorial Crítica.
- OBREGON GOYARROLA, F. (2010): «Poblamiento y comunicaciones de Cantabria durante la Edad del Hierro: castros y caminos de altura», en SERNA GANCEDO, M.L., MARTÍNEZ VELASCO, A., FERNÁNDEZ ACEBO, V. (Coords.), *Castros y castra en Cantabria: fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma: catálogo, revisión y puesta al día*. Cantabria, Ed. ACANTO.

EL PLANTEAMIENTO ESTRATÉGICO ESTADOUNIDENSE DURANTE LA GUERRA FRÍA THE US STRATEGIC APPROACH DURING THE COLD WAR

José Antonio Abreu Colombri
Universidad de Alcalá de Henares

Resumen: Después de la Segunda Guerra Mundial, se produjo un cambio de paradigma estratégico en el plano político-militar, con el advenimiento de la tecnología nuclear y las armas de destrucción masiva, que sería determinante para la contención del uso de la fuerza militar en las diferentes confrontaciones político-territoriales acontecidas durante el periodo de la Guerra Fría. Por consiguiente, el contexto político-militar quedó regido por el principio de la destrucción mutua asegurada, la confrontación militar indirecta y la carrera armamentística (como medio de garantizar la superioridad tecnológica y la capacidad de “defensa”). Las diferentes estrategias político-militares estadounidenses se sucedieron en un entramado de condicionantes endógenos y exógenos, en un clima de experimentación estratégica permanente, en un contexto de inestabilidad internacional múltiple y en un estado psicológico de volatilidad tecnológica creciente.

Palabras clave: Estrategia militar; Guerra Fría; condicionantes; propaganda; doctrina política; los Estados Unidos de América; la Unión Soviética

Abstract: After the Second World War, there was a strategic paradigm change in military and political plans with the advent of the nuclear technology and weapons of mass destruction, which would be deciding factor in restricting the use of military force in different political confrontations during the period of the Cold War. Consequently, the political and military contexts were regulated by principles like assured mutual destruction, indirect military conflict and arms race (to guarantee the technological superiority and the capability of “defense”). The different US strategies (military and political) emerged in a network of internal and external factors, in an atmosphere of everlasting strategic experimentation, in a context of much international instability, and in a psychological state of increasing technological volatility.

Key words: Military strategy; Cold War; determinants; propaganda; political doctrine; the United State of America; the Soviet Union

Introducción

Los objetos de los estudios de la historia militar son muy discutidos entre los especialistas e investigadores, por decirlo de una forma nueva y eufemística, el único punto de consenso total se fundamenta en el surgimiento de la tecnología nuclear, como

elemento de transformación estratégica y factor de condicionamiento en el proceso de los desarrollos políticos en el mundo bipolar. Fuera de estas afirmaciones existe una gran indeterminación teórica y metodológica en el campo de los estudios históricos contemporáneos, pues se suele negar a la guerra como fenómeno social, se suele renegar de los orígenes del pensamiento belicista y se suele soslayar la actuación militar como herramienta política y sector económico a lo largo del tiempo. Por esta serie de circunstancias, el objetivo de este artículo buscará, ante todo, la inclusión de la estrategia militar estadounidense durante la Guerra Fría en un marco de análisis amplio, con hipótesis transversales y con la interrelación de objetos de investigación multidisciplinarios⁹⁶.

Resulta muy popular, al menos entre las sociedades occidentales, la creencia de que la historia del siglo XX está muy bien estudiada y que no quedan bolsas de desarrollo de investigación. Este tipo de creencia surgió en un contexto de avance de la sociedad de la información, en la que se han producido multitud de documentos bibliográficos y audiovisuales para la preservación del conocimiento de los grandes acontecimientos históricos. Esa creencia se desmorona nada más profundizar en los diferentes espacios temáticos del conocimiento histórico del siglo pasado, cuestión que representa un reto añadido para la investigación, que tiene que bregar con las asimetrías del periodo más extraordinario y desconcertante de la historia de la humanidad, donde se han producido innumerables avances materiales, inopinadas capacidades de transformación y tremendas catástrofes humanas.

Los antagonismos del siglo XX, denominado como “edad de los extremos” por muchos investigadores, suelen tener su representación en el proceso de creación de tendencias historiográficas en el campo de los estudios de la guerra y la estrategia militar. Al mismo tiempo, los campos temáticos de la historia militar pueden constituir una plataforma de convergencia de estudios multidisciplinarios, un laboratorio de experimentación de metodologías y técnicas de investigación y ¿por qué no decirlo? una oportunidad de crear relato histórico y científico transnacional. Estos tres factores son esenciales para integrar los estudios históricos militares en la primera línea de la investigación general de las ciencias sociales y las humanidades.

⁹⁶ El presente artículo es el resultado de una ponencia realizada en el I Coloquio de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar: “Tácticas y Estrategia”, por esta razón quiero dar las gracias a los miembros del comité científico del Coloquio y a todos los organizadores y los colaboradores de tal evento: Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar y Facultad de Geografía e Historia (UCM).

El marco teórico y las metodologías de investigación

Entre los historiadores militares hay una cierta tendencia a la especialización temática y una denuncia sistemática de intrusismo por parte de los historiadores, periodistas, arqueólogos, politólogos, antropólogos y demás teóricos que abordan la cuestión de los conflictos militares desde un enfoque político, filosófico, económico y social. Tendencia que afirma que las cuestiones estrictamente militares, desde sus interpretaciones restrictivas de la investigación, quedan en un segundo plano. En consecuencia, se puede sostener que existen dos grandes posiciones encontradas en un clima de controversia, en relación a la forma de proceder sobre el análisis de la evolución de la guerra y la historia militar. Sin entrar en el estadio de la ideologización del relato histórico, se pueden extractar algunas líneas transversales de los estudios históricos militares y de los conflictos bélicos contemporáneos que superan los planteamientos no inclusivos: las consecuencias políticas de la guerra, la funcionalidad militar en tiempos de ausencia de conflicto bélico, la justificación filosófica del uso de la violencia militar, la guerra como fenómeno socio-cultural y los impactos de la actividad militar sobre el decurso de la producción científico-tecnológica.

[...] Sería mucho más sencillo escribir sobre guerra y paz en el siglo xx si la diferencia entre ambas fuera tan diáfana como parecía serlo a principios de siglo, cuando las Convenciones de La Haya de 1899 y de 1907 dictaban las reglas por las que se regía la guerra. En principio, los conflictos estallaban entre estados soberanos o, si transcurrían dentro de las fronteras de un estado en concreto, entre bandos suficientemente organizados como para que otros estados soberanos los consideraran partes en conflicto. [...] también dejó de ser clara la frontera entre guerra y paz. Con algunas excepciones, la segunda guerra mundial no empezó con declaraciones de guerra, ni acabó con tratados de paz. Asimismo, tras la contienda se dio un periodo que no podemos calificar claramente como de guerra o de paz atendiéndonos a las definiciones tradicionales, de ahí la invención de la expresión «guerra fría» para describirlo [...] (Hobsbawm, 2009, p. 29-31).

El final del concepto estratégico de “guerra total” a finales de la Segunda Guerra Mundial, por razones que serán abordadas más adelante, vino a añadir más complejidad al ámbito de los estudios históricos militares. En este sentido, desde un punto de vista clásico e historicista, una investigación sobre la estratégica militar estadounidense durante la Guerra Fría no tendría sentido fuera de los conflictos “calientes” de las penínsulas de Corea e Indochina o las operaciones de Granada y Panamá. Por este motivo, el historiador tiene la obligación de generar sinergias de investigación entre disciplinas, con los métodos tradicionales de la investigación histórica, pero a través de la clasificación de fuentes diversas y con la finalidad de alcanzar unos resultados de

investigación basados en un patrón de multicausalidad. Existe una concatenación de factores históricos y una red de derivaciones de investigación, en el campo temático de la Guerra Fría, que revisten de una gran complejidad la labor del historiador.

El año 1945 trajo muchas transformaciones para los estudios históricos en los Estados Unidos. En lo que respecta a la historia militar, los marcos temáticos de investigación se globalizan y se vinculan a los diferentes contextos políticos y a los nuevos condicionantes socio-económicos e institucionales (Millett y Maslowki, 1986, pp. XI-XIII). Por lo tanto, se puede afirmar con amplias garantías que de las universidades y los centros de producción intelectual de los Estados Unidos surgieron las grandes tendencias historiográficas, que han condicionado el debate y la labor de investigación entre historiadores del ámbito militar en todo el mundo. El caso de la historiografía española es mucho más pobre, ideologizado y subdesarrollado, pero desde hace algunas décadas parece que se está incorporando a los ritmos y los circuitos de la investigación histórica internacional, donde los objetos de investigación se vuelven cada vez más uniformes y los conceptos de estudio se presentan con mayor homogeneidad. No obstante, en España existe una marcada tendencia a la especialización temática de la historia militar⁹⁷, que puede aportar muchas cosas al acervo de investigación histórica, pero que se convierte en un lastre cuando los análisis se circunscriben al ámbito descriptivo, a la presentación de meras anécdotas cuantitativas y a la publicación de compilaciones estadísticas y de documentos gráficos y fotográficos. Los estudios históricos del mundo militar no pueden prescindir del desarrollo de la metodología cualitativa y no puede construir su relato al margen de sus disciplinas hermanas.

El planteamiento estratégico militar surgido de los preceptos teórico-políticos

Sería todo un despropósito intentar construir el relato histórico y plantear hipótesis de investigación fuera del punto de inflexión del siglo XX, en lo que a estrategia, capacidad y táctica militar se refiere. Es decir, el dominio de la tecnología nuclear y la producción de armas de destrucción masiva. Este acontecimiento ha tenido multitud de repercusiones

⁹⁷ Con el respeto que se merecen toda labor de investigación, a día de hoy se puede ver multitud de publicaciones haciendo referencia, de forma casi exclusiva, a cuantos efectivos participaron en tal batalla o cuando tornillos componen tal vehículo blindado. Esas obras pueden resultar de mucho interés para cierto tipo de lectores, en un ámbito de especialización del conocimiento, pero no pueden sustituir de ninguna manera a los grandes temas de investigación. Eso sin mencionar el desierto de temática militar que rodea al oasis de publicaciones españolas sobre los Tercios de Flandes, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial.

en el plano político, diplomático, defensivo y del derecho internacional, tanto para los Estados Unidos y sus aliados como para la Unión Soviética y sus estados satélites.

[...] durante la primera mitad de 1947 Estados Unidos se apresuró a implementar, con una velocidad vertiginosa, una estrategia destinada a contener a la URSS y, al mismo tiempo, a reducir la atracción del comunismo [...] (McMahon, 2009, p. 55).

Tantas son las causas intervinientes en el proceso de toma de decisiones políticas en los Estados Unidos, de donde dimana el orden estratégico militar y la designación de cargos militares y civiles de defensa, que es muy complicado enumerar de forma esquemática cuales son las principales directrices ideológicas que acabaron condicionando el sistema de defensa estratégico y el complejo industrial militar. No obstante, se puede plantear una secuencia de agendas y doctrinas de administración política en Washington que, de manera intuitiva, permiten vislumbrar los momentos clave en el transcurso de la Guerra Fría.

Doctrina Truman

Aunque una abrumadora mayoría de historiadores data el inicio de la Guerra Fría en 1947, bien podría datarse en las primeras semanas del presidente Truman en el Despacho Oval, fue un momento de gran trascendencia para la escalada de tensión, la configuración del mundo bipolar y el devenir de las relaciones internacionales. En un clima de clara tendencia anticomunista, el presidente Truman consideró necesario frenar la influencia de la Unión Soviética fuera de sus espacios geográficos e intentar ayudar a los pueblos y territorios que habían caído bajo el control de Moscú o que podrían caer en próximas fechas. Todo esto sucedió en el momento de descomposición del imperio británico y en el que los procesos de descolonización se volvieron inaplazables para las metrópolis occidentales. El gobierno de Washington, como nuevo rector internacional, intentó hacer valer su monopolio nuclear para encauzar todos los acontecimientos geoestratégicos en su propio beneficio.

[...] La doctrina Truman, que justificaba desde entonces la política exterior USA, se adelantaba así en unos meses al Plan Marshall [...] la doctrina Truman resultaba válida para cualquier lugar del globo y para un período indefinido de tiempo [...] (García y Lorenzo, 1996, p. 36).

La famosa doctrina del presidente Truman, bien podría haberse denominado “doctrina Byrnes”, debido a la gran influencia política y personal que James Byrnes⁹⁸ ejerció sobre Truman, tanto en su nominación demócrata (1944) y su mandato como vicepresidente (1945) como sus primeras contingencias presidenciales (1945-1949).

Doctrina Eisenhower

La doctrina relacionada con el presidente Eisenhower tiene una menor carga política que la de su predecesor en el cargo. Fue una doctrina que tuvo consecuencias político-diplomáticas a nivel global ¿qué duda cabe? pero básicamente tuvo unas motivaciones geoestratégicas de origen y basadas en necesidades de gestión estratégica militar. En este marco doctrinal se acuñó el concepto de “represalias masivas” y a menudo se utilizó como un sinónimo de todo el sistema táctico de defensa durante los años de la administración Eisenhower. Eran años en los que todavía se pensaba que se podía ganar una guerra a escala global con el uso combinado de fuerzas convencionales y armas nucleares.

[...] En enero de 1945, en una de las conferencias sobre la era nuclear, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, John Foster Dulles, anunció que los Estados Unidos tenían la intención de, en el futuro, impedir la agresión en base “principalmente a la gran capacidad de responder al instante con los medios y en los lugares que escojamos” [...] Esta política se conoció como respuesta masiva y fue interpretada como una amenaza para aplastar los centros políticos y económicos soviéticos y chinos como respuesta a cualquier agresión, sin importar su límite. Era una interpretación no del todo justa, pero que la administración no dispuso [...] (Freedman, 1992, p. 763).

La doctrina Eisenhower es reconocida por muchos planteamientos históricos como la evolución natural del sistema estratégico de Truman, también es conocida por doctrina “Dulles”, debido a la gran influencia de los hermanos Dulles sobre la política exterior estadounidense respecto a la Unión Soviética. El marco doctrinal de los presidentes Truman y Eisenhower guarda relación con la teoría general del “efecto dominó”, por la cual se sostenía que, si un país caía bajo la influencia del comunismo en una región subdesarrollada, los países contiguos correrían la misma suerte en un periodo corto de tiempo.

[...] El nombramiento de un militar para la presidencia de EEUU debe considerarse todo un símbolo de la existencia en la sociedad norteamericana de un sentimiento colectivo: la necesidad de demostrar la fortaleza de EE UU en el mundo entero, al que, a su vez, había que aplicar la doctrina conservadora triunfante en el país y la estrategia adecuada para responder con seguridad al reto soviético. El nuevo secretario de Estado, John Fuster

⁹⁸ Una de las figuras clave para entender el avance de las posiciones conservadoras dentro del Partido Demócrata, en la convención final de las primarias demócratas en Chicago (1944) y en los últimos años de la administración Roosevelt. A su vez, fue uno de los principales arquitectos de la nueva gran dialéctica internacionalista (o intervencionista) de *Capitol Hill*.

Dulles, se convertiría en un fiel representante de este sentimiento. [...] (Pereira, 1989, p. 348).

Doctrina Kennedy

El presidente Kennedy frustró la elección la candidatura del vicepresidente Nixon a la Casa Blanca en 1960, transformó la monolítica agenda exterior republicana desde el primer momento. El día que juró el cargo de presidente en 1961, entre las alusiones típicas a la ayuda de Dios y la Padres Fundadores, Kennedy deslizó en su discurso conceptos como cooperación, coexistencia y desarme en una especie de declaración de intenciones en materia exterior. La máxima demócrata en los años sesenta se convirtió en contención del comunismo, diálogo global y responsabilidad compartida de construcción de la paz, retórica que introdujo nuevos condicionantes políticos al sistema estratégico de defensa y nuevos gestores civiles al organigrama funcional del Pentágono.

“[...] Las ideas de Kennedy sobre el papel de los Estados Unidos en el mundo podrían resumirse en la necesidad de un cambio interior para asegurar que todo siguiera históricamente igual. En otras palabras, acomodar la idea de supremacía a los nuevos tiempos. [...] el discurso anticomunista encuentra una fórmula renovada que poco tendría que ver con el discurso dogmático y sectario del maccarthismo, ni tampoco con el carácter exclusivamente militar y estratégico de la «doctrina Kennan y Truman»; por el contrario, los objetivos internacionales frente al comunismo estarían volcados también en la necesidad de librar y ganar la batalla política. [...] (Palomares, 1999, p. 95).

La doctrina del presidente Kennedy era más difusa e improvisada que las “certezas” defensivas de las agendas republicanas de la década anterior. La Crisis de Cuba y la Guerra de Vietnam⁹⁹ dinamitaron todos los puntos de apoyo de la estrategia exterior de Kennedy, salvo el pilar estratégico de la carrera espacial. La búsqueda de la “nueva frontera” tuvo repercusiones muy positivas para el desarrollo balístico, la tecnología aeroespacial y el mundo de la computación y las telecomunicaciones.

Doctrina Nixon

Con mucha asiduidad, se suele reducir la definición de doctrina Nixon a unas manifestaciones realizadas en Guam en una conferencia de prensa en el verano de 1969, sobre la necesidad de que cada aliado de los Estados Unidos tenía que hacerse cargo de los gastos derivados de la defensa. Aunque fueron unas declaraciones muy reveladoras, no representan de forma plena toda la complejidad y la profundidad de la estrategia

⁹⁹ El presidente Johnson en materia de política exterior, de manera general, siguió las grandes líneas maestras planteadas por Kennedy antes de su asesinato. En aquellos años se acuñaron los términos de “paloma” y “halcón”, para calificar a los políticos de Washington por el posicionamiento de su criterio de actuación exterior.

exterior del presidente Nixon. La estrategia de insertar cuñas diplomáticas en las fisuras de las relaciones de la Unión Soviética con sus aliados, esta estrategia no era nueva en sí misma, pero nunca se llevó al extremo de reconocer abiertamente la autoridad política china. Del mismo modo, la figura presidencial pasaba a implicarse directamente en las negociaciones internacionales y a formar parte activa de las agendas diplomáticas y los viajes oficiales. El concepto de “diplomacia aérea” comenzó a utilizarse de forma generalizada en los años de la administración Nixon.

[...] El *modus operandi* Nixon-Kissinger creó problemas adicionales para los Estados Unidos —y a veces para la URSS. Entre los negociadores de U.S., la mano derecha raramente sabía lo que estaba haciendo la derecha. La confusión entre los diplomáticos americanos causó momentos incómodos con sus homólogos soviéticos —algunas veces crearon espléndidas aperturas para ellos [...] Mientras tanto, Nixon y Kissinger avanzaron despacio y cautelosamente hacia la normalización de las relaciones con la República Popular China [...] (Herring, 2008, pp. 774-775).

El secretario de estado, Henry Kissinger, tomó partido de forma significativa en la nueva estrategia exterior planificada por Nixon¹⁰⁰, hasta el punto de que muchos investigadores denominan a la empresa exterior estadounidense de aquellos años como doctrina Kissinger. En aquellos años se aumentaron los ritmos políticos y las formas de reacción institucional, la diplomacia estadounidense adquirió el don de la ubicuidad de forma plena y de forma casi inmediata.

Doctrina Reagan

Hasta la llegada de Reagan a la institución presidencial no volvió a haber un marco doctrinal para abordar el panorama diplomático y estratégico-defensivo¹⁰¹. La doctrina Reagan fue para muchos investigadores una vuelta a las tesis Kennan-Truman, desarrolladas bajo el sistema de defensa conocido con el sobrenombre de “guerra de las galaxias”. Tal doctrina fue una parte esencial de la “gloriosa” revolución conservadora (o neoconservadora), implementada de forma escalonada por todo el entramado institucional

¹⁰⁰ La labor del secretario de Estado fue determinante a la hora de suplir las carencias y la falta de experiencia en asuntos exteriores del presidente Nixon. Ambos personajes llevaron a cabo una revolución política dentro del Partido Republicano en muchos sentidos y consolidaron, desde el tamiz conservador, la estrategia demócrata de combinar objetivos políticos y objetivos militares en el despliegue del sistema estratégico de defensa.

¹⁰¹ El presidente Ford, a pesar de tener una gran iniciativa en materia exterior, en esencia, fue un continuador de la doctrina Nixon, en la medida que la complicada agenda interna le permitía dedicar tiempo a los asuntos exteriores. Por su parte, el presidente Carter, a pesar de sus múltiples iniciativas de liderazgo transnacional en materia de derechos humanos y sus progresos en asuntos de bilateralidad con la Unión Soviética, tuvo que soportar una sucesión de contratiempos y sus políticas de estrategia defensiva respondían más a una necesidad perentoria que a un plan desarrollado desde una perspectiva doctrinal.

de la “América” conservadora, que gravitaba en derredor del Partido Republicano, bajo el liderazgo político del carismático presidente Reagan. El sistema estratégico de defensa de los Estados Unidos, al margen de estar dotado con unas cifras presupuestarias astronómicas, tuvo más de artificios políticos y de resonancia propagandística (para ensalzar el poderío militar estadounidense) que de efectividad militar real.

El 13 de marzo de 1985, el vicepresidente George H. W. Bush, el secretario de Estado George Shultz y el embajador Arthur Hartman se reunieron en el Kremlin por vez primera con el líder soviético, Mijail Gorbachov. Acababan de enterrar a Konstantin Chernenko [...] Durante cuatro años, el presidente Ronald Reagan había estado esperando la aparición en el Kremlin de un homólogo con el que poder sentarse a negociar [...] La confianza de Reagan en el superior atractivo de los valores occidentales le llevaba a recibir con los brazos abiertos una competencia pacífica con el Kremlin [...] (Leffler, 2008, pp. 427-429).

A pesar de todo lo que generalmente se ha dicho, a nivel político, periodístico y académico, la doctrina Reagan tuvo una incidencia minoritaria sobre la descomposición del glacis soviético en Europa oriental y la posterior disolución de la Unión Soviética. Tales causas deberían ser buscadas *intra muros*, ya que el colapso soviético, que trajo el final de la Guerra Fría, fue el resultado de un largo proceso agostamiento económico y ausencia de regeneración política y reconversión tecnológica.

El planteamiento estratégico militar adaptado a las diferentes fases de la guerra fría

La siguiente clasificación se llevará a cabo en función de las evoluciones de la estrategia militar basadas en la superioridad tecnológica durante la Guerra Fría, no en los clásicos estadios evolutivos establecidos por los principales conflictos armados ni por los determinantes acontecimientos político-sociales, recogidos en las grandes clasificaciones históricas del mundo en el periodo de la Guerra Fría.

Superioridad nuclear estadounidense

Cuando el presidente Truman fue debidamente informado de los avances del proyecto Manhattan y de las exitosas pruebas nucleares en el complejo militar del desierto de Alamogordo, las estrategias militares y diplomáticas de los Estados Unidos comenzaron a ser recalculadas de forma precipitada y sobre la marcha. En el verano de 1945, el monopolio de la bomba atómica hizo creer a la mayoría de miembros de la administración Truman que se podrían imponer nuevas condiciones a la Unión Soviética, cuando el final

de la guerra era inminente, sin grandes consecuencias para el establecimiento de las relaciones internacionales en la Europa de postguerra y para las alianzas estratégicas bilaterales. Así pues, con una relativa seguridad, se puede afirmar que en los acuerdos de Postdam, como consecuencia de la instrumentalización de las armas nucleares, comenzó militarmente el periodo de la Guerra Fría. La fecha oficial del comienzo del conflicto que llevaría al mundo a la partición bipolar y a una carrera armamentística sin precedentes, 1947, sería el momento de la constatación política del inicio del conflicto, además de un hito sagrado para la historiografía y la literatura política occidental.

[...] En Postdam, Stalin también reafirmó la promesa que había hecho a Roosevelt en Yalta (y que volvió a hacer a Hopkins en mayo) de que el ejército soviético invadiría Manchuria, que estaba en poder de los japoneses, antes de mediados de agosto. Truman, a su vez, comunicó tranquilamente al líder soviético, sin mencionar de forma específica la bomba atómica, que Estados Unidos tenía un arma gran capacidad destructiva que se había probado con buenos resultados en el desierto de Nuevo México el 16 de julio. Stalin trató de quitarle importancia al mensaje de Truman diciendo que esperaba que Estados Unidos hiciera buen uso de la nueva arma contra Japón, pero también ordenó a sus científicos que acelerasen sus trabajos para la fabricación de un arma atómica soviética. Por su parte, Truman y el secretario de Estado, James Byrnes, albergaban la esperanza de que la bomba atómica norteamericana obligara a Japón a rendirse antes de que Stalin cumpliera la promesa de entrar en guerra con los japoneses. [...] (Powaski, 2011, p. 89).

La mayoría de científicos que participaron en el desarrollo de la bomba en el Laboratorio Nacional de Los Alamos, encabezados por Robert Oppenheimer, se mostraron atormentados por su uso sobre las ciudades japonesas y advirtieron de las fatales consecuencias políticas de intentar imponer un sistema monopolístico con las nuevas armas de destrucción masiva. Aunque la comunidad científica estadounidense no tenía una respuesta clara para determinar cuando los ejércitos soviéticos alcanzarían la tecnología atómica, Truman y sus allegados mostraban la absurda convicción de que el monopolio estadounidense estaría vigente durante décadas. Los líderes políticos soviéticos se mostraron humillados ante el incumplimiento de los acuerdos alcanzados durante la administración Roosevelt, los generales soviéticos se sintieron desconcertados ante las nuevas fuerzas de destrucción. Cuando en 1949 el programa nuclear soviético consiguió detonar con éxito su primera bomba atómica, una atmósfera de histeria invadió todos los despachos de Washington. Todo acabó de la peor manera posible en el plano político-diplomático, pero afortunadamente no se entró en el devastador escenario militar de la guerra nuclear a escala global.

Igualdad tecnológica y principio de la destrucción mútua asegurada

Cuando la Unión Soviética consiguió producir sus propias armas nucleares la tensión internacional aumentó exponencialmente, se desató una carrera armamentística entre las dos superpotencias militares de posguerra (que iba en contra de toda lógica presupuestaria) y el poder de destrucción masivo de la nueva tecnología atómica provocó un cambio de paradigma (como nunca antes se había dado en la historia militar). El concepto estratégico de la guerra total, que consistía en la utilización de todos los recursos y los efectivos disponibles para la consecución de unos objetivos militares, tuvo que desaparecer de los dos grandes sistemas de defensa por cuestiones de supervivencia global. Aunque no todos los representantes político-militares asimilaron este importante cambio de paradigma, ya que en Washington y en Moscú hasta principios de los años sesenta se podían escuchar voces a favor de la utilización preventiva de las armas nucleares.

[...] El pensamiento estratégico durante la primera década de la era nuclear se mantuvo dentro de los cauces tradicionales. Después de la gran preocupación inicial, el interés del público por ‘la bomba’ disminuyó sensiblemente; los problemas de la defensa nacional, como siempre, pasaron a manos de los expertos. [...] En las superpotencias los cambios en el escenario estratégico se sucedían a un ritmo vertiginoso. Aún no se habían asimilado las ‘lecciones’ que dejó la pasada conflagración mundial, sobre el empleo de la nueva tecnología en el armamento y las comunicaciones, cuando los estrategas debieron hacer frente a los problemas militares que diariamente planteaba la guerra fría y las ‘guerras de liberación’, algunas de las cuales —Grecia, Corea, Malasia e Indochina— involucraban medios de gran envergadura. Las grandes potencias enfrentaban problemas estratégicos similares. [...] (Agozino, 1989, p. 107).

La crisis de los misiles cubanos, en el otoño 1962, fue la responsable de producir en la sociedad estadounidense un estado de pánico sin precedente. Como consecuencia de aquella sucesión de acontecimientos políticos y diplomáticos, la Crisis de Cuba ha sido calificada por la mayoría de estudios históricos como el momento clave en la Guerra Fría y de máxima tensión militar. Sin quitar importancia a aquellos acontecimientos, sería interesante destacar que, posiblemente, el momento más crítico de la Guerra Fría se vivió en la primera gran prueba de fuerza en la península coreana (1950-1953). Momento en el que la falta de experiencia histórica y la falta de visión sobre las posibles consecuencias de un ataque nuclear estuvieron a punto de tener un desenlace fatal.

Disuasión militar, control de armas y retorno a la estrategia militar convencional en la era nuclear

A partir de la década de 1960, especialmente con motivo de la asimilación de la crisis cubana y las asimetrías bélicas del conflicto en la península de Indochina, por parte de las autoridades estadounidenses, los planos político y militar quedaron indefectiblemente unidos. Dicha simbiosis político-militar trajo consigo la creación de sistemas estratégicos de defensa múltiples o estructuras de defensa que tenían la función de coordinar las funciones de varios sistemas estratégicos. Desde entonces, la actuación militar cohabitó con la funcionalidad diplomática, institucional, político-legislativa y propagandística, como nunca antes se había hecho. Ante la imposibilidad de alcanzar unos objetivos militares por los cauces de la guerra tradicional, emergieron una larga serie de herramientas como las operaciones de servicios de inteligencia, el fomento de conflictos de baja intensidad, la propaganda política institucional y la diplomacia multilateral global.

[...] La *revolución mundial de occidentalización* ha cubierto el mundo y todas sus diversidades de tres «capas de uniformidades interrelacionadas». La primera capa es la de la estabilidad, que surge de la necesidad universal de los individuos y de las colectividades de prevalecer en la guerra y en la paz [...] La estabilidad es el marco universal de la existencia humana en todo el mundo y ha convertido a todos los hombres y mujeres en ciudadanos, en un esfuerzo para encauzar sus capacidades en la competición global por el poder. [...] La segunda capa es... la capa de los fenómenos transnacionales, de la interacción global... organizaciones internacionales como las Naciones Unidas y el cuerpo del derecho internacional recogido sobre todo en su Carta. [...] (Peñas, 1997, p. 60).

Toda esta tendencia a la complejidad y a la interrelación de factores múltiples para el establecimiento de los sistemas de defensa militar, en un contexto de destrucción mutua asegurada, coadyuvó a la formalización de objetivos para la coexistencia pacífica y a la cristalización de consensos básicos para el diálogo y el reconocimiento mutuo.

[...] La evolución de los acontecimientos y el relevo de los equipos dirigentes, junto con la multiplicidad de incidentes que pueden desembocar en un conflicto nuclear, fueron haciendo posible y deseable el relajamiento de la tensión entre bloques. Es lo que ha venido en llamarse la «distensión» [...] Consolidado en el poder desde 1958, Krushev lanzó una serie de reformas dentro del bloque socialista y expuso las nuevas orientaciones de la política exterior soviética... El principio de que los bloques no debían inevitablemente chocar, sino que podrían coexistir de forma pacífica [...] (Rodríguez, 1989, p. 42-43).

Ni por la más remota casualidad podría haber imaginado la generación política estadounidense que implementó las grandes organizaciones internacionales (Naciones Unidas y toda su red de organismos), las instituciones supranacionales (El proceso europeo de integración política en sus diferentes modalidades) y las fuerzas transnacionales

(situadas bajo la influencia de los Estados Unidos) que a medio plazo resultarían tan efectivas para consolidar sus esquemas defensivos y para ampliar su influencia política en todo el mundo.

[...] otro rasgo característico de la sociedad internacional del momento es la heterogeneidad, que a su vez actuará como factor de dinamización de las organizaciones internacionales haciendo que tome dos direcciones distintas: crear y mantener organizaciones para evitar el posible enfrentamiento que la disparidad pudiera provocar (organizaciones para la defensa) y buscar fórmulas que conduzcan a la cooperación y al desarrollo armónico. El mejor ejemplo de lo último es la creación de la Organización de las Naciones Unidas [...] A partir de la II Guerra Mundial aparecen las instituciones supranacionales, es decir, que tienen capacidad de decisión que supera a la de los propios estados particulares que está integrados en ella [...] (Fuente, 1989, pp. 6-7).

Los grandes condicionantes de la actuación militar después de la segunda guerra mundial

El siglo XX ha sido el más sangriento en la historia de la humanidad, la cifra total de muertos provocados directa e indirectamente por las guerras es muy discutida dentro de la comunidad historiográfica, pero se acerca mucho a la cifra de los doscientos millones de personas. Una de las causas principales del cuestionamiento de esa cifra total de muertos, es la demarcación conceptual y formal de lo qué es y no es la guerra. La definición de guerra, la tipología de los conflictos bélicos y las formas de hacer la guerra han cambiado tanto a lo largo del siglo XX, que incontrovertiblemente han traído una gran polémica al debate historiográfico, que bien podría equipararse a los desencuentros surgidos entre los investigadores por el esclarecimiento académico de las causas y las consecuencias de la guerra. Los polimorfismos del fenómeno de la guerra, como objeto histórico, tienen una clara repercusión en el campo de los condicionantes del establecimiento de la estrategia defensiva, para los organismos políticos, y en el desarrollo de la acción bélica, para las jerarquías militares.

Condicionante científico-tecnológico

Es una cuestión esbozada con anterioridad, las nuevas bombas atómicas tenían una potencia explosiva tan grande que provocaron una limitación del uso de los medios armamentísticos (Maley, 2011, pp. 211-214). En el contexto de las dos guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, el concepto de limitación del potencial destructivo era algo impensable para la mentalidad colectiva y mucho más para los gestores de la estrategia y la táctica en el campo de batalla. En este nuevo contexto surgieron nuevas formas de hacer y denominar a los enfrentamientos bélicos: guerra de guerrillas, guerra

de desgaste, guerra de baja intensidad, guerra psicológica, guerra terrorista, guerra revolucionaria. En todos los casos mencionados el rol del Estado se transforma considerablemente y la dominación del territorio deja de ser importante (cuestiones clave a lo largo de la historia) para intentar disminuir el impacto de la inferioridad tecnológica y de medios o para no hacer uso de todo el potencial militar.

Condicionante político-electoral

En los Estados Unidos no hubo un criterio claro sobre la forma de proceder a la hora de implementar los sistemas de defensa y de tejer los hilos políticos de la gestión militar. Por inexperiencia, por desconcierto, por motivaciones ideológicas, por miedo a la destrucción general o por exceso de confianza a la hora de interpretar la realidad política, las agendas estratégicas han sido modificadas abrupta e inopinadamente. Tenemos el caso de Truman en 1945, que tras la muerte de Roosevelt, los soviéticos pasaron de ser aliados imprescindibles a enemigos históricos (Gaddis, 2008, pp. 21-22 y 33-35); el caso de Nixon en 1969, que tras presentarse a las elecciones como el gran heredero político de la administración Eisenhower, desarrolló una política exterior y un planteamiento estratégico revolucionario y transgresor desde todos los puntos de vista; el caso de Reagan en 1981, que pese al hundimiento de las capacidades militares soviéticas, decidió desarrollar un sistema estratégico, conocido como “guerra de las galaxias” que no tuvo un impacto real sobre el equilibrio militar en el mundo, pero que supuso una onerosa carga para los contribuyentes y una etapa de *show off* militar y de propaganda política para el liderazgo estadounidense en el mundo.

Condicionante económico-financiero

Tiene dos lecturas fundamentales el condicionante económico-financiero. La carrera armamentística iniciada a finales de los años cuarenta, que imprimió un gran desarrollo estructural al complejo industrial militar, alcanzó unos niveles de gasto y de consumo de recursos públicos que puso en riesgo el orden social y la prosperidad económica del país. En este sentido, las limitaciones de gasto modificaron las estrategias globales de defensa y pudieron acrecentar los desequilibrios de financiación en los diferentes departamentos de guerra y proyectos de investigación militar de los Estados Unidos. Por otra parte, con un sentido diferente, también existió un condicionante económico-financiero en las formas de implementar la estrategia y acometer las intervenciones militares a lo largo de

la Guerra Fría. En Washington, existió un grupo de presión muy importante y heterogéneo (en el plano ideológico) que vigilaba las formas del desarrollo militar y la gradualidad de sus operaciones, para que la estrategia estadounidense no tuviese repercusiones negativas sobre la estructura financiera del país y el buen funcionamiento de la maquinaria económica. Este discurso de presión política y de iniciativa legislativa se manifestó con fuerza en la Guerra de Corea, en la crisis de cubana, en la Guerra de Vietnam y en las dos crisis del petróleo (Fuentes y La Parra, 2004, pp. 310-314), ya que una actuación desmedida podía desencadenar un contexto internacional desfavorable para los intereses económicos.

Condicionante socio-cultural

Los responsables de la gestión militar y de las políticas de defensa, durante el periodo de la Guerra Fría y las décadas posteriores, se han visto condicionados por una serie de factores de índole social y cultural. En la idiosincrasia de los gobiernos y en la cultura popular estadounidense había una serie de convicciones muy estrechas hacia las políticas aislacionistas. Desde las décadas centrales del siglo pasado, el nuevo discurso internacionalista-intervencionista parecía avanzar sin oposición hasta que surgió el movimiento contracultural en los Estados Unidos. Concretamente, la Guerra de Vietnam fue un fuerte catalizador de la mentalidad antibelicista y de las posiciones contrarias a la intervención exterior (Jenkins, 2002, pp. 336-341). Todo este malestar por los acontecimientos derivados de la intervención militar en Vietnam tuvo cabida en las obras de los intelectuales y en la mirada crítica de muchos activistas y medios de comunicación social. A principios de la Guerra Fría, todo parecía estar justificado por la fiebre anticomunista y por la permisividad de la ciudadanía ante el nuevo rol internacional de los Estados Unidos, pero esa calma duró poco. La Guerra de Corea no tuvo mucha repercusión en la prensa y en la opinión pública. La Guerra de Corea y los excesos de la Agencia Central de Inteligencia, en diferentes partes del mundo durante los años sesenta y setenta, ocuparon muchas páginas de periódicos y muchos minutos en radio y televisión, esa cobertura mediática y ese tratamiento informativo contribuyeron poderosamente a la fuerte contestación social en contra de la guerra.

Condicionante filosófico-legislativo

A nivel de retórica diplomática y de legislación internacional, los Estados Unidos se han presentado ante el mundo como la nación más democrática, como el pueblo con la más alta condición moral de la historia de la humanidad y como el Estado defensor de los derechos humanos y la dignidad de los pueblos oprimidos. En ciertos aspectos hay un trasfondo de realidad, pero en otros muchos casos estas argumentaciones estaban directamente relacionadas con campañas de propaganda política y con programas para desacreditar la cosmovisión comunista y la imagen política del bloque soviético. Ese gran relato, durante décadas, fue muy favorable a la causa exterior estadounidense, pero en algunos otros casos el gobierno y los delegados diplomáticos estadounidenses han sido víctimas de su propio discurso (Hixson, 2008, pp. 112 y 186-188), generando situaciones incómodas y comprometidas de cara a la opinión pública (estadounidense e internacional) de las que han tenido que salir (en muchas ocasiones) haciendo un ejercicio de hipocresía política y cinismo pragmático. Así que podemos decir, que muchos de los componentes retóricos y los fundamentos jurídicos de la postura legislativa estadounidense (en materia de derecho internacional y relaciones internacionales) ha constituido un valladar para el establecimiento de la estrategia militar y una causa de horadación de su imagen exterior (Pecharromán *et al.*, 1989, pp. 115-120) mitigada por los efectos de la propaganda y por el fomento de los contenidos informativos distorsionados. En definitiva, durante toda la fase de la Guerra Fría, unos temas tan icónicos como los derechos humanos y los valores democráticos han sido objeto de escarnio internacional para la política exterior estadounidense, por su red de alianzas internacionales para establecer los enclaves de su sistema defensivo.

Conclusión

Todas las coyunturas que envuelven el proceso de investigación de la historia militar, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, tanto en el caso estadounidense como en cualquier otro caso de análisis, relegan los parámetros clásicos de metodología a un estado de disfuncionalidad total. La gran complejidad de los procesos estratégicos surgidos durante la Guerra Fría debe ser abordada desde una predisposición multidisciplinar. El análisis histórico contemporáneo (y mucho menos la historia del presente) no puede prescindir de los resultados de investigación y de los acervos disciplinares de ramas de conocimiento hermanas y contiguas. Es decir que en el proceso

de clasificación de fuentes y de análisis de planteamiento de hipótesis realizado por el historiador, diligentemente, no puede prescindir de la experiencia científica y de los referentes comparativos de ramas de conocimiento como la sociología, la politología, la comunicación, el derecho y la filosofía, por citar algunos ejemplos, a la hora de realizar sus estudios históricos en las áreas de temática militar o evolución de la guerra.

Los planteamientos estratégicos militares programados desde un marco de desarrollo doctrinal no siempre acabaron de la forma esperada, muchas de las posiciones primigenias tuvieron que ser reconsideradas sobre la marcha y en consecuencia de las contingencias y los sucesos del panorama político internacional. Los grandes sistemas estratégicos ligados a los perfiles políticos presidenciales más destacados fueron transformados y reinterpretados por una serie de condicionantes de muy diversa naturaleza. Factores de influencia de las agendas estratégicas como la tecnología, la economía, la supervivencia electoral, la cultura popular, la idiosincrasia sistémica y el derecho internacional público están sujetos a mutaciones evolutivas y a contextos de desarrollo. Todos esos factores, en mayor o en menor medida, guardan algún tipo de interrelación múltiple y muchas veces emergen de manera consecutiva. A pesar de todo, los diferentes sistemas estratégicos estadounidenses fueron más efectivos y estuvieron mejor gestionados que los de sus oponentes soviéticos en todas sus dimensiones.

A modo de reflexión final, se puede decir que a pesar de que la cuestión político-militar está muy estudiada por los especialistas de la historia contemporánea, en relación a otros campos de investigación, todavía existen muchas áreas oscuras y muchos aspectos de indeterminación, al margen de que a nivel popular y académico resuena un amplio convencimiento de que es un tema plenamente desarrollado por la historiografía. Las nuevas formas de hacer historia militar y los nuevos enfoques metodológicos de la historia política contemporánea deben abrir nuevas vías de exploración y experimentación en un tema tan importante y cautivador como el de la Guerra Fría.

Bibliografía

- AGOZINO, A. (1989): *Estrategia y acción militar: de Sun Tzu a la guerra de las galaxias*, Buenos Aires, Ediciones Depalma.
- ARTOLA, R. (2009): *Carrera Espacial: del Sputnik al apollo 11*, Madrid, Alianza.
- BLACK, J. (Ed.). (2011): *La guerra desde 1900. Historia. Estrategia. Armamento*, Tres Cantos, Akal.
- DAVID, C. P. (2008): *La guerra y la paz: Enfoques contemporáneos sobre seguridad y estrategia*, Barcelona, Icaria.
- DE DIEGO, E. (Coord.). (1994): *Historia del mundo contemporáneo*, Madrid, Actas.
- DE LA TORRE, H. y MORALES, V. (Coords.). (1997): *Historia universal contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces.
- FINCHER, H. (2004): *Súper poder USA: cómo el complejo militar-industrial derrotó al pueblo estadounidense*. San José: Concordia, Centro de Amigos Quáqueros para la Paz.
- FREEDMAN, L. (1992): «Las dos primeras generaciones de Estrategas Nucleares», en PARET, P. (Coord.): *Creadores de la estrategia moderna: desde Maquiavelo a la Era Nuclear*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- FUENTE, P. (1989): *Las instituciones supranacionales*, Madrid, Akal.
- FUENTES, J. y LA PARRA, E. (2004): *Historia Universal del siglo XX. De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas*, Madrid, Síntesis.
- GADDIS, J. (2008): *La Guerra Fría*, Barcelona, RBA.
- GAJATE, M. y GONZÁLEZ, L. (Eds.). (2017): *Guerra y Tecnología. Interacción desde la Antigüedad al Presente*, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces.
- GALLOIS, P. (1962): *Estrategia de la era nuclear*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- GARCÍA, F. y LORENZO, J. (1996): *Historia del mundo actual. 1. Memoria de medio siglo*, Madrid, Alianza.
- . (1996): *Historia del mundo actual. 2. Imago mundi*, Madrid, Alianza.
- GARCÍA, P. (2003): *Las relaciones internacionales en el siglo XX: la contienda teórica. Hacia una visión reflexiva y crítica*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- HERRING, G. (2008): *From Colony to Superpower. U.S. Foreign Relations since 1776*, Nueva York, Oxford University Press.

- HIXSON, W. (2008): *The Myth of American Diplomacy. National Identity and U.S. Foreign Policy*, New Heaven, Yale University Press.
- HOBBSBAWM, E. (2009): *Guerra y paz en el siglo XXI*, Madrid, Público.
- JENKINS, P. (2002): *Breve historia de Estados Unidos*, Madrid, Alianza.
- LEFFLER, M. (2008): *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica.
- LOZANO, A. (2017): *La guerra fría*, Tenerife, Melusina.
- MCMAHON, R. (2009): *La Guerra Fría. Una breve introducción*, Madrid, Alianza.
- MARTOS, A. (2009): *Breve historia de la carrera espacial*, Madrid, Nowtilus.
- MILLETT, A. y MASLOWSKI, P. (1986): *Historia Militar de los Estados Unidos. Por la defensa común*, Madrid, San Martín.
- PALOMARES, G. (1999): *Política y Gobierno en los Estados Unidos (1945-1999). Historia y doctrina de un espíritu político*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- PAREDES, J. (Coor.). (1990): *Historia Contemporánea*, Madrid, Actas.
- PARET, P. (Coor.). (1992): *Creadores de la estrategia moderna: desde Maquiavelo a la Era Nuclear*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- PECHARROMÁN, J., CARRERAS, J., SALOM, J., VIVES, P., FLORENSA, S., MORENO, J. y VIÑAS, Á. (1989): *La Guerra Fría. OTAN frente al Pacto de Varsovia*, Madrid, Historia 16 y Temas de Hoy.
- PEÑAS, F. (1997): *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales*, Madrid, Alianza Universidad.
- PEREIRA, J., NEILA, J. y MORENO, A. (2013): *Atlas histórico de la Guerra Fría*. Madrid, Síntesis.
- PEREIRA, J. (1989): *Historia y presente de la Guerra Fría*. Madrid, Istmo.
- POWASKI, R. (2011): *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Crítica.
- RODRÍGUEZ, A. (1989): *Las relaciones internacionales tras la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Akal.
- ROMERO, A. (1979): *Estrategia y política en la era nuclear*, Madrid, Tecnos.
- SANTAMARÍA, C. (1985): *La amenaza de guerra nuclear. Estrategia, política y ética*, San Sebastián, Publicaciones Idatz.
- SWIFT, J. (2008): *Atlas histórica de la guerra fría*, Madrid, Akal.

LOS CAMBIOS EN LA GEOESTRATEGIA MUNDIAL DESDE LA CAÍDA DE LA URSS. UNA APROXIMACIÓN GLOBAL CHANGES IN THE WORLD GEOSTRATEGY SINCE THE FALL OF THE USSR. A GLOBAL APPROACH

Óscar Corcoba Fernández

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Tras la caída de la Unión Soviética se produjo un gran cambio en la geopolítica mundial, pasando Estados Unidos a ser la potencia que dominó la política mundial. Sin embargo, desde el inicio del nuevo siglo, la Federación Rusa ha llevado a cabo una política, primero de recuperación, luego de consolidación, y finalmente de expansión de su área de influencia. Los grandes focos de los conflictos mundiales han sufrido varios cambios desde 1990. Ha evolucionado tanto la polaridad de los focos de poder en el mundo, así como la manera de comprender y de hacer la guerra.

Palabras clave: Estados Unidos, Rusia, geopolítica, guerra, estrategia.

Abstract: After the fall of the Soviet Union there was a great change in world geopolitics, with the United States becoming the power that dominated world politics. However, since the beginning of the new century, the Russian Federation has carried out a policy, first of recovery, after consolidation, and finally of expansion of its area of influence. The major hotbeds of world conflicts have undergone several changes since 1990. The polarity of the centers of power in the world has evolved, as well as the way of understanding and making war.

Keywords: United States, Russia, geopolitics, war, strategy.

Introducción y contexto internacional tras la caída de la URSS

Tras la desintegración de la URSS, y la disolución del Pacto de Varsovia, EE.UU. se quedó sin su gran rival en la política internacional, que lo había sido durante más de cuarenta años. Se produjo un primer gran desplazamiento de los focos de atención geoestratégica internacional. La caída del “*Telón de Acero*” supuso el primer gran desplazamiento de los conflictos de tensión hacia el Este de Europa. El principal peligro al que se enfrentó el mundo tras la caída de Moscú, fue el control del vasto arsenal atómico soviético.

Desde el final de la guerra fría, y hasta 2008, las relaciones entre la OTAN y el Kremlin estuvieron más influenciadas por la cooperación que por el enfrentamiento, salvo por momentos de tensión como la guerra en Kosovo en 1999, y recientemente por cuestiones como la guerra en Libia o en Siria.

En 1997 se firmó el Acta Fundacional OTAN-Rusia sobre Relaciones Mutuas que proponía unos puntos de partida para cooperar. Sin embargo, desde la caída del Telón de Acero la OTAN ha ido extendiendo progresivamente su influencia y sus miembros de pleno derecho a los países del caído estado soviético.

Se han producido varias ampliaciones desde el final de la Guerra Fría; el 12 de marzo de 1999 República Checa, Hungría y Polonia, pasarían a formar parte de la Alianza Atlántica, el 29 de marzo de 2004 lo harían Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Rumania, Eslovaquia, Eslovenia, y finalmente el 1 de abril 2009 serían integradas Albania y Croacia. En el año 2008 el expresidente de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov dijo, el 6 de mayo, en una entrevista a The Telegraph:¹⁰²

Los estadounidenses prometieron que la OTAN no se movería más allá de las fronteras de Alemania después de la Guerra Fría, pero ahora la mitad de Europa central y oriental son miembros, así que ¿qué pasó con sus promesas? Se nota que no se puede confiar (en ellos)

Además de estas ampliaciones, Rusia se ha visto cada vez más “rodeada” y “cercada” por las fuerzas de la OTAN y por elementos afines a esta. La instalación de radares BDM (*Ballistic Missile Defense*) en el Este de Europa (República Checa y Polonia), el aumento de la presencia naval en el Mediterráneo, o el aumento de tropas en las bases japonesas creó en Rusia la sensación de un cerco por parte de EE.UU., que hábilmente el presidente Vladimir Putin ha sabido aprovechar en su propio beneficio.

Rusia ha tenido numerosos desacuerdos con la OTAN sobre la defensa antimisiles, los Balcanes y más recientemente Libia, donde Moscú se mostró escéptico de la campaña de bombardeos de la alianza que ayudó a derrocar Muammar Gaddafi.

Durante el primer mandato del presidente Putin las relaciones entre Moscú y Washington, fueron de cooperación, especialmente en la lucha contra el terrorismo. Los caminos de las relaciones se separaron cuando durante la segunda presidencia de G.W. Bush, EE.UU apoyó a Ucrania y Georgia para su ingreso en la OTAN.

Los planes de la OTAN de realizar ejercicios en Georgia... son una provocación abierta. Los ejercicios no deben realizarse donde se ha librado una guerra, y advirtió sobre sus posibles consecuencias negativas para las relaciones entre Moscú y la Alianza Atlántica.

¹⁰² VV.AA (2008) “Gorbachev: US could start new Cold War” THE THELEGRAPH. Ed, digital. Consultado 20 diciembre 2016. Disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/russia/1933223/Gorbachev-US-could-start-new-Cold-War.html>

y se refirió a la conducta de la Alianza como “el intento de la OTAN de mostrar el músculo militar”¹⁰³.

Esto ha llevado a EE.UU, a la OTAN y a la UE, a desarrollar una estrategia de seguridad cooperativa, basada, en ayudar a las tropas y autoridades locales a dotarse de capacidades, para que sean ellas las que lleven a cabo las operaciones sobre el terreno. Sin embargo las medidas de Occidente no terminan ahí puesto que “*También posee gran influencia en Asia Central, en donde las repúblicas ex soviéticas son un objetivo estratégico muy importante para Estados Unidos, debido a sus reservas de gas y petróleo, sobre todo, Turkmenistán y Kazajistán*”¹⁰⁴.

Por citar un ejemplo, en el 2009, la producción total de la antigua república soviética de Kazajistán fue de 76,5 millones de toneladas de petróleo y 35.600 millones de metros cúbicos de gas. En 2010 subió a los 80 millones de toneladas de petróleo y en 2015, se extrajeron 150 millones de toneladas de petróleo anuales, situándose en el “top ten” de productores mundiales. Sus objetivos a largo plazo para 2020-2025 son situarse entre los cinco primeros productores mundiales¹⁰⁵.

Desde el fin de la Guerra Fría, a pesar de los aparentes giros, las estrategias de política exterior de Rusia y China han estado motivadas por un objetivo constante: llegar a ser grandes potencias, por lo que expertos y fuerzas políticas más moderadas en Estados Unidos consideran que ambas potencias tendrán una mayor disposición a cooperar con la gobernanza global, si Estados Unidos son capaces de reconocer su status e identidad¹⁰⁶.

Ariel Cohen, de la Fundación Heritage, argumenta que:

Hoy el liderazgo ruso es más joven y fuerte que el esclerótico régimen de Brezhnev o el de Gorbachov, con un país en declive terminal. Esta administración rusa es crecientemente antiestadounidense y continúa amenazando agresivamente la soberanía de sus vecinos por el intento de desplegar componentes antimisiles en Polonia o la República Checa o por el intento de Georgia y Ucrania de ingresar a la OTAN (Cohen, 2009, p. 2).

Según la investigadora Ana Cid; En:

¹⁰³ Declaraciones del presidente ruso Dmitri Medvedev con respecto a los ejercicios militares en Georgia, página web de la presidencia rusa, mayo 18, 2009.

¹⁰⁴ GUTIERREZ DEL CID, Ana Teresa (2012) “*La fallida estrategia del reset estadounidense hacia Rusia*” p.84 Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM. N°113. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rri/issue/view/3903/showToc>

¹⁰⁵ En línea (2011). Consultado 28 de Diciembre 2016: Kazajistán nuevo líder productor de petróleo Disponible en: https://cincodias.elpais.com/cincodias/2011/03/07/economia/1299614146_850215.html

¹⁰⁶ GUTIERREZ DEL CID, Ana Teresa (2012) “*La fallida estrategia del reset estadounidense hacia Rusia*” p.84 Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM. N°113. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rri/issue/view/3903/showToc>

Afganistán está en el corazón de Eurasia y la presencia militar en este país permite ejercer presión tanto sobre Rusia como sobre China, India e Irak, controlar las rutas de transporte del petróleo y el gas del Mar Caspio, tener presencia en el Medio Oriente y también obtener ingresos del narcotráfico, ya que Afganistán produce bajo las nuevas condiciones de ocupación, el 93% del opio mundial.

Desplazamiento de los focos de tensión hacia el sureste

La primera y la segunda guerra del golfo representaron una de las últimas guerras clásicas, estado vs estado, que junto con la de Libia, y Afganistán, se han llevado a cabo en el ámbito internacional. La guerra global declarada contra el terrorismo a partir del 11-S desplazó definitivamente los focos de tensión a Oriente Próximo, dejando de ser Rusia el enemigo tradicional de EE.UU., para centrarse esta vez en un nuevo tipo de guerra. (Se suspendió la prohibición del escudo antimisiles, que llevaba en vigor desde la época soviética).

El intento de recuperación de Rusia del espacio postsoviético

Durante la década de los 90's Rusia hubo de enfrentarse a la necesidad de la reorganización del estado ruso, enfrentarse al dilema de la identidad del pueblo ruso (multiétnico, multicultural, religiosamente oprimido durante los últimos setenta años...etc.) y enfrentarse también a la desmoralización general que asolaba las filas de las tropas y de la oficialidad.

De la desintegración del imperio soviético la mayoría de las fuerzas del Ejército Rojo quedaron en manos de Moscú, siendo solamente Ucrania, (de todos los antiguos satélites) la que se quedase con contingentes militares de importancia. La imposibilidad de recuperar la influencia perdida durante el colapso del comunismo sobre sus antiguos satélites, empleando de manera directa la fuerza (al menos contra occidente de manera directa como veremos), hizo que durante veinte años la política de Moscú se dividiera en dos grandes frentes para, poco a poco, ir dotando de nuevo a Rusia, de esa “zona de seguridad” que desde época de los zares ha perseguido.

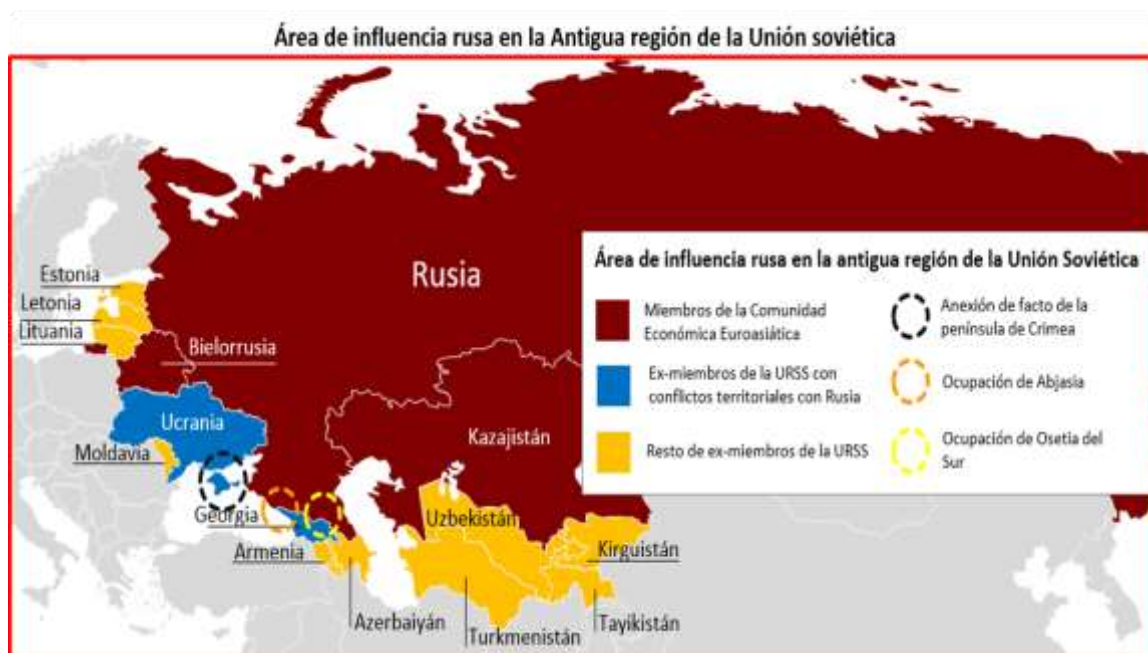
Como hemos visto anteriormente, las diferentes adhesiones de los países del este a la OTAN y a la UE han propiciado que Rusia se sienta amenazada y aislada. Para contrarrestar estos efectos su política se ha dividido en el frente diplomático-económico y en el frente militar.

El frente diplomático-económico ha tenido su momento culmen con la creación de la Unión Euroasiática. Rusia ha conseguido establecer “la libertad de circulación de bienes,

servicios, capital y mano de obra", así como "la aplicación de una política coordinada, coherente y uniforme en todos los sectores de la economía", estipula, asimismo, un asunto de suma importancia: "una política monetaria acordada"¹⁰⁷.

Los iniciantes firmantes de este acuerdo fueron Rusia, Bielorrusia y Kazajistán a las que posteriormente se unirán Armenia y Kirguistán, afectando esta unión económica a más de 184.000.000 de personas y teniendo un poder económico que ronda los 4.000 trillones de dólares. Se baraja incluso la posibilidad de la creación de una moneda y un banco común únicos, lo que no hace sino aumentar los motivos de preocupación en la UE y EE.UU.

Y no es para menos, la Unión Económica Euroasiática a parte de su ¿posible? futura moneda única para el año 2025, va a pasar a convertirse en una organización económica que controle el 15% del petróleo mundial, y 1/5 parte del gas mundial, aumentando más aun la dependencia energética del resto de Europa.



Fuente: <http://politicainternacional.es/el-imperio-ruso-contrataca/>

El presidente ruso, Vladimir Putin declaró: “Conservamos plenamente la soberanía estatal, pero garantizamos una cooperación económica más ajustada y armonizada.

¹⁰⁷ En línea (2014) Consultado 10 Febrero 2017: “La Unión Euroasiática creará una divisa propia que hará frente al euro” Disponible en: <https://actualidad.rt.com/economia/view/130032-union-economica-euroasiatica-moneda-comun>

*Nuestra posición geográfica nos permite crear rutas logísticas no solo de importancia regional, sino también de importancia global, concentrando en ella los enormes flujos comerciales entre Europa y Asia*¹⁰⁸”

Durante el mandato de Bush las relaciones con Rusia se basaron en cumbres celebradas por los presidentes de ambas naciones, como la celebrada en 2001 en Eslovenia, donde trataron temas como la integración de Rusia en la Organización Mundial del Comercio (OMC). Las relaciones entre ambos países fueron más a nivel presidencial que a nivel burocrático, dependiendo enormemente del carácter personal de cada presidente.

Se llegaron a alcanzar momentos de tensión, y de relaciones diplomáticas consideradas bajas en 2007, donde algunos expertos las llegaron a comparar con una nueva Guerra Fría¹⁰⁹. La instalación del escudo antimisiles en la República Checa y Polonia fue uno de los puntos que más tensión suscitó entre Whasintong y Moscú. Ya en 2008, en una nueva cumbre celebrada en Sochi (Rusia), los mandatarios rebajaron los índices de tensión entre ambos países¹¹⁰.

La estrategia del “reset” (administración Obama) presupone un mayor involucramiento institucional coordinado¹¹¹. Se basaba en 3 criterios fundamentales; cooperar cuando los intereses coincidan, (sanciones a Corea Norte o a Irán, la lucha antiterrorista o los acuerdos START 3), mantenerse firme cuando los intereses diverjan y mejorar las relaciones con el pueblo ruso. Sin embargo esta política no ha tenido un éxito continuado, el ministro de exteriores ruso, Sergei Larov, llegó a afirmar que¹¹² “*fue un invento de Hillary Clinton*¹¹³ y la administración Obama”. Desde la introducción del botón “reset”, Rusia se ha anexionado Crimea, ha ayudado a aumentar la inestabilidad

¹⁰⁸ En línea: “*Putin firma la ley para crear la Unión Económica Euroasiática*” Consultado 10 Febrero 2017. Disponible en: <https://actualidad.rt.com/actualidad/view/142238-putin-creacion-union-euroasiatica-economia>

¹⁰⁹ En línea: (2001) “*Bush y Putin tienden puentes de diálogo en su primera cumbre bilateral*” Agencia Lulliana. Consultado 10 de Febrero de 2017. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2001/06/16/actualidad/992642403_850215.html

¹¹⁰ En línea (2008) “*La cumbre entre Bush y Putin aminora la tensión por el escudo antimisiles*” Agencia AFP. Consultado 15 de Febrero 2017. Disponible en: http://www.nacion.com/mundo/Bush-Putin-aminora-tension-antimisiles_0_968703334.html

¹¹¹ GUTIERREZ DEL CID, Ana Teresa (2012) “*La fallida estrategia del reset estadounidense hacia Rusia*” p.84 Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM. N°113. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rri/issue/view/3903/showToc>

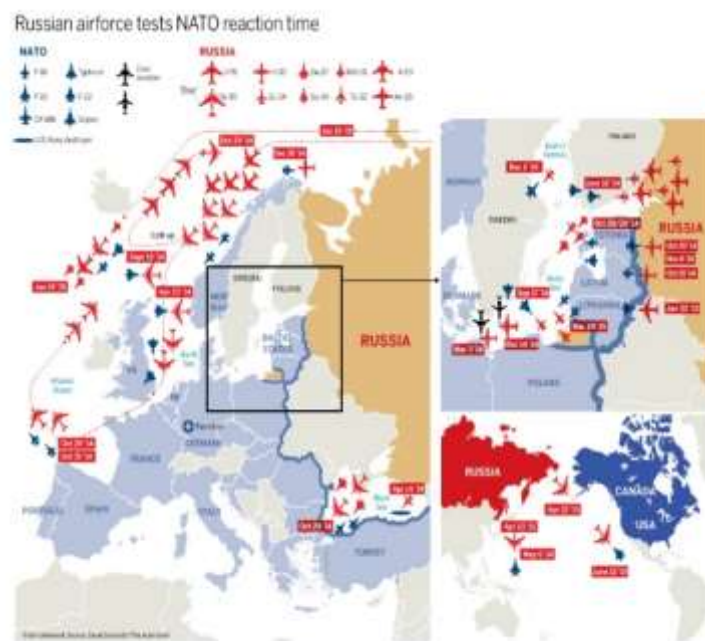
¹¹² En línea (2015) “*International diss: Russia's Sergey Lavrov says failed 'reset' was 'invention of Hillary Clinton*” <http://www.washingtontimes.com/news/2015/jun/3/russian-fm-sergey-lavrov-failed-reset-was-invention/>

¹¹³ Fue Secretaria de Estado de los Estados Unidos desde 2009 hasta 2013. En su elección presidencial a la Casa Blanca en 2016 abogaba por unas relaciones de freno a Putin, sobretudo en Siria. La elección de Donald Trump sin embargo frenó esta posibilidad.

en el este de Ucrania y ha desafiado a los estados miembros de la OTAN con acciones militares provocadoras.

El 30 de mayo de 2015, por ejemplo, un avión Su-24 ruso acosó al destructor USS Ross (DDG¹¹⁴-71) en el Mar Negro. La Federación Rusa negó que su aparato hostigase al destructor americano, y por su parte EE.UU afirmó que su navío se encontraba en aguas internacionales no habiéndose desviado de sus operaciones habituales.¹¹⁵ Otro ejemplo, aunque podríamos citar algunos más, es el envío de un caza Su-35S a la costa atlántica, que bordeó todo el espacio aéreo de Portugal y llegó a posicionarse sobre la base de Rota. Los objetivos que tiene Rusia con estos vuelos son claramente medir los tiempos (entre otros), de las defensas aéreas de los diferentes países de la OTAN.

El objetivo, en declaraciones de un portavoz del Ministerio de Defensa de España, era *“comprobar cómo se comporta el sistema de la alerta de la OTAN en la vertiente Atlántica, cuál es el tiempo de respuesta y el procedimiento”*¹¹⁶. A pesar de estos ejemplos sabemos que la OTAN tiene plenos conocimientos de maniobras continuadas de la Federación Rusa para poner a prueba sus procedimientos y tiempos de respuesta.



Fuente: David Cenotti/The Aviationist

¹¹⁴ Guided-missile destroyer. Destructor de misiles guiados.

¹¹⁵ Shinkman, Paul D. (2015-06-01). "More 'Top Gun': Russian Jets Buzz U.S. Navy Destroyer in Black Sea". US News & World Report. Archived from the original on 2 June 2015. Retrieved 2015-06-01.

¹¹⁶ En línea (2016) "Un caza ruso Su-35 desafía a la defensa aérea de España" Consultado 19 de Febrero de 2017. Disponible en: https://www.elconfidencialdigital.com/defensa/Su-35-desafia-defensa-aerea-Espana_0_2824517525.html



Fuente: Laurence Peter (BBC News) & OTAN¹¹⁷

En el plano puramente militar, Rusia ha reforzado su presencia y su imagen de fuerza internacional por los conflictos militares con Georgia¹¹⁸ (2008), Ucrania (2014-presente) y Siria (2014-presente). Desde el tercer mandato de Putin (2012) y después de la intervención en Libia aumentaron las críticas de Rusia hacia la política exterior de EE.UU.

Los nuevos modelos de guerra, de la guerra asimétrica a la guerra híbrida

Los modelos y paradigmas de guerra están cambiando en el S.XXI (ya se ha citado aquí la Doctrina Rumsfeld, por ejemplo), la guerra asimétrica está en claro retroceso, mientras que el nuevo modelo de guerra, llamado guerra “híbrida” va tomando cada vez un mayor protagonismo en el mundo actual.

Podríamos hacer una definición genérica del concepto de “*Guerra asimétrica*”, siendo aquella que busca aprovechar las ventajas tecnológicas, busca además concentrar un inmenso poder de fuego en un escenario a fin de conseguir una victoria rápida y contundente. Mientras que por otro lado la “*Guerra híbrida*” respondería al tipo de

¹¹⁷ PETER, Laurence (2014) “Russian air force planes test Nato defences” BBC News. Disponible en: <http://www.bbc.com/news/world-europe-29832879>

¹¹⁸ Como resultado se produjo la independencia de Osetia del Sur y de Abjasia.

modelo de guerra que busca alargar la contienda para hacerla más costosa (García Guindo, Martínez y González, 2015).

El problema que tendrá el mundo occidental con este modo de hacer la guerra no es nada nuevo. Se puede resumir en la idea de que los objetivos políticos y sociales divergieran con el tiempo, y al aumentar los costos (no solo económicos, si no materiales y en vidas humanas), la opinión pública occidental no tolerará el conflicto durante un tiempo prolongado y la nación en cuestión habrá de retirarse.

Un ejemplo de la influencia de la opinión pública en un conflicto bélico podría ser la Guerra de Vietnam¹¹⁹ (1955-1975), en la Doctrina Rumsfeld, durante la Guerra de Irak (2003), se incluyeron periodistas en las unidades sobre el terreno para facilitar el control de la información desde el Pentágono y controlar a la opinión pública para que estuviera “a favor” del conflicto. Ya lo afirmaba Tsun Zu en su obra “*El Arte de la Guerra*”; “*Nunca es beneficioso que una operación militar se alargue mucho en el tiempo*”. Será a partir de la Guerra de Irak de 2003 cuando la manera de hacer la guerra cambie, tanto para occidente, como para el resto del mundo. La aparición de nuevas amenazas como el Estado Islámico, o Boko Haram buscan explotar las debilidades de occidente de diversas maneras, entre ellas destaca su doctrina del terror, el uso de la información y los mass media.

Y no solamente la guerra híbrida busca minar la voluntad de seguir luchando en el seno de las sociedades y entre ellas las élites políticas de occidente, si no que este modelo bélico no se constriñe a los parámetros “*respetuosos*” de la guerra clásica occidental, de un modo claramente intencionado. Además, se aumenta el combate en zonas urbanas (la población civil presente no hace más que aumentar la llamada *niebla de guerra*).

También proceden a la reutilización de armamento de varias generaciones, para compensar la falta de potencia de fuego, o los mejores armamentos de la potencia militar superior “cualquier” arma que se pueda utilizarse es buena (García Guindo, Martínez y González, 2015).

Hoffman (2007) defiende que nos encontramos ante fuerzas que integran las fuerzas regulares y las fuerzas irregulares. Los conflictos de la posguerra fría han demostrado que quienes se enfrentan a occidente lo hacen usando 4 pilares; el empleo de fuerzas armadas convencionales, las tropas irregulares, las acciones terroristas y el crimen organizado,

¹¹⁹ La Guerra de Vietnam no corresponde a una guerra híbrida, pero en este conflicto fue determinante el uso de la información para influir en la opinión pública, lo que provocó una retirada de EE.UU. que era claramente superior en el escenario bélico.

unas características comunes en los conflictos contra occidente de las últimas dos décadas.

Según Sánchez Herráez (2014) y Hoffman (2009), *“Cualquier adversario que de manera simultánea y adaptativa emplea una mezcla de armas convencionales, tácticas irregulares, terrorismo y comportamiento criminal en el espacio de batalla para alcanzar sus objetivos políticos”*¹²⁰ está realizando una *“guerra híbrida”*.

Se ha visto un incremento de la capacidad de los actores no estatales a la hora de hacer frente a las fuerzas armadas convencionales que los estados despliegan, algunos especialistas han llegado a plantear si los ejércitos no deberían descentralizarse.

En la guerra híbrida se busca cualquier medio al alcance para dañar al adversario, Mohamed Al-Adnani declaró a sus seguidores del ISIS:

Si puedes asesinar a infieles americanos o europeos -especialmente a malévolos y sucios franceses- o australianos o canadienses o cualquier infiel entre los infieles que azuzan la guerra, incluidos los ciudadanos de los países de la coalición contra el Estado Islámico, entonces confía en Alá, y asesínalos de cualquier forma o manera. Da igual cómo. Revienta su cabeza con una roca o acuchíllales o atropéllales con tu coche o tírales desde un lugar elevado o ahógaes o envenénalos.¹²¹

Este nuevo modelo de guerra es claramente dramático para Europa (y el mundo occidental), el llamado Terrorismo *“low cost”*. Charlie Winter (investigador del Centro Internacional para el Estudio de la Radicalización y la Violencia Política) ha afirmado que con este tipo de acciones *“se consigue un tipo de operación no sofisticado pero muy efectivo, con un gran impacto y aterrador”*¹²².

La primera guerra del golfo

El 2 de Agosto de 1990, 100.000 soldados de las Fuerzas Armadas de Sadam Husein invadieron Kuwait, para evitar tener que pagar su deuda, una deuda de 80.000 millones de \$¹²³. Sadam rechazó las exigencias de la ONU y proclamó la anexión de Kuwait. Entre

¹²⁰ Frank G. Hoffman, Hybrid vs. Compound War. The Janus Choice of Modern War: Defining Today's Multifaceted Conflict, Armed Forces Journal, octubre 2009. <http://www.armedforcesjournal.com/hybrid-vscompound-war/>

¹²¹ En línea (2014) CARRION, Francisco. “El Estado Islámico llama ahora a asesinar a los 'vengativos' franceses” EL MUNDO. Consultado el 16 de enero de 2017. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2014/09/22/541feb58e2704eb6778b457c.html>

¹²² En línea (2017) MARTINEZ, Antonio. “El terrorismo 'low cost' impone el miedo en Europa, de Niza a Estocolmo” EL CONFIDENCIAL. Consultado el 8 de Abril de 2017. Disponible en: https://www.elconfidencial.com/mundo/2017-04-08/terrorismo-low-cost-impone-el-terror-en-europa-estocolmo-niza-a-estocolmo_1363641/

¹²³ Resolución 660 de la ONU, exigiendo la retirada inmediata y sin condiciones del territorio ocupado. Resolución 661. Bloqueo contra Iraq.

las causas de la guerra podemos citar las diferencias políticas entre los gobiernos de Irak y de Kuwait, entre las que destacaban las acusaciones de Irak a Kuwait por la extracción ilegal de petróleo de suelo iraquí (reclamando 2.400 millones de dólares por este concepto).

Diez días antes del inicio de la “Tormenta del Desierto”, Saddam Hussein, amenazó al mundo con desencadenar *"la madre de todas las batallas"* y la derrota de las tropas de la coalición internacional, llegando a confirmar el día del inicio de la guerra *"la madre de todas las batallas ha comenzado"*.

La Tormenta del Desierto (o Primera Guerra del Golfo) supuso un antes y un después en la forma de conducir las guerras.

Es la última guerra hasta la fecha donde las tropas terrestres jugaran un papel de dominio en cuanto a los números se refiere, porque en la práctica, quien llevó el peso de la guerra fue la fuerza aérea.¹²⁴ En Siria por ejemplo, se está considerando el despliegue de fuerzas terrestres a inicios del mandato del presidente Trump, siendo la USAF¹²⁵, la que ha participado más activamente en el conflicto. También en el caso de la guerra de Libia, no solo durante la contienda, si no que EE.UU. ha bombardeado objetivos militares a petición del Gobierno de Acuerdo Nacional (Libio), para hacer retroceder las posiciones del IS.

Las grandes lecciones aprendidas en la Guerra del Golfo han sido; que el poder aéreo basta para ganar una guerra¹²⁶, fue la primera guerra en la era de la globalización, donde se podía ver casi en directo las imágenes de misiles y bombas de precisión impactando de lleno en sus objetivos, sin casi margen de error¹²⁷.

Para asegurar la supremacía aérea, la USAF utilizó 44 bombarderos F-117 prácticamente no detectados por los radares, pudieron llegar a bombardear Bagdad. Se los conoció popularmente por *“El bombardero invisible de Bagdad”*. Estos realizaron menos del 2% de las salidas de combate pero fueron capaces de destruir el 40% de las

¹²⁴En línea (2016) VV.AA. “1991:Tormenta del desierto. La madre de todas las batallas”. Consultado el 17 de Enero de 2017. Disponible en: <http://www.libertaddigital.com/cultura/historia/2016-02-18/1991-la-madre-de-todas-las-batallas-1276567815/>

¹²⁵ Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

¹²⁶ En Kosovo, en 1999, se empleó la Fuerza Aérea.

¹²⁷ Las Municiones Guiadas de Precisión (PGM). Ya se usaban en la guerra de Vietnam, (su guía es un láser o un GPS) pero su coste era muy elevado.

instalaciones fijas iraquíes, sin que las defensas antiaéreas de Saddam pudiesen alcanzar a ninguno de los veinte F-117 de la USAF.¹²⁸

El bombardeo aliado sobre Irak duró 6 semanas con 85.000 tn de bombas, los objetivos iniciales eran las bases de radares y comunicaciones, y las baterías antiaéreas. Los siguientes fueron los aeródromos, los centros de mando, las concentraciones de tropas en la frontera entre Iraq y A.Saudi, las refinerías, y las instalaciones de investigación de ADM.

El 26 de febrero fue el día decisivo de la batalla por la ciudad de Kuwait, después de 44 horas de asedio por tierra mar y aire, la capital podía considerarse prácticamente dominada, pudiendo los marines izar su bandera en la embajada estadounidense y los Kuwaitíes la suya en el palacio presidencial. El secretario de Defensa de USA, Cheney, declaró que *“la madre de todas las batallas fue la madre de todas las huidas”*.

La guerra de Iraq (2003)

Un sociólogo alemán, Ulrich Beck, sostuvo que la guerra de Iraq, *es la primera guerra de la historia que se libra contra un riesgo global*¹²⁹, durante la Guerra Fría se aplicaron estrategias de defensa territorial (creación de la OTAN y la SEATO¹³⁰ con sus diferentes áreas de influencia de defensa) y de los intereses nacionales¹³¹. Se buscaba ayudar en la pacificación y estabilización de zonas. Con Iraq se ha establecido una nueva estrategia de seguridad, la de control de riesgos.

La operación implicaba cuidar las condiciones para estabilizar el país, propiciando el establecimiento de un gobierno democrático prooccidental, estos objetivos imponían importantes condicionantes: Evitar al máximo los daños sobre la población civil¹³², la poca duración de la guerra y limitar los daños en la infraestructura y sobre los pozos de petróleo¹³³.

¹²⁸ En línea (2016) VV.AA. *“1991: Tormenta del desierto. La madre de todas las batallas”*. Consultado el 17 de Enero de 2017. Disponible en: <http://www.libertaddigital.com/cultura/historia/2016-02-18/1991-la-madre-de-todas-las-batallas-1276567815/>

¹²⁹ BECK, Ulrich (2013) *“La sociedad de riesgo”* Ed. Paidós

¹³⁰ Organización del Tratado del Sudeste Asiático.

¹³¹ Con la desaparición de la URSS, occidente declaró la desaparición de las amenazas y adoptaron una estrategia de seguridad que les llevó a actuar fuera de sus fronteras.

¹³² Finalmente, el número fue muy alto. Más del esperado.

¹³³ Para la reconstrucción y estabilización post Saddam. En 1991 los iraquíes encendieron 150 pozos y vertieron petróleo en el Golfo Pérsico, daños ecológicos. En 2003 solo encendieron 17. Los soldados de las Fuerzas Especiales de EE.UU. fueron enviados antes de la invasión para asegurarlos.

El general Tommy Franks (Rodríguez Roca, 2003) diseñó una estrategia militar basada en el nuevo concepto de “*Rapid Decisive Operatios*” (*Operaciones Rápidas y Decisivas*) basado en las ideas de H. Ullman desarrolladas en su libro *Shock and Awe* (Ullman y Wade, 1996, p. XXIV) (*Conmoción y pavor*). Ullman propone una forma de hacer la guerra basada en la superioridad tecnológica que permite una superioridad aérea abrumadora, el control de la información etc, el empleo de unidades rápidas y flexibles capaces de moverse rápidamente sin darle al adversario tiempo a reaccionar.

La nueva doctrina requiere superioridad tecnológica y no superioridad numérica para ganar guerras más rápido¹³⁴. La llamada Doctrina Rumsfeld¹³⁵ ha impuesto un modelo de guerra rápida caracterizado por la conjunción de una alta tecnología de efectos abrumadores, unas tropas muy especializadas y poco numerosas y una hábil utilización de los periodistas para el mantenimiento de una opinión pública unida, firme y sin fisuras en el apoyo a los suyos.

El general T. Franks dijo el 22 de marzo de 2003:

Esta será una campaña diferente a las que ha conocido la historia, una campaña caracterizada por la conmoción, por la sorpresa, por la flexibilidad, por el empleo de munición de precisión, en una escala nunca vista antes, y por la aplicación de una fuerza aplastante¹³⁶

Durante la II Guerra Mundial en el frente del Pacífico los americanos, en su avance hacia el corazón del Imperio de Japón, decidieron establecer su ruta de avance por las islas que tenían menos defensas, y que por tanto costaría menos tomar. En la guerra de Irak se utilizó esta misma estrategia, avanzando por las posiciones que Saddam tenía menos protegidas, buscándose minimizar las bajas y lograr rápidos avances, este concepto se conoce como “*Campo de Batalla Vacío*”

La tecnología actuó como un multiplicador de fuerzas en esta guerra¹³⁷. Los satélites permitieron enlazar un sistema de mando denominado ABCS (*Army Battle Comand System*) que dota de enlace directo a las tres ramas de las fuerzas armadas, tierra, marina, y fuerza aérea para evitar bajas por el denominado “*fuego amigo*”. También tuvieron una

¹³⁴ En la de 1991 los aliados emplearon 450.000 y en la de 2003, 275.000 en su momento cumbre.

¹³⁵ Llamada así por el Secretario de Defensa de EE.UU. Donald Henry Rumsfeld, quién ostentó el cargo en dos ocasiones, durante la presidencia de G.Ford (1975-1977) y durante la presidencia de G.W.Bush (2001-2006).

¹³⁶ En línea (2003) “Gral. Franks: “*Una guerra como ninguna*” Consultado 23 de Diciembre de 2016. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/1/hi/spanish/news/newsid_2876000/2876099.stm

¹³⁷ En la guerra de 1991 se realizaron 116.000 salidas aéreas y en la de 2003, 40.600.

gran importancia *las PSYOPS (Operaciones psicológicas)*, emitieron comunicados y se lanzaron panfletos para influir en la opinión popular.

La denominada “*The New Way for War*” (el nuevo camino hacia la guerra) bajo la presidencia de Bush propuso una iraquización del conflicto, es decir, en transferir progresiva y rápidamente la responsabilidad de la seguridad a las fuerzas de Irak.

El gran desgaste de Irak con más de 4.506 militares muertos en combate, 1.3 billones de euros, 134.000 civiles muertos y en Afganistán 2.385 soldados estadounidenses muertos, han supuesto un cansancio ya en la administración Obama y sobre todo en la opinión pública norteamericana que reusa a cualquier intervención en el exterior, especialmente si ello implica poner a sus soldados en riesgo.

Afganistán: Libertad Duradera

En Afganistán se refleja de nuevo el problema que tiene occidente a la hora de enfrentarse a las guerras híbridas que se dilatan en exceso en el tiempo, desde la presidencia de Bush, cuando se declaró la guerra mundial contra el terrorismo, y se puso en marcha la operación “*Libertad Duradera*”, las tropas norteamericanas han permanecido sobre el terreno no logrando la pacificación del país. Este conflicto ya ha afectado en mayor medida a las presidencias de Bush, Obama y Trump.

Obama reiteró su interés en una retirada total de Afganistán antes de agotar su presidencia a principios de 2017, con una retirada progresiva del contingente militar estacionado en el país, sin embargo, estas declaraciones de Obama fueron rápidamente anuladas por su sucesor en la Casa Blanca, Donald Trump.

La situación de inseguridad persistente en Afganistán obligó al expresidente de Estados Unidos, Barack Obama, a volver a revisar sus planes de retirada de un conflicto al que querría haber puesto fin antes del término de su mandato. No sería así. La retirada gradual de tropas sería ralentizada una vez más y, hasta enero de 2017, cuando concluyó su presidencia, permanecieron sobre el terreno unos 8.400 militares, en vez de los 5.500 previstos en su última revisión de los planes, en 2015.

Para Michael Kugelman¹³⁸, la permanencia de tropas estadounidenses no servirá para estabilizar Afganistán: “*100.000 soldados no lo consiguieron hace varios años, así que*

¹³⁸ Especialista en Afganistán del laboratorio de ideas Wilson Center en Washington.

8.400 tampoco van a estabilizar el país ahora¹³⁹”, señaló. Afirmó también que “Existe una creciente preocupación por que EE UU pueda abandonar Afganistán, así que esta decisión será buena para la moral de las tropas afganas y un alivio también para los preocupados responsables políticos.”

El presidente Trump materializó su promesa de la no retirada de Afganistán cuando La Fuerza Aérea de Estados Unidos, lanzó la mayor de sus bombas no nucleares (GBU-43/B) de su arsenal para atacar posiciones del grupo yihadista Estado Islámico (EI) en el este de esta nación, siendo la información difundida por el Pentágono¹⁴⁰.

Esta fue la primera vez que EE.UU. utilizó esta bomba de 9.525 kilos conocida por su acrónimo como MOAB o *Masive Ordinance Air Blast Bomb* (Bomba de Aire de Explosión Masiva), también llamada “la madre de todas las bombas”. El explosivo fue lanzado desde un avión militar MC-130 en la provincia de Nangarhar. Dentro de la reafirmación del poder militar de EE.UU. en el contexto de este conflicto que dura más de 15 años, se buscaba atacar una red de túneles del Estado Islámico (EI).

“Estoy totalmente orgulloso de nuestros militares. Fue un nuevo éxito”, dijo el presidente Donald Trump a la prensa. *Les di carta blanca (...) Francamente, es por eso que tienen tantos éxitos en los últimos tiempos. Si comparan lo sucedido en las últimas ocho semanas con los últimos ocho años, verán que hay una enorme diferencia*¹⁴¹”, agregó.

Libia:

La Guerra de Libia, ha supuesto, no solo la muerte del coronel Gadafi, dictador del pueblo libio, sino también la liberación de todo un país tras 40 años de dictadura. Tras el final de la rápida contienda (de nuevo basada en la abrumadora superioridad militar) se

¹³⁹ En línea (2016) AYUSO, Silvia. “Obama ralentiza la retirada de Afganistán y mantendrá 8.400 militares” Consultado el 10 de Enero de 2017. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2016/07/06/estados_unidos/1467817586_933490.html

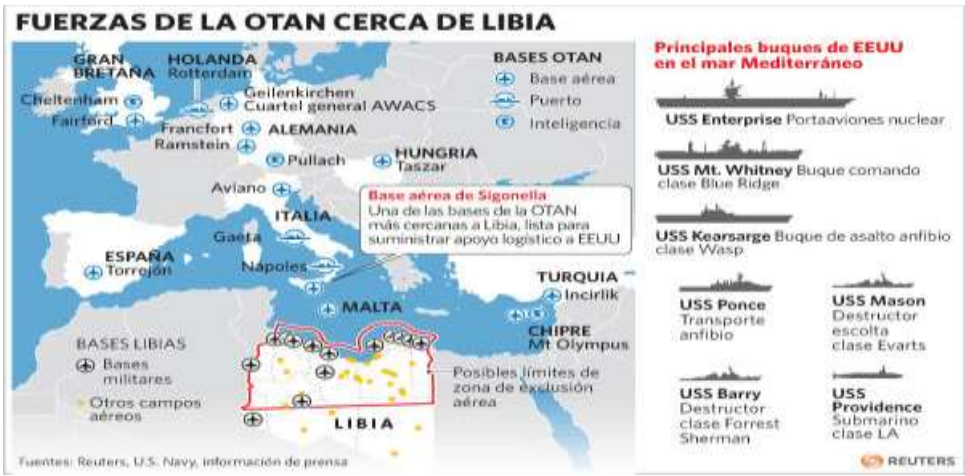
¹⁴⁰ En línea (2017) MARS, Amanda. “El Gobierno afgano dice que la bomba de EE UU mató a 36 miembros del ISIS” Consultado el 20 de Abril de 2017. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2017/04/14/actualidad/1492159061_306616.html

¹⁴¹ En línea (2017) “EEUU lanza en Afganistán la “madre de todas las bombas” Consultado el 21 de Abril de 2017. Disponible en: <http://www.swissinfo.ch/spa/eeuu-lanza-en-afganist%C3%A1n-su-bomba-no-nuclear-m%C3%A1s-poderosa-/43109718>

años. Hay que mencionar que la muerte de Gadafi no se produjo a manos de fuerzas armadas extranjeras, si no que se fue perpetrada por gente de su propio pueblo.

La guerra de Libia no fue interpretada en sus inicios sino como parte de la “primavera árabe”, este país no tenía un interés especial para EE.UU. ya que Gaddafi ya se había deshecho de sus armas químicas y le había retirado el apoyo al terrorismo.

En este conflicto militar EE.UU. no intervino inicialmente, salvo como apoyo en las fuerzas de la coalición de la OTAN, propugnando el concepto “liderazgo desde atrás” (leading from behind), para no poner en peligro las vidas de soldados americanos. han ido descubriendo las atrocidades, violaciones sistemáticas de los derechos humanos, y represión sistemática que el ya fallecido líder libio había estado llevando a cabo durante



Fuente: Reuters, U.S. Navy, Información de prensa.

Siria y el “no hacer nada”

El ejemplo de Siria, es de nuevo, un ejemplo de varios tipos de guerra combinada, guerra asimétrica, guerra híbrida, guerra proxy¹⁴²...

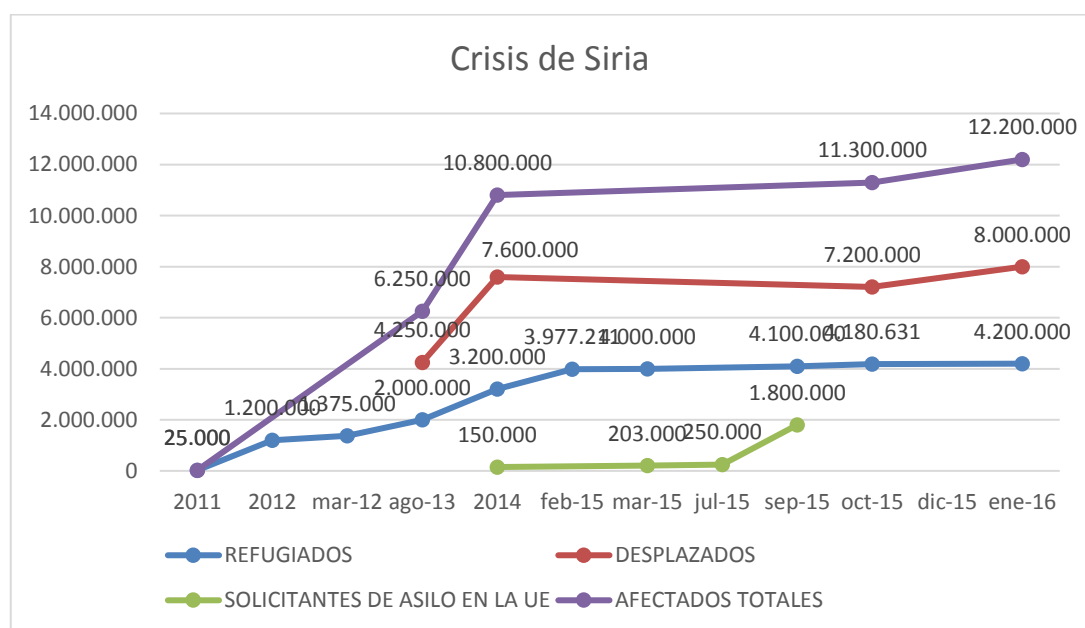
A principios de 2014 USA inició la operación *Inherent Resolve* con el objetivo de acabar con los yihadistas tanto en suelo iraquí como en suelo sirio. En la actualidad participan más de 60 naciones. La coalición internacional liderada por Estados Unidos ha realizado desde septiembre de 2014 aproximadamente 7.000 ataques aéreos sobre objetivos de Al Qaeda e ISIS en Siria¹⁴³, siendo uno de los momentos más destacados la reconquista de Palmira. Tras cinco años de guerra el Ejército árabe-sirio ha perdido entre 80.000-100.000 efectivos y el uso de “barriles bomba” ha sido muy criticado por la esfera internacional.

¹⁴² Tipo de guerra que se produce cuando dos o más potencias utilizan a terceros como sustitutos, en vez de enfrentarse directamente entre ellos, este tipo de guerra fue muy común durante la Guerra Fría, entre la URSS y EE.UU.

¹⁴³ En línea: (2017) SANCHÁ, Natalia “*La guerra siria, en cifras*” Consultado el 1 de Abril de 2017. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2017/03/14/actualidad/1489493449_639847.html

Estas armas se componen básicamente de barriles llenos de explosivos, petróleo, elementos químicos...etc, a los que se les añade metralla, el impacto de sus radios de acción es elevado, y producen daños tanto al enemigo, como a la población civil de manera indiscriminada. Se pueden lanzar tanto desde un avión como desde un helicóptero, por lo que su costo no es realmente elevado.

Para el año 2015 las estimaciones de bajas para el conflicto de Siria oscilaban alrededor de los 470.000 muertos. Una de cada nueve personas había muerto o caído víctima como consecuencia de la violencia. Los desplazados a Europa rondaban los 5.000.000, y los internos alcanzaban 6,6 millones. Para el año 2016 los datos reflejaban que el 73,1% de los refugiados sirios son mujeres y niños, el 14,8 % son menores de 5 años, el 47,6% aún no ha cumplido los 18 años, sólo el 10% de quienes han cruzado la frontera están en campos de refugiados, el 90% restante vive en zonas urbanas o rurales en los países de destino.¹⁴⁴



Fuente: Varios¹⁴⁵¹⁴⁶¹⁴⁷: Elaboración propia a 2016.

¹⁴⁴ En línea (2016) “La guerra en Siria continua” Consultado 15 de Enero de 2017. Disponible en: <https://eacnur.org/es/actualidad/noticias/emergencias/siria-2016-la-guerra-continua>

¹⁴⁵ MIKEL AYESTARAN, J. (2016). Siria, el país de los desplazados. abc. Retrieved 3 March 2016, from http://www.abc.es/internacional/abci-siria-pais-desplazados-201602190452_noticia.html

¹⁴⁶ PARDO TORREGROSA, I. (2015). Sólo uno de cada diez refugiados de la guerra siria llega a la Unión Europea. LA VANGUARDIA. Retrieved from <http://www.lavanguardia.com/internacional/20151016/54438135117/refugiados-europa.html>

¹⁴⁷ En línea En línea (2014) “La guerra en Siria deja más de 10 millones de desplazados, la mayor huida del siglo XXI” Consultado el 20 de Enero de 2017. Disponible en: <http://www.20minutos.es/noticia/2317971/0/guerra-siria/ong-refugiados/fracaso-apoyo-internacional/>

Inmigrantes y refugiados que llegan a Europa en 2015

Han llegado a Europa hasta septiembre	710.000
Han llegado a Europa por mar hasta octubre	613.179
Han llegado a Grecia hasta octubre	473.000
Han llegado a Italia hasta septiembre	137.000
Muertos o desaparecidos en el Mediterráneo hasta octubre	3.117
Solicitantes de asilo en la Unión Europea hasta junio	398.895

Fuentes: ACNUR, OIM, eurostat y Frontex.

Inmigrantes y refugiados que llegaron a Europa en 2014

Llegaron a Europa	282.000
Llegaron por mar a Europa	219.000
Llegaron a Italia	170.000
Llegaron a Grecia	43.000
Muertos o desaparecidos en el Mediterráneo	3.500
Solicitantes de asilo en la Unión Europea	360.000
Inmigrantes y refugiados que recibieron asilo en la Unión Europea	185.000

Fuentes: ACNUR, eurostat y Frontex

Estos datos no hacen sino crecer, por ejemplo, para finales de 2016, ACNUR, databa en más de 800.000 refugiados los que llegaban al país heleno, mientras que más de 30.000 lo hacían al Norte de África.

Desde el inicio de la contienda los países occidentales con EE.UU. a la cabeza han promovido esfuerzos diplomáticos para alcanzar un acuerdo negociado entre las partes beligerantes. En cuanto a la condición inmediata de la dimisión de Al Asad. Apoyo encubierto “no letal”. Sin embargo, con el DAESH la primera prioridad es destruir a los yihadistas, *mientras que Assad es percibido como un mal menor*.¹⁴⁸

¹⁴⁸ LABORIDE IGLESIAS, Mario (2016) «Siria: La guerra de todos contra todos» *Panorama geopolítico de los conflictos 2016*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Ministerio de Defensa. ISBN: 978-84-9091-234-8 pp 153-174

La estrategia inicial de EE.UU se orientó a apoyar a los Kurdos mientras que ya en 2016 Rusia y EE.UU acordaron un plan para tratar de reducir el grado de violencia en el conflicto sirio. El plan consiste en lograr un alto el fuego. Si esto funcionase habría que coordinar los bombardeos rusos y americanos.

Sin embargo, el cambio de inquilino en la Casa Blanca ha propiciado un nuevo giro político en las relaciones exteriores de EE.UU. Del “*no hacer nada*” de la administración Obama (bajo el lema “*Asad debe irse*” se ha pasado a un enfoque más práctico, el nuevo Secretario de Estado de EEUU, *Rex Tillerson*, ha declarado recientemente “*El estatus del presidente Asad a largo plazo lo decidirá el pueblo sirio*”. Podemos decir que el nuevo enfoque de la administración Trump parece haberlo cambiado por “*que el pueblo sirio decida*”.

En la actualidad, Estados Unidos tiene alrededor de 300 soldados de las Fuerzas Especiales dentro de Siria, mientras que, en Irak, EEUU tiene al menos 5.000 soldados, que llevan a cabo misiones de entrenamiento y también de bombardeo contra el IS¹⁴⁹.

Otro de los puntos calientes del conflicto de Siria fue la cesión del puerto naval de Tartus para operaciones de la Flota de la Federación Rusa, con una duración de 49 años (prorrogable otros veinticinco años si ambos países están de acuerdo), Rusia tendrá la soberanía del puerto, que podría albergar hasta once buques si no se amplía.¹⁵⁰

La creación de la base naval de Tartus, según un comunicado de Moscú “responde al objetivo de apoyar la paz y la estabilidad en la región, tiene un carácter defensivo y no va dirigido contra ningún país”.

Desde 1970 el puerto de Tartus ha servicio de punto de encuentro para la flota soviética (y luego rusa), por los acuerdos firmados por Hafez Al Asad y los dirigentes de la extinta URSS. Ni siquiera durante la Guerra Fría – (la Unión Soviética tenía desplegada en aguas del Mediterráneo a su V Escuadra naval (desde 1967) pudo Rusia contar con una base permanente. La flota soviética operaba entonces sin puertos permanentes, (salvo en países comunistas como Cuba o Vietnam). Nikolai Pankov, el viceministro de Defensa ruso, comunicó oficialmente el 10 de octubre de 2016; “*Tendremos en el territorio de Siria una base naval permanente en Tartus. Los documentos correspondientes ya están en la*

¹⁴⁹ En línea (2017) PRADO, Pablo. “EEUU estudia enviar tropas de combate a Siria” Consultado el 19 de Abril de 2017. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2017/02/15/58a4c021e2704e98578b45d4.html>

¹⁵⁰ En línea (2017) Siria cede a Rusia el puerto de Tartus como base naval por 49 años. Consultado el 20 de Febrero de 2017. Disponible en: <http://www.lavanguardia.com/internacional/20170120/413531626036/siria-cede-a-rusia-el-puerto-de-tartus-como-base-naval-por-49-anos.html>

práctica listos. La Armada rusa regresó al Mediterráneo en 2013 tras más de veinte años de ausencia, y buques como el portaaviones "*Almirante Kuznetsov*"¹⁵¹.

Los retos de Europa y la OTAN junto con la administración Trump

La OTAN y Europa deben ponerse al día en cuanto a sus deberes en materia de seguridad compartida, las recientes declaraciones del vicepresidente de EEUU, comprometiéndose con la OTAN, pero pidiéndole "*hacer más*" pero afirmando que "*EEUU apoya decididamente a la OTAN y será inquebrantable en nuestro compromiso con esta alianza transatlántica*" sin embargo el presidente Trump durante su campaña llegó a afirmar que el gasto militar de Europa debía aumentarse en un 55%¹⁵².

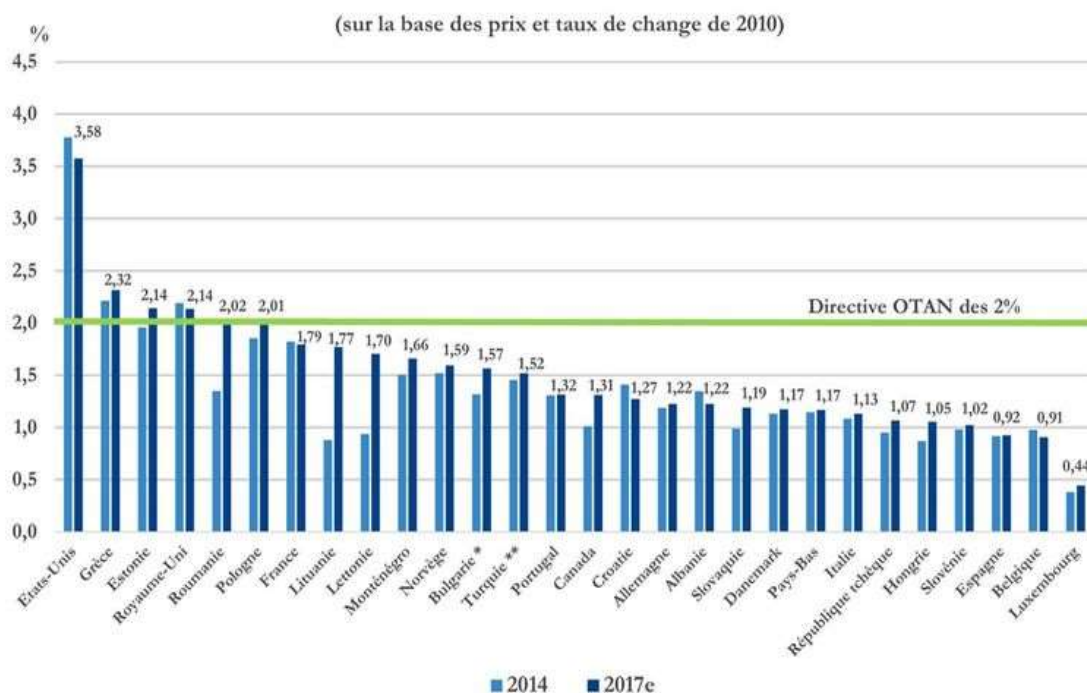
Tanto el presidente de EE.UU. Donald Trump como su vicepresidente Mike Pence han instado a la OTAN para que sus países miembros aporten el 2% del PIB al gasto militar de la alianza. Esto ha generado tensiones en el seno de la misma, e incluso el secretario de exteriores ruso Sergei Larov ha calificado la OTAN como un instrumento "*obsoleto*" y de la "*Guerra Fría*".

La OTAN se enfrenta ahora a un período de incertidumbre donde sus países miembros se ven en la tesitura de tener que aumentar el gasto militar para satisfacer las demandas de EE.UU. o enfrentarse a verse sin la protección del paraguas norteamericano, aunque rápidamente la Casa Blanca haya matizado sus declaraciones y haya reafirmado su compromiso de defensa mutua con el resto de miembros de la OTAN.

Países como España, que deben llegar a los 12.000 millones de euros en inversión se enfrentan ahora a una complicada tesitura, en el caso de nuestro país porque aun arrastra un elevado déficit público que debe compensar con Europa.

¹⁵¹En línea (2015) "*¿Por qué Rusia se está implicando más en la guerra en Siria?*" Consultado el 16 de Enero de 2017. Disponible en: http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/09/150915_siria_rusia_apoyo_militar_analisis_aw

¹⁵² En línea (2017) VALERO, Carmen. "*Mike Pence afirma el compromiso con la OTAN, pero pide "hacer más" a los aliados*" Consultado el 15 de Febrero de 2017. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2017/02/18/58a81464e5fdea221e8b456f.html>



LOS GASTOS Y OBJETIVOS



Fuente: OTAN

¿Nuevo desplazamiento hacia Asia? La tensión con Pionyang

Las recientes pruebas de armamento por parte del gobierno de Corea del Norte que afirma que ha desarrollado su quinto ejercicio nuclear bajo tierra (2016) mantienen al mundo en alerta, las recientes declaraciones del gobierno chino pidiendo al gobierno de Pionyang que suspenda su programa nuclear (8-3-2017) no han sido atendidas por los segundos, que lejos de suspenderlo han realizado pruebas de armamento en aguas del mar de China. Estos acontecimientos están provocando unos focos de tensión en la región no vistos desde la guerra de Corea de los años cincuenta y la formación de una posible alianza de EE.UU. con China.

FECHA	CARGO	DECLARACIÓN
18 de marzo de 2017	Rex Tillerson (Secretario de Estado de EE.UU.)	“Haremos todo lo posible para evitar el estallido de un conflicto”
19 de marzo de 2017	Televisión Pionyang	“Ha ocurrido otro milagro hemos desarrollado un nuevo motor misilístico”
19 de marzo de 2017	Donald Trump (Presidente de EE.UU.)	“Corea del Norte se está portando muy, muy mal. Os lo digo, muy, muy mal”
21 de marzo de 2017	Televisión de Pionyang	“Tenemos la capacidad de responder a cualquier tipo de guerra que quiera EE.UU.”
31 de marzo de 2017	James Mattis (Secretario de Defensa de EE.UU.)	“Se están comportando de una forma muy temeraria y eso hay que pararlo”
5 de abril de 2017	Donald Trump	“Tenemos un gran problema con Corea del Norte”
8 de abril de 2017	TV Pionyang	“El ataque de EEUU a Siria demuestra que nuestra decisión de mantenernos frente a frente y desarrollar armas nucleares fue la correcta”
11 de abril de 2017	Sean Spicer (Portavoz de la Casa Blanca)	“Lo último que queremos es una Corea nuclear que amenace la costa de EE.UU”
11 de abril de 2017	Donald Trump	“Estamos desplegando una armada, muy poderosa. Tenemos submarinos muy poderosos, mucho más que los portaaviones”
12 de abril de 2017	Donald Trump	“Le dije al presidente de China que hará bien en ayudarnos con Corea del Norte. Si no, lo haremos solos, saldrá bien igualmente”.

15 de abril de 2017	Park Pong Yu (Primer ministro de Corea del Norte)	“El desarrollo potencial de una Corea socialista asusta más que la explosión de cientos de bombas nucleares sobre las cabezas de nuestros enemigos”
17 de abril de 2017	Mike Pence (Vicepresidente de EEUU)	“Esperamos alcanzar nuestro objetivo por medios pacíficos, pero todas las opciones están encima de la mesa. En las dos últimas semanas el mundo ha visto la fuerza y la resolución de nuestro nuevo presidente en Siria y en Afganistán. Corea del Norte haría bien en no ponerle a prueba”
18 de abril de 2017	Kim In Ryong (Embajador de Pyongyang ante la ONU)	La escalada con Estados Unidos crea “una situación peligrosa en la que una guerra termonuclear puede estallar en cualquier momento”. “Si Washington opta por una acción militar, estamos preparados para reaccionar a cualquier tipo de conflicto”

Fuente: AP / QUALITY-REUTERS

La administración de Barack Obama, optó por la contención, ahora el vicepresidente Mike Pence ha declarado *"Corea del Norte respondió a nuestras propuestas (para la desnuclearización) con engaños, promesas rotas, y pruebas nucleares y de misiles"*, el conflicto de Corea con EE.UU. se ha mantenido latente desde la guerra entre las dos naciones en la década de 1950.

Sin embargo, cuando China se vio amenazada por las tropas de la ONU que se acercaban hacia su frontera con Corea del Norte, la situación cambió drásticamente.

"Si nosotros permitimos que Estados Unidos ocupen toda Corea... debemos estar preparados para que Estados Unidos declare... la guerra a China", dijo Mao Zedong a Iósif Stalin.

Tras el ataque Chino a las posiciones norteamericanas, el general Douglas MacArthur, solicitó utilizar las bombas atómicas.(Petición denegada que conllevó la posterior retirada del mando a MacArthur) Al recibir la negativa, decidió iniciar la *"política de tierra quemada"* retrocediendo y eliminando todas las infraestructuras, utilizando para ello los

ataques diarios de los bombarderos B-29 de EEUU que soltaban bombas de napalm. *"Todas las ciudades y aldeas del Norte fueron reducidas a escombros", constató profesor de Humanidades en la Universidad Nacional de Seúl, Taewoo K.*

Los investigadores sostienen que, en los tres años de guerra, un total de 635.000 toneladas de explosivos arrasaron Corea del Norte. De acuerdo con las estadísticas oficiales de Pyongyang, los estadounidenses destruyeron 5.000 escuelas, 1.000 hospitales y 600.000 hogares.

"Toda la ciudad de Pyongyang se trasladó al subsuelo y eso tuvo un tremendo impacto psicológico en los habitantes", puntualizó experto en política e historia coreanas del Centro Wilson de Washington James Person.

Conclusiones

Durante la década de los 90's el mundo sufrió un breve periodo de "catarsis" al pasarse de un mundo bipolar enfrentado entre la URSS y EE.UU a un mundo donde claramente había un vacío de poder, y durante una década se erigió un mundo unipolar donde EE.UU. quedó como la gran dominadora mundial.

Sin embargo, durante la década de los 2000's, la Federación Rusa ha ido retomando poco a poco, pero con paso firme y decidido, un papel destacado y una posición de fuerza en el panorama internacional. Las relaciones entre la Federación Rusa y EE.UU. se han dividido en tres grandes momentos desde el cambio de centuria, destacando el momento más "personal" de la relación de Bush con Putin, pasando por la estrategia fallida del "reset" de Barack Obama (que ha optado por un repliegue estadounidense, llevando a cabo solo acciones limitadas), a las nuevas relaciones de un carácter más personal que ahora encarna la presidencia de Donald Trump.

Sin embargo hay que señalar que toda la política de Obama con respecto a Rusia no ha sido negativa, que el "reset" no haya funcionado completamente, no significa que no se hayan alcanzado momentos de acuerdo como la firma del tratado START III (para la limitación del arsenal nuclear) entre Dimitri Medvedev y Barack Obama y las sanciones a Teherán por sus intentos de formar un programa nuclear.

Los intentos de la Federación Rusa de ampliar su influencia en el antiguo espacio postsoviético han sido constantes, comenzando por la creación de la Comunidad Económica Euroasiática, lo que le asegura tener un control "indirecto" sobre los recursos de algunas de las antiguas repúblicas soviéticas, y concluyendo con acciones militares

focalizadas para provocar un aumento de la presencia militar en zonas sensibles a sus intereses nacionales, (Crimea, Ucrania, y Siria).

La caída del Telón de Acero ha provocado que en el continente Europeo la tensión haya desaparecido, desplazándose los focos a Oriente Próximo (Siria), al Norte de África (Libia¹⁵³) y al sudeste asiático (Corea del Norte).

La guerra híbrida ha llegado para quedarse como nuevo modelo de enfrentamiento militar entre potencias con una gran diferencia tecnológico-militar. Este tipo de conflicto cuenta con los diferentes frentes, cada vez más difusos, ciberterrorismo, terrorismo, un aumento constante de la guerra asimétrica, que a su vez conlleva el fin de guerra entre estados, y el nacimiento de nuevos estados fallidos como el caso de Libia. Occidente no puede (*ni debe*) asumir los costes indefinidos de las guerras prolongadas en el tiempo contra enemigos de difícil identificación, aunque en ocasiones como en la lucha contra el Estado Islámico no pueda llevar a cabo acciones definidas y concretas para terminar con los conflictos.

En el panorama del ámbito militar por parte de EE.UU. a inicios de 2017, parece que las intenciones de Donald Trump de desplegar soldados sobre el terreno en Siria o el uso de la bomba MOAB, hacen ver indicios de una política intervencionista en el exterior.

No podemos hablar de III Guerra Mundial, sin embargo y para concluir hemos de mencionar que los conflictos bélicos estallados tras la caída del comunismo se han cobrado más de veinte millones de víctimas mortales, y a 2016 hay 160 millones de desplazados en el mundo por causa directa de los conflictos armados, según datos de ACNUR, UNICEF y la ONU.

¹⁵³ Que ya se ha convertido en un estado fallido.

Bibliografía

- AYUSO, S. (2016): «Obama ralentiza la retirada de Afganistán y mantendrá 8.400 militares», *EL PAÍS*. Ed. Digital [en línea]: https://elpais.com/internacional/2016/07/06/estados_unidos/1467817586_933490.html (Consulta el 20 de dic. 2017).
- BECK, U. (2013): *La sociedad de riesgo*, Ed. Paidós.
- CARRIÓN, F. (2014): «El Estado Islámico llama ahora a asesinar a los 'vengativos' franceses», *EL MUNDO*. Ed. Digital, [en línea], <http://www.elmundo.es/internacional/2014/09/22/541feb58e2704eb6778b457c.html> (Consulta el 20 de Feb. de 2017).
- COHEN, A. (2009): «The Obama –Medvedev G-20 Meeting: The Agenda for the First Encounter», *The Heritage Foundation*, Webmemo 2368, mayo 27, p.2.
- FPI Analysis: “*Evaluating the US-Russian Reset*”, The Foreign Policy Initiative, Washington, junio 23, 2010, p.1.
- GARCIA GUINDO, M., MARTINEZ, G., GONZÁLEZ, V. (2015): *La guerra híbrida*, Granada, Documento de Trabajo del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE).
- GUTIERREZ DEL CID, A. T. (2012): «La fallida estrategia del reset estadounidense hacia Rusia», en *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, N°113.
- HOFFMAN, F. G., (2007): *Conflict in the 21st Century: The Rise of Hybrid Wars*, Arlington, Virginia, Potomac Institute for Policy Studies.
- HOFFMAN, F. G., (2009) «Hybrid vs. Compound War. The Janus Choice of Modern War: Defining Today’s Multifaceted Conflict», en *Armed Forces Journal*, October, [en línea], <http://www.armedforcesjournal.com/hybrid-vscompound-war/>.
- LABORIDE IGLESIAS, M. (2016): “«Siria: La guerra de todos contra todos» *Panorama geopolítico de los conflictos 2016*”, Instituto Español de Estudios Estratégicos, Ministerio de Defensa. pp 153-174.
- MARTÍNEZ, A. (2017): «El terrorismo 'low cost' impone el miedo en Europa, de Niza a Estocolmo», en Ed. Digital *EL CONFIDENCIAL*, [en línea]: https://www.elconfidencial.com/mundo/2017-04-08/terrorismo-low-cost-impone-el-terror-en-europa-estocolmo-niza-a-estocolmo_1363641/.

- MARS, A. (2017): «El Gobierno afgano dice que la bomba de EE UU mató a 36 miembros del ISIS», en *EL PAÍS Ed. Digital*, [en línea]: https://elpais.com/internacional/2017/04/14/actualidad/1492159061_306616.html, (Consulta 20 dic. de 2016).
- MIKEL AYESTARAN, J. (2016). «Siria, el país de los desplazados», en ABC, [Disponible en]: http://www.abc.es/internacional/abci-siria-pais-desplazados-201602190452_noticia.html, (Consulta 3 marzo 2016).
- PARDO TORREGROSA, I. (2015): «Sólo uno de cada diez refugiados de la guerra siria llega a la Unión Europea», en *LA VANGUARDIA*, [en línea]: <http://www.lavanguardia.com/internacional/20151016/54438135117/refugiados-europa.html>, (consulta 20 dic. de 2017).
- PETER, L. (2014): «Russian Air Force Planes Test Nato defences», en *BBC News*. [en línea]: <http://www.bbc.com/news/world-europe-29832879>.
- POWELL, C. (2015): *La política exterior y de seguridad de Barack Obama: ¿Hacia un nuevo paradigma geopolítico estadounidense?*, documento de trabajo 20/2015. Real Instituto El Cano (29 de dic. de 2015).
- PRADO, P. (2017): «EEUU estudia enviar tropas de combate a Siria» en *EL PAÍS Ed, digital*, [en línea] : <http://www.elmundo.es/internacional/2017/02/15/58a4c021e2704e98578b45d4.html> (Consulta el 20 de feb. de 2017).
- RODRIGUEZ ROCA, R. (2003): *Fuerzas terrestres en la guerra de Irak: Una aproximación al campo de batalla futuro. Lecciones identificadas en la III Guerra del Golfo*, Granada. Premio Hernán Pérez del Pulgar 2003.
- RIZZA, R (2011): «Leading from behind’, The New Yorker», [en línea], <http://www.newyorker.com/news/news-desk/leading-from-behind>, (consulta 26 de abril, 2011).
- ROZOFF, R. (2009): «Una nueva Guerra amenaza en el Cáucaso: Juegos de guerra de la OTAN en Georgia», en *Global Research, Stop NATO*, mayo 13.
- SANCHA, N. (2017): «La guerra siria, en cifras» en *EL PAÍS, Ed. Digital*, [en línea], https://elpais.com/internacional/2017/03/14/actualidad/1489493449_639847.html.
- SÁNCHEZ HERRÁEZ, P. (2014): *La nueva guerra híbrida: un somero análisis estratégico*, Instituto español de Estudios Estratégicos: Documento de Análisis 54/2014 de 29 de octubre de 2014.

SHINKMAN, P. D. (2015): «More ‘Top Gun’: Russian Jets Buzz U.S. Navy Destroyer in Black Sea», en *US News & World Report*. Archived from the original on 2 June 2015 (Consulta 12 de dic. de 2016).

ULLMAN, H. K. and WADE, J. P. (1996): *Shock And Awe: Achieving Rapid Dominance (National Defense University)*, XXIV.

VALERO, C. (2017): «Mike Pence afirma el compromiso con la OTAN, pero pide "hacer más" a los aliados», en *EL PAÍS. Ed, digital*. [en línea]: <http://www.elmundo.es/internacional/2017/02/18/58a81464e5fdea221e8b456f.html> (Consulta 21 Feb. 2017).

VV. AA (2008): “Gorbachev: US could start new Cold War” en *The Telegraph. Ed, digital*, [en línea]: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/russia/1933223/Gorbachev-US-could-start-new-Cold-War.html>, (Consulta 20 dic. 2016).

VV.AA. (2016): «1991: Tormenta del desierto. La madre de todas las batallas» en *LIBERTAD DIGITAL*, [en línea], <http://www.libertaddigital.com/cultura/historia/2016-02-18/1991-la-madre-de-todas-las-batallas-1276567815/> (Consulta 20 dic. de 2016).

Enlaces web

EL PAÍS, (2001): *Bush y Putin tienden puentes de diálogo en su primera cumbre bilateral*, Agencia Lulliana, [En línea] https://elpais.com/internacional/2001/06/16/actualidad/992642403_850215.html (Consultado 10 de feb. de 2017).

BBC, News, *Gral. Franks: "Una guerra como ninguna"*, [en línea], http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/news/newsid_2876000/2876099.stm. (Consulta el 13 de enero de 2017).

Nación, Agencia AFP, *La cumbre entre Bush y Putin aminora la tensión por el escudo antimisiles*, [en línea], http://www.nacion.com/mundo/Bush-Putin-aminora-tension-antimisiles_0_968703334.html (Consulta el 15 de Feb. 2017)

El País, *Kazajistán nuevo líder productor de petróleo* [en línea], https://cincodias.elpais.com/cincodias/2011/03/07/economia/1299614146_850215.html (Consulta el 28 de Dic. 2016).

- Russia Today (RT), *La Unión Euroasiática creará una divisa propia que hará frente al euro*, [en línea], <https://actualidad.rt.com/economia/view/130032-union-economica-euroasiatica-monedas-comun>, (Consulta el 10 Feb. 2017)
- Russia Today (RT), *Putin firma la ley para crear la Unión Económica Euroasiática*, [en línea], <https://actualidad.rt.com/actualidad/view/142238-putin-creacion-union-euroasiatica-economia>, (Consulta el 10 de Feb. Del 2017).
- 20Minutos, *La guerra en Siria deja más de 10 millones de desplazados, la mayor huida del siglo XXI*, [en línea], <http://www.20minutos.es/noticia/2317971/0/guerra-siria/ong-refugiados/fracaso-apoyo-internacional/#xtor=AD-15&xts=467263http://www.20minutos.es/noticia/2317971/0/guerra-siria/ong-refugiados/fracaso-apoyo-internacional/>, (Consulta 20 dic. 2016).
- Washington Times, *International diss: Russia's Sergey Lavrov says failed 'reset' was 'invention of Hillary Clinton'*, [en línea], <http://www.washingtontimes.com/news/2015/jun/3/russian-fm-sergey-lavrov-failed-reset-was-inventio/>, (Consulta el 20 de Dic. de 2017)
- The Aviationist, *The most interesting close encounters between NATO and Russian planes since 2013 in one infographic*, [en línea], <https://theaviationist.com/2015/05/21/infographic-dangerous-close-encounters-nato-russia/>, (Consulta el 13 de Enero de 2017).
- BBC News, *¿Por qué Rusia se está implicando más en la guerra en Siria?*, [en línea], http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/09/150915_siria_rusia_apoyo_militar_analisis_aw, (Consulta el 16 de Enero de 2017).
- El Confidencial, *Un caza ruso Su-35 desafía a la defensa aérea de España*, [en línea], https://www.elconfidencialdigital.com/defensa/Su-35-desafia-defensa-aerea-Espana_0_2824517525.html, (Consulta 19 de Feb de 2017).
- UNHCR ACNUR, *La guerra en Siria continua*, [en línea], <https://eacnur.org/es/actualidad/noticias/emergencias/siria-2016-la-guerra-continua> (Consulta 15 de Enero de 2017)
- SWI info, *EEUU lanza en Afganistán la "madre de todas las bombas"*, [en línea], <http://www.swissinfo.ch/spa/eeuu-lanza-en-afganist%C3%A1n-su-bomba-no-nuclear-m%C3%A1s-poderosa-/43109718> (Consulta el 21 de Abril de 2017)
- La Vanguardia, *Siria cede a Rusia el puerto de Tartus como base naval por 49 años*, [en línea],

<http://www.lavanguardia.com/internacional/20170120/413531626036/siria-cede-a-rusia-el-puerto-de-tartus-como-base-naval-por-49-anos.html>, (Consulta el 22 de Enero de 2017)

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas

PÓSTER

Táctica y Estrategia

PLUMA Y ESPADA: LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL REINO DE TOLEDO FEATHER AND SWORD: THE LAST DAYS OF THE KINGDOM OF TOLEDO

Carlos García Torresano

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En el presente artículo se procederá a realizar una explicación sintética del contexto en que se encontraba el Reino visigodo del siglo VII, así como las estrategias seguidas por los musulmanes para la conquista de la Península Ibérica. No se entrará a una posible solución del *totum revolutum* que suponen las continuas contradicciones y ausencias en las fuentes y en la historiografía al respecto de los sucesivos reinados y acontecimientos. En último lugar, intentaremos alejarnos del relato tradicional sobre la decadencia moral y organizativa del reino visigodo de Toledo que, a pesar de existir en parte, es más propia de una historiografía franquista que trataba de explicar así la conquista. Trataremos, en definitiva, de enseñar una realidad compleja donde los propios visigodos tuvieron mucho que decir en ambos bandos.

Palabras clave: Visigodos, s. VII, Península Ibérica, Reino de Toledo.

Abstract: In this article we will proceed to make a synthetic explanation of the context in which the Visigothic Kingdom of the 7th century was, as well as the strategies followed by the Muslims for the conquest of the Iberian Peninsula. We will not enter into a possible solution of the *totum revolutum* that the continuous contradictions and absences in the sources and in the historiography suppose regarding the successive reigns and events. Lastly, we will try to get away from the traditional story about the moral and organizational decadence of the Visigoth kingdom of Toledo, which, despite existing in part, is more typical of a Francoist historiography that tried to explain the conquest in this way. In short, we will try to show a complex reality where the Visigoths themselves had a lot to say on both sides.

Key words: Visigoths, s. VII, Iberian Peninsula, Kingdom of Toledo.

*“El de Córdoba fue el único de los reyes cristianos
que fue aprehendido, pues los restantes o se entregaron
o huyeron a Yilliqiya [Galicia]”¹⁵⁴*

Dos familias enfrentadas

De la extensa lista de reyes godos podemos obtener desde finales del siglo VII dos linajes más o menos delimitados y marcados. Estos linajes serían los de Chindasvinto y

¹⁵⁴ ANÓNIMO: *Ajbar Machmua. Crónica anónima del siglo XI*. Trad. Lafuente Alcantara, 1861, p. 27.

Wamba, y su virulenta rivalidad por el trono de Toledo marcaría los últimos años de este reino (Wolfram, 2002, p. 135).

Este enfrentamiento habría de alcanzar su cenit tras la prematura muerte del rey Witiza en el año 710, sucediéndose una breve guerra civil entre los “witizanos” y los partidarios del nuevo aspirante al trono: Rodrigo, hijo del duque Teodofredo¹⁵⁵ y nieto del rey Chindasvinto, que buscaba evitar el acceso de los hijos de Witiza a la dignidad real (Isla Frez, 2010, p. 116). Rodrigo era en aquel momento *dux* de la Bética, tal como refiere la *Crónica Mozárabe del 754* y reafirma parte de la historiografía islámica (García Moreno, 2013, pp. 150-151), siendo nombrado rey probablemente por *senatus* municipal de su capital, Córdoba (García Moreno, 2013, pp. 150-151).

A lo largo del interregno entre la muerte de Witiza y el fin de la guerra civil goda, Rodrigo lograría hacerse con el control de la *Vrbs Regia* tras derrotar al también alusurpador Suniefredo (García Moreno, 2013, p. 156). Simultáneamente, surgió un tercer candidato real, Agila II¹⁵⁶, que mantendría bajo la influencia witizana la Tarraconense y la Narbonense (Barbero de Aguilera, 1988, p. 496). Esta división del reino visigodo ha quedado atestiguada en los registros numismáticos hallados, pues las monedas acuñadas por Rodrigo portan las finas marcas de la ceca de Toledo y *Egitania*, probable población al noreste de Castel Branco en la actual Portugal, mientras que las de Agila II tienen su origen en Narbona, Zaragoza, Gerona y Tarragona (Collins, 2005, p. 134).

Aunque la situación se “estabilizó” como pudieron confirmar las fuentes, al menos aquellas que mencionan el conflicto, al vencer Rodrigo en la guerra civil los witizanos no descansaron en su empeño¹⁵⁷. Los hermanos de Witiza entraron en contacto con Musa ibn Nusayr, gobernador del Magreb designado por Damasco (Romero Largo, 1987, p. 185), buscando una alianza que permitiese a sus partidarios recuperar el trono de Toledo¹⁵⁸.

¹⁵⁵ Aquel a quién por envidia el rey Egica, padre de Witiza, hiciera cegar según la *Crónica de Alfonso III*.

¹⁵⁶ Sin entrar en el debate sobre su figura suscribimos el *communis opinio* establecido a raíz de la *Crónica del Moro Rasís* sobre su filiación al bando witizano como hijo de Witiza, pues la consideramos la explicación más verosímil sobre su persona.

¹⁵⁷ De hecho, parece que la producción numismática no cesó en la *pars rengi* de Agila II. (Collins, 2005, p. 135).

¹⁵⁸ Suscribimos así la versión general de la historiografía hispanoárabe, aunque otros autores como Dietrich Claude afirmen lo contrario (1988, pp. 329 – 358).

La espada: estrategias militares para la conquista de la península Ibérica

Así ya en el 710 Tariq ibn Maluk comenzaría un reconocimiento de la zona del estrecho de Gibraltar junto a otros quinientos guerreros (Muñoz, 2003, p. 76). Más adelante, en el 711 regresaría junto a un contingente militar más numeroso, unos siete mil soldados a los que añadirían algunos aliados witizanos, gracias a la ayuda del *comes* de Ceuta Julián (García Moreno, 2013, p. 225).

En su avance derrotó primero a un pequeño ejército dirigido por un tal Bencio o Sancho, sobrino del rey Rodrigo, mientras Rodrigo abandonó su incursión en Pamplona contra los vascones para dirigirse al sur (Rosa, 2009, p. 332).

Aunque el ejército visigodo no era ni mucho más fuerte ni mucho menor que el ejército de Tariq (Wolfram, 2002, p. 136), no acudió con todas las fuerzas que Toledo podía reunir. Por ejemplo, las fuerzas de Agila II no estuvieron presentes en el campo de batalla, aunque si lo hicieran las fuerzas de sus tíos Sisberto y Oppas (Barba Villaraza, 1994, p. 39). Tampoco estuvieron presentes parte de las fuerzas “rodriguistas” pues una parte permaneció en la cercana Córdoba, bastión de los realistas en el sur (Miranda Calvo, 1973, pp. 54-55).

Cuando entró Tariq en al-Ándalus, en tiempos de al-Walid Abd al-Malik, escribió Rodrigo a los hijos del rey [Witiza], que ya eran jóvenes y montaban a caballo, pidiéndoles ayuda y que sus manos se unieran frente contra el enemigo. Ellos movilizaron tropas en la frontera [de Toledo] pues no se fiaban de Rodrigo como para entrar en Córdoba¹⁵⁹

Ni si quiera entre los propios partidarios de Rodrigo se podía esperar una colaboración completa, pues como la reforma de Ervigio dejaría atestiguado, el monarca apenas podía contentarse con que los nobles aportasen uno de cada diez esclavos que poseyeran (Wolfram, 2002, pp. 134-135).

La batalla de Guadalete, acontecida entre el 19 y el 26 de Julio, supuso un duro golpe para los “rodriguistas”, pues la traición de Oppas y Sisberto significó la desaparición de una de sus principales fuerzas, tal y como atestiguan las fuentes como el *Ajbar Maymu*:

Habiendo comenzado el combate, las dos alas del ejército español, comandada por Sisberto y Oppas, emprendieron la huida. El centro, bajo las órdenes del mismo Roderico se mantuvo firme; pero al final huyó, y entonces los musulmanes hicieron una carnicería en sus enemigos.¹⁶⁰

¹⁵⁹ AL-QUTIYYA, *Iftitah al-Andalus*, trad. Viguera Molins, 2011, p. 10.

¹⁶⁰ ANÓNIMO: *Ajbar Machmua. Crónica anónima del siglo XI*. trad. Dozy, 1965, p.44

La derrota en Guadalete supuso el acceso de los musulmanes a la red de calzadas que cruzaban la Península (Bernabé Salguero, 1987, p. 95), que serían utilizadas como auténticas arterias para la conquista del territorio. Estas calzadas llevaban a las principales ciudades del reino, sede tradicional del poder regio y la administración (García Moreno, 2013, p. 249). Así es que los musulmanes comenzaron a avanzar por la Península, iniciando el sitio de Córdoba, donde se encontraba parte del ejército godo y donde el propio Rodrigo tenía sus propias clientelas familiares (Isla Fraz, 2010, p. 118). También se produjo el asedio de Sevilla y un nuevo enfrentamiento armado en las cercanías de Écija, siempre buscando avanzar en dirección a la *Urbs regia*, Toledo (Barbero de Aguilera, 1998, p. 498).

En la ciudad de Écija fue donde Tariq sitió a los restos del ejército godo que había sobrevivido a Guadalete, pero también donde llegó a un acuerdo con sus notables. Allí se reunió con algunos de los seguidores witizanos gracias a los contactos de Julián, alcanzando un pacto para la nueva ofensiva que debía contar con los refuerzos de las tropas situadas en Écija (García Moreno, 2013, pp. 290-298).

Mediante tres columnas de ofensiva pactadas en Écija se atacarían: Córdoba, que fue atacada por el anteriormente cristiano y romano oriental Mugit al-Rumi, liberto de al-Walid ibn Abd al Malik; Toledo, objetivo de la columna que mandaba el propio Tarik; y Orihuela, cuya conquista fue dejada en manos de Teodomiro, el futuro Tudmir (García Moreno, 2013, pp. 310-311). Se conseguía, la falta de una respuesta organizada contra la invasión, pues gracias a la guía de los partidarios witizanos y al cerco a los principales centros administrativos del sur de la Península fue extremadamente complicado para Rodrigo reunir de nuevo un ejército (Barbera de Aguilera, 1988, p. 499). De hecho, el mal llamado último rey godo, terminaría por ser muerto en la batalla de Segonera en las cercanías de Salamanca (Muñoz, 2003, p. 79). La importancia que estos centros administrativos, pero sobre todo políticos, constituyeron en la conquista del reino visigodo de Toledo puede señalarse en el hecho de que Tariq tuviera que congrega una gran fuerza, al mando de uno de sus mejores y más importantes generales, para conseguir la doblegación de la Córdoba “rodriguista” (García Moreno, 2013, p. 257).

Et la cavalleria que fue sobre Raya, cercó á Malaga, et tomaronla, que todos los cristianos fuyeron er acogieronse á las sierras, et la hueste que fue a Elvira, cercó á Granada, et tomaronla. Et la hueste que embiaron con Tudemir, aquel que fuera cristiano que embiaron sobre Orihuela, et quando los de Orihuela esto vieron, ante que á ella llegase,

salió gente de Orihuela et vieronles tener el camino en una vega, et lidiaron con la gente de Tudemir et quiso Dios que venció Tudemir¹⁶¹.

Al respecto de la toma de Córdoba debemos señalar un hecho: aunque la conquista de la muralla pudo realizarse al amparo de la noche, la conquista del complejo suburbano de San Acisclo llevaría tres meses más de combates. El asedió terminaría con la rendición y asesinato de sus cuatrocientos defensores en lo que más tarde sería conocido como “la iglesia de los quemados” (García Moreno, 2013, p. 313).

A pesar de todo, se avecinaba una guerra larga y costosa, pues aún tardarían once años en convertir en conquista la victoria del 711 en Guadalete. Aunque el ejército real hubiera sido vencido, aún tuvo que enfrentarse a los numerosos ejércitos provinciales donde la nobleza trataría de poner en juego al máximo posible de sus propias clientelas y huestes protofeudales (Wolfram, 2002, p. 136).

La noticia de que el ya dicho Rodrigo, Rey de España, había sido vencido y derribado, y de que no se había hallado rastro de él, llegó por todas las ciudades y aldeas de los godos. Y así, tomando las armas, se aprestaron para la guerra, y entre godos y sarracenos se desarrolló fuerte guerra por siete años, mientras conservaban la ciudad de Ubilbila¹⁶².

El propio Musa se personó, gracias una vez más al conde Julián, en la Península con un nuevo ejército para reducir a la resistencia goda en el sur (Chejne, 1980, p. 20). Nótese que la *pars regni* witizana aún no había sido atacada. Acompañado por unos dieciocho mil soldados de refuerzo, la llegada de Musa supuso la conquista de nuevas e importantes ciudades del territorio anteriormente controlado por Rodrigo, como fue el caso de la importante ciudad de Sevilla. Esta ciudad, no obstante, aún pudo resistir un año de asedio, claudicando finalmente el 30 de junio del 713 (Barba Villaraza, 1994, p. 37).

Musa se desplazó desde Algeciras a finales del 712 con su ejército hasta el siguiente gran centro neurálgico de la Península: Mérida, donde los “rodriguistas” habían vuelto a reunir una nueva fuerza de batalla (García Moreno, 2013, p. 392).

[Los de Mérida] dixeron así: ¿Qué faremos. que nos somos los mas captivos omes del mundo, ca el Rey Don Rodrigo nos lleuó todo nuestro bien, quando lleuó por su recaudo e por su mandado á matar la flor de la caualleria de España que moraua en Merida¹⁶³.

Allí, las fuerzas godas se enfrentaron hasta en dos ocasiones en campo abierto a Musa, una primera tratando de detener su avance, y otra con intención ya de romper el cerco sobre la ciudad. La defensa de la urbe pasaría a plantearse entonces sobre sus sólidas

¹⁶¹ RASIS, *Crónica del Moro Rasis* trad. Gayangos, 1852, p.70.

¹⁶² ALFONSO III, *Crónica de Alfonso III*, trad. Moralejo, 1985, p. 257.

¹⁶³ RASIS, *Crónica del Moro Rasis*, trad. Gayangos, 1852, p. 76.

murallas durante un año (Chalmeta, 1994, p. 438). El asedio de Mérida volvió a mostrar la tenaz resistencia que algunos sectores nobiliarios mostraron aprestando a sus huestes clientelares, no sólo por las fuerzas reunidas para la defensa de la plaza fuerte, sino en el hecho de que los condes Eleplense (Niebla) y Pacense (Beja) consiguieron incluso reconquistar Sevilla entonces y más tarde la propia Mérida, durante la ausencia de Musa en la campaña del Ebro (Martínez Díez, 2005, p. 62). Finalmente, no obstante, todas estas posiciones terminaron por ser retomadas por los musulmanes tras varios pactos.

De estos acontecimientos podemos extraer tres conclusiones principales: el objetivo en la conquista de la *pars regni* de Rodrigo fueron de nuevo las ciudades que ejercían el control administrativo del territorio (Córdoba, Sevilla, Murcia, Mérida, Toledo, etc.); aunque el ejército real de Rodrigo era en efecto débil y limitado, Tariq no poseía una fuerza mucho mayor ni mejor preparada pues tuvo que recurrir acudir al pacto y al refuerzo de nuevas tropas con Musa; y finalmente que los ejércitos provinciales serían el auténtico quebradero de cabeza para las tropas musulmanas en la parte occidental del reino de Toledo, pues se aprestaban a tomar cualquier posición poco defendida, siendo reducidos solo finalmente por la diplomacia.

Con la toma de Mérida por Musa, la ocupación de Toledo por Tarik y la capitulación del Levante y los condados suroccidentales, saltaremos a la conquista de la *pars regni* de Agila II, pues los ducados del noroeste cayeron mediante capitulación y no por conquista militar (García Moreno, 2013, p. 434-436).

La conquista de este territorio se iniciaría desde Guadalajara y tendría por objetivo la toma de las dos ciudades más importantes de la Tarraconense: Pamplona y Zaragoza (Barba Villaraza, 1994, p. 38). Inicialmente, la estrategia principal para la toma de este territorio fue el bloqueo de las vías de comunicación frente a las bien defendidas ciudades, ya que por ejemplo Huesca resistiría siete años los envites musulmanes (García Moreno, 2013, p. 446). La aislada Zaragoza fue entonces atacada por las tropas de Musa, que aprovecharon el estado ruinoso de sus murallas para tomarla y acabar con los defensores, incluso con aquellos que se rindieron (López Pereira, 2009, p. 228). Con la pérdida de Zaragoza y la probable caída en ese momento de Agila II, Musa pasó a aplicar una nueva política de pactos en la zona oriental de la Tarraconense mientras avanzaba hacia la costa mediterránea (Sánchez Albornoz, 1952, p. 65-70).

Musa abandonó la Península en el 714 para regresar a Damasco junto a Tarik ante las acusaciones que se hacían unos y otros, lo que provocó que el califa al-Walid les reclamase para juzgarles (Merino, 2012, p. 26).

Las siguientes campañas pasaron a estar lideradas por diversos *valíes*, el primero de los cuales fue el hijo de Musa, Abd al-Aziz (Barba Villaraza, 1994, p. 39). El nuevo *valí* terminó asesinado en el 716 (Chejne, 1980, p. 21) y fue sucedido por toda una serie de gobernadores cuyos mandatos se caracterizaron por ser breves y confusos. Dado que no es la política interna de las fuerzas musulmanas el estudio de esta parte, nos centraremos en las estrategias que siguieron estos *valíes*.

A lo largo de toda la Tarraconense se desarrollaría una guerra cruel y larga entre el 714 y el 716, plagada de asedios y salidas de los defensores, lugares donde se aplicó una estrategia de tierra quemada y se tuvo que hacer frente a una nobleza local mucho más reticente al pacto con el invasor; si bien tras la caída de Agila II podría llegar a pactos con algunos nobles como el conde Casio de Olite y Tafalla (García Moreno, 2013, pp. 451-453). No obstante, aún debieron penetrar en el ducado de la Narbonense, ducado reforzado a lo largo de siglos de constante guerra contra los francos merovingios y donde los godos estaban profundamente arraigados (Collins, 2005, p. 145).

En los restos de la *pars regni* de Agila II fue proclamado rey Ardón, de orígenes oscuros, para continuar la resistencia con la ayuda de los duques de Aquitania (Collins, 2005, p. 156). El nuevo comandante de las fuerzas musulmanas, al-Hurr, acabó con la resistencia de Huesca y permitió a los musulmanes adentrarse en la frontera entre la Tarraconense y la Narbonense, si bien su obra militar quedaría incompleta al ser sustituido en el 719 por al-Samh (Abadal, 1953, p. 16).

Al-Samh habría de hacer frente tanto a godos como a aquitanos en su conquista de la Septimania, siendo muerto por el duque de Aquitania Eudón en junio del 721 en Toulouse (Martínez Díez, 2005, p. 57). Sería su sucesor, Ambasa, quién continuó la guerra hasta conseguir entrar en las ciudades visigodas de Carcasona (721) y Nimes (725) (Martínez Llorente, 2014, p. 17), catorce años después de la batalla de Guadalete.

De la conquista de la *pars regni* de Agila II podemos extraer las siguientes conclusiones: las familias poderosas fueron mucho más reticentes al pacto con el invasor al contar con una dirección clara, primero de Agila II y después de Ardón. Así, los musulmanes hubieron de enfrentarse a una guerra de nueve años que estuvo marcada por los asedios y una estrategia de tierra quemada, lo cual se reflejaría en una dura represión

como se verá más adelante, donde el objetivo de los ataques fue, por lo general, de nuevo las ciudades, incomunicadas al tomar los musulmanes las calzadas romanas, y no tanto el campo (Pamplona, Zaragoza, Tarragona, Narbona, Carcasona, Toulouse, Nimes, etc.).

La pluma: estrategias diplomáticas para la conquista de la Península Ibérica

El papel que desempeñó la diplomacia en el sometimiento de la Península Ibérica se rebela esencial con la sola lectura de alguna de sus fuentes, como la *Crónica Mozárabe del 754*, la *Crónica del Moro Rasis* o la *Historia de Ibn al-Qutiyya*. Aquí trataremos dos aspectos fundamentales de esta política diplomática: los pactos, que podían ir acompañados de una política matrimonial y la represión como elemento coercitivo en la política diplomática.

Ya desde el inicio de la expedición de Tariq, podemos encontrar a familiares del usurpador toledano Suniefredo, en Ceuta, junto a los emisarios witizanos para contactar con Julián y Musa (García Moreno, 2013, p. 242). Estos pactos iniciales marcarían el inicio de la campaña hispana por parte de los musulmanes, significando la traición en Guadalete de los hermanos de Witiza a Rodrigo (Barba Villaraza, 1994, p. 39). Según avanzó la conquista se produjo un nuevo “pacto general” en Écija con los restos de la nueva batalla campal a fin de ganarse a ese ejército visigodo para la conquista del Levante (García Moreno, 2013, p. 294), de donde extraemos un interesante pasaje en la *Crónica del Moro Rasis*:

Et el señor de la villa [Orihuela] salió fuera, et embió luego su mandadero [a Teodomiro], et hubo una tregua, et prometió de les dar la villa por tal pleito que no matasen homeni ni mujer, et que que les dexasen llevar quanto pudiessen, en salvo las armas¹⁶⁴.

La cooperación de Teodomiro le valdría para firmar más tarde el famoso pacto que se nos ha conservado, como un mensaje claro para toda la nobleza colaboracionista:

Edicto de ‘Abd al-‘Aziz ibn Musa ibn Nusair a Tudmir ibn Abdush [Teodomiro]. Este último obtiene la paz y recibe la promesa de que su situación y la de su pueblo no se alterará; de que sus súbditos no serán muertos, ni hechos prisioneros, ni separados de sus esposas e hijos; de que no se les impedirá la práctica de su religión,[...] mientras satisfaga las obligaciones que le imponemos [...] no debe dar asilo a nadie que huya de nosotros o sea nuestro enemigo; ni producir daño a nadie que huya de nosotros ni producir daño a nadie que goce de nuestra amnistía; [...]El y sus súbditos pagarán un tributo anual, cada persona, de un dinar en metálico, cuatro medidas de trigo, cebada, zumo de uva y vinagre, dos de miel y dos de aceite de oliva; para los sirvientes, sólo una medida. Dado en el mes de Rayab, año 94 de la Hégira [713]¹⁶⁵.

¹⁶⁴ RASIS, *Crónica del Moro Rasis*, trad. Gayanos, 1852, p. 71.

¹⁶⁵ *El pacto de Teodomiro*, trad. Carmona Gonzalez, 1992, p. 17.

En estas capitulaciones a las comunidades debemos traer el caso de Mérida, donde sus habitantes consiguieron conservar sus bienes y libertad personal, siendo sólo dados a los musulmanes las propiedades de los muertos en los anteriores enfrentamientos con los invasores o de aquellos que habían huido a Galicia (García Moreno, 2013, p. 394). Aunque es más probable que estas buenas condiciones se obtuviesen de su obstinada defensa, mandaba un mensaje claro: rendirse al invasor no tenía por qué suponer una pérdida para la población.

La política pactista también benefició enormemente a algunos de los hijos de Witiza, pues, por ejemplo, Olemundo, obtuvo una extensa red de propiedades en torno a Sevilla, que más tarde sería heredada por la influyente aristócrata sevillana Sara la Goda (Viguera Molins, 2011, p. 10). Ardabasto, otro de los hijos de Witiza, aún nos aparece como influyente aristócrata cordobés durante el gobierno del ya emir Abd al-Rahman en una fecha tan distante como el 756, siendo según las fuentes el primero en llevar el título de conde en Al-Ándalus (Valle Bermejo, 1999, p. 137).

Olemundo había elegido para él mil fundos en el Occidente de al-Ándalus [en Sevilla], y para Ardabasto igual en el centro de al-Ándalus [en Córdoba], y se quedó a vivir en Córdoba. Entre sus descendientes está Abu Sacid al-quimis [el conde]¹⁶⁶.

Al respecto del afianzamiento de las alianzas en la zona meridional y, especialmente, de la reconciliación con los “rodriguistas” para acometer la conquista del territorio de Agila II, debemos mencionar una política matrimonial que incluyó a Egilona, viuda de Rodrigo, con el hijo de Musa, Abd al-Haziz, si bien las fuentes insisten en que después sería causa de su asesinato por órdenes del califa (Chejne, 1980, p. 21).

Los judíos jugaron otro rol importante en la estrategia pactista de los musulmanes, sobre todo en los primeros años de la guerra, pues estaban por lo general dispuestos a colaborar contra las aristocracias que tanto les habían perseguido (Sanz, 2009, p. 334). Así, por ejemplo, tenemos noticia de que, tras la toma de Córdoba, no se dejó el gobierno de la ciudad en aquel *Senatus* que erigiera rey a Rodrigo, sino en la Aljama local (Gayangos, 1852, p. 69).

Esta política pactista estaba destinada a reducir la hostilidad de las diferentes poblaciones para evitar el desgaste militar que podían suponer los largos asedios, como sucedería en Mérida o Córdoba (García Moreno, 2013, p. 393). Debemos, de nuevo, resaltar la importancia de los pactos en la rendición de los condados del suroeste como el

¹⁶⁶ AL-QUTIYYA, *Iftitah al-Andalus*, trad. Viguera Molins, 2011, p. 11.

Eleplense (Niebla), el Pacense (Beja) y el Osonobense (Faro), para evitar sus continuos ataques a las ciudades que tenían poca guarnición y que ya supusieron la reconquista de Sevilla y Mérida (Vallvé Bermejo, 1989, p. 140-145); de los condados del noroeste (García Moreno, 2013, p. 434-436), donde debemos poner en duda las escasas noticias de combates en la zona; y de algunos condados en la Tarraconense tras la muerte de Agila II, como el caso del conde Casio de Olite y Tafalla entre el 713 y el 714 (Cañada Juste, 1980, pp. 5-7).

La rendición de estos condados, tanto del suroeste como del noroeste, podría parecernos sorprendente pues habían conseguido logros notables como la reconquista de algunas de las principales ciudades del sur. Para entender esto debemos tener en cuenta el otro elemento diplomático: la coerción ejercida desde la represión. Así, por ejemplo, podemos mencionar que de los cuatrocientos soldados que terminaron por rendir Córdoba, tras varios meses de asedio, fueron asesinados por mostrar tal resistencia (García Moreno, 2013, p. 314).

Más tarde obtenemos también noticias de una importante represión de la nobleza toledana, pues su aristocracia cortesana había apoyado al usurpador Suniefredo en el 710 y su continuidad no encajaba con la nueva alianza entre Musa y los “rodriguistas” (García Moreno, 2013, p. 324-325). A esta represión deberíamos añadir, a partir del 714, la brutal campaña del Ebro, donde las tropas islámicas crucificaron a muchos poderosos y mataron a golpes a adolescentes y niños de teta (López Pereira, 2009, p. 228).

En conclusión, podemos afirmar que la estrategia musulmana en su vía diplomática fue: una política pactista con las comunidades para tratar de evitar el desgaste militar, destacando los casos de los condados del suroeste y el noroeste, así como el pacto con Teodomiro. Por ello, se basó en una vía coercitiva destinada a la aceptación de capitulaciones por pactos y cuyos mejores ejemplos encontramos en el caso de los defensores de Córdoba, siendo intensamente utilizada en la campaña del Ebro entre el 713 y el 719.

Bibliografía

Bibliografía General

- BARBA VILLARAZA, C. (1994): *Historia de España II: Visigodos, Al-Ándalus*, Barcelona, Planeta De-Agostini.
- BARBERO DE AGUILERA, A. (1988): *Historia de España: La España romana y visigoda*, Madrid, Editorial Planeta.
- CAÑADA JUSTE, A. (1980): «Los Banu Qasi», *Príncipe de Viana*, 158, pp. 5-96.
- CHEJNE, A. (1980): *Historia de España musulmana*, Madrid, Cátedra Ediciones.
- COLLINS, R. (2005): *La España visigoda: 409 -711*, Barcelona, Editorial Crítica.
- GARCÍA MORENO, L. (2008): «Prosopography, Nomenclature, and Royal Succession in the Visigothic Kingdom of Toledo», *Journal of Late Antiquity*, 1, pp. 142-156.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. (2005): *El condado de Castilla: La historia frente a la leyenda*, Barcelona, Ediciones de Historia.
- MERINO, I. (2012): «Los Visigodos», en *Anatomía de la Historia*, 59, pp. 3-27.
- MUÑOZ, R. (2003): *El ejército visigodo: desde sus orígenes a la batalla de Guadalete*, Madrid: Almena Ediciones.
- ROMERO LARGO, L. (1987): *Historia de España: Los visigodos y la España musulmana*, Madrid, Editorial Club Internacional del libro.
- SANZ, R. (2009): *Historia de los godos*, Madrid, Esfera de los libros.
- VALLVE BERMEJO, J. (1999): *Al-Ándalus: sociedad e instituciones*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- WOLFRAM, H. (2002): *Los godos y su historia*, Madrid, Acento Editorial.

Bibliografía específica

- ABADAL, R. de, (1953): «El paso de Septimania del dominio godo al franco a través de la dominación sarracena», *Cuadernos de Historia*, 19, pp. 5-54.
- CARMONA GONZÁLEZ, A. (1992): «Una cuarta visión de la capitulación de Tudmir», *Sharq Al-Ándalus: Estudios mudéjares y moriscos*, 9, pp. 11-17.
- CHALMETA, P. (1994): *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de Al-Andalus*, Madrid, Editorial Mapfre.
- CLAUDE, D. (1988): «Untersuchungen zum Untergang des Westgotenreiches (711 – 725)», *Historisches Jahrbuch*, 108, pp. 329-358.

- GARCÍA MORENO, L. (2013): *España 702 – 709: la Conquista musulmana*. Sevilla, Departamento de publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- ISLA FREZ, A. (2010): *Ejército, Política y Sociedad en la Península Ibérica entre los siglos VII y XI*, Madrid, CSIC- Departamento de Publicaciones.
- LAFUENTE ALCÁNTARA, E. (1867): *Colección de Obras Árabigas de Historia y Geografía*, T. 1, Madrid, Publica la Real Academia de la Historia.
- LÓPEZ PEREIRA, J. E. (2009): *Continuatio isidoriana hispana. Crónica Mozárabe del 754*, León, Centro de estudios e investigación San Isidoro.
- MARTÍNEZ LLORENTE, F. (2014): «Cataluña en sus orígenes. La Marca Hispanica, una frontera entre dos mundos (VIII – XI)» en RUIZ RODRÍGUEZ, I. (ed.), *Cataluña en España, España en Cataluña. Trece visiones académicas sobre una verdad única*, Madrid, Dykinson, pp. 17-34.
- MIRANDA CALVO, J. (1973): *Consideraciones sobre la conquista árabe: de Guadalete a Toledo*, Madrid, s.n.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1952): «Los vascos y los árabes durante los primeros siglos de la Reconquista», *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*, 9, pp. 65-79.
- VALLVE BERMEJO, J. (1989): «Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España. Toponimia y onomástica», *Al-qanṭir Revista de estudios árabes*, 10, pp. 51-150.

Fuentes cristianas

- ALFONSO III, *Crónica de Alfonso III*, trad. MORALEJO, J. (1985) *Crónicas Asturianas: Crónica de Alfonso III y Crónica Albeldense*, Asturias, Universidad de Oviedo.
- ANÓNIMO, *Crónica Mozárabe del 754*, trad. LÓPEZ PEREIRA, J. E. (1980): *Crónica Mozárabe del 754*, Madrid, Anubar.

Fuentes islámicas

- AL-QUTIYYA, *Iftitah al-Andalus*, trad. VIGUERA MOLLINS, M. J. (2011): «La Conquista de Al-Andalus según ibn al-Qutiyya» en *Aljaranda: revista de estudios tarifeños*, 81. 8 – 13.

- ANÓNIMO, *Ajbar Machmua. Crónica anónima del siglo XI*, trad. DOZY, R. (1965): *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age*. T. 1, Oriental Press.
- ANÓNIMO, *Ajbar Machmua. Crónica anónima del siglo XI*, trad. LAFUENTE ALCÁNTARA, E., (1861): *Ajbar machmua*, Madrid.
- RASIS, *Crónica del Moro Rasis*, trad. GAYANGOS, P., (1852): «Memoria sobre autenticidad de la Crónica denominada del Moro Rasis leída en la Real Academia de la Historia», en *Memorias de la Real Academia de la Historia* VIII., pp. 5-100.

BASILIO II, EL MATADOR DE BÚLGAROS BASILIO II, THE KILLER OF BULGARIANS

Juan Valverde Ayuso

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Este artículo versará sobre el emperador bizantino Basilio II, sus errores y aciertos, y sobre cómo rescató al Imperio Bizantino del caos y lo catapultó a la cima de su esplendor. Mencionará también las conspiraciones que hubo de superar, y los enemigos a los que tuvo que derrotar. En definitiva, sobre su vida y su legado.

Palabras clave: Batalla. Imperio Bizantino. Búlgaros. Basilio II. Samuel. Focas. Escleros. Puerta de Trajano. Tesalónica. Kleidion

Abstract: This article will deal with the byzantine emperor Basil II, his mistakes and his successes, and how he rescued the Byzantine Empire from the chaos and catapulted it to the top of his power. It will also mention the conspiracies he had to get over, and the enemies he had to defeat. In short, about his life and legacy.

Key words: Battle. Byzantine Empire. Bulgarians. Basil II. Focas. Escleros. Gates of Trajan. Thessaloniki. Kleidion.

Introducción

Basilio II fue el hombre que llevó al Imperio Bizantino a su máximo apogeo a principios del siglo XI. Consiguió dominar a los señores feudales que habían llevado las riendas del Imperio en los años anteriores y derrotó a búlgaros y árabes, asegurando las fronteras del Imperio, aunque mucho de lo conseguido por él se perdería por sus incompetentes sucesores.

Nacido en púrpura

Basilio II nació en 958 en Constantinopla, hijo de Romano II y Teófano. Su padre murió en 963, cuando el pequeño Basilio tenía apenas 5 años. Su madre se casó con un general del Imperio que ascendió al trono con el nombre de Nicéforo II. Era un terrateniente militar de Anatolia y pertenecía a una casta cuya influencia era enorme en el Imperio porque poseían grandes propiedades de las que obtenían impuestos y hombres para reclutar. Estos dos actores fueron decisivos para poseer verdaderos ejércitos privados. El brillante general fue asesinado por su gran impopularidad entre el pueblo

debida a los altísimos impuestos que impuso (Norwich, 2000, p. 199) y fue sucedido por Juan Tzimisce, su sobrino. Su reinado fue bastante exitoso, pero murió envenenado, según algunas versiones, a su regreso de la campaña en Oriente que había comenzado en 975.

En 976 ascendió al trono Basilio II. Su hermano Constantino V reinó conjuntamente con él, pero los dos hermanos eran muy diferentes. Basilio, al principio de su vida, había sido mujeriego y amante de los placeres, pero al asumir el trono cambió radicalmente y se transformó en un hombre serio y reflexivo (Psellus, 2005, p. 76). Constantino, en cambio, fue un vividor hasta su muerte y debió de estar muy satisfecho de que su hermano mayor le librara de las responsabilidades asociadas al cargo de emperador sin perder las ventajas del mismo.

Respecto al aspecto físico de Basilio, Psellus nos da una descripción detallada del emperador:

Tenía unos fulgurantes ojos garzos; sus cejas no eran bajas y sombrías ni estaban trazadas en línea recta como las de las mujeres, sino que se arqueaban en lo alto, revelando su arrogante personalidad; sus luceros no están hundidos con aire insidioso y fiero, ni era frívolamente saltones, sino que irradiaban un brillo varonil; todo su rostro estaba como torneado desde un centro hasta formar un círculo perfecto y encajaba entre los hombros mediante un cuello robusto y esbelto; el pecho no era protuberante como si estuviera deformado, ni hundido como el de un asténico, sino que guardaba proporción entre estos extremos; y los demás miembros también estaban en consonancia con esto (Psellus, 2005, p. 97).

En cuanto a su estatura era más bien bajo y no tenía unas espaldas excesivamente cargadas. En general, Psellus nos da una descripción de un hombre proporcionado y viril, el prototipo de emperador: *“cuando cabalgaba su aspecto era en todo punto incomparable, pues estaba esculpido sobre su silla como los modelos de las estatuas que los escultores expertos modelaron en esta posición”* (Psellus, 2005, pp. 97-98).

El gobernante real del Imperio cuando Basilio accedió al poder era el chambelán Basilio, un eunuco bastardo de Romano I (el bisabuelo de Basilio II), que llevaba ya unos cuantos años acumulando riquezas y poder, y no estaba en modo alguno dispuesto a perderlos. Además, un general llamado Bardas Escleros, terrateniente de Anatolia, se rebeló contra Basilio II. Esto, en cierto modo, era esperable. Durante muchos años, el trono de Constantinopla lo habían ocupado generales capaces relegando a los emperadores legítimos a una posición secundaria y prácticamente invisible. Era lógico que otros generales quisieran obtener la púrpura (Asimov, 1983, p. 187) y Basilio II tuvo

que pasar los primeros trece años de su reinado luchando por mantener el poder en sus manos, por un lado, contra su tío abuelo Basilio y, por otro, contra los generales rebeldes.

Escleros y la batalla de la Puerta de Trajano

En 977 Bardas Escleros se rebeló, y poco tiempo después sitiaba Constantinopla tanto por mar como por tierra. El mar no era problema; los barcos leales al emperador destruyeron con relativa facilidad las naves rebeldes (Norwich, 2000, p. 199), pero en tierra la situación era muy distinta. El chambelán Basilio dio el mando del ejército imperial a Bardas Focas (general que se había rebelado contra Juan Tzimiscas y que fue perdonado por el emperador) y éste último fue a Capadocia y reclutó un ejército para enfrentarse al rebelde. La guerra civil duró tres años, y terminó de una manera bastante épica, con el enfrentamiento cuerpo a cuerpo de los dos Bardas. Escleros, que perdió el combate, estuvo muy cerca de la muerte, pero sus soldados consiguieron sacarle del campo de batalla y logró escapar al emirato buyí de Bagdad, frontera oriental del imperio y dependiente del califato abasí.

Terminada la guerra civil, Basilio procedió a deshacerse del hombre más poderoso del imperio en ese momento: Basilio *el chambelán*, su tío abuelo. Basilio era odiado en el Imperio por su corrupción (Norwich, 2000, p. 209) y su enorme riqueza. Al joven emperador no le costó mucho detenerle y enviarle al exilio, a lo que ayudó el descubrimiento de que mantenía contactos secretos con Bardas Focas (el general que apenas unos meses antes había defendido a Basilio II de Bardas Escleros).

Cuando consiguió tener, ya por fin, el poder en sus manos, el joven Basilio se dio cuenta de que había una amenaza que se había dejado de lado durante la guerra civil: los búlgaros. Los búlgaros habían estado hostigando a lo largo de muchos años a los bizantinos. Juan Tzimiscas había conquistado Bulgaria oriental, manteniendo en calma al resto del país, pero a su muerte Samuel, hijo de un gobernante del occidente de Bulgaria (Asimov, 1983, p. 191), encabezó una rebelión que tuvo un éxito considerable. Durante los siguientes años, Samuel, aprovechando que Basilio estaba ocupado con Bardas Escleros, invadió todo el norte de Grecia y llegó a tomar la ciudad de Larisa, en el corazón de Grecia. Basilio estaba decidido a derrotar a los búlgaros, y a tal efecto reunió un ejército y marchó hacia Bulgaria, poniendo sitio a la ciudad de Sofía. Sin embargo, se entretuvo un tiempo para reunir a todo su ejército, lo que dio tiempo a Samuel para rodearle y prepararle una emboscada (Norwich, 2000, p. 210). Además, los bizantinos no

disponían de muchos víveres, por lo que no podían rendir por hambre a la ciudad. Por último, la guarnición de la ciudad destruyó las máquinas de asedio bizantinas pues sus inexpertos generales las habían dejado muy cerca de los muros. El ejército bizantino fue aniquilado y el propio Basilio huyó precipitadamente. Al regresar a la ciudad, consumido por la rabia y la vergüenza, juró que se vengaría de los búlgaros¹⁶⁷, y de hecho su venganza fue de lo más cruenta, como veremos más adelante.

Esta derrota en la Puerta de Trajano en el 986 supuso un duro golpe al gobierno de Basilio, y desencadenó de nuevo una rebelión en Anatolia, esta vez por parte de Bardas Focas.

La rebelión de Focas

El 15 de agosto de 987 (Norwich, 2000, p. 210) el general Bardas Focas, que había defendido a su jovencísimo emperador de Bardas Escleros hacía apenas diez años, reclamó el trono del Imperio para sí. Aquí conviene recordar a Bardas Escleros y su ejército de sublevados. Cuando Escleros se recuperó de sus heridas, huyó al emirato buyí, en Mesopotamia, creyendo que sería bien recibido, pero los buyíes le hicieron prisionero junto con sus hombres. Sin embargo, los buyíes, que tuvieron que luchar contra tribus enemigas (probablemente los turcos), se terminaron sirviendo de ellos. Así lo explica Miguel Psellus en su libro *Vidas de los emperadores de Bizancio*:

Luego sucede lo siguiente: un pueblo extranjero entró en guerra con los babilonios, junto a los que habían buscado refugio los hombres de Escleros para luego, tal como mostró mi relato, ver frustradas sus esperanzas. Esta terrible guerra resultó una pesada carga y requirió muchos hombres y recursos para hacerle frente. Puesto que los babilonios no podían confiar en su solo ejército, cifran entonces sus esperanzas en los fugitivos y no sólo les quitan enseguida las prisiones, sino que los sacan de la cárcel, les proporcionan armamento pesado y los dirigen contra la falange enemiga” (Psellus, 2005, pp. 80-80).

Después de esta batalla, como el mismo Psellus sigue contando, los bizantinos (a los que llama romanos) vencieron a los turcos, pero huyeron de los buyíes por temor a que les volvieran a encerrar. Escleros consiguió escabullirse y reunirse con sus tropas, y de hecho se proclamó emperador en primavera, antes que Focas. Sin embargo, al llegar a la frontera del Imperio, le fue comunicado que Focas tenía el apoyo de toda Anatolia, y, consciente de que no podía luchar contra el emperador y contra Focas a la vez, convino

¹⁶⁷ Juan Luis Posadas (2013). *Las guerras de Basilio II contra los búlgaros*. Recuperado el 11 de febrero de 2017, del sitio web de National Geographic: http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/las-guerras-de-basilio-ii-contralos-bulgaros_7511

un acuerdo con el general anatolio (Norwich, 2000, p. 210). Por este acuerdo los dos generales se dividirían el Imperio, pero Focas traicionó a Escleros y le encerró en la misma fortaleza en la que él mismo se había refugiado cuando se rebeló contra Juan Tzimiscas. Solucionada esta disputa, Focas se dispuso a asediar a la capital.

Basilio estaba en ese momento, como es lógico, desesperado. No tenía apenas tropas para defenderse de la rebelión, así que recurrió a Vladimir de Kiev, quien le prometió 6.000 varagianos a cambio de la mano de Ana, la hermana de Basilio. Éste, al borde de la derrota, aceptó la propuesta sin consultar a su hermana y en diciembre de 988 los rusos llegaron a Constantinopla. Ahora Basilio pudo por fin actuar, y usó a los mercenarios de Vladimir, junto a unas tropas procedentes del Tauro (Psellus, 2005, p. 82), para atacar por sorpresa el campamento de los rebeldes, causando muchísimas bajas entre los amotinados. Según Norwich, hubo tres subordinados de Focas que fueron entregados al emperador: el primero fue ahorcado, el segundo empalado y al tercero lo crucificaron.

Después de la derrota del ejército de Focas en Crisópolis, éste se retiró a Abydos, donde estaba el resto de su ejército, puso sitio a la ciudad y se preparó para la batalla final.

Basilio envió una expedición de socorro, y la avanzadilla fue dirigida por su hermano Constantino. Cuando llegó Basilio con sus varagianos a finales de marzo, los dos ejércitos se encontraron frente a frente. El 13 de abril Basilio dio la orden de atacar y el ejército rebelde fue fuertemente diezmado. Focas consiguió esforzadamente reunir a los supervivientes y, recordando su épico duelo con Escleros diez años antes, decidió arriesgarlo todo. Espoleó a su caballo y fue directo hacia el emperador, quien estaba al frente de sus tropas y sostenía un icono de la Virgen en sus manos. Focas, cabalgando hacia el emperador, tuvo un momento de vacilación y, poco después, cayó desvanecido el caballo. Cuando Basilio se acercó a ver qué le había ocurrido, Focas estaba muerto. Sobre este peculiar suceso hay diferentes versiones. Psellus dice que ya en su época se discutía sobre esto, sin que se pudiera dar una explicación de si Focas murió por las lanzas arrojadas de las tropas de Basilio, por mano del emperador Constantino o por obra de la imagen de la Virgen que portaba Basilio, inclinándose él por esta última opción. Norwich plantea que murió de una apoplejía, y Asimov que la causa de la muerte pudo ser un paro cardíaco o las flechas de las tropas imperiales. De cualquier modo, la amenaza de Bardas Focas se esfumó ese mismo día, y Basilio pudo respirar con más tranquilidad.

Inmediatamente Escleros fue puesto al mando de la rebelión, pero se estaba haciendo viejo, tenía artritis y su vista había empeorado mucho (Asimov, 1983, p. 189), por lo que

cuando el emperador le ofreció la paz, Escleros aceptó. La verdad, no fue muy difícil que lo hiciera, ya que puso como condiciones que fuera el segundo poder del Imperio, detrás solamente del propio emperador, y que no se tomaría ningún tipo de represalias contra los que se habían sublevado con él. Basilio aceptó ambas. Por tanto, seis meses después de la muerte de Focas, la rebelión de los generales había terminado.

Cuando Basilio se encontró con Escleros, tuvieron una conversación cordial, y el emperador preguntó al general cómo evitar rebeliones en el futuro como la que acababa de terminar. Los consejos de Escleros son relatados con todo detalle por Psellus:

Él entonces no aconsejó como general, sino que expresó su opinión valiéndose de la astucia: debía suprimir los cargos con excesivo poder y no dejar que ninguno de los generales se hiciese demasiado rico, sino arruinarlos con cargas injustas para que se ocupasen de sus propias haciendas; no debía llevar esposa alguna a palacio, ni dejar que nadie se le acercase, ni que muchos estuvieran al tanto de las decisiones que él concibiese en su interior (Psellus, 2005, pp. 91-92).

Bardas Escleros, después de esta conversación, se retiró a las tierras que se le habían concedido y murió poco después. Sin embargo, esta conversación tuvo mucha influencia en Basilio, quizás más de la que el propio Escleros había esperado, pues a partir de ese momento Basilio llevó él mismo todo el aparato del Estado, desconfiando mucho de sus colaboradores y tomando personalmente cada vez más decisiones.

Al poner orden en casa, Basilio olvidó (o quiso olvidar) la promesa que hizo a Vladimir, el señor de Kiev, de darle a su hermana en matrimonio en pago por la ayuda de los 6.000 varagianos, que tan útiles habían resultado al emperador. Como modo de recordar al emperador su promesa, Vladimir tomó la ciudad de Quersoneso, en el extremo sur de la península de Crimea, una de las últimas posesiones bizantinas en el norte del Mar Negro. Basilio, que todavía tenía en Constantinopla a los varagianos, no podía arriesgarse a perder el apoyo ruso, por lo que mandó a su hermana Ana con su prometido, llorando ésta amargamente (Norwich, 2000, p. 212) (después de todo, en esa época los bizantinos consideraban a los rusos poco más que salvajes sin razón).

La guerra contra los árabes y el inicio de la guerra búlgara

Basilio, resueltos todos los problemas internos y apaciguado Vladimir de Kiev, se dispuso, ahora sí, a enfrentar la tarea para la que se había estado preparando toda su vida: aniquilar a los búlgaros. Para ello, partió hacia el occidente de su imperio y desde el 991 hasta la guerra árabe se encargó personalmente del adiestramiento de los soldados. El

emperador era muy severo, castigando duramente a los que desobedecían órdenes, aunque fuera para obtener una ventaja. Sin embargo, compartía el rancho con sus tropas, y sufría las inclemencias del tiempo al igual que ellos. Al encargarse personalmente de la educación de muchos hijos de oficiales, consiguió algo muy importante para un ejército: la lealtad incondicional de sus soldados hacia el general en jefe. Basilio consiguió que el ejército lo amase, y esto fue vital para sus campañas, tanto contra los árabes como contra los búlgaros.

Después de adiestrar al ejército, avanzó sobre Bulgaria. Sin embargo, el avance, aunque seguro, era muy lento, debido a que Basilio planificaba casi al milímetro cada batalla y escaramuza (Psellus, 2005, p. 96) (seguramente tenía fresca en la memoria la masacre de la Puerta de Trajano). Prueba de ello fue que, en 995, por un ataque fatimí contra el protectorado de Aleppo, tuvo que acudir precipitadamente a Siria sin apenas haber avanzado en territorio búlgaro. Samuel, el zar búlgaro, esperaba pacientemente una oportunidad para contraatacar, y seguramente esta retirada temporal de Basilio le debió parecer el momento perfecto. Si fue así, desde luego no supo aprovechar la ventaja.

Basilio, enfurecido por el ataque árabe contra el protectorado de Aleppo que le distraía de la campaña contra los búlgaros, consiguió llegar en un tiempo mínimo a Siria. Para ello se sirvió de un método como mínimo bastante curioso explicado por John Julius Norwich en *Breve historia de Bizancio*: “Montó a todo su ejército. A cada soldado se le proporcionaron dos mulas, una para él y otra para su bagaje. A finales de abril de 995 desplegó sus primeros 17.000 soldados ante las murallas de Aleppo. Habían tardado justo dieciséis días” (Norwich, 2000, p. 213).

Esta rapidez fue precisamente lo que le dio la victoria a Basilio, pues los árabes, superados ampliamente en número y sorprendidos en grado sumo por la rapidez del emperador, se desmoralizaron y huyeron. Basilio devastó todo el territorio hasta Trípoli. En su camino de vuelta, los nobles de la región que encontraba a su paso, cometieron el error de recibirle en sus mansiones mostrando toda su riqueza. Basilio, como vimos, había tenido serios problemas con los grandes terratenientes de Anatolia, y esta exhibición de lujo y riqueza le convenció para llevar aún más si cabe al extremo el último consejo de Escleros. Promulgó leyes para restar poder a los grandes terratenientes y ayudar a los pequeños propietarios. Con este criterio abolió la Prescripción de los Cuarenta Años, por lo que los nobles que habían obtenido injustamente tierras fueron obligados a devolverlas

a sus propietarios originales y, además, sin que éstos tuvieran que pagarles nada (V.V. A. A., 1991, p. 1231).

Poniendo en orden el país

Después de promulgar estas leyes no podía reiniciar la guerra búlgara de inmediato, debido al descontento en Anatolia y tuvo que permanecer un tiempo en Constantinopla.

En ese tiempo que estuvo en la capital, llegó una embajada un tanto sorprendente de Occidente procedente de la corte de Otón III, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Su padre, Otón II, se había casado con la princesa bizantina Teófano, hija de un hermano de Bardas Escleros y una hermana de Juan Tzimiscas. Otón II se había mostrado complacido con su matrimonio con Teófano, pero había reclamado las tierras bizantinas de Italia como dote, algo a los que los bizantinos se habían negado rotundamente. Después, había intentado conquistar Apulia, pero los bizantinos ayudaron a los musulmanes de esta región y rechazaron a Otón II (Norwich, 2000, p. 214). Poco después, este murió en Roma, aunque tuvo un hijo con Teófano, Otón III, quien con diecisiete años envió una embajada a Bizancio encabezada por Juan Filagatos. El propósito de esta embajada era sorprendente ya que pretendía conseguir una esposa al propio Otón III que fuera de la familia real bizantina. Basilio estaba encantado, y Juan Filagatos regresó a Roma con embajadores bizantinos para tratar el asunto con Otón en persona.

Todo este asunto matrimonial se complicó en Italia pues Filagatos, el servidor más fiel de Otón, fue proclamado papa por los patricios de Roma, que odiaban a Otón III, mientras el papa Gregorio V, que había sido nombrado anteriormente por el propio Otón, huyó a Pavía. Los embajadores de Basilio en Roma fueron confinados a prisión, pero esto al antipapa Filagatos no le sirvió de mucho. Otón tomó la ciudad y capturó a Filagatos y a Crescencio (el patricio que nombró papa a Filagatos). Otón ejecutó a Crescencio y mandó que a Filagatos le cortaran la nariz, la lengua, las orejas y las manos, y seguidamente le sacaran los ojos (Norwich, 2000, p. 215). Después de este macabro suceso, se desvaneció temporalmente la posibilidad de matrimonio entre Otón y una sobrina del emperador, un matrimonio que hubiera sido muy provechoso a Basilio para mantener en calma la frontera italiana.

Todos estos problemas impidieron a Basilio centrarse en los búlgaros y estos lo aprovecharon para aumentar su poder. Basilio, consciente de que no podía con todos los

frentes a la vez, decidió pedir ayuda a la república de Venecia. El emperador les cedería la costa dálmata como un protectorado bajo soberanía bizantina si ellos se comprometían a defender ese territorio de Samuel, el zar búlgaro. Los venecianos, a los que les interesaba tener esa franja de territorio para destruir a los piratas croatas, dieron el visto bueno al acuerdo. A partir de entonces, Basilio pudo despreocuparse de la costa dálmata pues sabía que estaría segura en manos venecianas.

En cuanto al asunto del matrimonio, Otón III volvió a enviar una embajada, pues no cejaba en su intento de conseguir una esposa bizantina. La elegida por el embajador, el arzobispo Arnulfo de Milán, fue Zoe, una guapa joven de veintitrés años, pues era la más agraciada de las tres hermanas. Basilio no entorpeció el proceso porque quería regresar cuanto antes a Bulgaria, y Zoe no puso objeciones. Sin embargo, cuando llegó a Bari, en el extremo sureste de Italia, se enteró de que su prometido había muerto repentinamente con veintidós años. Se volvió, triste y deprimida a Constantinopla y Basilio perdió una magnífica oportunidad de unir ambos imperios.

El saqueo de Grecia y la batalla de Esperqueo

Samuel aprovechó el caos que la derrota de la Puerta de Trajano provocó en el imperio para avanzar sobre el sur de los Balcanes y saquear Grecia. En el 991 los bizantinos capturaron al emperador búlgaro Romano, lo que supuso concentrar aún más el poder en manos de Samuel. Se dirigió hacia Tesalónica, y preparó una estratagema para derrotar al gobernador de la ciudad, que en ese momento era Gregorio Taronita. Samuel preparó a cierta distancia de la ciudad zanjas y diversas trampas y dejó en esa zona a la mayor parte de su ejército. Luego, en una maniobra engañosa, se dispuso a asediar la ciudad con una pequeña fuerza.

El gobernador decidió atacar a Samuel y envió a su hijo al mando de una parte de la guarnición. El búlgaro puso en práctica la trampa, retirándose hacia la zona de emboscada, y rodeó con todo su ejército a los bizantinos. Estos, desesperados y atrapados, lucharon valientemente, pero fueron masacrados. Taronita, al enterarse de lo que estaba ocurriendo, salió en ayuda de su hijo, pero fue muerto y su hijo capturado.

Samuel, tras esta victoria, desechó la idea de asediar la ciudad, y se dirigió hacia el sur, hacia el corazón de Grecia. Tomó Larisa, la saqueó y se dirigió hacia Corinto. Sin embargo, se enteró de que el general bizantino Nicéforo Urano estaba persiguiéndolo, e intentó retirarse hacia el norte. Desafortunadamente para él, fue interceptado por el

bizantino en el río Esperqueo en el 997, y aquí tuvo lugar una batalla que sería la primera derrota de Samuel en la guerra.

Samuel, en su retirada hacia el norte, tenía que cruzar el río Esperqueo, justo a la salida del paso de las Termópilas, y Nicéforo Urano se propuso impedirle el paso. No hay muchas fuentes sobre esta batalla, pero sí hay una bastante fiable, la del escritor Juan Skylitzes.

Según este relato, Nicéforo había recibido un gran ejército por parte de Basilio y el mando de todos los territorios bizantinos al oeste de Constantinopla. Nicéforo se dirigió hacia el sur y acampó en la orilla norte del río Esperqueo, mientras que Samuel y su ejército lo hicieron en el sur. Samuel estaba convencido de que los bizantinos no harían nada, puesto que no podían cruzar el río.

Sin embargo, Nicéforo no pensaba estar inactivo. Buscó insistentemente un vado del río, ya que las últimas crecidas habían aumentado su anchura, y lo encontró. Cruzó el río por la noche, y se acercó al ejército de Samuel, que no había tomado precauciones y tenía el campamento totalmente desprotegido. Nicéforo dio la orden de ataque y lo que siguió fue una carnicería. El mismo Samuel, junto con su hijo, fue herido en el brazo y solo se salvó, según el relato de Skylitzes, haciéndose pasar por un soldado muerto de su ejército. Los bizantinos capturaron 12.000 prisioneros y solo cuando se hubieron ido Samuel se atrevió a levantarse y reunirse con los restos de su ejército. Debido al largo viaje hasta la capital búlgara, Ohrid, el brazo de Samuel no sanó como debía. Nicéforo Urano, mientras tanto, entró en Constantinopla con 1.000 cabezas de búlgaros y 12.000 prisioneros, como hace constar Yayha de Antioquía.

Esta fue la primera gran derrota de los búlgaros en la guerra y supuso que durante un tiempo Samuel estuviera dispuesto a negociar con Basilio II. Sin embargo, llegó a Bulgaria la noticia de que Romano, el zar búlgaro, había muerto en prisión, por lo que se proclamó emperador a Samuel y este continuó la guerra.

La guerra en los Balcanes

Basilio, en el 1003, comenzó de nuevo una campaña contra los búlgaros. Avanzó hacia la zona noroccidental de Bulgaria, y tomó la ciudad de Vidin. Posteriormente, el emperador siguió hacia el sur por el río Morava, reduciendo a escombros todos los castillos búlgaros que encontraba a su paso. Finalmente, llegó a las cercanías de Skopje.

Le llegó la información de que Samuel había acampado muy próximo a la ciudad, en una de las orillas del río Vardar.

Samuel había establecido su campamento en una parte alta cercana al río, y volvió a cometer el mismo error que en el Esperqueo al no tomar ninguna precaución ni fortificar el campamento. Basilio vio aquí una oportunidad favorable y atacó el campamento búlgaro por la noche, en una repetición casi exacta de lo que había ocurrido unos años antes.

Los bizantinos, tras esta victoria, no aprovecharon la ventaja que tenían, sino que se desplazaron hacia Pernik, cerca de Sofía, y asediaron la ciudad. El sitio fue un completo fracaso y tuvieron que volver a Constantinopla. Según el historiador Vasil Zlatarsky, inmediatamente después de esta batalla, en el 1004, los búlgaros volvieron a atacar Tesalónica, capturando al gobernador de la ciudad, Ioannes Chaldus.

En el 1009, cinco años después del segundo ataque a Tesalónica, los búlgaros volvieron a enfrentarse a los bizantinos en la batalla de Kreta, al este de Tesalónica. De esta batalla no se sabe casi nada, simplemente que fue una victoria de los bizantinos. Los búlgaros se retiraron de nuevo tras esta derrota.

La tercera batalla de Tesalónica y la batalla de Kleidion

En 1014, Basilio volvió a realizar otra de sus campañas anuales contra los búlgaros, avanzando esta vez desde el oeste de Tracia, a través del desfiladero de Cimbalongo (Norwich, 2000, p. 216), que permite el paso desde Serres, en el norte de Grecia, hasta el valle del alto Struma, en Bulgaria. Basilio se encontró el paso cortado por las fortificaciones de Samuel, y el zar búlgaro, para distraer a los bizantinos, envió una parte de su ejército hacia el suroeste, para atacar Tesalónica, una de las ciudades más asediadas de esta guerra.

El general que envió con este ejército fue Nestoritsa, y el gobernador de Tesalónica era en este momento Teofilacto Botaniates. Según algunos historiadores, Nestoritsa acampó al oeste de la ciudad, y según otros en el río Galik. El gobernador y su hijo Miguel se enfrentaron al ejército búlgaro, cargando Miguel con la caballería, pero fue rodeado. Sin embargo, los bizantinos lucharon con tanta fiereza que los búlgaros tuvieron que retirarse ayudándose de sus arqueros. Posteriormente, otro ataque del gobernador, junto con su hijo, destrozó al ejército búlgaro, que tuvo que poner huir apresuradamente, dejando a muchos prisioneros en manos de los bizantinos.

Después de rechazar este ataque búlgaro sobre Tesalónica, Botaniates se reunió con Basilio en Cimbalongo, y volvieron a atacar las fortificaciones búlgaras en el valle. Los búlgaros resistían bien, y parecía que todo iba a acabar en una retirada bizantina, pero entró en escena Nicéforo Xifias, el gobernador de Filipópolis. Basilio le había ordenado que rodeara la montaña de Belasitsa e hizo que estos tuvieran que volverse y defenderse por dos frentes. Tomado por sorpresa y superado en número, el ejército búlgaro se derrumbó en un caos increíble y huyeron desesperadamente. Según Skylitzes, Samuel solo se salvó por la valentía de su hijo, que montó a su padre en su caballo y huyó con él hacia Prilep. Mientras tanto, Basilio había tomado 15.000 prisioneros, pero iba a tardar un tiempo en ejecutar sobre ellos la venganza que juró obtener tras la derrota de la Puerta de Trajano.

Este retraso se debió a que Botaniates volvió a intentar pasar por el valle del Strumitsa, pero Samuel y su hijo consiguieron derrotarle y hacer que muriera en la batalla. Tras esta funesta batalla, que Basilio lamentaría seguramente por ser Botaniates uno de sus más fieles generales y amigos, el emperador decidió ejecutar su venganza largamente deseada desde la humillante derrota en la Puerta de Trajano.

Dividió a los 15.000 prisioneros en grupos de cien, y cegó con un hierro al rojo vivo a noventa y nueve prisioneros de cada grupo. Al afortunado restante solamente le cegó un ojo, y a este grupo de tuertos les encargó la misión de volver a Bulgaria y guiar a sus compañeros cegados. Samuel estaba esperando en Sofía, y cuando le llegaron las noticias de que su ejército capturado volvía, salió rápidamente al encuentro de sus hombres, pensando que Basilio los había liberado. Pero en cuanto vio a los miles y miles de ciegos deambulando como fantasmas, tuvo un ataque de apoplejía allí mismo, y murió un par de días después (Asimov, 1983, p. 193), el 6 de octubre de 1014.

Basilio, tras este espeluznante episodio, por el cual fue llamado a partir de entonces con el nombre de *Bulgaroktonos* (“El matador de búlgaros”), continuó la guerra contra Bulgaria dado que aún hubo unos cuantos nobles que siguieron desafiándole. El hijo de Samuel, Gabriel Radomir, fue asesinado en el 1015 por una conspiración de su primo Iván Vladislav instigada por Basilio. Este nuevo zar búlgaro intentó llegar a un acuerdo de paz con el Imperio, pero otra conspiración, también instigada por los bizantinos, cortó las negociaciones, pues Iván la descubrió y se negó a seguir intentado la paz.

El emperador, por tanto, volvió a invadir Bulgaria y llegó a tomar la misma Ohrid, excepto la ciudadela de la capital. Sin embargo, uno de los ejércitos que había dejado en

la retaguardia para protegerse fue emboscado por Iván y totalmente destruido. Esta derrota obligó a Basilio a retirarse de Ohrid, retrasando de nuevo la conquista de Bulgaria. Más tarde se llevó a cabo una batalla en Setina que no tuvo ningún efecto en la guerra, y la última batalla se produjo en Dirraquio, en el momento en que Iván intentó tomar esta ciudad. En un contraataque, fue asesinado y el ejército búlgaro se disolvió.

Muerto el tercer gobernante búlgaro en menos de cinco años, Basilio pudo invadir toda Bulgaria sin oposición digna de mencionar y fue sometiendo uno por uno a todos los señores feudales búlgaros. El último fue Juan Vladislav, quien se rindió después de que Basilio derrotara a sus tropas en el 1018 y cegara a sus prisioneros, exactamente como había hecho después de Kleidion. A partir de este momento, en 1018, toda Bulgaria fue incorporada al Imperio Bizantino.

Cruel en la guerra, benévolo en la paz

Basilio, después de terminar una guerra que había durado tres décadas, bien podía haber desencadenado una ola de destrucción por todo el territorio conquistado y a nadie le habría extrañado, pero seguramente no lo deseaba. Los búlgaros eran ahora sus súbditos, y como tal debían ser tratados. Permitió que Bulgaria tuviera un arzobispado independiente, puso unos impuestos bastante bajos y concedió señoríos a nobles serbios, croatas y búlgaros¹⁶⁸. Además, según Psellus, Basilio no gastaba nada que no fuera absolutamente necesario. Por ello, no es de extrañar que cuando terminara la guerra contra los búlgaros, el tesoro imperial estuviera a punto de reventar las arcas imperiales por los altos impuestos cobrados a los señores feudales de Anatolia, por las riquezas obtenidas en la guerra contra los árabes y por las recientemente adquiridas contra los búlgaros. De hecho, eran tantas, que, según Psellus, “puesto que la capacidad de las salas acondicionadas para ello resultó insignificante, excavó laberintos subterráneos al modo de las galerías funerarias de los egipcios y en ellos atesoró no poco de lo que había acumulado” (Psellus, 2005, p. 94). Por otra parte, no solo hizo que Bulgaria tuviera un considerable autogobierno, sino que integró en la burocracia y el ejército bizantinos a los aristócratas búlgaros, permitiéndoles acceder a altos cargos dentro del Imperio.

En cuanto al resto del Imperio, hizo una última expedición a Oriente en 1023 y creó otros nueve temas o regiones militares, desde Antioquía hasta Azerbaiyán.

¹⁶⁸ Juan Luis Posadas (2013). *Las guerras de Basilio II contra los búlgaros*. Recuperado el 11 de febrero de 2017, del sitio web de National Geographic: http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/las-guerras-de-basilio-ii-contra-los-bulgaros_7511

La muerte y el legado del *Bulgaroktonos*

En 1025 Basilio tenía ya sesenta y ocho años, pero su energía parecía que continuaba igual de inagotable. Estaba preparando una expedición a Sicilia para recuperar la isla que Belisario había conquistado casi cinco siglos antes, pero ocurrió algo inesperado: el 15 de diciembre de 1025, el *Bulgaroktonos* falleció de repente, sin nada que lo hiciera sospechar. Había luchado toda su vida, contra todos los obstáculos que se había encontrado superándolos todos. Había hecho de la grandeza del Imperio el objetivo de su vida y observando el mundo en el momento de su muerte se puede decir que lo consiguió.

Empezando por el sur, el mundo del islam estaba tan fragmentado que no suponía ni siquiera una leve amenaza para los bizantinos. En el este Basilio había dominado por completo a los señores feudales y había extendido las fronteras del Imperio hasta el Cáucaso. En el norte los rusos, pechenegos y demás tribus podrían arañar levemente al Imperio, pero en modo alguno suponer algo serio. Y en el oeste, Basilio había destruido por completo al enemigo más cercano y poderoso, Bulgaria, y lo había integrado en el país. Los reinos occidentales, alejados de Constantinopla y enfrascados en guerras microscópicas, no podían ni soñar con atacar a los bizantinos.

Cierto es que no se podía comparar la extensión del Imperio con al que tenía con Justiniano o Heraclio, pero eso es de escasa importancia. El Imperio de Justiniano, a la muerte de este, estaba agotado, una mitad odiaba a la otra y estaba prácticamente arruinado. Con Heraclio era aún más grave, pues la guerra con los persas dejó al Imperio al borde del colapso y al entrar en contacto con los árabes se había derrumbado como un castillo de naipes. En el momento de la muerte de Basilio, todo era muy distinto. El Imperio estaba unido, pacificado y las arcas estaban repletas. En el 1025 no tenía rival a lo largo y ancho del mundo. Había llegado a la mismísima cima de su poder.

Pero no todo era idílico en este magnífico cuadro. En primer lugar, los señores feudales estaban dominados, pero no muertos. Al morir Basilio, fueron recuperando con relativa rapidez su poder. Menos de un siglo después, los señores feudales dominaban de nuevo todo el territorio imperial. En segundo lugar, pero no menos importante, Basilio había concedido numerosas ventajas comerciales a los venecianos, aparte de la ya mencionada medida de entregarles la costa dálmata. Estos privilegios, con los débiles sucesores de Basilio, no hicieron sino aumentar, y con el tiempo iban a ahogar económicamente al Imperio. En tercer lugar, los monjes le habían prestado su apoyo a Basilio contra los generales y el emperador no pudo arriesgarse a retirarles los privilegios y hacer que se

rebelaran contra él, haciendo que el monacato tuviera un efecto nefasto en el Imperio hasta su fin.

Y el cuarto inconveniente, y en mi opinión el más importante, fue simple y llanamente que no dejó herederos. Nunca se casó ni tuvo hijos, ni siquiera ilegítimos, ni pudo casar a sus sobrinas, por lo que toda posibilidad de poner a algún gobernante capaz en el trono se esfumó. Al no tener una mano fuerte que controlara el Imperio, éste fue decayendo con una rapidez sorprendente bajo los ineptos sucesores del *Bulgaroktonos*. Ciertamente resulta un tanto desolador pensar que este único error de Basilio fuera tan destructivo para su Imperio, un Imperio al que había rescatado del caos y elevado al máximo poder en toda su historia.

Bibliografía

AA. VV. (1991): *Gran Enciclopedia Larousse*, Tomo III, Barcelona, Editorial Planeta

ASIMOV, I. (1983): *Constantinopla, el imperio olvidado*. Madrid, Alianza Editorial.

Traducción de Javier Alfaya y Barbara Mcshean.

NORWICH, J. J. (2000): *Breve historia de Bizancio*. Madrid, Ediciones Cátedra.

Traducción de Carmen Martínez Gimeno.

POSADAS, J. L., “Las guerras de Basilio II contra los búlgaros” [en línea], *National Geographic*,

http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/las-guerras-de-basilio-ii-contra-los-bulgaros_7511, [Consulta: 5 sept.

2013]

PSELLUS, M. (2005): *Vidas de los emperadores de Bizancio*, Madrid, Editorial Gredos.

Traducción de Juan Signes Codoñer.

**LA DEFENSA DE CHILE BAJO LA CORONA DE ESPAÑA (SS. XVI-XIX).
LOS FUERTES DE LA FRONTERA DEL RÍO BIOBÍO
THE DEFENSE OF CHILE UNDER THE CROWN OF SPAIN (SS. XVI-XIX).
THE FORTS OF THE BIOBÍO RIVER BORDER**

José Miguel Hernández Souza
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: El interés estratégico en la defensa de Chile se centraba en su condición de ser la “llave del Perú”, tanto por tierra, donde la guerra en el Arauco obligaba a mantener un permanente estado de defensa; como por mar, al ser sus costas paso obligado de aquellos que querían hacerse con los succulentos botines que se encontraban más al norte, sobre todo a partir de Arica.

Ambas circunstancias obligaron a la construcción y mantenimiento de gran cantidad de asentamientos, de muy diversa envergadura, desde breves empalizadas con las que protegerse de los ataques de los indígenas, hasta elaboradas construcciones con las que resistir la artillería de ingleses, franceses y holandeses.

El latente enfrentamiento con los indígenas motivó la construcción de una cadena de fortificaciones que conformaron la frontera del río Biobío. Erigidas entre los siglos XVI a XIX, tuvieron una azarosa vida, defendiendo el territorio colonizado por la corona hispana, para finalizar en manos de los propios defensores.

Palabras Clave: Chile, río Biobio, fortificaciones, frontera

Abstract: The strategic interest in the defense of Chile centered in its condition of "key of Peru". By land, where the war in the Arauco forced to maintain a permanent state of vigil, like by sea, where those who wanted to take the succulents booties that were more to the north, needed to pass.

Both circumstances forced the construction and maintenance of a large number of settlements, from a very wide range, from brief palisades with which to protect themselves against Indian attacks, to elaborate constructions with which to resist the artillery of English, French and Dutch.

The latent confrontation with the natives motivated the construction of a chain of fortifications that conformed the border of the Biobío river. Erected between the sixteenth and nineteenth centuries, they had a hazardous life, defending the territory colonized by the Spanish crown, to end in the hands of the defenders themselves.

Key Words: Chile, Biobio river, fortifications, border

Introducción

La conquista de Chile ha constituido un caso único en dentro del territorio americano. A diferencia de los imperios inca y azteca, que fueron sometidos rápidamente, a pesar de

contar con una mayor organización, y de otros pueblos, que sucumbieron fácilmente al poder de los ejércitos castellano, en Chile podemos hablar de una conquista incompleta, que se prolonga en el tiempo, capaz de mantener un enfrentamiento intermitente entre indígenas y españoles o criollos.

Oficialmente su conquista se dio por finalizada en los últimos años del siglo XVI, pese a no ser del todo cierto. El territorio chileno fue dotado de las consiguientes estructuras administrativas, pese a la existencia de una frontera permeable y la inseguridad que sufrían algunos de los asentamientos, hagan poner en duda el fin de la conquista y la consiguiente colonización.

La imagen que trascendió a la historiografía, plasmada por los cronistas, sobre todo castellanos, a lo largo de los siglos XVI y XVII, ha sido la de un enfrentamiento duro y sufrido, impregnado de un carácter épico la resistencia del indígena frente a las armas castellanas; un enfrentamiento desigual, donde los hechos de armas son exagerados sin pudor y no faltan las penalidades sufridas por los castellanos y las muestras de crueldad por los indígenas. Esta imagen no ha sido revisada hasta hace pocos años.

El interés de Chile dentro del conjunto de las posesiones españolas en la costa del Pacífico, era, ante todo, estratégico, habiendo sido considerado muchas veces como la defensa del Perú y de las carreras de transporte del metal precioso¹⁶⁹.

Estas circunstancias obligaron a que gran cantidad de los asentamientos levantados por los hispanos, tanto interiores como costeros, tuvieran el carácter de fortificaciones, de muy diverso tamaño y envergadura; desde endebles empalizadas con las que protegerse de los ataques de los indígenas, hasta complicadas construcciones con las que resistir el fuego de la artillería de los barcos ingleses, franceses y holandeses (García Sáiz, 1985, pp. 197-212).

Estas circunstancias condicionaron la colonización del territorio, de manera que allí donde se levantaba un fuerte o elemento defensivo, habitualmente se organizaba a su alrededor una población estable.

Desde el descubrimiento y conquista por los españoles del vasto territorio situado al sur del Istmo de Panamá, hubo dos intereses contrapuestos que jugarán un papel destacado en la consecución de la fortificación marítima de la costa del Pacífico Sur: estos fueron, por un lado, los intereses castellanos que hacían del mar el medio de enlace de las

¹⁶⁹ Tanto por tierra, donde la guerra con el Arauco obligaba a mantener un permanente estado de alerta, como por mar, al ser sus costas paso obligado de todos los que deseasen hacerse con los botines que se encontraban más al norte.

diversas minas de metales preciosos, metales que confluían en los puertos del Caribe para ser trasladados a España, y por otra, la de los enemigos de la Corona, sobre todo ingleses y holandeses, que buscaban el desbaratar el transporte de esas mercancías y hacerse con esos metales preciosos (Calderón Quijano, 1996, p. 29).

Así lo vio Pedro de Valdivia en el s. XVI, cuando en una de sus cartas hablaba de Chile en estos términos: “*Chile es la llave de Perú y Perú es la bolsa de España con cuyo poder se defiende la cristiandad*”.

La Corona hispana puso especial empeño en defender aquellos puertos que eran los puntos clave en el entramado del envío de los metales americanos a España, sobre todo situados en el Caribe.

La costa chilena, dado su alejamiento y situación fue olvidada a su suerte. Sin embargo, los numerosos ataques que se produjeron en esta costa por medio de los barcos holandeses e ingleses (Hernández Sousa, 2013, pp. 30-32), demostraron que estas costas debían ser protegidas, para de este modo, proteger las peruanas y el envío de los metales que de sus minas eran extraídos.

Esto implicó que a lo largo de los siglos XVII y XVIII se construyeran o perfeccionaran las fortificaciones existentes en la costa, con la intención de evitar el paso de los barcos enemigos¹⁷⁰.

La conquista de Chile

La conquista de Chile, pero sobre todo de la Araucanía, fue un fenómeno que se prolongó en el tiempo, muy rápida en algunos territorios, pero incompleta en otros; un enfrentamiento intermitente que no tuvo la misma intensidad en todos los períodos. Muy disputada en los inicios, fue decreciendo gradualmente. Dejó de ser una guerra para ser sustituida por una relación fronteriza de intercambio que duró más que la etapa de enfrentamientos (Villalobos, 1992, p. 225).

¹⁷⁰ Al menos sabemos de 21 proyectos para atacar la costa chilena, en Guarda (1990).



Figura 1: La Araucanía y el río Biobío (Chile) (elaboración propia)

La conquista de Chile se puede dar por iniciada en 1535 cuando Diego de Almagro partió del Perú en busca de tesoros y gloria; sin embargo, la escasez de botín y la oposición mostrada por los indígenas le forzaron a retornar al Perú donde murió ejecutado.

A partir de 1540, Pedro de Valdivia, dio continuidad a la conquista, esta vez consiguiendo establecerse¹⁷¹ al sur del río Biobío; pero Valdivia tampoco logró vencer la resistencia indígena. En uno de sus constantes levantamientos, en 1553, fue apresado y torturado hasta morir¹⁷².

El enfrentamiento por la Araucanía comenzó en 1550 con la campaña de Valdivia, y se prolongó hasta 1598; etapa propia de conquista, cuando asistimos a los momentos de mayor dureza, de donde está sacada la imagen que nos han transmitido muchos de los escritores.

¹⁷¹ La primera fundación de una ciudad fue en la bahía de Talcahuano, donde se levantó la ciudad de Concepción, en 1550.

¹⁷² Fue la primera gran rebelión, que duró casi cuatro años, y obligó a abandonar las ciudades de Concepción, Angol y Villarrica, y dejó a la Imperial y Valdivia aisladas. La situación se mantuvo hasta la llegada de García Hurtado de Mendoza en 1557, en Villalobos (1992, pp. 231-232).

Desde 1598 a 1662 se produce el triunfo de los indígenas, fraguado sobre todo tras la rebelión de 1654, con el rechazo de los españoles al norte del río Biobío, momento que aparece la idea de frontera.

Desde 1662 hasta el momento de la independencia de España, es la etapa de mayor tranquilidad, de relaciones fronterizas, caracterizada por el intercambio y el mestizaje, aunque persistan escasos choques armados.

Durante el siglo XVI la fuerza militar existente en las Indias estuvo constituida por un ejército vecinal con la colaboración de contingentes indígenas. El modelo perduró hasta finales de siglo cuando, un nuevo levantamiento, destruyó gran parte de las ciudades levantadas al sur del Biobío y obligó a la creación del primer ejército profesional en las Indias, establecido por Felipe III en 1603 (Vargas Cariola, 1983, p. 357).

Esta nueva organización de las fuerzas y el establecimiento de varios fuertes fronterizos, permitió una mayor seguridad en la zona, pese a que no fue suficiente para detener las incursiones indígenas. Ante la escasez de recursos, el gobernador Alonso de Ribera, en 1612, planteó el establecimiento de una sólida línea defensiva, la frontera, que ambos contendientes se comprometían a respetar¹⁷³.

Un nuevo levantamiento, entre 1654 y 1662, supuso el abandono de todos los asentamientos al sur del Biobío (Villalobos, 1992, p. 258).

A partir de 1682 la guerra se puede dar por concluida. La presión de barcos enemigos obre las costas y la vida fronteriza con sus múltiples contactos e intercambios motivaron esta situación (Villalobos, 1992, p. 258).

La Araucanía

La región geográfica de la Araucanía queda enmarcada entre el océano Pacífico y las alturas de la Cordillera de Los Andes. El espacio litoral hasta el océano, queda delimitado por el oriente por la cordillera de la costa, Nahuelbuta, que desde el río Biobío¹⁷⁴ hacia el sur toma forma compacta y elevada, con alturas de 1.000 m. Esta cordillera se conforma como una verdadera barrera con escasos pasos entre la costa y el Llano Central. Por su parte, Los Llanos se extienden entre los Andes y la cordillera de Nahuelbuta, con una

¹⁷³ En 1612 se celebra en el fuerte de Paicaví un Parlamento, donde ambos contendientes se comprometen a aceptar la línea del río Biobío como frontera.

¹⁷⁴ El Biobío nace cordillera adentro, a 1150 m de altura; en sus 340 km de longitud recorre tanto amplios valles como estrechas gargantas; con una clara dirección Noroeste. Como línea fronteriza su carácter fue más psicológico que material, porque realmente no constituyó una barrera infranqueable, en (Villalobos, 1992, p. 203).

altura media de 300 m, donde se presentan condiciones ideales para el asentamiento humano.

Entre los pueblos que habitaban el territorio chileno, destacan los araucanos por su elevado número y su resistencia frente al conquistador. Formaban parte de una entidad mayor, los mapuches. Los araucanos constituían su núcleo principal, pueblo dotado de fuerte unidad cultural y de una fuerza defensiva y expansiva que ni siquiera la dominación española pudo desbaratar completamente. Junto a los araucanos aparecen los pehuenches o indios de la cordillera.

La sociedad araucana no contaba con una organización superior; carecían de unidad política y rara vez debieron formarse alianzas mayores; cuando esto sucedía elegían a un cacique para que dirigirles, el *toqui*, cuya autoridad concluía cuando terminaba la guerra (Villalobos, 1992, pp. 216-221).

Las fortalezas defensivas en Chile

Las defensas erigidas en Chile tuvieron una doble expresión, dependiendo frente a quien se elevaban, por un lado, las costeras y por otro las interiores.

En cuanto a las defensas frente al enemigo exterior, se erigieron unas 69 fortificaciones frente a piratas y corsarios. Las interiores, alrededor de 155, fueron levantadas frente al ataque de los indígenas, la mayoría eran de carácter provisional. De ellas, 48 se erigieron en el siglo XVI, 59 en el XVII y 68 en el XVIII, y sólo 5 en el siglo XIX (Calderón Quijano, 1996, p. 433).



Figura 2: Castillo Amargos, Valdivia, 1674-78, Anónimo. Centro Geográfico del Ejército. Cartografía de Ultramar.

Las primeras fortificaciones interiores frente a los indígenas, son todas provisionales. Góngora Marmolejo (De Góngora de Marmolejo, 1862, p. 128) describe uno de los más antiguos, construido por Pedro de Villagra, gobernador entre 1561 y 1564: “(...) *era el Fuerte, de doscientos y cincuenta pies en largo, cuadrado de cuatro esquinas, en las dos hizo una torre en cada una y en lo alto y bajo puso seis piezas de artillería, las cuatro gran piezas de campo y las dos pequeñas*”.

Nájera aporta numerosas descripciones de algunas:

...los cuales palos vienen a ser las murallas de los fuertes, con otros palos más delgados atravesados que van abrazando por la parte de dentro los plantados, a que llaman cintas, porque ciñen a los otros, divididos en cuanto su altura en convenientes distancias, bien atados con ellos con látigos o correas de cuero crudo de vaca, que son las comunes sogas de aquella tierra (González de Nájera, 1889, p. 181).

Su traza era generalmente cuadrada y de distinto tamaño según el número de su guarnición; algunos contaban con pequeños fosos irregulares alrededor. El alto riesgo de incendio de los primeros hizo que hubieran de ser reedificados, sustituyendo la madera por teja y adobe. También se levantaron torreones, ya desde el mismo siglo XVI. Sabemos que Pedro de Valdivia, después de la fundación de La Imperial sitúa entre su río y el Toltén un torreón realizado en madera (De Rosales, 1877-1878, p. 462).

Por otro lado, las fortificaciones levantadas por los indígenas para la defensa frente a los españoles u otras tribus, solían tener una planta circular con gruesos troncos alrededor y profundos fosos.

Las defensas frente al enemigo interno antes del establecimiento de la frontera (s. XVI)

Son varios los fuertes que sabemos que se fueron levantado al compás del avance de la conquista; entre ellos tres fueron levantados por Pedro de Valdivia: Arauco, Tucapel y Purén en 1552, por otra parte, el fuerte de Lebo fue construido por García de Mendoza en 1557.

El fuerte de Arauco es uno de los fuertes con una difícil existencia, destruido y levantado de nuevo en numerosas ocasiones. A cuatro leguas se situaba el Fuerte de Lebo, posteriormente denominado Santa Margarita de Austria.

Uno de los más comprometidos era el fuerte de Purén, hostigado constantemente por los indígenas, fue destruido y reconstruido en numerosas ocasiones. Estaba defendido por once cañones y contaba con cinco edificios en su interior (Guarda, 1990, p. 189). Otro es el fuerte de Paicaví (Hermosilla Silva, 1999), levantado por el Gobernador Rodrigo de Quiroga en 1578.



Figura 3: Mapa de una parte de Chile que comprende el terreno donde pasaron los hechos entre españoles y araucanos en LÓPEZ, T. (1777) [en línea], <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-98270.html>

El fuerte de Tucapel fue construido para dar protección al camino que unía las ciudades de Imperial y Valdivia. Levantado por Valdivia y destruido a su muerte, fue restaurado por García de Mendoza:

(...) mandando se hiciese un muro que cercase el sitio que la casa fuerte antiguamente tenía, en frente de una loma rasa que hacía de una esquina a otra de el mismo frente, porque lo demás de suyo estaba bien fortificado, con un foso grande y peinado...con dos torres grandes, en que estaban a las esquinas de el fuerte cuatro piezas de artillería (De Góngora de Marmolejo, 1862, p. 77).

En 1647 era uno de los fuertes principales del reino, sede del Maestre de Campo General (Guarda, 1990, p. 189).

Los nuevos Tercios o Plazas (s. XVII): la configuración de la frontera

La evolución sufrida en la tipología de las fortificaciones tuvo su reflejo en la aparición de los denominados Tercios o Plazas; poblaciones dotadas de todos los elementos necesarios para resistir los embates de los indígenas. Son construcciones cada vez más sólidas y diferenciadas enteramente de las erigidas en un primer momento.

Junto con los grandes sistemas defensivos costeros de Valdivia, Valparaíso y Chiloé, estas edificaciones constituyen un importante eslabón dentro de la historia de las fortificaciones en América.

Con la configuración de la frontera, conforman un conjunto de fortificaciones dependientes unas de otras que, como una cadena, que guarnecen los puntos claves de las márgenes del río Biobío y Laja, con sus afluentes. Las tropas que las guarnecían iban rotando de una a otra, beneficiándose de su conocimiento.

Son numerosos los informes, mayoritariamente del siglo XVIII, que nos hablan sobre su situación, sobre todo a nivel de conjunto. Su disposición estaba estudiada para mantener alejados a los posibles atacantes de los vados de los ríos y pasos montañosos, tratando de mantener la mayor tranquilidad posible al norte del río, mientras que se alejaba la zona fronteriza hacia el sur del mismo. De este modo, se posibilitaba, ante un posible asalto del río, la organización de una resistencia en profundidad. Su cobertura abarcaba desde el océano hasta las primeras alturas andinas.

Los primeros tercios fueron levantados por el Gobernador Alonso de Rivera ya a principios del siglo XVII, entre 1601 y 1605, con diferentes características de los anteriores fuertes:

(...) de palizadas, pequeños, que se podían guardar cincuenta o sesenta hombres, muy defendibles y ofensibles, porque tenían terraplano, banquetas y parapeto y estaban muy bien atronetados y...a la moderna, de tal manera que todas la veces que venía el enemigo fue muy bien descalabrado y son muy diferentes fuertes de los que en Chile se han usado hasta que yo vine a él (González de Nájera, 1889, pp. 206-207).

De este nuevo modelo de construcción, heredero de las antiguas tradiciones constructivas castellanas y claramente influenciado por las nuevas corrientes europeas, se fueron levantando nuevas fortificaciones y transformando las antiguas a medida que eran destruidas o necesitaban de remociones.

La mayoría de las informaciones con las que contamos hablan de su situación, condiciones y mantenimiento, insistiendo en la precariedad de su construcción. Esta es la información que sobre ellos nos da González de Nájera¹⁷⁵:

(...) algunos dos o tres de tapias, como lo es el más principal que es el de Arauco; pero todos los demás son de palizada, quiero decir de unos palos los más derechos que se hallan a mano del sitio donde se fundan con la rusticidad que se cortan, y de grosor indiferente...

¹⁷⁵Soldado que había luchado en Flandes, estuvo ocho años en Chile (1598-1607), donde estuvo al frente de varios fuertes y al mando de una compañía. (González de Nájera, 1889, pp. 53-61).

Los cuales palos vienen a ser las murallas de los fuertes... Tienen algunos destos fuertes por la parte de dentro otra palizada la mitad más baja que la de fuera..., el cual hueco o vacío de entre la una y la otra se terraplena todo a la redonda de fagina y tierra, de manera que el tal terraplén viene a servir de muralla al fuerte, donde se pasean las rondas y se ponen los convenientes centinelas, y de donde, finalmente, se pelea y está la defensa detrás de los débiles y flacos parapetos.

A través de las mismas se constata la debilidad de muchas de las edificaciones. Muchos justificaban su fragilidad tras el argumento de la ineficacia del armamento y tácticas indígenas, frente al armamento y tácticas de los defensores. Sin embargo, el elevado número de emplazamientos defensivos levantados revela el interés mostrado en su defensa¹⁷⁶.

Pero el papel que jugaron estos lugares fue más allá de lo puramente bélico. Era habitual que en las puestos militares se tejieran relaciones entre ambos bandos. Tanto fuertes como fronteras eran los lugares donde se establecían los intercambios comerciales. Eran el lugar donde los indígenas adquirían productos desconocidos para ellos, aunque básicos para los españoles, que con el tiempo hicieron necesarios para todos. Del mismo modo, los españoles conseguían alimentos y caballos.

Con el tiempo, esta situación generaría un intenso intercambio comercial, convirtiéndose en un lucrativo negocio para muchos de los que allí se establecían.

La incoherencia de esta situación sólo es comprensible en un mundo como es el fronterizo.

La utilidad de los fuertes y su pervivencia fueron temas discutidos por las autoridades políticas, eclesiásticas y militares del reino durante los siglos XVII y XVIII.

A lo largo del tiempo, vemos que las informaciones sobre los mismos fueron contradictorias. Mientras los gobernadores (Amat y Junient, Guill y González, Benavides y Ambrosio O'Higgins), se preocuparon particularmente por el costo financiero que significaba la defensa de la frontera hasta el punto que incluso llegaron a barajar el posible abandono de algunas de las plazas.

Por una parte los ingenieros militares, como Leandro Badarán, pensaban que trasladando sólo las más necesarias a lugares estratégicos se podrían suprimir el resto; pero insistían en la permanencia de algunas.

¹⁷⁶ Según los cálculos de Guarda, Chile contaba con más de 150 fortificaciones al mismo tiempo, siendo en el Estado de Arauco, la frontera por excelencia, donde se concentraba el mayor número de ellas, en Guarda (1990, p. 182).

El Ejército, por su parte, justificaba su existencia basada en la defensa frente a los posibles ataques indígenas, pero dejaban de lado un factor importante, la tupida red de intereses económicos existentes.

La supresión de los fuertes del Biobío habría significado, para un amplio sector de la población, el fin de importantes beneficios económicos. Esta razón contribuyó al mantenimiento de 14 plazas fuertes hasta el momento de la Independencia estas son: Yumbel, Tucapel, Los Ángeles, Purén, Santa Bárbara, Nacimiento, Santa Juana, Talcamávida, Arauco, Colcura, San Pedro, Talcahuano, Concepción y Antuco

El fuerte de San Felipe y San Carlos de Austria fue fundado por Alonso de Sotomayor en 1585; su estratégica ubicación entre el río Biobío y la ciudad de Concepción, hará de él ser de gran importancia; pese a lo cual en 1762 se encuentra en un pésimo estado, *“cuadro mal formado con cuatro cortinas o lienzo de pared, que no merecen el nombre de muralla, las dos de piedra y barro y las otras de tapia”* (De Ojeda, 1968, pp. 38-72).

El fuerte de San Diego de Tucapel situado primariamente en Tucapel, posteriormente fue trasladado a la orilla del río Laja; situado en una colina, servía para cerrar el paso a los indígenas a través de la cordillera. Según Ojeda, estaba dotado de unas murallas de tierra rodeadas de un foso ancho y profundo (De Ojeda, 1968, pp. 38-72).

Una prospección arqueológica realizada en 1978 por especialistas de la Universidad de Chile confirmó las informaciones citadas revelando una planta del conjunto de 173 m. de lado y la de la iglesia de 16 x 28 m con crucero (Guarda, 1990, p. 192).



Figura 4: Plaza de Arauco, 1741, <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-98436.html>

El fuerte de San Carlos de Purén se emplazó en la margen sur del río Biobío en 1724. En 1764¹⁷⁷ estaba situado junto al río, costado por el que carece de muralla defensiva, con un trazado irregular, tiene dos mitras defensivas en los lienzos este y oeste. En 1775 es trasladado a la orilla contrario del río, buscando con ello una mejor situación defensiva. Poco le duró esta disposición, puesto que en 1793 está situada en la isla de Duquenco¹⁷⁸, lugar desde donde se controla fácilmente la llegada del enemigo.

El de San Ildefonso de Arauco fundado por Pedro de Valdivia; descrito en sus primeros tiempos como: “...*fortín cuadrado de dos pisos y construido de adobes, en la parte alta con dos cubos o torreones circulares...*”, todavía con una clara inspiración medieval. Fue destruido durante el alzamiento de 1655. Destruído de nuevo en 1723 para tres más tarde volverse a reconstruir. En 1741¹⁷⁹ se encuentra situado junto al cerro Colo-Colo, al mar y a un brazo del río Carampangue, Se aprecia la antigua muralla describiendo un rectángulo con dos cortinas, paralelas, una de ellas con un baluarte con forma de *mitra*; el cierre por poniente es el cerro, en cuya cima se ha situado una Casa Fuerte.

Al igual que el anterior San Luis de Angol fue fundado Valdivia en 1553, es uno de los de vida más azarosa de todo el reino. Conocemos su planta en el siglo XVII¹⁸⁰, donde se puede observar el trazado eminentemente militar, y vigente en aquel momento.

De planta cuadrada, cerrada con cuatro lienzos, con dos baluartes cuadrados, en los ángulos opuestos y con edificios rectangulares techados en su interior. Los lienzos muestran una puerta en su mitad, definiendo un trazado claramente ortogonal en el interior del recinto.

¹⁷⁷ ANÓNIMO, *Purén*, 1764. Biblioteca Nacional Chile, Sala Medina, [en línea], <http://www.memoriachilena.cl>.

¹⁷⁸ DE OJEDA, J.: *San Carlos de Purén*, 1793, en [en línea] <http://bupb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=43559>

¹⁷⁹ ANÓNIMO, *Plaza de Arauco*, 1741, Centro Geográfico del Ejército. Cartografía de Ultramar; Carpeta IV, p. 34, n° 99.

¹⁸⁰ Wikipedia, ANÓNIMO, *Planta de Angol*, 1637, [en línea] https://es.wikipedia.org/wiki/Angol#/media/File:Angol_Siglo_XVII.jpg



Figura 5: Planta de la nueva población de Angol, 1637.,
https://es.wikipedia.org/wiki/Angol#/media/File:Angol_Siglo_XVII.jpg

El fuerte de San Pedro se sitúa en la ribera izquierda de la desembocadura del Biobío, próximo al océano, tenía por objeto la protección del camino que discurría hasta Concepción por donde se distribuían gran parte de los envíos que provenían de la metrópoli. Fundado en 1604 por Alonso de Rivera, junto al paso del río donde defendía una barcaza. Sufrió muchas transformaciones a lo largo de su historia, la última información sobre el mismo se la debemos a Ojeda¹⁸¹.

El fuerte de Colcura, llamado San Miguel Arcángel, fundado por Alonso de Rivera en 1602; se transformó en villa a partir de 1662. Estaba situada a mitad de camino entre San Pedro y Arauco, donde daba protección a una reducción de protegía una reducción de indios amigos.

La plaza de Talcamávida estaba situada en la orilla norte del río Bio-bio, frente a la ciudad de Santa Juana, donde defendía el paso. En 1759 se funda la villa y reducción de indios, con el mismo nombre. Ojeda¹⁸², en 1793, lo describe situado junto al río, con dos baluartes, cortada con foso y provisto de puente. Entonces estaba encargado tanto del auxilio de Santa Juana como de la defensa de los varios vados como Tanagüillín, Guenaraque, San Rosendo, Duiquín, entre otros.

La plaza de Los Ángeles, era el cuartel general de la Tropa de Frontera subsidiaria de las demás que formaban la frontera por la ribera del río Biobío, y defensa de los pasos de la Cordillera. La ciudad se extiende alrededor de la plaza que estaba rodeada por un foso.

¹⁸¹ DE OJEDA, J.: *Fuerte de San Pedro*, 1793, [en línea] <http://bupb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=43559>

¹⁸² DE OJEDA, J.: *Fuerte de Talcamávida*, 1793, [en línea] <http://bupb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=43559>

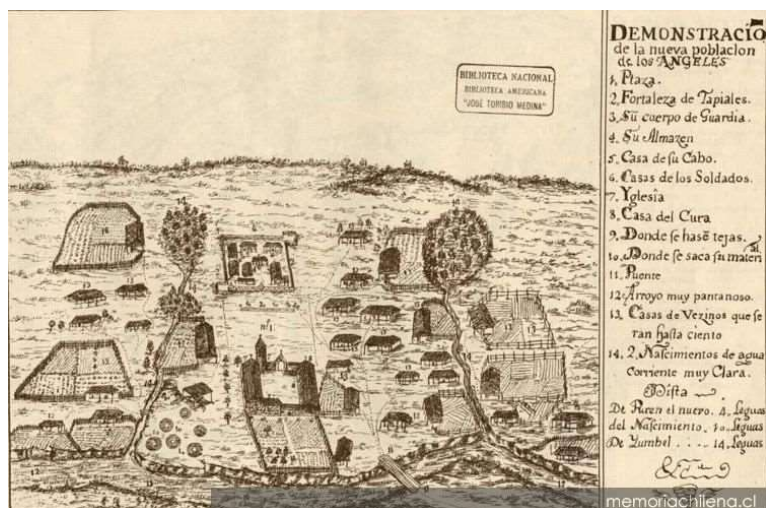


Figura 6: Demostración de la nueva población de Los Ángeles (1739), Biblioteca Nacional de Chile, <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-98739.html>

El fuerte de Mesamávida estaba situado en la confluencia del río Duqueco y el Biobío, sobre una loma, permitía la defensa del vado.

La plaza de San Carlos estaba situada sobre el risco de la orilla Septentrional del río Bio-bio.

La plaza de Santa Bárbara estaba situada defendiendo el camino que discurría entre el río Biobío y la cordillera. Dada su estratégica posición sufrió no pocas transformaciones para finalmente quedar como lo define Ojeda¹⁸³.

La plaza de Ballenar estaba situada junto al camino que discurría desde la cordillera al llano por la parte norte del río de la Laja.

El Fuerte del Príncipe Carlos defendía el paso entre el río Duqueco y faldas de la Cordillera Nevada.

La plaza del Nacimiento situada en la confluencia de los ríos Biobío y Vergara; es una de las más interesantes de todo el conjunto, tanto por su larga historia como por las transformaciones que sufrió en su planta; fue fundada por Alonso de Rivera en 1604. En 1756 se le otorga el rango de villa; Amat¹⁸⁴ lo representa como un gran trapecio cuyo lado menor discurre paralelo el río. Destaca la plaza, desproporcionada en relación con la traza de la villa, una ciudadela cuadrangular, irregular, de cuatro baluartes sobre el río Vergara.

¹⁸³ DE OJEDA, J.: *Plaza de Santa Bárbara*, 1793 [en línea], en <http://bupb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=43559>.

¹⁸⁴ DE AMAT, M.: *Nacimiento*, 1757, Archivo Nacional de Chile, Mapoteca N° 28 (GM 34, pza. 91).

La plaza de Santa Juana: situada en la ribera Sur del río Biobío; fue fundada en 1626 por Luis Fernández de Córdoba, siendo uno de los mejores y principales de la frontera. En un emplazamiento destacado, tenía por objeto guardar el valle de Catiray y el paso del río. De planta pentagonal¹⁸⁵, se presenta fortificada con cinco pequeños baluartes, es un emplazamiento caracterizado por la presencia de la laguna.

La Frontera Sur. El Castillo de San Luis de Alba Cruces

A principios del siglo XVII, como resultado de las continuas guerras, se establece la frontera del Biobío, que limita por el norte el espacio el denominado “Estado de Arauco”¹⁸⁶. Pero al igual que existía una frontera por el norte, existió una por el sur, que se fijará en el río Toltén¹⁸⁷. Entre ambas, y uniendo las ciudades de Concepción y Valdivia, existía un camino que fue destruido durante el levantamiento indígena de 1598; será a partir de 1643-47, tras la ocupación de Valdivia por los holandeses, cuando se percibió la necesidad de su reapertura. Este camino era vital para la buena defensa del territorio¹⁸⁸; su recuperación se comenzó desde ambas poblaciones, desde Concepción hacia el sur y desde Valdivia hacia el norte. Aunque en los alzamientos indígenas de 1655, 1723 o 1766 el camino se ve afectado, durante largos períodos intermedios de tranquilidad funciona con total normalidad.

Mientras que en la frontera norte se constituyó una cadena de catorce fuertes defensivos, no sólo para controlar los vados de los ríos y posibles ataques indígenas, sino para poder auxiliarse en caso de necesidad; en la sur tan sólo se erigió una, San Luis. La única explicación posible reside en la mayor tranquilidad existente en la frontera sur.

El fuerte de Cruces cuenta con escasa documentación; no figura en ninguno de los planes de defensa general de Chile o de Valdivia. Construido en un punto estratégico, controlando el río Toltén, navegable por cualquier embarcación y en todas la épocas del año, sujeto al régimen de mareas y por tanto, de fácil tránsito. Era la última posta del

¹⁸⁵ DE OJEDA, J.: *Santa Juana*, 1793, [en línea], en <http://bupb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=43559>

¹⁸⁶ El Estado es independiente, pero vasallo del Rey de España, los mapuche no pueden ser repartidos en encomiendas, y los españoles no pueden situar dentro del territorio más que misiones, a cargo de los religiosos de la Compañía de Jesús, mientras que el Ejército vigilará las fronteras, pero evitará el hacer guerra ofensiva, en Guarda (1999).

¹⁸⁷ Aunque cuando se fijan estas normas, en los primeros años del siglo XVII, aún no había sido repoblada Valdivia, después de su destrucción en 1599 y del desmantelamiento del Fuerte de la Trinidad (Concepción) en 1603, en Guarda (1999, p. 59).

¹⁸⁸ Valdivia, que estaba expuesta a los ataques de las potencias extrajeras, sólo se podría mantener si era capaz de recibir ayuda por tierra, lo que suponía el tener en funcionamiento el camino; además era el tránsito habitual de las vituallas (reses vivas) que se traían desde Concepción.

camino, desde allí se llegaba a Valdivia a través del río, en embarcaciones a remo o a vela.

Rosales (1877-1878, pp. 279 y 387) nos hace una descripción del estado de la fortaleza, en aquel momento recién levantada, “(...) *con sus cubos y fosos y sus piezas de artillería con que quedó inexpugnable, y a las veces que el enemigo ha intentado asaltarle ha sido grande daño suyo y pérdida de muchas vidas*”, en cuanto a la muralla “*de dos estacadas de gruesos maderos, que en Chile se llama malar y contramalar*”, que debió realizarse entre 1655 y 1661 (Guarda, 1999, p. 72).

El castillo estuvo constantemente sometido a reparaciones y algunas veces, a renovaciones totales; su dotación militar, al igual que su armamento, fluctuó según los tiempos de guerra o de paz. Entre 1966 y 1970 se procedió a su reconstrucción suspendida sin finalizar (Guarda, 1999, pp. 76-78).

Materiales y constructores

Es palpable la clara evolución en los tipos de fortalezas erigidos en Chile y en los materiales usados en su construcción a lo largo de los siglos XVI-XIX.

En los primeros momentos del siglo XVI, los edificios levantados son deudores de las técnicas constructivas empleadas en la Edad Media en Europa, erigidos por descubridores y conquistadores.

Pasada esta primera etapa de fortificaciones realizadas sin conexión, desde la península se elaboraría un plan general del que surgirán fortificaciones con similares características, como las denominadas “casas fuertes”, elementos de transición entre la fortificación medieval y la moderna o abaluartada¹⁸⁹. Estas fortificaciones serán los elementos que defiendan la América española en los sucesivos siglos (Carrillo de Albornoz y Galbeño, 2012, pp. 46-47).

Pese a que la construcción de estas fortalezas requería gran cantidad de mano de obra, los indígenas nunca fueron usados como tal; por el contrario, sí fueron empleados presidiarios procedentes de todo el virreinato¹⁹⁰, pagando de este modo parte de su pena (Guarda, 1990, p. 274). A finales del siglo XVIII se trató de sustituirlos por trabajadores a sueldo pero durante los primeros años del XIX continuaron empleándose los reos.

¹⁸⁹ Un sistema de construcción que se irá desarrollando en la península, en los reinos de Castilla y Aragón principalmente, como consecuencia de su pujanza política y militar, en Carrillo De Albornoz y Galbeño (2012, p. 34).

¹⁹⁰ Durante los siglos XVI y XVII, Chile fue un gran presidio, donde eran enviados los reos como mano de obra o soldados.

Generalmente, las defensas frente al enemigo externo, fueron levantadas por Ingenieros militares, pero las interiores, fueron erigidas principalmente por oficiales del Ejército Real con experiencia en la materia.

Durante el s. XVI, es notable la influencia de los ingenieros italianos al servicio de la corona española, como Tiburcio Spanoqui, Bautista Antonelli o Gaspar de Spier. Durante el siglo XVII serán militares españoles, experimentados en las guerras de Flandes e Italia los encargados, como Alonso de Rivera, Alonso de Villanueva Soberal o Jerónimo Quiroga y, finalmente, durante el XVIII serán los componentes del Real Cuerpo de Ingenieros los artífices, como Juan Garland y White, José Antonio Birt, Carlos de Beranger y Dusmet.

Las Plazas de Frontera ante el levantamiento de independentista americano

Debemos recordar que la edificación de estas plazas y fuertes estaba pensado para rechazar levantamientos de los indígenas, dotados de escaso armamento, no frente a escuadras o enemigos europeos.

La baja intensidad de la guerra a lo largo del siglo XVIII sobre todo en las últimas décadas y principios del XIX, había posibilitado un generalizado descuido en el mantenimiento de las instalaciones. Tan sólo las edificaciones de Fuerte de Nacimiento, más sólidas o las villas como Los Ángeles, con numerosa población estaban en condiciones suficientes.

Durante los sucesos independentistas, los fuertes estuvieron bajo el control de ambos bandos; tropas “españolas” dotadas con el armamento propio de sus cuerpos y regimientos, conocedores de sus puntos débiles, pues no en vano, muchos de ellos eran sus mismos defensores.

Cada fortaleza, tan pronto es ocupada o abandonada, tras lo que lo único que se percibe es destrucción, con el fin de que el enemigo no tenga nada susceptible de ser utilizado; motivo por el cual la serie continua de ataques que cada una recibió concluiría con su completa ruina.

Conclusiones

La consecución de la conquista de Chile trajo consigo, a lo largo de los años, el establecer diferentes sistemas defensivos, bien contra enemigos externos o internos. La lucha contra los indígenas, prolongada en el tiempo, hizo que fuera necesaria el

establecimiento de una serie de plazas fortificadas que constituyeron la frontera del río Biobío.

Estos establecimientos tuvieron una clara evolución en sus fábricas, de estar marcadas en un principio con un sello marcadamente europeo, aún medieval, (uso de torres, cadenas para cegar los puertos, etc.), a adaptarse enseguida a las nuevas condiciones impuestas por el territorio americano, donde se trasladaban las técnicas europeas con los medios y materiales propios del entorno. Se establece así una tipología propia (Zapatero, 1985) que perduró hasta el momento en el que Chile se independizó de la metrópolis.

Bibliografía

Bibliografía Básica

- ALBI DE LA CUESTA, J. (1987): *La defensa de las Indias*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- DE GÓNGORA DE MARMOLEJO, A. (1862): *Historia de Chile. T. II*. Santiago, CHCh.
- DE JESUS MARÍA, J. (1875): *Memorias del reino de Chile i de don Francisco Meneses*. Lima.
- DE OJEDA, J. (1968): «Descripción de la frontera de Chile», *Revista chilena de historia y geografía*, nº 136, pp. 38-72.
- DE ROSALES, D. (1877-78): *Historia General del Reyno de Chile. Flandes Indiano*. T. I. Valparaíso.
- GARCÍA SÁIZ, M. C. (1985): «El Pacífico Sur», en *Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas*. Madrid, CEHOPU, pp. 197-212.
- GONZÁLEZ DE NÁJERA, A. (1889): *Desengaño y Reparó de la Guerra del Reino de Chile*. T. XVI. Santiago, CHCh.
- GUARDA, G. (1986): «La visita del Fiscal Dr. Don José Perfecto de Salas al Gobierno de Valdivia y el censo de su población (1749)», en *Historia*, consultado en <https://repositorio.uc.cl/handle/11534/9558>.
- HERNÁNDEZ SOUSA, J. M.(2013): «Francis Drake, ¿pirata o héroe?», en BOTELLA ORDINAS, E. (ed.), *Historia Atlántica e Investigación en el Aula*, Madrid, UAM, pp. 30-52.
- LAORDEN RAMOS, C. (2012): «Obras civiles en América del Arma de Ingenieros», en *Revista de Historia Militar*. Nº Extraord. 1, pp. 137-153.
- LAORDEN RAMOS, C. (2008): *Obra civil en Ultramar del Real Cuerpo de Ingenieros II. Virreinos del Perú, Río de la Plata, Antillas y Filipinas*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- MARIÑO DE LOBERA, P. (1865): *Crónica del Reino de Chile*. CHCh, Imprenta del Ferrocarril.
- OBREGÓN ITURRA, J.(2008): «Concepciones hispanas en torno a un territorio disputado en Chile. Araucano-mapuches y españoles durante el siglo XVII», en *Cultura y representaciones sociales*, Vol. 2 Nº 4, pp. 72-93.
- TRIBALDOS DE TOLEDO, L. (1864): *Vista jeneral de las continuas guerras: difícil conquista del gran reino, provincias de Chile*. T. IV. Santiago, CHCh.

- VARGAS CARIOLA, J. E. (1983): «Los Austrias y el Ejército de Chile», *Revista Chilena de Historia del Derecho*, nº 9, pp. 355-370.
- VILLALOBOS, S. (1992): *La vida fronteriza en Chile*. Madrid, Colecciones MAPFRE 1492.
- VILLALOBOS, S. (2005): *Chile y su historia*. Santiago, Editorial Universitaria.
- ZAPATERO, J.M. (1985): «La Escuela de Fortificación Hispano Americana», en *Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas*. Madrid, CEHOPU.

Bibliografía Específica

- ALONSO DE LA CALLE, R. (2005-2006): «Los fuertes fronterizos chilenos», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, t. 18-19, pp. 223-246.
- CALDERÓN QUIJANO, J. A. (1996): *Las fortificaciones españolas en América y Filipinas*. Madrid, Editorial MAPFRE.
- CARRILLO DE ALBORNOZ Y GALBEÑO, J. (2012): «La edad de oro de la fortificación abaluartada en España y Ultramar», *Revista de Historia Militar*. Nº Extraord. 1, pp. 33-97.
- DE ARRAU, L. (1965): «Reconocimiento de las plazas, pertrechos y herramientas que se hallan en la frontera de este reino», *Revista chilena de historia y geografía*, nº 133, pp. 61-84.
- GUARDA, G. (1999): «El Castillo de San Luis de Alba de Cruces», *Revista Austral de Ciencias Sociales*, pp. 59-80.
- GUARDA, G. (1990): *Flandes Indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile.
- HERMOSILLA SILVA, C. (1999): *Cañete de la Frontera y las fortificaciones coloniales de su entorno. Relato de una búsqueda*, Talcahuano, Cosmigonon ediciones.
- SALCEDO Y PINEDA, M. y NARCISO DE SANTA MARÍA, A. (1972): «Informe sobre las plazas fronterizas del reino de Chile», *Revista chilena de historia y geografía*, nº 140, pp. 72-110.

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas

MESA

Límites y fronteras

LA VIDA COTIDIANA EN ŠEMŠĀRA EN ÉPOCA PALEOBABILÓNICA (CA. S. XX-XVI ANE): EL PAPEL DE UNA CIUDAD FRONTERIZA DURANTE LOS CONFLICTOS
THE DAILY LIFE IN ŠEMŠĀRA DURING THE OLD BABYLONIAN PERIOD (CA. XX-XVI C. BCE): THE ROLE OF A BORDER TOWN DURING CONFLICTS

Patricia Bou Pérez

Archéorient, Université Lumière Lyon 2
Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen: El presente artículo tiene por objetivo dilucidar el papel de la ciudad de Šemšāra durante las guerras en época paleobabilónica (ca. s. XX-XVI a.n.e.) y mostrar qué rol podían jugar las ciudades fronterizas durante los conflictos. La mencionada ciudad se sitúa a proximidad de los Zagros, representando el único paso evidente desde éstos a la llanura de Rania, lo que le confería un emplazamiento estratégico. No es en vano que la región donde se localiza tomó el nombre de *māt Utēm* (el país del portero). Su vecindad con los Zagros también la puso en el punto de mira de las tribus y de los reinos del otro lado de dicha cadena montañosa¹⁹¹.

Palabras clave: Paleobabilonia, ciudad, Šemšāra.

Abstract: The aim of this paper is to elucidate the role of the Mesopotamian city called Šemšāra during the Old Babylonian period (ca. XX-XVI c. BCE) and to show what role may border cities play during conflicts. The said city was located near the Zagros Mountains, in the single obvious passage from these mountains to the Ranya plain, turning it into a strategic site. It is not in vain that the region where it was place Šemšāra was called *māt Utēm* (the gatekeepers' country). Its vicinity with the Zagros Mountains put it in the spotlight of the tribes and the reigns that inhabited across this mountain system.

Key words: Old Babylonian, town, Šemšāra.

Contexto crono-cultural: el período paleobabilónico (ca. s. XX-XVI a.n.e.)

El presente estudio, así como la documentación que se analizará, se integra en el período paleobabilónico (ca. s. XX-XVI a.n.e.), para ser más precisos en el siglo XVIII a.n.e. Este período tiene su foco de desarrollo en la zona sirio-iraquí (Charpin, 2004, pp. 29-30). El inicio del período paleobabilónico coincide con la caída de la tercera dinastía de Ur, también llamada Ur III (Liverani, 1995, p. 259; Charpin y Ziegler, 2003, p. 29).

¹⁹¹ Las abreviaciones que se emplean en este artículo son las siguientes: Archives Royales de Mari (ARM), A Concise Dictionary of Akkadian (CDA), Chicago Dictionary of Akkadian (CDA), Shemshara Archives (ShA).

Todas las traducciones del acadio al castellano, salvo las indicadas, están realizadas por P. Bou Pérez.



Figura 15. Mapa marcando la zona donde se desarrolló el período paleobabilónico, así como sus principales ciudades (BOU PÉREZ).

La decadencia de esta dinastía supuso el fin del dominio sumerio de la zona. Dicho ocaso se produjo por factores de diferente índole, pudiendo distinguir entre problemas internos, como las rebeliones, y externos, como la incursión de los amorreos y la presión ejercida por el Elam. Sin duda, el golpe de gracia al dominio sumerio lo asestaron los amorreos,¹⁹² quienes aprovecharon la inestabilidad del momento para instalar sus propias dinastías en diferentes ciudades mesopotámicas y sirias. Uno de los cambios que debemos subrayar de este nuevo período es la sustitución lingüística en las instituciones del sumerio por el acadio, lengua de origen semita.

Este período histórico del Próximo Oriente antiguo se destaca por dos grandes reinos que se sucedieron en la zona y que la dominaron prácticamente de forma total. En primer lugar, cabe destacar el denominado “Reino de la Alta Mesopotamia” (ca. 1833 – 1750 a.n.e.),¹⁹³ cuya expansión fue impulsada desde Ekallâtum por el rey Samsî-Addu y sus hijos Yasmaḥ-Addu e Išme-Dagan (Postgate, 1983-84, p. 232; Liverani, 1995, p. 304; Charpin, 2004, p. 148). Como la designación de este reino indica, comprendió toda la Alta Mesopotamia y parte de Siria Occidental, pudiendo destacar la ciudad de Mari. Tras la conquista de Mari, el total del territorio se dividió en dos zonas: la zona del este, con

¹⁹² Nótese que esta invasión amorrea no fue la única. Se produjeron otras ya en período paleobabilónico (Charpin y Ziegler, 2003, p. 29).

¹⁹³ A pesar de denominarse como “reino” tiene tintes propios de un imperio, tal y como especifica la asirióloga N. Ziegler (Ziegler, 2000, p. 13).

capital en Ekallâtum, fue gobernada por Išme-Dagan; mientras que la zona del oeste fue administrada por su hermano Yasmaḥ-Addu, quien se instaló en Mari. En lo que concierne a Samsî-Addu, éste se denomina en las fuentes como el “gran rey” o LUGAL GAL en sumerio (Charpin, 2004, p. 158).¹⁹⁴

Es en este contexto, en el “Reino de la Alta Mesopotamia”, donde se enmarca el caso de estudio de este artículo. La ciudad de Šemšāra, situada al pie de los Zagros, y dominando una región denominada país de Utûm, quedó en un primer lugar al margen del territorio de Samsî-Addu, pero al poco acabó siendo absorbida por éste. No mucho tiempo después, se produjeron distintos altercados en la zona, siendo el más destacado la revuelta protagonizada por Lidāya, que tuvo como consecuencia la destrucción del palacio de Šemšāra y el abandono de la región por parte de Samsî-Addu.

Tras la caída del “Reino de la Alta Mesopotamia” se produjo la expansión del reino de Babilonia, bajo la figura del soberano Ḫammurabi. El inicio de la expansión babilónica se produce sobre todo gracias a la victoria que obtuvieron frente al Elam (Charpin, 2004, p. 317), campaña militar de carácter especialmente defensivo que unió a distintos reinos mesopotámicos (Durand, 1998, p. 174). Debemos evocar que esta expansión fue, en gran medida, gracias a la caída del reino establecido por Samsî-Addu y sus dos hijos. Una diferencia con el anterior reino es que Ḫammurabi pudo entrar en la Alta Mesopotamia, consiguiendo de esta forma una cierta unificación entre la Alta y la Baja Mesopotamia, aspecto que Samsî-Addu y sus hijos no lograron. No obstante, el reino que legó Ḫammurabi a sus descendientes no sobrevivió mucho tiempo. Al final de su propio reinado ya se empezaron a notar síntomas de colapso, y su hijo, Samsu-iluna, ya experimentó las primeras pérdidas de territorio (Charpin, 2004, p. 339). Pero es sin duda a partir del reinado de Ammi-šaduqa cuando se da el colapso real de este reino, puesto que tuvieron lugar distintas ofensivas contra Babilonia, siendo el golpe atestado por los hititas bajo el monarca Mursili I el que dejó herido de muerte al reino fundado por Ḫammurabi (Charpin, 2004, p. 379; Liverani, 1995, p. 472). Este reino, a pesar de estar

¹⁹⁴ Actualmente hay debate en si el reino formado por Samsî-Addu se puede considerar asirio, o una fase inicial de Asiria, o no. Tradicionalmente, se ha tendido a considerar como asirio, y algunos son los autores que lo designan como “paleoasirio”, como es el caso de M. Liverani (Liverani, 1995, pp. 283-298), a raíz de las listas reales que los neoasirios realizaron. Esos reyes, para justificar su poder, conectaron su pasado a Samsî-Addu, buscando sus orígenes en Ila-kabkabu, padre de este último. Además, se observan toda una serie de caracteres propios de Asiria en esta fase paleobabilónica (Liverani, 1995, p. 283). Empero, asiriólogos como D. Charpin o J. N. Postgate consideran que el “Reino de la Alta Mesopotamia” no se puede designar como asirio porque no existía todavía la expresión *māt Aššur*, Asiria, que sí se encuentra en época neoasiria (Charpin, 2004, p. 153; Postgate, 1983, p. 232).

al borde del fin desde hacía años, conoció su extinción en el 1595 a.n.e., bajo el gobierno de Samsu-ditana.

Los archivos de Šemšāra



Figura 16. Mapa de la situación geográfica de Šemšāra (EIDEM y LÆSSØE, 2001, p. 20).

La ciudad de Šemšāra (Tell Šemšāra), también denominada en las fuentes cuneiformes como Šušarra, se situaba en el curso alto del río Pequeño Zab, tributario del río Tigris, en la llanura de Rania (noroeste del actual Irak) (Eidem y Læssøe, 2001, p. 13; Charpin y Ziegler, 2003, p. 20). La localización de este yacimiento no es casual, pues se anclaba en un punto estratégico que le ofrecía el control del estrecho de Sungasur, el cual conectaba la llanura de Rania con la de Pishder, separadas entre sí por los Zagros. Esto, pues, le permitió dominar las rutas comerciales que por allí pasaban. Así, se convirtió en un punto estratégico de suma importancia (Eidem, 1992, p. 11). Además, no en vano esta región se denomina en las fuentes de la época como *māt Utēm*, es decir, “la tierra –o el país– del portero” (Eidem y Læssøe, 2001, p. 21; Bou Pérez y Ventura Herrera, 2018, p. 17).

Durante las campañas arqueológicas que se sucedieron desde el año 1957 hasta el 1959 se sacaron a la luz 250 tablillas cuneiformes y algunos sellos de época paleobabilónica (ca. 2000 – 1600 a.n.e.). Dichas tablillas se hallaron repartidas en dos archivos: 146 de ellas se encontraron en la habitación 2 del palacio, y el resto en las habitaciones 27 y 34 (Charpin y Ziegler, 2003, p. 20).

En lo que concierne a la tipología de estos documentos, destacan la correspondencia real, hallada prácticamente en su totalidad en la habitación 2, y los textos administrativos, encontrados sobre todo en las habitaciones 27 y 34.

Los mencionados archivos son testigos de un corto período de la historia de esta ciudad, ya que solamente registran dos/tres años como mucho (Charpin y Ziegler, 2003, p. 20), dando inicio en el vigesimoséptimo/octavo año de reinado de Samsî-Addu y finalizando en su vigesimonoveno/trigésimo año (1785 – 1782 a.n.e.) (Eidem y Læssøe, 2001, pp. 18-19). Asimismo, esta cronología se puede dividir en dos grupos: por un lado, las tablillas fechadas de período “preasirio”, donde Šemšāra no se encontraba bajo dominio de Samsî-Addu, y que abarca el primer año de estos archivos; y, por otro lado, el período “asirio”, donde se observa que la ciudad cae bajo la órbita de influencia del soberano asirio, y que comprende hasta la destrucción de los archivos.¹⁹⁵

La información que se puede extraer de estos documentos, en especial de la correspondencia real, es variada y muy rica. En un primer lugar, estos textos nos aportan información sobre el acadio utilizado en esta zona y, en último lugar, nos ofrecen datos interesantes para entender algunos de los eventos que se produjeron al pie de los Zagros, en la región de *māt Utēm*, y que quedaron parcialmente registrados en los documentos de los archivos reales de Mari. En consecuencia, la documentación de Šemšāra permitió a los asiriólogos conocer de una fuente directa lo que se produjo en esa zona y poner en común la información de ambos archivos para obtener una visión global y un poco más precisa de los hechos.

El papel de Šemšāra como ciudad fronteriza durante los conflictos en época paleobabilónica

En este apartado se tratará el objeto principal de estudio del presente artículo: el papel de la ciudad de Šemšāra durante los conflictos que se produjeron y que quedaron registrados en los años que abarcan sus archivos. Este análisis nos permitirá conocer, en este caso concreto, todos los movimientos que se podían dar en un enclave fronterizo, a la linde de distintas potencias.

Para alcanzar nuestro objetivo, nos serviremos principalmente de las fuentes cuneiformes de los archivos de Šemšāra, pues son testigo directo de los acontecimientos.

¹⁹⁵ Fue precisamente la destrucción de Šemšāra la que hizo posible la conservación y el posterior hallazgo de toda la información que arrojan los textos encontrados en sus archivos.

Sin embargo, en distintos puntos será necesaria la complementación de la información con la documentación procedente de los archivos reales de Mari. De esta manera, obtendremos una visión mucho más completa de los sucesos acaecidos.

La noción de frontera en época paleobabilónica

Antes de proceder con el análisis principal, es preciso y conveniente tratar la concepción de la frontera en época paleobabilónica a partir de la lengua predominante por entonces: el acadio.

La noción de frontera se puede establecer que existe, de alguna forma, al menos desde que existen las ciudades y la noción de lo “privado”. En efecto, los límites de las ciudades, aun y ante la ausencia de estructuras que las delimiten, como las murallas, suponen una frontera entre el territorio dominado y el exterior. En un reino, cuyos territorios de dominio se extienden más allá de una sola ciudad, las fronteras son todavía más intangibles, inestables y vulnerables. Es por ello por lo que muchas veces se ha intentado hacer coincidir las fronteras con accidentes naturales. En caso de no ser posible, se ha buscado marcar los límites de forma artificial: sea mediante la presencia de ciudades, de fortines o fortalezas, o mediante piedras o estelas delimitadoras.

La existencia de la noción de “frontera” en época paleobabilónica se hace patente a partir del término acadio *paṭum* (CAD, XII, p. 305). Este concepto lo podemos encontrar en distintos textos, como A.2988+, procedente de los archivos reales de Mari.

Asimismo, no se puede establecer que la concepción de frontera varíe entre épocas. Por lo que una frontera en época paleobabilónica se puede definir como un elemento orográfico o artificial que marcaba el límite entre dos o más reinos. Cabe mencionar que las fronteras en dicha época eran muy cambiantes debido a las múltiples campañas militares que se llevaron a cabo y a los cambios de alianzas. A pesar de esto, había un tipo de frontera que solía ser más estable: aquellas coincidentes con las montañas. Además, en este período no sólo eran una frontera territorial entre dos o más reinos, sino que también coincidían con una frontera étnica o cultural, separando a los grupos “urbanos” de los “no-urbanos”, o habitantes de las montañas, o según recoge la mitología: separando el orden del caos.

Tal y como muestran los textos, los llamados grupos “no-urbanos” habitaban las montañas y eran semi-nómadas. Del mismo modo, eran considerados como “bárbaros” y “animales”, y, por lo tanto, entidades peligrosas con las que había que tener cuidado

(Vidal, 2013, p. 687). En este sentido, se observa de forma clara el desprecio por estas sociedades en distintas cartas reales. Un claro ejemplo es el texto M.6278, enviado por Samsî-Addu, donde el interlocutor se refiere a los uprapeos y a los rabeos¹⁹⁶ como “perros”¹⁹⁷: “En ese momento, los perros se asesinarán unos a otros”. El plan descrito en este fragmento no es otro que el de asentar a los uprapeos en uno de los bancos del Éufrates medio para que sean ellos los que paren las hostilidades de los rabeos (Vidal, 2013, p. 687). Los textos mitológicos son todavía más claros respecto a este odio hacia estos grupos, deshumanizándolos y tratándolos de seres inferiores que había que mantener alejados de la “civilización”. Las guerras que se llevaron a cabo contra estas sociedades, o donde se vieron involucradas, fueron influenciadas por esta mentalidad, permitiendo así su aniquilación. Tal fue el caso, por ejemplo, de la tribu de Ya’ilanum, aniquilada por orden de Samsî-Addu (Vidal, 2013, p. 686).

Los turuqueos y los gutium

En este contexto de entidades sociales opuestas al “orden” mesopotámico se encuentran los turuqueos y los gutium, quienes son los principales protagonistas de nuestro estudio, junto a Samsî-Addu.

Según los documentos de la época que se han hallado, ambos habrían habitado los Zagros. Como los demás, tanto los gutium como los turuqueos, pero especialmente los primeros, aparecen descritos en las fuentes de forma negativa (Balatti, 2017, p. 7). Un ejemplo es la *Leyenda Cuthea de Narām-Sîn*,¹⁹⁸ atestada por primera vez en época paleobabilónica, y la cual se sigue atestando hasta época neobabilónica. En esta pieza literaria se describe a los gutium como *ummān manda*, expresión acadia que se recoge en el CDA como “horda bárbara” o en el CAD como “horda enemiga”.¹⁹⁹ Es del mismo modo interesante resaltar la siguiente línea del ya mencionado texto literario, donde se describe físicamente a los gutium: “gente con cuerpos de perdiz, una raza con cara de

¹⁹⁶ Los uprapeos eran miembros del clan yaminita Upapu, una entidad seminómada (Heimpel, 2003, p. 602). Por su parte, los rabeos, también pertenecientes a los yaminitas, eran una sociedad tribal que habitaban en el borde del Éufrates (Block, 2008, p. 90).

¹⁹⁷ La calificación como “perro” era considerada en la época un insulto. En general, comparar los rasgos, sean físicos o intelectuales, con algunos animales era considerado una manera peyorativa de describir a ciertas entidades, en especial las “no-urbanas”.

¹⁹⁸ Esta composición relata las hazañas del rey acadio Narām-Sîn contra los gutium. Sin embargo, se cree que la finalidad de ésta es más didáctica que no para recoger los eventos sucedidos, a diferencia de *La gran revuelta contra Narām-Sîn*, cuyo objetivo es relatar los acontecimientos.

¹⁹⁹ Nótese la connotación despectiva que connota todavía hoy la palabra “horda”, definida en la RAE como “comunidad de salvajes nómadas” y “grupo de gente que obra sin disciplina y con violencia”.

cuervo”. Evidentemente, cabe buscar en estas palabras la intención de ofensa y de descalificación del contrario.

A pesar de todas estas descripciones, éstas no son útiles para saber quiénes eran realmente los turuqueos o los gutium.

En lo que concierne a los turuqueos, éstos se han podido identificar como un grupo con afiliación hurrita que se asentaba en los valles del noroeste de los Zagros. La visión que se puede extraer sobre los turuqueos a partir de la documentación hallada en Mari es la de un grupo móvil que practicaba la guerrilla contra las ciudades del norte de Mesopotamia (Eidem y Læssøe, 2001, p. 25).

La organización política de los turuqueos es harto compleja a causa, sobre todo, de la falta de información en relación con otros grupos. Sin embargo, se puede establecer que habrían estado organizados bajo la forma de distintos reinos semi-nómadas gobernados por un poder local (Balatti, 2017, p. 9). En el contexto que nos atañe, se habría establecido una confederación entre la mayoría de ellos para hacer frente a un enemigo común: los gutium. Dicha alianza o confederación fue liderada por Pišenden, rey de Itabālhum (Charpin y Ziegler, 2003, p. 21).²⁰⁰ No obstante, no se debe pensar que los demás reinos se subordinaron completamente a este monarca, sino que dentro de esta alianza hubo una cierta libertad por parte de los demás reyes en la realización de pactos o movimientos. En el marco del presente artículo, cabe mencionar que Šemšāra estuvo bajo influencia turuquea durante los años previos a la conquista de Samsî-Addu. Durante este período, así como durante el período “asirio”, la ciudad estuvo gobernada por el soberano turuqueo Kuwari.²⁰¹

En lo que concierne a los gutium, éstos no están exentos de debate. Se conoce que a finales del período acadio se infiltraron en Mesopotamia, poniendo fin de esta forma a la soberanía de estos reyes en este territorio (Balatti, 2017, p. 7). Este evento dio más visibilidad en Mesopotamia a esta etnia, llegando a usarse su nombre para referirse de forma general a los habitantes del centro de los Zagros (Eidem y Læssøe, 2001, p. 31).

Los gutium atestados en el período paleobabilónico se pueden dividir en dos grupos: en primer lugar, se encuentran aquellos que pasaron a ser parte de Mesopotamia, sirviendo

²⁰⁰ Reino localizado en el lago Urmia (Figura 1) (Eidem y Læssøe, 2001, pp. 25-30; Charpin y Ziegler, 2003, p. 96).

²⁰¹ Este monarca no sería originario de Šemšāra, sino de Zigulā, como se observa en distintos documentos hallados en la mencionada ciudad, como ShA 1, 35.

en ella de distintas formas, como, por ejemplo, en tanto que mercenarios;²⁰² y, en segundo lugar, se encontraban como grupos independientes que habitaban en los Zagros (Eidem y Læssøe, 2001, pp. 31-32). De estos dos grupos, el predominante, o al menos así lo dejan ver las fuentes, es el primero.

El papel de Šemšāra durante los conflictos en época paleobabilónica: análisis a partir de la documentación cuneiforme

Tras haber analizado y expuesto los conceptos claves que nos encontraremos en el presente análisis, procederemos a desarrollar los acontecimientos recogidos en los archivos de Šemšāra en relación con el objetivo de este artículo.

Así, como se ha expuesto, el primer año documentado en los archivos de Šemšāra corresponde al vigesimoséptimo/vigesimoctavo año de reinado de Samsî-Addu (Eidem y Læssøe, 2001, p. 18-19). Éste se caracterizó por el enfrentamiento entre los turuqueos y los gutium, quienes estaban liderados por Indušše. Tal y como se ha expuesto en apartados anteriores, ante esta amenaza los turuqueos se organizaron bajo una confederación, liderada por Pišenden.²⁰³ Este acontecimiento queda bien recogido en el documento ShA 1, 63 (l. 1-20), el cual nos ofrece el nombre de los integrantes:²⁰⁴

Dile a Kuwari: (así habla) Šepratu, tu hermano
Zuzum el *hanizarum* de Ilalae, que fue enviado a Kusarnahim, vino y trajo (consigo) al rey de Kusarnahim a la ciudad de Aliae, se vio con Kigirza y Talpuš-šarri, y estableció el “juramento completo de los dioses”. El rey de Kusarnahum, Naššumar, y sus hijos, Taragur (y) Šurti vendrán con un ejército de 3000 (soldados). Berdigendae, el general de Zutlum, irá hacia la ciudad de Kunšum con su ejército. Kigirza con su ejército y (con) el ejército de Kusarnahum y de šudamelum han ido a asediar Arrum.

A través de toda la documentación disponible, parece que Šemšāra, por su situación alejada del conflicto, quedó al margen de forma directa, pero no indirecta. Diversos son los textos que se han hallado en la mencionada ciudad donde se requiere la ayuda en suministros y soldados a su monarca, Kuwari. Es el caso de las tablillas ShA 1, 54 (l. 1-21) y ShA 1, 36 (l. 65-70):

²⁰² Los mercenarios gutium se encuentran bien atestados en Babilonia y el ejército de Mari (Vidal, 2014, pp. 6-8).

²⁰³ En esta jerarquía, el rey de Šemšāra, Kuwari, se encontraba subordinado a Talpu-šarri de Kunšum, quien a su vez lo estaba de Pišenden (Charpin y Ziegler, 2003, p. 21).

²⁰⁴ No debemos olvidar al propio Pišenden, así como a los elamitas, quienes se mencionan en el texto ShA 1, 64.

Te escribí una y dos veces a causa del envío del grano, y no enviaste el grano. Ahora, los países que vienen a ayudarnos están de camino. Yo marcharé al frente de la tropa de Zutlum. Ahora, antes de que la tropa venga, envía rápidamente el grano. Dile a aquél que amo: (así habla) Sîn-Išme'anni, aquél a quien tú amas. Induše vino a saquear y destruyó la cosecha de la ciudad de Kunšum ... y la cosecha de (la ciudad de) Irtaḫum. Sabes que durante tres años no fue posible hacer entrar la cosecha (en la ciudad) y ahora él ha destruido (toda) la cosecha del país y ... Kusanarhum y Zutlum, los refuerzos que escuchan ... nadie vino. Actualmente, viene diversas veces al interior del país durante 20 ... días, pero nosotros no atacamos y las personas-*hupšum*,²⁰⁵ así como los guardias, se han escondido. Asimismo, todos desconfían de todos.

Estos escritos también muestran que Kuwari no realizó lo que los turuqueos del interior de los Zagros le requirieron. Parece ser que el envío de suministros y de tropas no llegó a producirse. Igualmente, todo ello sumió a la zona en una hambruna. Tal fue la situación que, como se puede apreciar en el segundo documento expuesto, se generó un ambiente de total desconfianza y desesperación.

En vista de todos los peligros que acechaban, cabe preguntarnos porqué Kuwari no respondió a ninguna de las peticiones de ayuda ni a las precauciones expuestas en la correspondencia por sus iguales.

En primer lugar, cabe explicar que el enfrentamiento con los gutium no fue el único problema por el que tuvieron que preocuparse los turuqueos. Como se ha mostrado anteriormente, la ciudad de Šemšāra se encontraba alejada de la zona donde se produjo el conflicto principal, al pie de monte de los Zagros y a proximidad del reino que estaba forjando y expansionando Samsî-Addu. Es natural pensar, pues, en Šemšāra como un objetivo para este soberano, puesto que era un lugar estratégico que permitía controlar las rutas comerciales que atravesaban los Zagros por el estrecho de Sungasur (Eidem, 1992, p.11). Esta preocupación por la dirección de expansión de Samsî-Addu se hace patente en distintas fuentes, como en ShA 1, 63 (l. 39-44 [...] 47-52):

Y averigua las intenciones de Samsî-Addu. Si se ha fijado en otro lugar y no hay inquietud en el país de Utûm, (entonces) coge tu mejor tropa bajo tus órdenes y ven [...] (Por el contrario) si investigas las intenciones de Samsî-Addu y (existe) el temor en el país de Utûm, deja tras de ti a la tropa para que pueda proteger el país de Utûm y la ciudad de Šušarrā, ven con tu servidor, el país no te reprochará nada.

Por otro lado, si analizamos la historia del “Reino de la Alta Mesopotamia”, se observa que la preocupación no era en vano. Samsî-Addu había iniciado hostilidades con Arrapha y Qabrā, para posteriormente acabar sometiéndolas, y había ordenado la aniquilación de la tribu de Ya'ilānum (Charpin y Ziegler, 2003, pp. 92-95), zonas situadas a proximidad

²⁰⁵ El término *hupšum* designa a los miembros de una de las clases sociales más inferiores (CAD VI, p. 241).

de Šemšāra. Ante esta situación, es pertinente pensar que Kuwari pudiera estar preocupado por este hecho y quisiera resguardarse ante el inminente peligro que suponía Samsî-Addu, concentrando sus tropas en Šemšāra y guardando suministros en caso de que se produjera un asedio.

No obstante, lo que encontramos en el siguiente año del reinado de Samsî-Addu es que Šemšāra se ha convertido en un reino vasallo del primero.

Ante este panorama descrito, podemos considerar la hipótesis de que el conflicto con los gutium en los Zagros, así como sus consecuencias, y el incesable avance de Samsî-Addu, cuya sombra se cernía cada vez más sobre las poblaciones asentadas en el país de Utûm, sumado a la reciente aniquilación de la tribu de Ya'ilānum,²⁰⁶ podría haber decantado al monarca de Šemšāra a someterse ante el soberano asirio para buscar refuerzos y apoyo para afrontar la situación por la que estaba atravesando su reino. Además, se produjo un hecho que pudo influir de cierta manera al sometimiento de esta ciudad: una alianza entre Yašub-Addu y el rey de Kakmum, en la que se cree que los gutium pudieron estar también implicados.²⁰⁷

En consecuencia, y como colofón a este primer período de historia de los archivos de Šemšāra, se observa que se produce un avance e incursión de los gutium a las zonas habitualmente controladas por los turuqueos.²⁰⁸ Esto, a su vez, produjo una consecuencia natural en todos los conflictos que afectan a la población civil: la huida de ésta hacia otras zonas. En este caso, Šemšāra fue el lugar escogido por los refugiados turuqueos (Eidem y Læssøe, 2001, p. 42).

Así pues, procediendo al análisis del período de influencia asiria, partimos desde la perspectiva de una ciudad sometida al “Reino de la Alta Mesopotamia”.

Ante todo, debemos mencionar que el sometimiento de Kuwari a Samsî-Addu se hace patente a partir de las fórmulas de encabezamiento que encontramos en todas las cartas enmarcadas en este contexto y dirigidas al monarca de Šemšāra por parte del asirio, como es el caso de ShA 1, 24 (l. 1-3): “Dile a Kuwari: (así habla) tu Señor (Samsî-Addu)”.

Este período que examinamos ahora tampoco estuvo libre de problemas. En un primer lugar, debemos explicar con más profundidad la alianza entre los reinos de Kakmum y

²⁰⁶ Debemos tener presente, igualmente, la mentalidad de los mesopotámicos con las tribus “no-urbanas”.

²⁰⁷ Esta alianza, que se produjo a caballo entre el período preasirio y asirio, la comentaremos en profundidad más adelante.

²⁰⁸ Empero, parece que el corazón del reino de Pišenden, Itabalhum, pudo resistir a los saqueos por parte de los gutium.

Aḥazum,²⁰⁹ en la que posiblemente estuvieran presentes los gutium. Esta alianza se opuso a Samsî-Addu y, por ende, a Kuwari; suponiendo, además, un serio peligro para este último. El texto ShA 1, 1 (l. 1-14) es un claro testimonio de este pacto:

Seguramente oíste hablar de la hostilidad de Yašub-Addu de Aḥazum. Previamente siguió al rey de Šimurum, (luego) lo abandonó y siguió al rey de los turqueos, (luego) los abandonó y siguió a los Ya'ilānum, (luego) los abandonó y me siguió a mí, (luego) me abandonó y (ahora) sigue al rey de Kakmum.

Este documento también nos revela las alianzas anteriores que mantuvo Yašub-Addu. Igualmente, un aspecto a destacar del documento es que se presenta a este soberano como poco fiable, habiendo tenido hasta cuatro alianzas distintas, siendo el pacto con Samsî-Addu el último que rompió.

A tenor de los distintos cambios de amistades del rey de Aḥazum, en especial del último, cabe esperar que Samsî-Addu quisiera someter o capturar al mencionado soberano.²¹⁰ Este aspecto se deja entrever en el documento cuneiforme ShA 1, 3 (l. 10-16), donde se observa una cierta urgencia por capturarlo:

Respecto a (l tempa de) capturar a Yašub-Addu que me comentaste, que dios pueda guiarte ¡Captúralo! Hazme (ese) favor y por un favor que me hagas, yo te haré diez favores.

A través de este último escrito se hace patente este apremio por capturar al rey de Aḥazum. No obstante, para conocer el desenlace de estos hechos, debemos remitirnos a los archivos reales de Mari, porque éstos no quedaron recogidos en los de Šemšāra. En este sentido, el documento ARM 1, 69 (l. 5-7 [...] 29-33), una carta enviada por Samsî-Addu a su hijo Yasmaḥ-Addu, es muy esclarecedor:

Cuando los ejércitos se reunieron, envié a Išme-Dagan con los ejércitos al país de Aḥazum. [...] El ejército del país y los turqueos que se reunieron con ellos, él (Išme-Dagan) los capturó. Ese día, ni un (sólo) hombre escapó y conquistó todo el país de Aḥazum.

En estos fragmentos vemos que Samsî-Addu acabó enviando un ejército a las órdenes de su hijo Išme-Dagan para capturar a Yašub-Addu. Asimismo, se menciona que Išme-Dagan no sólo encontró resistencia por parte de los habitantes de Aḥazum, sino que entre

²⁰⁹ Aḥazum estaba gobernada por Yašub-Addu. Este rey mantuvo alianzas con el reino de Itabalḥum, pero la situación de este último, a raíz de las incursiones de los gutium, y la presión ejercida en la zona por la expansión de Samsî-Addu, provocó que se sometiera al monarca asirio. Este escenario no parece haber durado mucho, pues en cuanto Yašub-Addu tuvo la oportunidad, forjó una alianza con el rey de Kakmum y los gutium, como se ha comentado.

²¹⁰ Nótese que en el Próximo Oriente antiguo una alianza era un pacto de suma importancia y que conllevaba todo un ritual.

éstos también se encontraban algunos turuqueos que se habían posicionado a favor del soberano enemigo. Finalmente, se comenta que “ni un (sólo) hombre escapó y conquistó todo el país de Aḥazum”, es decir, deberíamos pensar que toda persona que ofreció resistencia fue posiblemente asesinada. Del mismo modo, esta conquista puso fin a la alianza entre el reino de Aḥazum y Kakmum.

Pero Kuwari no sólo tuvo que lidiar con problemas externos, sino que a nivel interno también se presentaron algunas dificultades. Sobre este aspecto disponemos de una carta enviada por Samsî-Addu a Kuwari, ShA 1, 19 (l. 9-12), que refleja esta nueva dificultad para el reino:

Los habitantes de Utûm odian la ciudad de Šemšāra, y la gente de Kunšum que abandonó Kunšum, te odia.

De este modo, encontramos que la opinión pública entre la población local no era para nada positiva. Llegados a este punto, nos podemos preguntar el porqué de esta opinión tanto acerca del reino como de su monarca. Así, probablemente debamos buscar una respuesta en el texto ShA 1, 8 (l. 9-11 [...] 28-40), que expone lo siguiente:

¿Por qué detienes a los habitantes del país, aquellos bajo Hazip-Teššub, y vuelves la palabra del país contra ti? [...] Libera a estos hombres para que la palabra del país no esté contra ti: Zaziya y sus soldados, Šarram-Ušur y sus soldados, Šarnida y sus soldados, Silliya y sus hijos, hijas y esposa; Tirwenšenni y sus hijos, hijas y esposa; Izzin y Uštun con su gente; Akiya y sus hijos, Huzalu y su gente; Uštāp-tubki el cocinero y su gente; (y) Hazip-Teššub.

Desde el punto de vista del soberano del “Reino de la Alta Mesopotamia”, Kuwari estaba poniendo a su propia gente en contra, a raíz de las detenciones que estaba efectuando. De este modo, le propuso una solución que quizá pudiera calmar los ánimos de la población local: liberar a todos los detenidos.

Estos dos últimos aspectos, que entre los aliados de Aḥazum hubiera grupos turuqueos y la opinión pública sobre Kuwari en su propio reino, pudieron haber sido probablemente un síntoma y aviso de lo que sucedió posteriormente: una revuelta liderada por un noble turuqueo. A partir de lo que se puede extraer de las fuentes disponibles, parece que desde que la conquista de Aḥazum hasta la destrucción del palacio no transcurrió mucho tiempo.

Para analizar este último suceso, debemos remitirnos a los textos de los archivos reales de Mari, ya que los de Šemšāra no dicen nada al respecto. En concreto, son cuatro las tablillas cuneiformes las que arrojan luz sobre este acontecimiento: ARM 4, 25; ARM 1,

67; ARM 1, 5 y ARM 2, 8. Las tres últimas nos relatan operaciones militares. Empero, la primera nos relata el evento que puso fin al palacio y a estos archivos:

Au sujet du pays de Šušarrā, objet de ta lettre, Išar-Lîm pourra te dire que ce pays est troublé et que nous ne pouvons l'administrer. Lidāya le Turukkéen et les Turukkéens qui sont avec lui, eux qui se sont installés dans ce pays, ont engagé les hostilités et ont anéanti deux villes. [...] Étant donné qu'il n'est plus possible d'administrer ce pays, j'en ai déplacé les habitants et les ai installés, [...] dans le pays d'Arrapha et dans le pays de Qabrā. La troupe fera retraite vers l'intérieur du pays.

(Durand, 1998, p. 126).

Tal y como se cuenta, Lidāya, un noble turuqueo, seguido por otros turuqueos, eliminó dos ciudades. A pesar de que las ciudades destruidas no se mencionan en esta carta, los investigadores apuntan a que una de ellas sería, con poco margen para la duda, Šemšāra. Son muchos los indicios que apuntan a ello: el abrupto silencio de sus archivos a partir de este momento, lo que provoca que no hayan podido documentar estos alzamientos, o incluso el nivel de incendio encontrado en el palacio. Otro aspecto relevante de este texto es que los habitantes del país de Utûm, ante esta situación tildada de insostenible, fueron evacuados e instalados en el país de Arrapha y de Qabrā.

Así pues, a pesar de haber podido hacer frente a distintos conflictos políticos con otros reinos, parece que los propios turuqueos supusieron el fin para la estabilidad de Šemšāra. Ahora bien, con la documentación actualmente disponible es complicado establecer el motivo de la destrucción a manos turuqueas. Asimismo, podríamos considerar que en este acontecimiento pudieron haber influido distintos aspectos: la forma de afrontar por parte del monarca las diferentes presiones de otras entidades políticas, su sometimiento al “Reino de la Alta Mesopotamia”, o la retención de diferentes personalidades turuqueas (ShA 1, 8).

Conclusiones

A partir de todos los datos expuestos, extraídos mayoritariamente de los textos cuneiformes, podemos llegar a distintas conclusiones, que a continuación enumeraremos.

En primer lugar, podemos establecer que las ciudades limítrofes con las sociedades “no-urbanas” representaban puntos inestables que, una vez integradas en los reinos mesopotámicos, podían conllevar la dedicación de más esfuerzos para intentar estabilizarlas. Esta inestabilidad podía darse, en gran medida, a causa de los saqueos que podían perpetrar dichas sociedades. No obstante, en el caso de Šemšāra y de toda la región en la que se enmarca, Samsî-Addu no logró su objetivo y se vio obligado a

abandonar la zona. Empero, antes de abandonarla, trasladó en un primer momento a parte de su población a Qabrā y a Arrapha, ciudades que tras el abandono del *māt Utēm* se convirtieron en la inmediata frontera.

Finalmente, otro aspecto que debemos comentar es una de las aparentes funciones de las ciudades fronterizas, que la documentación analizada ha puesto de manifiesto. En efecto, hemos observado que éstas pueden servir para recoger, al menos en un primer momento, a los refugiados desplazados por otros conflictos. Pero la función de una ciudad fronteriza parece que no sólo se limita a este hecho, sino que podrían haber servido en tanto que puestos defensivos para preservar el control del territorio de un reino. En este sentido, debemos mencionar el texto ShA 1, 15 (l. 10-12), donde Samsî-Addu le dice a Kuwari lo siguiente: “¿(A caso) no estoy contento con que residan allí? ¿(A caso Šemšāra) no es una ciudad fronteriza? Muchas tropas deberían residir allí”. En esta oración Samsî-Addu manifiesta de forma clara cuál es una de las funciones que debe cumplir una ciudad fronteriza, al menos desde su punto de vista: albergar un gran número de tropas. Por la manera en la que está expresada la idea, hay poco margen de duda, y se debe pensar que es un aspecto que diferencia a estas ciudades de las que se sitúan en el interior. Igualmente, esta idea parece muy lógica, puesto que, como se ha explicado, las fronteras representaban puntos inestables.

Bibliografía

- BALATTI, S. (2017): *Mountain Peoples in the Ancient Near East. The Case of the Zagros in the First Millennium BCE*, Harrassowitz Verlag, Wiesbaden.
- BLOCK, D. I. (2008): *Israel. Ancient Kingdom or late invention?*, B&H Academic, Tennessee.
- BOU PÉREZ, P. y VENTURA HERRERA, M. T. (2018): «La deserción en época paleobabilónica: ¿Una actividad irregular o frecuente? Análisis práctico a través de la documentación de los archivos de Mari y de Šemšāra», en *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7.14, pp. 13-34.
- CHARPIN, D. y ZIEGLER, N. (2003): *Florilegium marianum V: Mari et le Proche-Orient à l'époque amorrite. Essai d'histoire politique*, SEPOA, París.
- CHARPIN, D. (2004): «Histoire politique du Proche-Orient amorrite (2002-1595)», en CHARPIN D. et al. (Eds.): *Mesopotamien. Die altbabylonische Zeit*, Academic Press Fribourg, Friburgo, pp. 25-484.
- DURAND, J.-M. (1998): *Les documents épistolaires du palais de Mari (LAPO 17)*, Les Éditions du Cerf, París.
- EIDEM, J. (1992): *The Shemshāra Archives 2. The Administrative Texts*, Historik-filosofiske Skrifter 15, Copenhagen.
- EIDEM, J. y LÆSSØE, J. (2001): *The Shemshara Archives 1. The Letters*, Historik-filosofiske Skrifter 23, Copenhagen.
- HEIMPELL, W (2003): *Letters to the King of Mari. A New Translation, with Historical Introduction, Notes and Commentary*, Eisenbrauns, Indiana.
- LIVERANI, M. (1995): *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Crítica, Barcelona.
- POSTGATE, J. N. (1983-84): «Peter Machinist. Provincial governance in Middle Assyria and some news texts from Yale», en *Mesopotamia*, 18-19, pp. 229-232.
- VIDAL, J. (2013): «“Kill them all!” Some Remarks on the Annihilation of the Ya'ilanum Tribe (1781 B.C.E.)», en *Journal of the American Oriental Society*, 133.4, pp. 683-689.
- VIDAL, J. (2014): «Mercenarios en los ejércitos paleobabilónicos», en ESPINO, A. (Ed.): *Nuevas fronteras de la Historia de la Guerra*, Libros Pórtico, Zaragoza, pp. 1-14.

ZIEGLER, N. (2000): «Aspects économiques des guerres de Samsî-Addu», en *Entretiens d'Archéologie et d'Histoire*, Saint-Bertrand-de-Comminges, pp. 13-33.

JULIUS CAESAR AND ATLANTIC TIDES: NEW CHALLENGES FOR THE ROMAN NAVY JULIO CÉSAR Y LAS MAREAS ATLÁNTICAS: NUEVOS DESAFÍOS PARA LA MARINA ROMANA

Daniela Dantas²¹¹

Universidade de Lisboa

Summary: The Roman navy was bound to the Mediterranean basin for centuries, adapting itself against the challenges presented by other civilizations disputing this geographical area. Julius Caesar, as other commanders before him, is likely to have dealt with Roman fleets throughout his early career; however, the naval knowledge he may have acquired in his youth would not suffice for subsequent campaigns. The transition from the Mediterranean to the Atlantic would have presented a series of difficulties, first in the Iberian Peninsula and then in Brittany. This study intends to present a first approach to these struggles, and the Roman navy's capacity for adaptation.

Keywords: Roman navy; Republican Rome; Roman expansion; Julius Caesar

Resumen: La armada romana estuvo unida a la cuenca mediterránea durante siglos, adaptándose a los desafíos presentados por otras civilizaciones que disputaban esta área geográfica. Julio César, como otros comandantes antes que él, es probable que haya tratado con flotas romanas a lo largo de su carrera temprana; sin embargo, el conocimiento naval que pudo haber adquirido en su juventud no sería suficiente para campañas posteriores. La transición del Mediterráneo al Atlántico habría presentado una serie de dificultades, primero en la Península Ibérica y luego en Bretaña. Este estudio pretende presentar un primer acercamiento a estas luchas, y la capacidad de adaptación de la armada romana.

Palabras clave: Armada romana; Roma republicana; Expansión romana; Julio César

Caesar and the Atlantic: a prelude

Gaius Iulius Caesar is better known for his victories on land than at sea. One will scarcely find episodes emphasising naval skills and prowess by this commander, particularly when compared to individuals such as Sulla and Pompey, for whose factions one may account several victories at sea, whether against the armadas of Mithridates and his allies or fighting piracy in the Mediterranean. Julius Caesar is mostly associated with the Gallic Wars, particularly due to the eponymous work, or with his campaigns in Germania and the Iberian Peninsula, his actions in Egypt and during the Civil Wars; even

²¹¹ ORCID: 0000-0002-0243-1328

though all these campaigns required maritime and fluvial dislocation, their naval component is still not amply discussed.

The lack of emphasis on Julius Caesar's naval skills can be seen through what is possibly the most widely known episode in Caesar's maritime career. This is likely to be the one described by Plutarch, in which Caesar is kidnapped by Cilician pirates. For thirty-eight days, Caesar sailed with these men, befriended them, and managed to have his ransom paid. Afterwards, he gathered a fleet and captured the very same pirates in Miletus, and at some point, took justice into his own hands, punishing them through crucifixion (Plut. *Vit. Caes.* 2.1-7). It is not an account that focuses upon the naval successes of Caesar's fleet or flotilla, although the capture of these pirates may have involved naval strategies, and potentially naval combat. The episode itself is told more as an illustration of Caesar's character than as a detailed account of military feats.

The evidence of a lack of military-focused information does not invalidate the fact that the aforementioned episode is amidst the first examples of naval enterprises in Caesar's life. This occurrence is dated to Caesar's early years: if the standard birth date of 100 BCE is to be accepted, Caesar would have been 22 or 23 years old when he left for Rhodes, in 78 BCE (Goldsworthy, 2013, pp. 49 & 103). It occurs before Caesar's major military successes, at the early stages of the *cursus honorum*, even before his election as military tribune. An early contact with sailing, it also has relevance in the sense of having occurred amidst communities well-used to Mediterranean navigation. Caesar will cross the Mediterranean several times, both during civil wars and conflicts with external entities. However, a close observation of his military career allows to conclude that he will often have to undergo Atlantic tides with the army during campaigns, and that adapting to the new challenges will be relevant for their success.

If one is to attentively observe ancient sources, one will find that Caesar was not only very interventive in the matters of navigation, but also had an impact within the history of the Roman navy, particularly when it comes to Atlantic navigation. It remains problematic, however, that the main source for the study of Caesar's campaigns, particularly in Gallia, Hispania and Britannia (hence, the regions contacting with the Atlantic), is Caesar himself. This will influence not only the tone in which the events are portrayed, but also the information to be underlined

Societal regard of the navy in Ancient Rome is a subject which is still under analysis, and upon which this study's nature cannot dedicate excessive investment. It is, however,

worthy of a few short mentions, to observe the reliability of Caesar as a source, and the reasoning behind his subject focus. Observing the matter of Rome's relationship with the sea from a mental point of view will always be a difficult topic (regarding recent studies, see, for instance, Dantas, 2020), but the matter of the importance set on naval triumphs is a momentous starting point. A naval triumph is the equivalent of its terrestrial counterpart: a commander is celebrating the success of a particular naval campaign. Of these, Rome has had several, with the first occurring during the 3rd century BCE; the 1st century BCE has an absence of known records (Dantas, 2020, pp. 523). None is celebrated by Caesar.

The sudden appearance and valuing of naval successes is pointedly related to Rome's successes during the First Punic War, following the Carthaginian defeat and the growth of Roman control across the Mediterranean. The number of naval triumphs thus diminishes as Rome's opponents in this central sea for its growing territory reduce in number. This does not necessarily mean, that the importance of maritime successes fades entirely, but that the practical nature of their celebration shifts. Naval victories are included amidst the commemoration of regular triumphs, rather than assuming the distinct role in which Rome feels the urge to underline the prowess of its armada against foreign enemies; the diminishing number of large-scale naval skirmishes may also be a significant contribution towards this change (Dart and Vervaet, 2011).

Further evidence of value set on naval feats is seen through the descriptions of Pompeius' feats, and those of his son, Sextus. Sources provide lengthy descriptions of Gnaeus Pompeius' accomplishments against piracy in Cilicia (for e.g. App. *Mith.* 14, and Plutarch's *Life of Pompey*); Appian calls his son, Sextus, master of the sea (App. *Civ.* 5.14). The victory at Actium is also intensely celebrated by Octavianus and his partisans, with several symbolical representations of a naval success: the construction of the Actium monument, of which we only have remnants, included the *rostra* of captured ships; the celebration of Agrippa's victories in Mylae, Naulochos and Actium at Octavianus' triumph; and the award of both a blue flag and a *corona rostrata* as honorary symbols to Agrippa. It is possible that the apparent disappearance of naval triumphs is more related to the inclusion of sea victories within regular triumphs, rather than a growing lack of political and ideological importance (Ladewig, 2014, pp. 245-50).

Literary and archaeological evidence seems to point towards continuous, albeit possibly slightly less notorious, significance of naval battles. They lose specifically assigned triumphs, but are not absent from celebration of victory. What does this mean

for Caesar's accounts of his own campaigns, and how can one attempt to interpret the influence of his mindset over descriptions of naval successes? Rome's position in the Atlantic was still growing during Caesar's time. As the first known Roman general to cross into the island, his reports are noteworthy in what regards Britannia; many Romans doubted its mere existence. In terms of providing geographic details of formerly unknown or scarcely known areas, his *Commentaries* are a novelty for Rome's Atlantic knowledge. In terms of military description, there is a substantial amount of detail that other sources, more politically focused, fail to provide, regarding army logistics, dislocations, sieges, battle strategies and even construction works. However, Caesar, like any other ancient source, must be observed with care.

This does not mean that *De Bello Gallico* is entirely unreliable, nor that it should be dismissed. This happens in spite of the particularity in Caesar's work: he seems to be able to convey a complimentary tone to his deeds, even when, to many others, they may have seemed either a failure, or of scarce importance. According to Plutarch, Caesar, who was known for his celerity, applied this philosophy not only to the battlefield, but to information. The *Commentaries* themselves were a way for his actions to reach Rome, and for his deeds to be known, even at a distance, thus granting him overall "publicity" (Plut. *Caes.* 17; Welch, 2009, pp. ix-x).

There is still much discussion ongoing regarding what Kathryn Welch calls "the craft of Caesar's self-presentation", with growing emphasis on the propagandistic and rhetorical nature of his writings (Welch, 2009, pp. xi). In the same collective work, Wiseman, for instance, underlines the role of the yearly publication of the *Commentaries*, as well as Caesar's efforts of personal representation as the keeper of "the honour of the Roman People", the avenger, the protector, and the honourable (Wiseman, 2009, p. 3); however, even ancient sources state it is not quite so, with Plutarch subtly questioning the honour of Caesar in breaking a truce (Plut. *Vit. Caes.* 22). Wiseman reminds that Caesar was pursuing a purpose, and that many of his extrapolations may be far from the reality that was lived at the time of writing.

The success of Caesar's naval enterprises in the Atlantic is, therefore, relatively limited, if closely observed. As will be verified in the following pages, his army was successful in the Iberian Peninsula, but it did face a few struggles before succeeding. There were naval battles in the north of modern-day France, such as the battle of the Morbihan gulf, and they were successful; however, these, too, do not seem to have been

led to victory through a straightforward manner. His voyages to Britannia came with struggles of several kinds, and his action in the island, although relevant, was still limited, and more relevant from a geographic and symbolical standpoint – he was the first Roman general in Britannia, integrating it in the *oikoumene*, or known world, but was far from being the first to conquer it.

His detailed descriptions of naval feats are not particularly emphasising of naval prowess. On the one hand, this may be part of Caesar's characteristic style, which, aside from propaganda purposes, served the idea of constructing a military report, to a certain extent. On the other, this position may also have risen from his antagonism against Pompeius. The latter, known for his successes at sea, for his effective and fast way of settling the matter of Mediterranean piracy (although far from definitively), already had a strong association to the sea and naval victories. By positioning his own naval achievements in a higher stance, Caesar may have been more subjected to comparison with his main political rival. Whereas Caesar could be more certain of admiration towards his feats on land, subjecting himself to comparison in terms of naval prowess may not have come to his advantage, especially as the memory of Pompeius' campaign and its relevance in the management of Mediterranean safety was still strong in people's minds. The Atlantic was a distant, borderline sea, and excessive exaltation of his victories may have been perceived by Caesar as irrelevant, or even hazardous, in the Roman political field.

The first practice: Iberian Peninsula

In immediate terms, it is possible that the moment of greatest involvement and change is probably that of Caesar's two invasions to Great Britain, in 55 and 54 BCE. However, Caesar's Atlantic ventures did not start in Britannia, nor in its nearby coasts of Northern Gaul. Even before those expeditions, Caesar's armies would have struggled with the difficulties presented by the difference between Atlantic and Mediterranean navigation and tides. During a campaign in Hispania, they would have pursued the local population until both the people and the army reached the ocean. The people then crossed into an island, whose identity is still uncertain: some point towards the Berlengas, small islets along the Portuguese coastline (Cabrero Piquero and Fernández Uriel, 2010, 256; Bugalhão and Lourenço, 2011), whereas other authors believe these islands may have been along the area of modern-day Peniche (Guerra, 2005), in similar islets which would

now be invisible due to oscillation of sea levels. Regardless of the exact location, it seems that the distance between the coastline and the islets would not have been great, considering the easy crossing on the part of locals, and the surveillance that Caesar's army is able to enable.

The Roman army struggled just the same. It was not the transportation method in itself that rendered them incapable of proceeding with the crossing: in theory, they would have been able to reach the islands with relative ease. The issue was with the disembarking. This problem will be a constant in Caesar's Atlantic campaigns, the Berlengas being a prelude to the situation one will later find in Great Britain. Even when the army is able to safely cross, the transports having the capacity to sustain the Ocean tides and waves, it is not able to disembark and, thus, safely reach the enemy without sustaining danger, either from enemy defence or natural conditions.

In order to solve this situation and be able to cross into the island, Caesar ordered several ships from Gades. The army had previously been unable to disembark, as mentioned before; ship availability may have been scarce, as the army would have attempted – and failed at – the use of rafts. One may assume, therefore, that the ships which arrive from Gades, modern-day Cádiz, would have been different from the boats previously in use. Their typology is unknown, but they seem to have enabled a safe crossing and protection during disembarking, as the enemy army would have surrendered; whether due to the army's arrival or, as mentioned by Cassius, due to the circumstance of being deficient in supplies, is open to debate (D.C. 37.54). Equally open to debate is the matter of why Caesar would have undertaken such substantial effort to pursue a population into a small islet along the Atlantic shore.

Understanding the exact design of ships used in the crossing would be particularly useful to comprehend how the Roman army adapts itself to Atlantic challenges, in this case, during a moment of transportation. By returning briefly to the matter of the possible typological classification of ships ordered from Gades, one can state that it would be relevant to understand the army's success during the crossing, as well as provide information regarding the process of disembarking itself (was it through skiffs, or were these ships coasted?). This requires an archaeological approach, considering that Caesar provides scarce information regarding the ships used during this episode; however, considering the nature of this work, this contact must necessarily be very brief.

When one is attempting to study the archaeological aspect, the first immediate difficulty is the lack of material evidence that may be of substantial influence in military aspects. This point presents itself as very limited: the ships which have reached our era are often poorly preserved, and surveys have shown that most are likely transport ships used by local communities. It is, therefore, difficult to ascertain whether these may have been adapted for standard army dislocation, especially considering the large amount of men being moved, together with their panoplies and rations.

This is not to say that preserved shipwrecks are inexistent, however, nor that they're not worthy of analysing under these contexts. A quick survey of *Navis I*, one of the international databases for ancient shipwrecks, will reveal a significant sample; if not overly large, it is substantial enough for one to draw some conclusions. It is noteworthy that very few analyses of these sites have dated the wrecks to the 1st century BCE, during Caesar's moment of action: most of them were ascertained to the 1st century CE and onwards, and remain the closest possible approach to the ships used during Caesar's time, until further data is found. Furthermore, there is the added issue of timber deterioration: it is far more likely that remains of the ship's cargo are found than the ship itself.

There is one case which may be of notorious use to this analysis from an archaeological standing, which is the *Bou Ferrer* wreck, dated to the 1st century CE through cargo analysis. Found along the coastal area of Villajoyosa-Alicante, this vessel was so degraded by *Teredo navalis* – a parasite responsible for timber degradation underwater – that it allowed for scarce conclusions regarding the design. However, those which were possible pointed towards it following a well-known construction scheme of Mediterranean influence: “naves construidas a casco primero con la tablas ensambladas a tope mediante la técnica de espigas y mortajas bloqueadas por clavijas de madera, donde las cuadernas como refuerzo de la estructura que reside en el casco, son colocadas geralmente tras el armado de este” (Furtes, Cibecchini, Miralles, 2013)²¹². The typical Mediterranean mortice-and-tenon joint is frequently seen in sailing cargo ships, although there are regional variations, particularly along the Adriatic.

One may ask how a Mediterranean ship type, found c. 700 km away from Cádiz, and over 1000 km away from Peniche, may be relevant to this analysis. The answer resides

²¹² There are three essential construction types found amidst the Mediterranean. It is not our purpose to discuss their specificities and hybrids; we will mention, however, the existence of a shell-first construction (which seems to be the case of the *Bou Ferrer* wreck), a skeleton-first construction and a bottom-based one (Mcgrail, 1987, pp. 269).

in the information it may provide regarding Cádiz, or the old Gades, as an ancient harbour, and the questions it raises regarding the ships used during the Iberian campaign. The *Bou Ferrer*, found in Villajoyosa, has thus been located along the Mediterranean, traveling inwards through the Strait of Gibraltar. It is considered as possible that the ship would have been carrying *garum*, as the amphoras found at the site were found to be carrying “un producto a base de pescado, elaborado con diversas especies”, probably “una salsa y no conservas de pescados enteros” (Furtes, Cibecchini, Miralles, 2013, p. 137).

Regardless of the fact that “each port had its own secret recipe for its special brand of *garum*”, the most well-known would have come from the region of Cádiz and Cartagena (Toussaint-Samat, 2009, p. 338), which matches the fact that the metal ingots found amidst the wreck are believed to have come from “*Baetica* y más concretamente en Sierra Morena”, and that, considering their specific quantities and the storage, they would have probably been stored in *Gades* (Furtes, Cibecchini, and Miralles, 2013, p. 140).

This means it is very likely that the *Bou Ferrer* would have sailed along the region of Cádiz, already in the Atlantic area, and thus that some ships would have been able to sail between the Atlantic and the Mediterranean and vice-versa, even if in reduced areas. Such a conclusion leads to the broadening of possibilities in terms of ship types that would have been used by Caesar’s army to cross into the islets: were they Mediterranean mortice-and-tenon, or were there closer to those used in subsequent Northern Atlantic campaigns? It also gives some insight into posterior occurrences, which will be looked at in more detail further along this study. One of them is the fact that the ship types used by Brutus in the battle of the Morbihan Gulf are unknown (Caes. *BGall.* 12-14), and may not have been of Atlantic influence. The other is the mention of networking: prior to Caesar’s second invasion of Britain, the shipbuilding campaign, which involves the introduction of new ship types, involves the usage of materials coming from Hispania (Caes. *BGall.* 5). Exchanges between Mediterranean and Atlantic may be ampler than can currently be attested by archaeological data, which shows an apparent division in preferred materials between the two (see, for instance, the inventory presented at the second chapter of Dantas, 2020).

There is a significant difference between Atlantic and Mediterranean navigation, and there are several studies regarding these aspects. Tidal variation in the Mediterranean is not notorious and does not affect navigation to a great extent; but this is not true for areas within the Ocean. As mentioned by Freeman, “in the Mediterranean, the tide varies no

more than a few inches, but on the Atlantic seaboard the water can swiftly rise several feet” (Freeman, 2008, p. 87). Considering that Julius Caesar would have ordered his ships from Gades, it is possible that the *Bou Ferrer* had, indeed, been fully adapted for Atlantic navigation, even if mostly coastal; and that the ships used by Caesar’s army to cross into the islets were not significantly different from this specific shipwreck.

Finding a shipwreck in maritime contexts that contains enough material for technological studies is even rarer than for fluvial and lake counterparts. In what regards the wider area where this episode would have occurred, namely along the central Portuguese coast, there were doubts as to the possibility of Roman navigation, and there are still scarce studies about pre-Roman, local ships (Bombico, 2008). There are, however, analyses that focus both on pre-Roman (Alvar Ezqueria, 1981, García Cardiel, 2013) and Roman navigation in the region, as well as the potential of compared History works towards 20th-21st century ship types, which seem to have long-standing traditions (Filgueiras, 1958; 2013), for instance, has done significant work in this regard). The Portuguese coast presents substantial variability in terms of ship types, depending on the region, and Compared History gives further possible evidence of the ambiguity in terms of Mediterranean and Atlantic ships, and their possible coexistence in similar areas. In Filgueiras’ study, published in 1965, he distinguishes three main sectors. One is the Northwest, divided between the fluvial, Nordic-types and the Mediterranean, sea-going ships. The other is the Douro and Estremadura, which presents some similarities to Near Eastern styles. The last is the Estremadura and Algarve, where there are influences from the Mediterranean and the Guadiana river, and the areas of the eastern peninsula.

His analysis of more artisanal craft in the 20th century puts to evidence that ship types are not only variant, but also very likely to be able to navigate under different circumstances. Whereas this seems to be effective for the Iberian Atlantic, and although it can continue to be verified as one observes campaigns further north, it seems that tidal conditions in upper latitudes may have created added difficulties of a bigger extent. As we will observe, when it comes to the Northern Atlantic, it is more certain that Caesar opted for different solutions following his first experiments.

Veneti and Britons

It is not yet fully known whether any Romans had sailed to Great Britain prior to the 1st century BCE. According to current data, it seems unlikely²¹³. As stated by Yenne, Great Britain was seen as something out of their traditional vision of the world, a “distant, enigmatic and untouchable place”. If the English Channel was “part of Oceanus”, the “mysterious land lay in Oceanus, and therefore beyond the confines of the known world”; “it could be said that Britannia was thought of as being *another world*”(Yenne, 2012, p.95). The claim of Caesar as the first Roman to cross into Britain is well visible in Plutarch’s account (Plut. *Vit. Caes.* 22-23), as well as the envisioning of the island as being outside of the Roman world, one whose existence was barely to be believed. Plutarch, too, dimming the eulogy of the *Commentaries*, states that Caesar fought «many battles damaging the enemy rather than enriching his own men».

Thus, early contacts, prior to the 1st century BCE, would be difficult to ascertain, and this possibility could only be verified through archaeology. Even if they existed, they did not seem to have involved large-scale operations, nor only made possible through archaeology; even if they existed, they do not involve large-scale operations, nor any type of military presence. The inheritance we receive from the early authors tells us that Caesar was the first to cross to Great Britain with an army, and there is no evidence, so far, of other commanders having attempted any earlier expedition. Britannia, and the immediately preceding affairs in Northern Gaul, were not the first time the commander would have faced oceanic navigation, but were most likely where a greater number of ships and soldiers was involved.

The importance of Caesar’s expeditions in the Atlantic, and the two crossings to Britain, is underlined, first and foremost, by Caesar: what would have been two rather inauspicious campaigns are described at great length and with significant compliment, underlining the difficulties of Caesar’s armies and the great effort undertaken, as well as the honours such a deed would have brought to the people of Rome. It is, as reflected upon above and reinforced by Kathryn Welch, Caesar’s “answer to the popularity and reputation of Pompey”, a self-reflexion that separated the man from the perceived figure

²¹³ That Roman sailors were travelling towards Britain can be debated; but the fact is that there is archaeological evidence for early contacts even before Caesar’s invasions. In a study by Salway, the author verifies that there were exchanges from, at least, 125 BCE, and that these were influencing the region; thus, even if not as intense as in subsequent years, there was a trade network which could have been profitable for the Romans, if they took over from the Veneti dominance (Salway, 2013, pp. 3-19, Dando-Collins, 2002, 30-49).

in popular imagination of his contemporaries (Welch, 2009, p.85-86). This is reflected even in the extent of Caesar's treatment of his subordinates in his own writings: as he means to be recreating himself as "Great Roman Emperor, champion of the Roman People", but also preserve political support, Caesar opts for leaving the feats of consular legates mostly outside of his report of the campaign in Britannia, whilst applying particular emphasis on the role of other subordinates, such as "centurions and junior officers" (p.90).

Comparing Caesar's literary and rhetorical style to that of other authors, whether contemporary or prior, is not the purpose of this work, and there are already some relevant contributors for this study (e.g. Grillo, 2015, and the aforementioned Welch, 2009). Even "Caesar's contemporaries, Pollio and Cicero, already called attention to the distortions of his writings" (Grillo, 2015, 3). However, the *Commentaries* still present an advantage by comparison to other sources on the same subject, which is that of the irreplaceable first-person observation. If Caesar used the *Commentaries* as political propaganda and a piece of self-promotion, the fact is that his deeds will often be extrapolated to even further extent by posterior authors: one may observe Plutarch and Caesar's description of the surrender of Vercingetorix, and see how the latter will make it substantially more symbolically charged, whereas Caesar, in spite of his purposes, maintains a more sober tone. Using the terminology analysed by Grillo, the work in itself is an exacerbation of *Virtus*, a redefinition of loyalty, especially in military context (which already comes in sequence of the political works of his uncle, Gaius Marius), but also a reestablishment of geographic and mental boundaries.

It is through this approach that Caesar's works are particularly relevant to understand the influence of Atlantic navigation in his campaigns. His significant acquisition of geographic knowledge comes with an impact upon his practical approaches to new situations (Riggsby, 2017: there is "a sense of mastery that Caesar projects through his control of geography"). Much as there is a programmed agenda, Caesar's first-person reports of the new geographic area, the natural conditions faced, and the ship typologies used are amidst the closest one may attain to understand the Roman army's first contact with the Atlantic. Studying the first Roman military operations in the Atlantic implies, therefore, a close analysis of Julius Caesar's reports of these campaigns, with the appropriate historiographic care, and considering the source's nature and reason for its creation.

Following the initial clash in Hispania, the early stages of stronger building of Caesar's interaction with the Atlantic Ocean will occur in the North of France, during the commander's contacts with the Veneti. In *Caes. BGall.* 3.8, one finds a description of this first approach. Described as having a powerful merchant fleet and a meaningful experience in navigation, the Veneti are said to have been the main people in control of the trade with Britannia, through a network of harbours and fortifications which would have permitted them to make others their tributaries.

Considering that we are observing the 1st century BCE, the period of greatest expansion in Great Britain has not yet begun: only from the 2nd century CE forwards will we find a period of economic growth and expansion for the peoples of Britannia, which could have cemented the economic relations between these peoples and those inhabiting the continent (Fulford and Allen, 2017). Both through Caesar and Plutarch's account, it would seem that the area had little profit to provide during this time-period. However, Caesar justifies his ambition to invade through underlining the strengths of Veneti trade, which, however profitable, he was never able to control. Only after 43 CE will we find an increase in "inward migration", including "retiring veterans (...), merchants and manufacturers" (Fulford and Allen, 2017, p. 9). This is a century following Caesar's invasion. The precise reasons for the invasion of Great Britain, whether related to Caesar's conceptions about the location (possible beliefs of richness) or a matter of personal glory, may be questioned, as well as the exact degree of his investment in campaign preparation. Nonetheless, even if the numbers and haste are exaggerated, the latter seem to have been substantial, and this is the moment in which a first major naval enterprise begins.

As the Veneti began to resist against Roman domination, Caesar ordered the building of new ships, which necessarily involved both material and human effort. The exact terminology used by the source is "naues longas aedificari". This is relevant, as it means we are in the presence of warships and not of transports. Did Caesar expect a naval battle against the Veneti, or was it a demonstration of strength? Another novelty is the fact that these long ships would have been built by modern-day river Loire, "quod influit in Oceanum", because it flows into the ocean (*Caes. BGall.* 3.39). This is one of the earliest mentions of warships serving the Roman army and navy not being built along the Mediterranean, but in the North of Europe, and not in a coastal shipyard, but along the river.

Together with the building of ships, which was possibly made through the use of materials and builders from the region (there are no clarifying mentions by the source), the commander would also have hired locals to man them: “remiges ex prouincia institui, nautas gubernatoresque comparari iubet”. Thus, the crews – sailors, rowers and pilots – would have come not from the South and the Mediterranean, but from the North, potentially individuals already used to sailing in the Atlantic, who would not need extensive additional training (which would take time and delay the campaigns). It is another step towards distancing himself from Mediterranean navigation and focusing on the Atlantic, an effort in flexibility and practicality; but it may also be, to an extent, a demonstration of growing integration of conquered areas into the Roman world.

Still according to literary sources, the thought of building the ships would have come from Caesar himself. This idea would not have derived from his former struggles against, for instance, the populations in Hispania, but because he would have heard that such ships were the most advantageous ones to be used in naval combats in the Ocean (D.C. 39.40; an extant source, which receives some influence from *De Bello Gallico*). Considering the nature of Caesar’s contacts with the Atlantic during his time in Hispania, one can wonder whether these had, in fact, any significant influence in these choices, as it was a minor intervention, which involved crossing towards an islet. This would not have implied consideration of possible naval warfare, which is now a possibility against the Veneti; a more likely influence of the campaigns in Hispania may have been seen during the first invasion of Britannia, considering the issues with disembarking.

Descriptions of Roman commanders ordering the building of warships are scarce. Even during the First Mithridatic War, which was a heavily naval-based conflict, the mentions of ship building on the Roman side are significantly more scarce than those of hiring them: for instance, when Sulla feels that his fleet would be incapable of facing that of the Pontic king, he would have sent one of his *strategoi*, Lucullus, to find ships in Alexandria and Syria, places that, for Sulla, would create a superior naval production (App. *Mith.* 5.33). Therefore, there seems to be some originality in this regard, one which is particularly relevant when one observes Caesar’s intention of demarcating himself from Pompeius: he cannot exacerbate naval victories, but he can underline his nearly unprecedented actions.

In this situation, a Roman commander is not only building a fleet (instead of hiring it or relying on allies), but also has that same fleet, which would be an armada of warships,

built away from the Mediterranean, with the specific purpose of pursuing naval combat elsewhere. Observing previous occurrences and strategies, however, one cannot entirely dismiss the possibility of purposeful misconstruction on Caesar's side, and the hypothesis of him freighting these ships from local population. If so, this would open a debate regarding pre-Roman naval warfare in the Northern Atlantic region.

Caesar is set on fighting the Veneti at sea. The circumstances raise a series of matters. If Caesar considered the Veneti to excel in naval matters, and being aware of the Roman insufficiency and inexperience in that field (particularly in the Atlantic), his motivations for engaging in such a conflict may be argued, just as much as his presented depiction – is this yet another circumstance of Caesar's political promotion? According to Cassius Dio, the subsequent Roman victory would have occurred due to the enemy's lack of knowledge regarding the ship types brought by the Romans; this reinforces the idea of vessels capable of both Mediterranean and Atlantic navigation.

Caesar, on the other hand, states that the Veneti would have struggled in consequence of the meteorological conditions, due to the materials of their sails. This contradicts his constant underlining of their knowledge of the sites and the navigation needs. There is also a mention of a Gallic alliance in in *Caes. BGall.* 3.9, which means that the Veneti would not have been alone on their struggle against the Romans, but counted upon several other peoples who inhabited the region. Neither source provides an entirely cohesive justification.

In Caesar's own words, he would have entered this conflict due to the "iniuria" against his "equites" (once again he reinforces his role as protector of *uirtus*, and his connection to the army ranks), the Veneti uprising, desertions and fear that more communities would follow into this rebellion. Whether or not he intended to control potential trade routes in the Northern Atlantic may not have been a determinant factor, when compared to unrest in Gaul; and Caesar's victories in Gaul were exploited as a political triumph.

The fact that a significant portion of his army was distributed throughout Gaul is another possible indication of his intentions of appeasing the whole region and the fear of uprisings. There will be four divisions: Titus Labienus will go to the Rhine, to prevent the Germanic tribes from crossing; Publius Crassus to Aquitaine, to prevent those people from entering the Alliance; Quintus Titurius Sabinus to other Gallic territories, with similar defensive purposes. The fourth part of the army, in which Caesar will remain, is that which will face the Veneti.

Caesar will take the infantry for himself, but delegates the command of the navy on Decimus Brutus. The delegation of naval command on legates is a common occurrence. One has the example of Marius, delegating the command of transport ships on a subordinate *legatus*, Aulus Manlius (Sall. *Iug.* 86)²¹⁴, or Sulla with Lucullus; or Pompey's fourteen divisions of the Mediterranean to combat piracy²¹⁵.

When Caesar describes the battle with the Veneti, he does so in a way to underline its great difficulties. The ship design of the Roman vessels, despite them allegedly being ordered and built in the region, was not the most adequate to face the Veneti ships²¹⁶. Caes. *Gall.* 3.12-14 describes what is known as the Battle of the Morbihan Gulf, in which the fleet was also commanded by Brutus. An unspecified number of Roman ships will fight 220 Veneti vessels, which would have a greater height, and against which turrets would have been ineffective. The Roman navy improvised, in this case, through the usage of "falces", grappling hooks which would cut the ropes attached to masts, disabling the enemy ships by incapacitating their sails. Through this method, the ships would have been rendered immobile, and allowed boarding.

Warships in the Mediterranean are usually known for relying greatly on rowers and not sails whilst in combat (Dotson, 2008, p. 32), so one can wonder whether the Veneti ships truly were relying on sails for movement and, if so, how this strategy would have affected them. In combat situations, it is likely that rowing would have been required, to aid with speed and motion control. Would the Veneti warships have been using both sail and oar during this operation? Or is it possible that the *Commentaries* are misleading, and that the Battle of the Morbihan gulf has yet another interpretation? The description of ships with high sterns, which the warships would have been unable to attack, could indicate that we are not in the presence of Veneti warships, but of transports that would have been carrying products along the coastal areas; these transports may have been heavily defended, considering the impending Roman intervention and the need to protect the cargo, but it is possible that the Roman navy intercepted a trade fleet instead of a military armada.

²¹⁴ Who will also be verified to have sent for freight ships, instead of focusing on Roman vessels.

²¹⁵ By delegating his authority over several legates, despite having received full power over the seas (D.C. 36.35, Bradford, 2007, p. 50).

²¹⁶ In order to avoid extensive prolonging of this study, we will abstain from discussion of potential Venetian ship types. However, one must mention the importance of the Blackfriars I wreckage, which may provide a close idea. See, for instance, Dantas, 2020, pp. 187 & 201-205; Marsden, 1994.

Whether one is observing transports or warships, the fact is that the battle is largely described as having been unsuccessful during the early stages, with Decimus Brutus said to have considered abandoning the ships and fighting on land (D.C. 39.42). How this would have been processed is difficult to establish. It would imply the Roman ships being able to approach the shore and disembark (which, as will be verified during the invasions of Great Britain, would have been a difficulty. Even if the army were able to reach land and attack from there, there could be infantry and cavalry units they would have to face; they would also have to focus on the enemy navy through projectile use. If that were the case, the Veneti ships could have retreated, leaving the Roman army stranded and unable to attack.

Caesar's report seems to lack some information present in Cassius Dio, which means there were more reports circulating. Cassius indicates that the "falx" would only have been used during the later stages of the conflict, to prevent the enemy ships from moving, but during a stage in which Roman victory would be close to ascertained; in Cassius' account, therefore, the decision to use a "falx" is not a determinant occurrence which suddenly changes the outcome. He also mentions differences in formation and attack strategies, with a change from several ships attacking a single enemy to relatively balanced numbers. And, whilst Caesar makes no mention of the fact, Cassius also refers that the Veneti would not have had with them any type of ranged unit: neither archers nor slingers would have been attacking the Roman ships, which could have been a significant factor in ascertaining victory, and may once again indicate that we are observing transports instead of warships.

If the Veneti seem to have had a great naval prowess, Caesar's *Commentaries* indicate that it would have been lost following this intervention, especially due to great demographic damage. The determinant defeat of a Gallic Alliance following a singular battle, in which the Roman disadvantage is described as notorious, may be another instance of Caesar's propaganda; however, it is the first known case of Rome fighting – and winning – a naval battle in the Atlantic.

Following the victory at Morbihan, Caesar plans to reach Britannia. Similarly to the rest of this paper, Caesar's invasions in Britannia are still shrouded by doubt, and this section will present more questions than answers, which may provide the basis for further studies. As mentioned above, Great Britain seems to have been virtually unknown to the Romans, particularly from a military point of view. Prior to his first invasion, Caesar

would have attempted to gather information on the island, regarding matters such as harbours, demography, lifestyle and how they waged war; this quest for information would have extended to ship technology. Following the peace with the Morini, which would have allowed him to hire ships and crew, Caesar would have crossed to Britannia for the first time, with eighty transports that would have been carrying his quaestors, legates and prefects, and eighteen others with the “equites”. The latter are said to have been lost.

It is not yet fully certain where Caesar’s army disembarked, and several theories have been presented. There is little doubt that it would have been somewhere in Kent, and the recent discoveries point towards Ebbsfleet, where subsequent invasions would also have landed (Yenne, 2012, p. 79). The University of Leicester has been in charge of most archaeological surveys, which have been particularly directed towards Caesar’s second invasion. What seem to be the remains of a Roman pilum were found along the area, together with pottery dated from the 1st century BCE (University Of Leicester, 9th November 2017, University Of Leicester, s.d.). The crossing in itself would not have gone without strain, as “a passage of nine hours from Deal to Boulogne must have involved adverse tidal streams at some stage, because [they] change direction every six and a quarter hours” (Grainge, 2002, p. 23).

When the Roman army tries to disembark, the Britons, aware of the impending invasion, would have been waiting for them on the beach. The ships in use would have prevented Caesar’s army from safe disembarking. Having to rely on skiffs, in this specific case, “naues speculatoriae”, which were often used for reconnaissance missions, they struggled against the enemy’s preparation of cavalry and chariots. Roman soldiers would have had to endure attacks whilst having their movement impaired by the waves. In this case, unlike what had happened with the Veneti, the Roman army would also be dealing with projectiles. For Billows, the core points of the expedition would have been four: the failure of crossing the cavalry, the usage of warships as artillery platforms, and the usage of skiffs and other small ships for fast dislocations (Billows, 2009, p. 146).

The difficulties of Caesar’s army in this new and unknown territory are frequently underlined in *De Bello Gallico*. The Roman army was able to repel this attack, but this achievement wouldn’t have been significant enough for them to be secure from further issues. Regardless of whether the projectiles or the adverse meteorological conditions had

been most to blame, Caesar's army was left in Britain with what seem to have been significant damages to the fleet, thus being unable to return to the Continent.

Twelve ships would have been required to repair the remainder, which means that the Roman army would have lost transport capacity, and possibly endangered the army's capacity of making a safe return. This fact may be significant when one observes the conditions under which peace is made. Caesar is said to have demanded from the Britons that they carried hostages to the Continent, and yet, considering how the army was now missing twelve ships, one can question whether the Britons would have been carrying Briton hostages or Roman soldiers.

The return involved dealing with rebellions amongst the Morini, which would have been controlled by the *equites* who failed the crossing. This leads to an interrogation: did the cavalry truly fail to do the crossing, or did Caesar purposefully leave them behind, fearing that the local tribes would rebel, without any force on the Continent to contain them? If Caesar were to be attacked both by the Britons on the island and the Morini at the Continent, the army would have been trapped between two sources of rebellion, endangering the soldiers and army logistics.

If Caesar's invasion did not have any influence upon island politics, it seems to have been significant when one observes the local economies, particularly through numismatics. As Eaton states, Caesar's campaign would have been focused on the south-east of England, and the impact upon other regions wouldn't have been very noteworthy, but it seems that there is a change, for instance, in coin imagery, which becomes "increasingly sophisticated" and grows closer to that found amongst Roman coins (Eaton, 2014, p. 57).

The outcome of flexibility: the second invasion of 54 BCE

Substantial differences are verifiable in the way Caesar approaches the second invasion. These enabled him to attain an improved early campaign, and once again show the Roman army's flexibility under unknown circumstances. For the third time since the beginning of his campaigns, Caesar will display a renewed investment in the navy. He is now ordering new ships, lower in height and larger in width, which seem unlike both those that he built to fight in Brittany, and those he faced in the Battle of the Morbihan gulf.

There seems to have been a significant effort in the building of these vessels, potentially even greater than that which was involved in those built by the Loire. The materials used are said to have come from Hispania, thus having to make a long way from the Iberian Peninsula into the North of France. The construction site is not specified, but there is no reference to river construction in order to subsequently withdraw the vessels into the Ocean; this once again seems to distance the ships used in this expedition from those present in the confrontation against the Veneti.

Another difference between these new ships and those used in Brittany is the terminology in use. When fighting the Veneti, Caesar seems to have expected naval combats to occur, as he ordered the building of the beforementioned “*naues longas*”; this will not be the case of these new ships, which seem to mostly consist of transports. Twenty-eight warships are referred as having participated in this second expedition, which seems a relatively small number, and makes it likely that the commander did not consider that naval battles would be a major occurrence across the Strait, and prioritised a transport platform for cargo and men.

As the army prepares to cross, it gathers in Itius. Immediately before this gathering, Caesar is said to have had issues with Germanic tribes commanded by Indutiomarus and Cingetorix, tribes that would have had strong and ample cavalry resources – according to Caesar, the strongest in all of Gallia (Caes. *BGall.* 5.3). Two-hundred “*obsidibus*”, or hostages, would have been transported into Britain with Caesar’s army, and one may question whether his intention, whilst ordering the building of these new ship types, may have risen from a wish to carry these alleged hostages as auxiliary cavalry troops, not as enemy captives, but as active participants in the expedition.

It is not known how Caesar would have attained his knowledge of the usefulness regarding this uncertain ship type, nor whether he is exaggerating it. As mentioned above, a part of the Roman army of the first invasion would have returned to the continent through the aid of Briton ships, thus making it possible for the crews or architects to observe their design and try to copy it, but the information may have been attained elsewhere, through Roman spies or Gallic allies and engineers. Whether the second landing place would have been the same as the first can also be debated: whilst Caesar mentions mostly beaches throughout chapter 5, Cassius will mention the existence of a harbour (D.C. 40.1), which does not appear in Caesar’s account of the Gallic Wars. If the latter is correct, it is possible that Caesar’s greater success in disembarking during the

second invasion was more due to the securing of a safe landing site (for instance, through an alliance with a harbour in Britannia) than the new ships that were ordered. This perspective may be reinforced by observing Caesar's preparations prior to departure for Britannia, as strong contingents were left behind to control the nearby harbours and provide his army with supplies, should it be necessary. Caesar is now displaying a clear attempt of granting army logistical capacity in enemy territory, as well as carrying a strength of about two-thousand cavalrymen and five legions. By making sure that all ships had both sails and oars, Caesar's fleet was able to counter the adverse effects of wind and tidal change, and he safely crossed to Great Britain with the majority of his army, in a total of more than (according to Caes. *BGall.*) eight-hundred ships, including private vessels (ordered at the expense of individuals, and not through army funds). This time, there was no Briton contingent awaiting them, no cavalry, chariot or projectile attacks.

Preparations for the second invasion seem of a far greater scale. It is likely that Caesar's intentions towards Britannia had shifted and were no longer focused merely on reconnaissance. With the information he attained in 55 BCE, mostly through on-site observation, Caesar was able to prepare a large-scale campaign. Nonetheless, it seems that the Roman fleet was still unprepared to fully face the northern Atlantic. Anchored and protected by the army, the ships could not resist the adverse effects of a storm. Even if the landing site was safer, or whether there was some local support, the site seems to have been unable to receive the vast number of ships and keep them spaced enough to prevent collision. Caesar's haste in rebuilding the lost ships gives strength to exaggeration in numbers, as he did not order any movement for at least ten days, focusing the army's efforts on fixing the broken ships and protecting those that had remained.

As ships are destroyed and repaired both in 55 and 54 BCE, there must have been individuals with knowledge in naval construction traveling amongst the fleet. Men with shipbuilding knowledge are thus required to have been traveling with the army, whether as skilled crew members or, which is more likely, through the transport of naval architects along with the Roman army. It is also possible that some ship components, especially metal parts, may have been carried along with the army in case of need of repair. The second invasion, much as the first, ends inconclusively, and Caesar will not return to Britannia again.

Final considerations

Julius Caesar's Atlantic campaigns are amidst the earliest contacts of the Roman army with this ocean, particularly in the Northern region. The main source for these enterprises, *De Bello Gallico*, has some particularities that must necessarily imply an observation of Caesar's political and sociological interests in the depiction of war. However, it is a valuable resource both for understanding the army's flexibility in terms of Atlantic navigation, giving some insight into ship type variability and construction programs. Atlantic navigation is always depicted as a struggle for Caesar's armies, and although this may be exaggerated to underline courage and leadership, it also comes to show that the Atlantic, in the 1st century BCE, is still an unexplored place. Caesar, as the first Roman commander in Britannia, brings substantial geographic knowledge and insight, which changed the mental vision of the world map and possibly contributed to the subsequent Claudian campaigns.

Bibliography

- BILLOWS, R. (2009): *Julius Caesar. The Colossus of Rome*, Routledge, New York.
- BRADFORD, A. (2007): *Flying the Black Flag: A Brief History of Piracy*, Praeger, Westport / London.
- BUGALHÃO, J., LOURENÇO, S.(2011): «A Ocupação Romana da Ilha da Berlenga» *Revista Portuguesa de Arqueologia*, no. 14. <http://www.patrimoniocultural.gov.pt/media/uploads/revistaportuguesadearqueologia/10JACINTABUGALHAOSANDRALOURENCO.pdf> [Consulta: 14 apr. 2018].
- CABRERO PIQUERO, J., FERNÁNDEZ URIEL, P. (2005): «Política Belicista de César en Hispania», in MORENO HERNÁNDEZ, A. (Coord.): *Julio César. Textos, Contextos y Recepción. De la Roma Clásica al Mundo Actual*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, pp. 221-66.
- DANDO-COLLINS, S. (2002): *Caesar's Legion – the Epic Saga of Julius Caesar's Elite Tenth Legion and the Armies of Rome*, John Wiley & Sons, New York.
- DANTAS, D. (2020): *Mare Nostrum: Military History and Naval Power in Rome (2nd century BCE – 1st century CE)*. Tesis doctoral presentada en la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa.
- DART, C. J., VERVAET, F. (2011): «The significance of the Naval Triumph in Roman History (260-29 BCE).» *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, no. 176, pp. 267-80. [Consulta: 2 mar. 2016].
- DOTSON, J. (2008): «Everything is a Compromise: Mediterranean Ship Design, Thirteenth to Sixteenth Centuries», in BORK, R., KANN, A. (Eds.): *The Art, Science and Technology of Medieval Travel*, Ashgate, Aldershot, pp. 31-40.
- EATON, J. (2014): *An Archaeological History of Britain. Continuity and Change from Prehistory to the Present*, Pen & Sword Books, Barnsley.
- FILGUEIRAS, O.(1981; 2013): *Barcos de Portugal. Obras Seleccionadas de Octávio Lixa Filgueiras*, Museu Marítimo de Ílhavo, Ílhavo.
- FREEMAN, P. (2008): *Julius Caesar*, Simon & Schuster, New York / London / Toronto / Sydney.
- FURTES, C., CIBECCHINI, F., MIRALLES, J.(2013) : «El precio Bou Ferrer (La Vila Joiosa-Alicante). Nuevos datos sobre su cargamento y primeras evidencias de la arquitectura naval», in NIETO PRIETO, F. X., BETHENCOURT, M. (Coord.):

Arqueologia subacuática española: Actas del I congreso de Arqueologia Náutica y Subacuática Espanõla, Cartagena, 14, 15 y 15 de marzo de 2013, Editorial UCA, Cádiz, pp. 113-124.

GOLDSWORTHY, A.(2008): *César. A vida de um Colosso*, A Esfera dos Livros, Lisboa.

GRAINGE, G. (2002): *The Roman Channel Crossing of A.D.43. The constraints on Claudius's naval strategy*, BAR British Series, Oxford.

GRILLO, L.(2012): *The Art of Caesar's Bellum Civile. Literature, Ideology, and Community*, Cambridge University Press, Cambridge.

JOHNSTONE, P.(1989): *The Sea-Craft of Pre-History*, Routledge, London / New York.

LADWIG, M.(2014). *Rom – Die Antike Seerepublik. Untersuchungen zur Thalassokratie der res publica populi romani von den Anfängen bis zur Begründung des Principat*, Franz Steiner Verlag: Stuttgart.

MARSDEN, P. (1994): *Ships of the Port of London – First to Eleventh Centuries AD*, English Heritage, London.

MCGRAIL, S. (1987): *Ancient Boats in North-West Europe: The Archaeology of Water Transport to AD 1500*, Routledge, London / New York.

FULFORD, M., ALLEN, M. (2017): «Introduction: Population and the Dynamics of Change in Roman South-Eastern England», in BIRD, D. (Ed.): *Archaeology and Industry in South-Eastern Roman Britain*, Oxbow, Oxford, pp. 1-14.

SALWAY, P.(2013): *A History of Roman Britain*, Oxford University Press, Oxford / New York / Auckland.

TOUSSAINT-SAMAT, M. (2009): *A History of Food*, Wiley-Blackwell, Oxford.

UNIVERSITY OF LEICESTER (9th of November 2017): "First evidence for Julius Caesar's invasion of Britain discovered" [on-line]. <https://www2.le.ac.uk/offices/press/press-releases/2017/november/first-evidence-for-julius-caesars-invasion-of-britain-discovered> [Consulted: 20th March 2018]

UNIVERSITY OF LEICESTER (s.d.): "First evidence for Julius Caesar's invasion of Britain discovered" [on-line]. <https://www2.le.ac.uk/offices/press/press-releases/2017/november/first-evidence-for-julius-caesars-invasion-of-britain-discovered> [Consulted: 20th March 2018]

- WELCH, K.(2009). «Introduction», in WELCH, K. (Ed.): *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instrument*, The Classical Press of Wales, Swansea, pp. ix-xii.
- WELCH, K.(2009). «Caesar and his officers in the Gallic War Commentaries», in WELCH, K. (Ed.): *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instrument*, The Classical Press of Wales, Swansea, pp. 111-139.
- WISEMAN, T.P.(2009). «The Publication of *De Bello Gallico*», in WELCH, K. (Ed.): *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instrument*, The Classical Press of Wales, Swansea, pp. 11-45.
- YENNE, B. (2012): *Julius Caesar: Lessons in Leadership from the Great Conqueror*, Palgrave MacMillan, New York.

Sources

- CARY, E.(1914-1927): *Cassius Dio Cocceianus. Dio's Roman History*, Harvard University Press, New York.
- CARY, E., FOSTER, H.(1914): *Cassius Dio Cocceianus. Dio's Roman History*, William Heinemann / Harvard University Press, London / New York.
- HOLMES, T.(1914): *C. Julius Caesar. C. Iuli Commentarii Rerum in Gallia Gestarum VII A. Hirti Commentarius VII*, Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis, Oxford.
- MCDEVITTE, W.A.(1869): *C. Julius Caesar. Caesar's Gallic War*, Harper's Classical Library, New York.
- MENDELSSOHN, L. (1879): *Appian. The Foreign Wars*, Teubner, Leipzig.
- PERRIN, B. (1919): *Plutarch. Plutarch's Lives, with an English translation by Bernardotte Perrin*, Harvard University Press, William Heinemann, Cambridge MA, London.
- RAQUEL, V.(2004): *A Guerra das Gálias*, Sílabo, Lisboa.
- WATSON, J.(1899): *Sallust. The Jugurthine War*, Harper & Brothers, New York, London.
- WHITE, H.(1899): *Appian. The Foreign Wars*, The MacMillan Company, New York.

**CONTROL MILITAR DEL TERRITORIO DE CERDEÑA EN EL PERIODO
IMPERIAL. STATUS QUAESTIONIS A LA LUZ DE LOS ÚLTIMOS
DESCRUBIMIENTOS
MILITARY CONTROL OF THE TERRITORY OF SARDINIA IN THE
IMPERIAL PERIOD. STATUS QUAESTIONIS IN THE LIGHT OF THE
LATEST DISCOVERIES**

Jacopo Amedeo Conti

Università degli Studi di Cagliari

Resumen: Los descubrimientos realizados en Cerdeña en los últimos años permiten arrojar nueva luz sobre el tema nunca resuelto del control del territorio sardo durante el Alto Imperio, un período en el que la presencia militar romana, según las evidencias arqueológicas, comienza a disminuir drásticamente durante el siglo II d.C., y luego desaparece por completo hacia la mitad del próximo siglo. La presente contribución tratará, por lo tanto, de proporcionar una localización precisa, cuando sea posible, de las estructuras defensivas que deberían haber estado en Cerdeña.

Palabras clave: Ejército Romano, Cerdeña Romana, Fuertes Romanas, red de carreteras, control del territorio.

Abstract: The discoveries made in Sardinia in recent years enable to shed new light on the never solved issue of control of Sardinian territory during the High Empire, a period in which Roman military presence, according to archaeological evidence, drastically begins to decrease during the II century AD, and then disappears altogether by the half of the next century. The present contribution will try, therefore, to provide an accurate localization, where possible, of the defensive structures that should have been in Sardinia.

Keywords: Roman Army, Roman Sardinia, Roman forts, road network, territory control.

Lo studio della Sardegna nel periodo imperiale ha attirato da sempre l'attenzione e la curiosità di numerosi studiosi, portando alla pubblicazione di diverse opere che si assumevano l'arduo compito di cercare di ricostruire gli avvenimenti ivi accaduti e la situazione in cui versava l'isola in quel cruciale periodo storico. La conoscenza riguardo le modalità con le quali l'Autorità romana effettuava il controllo del territorio della *provincia Sardinia* nel corso del periodo imperiale, è andata arricchendosi, nel corso degli ultimi anni, di nuove ed importanti scoperte che hanno consentito di ampliare le conoscenze inerenti questo periodo storico.

Occorre, innanzitutto, compiere un breve preambolo inerente la fase repubblicana, periodo per il quale disponiamo di informazioni, ricavabili da diverse fonti letterarie ed

epigrafiche, di fondamentale importanza per cercare di comprendere alcuni sviluppi occorsi, successivamente, in epoca imperiale.

Una breve introduzione: la fase repubblicana

La Sardegna divenne un possedimento romano a partire dal 238 a.C. (Cfr. Meloni, 2012, pp. 48-53), o secondo alcuni studiosi nell'anno successivo (Mastino, 2005, p. 66), e da subito questa nuova dominazione fu caratterizzata da diverse rivolte che videro alcune popolazioni autoctone opporsi alle forze romane. Stando ai resoconti forniti da diversi storiografi, di cui giova ricordare soprattutto Zonara e Tito Livio per l'importanza delle informazioni fornite (Zonar. VIII, 18-19; Liv. XXIII, 40, 1-12; 32, 10-11; 41, 1-7; XL 19, 6 ss.; 34, 13; XLI 6, 5-7; 12, 4-6; 15, 6-7; 17, 1 ss.; 28, 8-10), questi *populi* vengono menzionati con i nomi di *Corsi*, *Iliensi* e *Bàlari* e furono protagonisti di atti di rivolta per la quasi totalità del periodo repubblicano, costringendo spesso Roma ad importanti interventi militari sull'isola tramite l'invio di uno o più contingenti legionari al comando, all'occorrenza, di un pretore o di un console (Mastino, 2005, pp. 93-100).

Plinio il Vecchio, nella sua *formula provinciae* (Plin. H.N. III, 7, 85), descrivibile come un sintetico elenco di popoli e città della Sardegna romana, fornisce ulteriori e preziose informazioni, inserendo questi tre *populi* tra quelli che non sono in possesso di una adeguata e ben strutturata organizzazione urbana.

Benché si sia a conoscenza di altre popolazioni rurali indigene (Bonello Lai, 1993b, pp. 157-184), quelle dei *Corsi*, degli *Iliensi* e dei *Bàlari* sono le uniche espressamente ricordate dalle fonti in riferimento ad attività belliche anti-romane. Sulla loro localizzazione all'interno del territorio sardo si sono susseguite, nel corso degli anni, numerose ricostruzioni, senza mai condurre ad un risultato esauriente (Lungo e complesso il dibattito che vide protagonisti soprattutto gli *Ilienses*, per cui vid. Mastino, Ruggeri, 2000, pp. 152-154; Meloni 2012, pp. 68; 73). Peculiare risulta, inoltre, l'ipotesi formulata diversi anni or sono da Giovanni Lilliu, secondo il quale queste popolazioni sarebbero rimaste estranee alle turbolenze culturali di matrice romana (Lilliu, 2002, pp. 73-75; 225-237; Lilliu, 2003, pp. 481-485; 549-557. Di parere contrario a questa ricostruzione è Alfonso Stiglitz per cui si veda (Stiglitz, 2010). Inoltre, recenti scoperte effettuate sul campo stanno apportando nuovi e significativi dati (Vid. Delussu, 2008; 2009).

Gli studi e le scoperte che si sono susseguite nel corso degli anni, aiutano a gettare una nuova e definitiva luce per risolvere queste problematiche.

Infatti, il rinvenimento di due epigrafi riconducibili a dei cippi di confine, o *termini*, utilizzati dalle autorità romane per delimitare il limite tra due fondi, ha permesso di poter individuare nella Sardegna settentrionale le sedi di due delle tre popolazioni ricordate dalle fonti, gli *Iliensi* e i *Bàlari* (fig. 1). I primi, ricordati in un documento epigrafico datato al I secolo d.C. rinvenuto nella Sardegna nord-occidentale (Gasperini, 1992, pp. 303-6; Mastino, 1993, pp. 498-510; Bonello Lai, 1993b, pp. 161-3), dovevano trovare la loro collocazione su rilievi montuosi della catena del Marghine fino alle sue propaggini meridionali (fig. 3), mentre i secondi, menzionati su una iscrizione datata tra il 19 ed il 67 d.C. rinvenuta nella porzione nord-orientale dell'isola (fig. 4), dovevano trovarsi in quei territori montuosi che hanno il loro culmine nel massiccio nel Monte Limbara (Sotgiu, 1988, p. 598, B 83 e tav. XI; Gasperini, 1992, pp. 292-297; Bonello Lai, 1993b, pp. 159-161).

È interessante notare come l'epigrafe menzionante gli *Iliensi* sia stata incisa sull'architrave di un nuraghe, una tipologia architettonica di cui la stessa iscrizione ne riporta per la prima volta la trascrizione (*NURAC*), a testimonianza di una ennesima e nuova modalità attraverso cui i Romani riutilizzarono questo tipo di monumenti che caratterizzano e rendono unico il territorio della Sardegna.

Riguardo la terza popolazione menzionata nelle fonti, quella dei *Corsi*, gli studiosi tendono a collocare all'unanimità le loro sedi nella attuale regione della Gallura, alle massime propaggini settentrionali dell'isola, in virtù di una certa continuità mostrata dagli autori antichi, tra cui anche il geografo Claudio Tolomeo (Ptol. *Geog.* III, 3,6), a collocare questa popolazione in quello specifico ambito territoriale (Bonello Lai, 1993b, pp. 158-9; Meloni, 2012, pp. 57-8).

L'utilizzo di altri cippi di confine, contemporanei o di poco precedenti a quelli utilizzati per gli *Iliensi* ed i *Bàlari*, doveva costituire la base per una più vasta opera di centuriazione del territorio a partire almeno dalla fine del II secolo a.C., come testimoniarebbe la famosa Tavola di Esterzili (Bonello Lai, 1993a, pp. 49-61; Boninu, 1993, pp. 63-77). Nel testo epigrafico, conservato su di una tavola bronzea, si fa menzione a delle disposizioni prese da un Metello, da identificarsi, probabilmente, con Quinto Cecilio Metello, presente sull'isola tra il 115 e il 111 a.C., in merito alla delimitazione dei confini tra due popolazioni, i *Galillenses*, popolazione autoctona, e i *Patulcenses Campani*, coloni di origine italica. Questo intervento, probabilmente, non solo doveva imporre una più rigida sorveglianza su quelle popolazioni che si erano rivelate

particolarmente ostili nei confronti di Roma, ma aveva anche l'obiettivo di modificare la strategia del controllo del territorio, sino a quel momento basata esclusivamente sulla repressione militare (Roppa, 2013, p. 29), e consentire un miglior sfruttamento delle risorse che il suolo e il sottosuolo sardo potevano garantire (Agus, 1990, pp. 447-56; Le Bohec, 1992, pp. 255-64; Massimetti, 2002, pp. 1111-6; Meloni, 2012, pp. 126-30; 147-8).

A fronte di una discreta mole di informazioni inerenti attività belliche svoltesi sull'isola, spesso limitate ad uno scarso resoconto delle campagne militari, nonché di una documentazione epigrafica che si fa via via più consistente che testimonia la profonda opera di adattamento agli usi romani dell'orizzonte agricolo sardo, poco o nulla possediamo riguardo le modalità con cui le autorità romane attuarono un controllo militare del territorio dell'isola.

È noto che a partire almeno dal II secolo a.C., i pretori che avevano in carico l'amministrazione di una provincia avevano a disposizione un contingente militare composto da ausiliari, sprovvisti della cittadinanza romana, più alcune centinaia di cavalieri (Ibba, 2005, p. 393), per poter provvedere ad operazioni di polizia, ma le informazioni disponibili riguardo la presenza di questo tipo di reparti in Sardegna in questa fase si limitano ad un passo di Cicerone (*Cic. Prov. Cons.* 7,15) in cui l'avvocato arpinate, parlando in maniera polemica della spedizione militare compiuta da Tito Albucio nel 104 a.C., allude al fatto che in Sardegna fosse presente una sola coorte di ausiliari, molto poco per tentare di ricostruire l'effettiva organizzazione militare che ebbe l'isola in questo periodo.

Si può, tuttavia, affermare con una certa sicurezza che queste forze, da sole, non dovevano essere sufficienti ad affrontare rivolte di grande respiro, se costantemente, per gran parte del periodo repubblicano, dovettero essere inviati contingenti legionari per porre fine a diversi tumulti. Di questi interventi militari, che spesso condussero alcuni comandanti verso l'ottenimento del trionfo da parte del Senato (Degrassi, 1947, pp. 76-85), gli unici riferimenti riguardo la presenza di *castra* o più in generale di strutture a carattere militare nel territorio sardo, sembrano limitati ad alcuni passi dell'opera di Livio, in riferimento alle spedizioni condotte dai Romani contro gli *Iliensi* e i *Bàlari* (Liv. XLI 12, 5-6). Tuttavia è assai probabile che queste strutture vadano riferite ad accampamenti provvisori costruiti in occasione delle diverse esigenze belliche (Zucca, 1988, p. 360. Vid. Cascarino, 2010, pp. 12-14; Cascarino, 2016, p. 153), mentre dal registro archeologico

non proviene alcuna testimonianza circa l'esistenza di accampamenti semipermanenti (*stativa*) o stagionali (*stativa aestiva* o *hiberna*) utilizzati in questo particolare periodo storico.

Quest'ultimo dato potrebbe essere spiegato con la peculiare struttura che le forze armate possedevano prima della riforma mariana del 104 a.C., ossia una organizzazione censitaria (Gabba, 1973, pp. 1-45; Gabba, 1990, pp. 691-5; Goldsworthy, 2008, pp. 46-9; Milan, 2014, pp. 67-78) e una conseguente necessità di consentire a quanti prestavano servizio militare, provenienti, soprattutto, dalla V ed ultima classe di censo, di poter fare ritorno il prima possibile ai propri possedimenti in tempo utile per provvedere ad una loro adeguata gestione (Cfr. Milan, 2014, p. 61; Cascarino, 2016, p. 167), il che precludeva una loro permanenza prolungata sotto le armi. Questa organizzazione delle forze armate mal si conciliava con l'esigenza sempre più pressante, dovuta alle continue conquiste compiute da Roma nel bacino del Mediterraneo, di mantenere anche per diversi anni dei contingenti militari in teatri operativi ormai sempre più lontani (Hoyos, 2007, pp. 63-76). A ciò, si aggiunga il fatto che in occasione degli interventi legionari in Sardegna, è possibile che le autorità romane volontariamente non abbiano operato la costruzione di fortificazioni, forse talvolta sfruttando alloggi occasionali messi a disposizione da città alleate, come parrebbe testimoniato da un passo di Tito Livio (Liv. XLI 12, 6), attuando al contempo una tattica aggressiva nel tentativo di portare a termine nel minor tempo possibile queste campagne militari.

In questo quadro la Sardegna, forse anche per la sua natura insulare, poteva rientrare nel novero di quei territori difficili da presidiare in mancanza di forze militari sufficienti, avendo come effetto inevitabile le ricorrenti rivolte compiute da popolazioni autoctone e, di contro, i ripetuti atti di repressione a cui i magistrati che ebbero in carico la gestione dell'Isola, talvolta con incarichi straordinari, dovettero ricorrere per riportare l'ordine.

Le fonti, letterarie ed epigrafiche, ricordano altre sommosse, o più verosimilmente atti di brigantaggio (Mastino, 2005, p. 99), scoppiate in Sardegna nel 6 (Dio.Cass. LV, 28, 1), nel 19 (Tac. *Ann.*, II, 85, 5; Svet. *Tib.*, XXXVI, 1; J. A.J., XVIII, 63-64) e nel 69 d.C. (Meloni, 1958, pp. 187-190, nr. 7-9; Boninu, 1993, p. 67), le quali, tuttavia, si inquadrano in un periodo in cui sia l'assetto statale che quello militare subirono profonde modifiche.

Il controllo del territorio a partire dal Principato augusteo

Al termine di un lungo periodo di guerre intestine, che condizionarono la scena politica dell'ultimo secolo della Repubblica, Ottaviano, divenuto Augusto nel 27 a.C. (Eck, 2007, pp. 55-7; Eich, 2016, pp. 5-8), riuscì ad operare un rinnovamento dell'apparato statale che culminò nella divisione delle province in non pacificate, che ricadevano sotto la diretta giurisdizione del nuovo Augusto e che necessitavano di una presenza militare costante, e in *pacatae*, che, invece, furono affidate al Senato (Dio. Cass. LIII, 12,40 ss. Cfr. Eck, 2007, pp. 95-98; Eich, 2016, pp. 8-12). Tra di esse, venne inizialmente inserita anche la Sardegna (Mastino, 2005, pp. 125-127). Parallelamente a questa operazione, venne portato a termine anche il processo di trasformazione dell'esercito romano in senso professionale, perfezionandolo. Così come per le unità d'élite, le legioni (In generale vid. Gabba, 1978, pp. 217-25; Goldsworthy, 2008; Fields, 2009; Le Bohec, 2012, pp. 27-90; Milan, 2014, pp. 103-132), anche unità di minor prestigio, come le unità ausiliarie (Vid. Saddington, 1975; Holder, 1980; Saddington, 1982. Sulle *cohortes equitatae* vid. Davies, 1971, pp. 751-63), oltre a continuare a costituire forze di appoggio all'azione tattica delle legioni in alcuni scenari bellici (Cascarino, 2016, pp. 85-6), a partire da questo periodo divennero truppe regolarmente inserite all'interno del sistema militare romano ed iniziarono a godere di maggiore autonomia, andando a costituire, in alcuni territori, l'unica forza di guarnigione (Le Bohec, 2012, p. 34; Milan, 2014, p. 114).

Un esempio di questa nuova organizzazione è costituito proprio dalla Sardegna, in cui, per tutta l'età imperiale sono attestate, grazie alle informazioni fornite dalla documentazione epigrafica, esclusivamente unità ausiliarie che avevano il compito di presidiare il territorio e, probabilmente, di svolgere compiti di polizia contro eventuali atti di brigantaggio.

Per svolgere questi compiti, risulta imprescindibile la creazione di una adeguata rete stradale, comprensiva di *diverticula*, ossia strade secondarie, per consentire non solo un rapido spostamento di persone e merci verso i centri costieri più importanti dell'isola, ma anche degli stessi reparti militari (Mastino, 2005, pp. 333-392). Queste vie di comunicazione dovevano essere già esistenti, almeno per alcuni tratti, nel periodo repubblicano, come parrebbe testimoniato da un miliario rivenuto a Cuglieri (Sardegna nord-occidentale) datato alla fine del II secolo a.C. (Corda y Mastino, 2007, pp. 277-314), risultano ben documentate solo a partire dall'età imperiale, grazie al rinvenimento di

numerosi miliari, i quali vanno ad arricchire il quadro di denominazioni e di direttrici fornitoci da geografi e fonti letterarie.

Il contributo imprescindibile apportato dalla documentazione epigrafica, che si sta facendo via via sempre più consistente, consente di arricchire le conoscenze riguardo le forze ausiliarie stanziato nell'isola in questo periodo, benché permangano, ancora oggi, notevoli dubbi sui luoghi di guarnigione di molti di questi reparti.

Infatti, a fronte di un elevato numero di unità ausiliarie note, che coprono un arco temporale che va dal I al III secolo d.C., allo stato attuale delle ricerche disponiamo solo di due rilevanze archeologiche riconducibili a delle strutture difensive utilizzate dalle autorità romane per presidiare il territorio sardo. Il primo di questi venne portato alla luce in seguito ad attività di scavo condotte negli anni '90 del secolo scorso a Nostra Signora di Castro, nei pressi del moderno centro di Oschiri (Mastino *et alii*, 2004, pp. 77-97), nei cui confronti viene proposta l'assimilazione con i poleonimi, a probabile vocazione militare, di *Luguido* o *Luguidonis c[astra]* ricordati dall'*Itinerarium Antonini* e quello di *Castra Felicia* menzionato dall'Anonimo Ravennate (Mastino *et alii*, 2004, pp. 77-78). Situato nella Sardegna Settentrionale, questo presidio occupa la sommità di un rilievo granitico tabulare con una spiccata valenza strategica, essendo aperta al controllo dei territori che si estendono verso le asperità del Meilogu ad occidente e verso le pendici del Monte Limbara a nord e ad est, avendo, inoltre, la possibilità di poter contare sulla protezione del Lago Coghinas ad ovest. Il rapido spostamento delle forze militari era garantito dalla vicinanza del *castrum* al compendio che doveva staccarsi dalla *Karalibus Turrem*, importante arteria stradale che doveva collegare i centri di *Turris Libisonis* e *Karales*, per condurre all'importante centro della costa orientale di Olbia, attraversando le regioni del Monteacuto e della Gallura (Mastino, 2005, pp. 369-372). Dall'accampamento vi era la possibilità di poter accedere ad altre importanti vie di comunicazione che conducevano verso il centro costiero di *Portus Tibula*, a Nord, o verso gli insediamenti ed i territori dell'interno, attraverso la cosiddetta *aliud iter ab Ulbia Caralis* (fig. 2).

Il sito di *Luguidonis castra* presenta una spessa cinta muraria con messa in opera a telaio (*opus africanum*), con piedritti in granito e pietrame di piccole e medie dimensioni misto a calce a rintuzzare gli spazi tra di essi, che percorre l'intero perimetro del rilievo tabulare (fig. 5; Mastino *et alii*, 2004, p. 93). Il pendio sud-orientale presenta una serie di terrazzamenti artificiali, già individuati nell'800, mentre il lato nord-occidentale sembra

essere caratterizzato dalla presenza di un bastione che fuoriesce dal percorso delle mura. Una serie di elementi, tra i quali due allettamenti per cardini e basoli con tracce delle carraie, hanno permesso di individuare, lungo il versante settentrionale, uno degli ingressi al *castrum*, dotato, probabilmente di una torre di protezione (fig. 6; Mastino *et alii*, 2004, p. 94). Infine, a completare il quadro dei dati disponibili sino a questo momento, una postierla sarebbe stata rinvenuta lungo il lato sud-orientale.

All'interno del circuito murario sono state rinvenute diverse strutture riconducibili ad un complesso termale, collocato a ridosso dell'ingresso settentrionale, e degli *horrea*, nella porzione centrale del colle, questi ultimi fondamentali per il rifornimento annonario delle truppe (Mastino *et alii*, 2004, pp. 95-96). A queste evidenze, si aggiunge la presenza di un nuraghe, situato nell'angolo sud-occidentale del rilievo granitico, che attesta l'utilizzo dell'area già nell'Età del Bronzo (Mastino *et alii*, 2004, p. 93). A settentrione dell'altura, si colloca la necropoli di riferimento di questo presidio, che documenta sepolture che vanno dal periodo alto-imperiale a quello tardo-imperiale (Mastino *et alii*, 2004, pp. 96-97). Sul versante opposto, lungo il pendio meridionale, tra le mura e la riva del fiume Coghinas, doveva essere posizionato l'abitato, a carattere civile, di *Luguido*. In quest'area sono stati rinvenuti numerosi frammenti ceramici e dei lacerti murari, ma manca, purtroppo, il supporto di una adeguata ricerca archeologica (Mastino *et alii*, 2004, p. 95).

La datazione di impianto di questo complesso, stando a dati stratigrafici, dovrebbe potersi collocare nell'ambito del periodo alto-imperiale, tra l'età augustea e quella claudia (Mastino *et alii*, 2004, p. 84), mentre numerosi reperti rinvenuti nel corso dell'attività di scavo, sembrerebbero dimostrare una continuità di vita del sito almeno sino al VII secolo d.C. (Mastino *et alii*, 2004, p. 97).

Grazie alla documentazione epigrafica, in particolare funeraria, sappiamo che in questo presidio, nel corso dell'età alto-imperiale, era di stanza una *cohors Aquitanorum*.

Uno di questi reperti, datato alla prima metà del I secolo d.C., venne rinvenuto nella necropoli collocata in prossimità dell'accampamento e ricorda Rufo Valentino, figlio di tale *Tabusus*, forse di origine tracia, che morì all'età di trent'anni, di cui undici passati sotto le armi, che venne sepolto dal suo compagno d'armi, *Spedius* (Le Bohec, 1990, p. 108, núm. 3; Mastino *et alii*, 2004, p. 83).

Altre due iscrizioni provengono da una necropoli rinvenuta nella vicina località di Ischia Cunnada, area funeraria da riferirsi, probabilmente, ad un insediamento minore in cui i

due veterani ricordati dalle epigrafi si ritirarono dopo aver concluso il loro servizio militare (Mastino *et alii*, 2004, p. 81). Il primo epitafio, datato tra il regno di Tiberio e quello di Claudio, ricorda T. Giulio Capitone, deceduto a 65 anni e iscritto nella tribù Fabia (Mastino *et alii*, 2004, p. 83), il secondo, della metà del I secolo d.C., menziona Silone, figlio di Terenzio, morto a sessant'anni dopo aver prestato servizio per 35 anni (Mastino *et alii*, 2004, p. 83).

Le località di rinvenimento di altre due iscrizioni funerarie, rispettivamente Bitti (Le Bohec, 1990, p. 108, núm. 4), in provincia di Nùoro, e Ardara (Piras, 2004, pp. 1543-1555), a circa 25 km a sud-ovest di Oschiri, che ricordano soldati deceduti in servizio, avvalorerebbe l'ipotesi che la *cohors III Aquitanorum* fosse una unità ausiliaria *equitata* per poter consentire il controllo su una porzione di territorio più estesa.

Dallo stesso territorio di Ardara recenti indagini archeologiche hanno riportato alla luce un secondo presidio militare appartenente alla stessa *cohors Aquitanorum*, forse qui stanziata con parte degli effettivi (Lopez, 2012, pp. 2719-2733). In località San Pietro, su di un rilievo tabulare calcareo che si erge per 332 metri s.l.m., sono stati rinvenuti diversi lacerti murari attribuibili a strutture complesse, di cui nessuno ha conservato una planimetria completa, e una spessa cortina muraria che presumibilmente doveva svolgere la funzione di muro difensivo a protezione dell'accesso all'altopiano dal versante sud, lato maggiormente esposto ad un possibile attacco nemico (Lopez, 2012, pp. 2719-2720). I muri, di differenti spessori, sono stati realizzati mediante la medesima tecnica costruttiva, utilizzando un doppio paramento legato da malta di fango (Lopez, 2012, p. 2725).

Il carattere prettamente militare del complesso sarebbe, tuttavia, confermato soprattutto da diverse attestazioni materiali, quali fibule delle tipologie Feugère 14b3 e Feugère 22b1augustea (figs. 7-8), la cui diffusione viene attribuita proprio ad un loro utilizzo da parte di reparti militari, rinvenute contestualmente a reperti riconducibili ad armi di offesa e di difesa (Lopez, 2012, pp. 2729-2731).

Le stesse fibule, offrono dei termini cronologici molto interessanti, essendo datate le prime tra il 20-10 a.C. e l'età flavia e le seconde tra il 20-10 a.C. e il regno di Tiberio, che hanno consentito all'archeologa Giuseppa Lopez, che diresse le campagne di scavo, di ipotizzare la realizzazione del complesso militare già a partire dalla fine del I secolo a.C. per poi protrarsi, con una probabile modifica nella destinazione d'uso, sino ai primi anni del II secolo d.C. Questa cronologia ben si adatta alla fase in cui la coorte composta da

Aquitani fu di stanza in Sardegna prima di essere dislocata nella *Germania Superior* entro il 74 d.C., anno in cui questo reparto militare viene ricordato in un diploma militare tra quelli stanziati nella provincia di cui sopra (Le Bohec, 1990, p. 24; Ibba 2005, p. 396; Meloni 2012, p. 223).

In entrambi i presidi appena analizzati, le strutture sono state realizzate mediante l'utilizzo di materiale litico. Data l'abbondanza di tale materiale nei dintorni di entrambi i siti, sembra possibile supporre che ciò abbia potuto costituire un fattore determinante nella decisione di erigere da subito questi complessi militari mediante murature in pietrame, benché al momento non si possa ancora escludere l'ipotesi dell'esistenza di un originario impianto composto da strutture lignee e terra battuta (Le Bohec, 1990, p. 78; Mastino *et alii*, 2004, p. 84; Campbell, 2009, pp. 34-35).

Si può, inoltre, constatare come questi due accampamenti vadano ad occupare un posto di prim'ordine all'interno dello scacchiere strategico sardo in quanto prospicienti le aree in cui dovevano essere stanziate le popolazioni autoctone dei *Bàlari* e dei *Corsi* a nord e risultando non distante dalle sedi in cui dovevano trovarsi gli *Iliensi*, a sud, a cui potevano facilmente accedere grazie alla vasta rete di strade e *diverticula* di cui i romani dotarono questa porzione dell'isola fin dai primi anni dell'Impero. Nondimeno, sembrerebbe possibile supporre, in base alle datazioni fornite dalla documentazione epigrafica, che in occasione dei moti del 6 d.C., forse nuovamente contro i *Bàlari* e gli *Iliensi* come già accaduto nell'età repubblicana, che costrinsero Augusto a prendere in carico la gestione dell'isola, la *cohors Aquitanorum* fosse già stanziata in Sardegna o vi venisse introdotta in tale occasione per adempiere ad un più stretto controllo di questo areale geografico. Stando alle datazioni sinora disponibili, si potrebbe, inoltre, supporre che nella medesima occasione venisse creato anche il *castrum* di Ardara, piuttosto che ipotizzare una sua fondazione al tramonto del primo secolo a.C., forse in connessione con l'esigenza di difendere da questi atti di brigantaggio il fertile retroterra della colonia di *Turris Libisonis*.

A seguito di questo primo intervento sull'isola, protrattosi sino al 9 d.C., vi fu una nuova insurrezione nel 19, anno in cui le fonti ricordano l'invio da parte di Tiberio di 4000 liberti di religione giudaica ed egiziana per rinforzare i reparti militari stanziati sull'isola (Mastino, 2005, pp. 126-127).

Unitamente a questi fatti d'arme, risulta interessante constatare come il termine cronologico più basso, quello del 19 d.C., solitamente fornito per il *terminus* dei *Bàlari* precedentemente ricordato, si collochi nel medesimo anno di quest'ultimo intervento

militare, il che potrebbe consentire di ipotizzare che l'opera di fissazione dei confini dei territori di questa popolazione autoctona possa aver costituito uno degli esiti finali di quell'azione bellica (Bonello Lai, 1993b, p. 164).

A sostituzione della coorte di Aquitani, venne trasferita a *Lugido*, come parrebbe testimoniato da una iscrizione funeraria rinvenuta a Tula, non distante da Nostra Signora di Castro (Ruggeri, 1994b, pp. 193-196), una *cohors Ligurum*, forse dotata delle medesime caratteristiche. Questa unità, forse originariamente stanziata ad Olbia, risulta attestata a partire almeno dal 55 d.C., anno a cui si può datare una iscrizione funeraria in cui, tra i dedicatari, si menziona Claudio Eutichio, liberto di Atte, la famosa concubina di Nerone che aveva in Sardegna cospicue proprietà proprio nel retroterra olbiese (Mastino, 2005, pp. 129-137). Nel medesimo documento epigrafico è ricordato Gaio Cassio Blesiano, decurione di una coorte di Liguri e *princeps equitum*, titolo, quest'ultimo che lascia dubbi sul ruolo svolto da questo personaggio, forse al comando di un distaccamento nella stessa città di Olbia (Ibba, 2005, pp. 396-397).

Una terza iscrizione, rinvenuta a Ruinas, in provincia di Oristano, presenta uno specchio epigrafico fortemente danneggiato da cui è possibile dedurre che si tratti di un epitafio di un militare appartenente alla suddetta coorte (Mastino y Zucca, 2014, pp. 383-410). Tuttavia non sappiamo se il personaggio ivi menzionato fosse un veterano o un soldato morto in servizio, con tutte le differenze di interpretazione che questo dato produrrebbe. Nondimeno non si deve dimenticare che la coorte di Liguri era probabilmente una unità *equitata*, connotazione che potrebbe eventualmente spiegare, qualora si dimostrasse che il soldato morto a Ruinas fosse stato ancora in servizio, una tale distanza dai presunti luoghi di guarnigione di questo reparto militare.

Queste appena descritte, sono le uniche due rilevanze archeologiche riconducibili ad accampamenti militari finora noti in Sardegna. Per altre unità militari, incontriamo maggiori difficoltà nel riuscire a fornire una adeguata collocazione all'interno della Sardegna.

Per la prima metà del I secolo d.C., contestualmente alla coorte di Aquitani, siamo a conoscenza della presenza sull'isola di altre due unità militari: la *cohors Corsorum* e la *cohors Lusitanorum*. Per il primo reparto, non si possiedono, al momento, altre testimonianze fatta eccezione per una epigrafe rinvenuta a Palestrina, antica *Preneste*, nel Lazio, e menzionante Giulio Sesto Rufo, personaggio trattenuto in servizio oltre il periodo di attività (*evocatus*) (vid. Birley, 1981), che doveva ricoprire simultaneamente il

comando della coorte, la cui consistenza numerica è solo ipotizzabile (Porrà, 2014, p. 226), e la prefettura delle popolazioni (*civitates*) collocate nella *Barbaria* in Sardegna (*praefectus civitatum Barbariae*) (Meloni, 1958, pp. 18; 78; 272, núm. 104), ruolo, quest'ultimo, forse riconducibile ad attività che dovevano rientrare nella sfera amministrativa e di riorganizzazione del territorio (Mayer, 2009, pp. 45; 48-50).

Il testo di un'epigrafe datata al regno di Tiberio, rinvenuta presso Fordongianus, l'antica *Forum Traiani*, nella Sardegna centrale, in cui alcune popolazioni dell'isola vengono denominate genericamente *civitates barbariae* (Meloni, 1958, pp. 15; 20; 184, núm. 3; Mayer, 2009, pp. 45-46), ha fatto supporre a diversi studiosi, data la somiglianza con la dicitura del testo prenestino, di collocare la guarnigione della coorte composta da Corsi nelle vicinanze di Fordongianus o al suo interno e conseguentemente di individuare le aree di pertinenza di queste popolazioni, non meglio identificate, nei territori antistanti il medesimo insediamento (Le Bohec, 1990, pp. 27-28; 71; Ibba, 2005, p. 395; Porrà, 2014, p. 226). Un'altra epigrafe funeraria, rinvenuta a Fordongianus e datata al I secolo d.C., menziona un soldato morto dopo soli tre anni di servizio, dunque probabilmente in attività, ma la sua unità di appartenenza risulta purtroppo mancante (IBBA, 2006, p. 15). Questo documento, ieri come oggi, allo stato attuale della ricerca archeologica, concorre ad instillare il dubbio sulla presenza di questo reparto militare in questo areale geografico.

Maggiori dubbi avvolgono la VII coorte di Lusitani, reparto ricordato, ancora una volta, da un unico reperto epigrafico rinvenuto in una necropoli nei pressi di Aùstis, nella Sardegna centrale (Le Bohec, 1990, pp. 30; 109-110, núm. 7; Ruggeri, 1994a, pp. 159-169). Questo reperto menziona un trombettiere, tale *Isasus* (o *Ubasus*) *Chilonis*, morto a 50 dopo 31 anni di servizio nella suddetta coorte, dunque probabilmente un veterano. Anche in questo, risultano completamente assenti ulteriori testimonianze archeologiche.

Dalla medesima area funeraria, proviene un altro epitafio in cui uno dei nomi ricordati, *Caturo*, è stato messo in relazione con una sua probabile origine lusitana (Zucca, 2005, p. 312-314; Porrà, 2014, pp. 226-227), così come medesima origine è stata supposta per la divinità *Atecina Turobrigensis*, il cui culto, testimoniato dalla dedica effettuata da tale *Serbulus* (Sotgiu 1988, p. 607, C 1), doveva essere attestato nella vicina Fordongianus e il cui santuario più importante sarebbe situato proprio in Lusitania (Zucca, 2005, pp. 331-332).

Se queste evidenze sembrano testimoniare la presenza di elementi lusitani su suolo sardo e, probabilmente, anche di una unità militare da essi composti, risulta tuttavia

azzardato attribuire ad Àustis il ruolo di guarnigione di tale reparto militare sulla base di elementi fortemente aleatori.

Per la seconda metà del I secolo d.C. e l'inizio del successivo, tre diplomi militari, rinvenuti a Sorgono (Le Bohec, 1990, p. 112, núm. 15), Dorgali (Le Bohec, 1990, pp. 112-113, núm. 16) e Posada (Sanciu *et alii*, 2013, pp. 301-306), datati tra l'88 ed il 102 d.C., attestano lo stanziamento in Sardegna di due unità ausiliarie *geminae*, ossia costituite dalla fusione di unità militari preesistenti, la *cohors I gemina Sardorum et Corsorum* e la *cohors II gemina Ligurum et Corsorum*. Le circostanze che portarono alla formazione di queste unità militari, caratterizzate da un numero progressivo che farebbe ipotizzare una loro costituzione simultanea, sono ancora sconosciute, tuttavia il termine cronologico del regno di Nerone come limite per la costituzione di questi reparti, porta a supporre che nell'88 d.C. i membri di questa unità avessero già raggiunto i venticinque anni di servizio sufficienti per ottenere il congedo. Basandoci su quanto detto segue l'ipotesi che la primitiva costituzione di una coorte di Sardi abbia avuto luogo entro la fine dell'età giulio-claudia (Ibba, 2005, p. 397; Porrà, 2008, p. 83-93) o al massimo entro il 69 d.C., anno di grave crisi per l'Impero romano (Le Bohec, 1990, p. 33; Zucca, 2009, p. 70).

Anche di queste unità *geminae*, non si possiedono ulteriori testimonianze provenienti dal registro archeologico, permettendo solo di dedurre che in un periodo compreso tra l'88 e il 102 d.C., la Sardegna fosse sorvegliata esclusivamente da questi due reparti.

Dopo il 102 d.C. non si ha più alcuna menzione delle unità su citate, mentre la *cohors Sardorum*, conosciuta anche come *cohors I* o *praetoria Sardorum* (Le Bohec, 1990, pp. 34-35), risulta attestata nell'isola da sei epitafi e da alcuni bolli su tegole con riportano la sigla abbreviata del suddetto reparto militare (Le Bohec, 1990, pp. 110-112, núms. 8-14), databili al II secolo d.C. (Ibba, 2005, p. 397; Porrà, 2008, pp. 86-88). La localizzazione della sede di quest'ultima unità militare risulta ancora sconosciuta ma è stato ipotizzato, sulla base dei luoghi di rinvenimento di alcune epigrafi, che potesse risiedere nei pressi di Cagliari, capoluogo della provincia *Sardinia*, agli ordini diretti del governatore (Le Bohec, 1990, p. 35; Ibba, 2005, pp. 397-398).

Ulteriori documenti epigrafici sono stati rinvenuti nel territorio di Fluminimaggiore, nelle località di Grugua e Campixeddus, lungo la costa sud-occidentale della Sardegna (Le Bohec, 1990, pp. 111-112, núms. 11-12). Questo specifico ambito geografico, in cui presumibilmente doveva trovare posto il sito di *Metalla* ricordato dall'Itinerario

Antonino, risulta ricco di risorse minerarie che dovevano essere confluite, al pari di altre aree minerarie dell'Impero, all'interno delle proprietà private dell'imperatore (Mastino y Zucca, 2007, pp. 101-106). In via ipotetica, anche sulla scorta di studi compiuti da noti studiosi, si potrebbe ipotizzare che a protezione delle suddette proprietà imperiali, venisse distaccato un piccolo contingente appartenente a questa unità per provvedere ad una loro adeguata protezione (Le Bohec, 1990, pp. 76-77).

Qualora fosse accertato, inoltre, che la *cohors Sardorum* fosse un'unità *equitata*, questo potrebbe avvalorare l'ipotesi di una supervisione su un vasto territorio che probabilmente poteva raggiungere le aree interne della Sardegna. A questo proposito un epitafio, rinvenuto nel centro di Asuni, in provincia di Oristano, ricorda un Marco Giulio Potito, centurione della *cohors praetoriae Sardorum* (Le Bohec, 1990, p. 111, núm. 13).

Infine, i bolli su tegola precedentemente menzionati, rinvenuti a Oristano e a Oschiri (Le Bohec, 1990, p. 112, núm. 14), potrebbero suggerire l'impiego di questo reparto militare anche per svolgere operazioni edilizie di incerta natura, procedimento, comunque, che non risulterebbe estraneo al mondo militare romano (Le Bohec, 2012, pp. 144-145).

La più tarda attestazione di un reparto di fanteria in Sardegna è contenuta in un cippo votivo rinvenuto sempre a Fordongianus (*Forum Traiani*), datato al 211-212 d.C., che ricorda un [---]ianus, effettivo di una non meglio identificata *cohors II* (Bacco, Serra, 1998, p. 1244, nota 101). Da questo documento si può dedurre esclusivamente, con tutte le cautele del caso, che in questo areale geografico fosse presente un reparto militare.

Dopo il 212, le fonti diventano inspiegabilmente mute sulla permanenza di soldati in Sardegna. Gli unici riferimenti parrebbero contenuti solo nelle passioni dei martiri sardi che ricordano la presenza, per l'appunto, di *milites* e *palatini* (Ibba, 2005, pp. 400-401).

Lo status di presidi militari di cui godevano in ambito accademico gli antichi centri di *Biora*, attuale Serri (Lilliu, 1947, pp. 81-82; Zucca, 1988, pp. 367-368; Le Bohec, 1990, p. 72; Mastino, 2005, p. 355; Meloni, 2012, pp. 195; 245), e di *Sorabile*, moderna Fonni (Zucca, 1988, pp. 369-370; Meloni, 2012; p. 193-194), entrambi posti nel cuore dell'isola, si basavano sull'errata convinzione che le zone montuose del centro-Sardegna fossero abitate da popolazioni autoctone refrattarie al processo di romanizzazione. Questa lettura dei fatti, ormai sorpassata dai costanti apporti forniti dalla ricerca archeologica, non trova, infatti, alcuna ragion d'essere, mancando completamente attestazioni che possano permettere di ricondurre questi due centri all'ambito militare.

Non dissimile è il caso di Nuragus, antica *Valentia*, presso cui venne rinvenuto un epitafio databile al II secolo d.C. e menzionante un soldato morto dopo appena sette anni di servizio, di cui, purtroppo, non ci è giunta indicazione sull'unità di appartenenza (Le Bohec, 1990, p. 117, núm. 29). Anche questa singola testimonianza, in assenza di ulteriori riscontri derivanti dalla ricerca archeologica, non può essere prova inconfutabile dell'esistenza di un avancorpo militare in questo insediamento. Inoltre questo soldato potrebbe aver servito in un'unità ausiliaria *equitata*, categoria militare particolarmente presente in Sardegna, che poteva essere impegnata in interventi anche in località molto distanti dall'effettivo luogo di guarnigione.

Infine, riguardo la presunta individuazione di un presidio militare presso il centro di Arborea, nella provincia di Oristano, tramite attente analisi della cartografia storica e l'utilizzo dell'aerofotogrammetria, si attendono ancora approfondite ricerche sul campo, le uniche che possono fare chiarezza sulla reale mansione che doveva svolgere questo presunto complesso (Cadinu, 2002, pp. 1359-62).

Conclusioni

Al termine di questa breve panoramica riguardo l'organizzazione militare della Sardegna nel corso dell'età imperiale, si può constatare di come le informazioni in nostro possesso siano assolutamente deficitarie. Tuttavia, in base agli elementi in nostro possesso, possiamo trarre qualche conclusione.

La maggiore presenza militare nell'isola sembra concentrarsi nella prima metà del I secolo d.C., periodo per il quale risulterebbero simultaneamente attestate la *cohors Aquitanorum*, probabilmente *equitata*, la *cohors Corsorum* e la *cohors Lusitanorum*, reparti sulle cui caratteristiche ancora si dibatte. Queste unità sarebbero concentrate nella porzione centro-settentrionale dell'isola, dove sono localizzate le popolazioni dei *Corsi*, degli *Iliensi* e dei *Bàlari*, permettendo di dedurre che la parte meridionale necessitasse di minore controllo in un momento di rinnovati problemi interni.

A partire dalla seconda metà del I secolo, si assiste ad un progressivo ridimensionamento degli effettivi presenti in Sardegna. Alle unità suddette si avvicinano la *cohors Ligurum*, nella porzione settentrionale della regione, e la *cohors Sardorum*, che, unitamente alla coorte di Corsi che evidentemente doveva ancora essere presente nell'isola, diedero vita entro la fine dell'età giulio-claudia alle due coorti gemine, le uniche forze di presidio attestate in Sardegna sino al 102. Dopo tale data, risulta

documentata solo la *cohors Sardorum*, che probabilmente a partire da questo momento dovette costituire l'unico reparto in forza alle difese dell'isola. Per questo motivo, oltre ad altri elementi indiziari, si ritiene che questa unità fosse *equitata*. Stando ai luoghi di rinvenimento della documentazione epigrafica menzionante questo reparto, parrebbe plausibile ritenere che i luoghi di guarnigione fossero collocati nel meridione della Sardegna, forse a Cagliari, importante centro commerciale ed amministrativo, e presso Grugua, non distante da Fluminimaggiore, importante polo minerario, benché un laterizio che conserva la sigla abbreviata della *cohors Sardorum* rinvenuto ad Oschiri, dunque in prossimità di Nostra Signora di Castro, l'antica *Luguido*, possa far sorgere quantomeno il dubbio che questa unità, almeno con una parte dei suoi effettivi, fosse stanziata anche nella porzione settentrionale della Sardegna.

Per il III secolo, non disponiamo di sufficiente documentazione, essendo essa limitata ad una iscrizione votiva, fortemente lacunosa, in cui è menzionata una generica *cohors II*, lasciando aperto il dibattito sull'identificazione di questa unità, dato che, con questo numero progressivo e a questo livello cronologico, non sembra essere attestato in Sardegna alcun reparto militare.

Per arricchire la documentazione fortemente lacunosa in nostro possesso sino a questo momento, si auspica per il futuro la prosecuzione e l'ampliamento delle attività di scavo e di ricerca, le uniche che possano consentire non solo di colmare i vuoti lasciati dalle fonti letterarie, ma anche di permettere di ricostruire in maniera ottimale i vari aspetti delle fasi di frequentazione antiche, tra cui anche l'organizzazione militare. Insieme ad esse, si spera nella puntuale pubblicazione soprattutto dei materiali rinvenuti in corso di scavo, come ci si augura per il caso di Nostra Signora di Castro, che costituiscono prove fondamentali per una corretta ed adeguata analisi funzionale di un sito o, addirittura, di un intero areale geografico.

Anéxo de imágenes

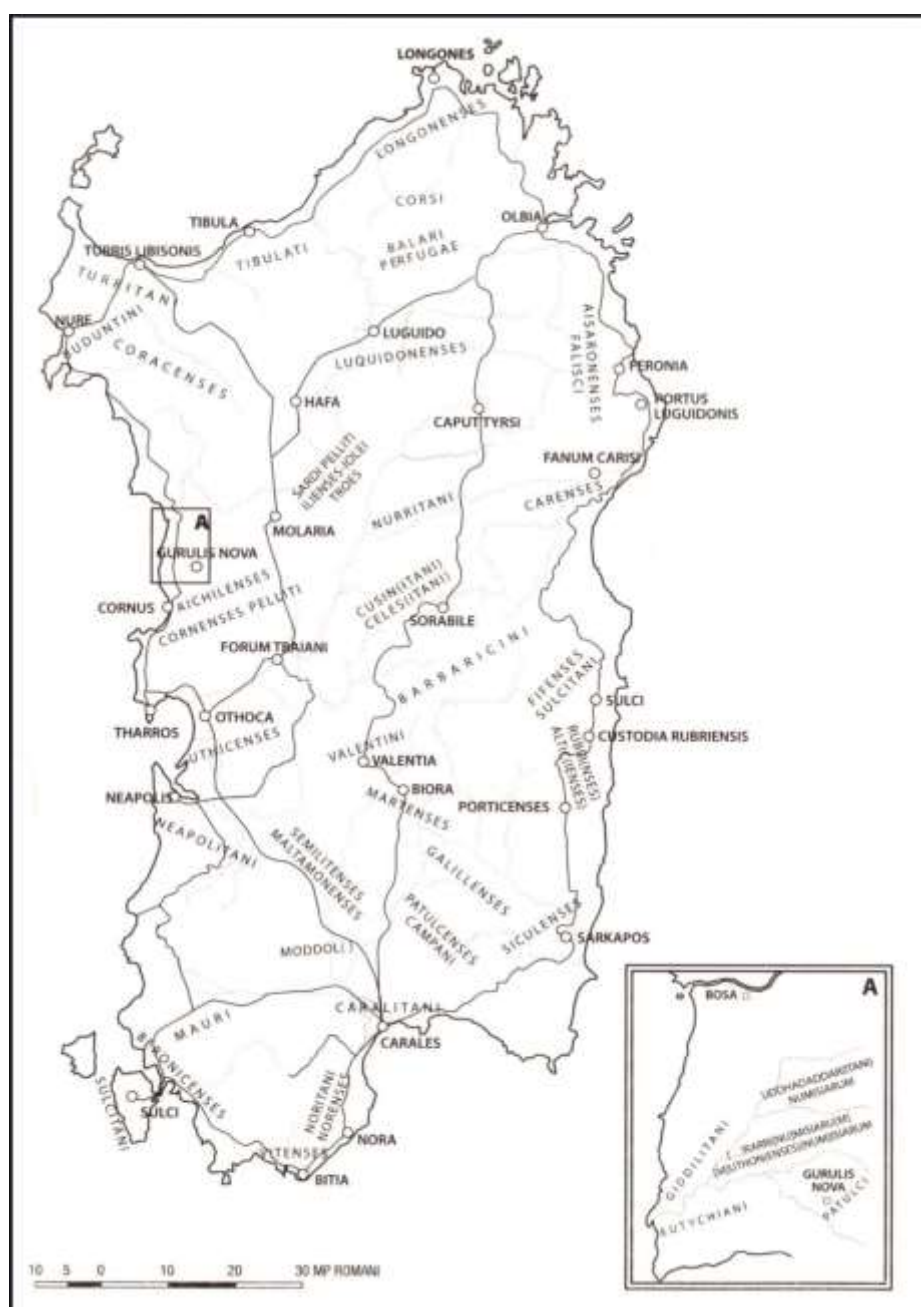


Fig. 1. I popoli della Sardegna romana (Mastino, 2005. Rielaborazione a cura dello Scrivente)

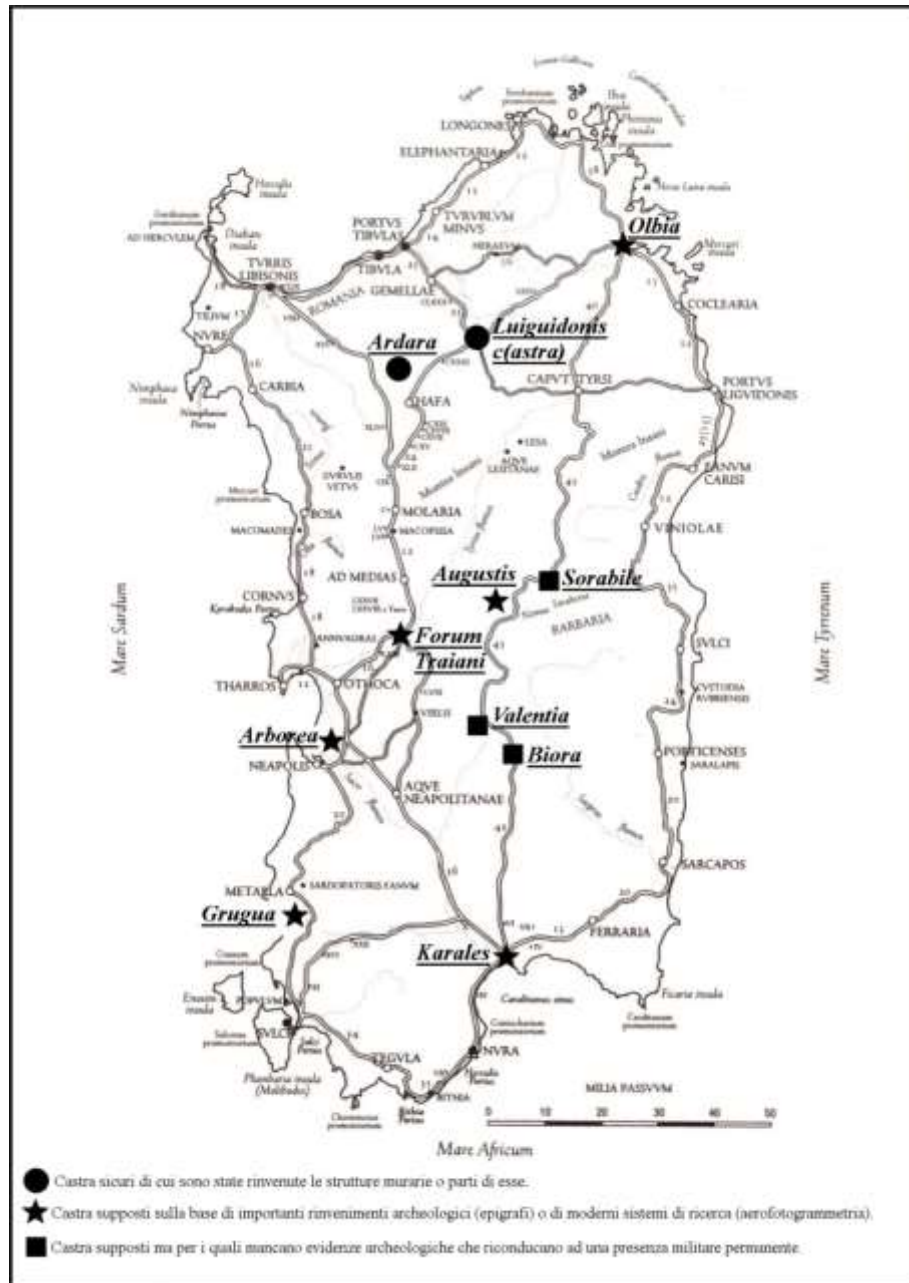


Fig. 2. La distribuzione delle fortificazioni nella Sardegna romana (Mastino, 2005. Rielaborazione a cura dello Scrivente)



Fig. 3. L'iscrizione degli *Iliensi* sull'architrave del nuraghe "Aidu Entos" (Gasperini, 1992).



Fig. 4. L'iscrizione dei *Bàlari* conservata su un masso granitico (Gasperini, 1992).



Fig. 5. Oschiri, località di Nostra Signora di Castro. Particolare delle mura in opera a telaio (Mastino *et al.*, 2004).



Fig. 6. Oschiri, località di Nostra Signora di Castro. Resti di lastricato stradale e soglia della porta nord del presidio (Mastino *et al.*, 2004).



Fig. 7. Ardara, località San Pietro. Fibula tipo Feugère 14b3 (Lopez, 2012).

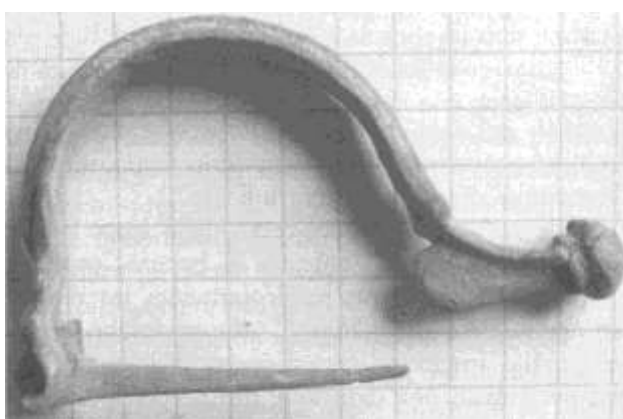


Fig. 8. Ardara, località San Pietro. Fibula tipo Feugère 22b1 augustea (Lopez, 2012).

Bibliografia

- AGUS, T. (1990): «L'antico bacino minerario neapolitano», en MASTINO, A. (Ed.): *L'Africa romana. Sopravvivenze puniche e preesistenze indigene nel Nord Africa in età romana. Atti del VII convegno di studio, Sassari 15-17 dicembre 1989*, Edizioni Gallizzi, Sassari, pp. 447-56.
- BACCO, G., SERRA, P. B. (1998): «Forum Traiani: il contesto termale e l'indagine archeologica di scavo», en KHANOUSSI, M., RUGGERI, P., VISMARA, C. (Eds.): *L'Africa romana. L'organizzazione dello spazio rurale nelle province del Nord Africa e nella Sardegna. Atti del XII convegno di studio, Olbia 12-15 dicembre 1996*, Editrice Democratica Sarda, Sassari, pp. 1213-55.
- BIRLEY, E. (1981): «Evocati Aug.: A Review», in *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 43, Dr. Rudolf Habelt GmbH, Bonn, pp. 25-29.
- BONELLO LAI, M. (1993a): «Sulla localizzazione delle sedi di Galillenses e Patulcenses Campani», en MASTINO, A. (Ed.): *La Tavola di Esterzili. Il conflitto tra pastori e contadini nella Barbaria sarda. Convegno di studi, Esterzili, 13 giugno 1992*, Edizioni Gallizzi, Sassari, pp. 49-61.
- BONELLO LAI, M. (1993b): «Il territorio dei populi e delle civitates indigene in Sardegna», en MASTINO, A. (Ed.): *La Tavola di Esterzili. Il conflitto tra pastori e contadini nella Barbaria sarda. Convegno di studi, Esterzili, 13 giugno 1992*, Edizioni Gallizzi, Sassari, pp. 157-84.
- BONINU, A. (1993): «Per una riedizione della Tavola di Esterzili», en MASTINO, A. (Ed.): *La Tavola di Esterzili. Il conflitto tra pastori e contadini nella Barbaria sarda. Convegno di studi, Esterzili, 13 giugno 1992*, Edizioni Gallizzi, Sassari, pp. 63-77.
- CADINU, M. (2002): «Ipotesi di un nuovo castrum sul litorale della Sardegna centro-occidentale», en KHANOUSSI, M., RUGGERI, P., VISMARA, C. (Eds.): *L'Africa romana. Lo spazio marittimo del Mediterraneo occidentale: geografia storica ed economia. Atti del XIV convegno di studio, Sassari 7-10 dicembre 2000*, Carocci, Roma, pp. 1359-62.
- CAMPBELL, D. B. (2009): *Roman auxiliary forts 27 BC-AD 378* (Fortress 83), Osprey Publishing, Oxford.
- CASCARINO, G. (2010): *Castra. Campi e fortezze dell'esercito romano*, Il Cerchio, Rimini.

- CASCARINO, G. (2016): *L'esercito romano. Armamento e organizzazione. Vol. I: dalle origini alla fine della Repubblica*, Il Cerchio, Rimini.
- CORDA, A M., MASTINO, A. (2007): «Il più antico miliario della Sardegna dalla strada a Tibulas Sulcos», en PACI, G. (Ed.): *Contributi all'epigrafia d'età augustea: actes de la 13. Rencontre franco-italienne sur l'épigraphie du monde romain, 9-11 settembre 2005, Macerata, Italia*, Editrice Tipigraf, Tivoli, pp. 277-314.
- CORDA, A. M. y PIRAS, A. (2009): «Alcune note sulla geografia umana della Provincia Sardinia», en *Theologica & historica: Annali della Pontificia facoltà teologica della Sardegna*, XVIII, pp. 1-7.
- DAVIES, R. W. (1971): «Cohortes equitatae», in *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte*, 20, pp. 751-763.
- DEGRASSI, A. (1947): *Inscriptiones Italiae, XIII, fasciculus I - Fasti consulares et triumphales*, La Libreria dello Stato, Roma.
- DELUSSU, F. (2008): «L'insediamento romano di Sant'Efis (Orune, Nuoro). Scavi 2004-06. Nota preliminare», en GONZÁLES, J., RUGGERI, P., VISMARA, C., ZUCCA, R. (Eds.): *L'Africa romana. Le ricchezze dell'Africa. Risorse, produzioni, scambi. Atti del XVII convegno di studio, Sevilla, 14-17 dicembre 2006*, Carocci, Roma, pp. 2657-2672.
- DELUSSU, F. (2018): «La Barbagia in età romana: gli scavi 2004-2008 nell'insediamento di Sant'Efis (Orune, Nuoro)» [in linea] *The Journal of Fasti Online*. <http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2009-150.pdf> [consultato il 24 settembre 2018].
- ECK, W. (2007): *The age of Augustus* (second edition), Blackwell Publishing, Oxford.
- EICH, A. (2016): *L'età dei Cesari. Le legioni e l'Impero*, Mondadori, Milano.
- FAORO, D. (2011): *Praefectus, procurator, praeses. Genesi delle cariche presidiali equestri nell'Alto Impero Romano*, Le Monnier Università, Milano.
- FIELDS, N. (2009): *The Roman Army of the Principate 27 BC- AD 117*, Osprey Publishing, Oxford.
- GABBA, E. (1973): *Esercito e società nella tarda repubblica romana*, La Nuova Italia Editrice, Firenze.
- GABBA, E. (1978): «Aspetti economici e monetari del soldo militare dal II sec. a.C. al II sec. d.C.», in *Les «dévaluations» à Rome. Epoque républicaine et impériale*.

- Volume 1. Actes du Colloque de Rome (13-15 novembre 1975), École française de Rome, Roma, pp. 217-225.*
- GABBA, E. (1990): «Il declino della milizia cittadina e l'arruolamento dei proletari», en CLEMENTE, G., COARELLI, F., GABBA, E. (Eds.): *Storia di Roma. L'Impero Mediterraneo. La repubblica imperiale*, vol. II, t. 1, Giulio Einaudi Editore, Torino, pp. 691-5.
- GASPERINI, P. (1992): «Ricerche epigrafiche in Sardegna (I)», in *Sardinia antiqua. Studi in onore di Piero Meloni in occasione del suo settantesimo compleanno*, Edizioni della Torre, Cagliari, pp. 287-323.
- GOLDSWORTHY, A. (2008): *Storia completa dell'esercito romano*, Logos, Modena.
- HOYOS, D. (2007): «The Age of Overseas Expansion (264–146 bc)», en ERDKAMP, P. (Ed.): *A companion to the Roman Army*, Blackwell Publishing, Oxford, pp. 63-76.
- IBBA, A. (2005): «L'esercito e la flotta», in MASTINO, A. (Ed.): *Storia della Sardegna antica*, Edizioni Il Maestrale, Nùoro, pp. 393-404.
- IBBA, A. (2006): «Integrazione e resistenza nella provincia Sardinia: Forum Traiani e il territorio circostante», en IBBA, A. (Ed.): *Scholia Epigraphica. Saggi di Storia, Epigrafia e Archeologia Romana*, Nuove Grafiche Puddu, Ortacesus, pp. 11-37.
- LE BOHEC, Y. (1990): *La Sardaigne et l'armée romaine sous le Haut-Empire*, Carlo Delfino Editore, Sassari.
- LE BOHEC, Y. (1992): «Notes sur les mines de Sardaigne à l'époque romaine», in *Sardinia antiqua. Studi in onore di Piero Meloni in occasione del suo settantesimo compleanno*, Edizioni della Torre, Cagliari, pp. 255-64.
- LE BOHEC, Y. (2012): *L'esercito romano. Le armi imperiali da Augusto alla fine del terzo secolo*, Carocci, Roma.
- LILLIU, G. (1947): «Per la topografia di Biora (Serri-Nuoro)», in *Studi Sardi*, VII, Edizioni Gallizzi, Sassari, pp. 29-103.
- LILLIU, G. (2002): *La costante resistenziale sarda*, Ilisso Edizioni, Nùoro.
- LILLIU, G. (2003): *La civiltà dei Sardi. Dal Paleolitico all'età dei nuraghi*, Edizioni Il Maestrale, Nùoro.
- LOPEZ, G. (2012): «L'insediamento romano fortificato in agro di Ardara: lo scavo del muro difensivo (campagna di scavo 2009). Nota preliminare», en COCCO, M. B., GAVINI, A., IBBA, A. (Eds.): *L'Africa romana. Trasformazione dei paesaggi del*

- potere nell'Africa settentrionale fino alla fine del mondo antico. Atti del XIX convegno di studio, Sassari 16-19 dicembre 2010*, Carocci, Roma, pp. 2719-34.
- MAYER, M. (2009): «Las civitates Barbariae: una prueba de la realidad de la organización territorial de Sardinia bajo Tiberio», en MASTINO, A., SPANU, P. G., ZUCCA, R. (Eds.): *Naves plenis velis euntes* (Tharros Felix, 3), Carocci, Roma, pp. 43-51.
- MASSIMETTI, M. G. C. (2002): «Cave litorali della Sardegna settentrionale», in KHANOUSSE, M., RUGGERI, P., VISMARA, C. (Eds.): *L'Africa romana. Lo spazio marittimo del Mediterraneo occidentale: geografia storica ed economia. Atti del XIV convegno di studio, Sassari 7-10 dicembre 2000*, Carocci, Roma, pp. 1111-6.
- MASTINO, A. (1993): «Analfabetismo e resistenza: geografia epigrafica della Sardegna», en CALBI, A., DONATI, A., POMA, G. (Eds.): *L'epigrafia del villaggio* (Epigrafia e antichità, 12), Fratelli Lega Editori, Faenza, pp. 457-536.
- MASTINO, A. (2005): *Storia della Sardegna antica*, Edizioni Il Maestrale, Nùoro.
- MASTINO, A., RUGGERI, P. (2000): «La Romanizzazione dell'Ogliastra», en MELONI, M. G., NOCCO, S. (Eds.): *Ogliastra: identità storica di una Provincia: atti del Convegno di studi, 23-25 gennaio 1997, Jerzu-Lanusei-Arzana-Tortolì*, Stampa Tipografia Puddu&Congiu, Senorbì, pp. 151-189.
- MASTINO, A., ZUCCA, R. (2007): «Le proprietà imperiali della Sardinia», en PUPILLO, D. (Ed.): *Le proprietà imperiali nell'Italia romana: economia, produzione, amministrazione: atti del Convegno internazionale, 3-4 giugno 2005, Ferrara-Voghiera, Italia*, Le Lettere, Firenze, pp. 93-124.
- MASTINO, A., ZUCCA, R. (2014): «Un nuovo titulus della cohors Ligurum in Sardinia e il problema dell'organizzazione militare della Sardegna nel I secolo d.C.», en DONATI, A. (Ed.): *L'iscrizione e il suo doppio: atti del convegno Borghesi 2013*, Fratelli Lega, Faenza, pp. 383-410.
- MASTINO, A.; SPANU, P. G. y ZUCCA, R. (2004): «Il territorio di Oschiri dal periodo romano all'età bizantina», en MELONI, G., SPANU, P. G. (Eds.): *Oschiri, Castro e il Logudoro orientale*, Carlo Delfino editore, Sassari, pp. 77-116.
- MELONI, 1958: MELONI, P. (1958): *L'amministrazione della Sardegna da Augusto all'invasione vandalica*, L'Erma di Bretschneider, Roma.
- MELONI, P. (2012): *Storia della Sardegna romana*, Ilisso Edizioni, Nùoro.

- MILAN, A. (2014): *Le forze armate nella storia di Roma antica* (seconda edizione), Editoriale Jouvence, Milano.
- PIRAS, G. (2004): «Un miles della cohors III Aquitanorum in un'iscrizione funeraria proveniente da Ardara (Sassari): nota preliminare», en KHANOUSSI, M., RUGGERI, P., VISMARA, C. (Eds.): *L'Africa romana. Ai confini dell'Impero: contatti, scambi, conflitti. Atti del XV convegno di studio, Tozeur 11-15 dicembre 2002*, Carocci, Roma, pp. 1543-56.
- PORRÀ, F. (1992): «Rilettura di CIL X 7600. La cohors Maurorum et Afrorum», en *Sardinia antiqua. Studi in onore di Piero Meloni in occasione del suo settantesimo compleanno*, Edizioni della Torre, Cagliari, pp. 397-401.
- PORRÀ, F. (2008): «Nuove considerazioni sulla cohors I Sardorum di stanza in Sardegna», en CENERINI, F., RUGGERI, P. (Eds.): *Epigrafia romana in Sardegna. Atti del I Convegno di studio Sant'Antioco, 14-15 luglio 2007* (Incontri insulari, i), Carocci, Roma, pp. 85-93.
- PORRÀ, F. (2014): «L'esercito romano in Sardegna nel I secolo d.C.», in TANCA, M. (Ed.): *Un lungo viaggio nella geografia umana della Sardegna. Studi in onore di Antonio Loi*, Pàtron Editore, Bologna, pp. 223-34.
- RUGGERI, P. (1994a): «Aùstis: l'epitafio di Cn(aeus) Coruncanus Faustinus», en *Nuovo Bullettino Archeologico Sardo*, 4 1987-1992, Carlo Delfino Editore, Sassari, pp. 159-69.
- RUGGERI, P. (1994b): «Un signifer della Cohors Ligurum in Sardegna», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 101, Dr. Rudolf Habelt GmbH, Bonn, pp. 193-196.
- SADDINGTON, D. B. (1975): «The Development of the Roman Auxiliary Forces from Augustus to Trajan», in *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 3, Walter de Gruyter GmbH, Berlino, pp. 176-201.
- SADDINGTON, D. B. (1982): *The development of the Roman auxiliary forces from Caesar to Vespasian (49 B.C.- A.D. 79)*, University of Zimbabwe, Harare.
- SANCIU, A., PALA, P. y SANGES, M. (2013): «Un nuovo diploma militare dalla Sardegna», in *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 186, Dr. Rudolf Habelt GmbH, Bonn, pp. 301-306.

- SOTGIU, G. (1988): «L'Epigrafia Latina in Sardegna dopo il CIL X e l'EE VIII», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II 11.1, Walter de Gruyter GmbH, Berlino, pp. 552-739.
- STIGLITZ, A. (2018): «Un'isola meticcica: le molte identità della Sardegna antica. Geografia di una frontiera» [in linea] *Bollettino di archeologia on-line. Volume speciale*.
http://www.bollettinodiarcheologiaonline.beniculturali.it/documenti/generale/3_STIGLITZ.pdf [consultato l'11 settembre 2018].
- ZUCCA, R. (1988): «Le Civitates Barbariae e l'occupazione militare della Sardegna: aspetti e confronti con l'Africa», en MASTINO, A. (Ed.): *L'Africa romana. L'epigrafia e la storia delle province romane del Maghreb. Atti del V convegno di studio, Sassari 11-13 dicembre 1987*, Dipartimento di Storia - Università degli Studi di Sassari, Sassari, pp. 349-73.
- ZUCCA, R. (2005): «Gli oppida e i popvli della Sardinia», in MASTINO, A. (Ed.): *Storia della Sardegna antica*, Edizioni Il Maestrale, Nùoro, pp. 205-315.
- ZUCCA, R. (2009): «I viaggi di un equestre, *Μαρκος Σερονίλιος Πο(πλίου) υιός, Παλατεΐνα, Ευνεικος, dall'Asia alla Sardinia*», in MASTINO, A., SPANU, P. G., ZUCCA, R. (Eds.): *Naves plenīs velīs euntes* (Tharros Felix, 3), Carocci, Roma, pp. 62-74.

ROMA Y EGIPTO: LA PRIMERA GUARNICIÓN Y LOS GABININI ROME AND EGYPT: THE FIRST GARRISON AND THE GABINIANI

Mariana Azevedo
Universidade de Lisboa

Resumen: En 55 a. C., con la intervención militar en Egipto, por Aulo Gabínio para restituir el trono a Ptolomeo XII, empieza un nuevo capítulo de las relaciones entre Roma y Egipto. Se conoce muy poco de esta primera guarnición y de los hombres que en ella participaron o comandaron. Julio Cesar les llamó *Gabiniani*, un término que las otras fuentes antiguas adoptarán. Así mismo, esta guarnición tuvo un papel muy importante en la conquista de Egipto, permitiendo que Roma ubicase fuerzas militares en el territorio. No es cierto el origen de estos hombres y no es claro lo ocurrido después del año 47 a. C. Lo que sigue cierto es su función de garante de la estabilidad de Ptolomeo XII y así asegurar Egipto para Roma.

Palabras clave: Gabiniani, Fuerzas Militares, Reino Ptolomaico, República Romana.

Abstract: In 55 BC, the military intervention in Egypt by Aulus Gabinius to reinstitute Ptolemy XII to his throne began a new chapter of the relation between Rome and Egypt. We know very little about this first garrison and the men who made part of it or who were commanding it. Julius Caesar named them *Gabiniani*, term that the ancient sources adopt. Still, this garrison played a major role in the conquest of Egypt, allowing Rome to station military forces in the territory. It's not certain the origin these men and what happened to them after 47 BC is not clear. Although it was only to secure the king in the throne, in reality, it was to secure Egypt to Rome.

Keywords: Gabiniani; Military forces; Ptolemaic Kingdom; Roman Republic.

As relações entre Roma e o Egipto datam do século III a.C. (Neatby, 1950, pp. 89-98), tendo começado por ser maioritariamente económicas. A primeira interferência romana em questões políticas e militares ptolemaicas só aconteceu no século II a.C., mais concretamente, no ano de 168 a.C. (Habicht, 2008, pp. 343-344). Durante os anos seguintes mantiveram-se as relações económicas e diplomáticas, até que um conflito dinástico colocou a dinastia ptolemaica em risco.

Ptolemeu IX Sóter II Látiro (r. 116-107 a.C.; 88-80 a. C.), Cleópatra III (161-101 a. C.) e Ptolemeu X Alexandre I (r.107-88 a. C.), vão ser protagonistas deste conflito que durou cerca de 28 anos, desagregou a estrutura dinástica e, conseqüentemente, fragilizou o poder ptolemaico e os seus domínios. A guerra civil começou em 116 a. C., após a morte do rei Ptolemeu VIII. A rainha viúva Cleópatra III tinha agora de escolher qual dos

seus dois filhos, Ptolemeu IX ou Ptolemeu X, seria rei do Egipto, enquanto era regente de ambos (Bowman, 1996, pp. 235-236). Durante os anos seguintes, o trono foi sendo ocupado, alternadamente, pelos dois irmãos, provocando grande instabilidade política.

A rainha regente morre em 101 a.C., provavelmente assassinada por Ptolemeu X, e este continua a governar com a sua mulher, Berenice III. A situação de desordem alastra pelo Egipto e as revoltas tornam-se frequentes. A influência ptolemaica estava a cair rapidamente por todos os seus territórios. Em 88 a.C., Ptolemeu X foi morto por Ptolemeu IX, que se associou a Berenice III. Viria a morrer em 80 a.C. sem herdeiros designados (Chauveau, 2000, pp.20-21).

Esta instabilidade teve consequências para os territórios ptolemaicos. O controlo da Cirenaica foi definitivamente perdido (Braund, 1983, pp. 16-57), em 96 a.C., pois, Ptolemeu Ápio (r. c.116-96 a.C.) morre e, seguindo o exemplo de seu pai, deixa o território em testamento ao Senado Romano (Liv. *Per.* 70; Sampson, 2013, p.222). Quando o Senado Romano toma conhecimento desta herança, toma controlo sobre o território.

Entretanto, Ptolemeu XI, Ptolemeu XII e Ptolemeu do Chipre foram capturados, entre 88 e 86 a.C., por Mitridates IV, durante a guerra deste com Roma. Ptolemeu XI foge para junto de Lúcio Cornélio Sula (139-78 a.C.) (Sampson, 2013, pp. 106-107), durante uma batalha entre as legiões romanas e o exército de Mitridates IV, em 84 a.C. Sula não era desconhecido dos ptolemaicos, pois já tinha tido diversos contactos com a dinastia.

Sula leva os três príncipes como reféns políticos (App, *B. Civ.* 1. 102) para Roma. Depois da morte de Ptolemeu IX, Sula decide enviar Ptolemeu XI para Alexandria para suceder ao seu tio, ficando o novo rei ptolemaico profundamente ligado a Roma (Sampson, 2013, p.156). Casa-se com Berenice III mas o seu reinado não dura muito. Ptolemeu X decide assassinar a rainha, porque esta tinha uma grande influência na corte e junto da população. O assassinato de Berenice III provoca uma reação violenta junto de todos os que apoiavam a rainha (Chauveau, 2000, p.21).

O novo rei é assassinado passados 20 dias de reinado sem ter qualquer herdeiro. Pela segunda vez, Roma controla o destino do Egipto.

Não existe qualquer registo da vida de Ptolemeu XII durante estes seis ou oito anos: ou terá continuado junto de Mitridates ou também terá sido levado por Sula, com o seu meio-irmão, tendo vivido em Roma. Ptolemeu de Chipre deverá ter ficado junto de Ptolemeu XII, porque também não existem registos sobre a vida deste príncipe durante

estes anos. Não sabemos como é que os dois irmãos chegaram ao Egito, mas em 80 a.C. encontravam-se em Alexandria. Todos os herdeiros legítimos ao trono tinham sido assassinados. Dos filhos de Ptolemeu IX só continuavam vivos Ptolemeu XII, Ptolemeu de Chipre e Cleópatra VI. Os filhos de Cleópatra V Selene com Antíoco X também seriam pretendentes ao trono, mas, apesar de ilegítimo, Ptolemeu XII era filho de Ptolemeu IX e estaria, em primeiro lugar, na linha de sucessão (Azevedo, 2016, p.34).

Em 80 a.C., Ptolemeu XII sobe ao trono, mas ainda precisa de assegurar a sua posição. Tem vários inimigos na corte e, por isso, procura o apoio romano e a aprovação do Senado desde o primeiro ano de reinado. Em 75 a.C., Cleópatra V Selene, tia de Ptolemeu XII, envia os seus filhos do casamento com Antíoco X Eusébio (r. 95-83 a.C.) da dinastia selêucida a Roma para apelarem ao Senado do seu direito ao trono. Não receberam grande atenção por parte destes, mas Cícero refere que os dois jovens teriam direito ao trono (Cic. 2Verr. 4. 60-68). A falta de resposta aos jovens príncipes indica uma relutância por parte do Senado em se envolver mais nas questões políticas do Egito (Siani-Davies, 1997, pp. 308-309).

Os dois irmãos ficaram na cidade durante um ano, mas voltaram sem terem conseguido o que pretendiam (Thompson, 2008, p.318). Neste mesmo ano, a Cirenaica é anexada aos territórios de Roma, sendo transformada em província (App. B. Civ. 1. 111; Sall. Hist.2. fr.43). Apesar de não ter nenhum impacto direto na corte de Alexandria, pois esta já não controlava o território, poderá ter sido um fator de descontentamento, porque demonstrava que dificilmente iria voltar a fazer parte dos territórios controlados por Alexandria. Roma estava claramente a ganhar poder sobre os territórios helenísticos.

Pela riqueza do seu território, o Egito torna-se um objectivo para muitos senadores romanos. O exemplo mais claro disto é uma tentativa de anexação falhada do Egito, em 65 a.C., por Marco Licínio Crasso(115-53 a.C.) com base no testamento que ficou na posse de Sula (Siani-Davies, 1997, p. 312).

Passados dois anos, Pompeio tinha conseguido dismantelar o reino selêucida, anexando os territórios ao domínio romano. Estava em Damasco, quando recebeu uma embaixada do rei Ptolemeu XII, que lhe ofereceu uma coroa de ouro e roupa para o seu exército, demonstrando que reconhecia a autoridade do general romano. O rei envia-lhe, também, 8.000 homens de cavalaria (Plin. HN. 33. 136) para ajudar Pompeio a reorganizar os territórios conquistados. Ptolemeu XII ainda convida Pompeio a passar pelo Egito, pedindo-lhe ajuda para resolver insurreições locais, mas ele recusa (Jos. A. J.

14.35; App. Mith. 17.114; Roller, 2010, p.21). As histórias de distúrbios são frequentes em Alexandria durante a década de 60 a.C., mostrando que o exército ptolemaico e a guarda real não eram capazes de manter a ordem, proveniente de uma instabilidade inerente ao governo.

Não temos nenhuma informação sobre as relações entre o Egito e Roma a partir de 63 a.C. até ao ano 59 a.C. Nesse ano, é concedido a Ptolemeu XII o título de *socius et amicus populi Romani*, título atribuído aos reinos aliados da República romana. A aliança com Roma era essencial, pois a instabilidade em Alexandria continuava. A coroa precisava do apoio romano para poder continuar a governar o Egito, mas os meios para conseguir o título destruíram as finanças do território (Shatzman, 1971, p.364). Os subornos a Pompeio e a Crasso garantiam o seu apoio à decisão de César (Cic. Att. 2.16.4), cônsul nesse ano, de aprovar Ptolemeu XII como aliado e amigo do povo romano. Os três beneficiaram da quantia de 6.000 talentos, ou seja, 36 milhões de denários (Suet. Iul. 54.1.; Goldsworthy, 2006, p.174).

Para conseguir pagar uma soma tão avultada, Ptolemeu XII pediu um empréstimo a um grupo de banqueiros romanos, sendo o mais importante e o único mencionado de entre eles Gaio Rabírio Póstumo (Cic. Rab. Post. 4.4; Siani-Davies, 1997, p. 316). O empréstimo é mais complexo porque tem três partes envolvidas: César, Pompeio e Crasso recebiam o suborno; para isso, um grupo de banqueiros, no qual estava Rabírio Póstumo, avançava com uma parte do dinheiro e Ptolemeu XII tinha de pagar aos banqueiros e completar o suborno aos triúnviros (Cass. Dio 39.12.1; Shatzman, 1971, p.365). Assim, a embaixada romana a Alexandria deve ter sido composta por representantes do Senado e banqueiros à procura de coletar dinheiro.

Para pagar este empréstimo, Ptolemeu XII implementou um grande aumento dos impostos sobre a população do Egito (Cass. Dio 39.12.1), a única forma que o rei tinha de conseguir pagar a quantia. A população começou a ficar cansada da presença e influência romana no Egito. Os pesados impostos, βιαίως ἡργυρολόγει²¹⁷ (Siani-Davies, 1997, p. 321) que Ptolemeu XII impôs, recaíram sobre as classes menos favorecidas.

Os problemas de Ptolemeu XII não ficavam, porém, por aqui. Chipre foi anexada às províncias romanas no ano 58 a.C. e Ptolemeu de Chipre suicidou-se (Plut. Vit. Cato. 36. 1) para evitar qualquer que fosse o destino que os Romanos lhe tivessem proposto. Ptolemeu XII não fez nada para impedir o despojamento do irmão, apatia que chocou os

²¹⁷ Significa «extração forçada de dinheiro».

alexandrinos. O mais provável é que a entrega do território de Chipre reunisse as condições para que fosse concedido ao rei do Egito o título de aliado do povo romano. A perda de Chipre foi a gota de água para a população e a corte de Alexandria e as insurreições aumentaram. Era a última possessão ptolemaica fora do Egito e encontrava-se, de forma irrecuperável, na posse da República romana. O descontentamento foi provavelmente alimentado e conduzido pelos ἐμπίσταιοι, uma facção que estava contra Ptolemeu XII e era liderada por ἐμῦριστος²¹⁸ (Phil. Flacc. 135; Dio Chrys. Or. 32. 70; Siani-Davies, 1997, p. 321). Deveria existir outras facções contra o rei e conjuntamente com as insurreições da população em geral, tornara-se impossível para Ptolemeu XII permanecer na cidade (Sales, 2008, p.63). O rei decidiu fugir de Alexandria para Roma e pedir auxílio aos seus recentes aliados.

Desta forma, Ptolemeu XII volta a contrair empréstimos para poder viver em Roma com todos os seus conselheiros e para que, ao mesmo tempo, o seu agente Harmónio (Cic. Fam. 1.1.1.) subornasse quem fosse necessário para conseguir uma audiência, assim como para garantir que o Senado decidia a seu favor. E o principal credor foi, novamente, Rabírio Póstumo (Cic. Rab. Post. 4-6; 25; 38-39.).

Entretanto, o governo do Egito tinha passado para um governo conjunto entre a mulher de Ptolemeu XII, Cleópatra VI, e a filha mais velha, Berenice IV (Siani-Davies, 1997, pp. 323-324). O reinado das rainhas não iria durar muito e ainda não tinha alcançado um ano quando Cleópatra VI morre, em 57 a.C. (Tyldesley, 2006, p. 200), ficando Berenice IV a reinar sozinha (Cass. Dio 39. 13.1; Str.17.11.1; Bennet; Depauw; 2007, pp. 211-214). A ligação da rainha e da princesa ao grupo que provocou a expulsão de Ptolemeu XII não está atestada em nenhuma fonte, mas não é uma hipótese a descartar.

Berenice IV percebeu que sem o apoio romano não podia governar sozinha, sendo, por isso, obrigada a procurar um marido que fosse adequado para fortalecer o seu poder na corte, principalmente depois da embaixada enviada a Roma não ter conseguido cumprir o seu objetivo.

Assim, a agora rainha Berenice IV casou-se com Arquelau, filho de Arquelau, comandante de Mitridates do Ponto, que tinha ficado conhecido do braço direito de Pompeio, o general Aulo Gabínio, depois da derrota deste soberano asiático (Sherwin-White, 2008, p.272). Acerca de Arquelau levantam-se duas hipóteses, nenhuma delas

²¹⁸ Não temos muita informação sobre esta facção. Volta a ser mencionada pelas fontes de período imperial pelo que terá permanecido como facção política em Alexandria até ao Império.

segura: a primeira apresenta-o como um candidato enviado por Pompeio e Gabínio para conseguirem influenciar a política na corte alexandrina a favor dos seus interesses, enquanto a segunda considera o seu casamento com Berenice IV o resultado de uma ambição própria (Siani-Davies, 1997, p. 325).

No entanto, em Roma, os senadores disputavam a oportunidade de levar a cabo a reposição de Ptolemeu XII do trono (Cic. Fam. 1.2.3). Os inimigos de Pompeio conseguem bloquear os diversos decretos e moções apresentados no Senado para que este ficasse com a tarefa (Cass. Dio 39.18.1; Cic. QFr.2.2.3). Porém, a decisão do Senado não impediria Pompeio de interferir na política alexandrina. Aulo Gabínio, na altura procônsul da Síria, recebe uma ordem deste e uma promessa de 10,000 talentos do rei ptolemaico para que organizasse uma intervenção militar e repusesse Ptolemeu XII no trono (Plut. Vit. Ant. 3. 2).

Existe um conflito de datas para os investigadores: Siani-Davies afirma que Gabínio partiu no verão de 56 a.C. (Siani-Davies, 1997, p. 329), mas SherwinWhite indica-nos o início do ano de 55 a.C. (Sherwin-White, 2008, pp.271-273) como data para o início desta campanha. Williams conjuga as duas informações e situa o início da campanha entre o fim de 56 e o início de 55 a.C. (Williams, 1978, p.207). A campanha foi contra o rei Orodes, da Pártia (Cass. Dio 39.56.2; App. Syr. 51). O exército foi organizado a partir das forças que tinha levado consigo para a Síria. É muito arriscado indicarmos um número, pois, nesta altura da República, não existe uma lei para os exércitos proconsulares, sendo atribuídos de acordo com o que estipulava cada lei que concedia esse imperium proconsular. Marco António foi com Gabínio, mantendo-se como seu comandante de cavalaria.

Gabínio terá partido de Antioquia, cidade central da província. As legiões já estavam perto do rio Eufrates (Jos. AJ.14.98.1; B.J. 1.8.7), quando chegou Ptolemeu XII e pediu uma audiência com Gabínio. Todas as fontes nos indicam este acontecimento, mas dividem-se no motivo que levaria o monarca destronado a ir ter com o procônsul da Síria.

Segundo as fontes, Gabínio recebeu ordens de Pompeio para que repusesse Ptolemeu XII no seu trono e, os dois juntos, conseguiram ajudar Auleta (Cass. Dio 39. 55. 1-3). Este pedido veio numa carta de Pompeio, entregue a Gabínio por Ptolemeu XII (Cass. Dio 39.56.3). Tanto Siani-Davies como Williams levantam a hipótese de que Rabírio Póstumo serviu de intermediário para fazer chegar a carta do triúnviro ao seu cliente

ptolemaico (Siani-Davies, 1997, p. 328). Esta hipótese também explica a presença do banqueiro em Alexandria.

Pompeio devia estar a sentir-se pressionado por todos aqueles que tinham emprestado dinheiro ao rei e viram o caso ser encerrado pelo Senado. Mas este não era o único motivo que Pompeio tinha para apressar o auxílio romano a Ptolemeu XII. No ano 56 a.C., César, Pompeio e Crasso encontraram-se na cidade de Luca, na província da Gália. Este acontecimento ficou conhecido como a conferência de Luca. Neste encontro, os triúmviros renovaram a sua aliança e tomaram decisão acerca dos seus objetivos políticos. César teve o seu proconsulado na Gália estendido por mais cinco anos; Pompeio continuou a ser procônsul in absentia da Hispânia e Crasso conseguiu o proconsulado da Síria para o ano seguinte (Seager, 2003, pp.110-119). Quando Crasso chegasse à Síria teria a oportunidade de ajudar Ptolemeu XII e Pompeio não podia perder um cliente que governava um território tão rico.

Existe ainda o motivo dado por Gabínio, que chegou até nós pelo discurso de Cícero *Pro Rabirio Postumo*: Arquelau estaria a usar as suas frotas para piratear a região do Oriente (Cic. Rab. Post. 20). Dión Cássio também afirma que, durante o tempo em que Gabínio esteve fora da província, os Sírios foram atacados por piratas (Cass. Dio 39.56.1). Não temos mais indícios de pirataria originária do Egito, nesta altura. Porém, durante estes anos, o Egito tinha um governo, que não era aliado de Roma e, depois da anexação de Chipre, era o único território independente de Roma à volta do Mediterrâneo, sendo por isso propício a servir de base a grupos de piratas (Criscuolo, 2013, p.171). Durante a década de 50 a.C., a Cilícia continuou a precisar de cargos consulares para resolver os problemas que ali surgiam, o que leva a pensar que a ação de Pompeio não resolveu totalmente o problema da pirataria naquela região (Williams, 1985, p.35).

Para além disso, as origens de Arquelau devem obrigar-nos a levar o argumento de Gabínio mais a sério. Apesar de se ter apresentado falsamente como filho de Mitridates aos Alexandrinos, era realmente filho do general mais próximo deste (App. Mith. 8.55; Plut. Vit. Sull. 24), tendo acesso a muitos recursos e informações. Esse soberano do Ponto tinha organizado a pirataria no Mediterrâneo e foi o foco de oposição a Roma no Oriente durante muito tempo. Desta forma, Arquelau, casado com a rainha do Egito, conseguia facilmente chegar a acordos e a alianças com os diversos grupos de piratas que ainda existiam no Mediterrâneo (Williams, 1985, p.36-37).

Ainda assim, a ação que o triúnviro pedia a Gabínio era ilegal, pois ia contra a decisão do Senado de não interferir nas questões ptolemaicas. Os 10.000 talentos, o equivalente a 240 milhões de sestércios (Wiseman, 2008, p.399), que Ptolemeu XII prometia como pagamento pelo auxílio prestado, devem ter sido um grande dissuasor (Cic. Rab. Post. 21; 30; App. Syr. 51). Porém, como conhecemos a situação financeira precária na qual Ptolemeu XII se encontrava, é seguro afirmar que este dinheiro era proveniente de banqueiros romanos (Siani-Davies, 1997, p. 328). Mais uma vez, para persuadir Gabínio, a presença de Rabírio Póstumo terá sido fulcral, pois este não só podia transmitir o plano de Pompeio como garantir que o dinheiro prometido seria pago.

Assim, Gabínio recua com as suas forças, preparando-se para invadir o Egito. Recebe tropas do seus clientes na Judeia (Jos. AJ. 14.98.2; Jo. B.J. 1.8.7). A rota que as tropas tomaram para invadir o Egito não é uma questão fechada. Não devem ter demorado muito tempo a chegar até Antioquia e daí Gabínio tinha duas rotas possíveis: por terra ou por mar. A entrada no Egito era a cidade do Pelúcio, sendo alcançável pelas tropas através da faixa de Gaza ou pelo Mediterrâneo. Grainger afirma que as tropas marcharam de Antioquia até Pelúcio, passando pela Palestina (Grainger, 2013, p.501). Siani-Davies segue a mesma hipótese, apoiando-se na ligação de Gabínio com a Judeia, que lhe daria uma passagem segura pela região da Palestina (Siani-Davies, 1997, p. 330). É verdade que, com os governadores daquela região como seus clientes, Gabínio teria conseguido seguir esse trajeto.

Por outro lado, Antioquia situava-se numa região litoral com grande tradição de navegação, pois aí se situavam as antigas cidades fenícias. Assim, o procônsul não teria grande dificuldade em encontrar embarcações que levassem os seus homens de Antioquia para a cidade de Pelúcio através do Mediterrâneo. Da mesma forma, só através do percurso pelo Mediterrâneo tinha a hipótese de derrotar os piratas que andavam a provocar o terror. A rota marítima seguia a costa da Síria e da Palestina até chegar a Pelúcio. Passavam, assim, por todos os portos que podiam ser apoio de grupos de piratas. Danny Lee Davis demonstra-nos que esta rota era usada desde a Idade do Ferro (possivelmente deste a Idade do Bronze), tendo permanecido como uma das principais rotas da região durante a época helenística e romana (Lee Davis, 2001, p.57; pp-65-66).

O primeiro confronto que as forças de Gabínio travaram foi fora das muralhas da cidade de Pelúcio (Val. Max. 9.1 ext. 6). Até essa altura não tinham encontrado nenhum obstáculo no seu percurso (Cass. Dio 39. 58. 1), ficando a hipótese da existência de

pirataria mais fragilizada. Gabínio sabia que podia contar com a ajuda dos guardas judeus da fronteira (Jos. B.J. 1.8.7). Díon Cássio indica-nos que Gabínio organizou o seu exército em duas divisões (Cass. Dio 39. 58. 1), mas não temos mais indicações da organização das forças do procônsul, assim como também não temos grandes detalhes sobre a batalha do Pelúcio. Sabemos que não foi muito demorada e Marco António desempenhou um papel fulcral na conquista da cidade, apesar do seu cargo como mero prefeito de cavalaria (Plut. Vit. Ant. 3. 3-4.).

A conquista do Pelúcio era fulcral para o acesso ao resto do Egito. Permitia o acesso não só por terra, mas também pelo rio Nilo. Assim, as forças de Gabínio podiam circular pelo rio e chegar a todas as cidades importantes do território. Por causa do complexo sistema de cursos de água do Delta do Nilo, era extremamente difícil para um exército ir de Pelúcio até Alexandria seguindo um percurso direto de este para oeste. O caminho mais fácil, seguido por vários generais durante vários séculos²¹⁹ (Manley, 1996, p.129), era seguir o rio, subindo até onde a divisão dos diversos cursos de água começava, para depois descer, por outro braço do Nilo, até Alexandria. Grainger afirma que as tropas marcharam ao longo das margens e o rio era para trazer o abastecimento das forças (Grainger, 2013, p.518). Siani-Davies fala de uma frota de apoio que acompanhava as tropas e que seguiria o curso fluvial (Siani-Davies, 1997, p. 330). Porém, se tivessem seguido a via marítima desde o início, a totalidade das forças seguiriam pelo rio.

Não temos descrições dos conflitos que Gabínio encontrou à medida que ia avançando pelo Egito. Apenas sabemos que, até Alexandria, as tropas romanas encontraram vários polos de resistência que provocaram confrontos, tanto em terra como no rio (Cass. Dio 39.58. 1-2).

Apesar de Gabínio ter sido forçado a ir para sul por causa da geografia do território, a verdade é que este percurso seria vital para que Ptolemeu XII pudesse ser reposto. O percurso obrigava as forças romanas a irem pelo menos até Heliópolis, o que permitia ir acabando com os focos de oposição por todo o Delta. Siani-Davies levanta a hipótese de Gabínio ter ido até Mênfis antes de voltar a subir até Alexandria (Siani-Davies, 1997, p. 331). Apesar de a passagem pela cidade não ser obrigatória, pois a cidade situa-se a sul da ramificação do Delta do Nilo, Mênfis era capital egípcia religiosa durante o período ptolemaico (Sales, 2008, p.105).

²¹⁹Alexandre seguiu uma rota semelhante quando invadiu o Egito. Primeiro tomou o Pelúcio, a seguir tomou a cidade de Heliópolis e em seguida desceu um dos braços do Nilo e fundou a cidade de Alexandria.

Quando as tropas de Gabínio chegaram a Alexandria, encontraram-na mais protegida do que as cidades por onde tinham passado antes. A batalha aconteceu fora da cidade (Sales, 2008, p.66) e as forças ptolemaicas eram lideradas por Arquelau, que acabou por ser morto no confronto. Os Alexandrinos acabaram por se render, entregando a cidade, e assim Gabínio conseguiu tomá-la, enquanto Ptolemeu XII viajava de Ptolemais para Alexandria (Grainger, 2013, p.518). A incursão militar de Gabínio pelo Egito acabou por durar mais de dois meses, tendo este sido o tempo que demorou a chegar a Alexandria.

Ptolemeu XII foi reposto no início do ano de 55 a.C. (Siani-Davies, 1997, p. 332). A reposição no seu trono trouxe várias mudanças na corte alexandrina. A primeira foi a execução de Berenice IV e de todos os que a tinham apoiado. A segunda foi a presença de Rabírio Póstumo como funcionário real que administrava as finanças do Egito, designado *dioiketes* (Grainger, 2013, p.518). A terceira foi a fixação da primeira guarnição militar romana no Egito (Hölbl, 2001, p.229).

As execuções ordenadas por Ptolemeu XII, apesar de necessárias à sua estabilidade como rei do Egito, aumentaram a oposição dentro da corte. Assim, Gabínio deixou um grupo de soldados com o objetivo de garantir que o rei não era afastado do seu trono e expulso do Egito novamente (Cass. Dio 42.5.4). Contudo, a preocupação com a segurança do rei não se devia apenas ao facto de ser aliado de Roma. Estas tropas também iriam proteger Rabírio Póstumo enquanto estivesse na cidade. Era preciso garantir que os vários credores romanos iriam recuperar o dinheiro emprestado a Ptolemeu XII. A segurança destes dois homens era fundamental para que os vários grupos envolvidos recuperassem os seus empréstimos. O nome pelo qual conhecemos estas tropas atualmente, Gabiniani, não surge logo na altura dos julgamentos feitos a Rabírio ou a Gabínio pelas suas ações ilegais na reposição de Ptolemeu XII (Cic. Pis. 48). O nome Gabiniani, “de Gabínio”, aparece pela primeira vez usado, por César, durante a guerra civil com Pompeio: “D ex Gabinianis Alexandria, Gallos Germanosque, quos ibi A. Gabinius praesidii causa apud regem Ptolomaeum reliquerat, Pompeius filius eum classe adduxerat” (Caes. B. Civ.3.4).

O nome demonstra a marca negativa com que estas tropas ficaram, por terem participado na incursão ilegal de Gabínio e terem permanecido em Alexandria. Já não são considerados legionários romanos, mas sim “homens de Gabínio”. As fontes antigas não nos dão muitas informações sobre este grupo de homens, porém não é impossível encontrarmos várias hipóteses viáveis. Assim, não se pode considerar que as forças são um grupo de soldados itálicos acompanhados por forças judaicas.

Os soldados de Pompeio, que ficaram no Oriente, integraram as forças de Gabínio (Caes. B. Civ. 3.105.3), mas a etnicidade desses homens era diversificada (Van't Dack, 1988, p.195). Para além da inclusão de não cidadãos provenientes da Itália, César indica-nos que, nas legiões de Pompeio, se encontravam também homens provenientes da Tessália, Beócia, Acaia e Epiro (Caes. B. Civ. 3.4). Gabínio não deixou a totalidade das suas tropas no Egito.

Porém, para conseguir mais informações sobre a composição destas forças, temos de avançar para o ano de 48 a.C., o ano do assassinato de Pompeio. Nesse ano, este tinha acabado de perder a batalha de Farsalo, a 9 de Agosto, contra César e fugira para junto dos seus clientes, os reis do Egito. No entanto, Ptolemeu XIII estava em guerra com a sua irmã, Cleópatra VII, com quem governava conjuntamente. O rei, com apenas 15 anos, tinha um grupo de conselheiros, que, querendo ficar do lado vencedor, decidem tentar agradar a César (Sales, 2001, p.722). Para isso, montam uma armadilha a Pompeio, para que parecesse que o estavam a receber de forma discreta, num barco na costa da cidade de Pelúcio, para segurança do triúviro, sendo na verdade uma armadilha (Plut. Vit.Pomp. 77; Cass. Dio 42.3; Luc. 8.524-560).

A identidade dos assassinos é nos indicada por três fontes, Plutarco (Plut. Vit. Pomp. 79.3), Dión Cássio (Cass. Dio 42.4) e Lucano (Luc. 8.561-610). Apenas Plutarco nos indica o nome dos três assassinos; Dión Cássio nomeia somente dois, assim como Lucano. O primeiro assassino, Lúcio Septímio, foi o antigo tribuno de Pompeio durante a sua campanha contra os piratas e posteriormente gabiniano. O seu nome aparece sempre em primeiro por causa da sua antiga ligação a Pompeio, tornando-o um traidor aos olhos das fontes antigas. O segundo era o comandante das forças ptolemaicas, Aquilas. Encontramo-lo sempre nomeado para indicar a responsabilidade do governo de Ptolemeu XIII no assassinato. E o terceiro, um centurião gabiniano chamado Sálvio (Plut. Vit. Pomp. 79; Cass. Dio 42.4; Luc. 8.561-610), provavelmente menos nomeado por ser considerado menos relevante do que os outros dois assassinos.

As informações dadas por estas fontes indicam claramente que ficaram soldados romanos em Alexandria (Van't Dack, 1988, pp.203-206). O comandante geral dos gabinianos, depois da partida de Gabínio para a Síria, terá sido Lúcio Licínio (Davis y Kraay, 1973, p.171), um nome claramente romano, e, os comandantes subalternos eram também soldados romanos (Goldsworthy, 2012, p.137). No entanto, fariam ainda parte dos gabinianos aqueles que mais tarde seriam tropas auxiliares. Recuando para o ano de

49 a.C., enquanto César e Pompeio estavam a recrutar forças para a guerra civil, Sexto Pompeio vai buscar 500 gabinianos a Alexandria. César identifica-os com a expressão Gallos Germanosque (Caes. B. Civ. 3.4.4.; Sabben-Clare, 1971, p.8), mas as tropas da região da Gália e da Germânia só começaram a ser integradas nas tropas do triúviro durante o seu proconsulado na Gália (Van't Dak, 1988, pp.192-193). Assim, impõe-se a questão: de onde são provenientes este «Gallos» e «Germanos» mencionados por César? Só poderemos levantar hipóteses, pois não temos mais informações sobre esta questão.

No século I a.C., existiam vários povos de origem gaulesa e germânica espalhados por toda a costa do Mediterrâneo. Na verdade, enquanto descrevia as tropas que Pompeio recrutava para as guerras, César usa Gallos para nomear as forças enviadas por Dejótaro (105-42 a.C.), rei da Galácia (Van't Dak, 1988, pp.192-193). Assim, as forças gaulesas, que César menciona fazerem parte dos gabinianos, poderão ser, na verdade, forças gálatas. Para as forças designadas como Germanos, não temos nenhuma menção de César que nos ajude a perceber a que povo se poderia estar a referir, mas Estrabão indica vários povos de origem germânica que, durante o I século a.C., estavam na região da Dácia e da Trácia (Str.8.3.11-12). A maior proximidade destas regiões ao Egito e a presença, de longa duração, destas populações no Egito, principalmente como tropas do exército ptolemaico (Sekunda, 1995, p.41), dão uma base sólida a esta hipótese.

Porém, não podemos deixar de lado a hipótese de que esta afirmação de César sobre a etnia dos gabinianos tenha sido um golpe de propaganda contra Pompeio, demonstrando que este recorreria a todo o tipo de tropas, sem olhar à sua origem ou ao seu carácter dúbio para conseguir uma vantagem sobre as legiões de César, disciplinadas segundo o modelo romano. A informação acerca dos gabinianos é limitada e difícil de interpretar (Van't Dak, 1988, p.204). Por isso, há perguntas que ficarão sem resposta por falta de dados para levantar hipóteses razoáveis. Como, por exemplo, quantos seriam os gabinianos? Apenas sabemos que seriam mais de 500, pois ainda permaneceram gabinianos no Egito, como nos indica César (Caes. B. Alex. 3.4) depois do recrutamento feito por Sexto Pompeio, já mencionado acima.

Goldsworthy coloca a hipótese de as forças terem o número equivalente a uma ou duas legiões (Goldsworthy, 2012, p.137). Enquanto Siani-Davies indica que o número de homens é desconhecido (Siani-Davies, 1997, p. 338). Davis e Kraay indicam que Gabínio terá chegado a Alexandria com três legiões e que deixou duas dessas para protegerem o rei (Davis y Kraay, 1973, p.171). Seguindo a mesma hipótese, Sales também nos fala de

três legiões (Sales, 2008, p.63), enquanto Legras refere que apenas ficaram as tropas ditas auxiliares, os 500 homens mencionados por César (Legras, 2014, p.277). Apesar de não existirem dados concretos para uma resposta segura, o mais lógico é Gabínio ter deixado entre uma a três legiões na cidade. Por um lado, Gabínio tinha de deixar um número de forças suficiente para conseguir proteger o rei das revoltas da população e, por outro, tinha de continuar com um número de legiões suficientes para lidar com insurreições na Judeia e na Síria.

Apesar de não existir nenhuma fonte que indique quem pagava todos os custos que envolviam uma força em guarnição como os gabinianos, podemos assumir sem grande risco que se tratava de Rabírio Póstumo, visto que também providenciou o dinheiro para o suborno de Gabínio e provavelmente de outros oficiais romanos. Goldsworthy afirma que foi o rei que pagou as tropas (Goldsworthy, 2012, pp.137-139), mas, apesar de Ptolemeu XII já ter ao seu dispor o tesouro do Egito, Rabírio Póstumo controlava as finanças do território. Por isso, mesmo que o dinheiro viesse do tesouro do Egito, era Rabírio que o administrava. Com financiamento garantido, só era preciso estabelecer os gabinianos na cidade de Alexandria, para ficarem perto do rei (Sales, 2013, pp.22-24).

Com o restabelecimento de Ptolemeu XII, Gabínio voltou para a Síria e Marco António regressa com ele. Desta forma, as tropas gabinianas ficaram sem os seus principais líderes (Grainger, 2013, p.541). Não sabemos se as tropas respondiam a ordens de Rabírio Póstumo, de Ptolemeu XII ou até de outra figura não mencionada pelas fontes. Apesar de esta alteração de chefia, os gabinianos cumprem o seu dever, mas a sua estadia iria alterar as características da presença romana na cidade de Alexandria.

Por causa da instabilidade vivida no Egito, (Roller, 2010, p.26) Rabírio Póstumo foi forçado a fugir e a voltar para Roma. Apesar da fuga de Rabírio, os Gabinianos permanecem em Alexandria a proteger o rei. Assim, Ptolemeu XII permaneceu no trono entre o final de 52 a.C. e o início de 51 a.C. No final do seu reinado, tornou a sua filha, Cleópatra VII co-regente (Hölbl, 2001, p.230). Ptolemeu XII acabaria por morrer em 51 a.C. na sequência de uma doença. No seu testamento, manteve a tradição e nomeia Ptolemeu XIII para governar juntamente com a sua irmã, Cleópatra VII (Roller, 2010, p.27). Em seguida, o rei pedia a Roma, invocando a aliança forjada em 59 a.C., que garantisse que os termos do seu testamento eram cumpridos (Caes. B. Civ. 3.108. 4-6; B. Alex. 33; Cass. Dio 42.35.4; Luc. 10. 92-99).

O início do reinado de Cleópatra VII e Ptolemeu XIII não foi pacífico. O Egito estava esgotado financeiramente por causa dos empréstimos contraídos por Ptolemeu XII (Tyldesley, 2008, pp.46-47). Os gabinianos estavam a dar problemas aos novos monarcas, que deveriam estar a sentir o peso de financiar um grupo de tropas romanas.

O cargo de procônsul da Síria foi entregue a Bíbulo, no ano 50 a.C. Sabendo que lhe faltavam tropas, decidiu convocar os gabinianos para voltarem à província. Designou os seus dois filhos para a tarefa e enviou-os para o Egito. Porém, os dois jovens não voltariam à Síria, pois foram assassinados pelos gabinianos, que se recusavam a obedecer a Bíbulo (Val. Max. 4.1.15). Segundo Bíbulo, estas tropas ainda eram vistas como romanas e formadas por cidadãos que tinham de cumprir o seu dever para com a República (Goldsworthy, 2012, p.169).

As tropas tinham-se acomodado em Alexandria e preferiam ficar na calma da cidade do que partir para prevenir um ataque parto e participar numa guerra (Grainger, 2013, p.679). Cleópatra já não tinha controlo sobre o grupo de soldados romanos. Para não perder a aliança com Roma, Cleópatra rapidamente prende os responsáveis pelo assassinato e envia-os a Bíbulo. No entanto, o procônsul recusa-se a julgá-los, afirmando que só o Senado tem poder para tal (Tyldesley, 2008, p.47). Não sabemos se os culpados pelo assassinato chegaram a ser julgados ou se apenas voltaram para Alexandria (Goldsworthy, 2012, p.170).

Todavia, não podemos considerar esta ação dos gabinianos como rebeldia perante Roma. Não passaria muito tempo sem que fossem chamados de novo, desta vez já em plena guerra civil (Goldsworthy, 2012, p.169; Caes. B. Alex. 3.4). Nesta ocasião, os gabinianos obedeceram a Roma, por isso não podemos dizer que existia uma rebeldia militante contra a República. Possivelmente, o grupo de soldados só respondia a Pompeio e aos seus subordinados. A lealdade das tropas é muito difícil de interpretar (Siani-Davies, 1997, p. 338), mas estes homens deviam ter conhecimento de que tinham agido sem aprovação do Senado e, por isso, receavam represálias de outros comandantes. Porém, com o início de uma guerra civil, já não existia possibilidade de serem julgados. Por outro lado, Gneu Pompeio pode ter apresentado uma proposta irrecusável a este grupo de homens.

As relações entre os monarcas ptolemaicos e a família de Pompeio não tinham sido descuradas nem prejudicadas pelas mudanças políticas. Pompeio, o Jovem, aparece a comandar a marinha egípcia, que estava inserida no conjunto das forças marítimas

pompeianas (Caes. B. Civ. 3.40; Luc. 8.524-603). Para além de terem devolvido uma parte das forças que pertencia a Roma, Cleópatra VII pôs as próprias forças ao dispor de Pompeio e enviou trigo para as suas tropas (Goldsworthy, 2012, p.171). A aliança formada pelo seu pai continuava a proteger a monarquia e a beneficiar os pompeianos.

No entanto, o equilíbrio de forças na corte ptolemaica não iria durar muito mais tempo. Os conselheiros de Ptolemeu XIII estavam contra Cleópatra VII desde que a rainha tinha tentado continuar no trono sozinha (Chauveau, 2000, p.26). Consequentemente, começou uma guerra civil entre os dois irmãos. Depois do assassinato de Pompeio (Goldsworthy, 2012, p.172-174; 2005, p.34; Seager, 2003, p.168), já aqui referido, Júlio César veio em perseguição do seu rival até ao Egito (Cass. Dio 42.8.1). César tinha levado consigo 3200 homens de infantaria, 800 de cavalaria e uma pequena frota de barcos de guerra (Caes. B. Civ. 3.106.1). Estabeleceu-se em Alexandria e transformou o palácio real no seu quartel-general (Caes. B. Civ. 3.112.8). Ao mesmo tempo, também procurava cobrar a restante dívida que provinha de Ptolemeu XII, uma quantia de 10 milhões de denários (Goldsworthy, 2006, p.441). César considerou que era seu dever resolver a disputa entre os dois irmãos. Assim, Roma conseguiu “aprisionar” o Egito política e financeiramente (Azevedo, 2016, p.130).

Pediu a ambos que comparecessem diante dele sem os seus exércitos (Hölbl, 2001, p.233). No entanto, a facção de Ptolemeu XIII considerou que seria melhor que o rei mantivesse o seu exército, em vez de o deixar em Pelúcio, do qual faziam parte dos gabinianos. César diz-nos que Aquilas tinha com ele cerca de 20.000 homens no total; este número pode, porém, ter sido fabricado para engradecer a vitória do general romano. César também descreve os gabinianos como habituados à maneira de viver em Alexandria, pois tinham casado e tido filhos, esquecendo assim a disciplina e costumes romanos (Caes. B. Civ. 3.110.1).

No entanto, os Alexandrinos não estavam contentes com a presença romana na cidade e os legionários romanos, que andassem sozinhos por Alexandria, podiam ser atacados e até mesmo mortos pela população (Goldsworthy, 2006, p.433). Se os gabinianos conheceram a mesma violência nos oito anos que permaneceram no Egito, a adoção dos costumes locais seria uma questão de sobrevivência.

Ao mesmo tempo, a tensão no palácio aumentava, porque César queria cumprir o testamento de Ptolemeu XII e tentar uma conciliação que permitisse aos dois irmãos governar em conjunto (Hölbl, 2001, p.234-235). No entanto, o rei, Ptolemeu XIII,

convocou o exército para dentro da cidade e quando Aquilas chegou começou uma investida contra os soldados romanos. César tentou contactar com Aquilas para chegar a um acordo, mas, mal os mensageiros chegaram, foram agredidos. Um deles foi morto e o segundo conseguiu escapar, mas com lesões muito graves. David Stuttard e Sam Moorhead levantam a hipótese de esta agressão ter sido um ato dos gabinianos (Stuttard y Moorhead, 2012, p.43). O conflito, que se iniciou ficou conhecido como a «Guerra Alexandrina» (Goldsworthy, 2012, pp.200-201). O cerco ao palácio real prolongou-se até ao ano 47 a.C. Porém, depois de chegarem os reforços de César, o general deu a volta à situação e conseguiu ganhar (Chauveau, 2000, p.28). Ptolemeu XIII morreria afogado durante este conflito, sendo Cleópatra a escolha clara para o trono (Sales, 2001, p.722). Agora os monarcas ptolemaicos faziam parte da clientela de César e o Egito torna-se num território de apoio a César.

Antes de deixar o Egito, o general romano definiu que Cleópatra VII ia governar com o seu irmão Ptolemeu XIV (Jones, 2006, p.XIV). Depois da derrota das forças ptolemaicas, desconhecemos o destino que César deu aos gabinianos, pois eram um polo de instabilidade. Assim, deixa no Egito três legiões romanas (Caes. B. Alex. 33-34), sob o comando de um oficial experiente chamado Rúfio (Suet. Iul. 76.3). Não sabemos se integrou os gabinianos nas suas legiões, nas que ficaram no Egito ou se os puniu de alguma forma. No entanto, a decisão de deixar legiões no país do Nilo muda a relação entre a República romana e a monarquia ptolemaica. A presença do exército romano no território egípcio marca a dependência e submissão a Roma (Gabba, 1976, p. 28). A partir de 47 a.C., o Egito passa a ser um protetorado romano, ficando definitivamente dependente de Roma (Hölbl, 2001, p.237). A guarnição romana de gabinianos, que ficou em Alexandria, foi o primeiro impulso para um domínio do Egito através da força militar e não apenas através de acordos e alianças políticas.

Bibliografía

- APPIAN (1972): *Appian's Roman History*, WHITE H. (Trad.), Vol. III, Harvard University Press, Cambridge.
- AZEVEDO, M. M. S. (2016): *Aulo Gabínio e Ptolemeu XII Auleta. Um capítulo na história das relações entre Roma e Egito*, Tese de Mestrado Policopiada, apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa.
- BENNET, C.; DEPAUW, M. (2007): «The Reign of Berenike IV (Summer 58-Spring 55 BC)», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 160, pp.211-214.
- BOWMAN, A. K. (1996): *Egypt after the Pharaohs, 332BC from Alexander to the Arab Conquest*, University of California Press, Berkeley.
- BRAUND, D. (1983): «Royal Wills and Rome», *Papers of British School at Rome*, 51, British School at Rome, Londres, pp. 16-57.
- BRAUND, D.C. (1983): «Royal Wills and Rome», *Papers of the British School at Rome*, 51, pp.16-57.
- CAESAR (1966): *The Civil Wars*, PESKETT, A.G. (Trad.), Harvard University Press, Cambridge.
- CASSIUS DIO (1969): *Dio's Roman History*, CARY, E. (Trad.), Vol. III, Harvard University Press, Cambridge.
- CHAUVEAU, M. (2000): *A vida quotidiana do Egito no tempo de Cleópatra (180-30 a.C.)*, Edição «Livros do Brasil» Lisboa.
- CICERO (1935): *The Verrine Orations*, GREENWOOD, L. H. G. (Trad.), Harvard University Press, Cambridge.
- CICERO (1979): *Pro Milone, In Pisonem, Pro Scauro, Pro Fonteio, Pro Rabirio Postumo, Pro Marcelo, Pro Ligario, Pro Rege Deiotaro*, WATTS, N. H. (Trad.), Vol. XIV, Harvard University Press, Cambridge.
- CICERO (1999): *Letters to Atticus*, BAILEY, D. R. S. (Trad.), Vol. I-IV, Harvard University Press, Cambridge.
- CICERO (2001): *Letters to Friends*, BAILEY, D. R. S. (Trad.), Vol. I-III, Harvard University Press, Cambridge.
- CICERO (2002): *Letters to Quintus and Brutus. Letter Fragments. Letter to Octavian. Invectives. Handbook of Electioneering*, BAILEY, D. R. S. (Trad.), Harvard University Press, Cambridge.

- CORPUS CAESARIUM (1964): *Alexandrian, African and Spanish Wars*, WAY, A.G. (Trad.), Harvard University Press, Cambridge.
- CRISCUOLO, L. (2013): «Ptolemies and piracy», en KOSTAS, B., STEFANOU, M, THOMPSON, D.J., (Eds.), *The Ptolemies, the Sea and the Nile, Studies in Waterborne Power*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 160-171.
- DAVIS, D. L. (2001): *Navigation in the Ancient Eastern Mediterranean*, Texas University, Texas.
- DAVIS, N., KRAAY, C.M. (1973): *The Hellenistic Kingdoms. Portraits coins and history*, Thames and Hudson, Londres.
- DIO CHRYSOSTOM (1961): Discourses, COHOON, J.W. (Trad.), Vol. I, Harvard University Press, Cambridge.
- GABBA, E. (1976): *The Roman Republic, the Army and the Allies*, University California Press, Berkeley e Los Angeles.
- GOLDSWORTHY, A. (2005): *Caesar's Civil War, 49-44 BC*, Routledge, Nueva Iorque e Londres.
- GOLDSWORTHY, A. (2006): *Caesar, The life of a Colossus*, Weidenfeld&Nicolson, Londres.
- GOLDSWORTHY, A. (2012): *António e Cleópatra*, A Esfera dos Livros, Lisboa.
- GRAINGER, J. D. (2013): *Egypt and Judaea (Roman Conquest)*, Pen&Sword Military, South Yorkshire.
- HABITCH, C. (2008): «The Seleucids and their rivals», en ASTIN, A.E., WALBANK F.B.A., F.W., FREDERIKSEN, M.W., OGILVIE, R.M. (Eds.): *The Cambridge Ancient History, Rome and the Mediterranean to 133 B.C.*, Vol. VII, pp.324-387.
- HÖLBL, G. (2001): *A History of the Ptolemaic Empire*, Routledge, Nueva Iorque e Londres.
- JONES, P. J. (2006): *Cleopatra: A Sourcebook*, Oklahoma University Press, Oklahoma.
- JOSEPH (1966): *Jewish Antiquities*, MARCUS, R. (Trad.), Vol. VII, Harvard University Press, Cambridge.
- JOSEPH (1967): *Jewish War*, THACKERAY, H. ST. J. (Trad.), Vol.II, Harvard University Press, Cambridge.
- LEGRAS, B. (2014): «Expériences romaines dans le royaume lagide sous Ptolémée XII et Cléopâtre VII», *L'imperium Romanum en perspective*, pp. 269-282.

- LUCAN (1956): *Pharsalia, Dramatic Episodes of the Civil Wars*, GRAVES. R. (Trad.), Penguin Books, Londres.
- MANLEY, B. (1996): *The Penguin Historical Atlas of Ancient Egypt*. The Penguin Group, Londres.
- NEATBY, L. H. (1950): «Romano-Egyptian Relations during the Third Century B. C.», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 81, pp. 89-98.
- PHILO (1855): *The Works of Philo Juddaeus*, YONGE, C.D., BOHN, H.G., Vol.4.
- PLINY THE ELDER (1952): *Natural History*, RACKHAM, H. (Trad.), Vol. IX, Cambridge, Harvard University Press, 1952.
- PLUTARCH (1968): *Plutarch's Lives*, PERRIN, B. (Trad.), Harvard University Press, Cambridge.
- ROLLER, C.W. (2010): *Cleopatra: A Biography*, University Press, Oxford.
- SABBEN-CLARE, J. (1971): *Caesar and Roman Politics, 60-50 BC*, Oxford University Press, Oxford.
- SALES, J.C. (2001): «Ptolomeus», en ARAÚJO, L.M. (Dir.): *Dicionário do Antigo Egipto*, Editorial Caminho, Lisboa.
- SALES, J.C. (2008): *Poder e Iconografia no Antigo Egipto*, Livros Horizonte, Lisboa.
- SALES, J.C. (2013): «The Ptolemies: An unloved and unknown dynasty. Contributions to a different perspective and approach», en SOUSA, R., FIALHO, M., HAGGAG, M., RODRIGUES, N.S. (Eds.): *Alexandrea ad aegyptum: The legacy of multiculturalism in antiquity*, Edições Afrontamento, pp.35-47.
- SALLUST (2015): *Fragments of the Histories. Letters to Caesar*, RAMSEY, J. T. (Trad.), Harvard University Press, Cambridge.
- SAMPSON (2013): *The Collapse of Rome, Marius, Sulla & The 1st Civil War (91-70 BC)*, Pen&Sword Military, South Yorkshire.
- SEAGER, R. (2003): *Pompey the Great. A political biography*, Blackwell Publishing, Oxford.
- SEKUNDA, N. (1995): *Seleucid and Ptolemaic reformed armies 168-145 BC, The Ptolemaic Army*, Vol.2, Montvert Publications, Stockport.
- SHATZMAN, L. (1971): «The Egyptian Question in Roman Politics 59-54 BC», *Latomus*, 30, pp.363-369.

- SHERWIN-WHITE, A.N. (2008): «Gabinius and the aftermath of Pompey» en: CROOK, J.A.; LINTOTT, A.; RAWSON, E. (Eds.): *The Cambridge Ancient History, The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B.C*, Cambridge University Press, Cambridge, Vol. IX, pp. 271-273.
- SIANI-DAVIES, M. (1997): «Ptolemy XII and the Romans», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 46, 3, pp. 306-340.
- STRABO (1966): *Geography*, JONES, H.L (Trad.), Vol. VIII, Harvard University Press, Cambridge.
- STUTTARD, D., MOORHEAD, S. (2012): *31 BC, Antony, Cleopatra and the Fall of Egypt*, The British Museum Press, Londres.
- SUETONIUS (1979): *The Lives of the Caesars*, ROLFE, J.C. (Trad.), Vol.I, Harvard University Press, Cambridge.
- THOMPSON, D. J. (2008): «Egypt, 146-31 BC», en CROOK, J.A.; LINTOTT, A.; RAWSON, E. (Eds.): *The Cambridge Ancient History, The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B.C*, Cambridge University Press, Cambridge, Vol. IX, pp. 310-326.
- TITE-LIVE (1984): *Abrégés des livres de l'histoire romaine de Tite-Live*, JAL, P. (Trad.), Les Belles Lettres, Paris.
- TYLDESLEY, J. (2008): *Cleopatra, Last Queen of Egypt*, Profile Books, Londres.
- VALERIUS MAXIMUS (2000): *Memorable Doings and Sayings*, BAILEY, D. R. S. (Trad.), Vol. I, Harvard University Press, Cambridge.
- VAN'T DACK, E. (1988): «L' armée romaine d'Égypte de 55 à 30 av. J.C.», *Studia Hellenistica, Ptolemaica Selecta*, 29, 187, 4.
- WILLIAMS, R. S. (1985): «Rei Publicae Causa: Gabinius' Defense of His Restoration of Ptolemy Auletes», *The Classical Journal*, Vol. 81, 1, pp. 25-38.
- WILLIAMS, R.S. (1978): «The Role of “Amicitia” in the career of A. Gabinius», *Phoenix*, Vol. 32, 1, pp.25-38.
- WISEMAN, T.P. (2008): «Caesar, Pompey and Rome, 59-50 a.C.», en CROOK, J.A.; LINTOTT, A.; RAWSON, E. (Eds.): *The Cambridge Ancient History, The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B.C*, Cambridge University Press, Cambridge, Vol. IX, pp. 368-423.

**LA FRONTIERA FISICA E LA FRONTIERA MILITARE TRA BIZANTINI E
LONGOBARDI NELLA PUGLIA SETTENTRIONALE TRA X E XI SECOLO
THE PHYSICAL AND THE MILITARY FRONTIER BETWEEN
BYZANTINES AND LOMBARDS IN NORTHERN APULIA (ITALY) DURING
X-XI CENTURY**

Federica Chirco

Università degli Studi di Firenze

Cosimo Damiano Diella

Università degli Studi di Firenze

Resumen: En un período cronológico entre los siglos X y XI, la parte norte de la Apulia fue escenario de numerosos conflictos entre Bizantinos y Lombardos para la conquista del territorio mencionado.

Para evitar incursiones en su espacio de control, surgió una especie de frontera que, en gran parte, explotaba la morfología del territorio. En particular, esta frontera tuvo que desarrollarse aproximadamente a lo largo del valle inferior del Fortore, el Monti Dauni, el valle superior del Ofanto y el Buitre, continuando luego hacia el sur. En defensa de la frontera misma, los Bizantinos construyeron algunos *castra*, como Troia, Civitate, Vaccarizza, Fiorentino y Montecorvino. Ellas estructuras fortificadas fueran generalmente colocadas en una elevación con el fin de controlar toda el área afectada. En general, se trata de asentamientos rodeados de circuitos de muros o zanjas y organizados alrededor de un eje principal de la carretera

Palabras clave: Edad Media, Apulia, frontiera, Bizantinos, Lombardos, castrum

Abstract: In a chronological period between the Xth and XIth centuries, the northern part of Apulia was the site of numerous conflicts between Byzantines and Lombards for the conquest of the aforementioned territory. In order to avoid raids in its control space, a sort of frontier emerged that, in large part, exploited the morphology of the territory. In particular, this frontier had to roughly develop along the lower valley of the Fortore, the Monti Dauni, the upper valley of the Ofanto and the Vulture, continuing then towards the south. In defense of the border itself, the Byzantines built several *castra*, such as Troia, Civitate, Vaccarizza, Fiorentino and Montecorvino. They were fortified structures generally placed on a rise in order to control the whole affected area. These were generally settlements surrounded by wall circuits or ditches and organized around a main road axis.

Keywords: Middle Ages, Apulia, frontier, Byzantines, Lombards, castrum

Introduzione

I Bizantini avviarono l'opera di riconquista dei territori longobardi già dalla fine del IX secolo. Infatti, dopo che l'imperatore dei Franchi, Ludovico II espugnò l'emirato di

Bari nell'870, la situazione territoriale divenne del tutto favorevole ai Bizantini. L'assalto fu portato avanti congiuntamente dai Franchi, dai Longobardi e da una flotta croata, dietro pretesto e avvallo della Chiesa preoccupata per una presenza stabile di origine islamica nella penisola.

Nell'876, a causa di una nuova minaccia saracena, Bari, già gastaldato longobardo, si riconsegnò allo stratega bizantino di Otranto, Gregorio. Da questo momento ebbe inizio la riconquista bizantina della Puglia per volontà dell'imperatore Basilio I che, verso l'891 insieme allo stratega Simbaticio, si spinse fino a Benevento occupando la città per qualche anno. Queste operazioni militari dell'ultimo quarto del IX secolo riportarono nell'orbita bizantina vari distretti che furono poi inquadrati nel Catepanato d'Italia, cioè l'unione dei territori dell'Impero retti da un catepano (Bertelli *et alii*, 2010, pp. 343-344).

Per alcuni decenni a cavallo tra IX e X secolo, i rilievi Sanniti e Dauni e il Tavoliere rappresentarono un fronte d'attrito fra territori difesi dai Bizantini e terre soggette al Ducato beneventano. Ciò comportò, come già accaduto all'arrivo longobardo nel VII secolo, la costituzione di una frontiera mobile instabile e fluida, anche a causa del progressivo ritiro dei Greci verso il litorale sotto la spinta dei Longobardi (Favia, 2010a, pp. 198-200; Favia, 2015, pp. 414-415).

Successivamente, le diverse conquiste compiute nel X secolo diedero vita al cosiddetto *thema di Longobardia* e al Catepanato d'Italia. In particolare, a seguito di ciò, il nord della Puglia e la Basilicata nordorientale divennero una zona di confine settentrionale tra il ducato Longobardo e il Catepanato.

Il presente studio ha ad oggetto l'individuazione e la ricostruzione di una potenziale frontiera territoriale e militare localizzabile nella Puglia Settentrionale durante la riconquista Bizantina. In particolare, l'indagine cercherà di focalizzare l'attenzione nel periodo compreso tra il X e l'XI secolo.

Formazione della frontiera

La frontiera fisica tra Bizantini e Longobardi doveva grosso modo svilupparsi lungo la bassa valle del Fortore, i Monti Dauni, l'alta valle dell'Ofanto e il Vulture, proseguendo poi verso sud.

Per alcuni decenni, la zona di confine suddetta fu dominata dai Bizantini in maniera discontinua per varie ragioni: infatti, da una parte, i Longobardi del ducato di Benevento premevano per occuparla, e, dall'altra parte, vi erano le costanti minacce delle incursioni

arabe e delle spedizioni degli imperatori Franchi (Noyè *et alii*, 2011, pp. 265-266; Favia, 2011, pp. 107-109).

Sul piano istituzionale, la riorganizzazione delle difese della Puglia settentrionale, dal Gargano al Subappennino Dauno, ripresero la suddivisione territoriale di età augustea (la fascia fra Biferno e Fortore fungeva da confine fra regio II e IV) sfruttando i confini naturali come punti strategici, militari e difensivi (Favia, 2010b, p. 131).

Lungo il litorale adriatico, i fiumi Biferno e Fortore rappresentarono di fatto l'asse geografico di limite fra basso e medio Adriatico. In particolare, il Biferno ha origine dai Monti del Sannio, mentre il Fortore marca il passaggio fra questi e il Subappennino Daunio, da una parte, e fra la pianura del Tavoliere e l'Appennino irpino-sannitico, dall'altra.

Tra il X e la prima metà dell'XI secolo, in un contesto politico e istituzionale complesso, come appena descritto, la Capitanata divenne una zona di confine, una fascia fra le terre del principato longobardo di Benevento e il Catepanato d'Italia bizantino. Ciò fece avviare nuovi meccanismi di popolamento e di occupazione del territorio mediante la costruzione di *castra* a scopo difensivo (Martin y Noyè 1989, pp. 559 – 596; Noyè 1998, pp. 229-243).

Caratteristiche generali degli insediamenti e del sistema difensivo: i *castra*

La riorganizzazione bizantina a difesa della frontiera settentrionale della Puglia fu caratterizzata dal fenomeno dell'incastellamento, cioè dalla costruzione di *castra* posti lungo la frontiera con la funzione di controllo della zona stessa. Tuttavia, ciò non scaturì solamente da un'esigenza militare e di conquista territoriale ma anche dall'acquisizione di spazi del dominio fondiario e di potere signorile.

La linea di insediamenti fortificati bizantini della Puglia settentrionale garantiva dunque la protezione della Capitanata e dell'intera regione pugliese dalle minacce longobarde e, in prospettiva più lontana, della corona imperiale germanica.

La necessità strategica del sistema difensivo riaffermò la presenza bizantina nella Puglia settentrionale e funzionò come motore propulsore per il popolamento del comprensorio.

Per la costruzione dei *castra* vennero sia riutilizzati alcune rocche longobarde e borghi murati di fondazione bizantina, sia recuperati porzioni di bacini insediativi già frequentati in epoca romana e poi abbandonati o riutilizzati solo per un certo tempo

nell'Altomedioevo (Favia, 2012, pp. 128 – 130). L'ubicazione dei *castra*, soprattutto in posizioni relativamente strategiche (pianori, poggi, terrazzamenti), consentiva anche un certo respiro nello sviluppo dell'agglomerato, modellato su schemi accostabili a quelli propriamente urbani, nonostante le dimensioni abbastanza ridotte degli stanziamenti stessi (Favia y Maruotti, 2015, p. 91-101).

I *castra* si presentavano come piccole città cinte da mura, topograficamente definiti da circuiti e perimetri murari o da fossati, recinti leggeri, terrapieni o, ancora, dalla combinazione di elementi in pietra e di dispositivi in terra o in negativo. Queste soluzioni costituivano un apparato di protezione e delimitazione anche di abitati privi di una particolare connotazione castrale (Cirelli y Noyè, 2003, p. 481-486). La configurazione orografica di alcuni siti bizantini, adagiati su pianori sommitali, relativamente estesi e allungati o su poggi e speroni collinari, comunque praticabili in maniera abbastanza agevole, mostrava tali poli demici dal punto di vista topografico, diversamente dagli schemi degli insediamenti castrali arroccati e di dimensioni ridotte propri dei territori longobardi (Favia, 2012, pp. 128-130; 2010a, pp. 207 – 211).

Alla luce di quanto premesso, i *castra* rappresentano il prodotto della pianificazione territoriale, espressamente voluta dall'autorità imperiale e catepanale per rafforzare e popolare la zona di confine tramite il presidio costituito da una serie di piccole città fortificate (Favia, 2011, pp. 110–111). Inoltre, essi ospitavano verosimilmente esponenti dell'amministrazione imperiale, diversamente dalle semplici fortezze militari o dai villaggi fortificati in cui erano presenti semplici guarnigioni militari (Favia, 2015, p. 414-419).

Per quanto riguarda la menzione dei siti bizantini nelle fonti scritte di carattere geografico, quest'ultime non esplicitano la condizione di frontiera. Tuttavia, tramite l'elenco delle entità castrali bizantine fornito dal geografo bizantino Giorgio di Cipro (*Descriptio Orbis Romani*), è possibile ricostruire il confine fortificato della frontiera posto immediatamente a corona della regione (Fig.1).



Fig. 1: *Castra* bizantini menzionati dalle fonti scritte (Noyè, Cirelli y Lo Mele, 2011).

I *castra* bizantini erano muniti di una cinta in muratura che racchiudeva un abitato che si sviluppava lungo un asse viario principale. Grazie alla lettura topografica di questi insediamenti di età bizantina, sono state individuate planimetrie allungate percorse da una via principale, denominata *strata* o *platea maior* (Cirelli y Noyè, 2003, pp. 481-486).

L'organizzazione insediativa poteva prevedere un settore destinato a una presenza residenziale di funzionari imperiali o di notabili, topograficamente e strutturalmente distinto dal resto dell'abitato, ubicato ad un'estremità del sito. Un dato peculiare è rappresentato dal fatto che le chiese costituivano elementi nodali del tessuto cittadino. Infatti, i siti in cui il progetto catepanale abbinava la funzione militare e difensiva con un carattere urbano e con una funzione di polarizzazione del popolamento, furono dotati della dignità episcopale.

Nel 1022, durante il catepano bizantino Basilio di Boioannes, sono menzionati a controllo della frontiera i centri fortificati di Fiorentino, Dragonara, Civitate, Montecorvino, Tertiveri, Vaccarizza. I principali siti costituenti la suddetta frontiera erano Troia, Biccari, Dragonara, Civitate, Cisterna, Montecorvino, Tertiveri, Fiorentino. Essi erano collocati in posizione elevata, oltre i 500 mslm con scelta preferenziale sui pianori, i terrazzi e gli speroni rocciosi. Infatti, l'orografia dei luoghi permetteva uno sviluppo topografico in piano ma con dimensioni contenute (Favia, 2015, p. 416).

Gli stessi processi di arroccamento insediativo, a forte componente strategica, caratterizzarono anche gli stanziamenti longobardi sulla dorsale montana dauna tra la fine del IX e X secolo (Noyè *et alii*, 2011, pp. 263 – 278).

I siti longobardi, come Monterotaro e Volturara, erano localizzati in posizione strategicamente rilevante, protetti dalla zona geografica circostante e dalla difesa militare. Probabilmente questo fenomeno costituisce un nuovo tentativo volto all'espansionismo dei Bizantini. Importante è in questo caso la vicenda del castello di Serracapriola (proprietà di una famiglia longobarda) sito sulla riva sinistra del Fortore e attestato dalle carte dagli inizi dell'XI secolo. Ciò conferma che, tra la fine del X e la prima metà dell'XI secolo, i Monti della Daunia e la Valle del Fortore tornavano nuovamente ad assolvere il ruolo di terre di frontiera, riproponendo una situazione ripetutasi più volte nel corso del tempo e, in questa occasione, declinata in base alla ridefinizione dei rapporti di forza e degli spazi di dominio fra Longobardi e Bizantini.

Tramite l'incrocio delle fonti scritte e le verifiche archeologiche sul terreno, il paesaggio del basso corso del Fortore nella prima metà dell'XI secolo presentava un'elevata densità di stanziamenti lungo la riva sinistra dello stesso, ancora verosimilmente sotto controllo longobardo (Favia, 2010b, pp. 135–139). Inoltre, grazie ad alcune fonti d'archivio ecclesiastiche, sono stati individuati alcuni siti longobardi lungo la linea di frontiera (Fig. 2).



FIG. 2: *Castra* longobardi citati dalle fonti scritte d'archivio ecclesiastiche.

Il processo di fortificazione avviato lungo la riva destra del Fortore e sui crinali del Subappennino Daunio, promosso dall'autorità amministrativa locale dell'Impero guidata dal catepato Basilio Bojoannes, fu portato a termine agli inizi dell'XI secolo (Favia, 2010a, pp. 197-214). Il sistema difensivo aveva inizio da Ripalta, alla foce del fiume Fortore, arretrava verso il Tavoliere nei pressi del sito di Fiorentino per poi concludersi sull'arco dei Monti Dauni con i siti di Montecorvino, Tertiveri e Troia (Favia, 2015, pp. 414-419).

Martin ha ipotizzato che altri insediamenti, come ad esempio Biccari, Aqua Torta, Monte Calvello e forse Montellari, Monte Aguto, Orsara, possano avere rappresentato punti difensivi lungo i Monti della Daunia (Martin, 1990, pp. 175-201). In realtà è difficile stabilire quali tra questi siti fosse di origine longobarda o bizantina, inoltre non si può escludere che gli stanziamenti bizantini fortificati possano avere recuperato aree già precedentemente frequentate, in particolare in età altomedievale, come nel caso del più tardo centro demico di Fiorentino (Martin y Noyè, 1987, pp.63-78;).

A tal proposito, di rilevante utilità è l'analisi spaziale effettuata tramite Qgis su alcuni dei siti già menzionati e sul comprensorio dell'alta e media valle del fiume Fortore, l'alta valle del Triolo, l'alta valle del Salsola, l'alta valle del Vulgàno (Stoico y D'altilia, 2012, pp. 54-58). Tale studio ha messo in evidenza come gli insediamenti fortificati costituenti la frontiera, oltre ad essere stati collocati in posizioni elevate, si presentano nelle immediate vicinanze dei principali corsi d'acqua (Fig. 3).

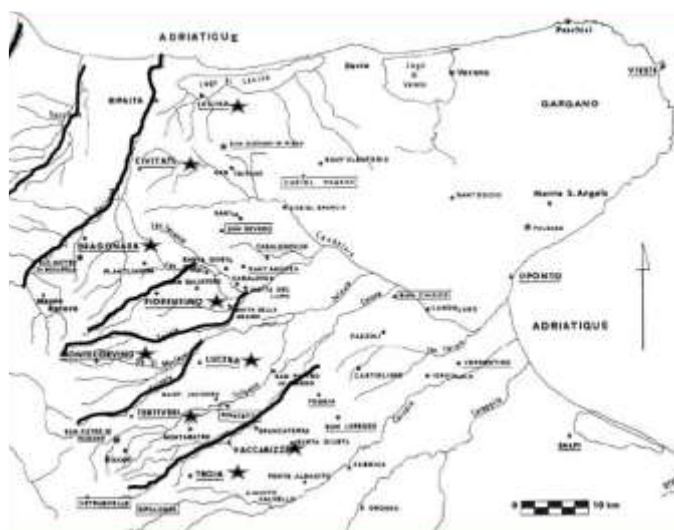


Fig. 3: Il ruolo dei corsi d'acqua come difesa naturale.

Oltre alle caratteristiche orografiche del territorio, un altro fattore di rilevante importanza era la visibilità tra i siti. Infatti, le analisi condotte a partire dal sito di Montecorvino hanno mostrato un'ampia fascia di visibilità utile al controllo sia del proprio territorio sia tra i siti fortificati. Inoltre, da un sito d'altura era possibile vedere almeno altri due siti fortificati della frontiera stessa: ad esempio, da Montecorvino erano controllabili i centri fortificati di Tertiveri, Volturino e Biccari, oltre ad avere il controllo sul più grande centro del comprensorio, cioè la città di Lucera (Fig. 4).

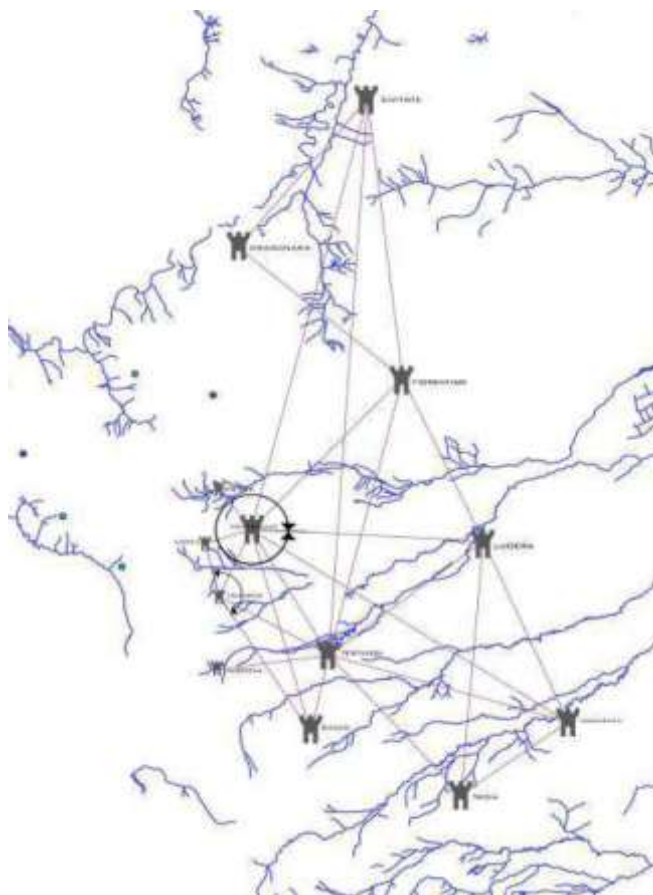


Fig. 4: Analisi spaziale e della visibilità dei *castra* bizantini (Stoico y D'Altilia, 2012).

Infine, tale fattore della visibilità consentiva versosimilmente, oltre al controllo del territorio, la comunicazione tra i siti e il coordinamento di operazioni militari congiunte.

Casi di studio

Elencate le caratteristiche principali sulla scelta e la formazione dei siti bizantini e longobardi, nei prossimi paragrafi saranno esaminati specificatamente alcuni casi.

Vaccarizza

La città bizantina di Vaccarizza, ben documentata dalle fonti scritte, compare nella scena storica all'inizio dell'XI secolo a proposito di una battaglia che si svolse tra Greci e Normanni.

Il sito fu individuato grazie alle fotografie aeree realizzate durante la seconda guerra mondiale e visitato alla fine degli anni quaranta del secolo scorso da J. Bradford.

I risultati delle ricognizioni hanno consentito di precisare l'arco cronologico di vita dell'insediamento collocandolo tra la prima metà del X e il XIII secolo. In particolare, le ultime testimonianze di occupazione del sito erano concentrate sulla motta. Le strutture sepolte in epoca normanna erano circondate da un poderoso muro costruito in più fasi e con diverse tecniche edilizie determinando così la morfologia della motta castrale. La fortificazione aveva forma di uno sperone di pianta trapezoidale (metri 230×125) e risultava protetta a sud da un rialzamento artificiale del terreno, a sud-ovest da un cucuzzolo di circa 10 metri al di sopra del piano di campagna, mentre a nord dominava la valle del fiume Celone (Cirelli y Noyè, 2003, pp. 481-486).

Dal punto di vista morfologico, il *praitôrion* della città bizantina, che occupava una posizione marginale rispetto alla città, si presentava come una specie di cortile circondato da vari ambienti addossati al recinto e collegato, tramite la *plateia*, alla porta urbana (Noyè *et alii*, 2011, pp. 263-278).

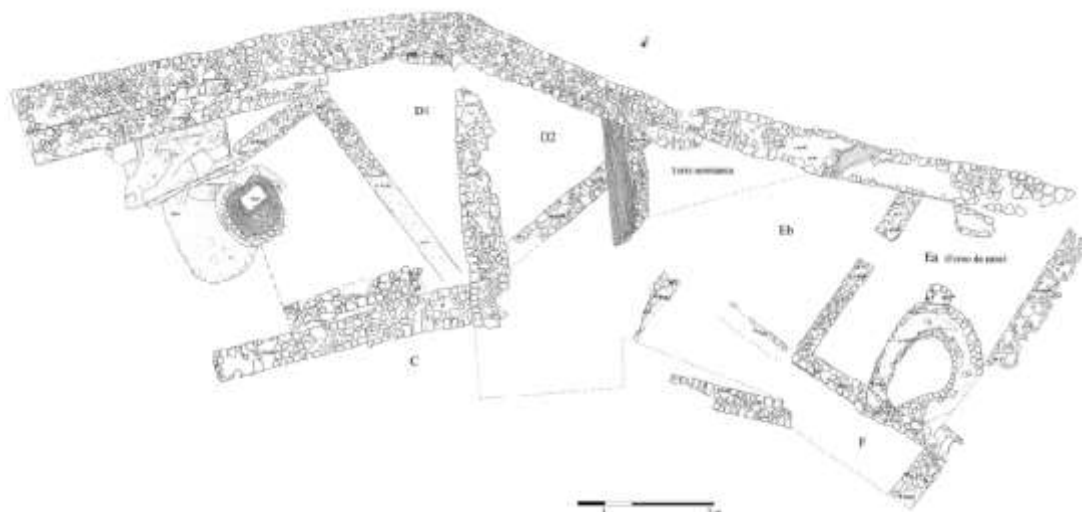


Fig. 5: Planimetria delle strutture del sito di Vaccarizza (Cirelli y Noyè, 2003, pp. 481-486).

La costruzione del recinto urbano e quello della cittadella, probabilmente svolta contemporaneamente, sono ascrivibili ad una delle due campagne di fortificazione che

seguirono la riconquista di buona parte dell'Italia meridionale da parte dei Bizantini (FIG. 5).

Fiorentino

Fiorentino è un *castron* bizantino la cui fondazione *ex nihilo* avvenne probabilmente tra il 1020 e il 1030.

Gli scavi archeologici hanno permesso di individuare alcune strutture precedenti come la *domus federiciana* (Beck, 1990, pp. 137-154; Favia, 2010a, p. 201).

A queste fasi sono da ricondurre un fossato, una serie di fosse granarie e alcuni resti murari inglobati nelle successive strutture di epoca sveva (Fig. 6). Inoltre, al di sotto delle strutture di XIII secolo, è stato individuato un impianto per la spremitura delle olive (Favia, 2012, p. 131; Favia, 2015, p. 416).

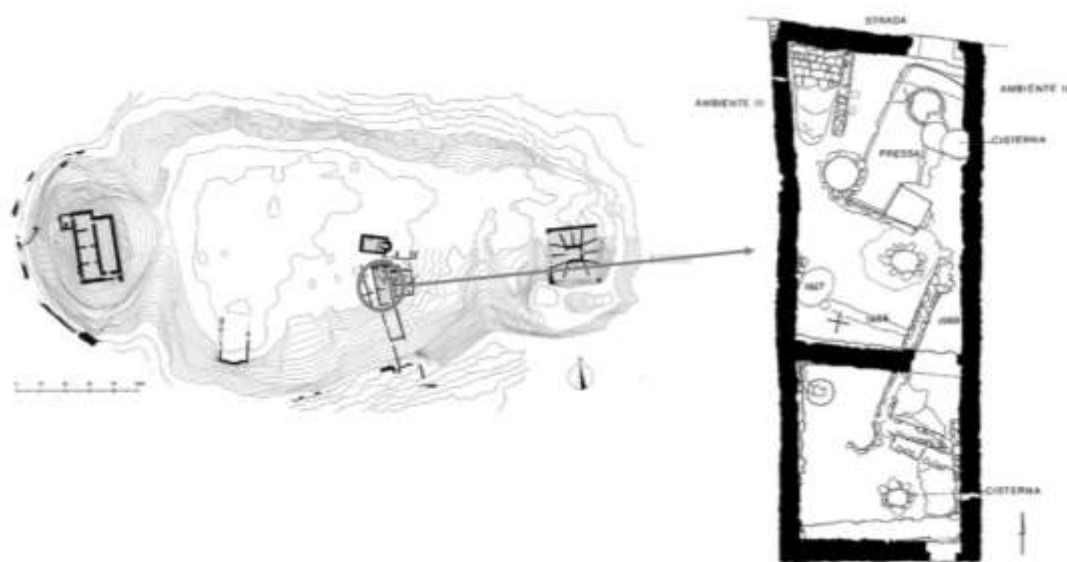


Fig. 6: Strutture di epoca bizantina (1020-1030) al di sotto delle stratigrafie di XIII secolo (Favia, 2010b; 2015).

Montecorvino

Le indagini archeologiche svolte in questo sito hanno messo in luce alcuni setti murari riferibili all'età bizantina (X-XI secolo) al di sotto della torre normanna costruita su una motta verso il XII secolo (Favia, 2011, pp. 110–112). La suddetta datazione sarebbe confermata dalla divergenza degli allineamenti di questi setti murari rispetto a quelli di epoca successiva (Favia, 2015, pp. 415–417).

All'epoca catepanale risalirebbe invece la prima fase della chiesa di Montecorvino (XI secolo) che, sulla base delle fonti scritte e delle dimensioni, ospitava il rango vescovile (Favia *et al.*, 2015a, pp. 191-196). In particolare, le analisi degli elevati dell'edificio sacro hanno permesso di ascrivere a questa fase la parte terminale della struttura, le absidi e parte dei setti murari (Fig. 7- Favia *et al.*, 2015b, pp. 141-164).

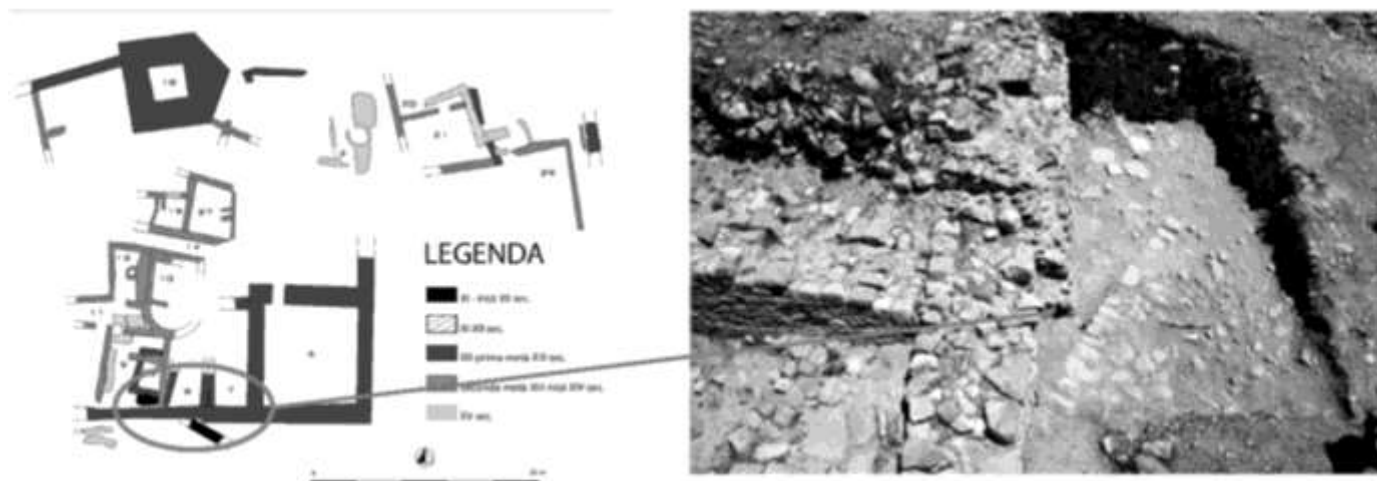


Fig. 7: Zona del castrum con setti murari appartenenti alla fase bizantina (Favia *et alii*, 2015a).

Conclusioni

La mobile frontiera longobardo-bizantina seguiva il corso del Fortore per poi correre, nel contesto subappenninico, lungo lo spartiacque fra il bacino idrografico dello stesso Fortore e quello degli affluenti del Candelaro, ovvero Triolo, Salsola e Celone (Fig. 8).

La costruzione dei *castra* e il fattore di rapidità nell'assetto delle difese rappresentarono con molta probabilità un punto fondamentale per la definizione della frontiera tra Longobardi e Bizantini.

Infine, alla luce dell'analisi dei siti condotta nei paragrafi che precedono, precisamente Vaccarizza, Fiorentino e Montecorvino, è possibile affermare come la presenza di strutture difensive e/o urbane, ovvero tramite la realizzazione dei *castra*, ha costituito la frontiera fisica e militare, seppur non territorialmente delimitata e determinata quale zona di confine.



Fig. 8: Siti longobardi, siti bizantini e probabile linea di frontiera.

Bibliografia

- BECK, P. (1990): «Archeologia di un complesso castrale: Fiorentino in Capitanata», en FRANCOVICH R., MILANESE M. (ed): *Lo scavo archeologico di Montarrenti e i problemi dell'incastellamento medievale. Esperienze a confronto*, Firenze.
- BERTELLI, G., LEPORE, G., TROTTA, M., ATTOLICO, A. (2010): «Sulle tracce dei Longobardi in Puglia: alcune testimonianze», en ROMA G. (ed): *I Longobardi del Sud*, Roma.
- CIRELLI, E., NOYÉ, GH., (2003): «La cittadella bizantina e la motta castrale di Vaccarizza (Scavi 1999-2002) », en FIORILLO R., PEDUTO P. (ed.): *III Congresso di Archeologia Medievale (Salerno, 3-5 Ottobre 2003)*, Firenze.
- FAVIA, P. (2015): «*Graeci* di frontiera: impronte bizantine nelle soluzioni insediative e territoriali di fine IX–prima metà XI secolo in Capitanata e Lucania», en ARTHUR P., IMPERIALE M. L. (ed.): *VII Congresso di Archeologia Medievale (Lecce, 9–12 settembre 2015)*, Firenze.
- FAVIA, P., GIULIANI, R., CORVINO, C., MARUOTTI, M., MENNANNO, P., VALENZANO, V. (2015a): «Montecorvino. Parabola insediativa di una cittadina dei Monti Dauni fra XI e XVI secolo», en ARTHUR P., LEO IMPERIALE M. (ed.): *VII Congresso Nazionale di Archeologia Medievale (Lecce, 9 – 12 settembre 2015)*, Firenze.
- FAVIA P., GIULIANI R., CORVINO C., CARDONE A., MENNANNO. P., VALENZANO V. (2015b): «La ricerca archeologica sul sito di Montecorvino. Le campagne di scavo 2011–2014», en Gravina A. (ed.): *Atti del 35° Convegno Nazionale di Preistoria, Protostoria e Storia della Daunia (S. Severo, 15 – 16 novembre 2014)*, San Severo.
- FAVIA, P., MARUOTTI, M. (2015): «Caratteri insediativi delle recinzioni e fortificazioni di terra nella Capitanata medievale. Diagnostica archeologica, analisi di superficie, casi di scavo», en *Archeologia Medievale, Cultura materiale, Insediamenti, territorio*, no. XL, Firenze.
- FAVIA, P. (2012): «Scelte insediative, architettoniche e funzionali per le sedi del potere nella Puglia settentrionale in età medievale», en REDI F., FORGIONE A. (ed.): *VI Congresso Nazionale di Archeologia Medievale (L'Aquila, 12-15 Settembre 2012)*, Firenze.

- FAVIA, P., (2011): «Processi di popolamento, configurazioni del paesaggio e tipologie insediative», en FAVIA, P., DE VENUTO, G. (ed.): *La Capitanata e l'Italia meridionale nel secolo XI da Bisanzio ai Normanni*, Atti delle due Giornate di Capitanata (Apricena, 16-17 aprile 2005), Bari.
- FAVIA, P. (2010a): «Dalla frontiera del Catepanato alla “Magna Capitana”: evoluzione dei poteri e modellazione dei quadri insediativi e rurali nel paesaggio della Puglia settentrionale fra X e XIII secolo», *Archeologia Medievale. Cultura materiale, Insediamenti, territorio*, no. XXXVII, Firenze.
- FAVIA, P. (2010b): «L'alto Tavoliere e i Monti della Daunia nel Medioevo fra condizione di frontiera e occasioni di scambi culturali interregionali. Un'analisi archeologica», en EBANISTA C., MONCIATTI A. (ed.): *Il Molise Medievale. Archeologia e Arte*, Firenze.
- MARTIN, J.-M. (1990): «L'évolution d'un habitat de plaine jusqu'au XIV siècle: l'exemple de San Lorenzo in Carminiano Troia e son territoire au XIe siècle», *Vetera Christianorum*, no. 27.
- MARTIN, J.-M., NOYÈ, GH. (1989): «Les campagnes de l'Italie méridionale byzantine (X-XI siècles)», *MEFRM*, 101,2,.
- MARTIN, J.-M., NOYÈ, GH. (1987), «L'évolution d'un habitat de plaine jusqu'au XIV siècle: l'exemple de San Lorenzo in Carminiano», en *Fiorentino. Campagne di scavo 1984-1985*, Galatina.
- NOYÈ, GH., CIRELLI, E., LO MELE, E. (2011): «Vaccarizza: un insediamento fortificato bizantino della Capitanata tra X e XIII secolo. Prima analisi dei reperti di scavo», en FAVIA, P., DE VENUTO, G. (ed.): *La Capitanata e l'Italia meridionale nel secolo XI da Bisanzio ai Normanni*, Atti delle due Giornate di Capitanata (Apricena, 16-17 aprile 2005), Bari.
- NOYÈ, GH. (1998): «Byzance et l'Italie méridionale», en BRUBAKER L. (ed.): *Byzantium in the ninth century: Dead or Alive*, Thirtieth Spring Symposium of Byzantine Studies, (Birmingham, 1996), Aldeshot.
- SCHIAPARELLI, L. (1906): «I diplomi di Guido e di Lamberto», Roma.
- STOICO, F., D'ALTILIA, L. (2012): «Analisi spaziale in archeologia dei paesaggi: il progetto N.D.S.S. (Northern Daunian Subappennino Survey)», en *Virtual Archaeology Review*, Vol. 3, no. 6.

LA CASTRAMETACIÓN EN LOS SIGLOS PLENOMEDIEVALES: TEORÍAS Y ASPECTOS ORGANIZATIVOS CASTRAMETATION IN THE HIGH MIDDLE AGES: THEORIES AND ORGANIZATION

Enrique Delgado Rodríguez
Universidad de Extremadura

Resumen: El campamento militar fue un fenómeno que evolucionó durante la Edad Media a partir de bases tardorromanas y que perduró en el tiempo traspasando el límite de este trabajo, hasta llegar a la Edad Contemporánea. Encuadrado en el reino castellanoleonés entre los siglos XI y XIII, analizamos aquí dos aspectos básicos de la castrametación, empleando para ello varios tipos de fuentes. El trazado, la estructura y las teorías de la castrametación constituyen los aspectos clave que abordamos, siempre contextualizados en la guerra medieval.

Palabras clave: campamento militar, castrametación, Historia Militar, Plena Edad Media.

Abstract: The military camp was a practice which evolved during the Middle Ages from a late roman basis and lasted in time longer than the upper limit of our research, until the Contemporary Age. This work is contextualized in the Castile and Leon kingdoms between the XIth and XIIIth centuries, in which we analyze two basic aspects of the castrametation, using a variety of sources. The designing, the organization, and the theories of the castrametation are the main topics that we will address in this article, and they will be properly allocated in the Medieval Warfare frame.

Key words: military camp, castrametation, Military History, High Middle Ages.

El campamento militar supone un asentamiento temporal de un grupo humano formado esencialmente por guerreros, junto a sus animales y pertrechos, establecido durante el transcurso de una empresa con fines bélicos. Consideramos que este fenómeno, a excepción de su etapa romana, apenas ha recibido la atención que se merece, aun cuando se trata de un testimonio fiel de la capacidad de organización militar de una sociedad y de su concepto más general del orden, con importantes influencias de otros ámbitos en principio ajenos, como son, por citar un ejemplo, los ideales urbanísticos del momento. Para contribuir a su estudio, analizamos en este artículo las teorías de la

castrametación imperantes en Castilla y León entre los siglos XI y XIII, así como las formas existentes de organización de los campamentos militares²²⁰.

Para la realización de este trabajo nos hemos apoyado en fuentes cronísticas, jurídicas, literarias y, puntualmente, fuentes materiales²²¹, siendo las primeras las que han tenido un mayor peso y que nos han permitido identificar campamentos concretos. Los textos jurídicos, por su parte, nos han proporcionado importantes datos teóricos en cuanto a métodos organizativos y de levantamiento de campamentos militares; entre ellos, es de excepcional importancia la producción ligada a Alfonso X el Sabio. Así pues, nos referimos a estos métodos como la teoría de la castrametación alfonsí.

Teorías de la Castrametación

Conocemos como teoría de la castrametación al conjunto de normas y principios que rigen, desde un punto de vista teórico, los diferentes aspectos de la ordenación de campamentos militares, como su posicionamiento, estructuración, fortificación u organización. El prototipo de campamento militar sufre importantes cambios entre el Alto Imperio Romano y la Plenitud Medieval que han quedado reflejados de manera dispar según la época. El campamento romano clásico es hoy en día ampliamente conocido, por lo que no nos detendremos a explicar los detalles teóricos en los que se sustenta; nos limitaremos a evocar su alto nivel de castrametación, regularidad y fortificación, que han sido más que constatados, no sólo en las fuentes escritas, sino en la gran cantidad de este tipo de asentamientos que han sido excavados. El texto que mejor nos describe esta tipología de campamento es la obra de Polibio (VI, 27-32), que hemos representado a continuación.

²²⁰ Los contenidos de este artículo están extraídos del Trabajo de Fin de Máster presentado por el autor en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a Distancia en septiembre de 2017, y que permanece inédito a día de hoy: DELGADO RODRÍGUEZ, E.(2017): *El Campamento Militar Medieval. Reino Visigodo y Reinos de Castilla y de León (siglos V – XIII)*, UNED, Madrid.

²²¹ Las fuentes materiales más importantes que se han consultado son las correspondientes al yacimiento de Torrecid (Ateca, Zaragoza), pues se ha interpretado como los vestigios de un campamento militar atribuido a Rodrigo Díaz de Vivar y sus tropas. No obstante, en los últimos años han surgido voces discordantes que sugieren que los restos cerámicos encontrados en Torrecid no corresponden, como se pensaba, a cerámica castellana del siglo XI, sino que corresponderían a época tardoantigua.

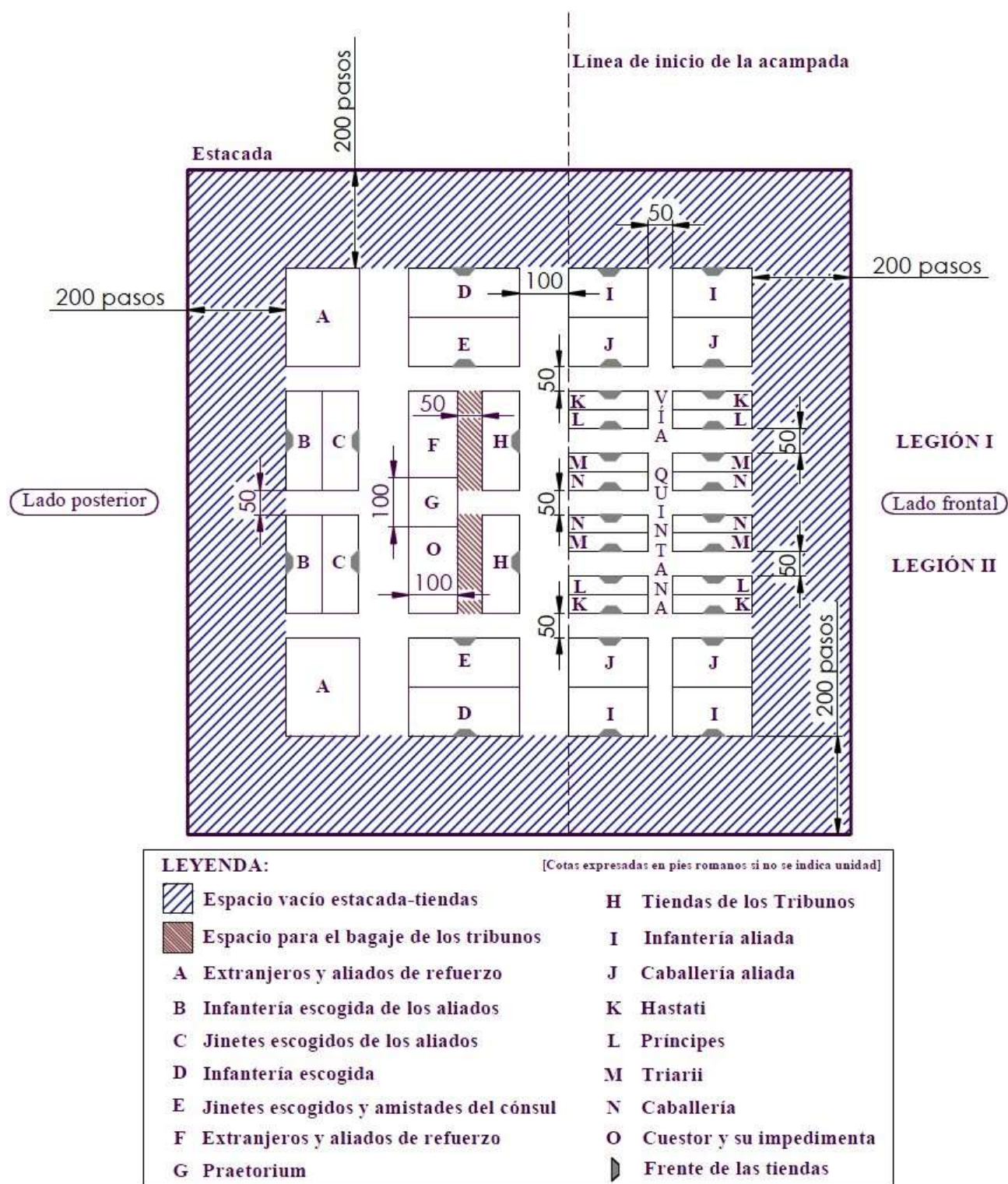


Fig. 1: esquema prototípico de un campamento romano según Polibio

A partir del siglo III, la situación general del Imperio empezó a cambiar profundamente, estableciéndose un nuevo marco que comportó importantes cambios en el ejército y que se plasmaron por medio de las reformas de Diocleciano y,

posteriormente, por las de Constantino. La fuente que se constituye como la piedra angular para la comprensión del ejército tardorromano tras tan profundos cambios es la *Epitoma Rei Militaris* de Vegetio. En ella se aprecia que el campamento militar había experimentado cambios importantes, pues la teoría de la castrametación pasó a apoyarse esencialmente en el posicionamiento y la fortificación del mismo, si bien es cierto que, en la práctica, y según el propio Vegetio, este segundo pilar ya estaba prácticamente en desuso en su época. No obstante, este autor persiste en relatar, con todo lujo de detalles, los diferentes tipos de foso, terraplenes y empalizadas que los romanos habían sido capaces de construir en épocas pasadas²²².

En cuanto al posicionamiento, el romano detalla toda una lista de condiciones que, en la medida de lo posible, los campamentos deben reunir. Estas indicaciones incluyen la abundancia en la zona de madera, pasto y agua; que se trate de un lugar salubre sin otras posiciones elevadas próximas que el enemigo pueda tomar; y que no se trate de un área que se inunde habitualmente²²³. Una vez elegido el emplazamiento idóneo y antes de, en teoría, construir sus defensas, se debían trazar los límites del campamento para delimitar el espacio que iba a ocupar. Este podía adoptar forma cuadrada, redonda, triangular o rectangular en función de las características topográficas y geográficas del lugar, lo que suponía una diversificación respecto al clásico perímetro cuadrado o rectangular que presentaban sus predecesores²²⁴.

La articulación y orden interno del campamento, que en época Clásica había sido el aspecto más importante de este tipo de asentamientos, pasan a un segundo plano en

²²² FLAVIO VEGECIO RENATO: *Compendio de técnica militar*, ed. y trad. PANIAGUA AGUILAR, D.(2006), Cátedra, Madrid (en adelante *Compendio de técnica militar*), lib. I, caps. XXI, XXIII y XXV; lib. III, cap. VIII. Véase, así mismo, la versión latina en FLAVIO VEGECIO RENATO: “*Epitoma rei militaris*”, [en línea] *THE LATIN LIBRARY*. [Consulta: 25 junio 2017]. <http://www.thelatinlibrary.com/vegetius.html> (en adelante *Epitoma rei militaris*), lib. I, caps. XXI, XXIII y XXV; lib. III, cap. VIII.

²²³ *Compendio de técnica militar*, lib. I, cap. XXII, §1-3, p. 174: *El campamento, sobre todo cuando el enemigo está próximo, debe asentarse siempre en lugar seguro con abundancia de madera, pasto y agua y, si la parada va a prolongarse mucho tiempo, se debe escoger un lugar salubre. Hay que evitar que haya un monte o un lugar más elevado que pueda suponer un peligro en caso de caer en manos del enemigo. Hay que tener en cuenta que el campo no sufra habitualmente inundaciones por las corrientes de agua y que por esta circunstancia el ejército vaya a sufrir daño.* Véase, así mismo, la versión latina en *Epitoma rei militaris*, lib. I, cap. XXII, §1-3: *Castra autem, praesertim hoste uicino, tuto semper facienda sunt loco, ut lignorum et pabuli et aquae suppetat copia, et, si diutius conmorandum sit, loci salubritas eligatur. Cauendum etiam, ne mons sit uicinus aut collis altior, qui ab aduersariis captus possit officere. Considerandum, ne torrentibus inundari consueuerit campus et hoc casu uim patiatu exercitus.*

²²⁴ *Compendio de técnica militar*, lib. III, cap. VIII, §4, p. 263: *[...] se asentará el campamento en forma cuadrada, redonda, triangular o rectangular según las características del sitio.* Véase la versión latina en *Epitoma rei militaris*, lib. III, cap. VIII, §4: *[...] pro necessitate loci uel quadrata uel rotunda uel trigona uel oblonga castra constitues.*

época Tardorromana, al menos si comparamos la extensión que se le dedica en este tratado en relación con la fortificación. Vegetio se limita a escribir al respecto lo siguiente:

Es primordial colocar los estandartes en sus posiciones dentro del campamento [...], así como preparar el praetorium para el dux y los comites, y montar las tiendas para los tribunos, [...]. A continuación, según su graduación, son asignados a las legiones y a las tropas auxiliares, a la caballería y a la infantería, los lugares del campamento en los que tender los papiliones²²⁵

El pasaje, por tanto, nos indica que la organización interna del *castra* responde, por una parte, a un núcleo de poder formado por el *dux*, los *comites* y los tribunos y, por otra, a la separación del resto de integrantes en función de las unidades militares en las que se encuadren: legiones o tropas auxiliares, infantería o caballería.

El tratado *Epitoma Rei Militaris* tuvo una amplia difusión en la Europa medieval. En el Imperio Bizantino encontramos copias y referencias a él ya durante los siglos siguientes al fin del Imperio de Occidente, entre los siglos V y IX. Sin embargo, en el oeste de Europa la situación fue muy distinta; no encontramos testimonios indirectos del tratado hasta el siglo VII, cuando Beda el Venerable recoge en su obra algunos pasajes. Aparte de algún ejemplo aislado más, no es hasta el siglo IX, en el marco del Imperio Carolingio, cuando esta obra de Vegetio vuelve a la vida, siendo copiada en varias ocasiones, entre las cuales citamos aquí la que Freculfo, obispo de Lisieux, regaló a Carlos el Calvo a mediados de dicha centuria, y el epítome que el obispo de Maguncia Rabano Mauro envió a Lotario II. A partir de este siglo, el *Epitoma Rei Militaris* se expande por toda Europa occidental, aunque en la Península Ibérica no encontramos alusiones al mismo hasta los extractos que fray Gil de Zamora realiza para su obra *De preconiis Hispanie* en torno a 1282 y la clara influencia que ejerce sobre la obra de Alfonso X.

El arte de la castrametación irá evolucionando durante toda la Edad Media y se diversificará para adaptarse a cada situación, a cada época y a cada operación militar. Pero la primera persona de la que tenemos constancia que haya dejado por escrito su teoría contemporánea sobre la ordenación de campamentos es el rey Alfonso X de Castilla y León en la segunda mitad del siglo XIII, primero en el *Espéculo* y luego en las

²²⁵ Traducido de *Epitoma rei militaris*, lib. III, cap. VIII, §15-16: *Prima igitur signa locis suis intra castra ponuntur, [...], duci praetorium eiusque comitibus praeparatur, tribunis tabernacula conlocantur, quibus per contubernales deputatos ad munera aqua lignum et pabula ministrantur. Tunc pro gradu legionibus et auxiliis, equitibus et peditibus loca, in quibus papiliones tendant.*

Partidas. Las referencias al campamento de los romanos llegan a hacerse en estas obras de manera directa, refiriéndose a ellos como “los antiguos”. De esta manera, las *Partidas* llegan a versionar pasajes enteros de la obra de Vegetio. El siguiente extracto de la ley *Cómo debe el cabdiello catar logar conveniente en que pose la hueste de la Segunda Partida* constituye un ejemplo claro:

Et cataban aun mas los que la hueste aposentaban que non la pusiensen en logar que fuese so otero ó sierra alta, porque los enemigos se apoderasen de aquel logar alto para fecerles daño, et se acogiesen á su salvo; et que non fuese puesta en tremedal nin en logar quel pudiese aguaducho facer mal, et fuese siempre cerca de agua, et de leña et de yerba, que son cosas que ha mucho meester la hueste et que non puede excusar²²⁶

Reproducimos a continuación el pasaje correspondiente, de *Epitoma rei militaris*, que aparece en el capítulo titulado *En qué lugares debe asentarse el campamento*:

El campamento, sobre todo cuando el enemigo está próximo, debe asentarse siempre en lugar seguro con abundancia de madera, pasto y agua y, si la parada va a prolongarse mucho tiempo, se debe escoger un lugar salubre. Hay que evitar que haya un monte o un lugar más elevado que pueda suponer un peligro en caso de caer en manos del enemigo. Hay que tener en cuenta que el campo no sufra habitualmente inundaciones por las corrientes de agua y que por esta circunstancia el ejército vaya a sufrir daño²²⁷

Podemos observar que, aunque no se trate de una traducción literal, sí que se da la misma información. Los redactores de la obra alfonsí diferencian el campamento de su época del campamento romano, pues en ocasiones se dan detalles acerca de este último a modo de ejemplo, sin decir en ningún momento que su contemporáneo tenga que ser de la misma manera. Esta idea cobra más credibilidad cuando, al hablar en la *Segunda Partida* acerca de la empalizada que los romanos realizaban alrededor de sus campamentos, se dan ciertos detalles que sabemos que difieren de la realidad:

[...] et facien aun otra cosa que quando los palos non tenien que pusiesen derredor de la hueste, ponien las tiendas unas cerca dotras, et de manera las trababan que ningunt home de caballo nin de pie non las podrie quebrantar²²⁸

Evidentemente, los romanos no empleaban tal recurso, ya que la propia estructuración de su campamento lo impediría, y no tenemos mención alguna de su uso en las fuentes

²²⁶ Alfonso X: *Las Siete Partidas del rey Don Alfonso el Sabio*, ed. (1807) Real Academia de la Historia, Madrid, Segunda Partida (en adelante *Segunda Partida*), tít. XXIII, ley XIX, pp. 244-245.

²²⁷ *Compendio de técnica militar*, lib. I, cap. XXII, §1-3, p. 174. Véase la versión latina en *Epitoma rei militaris*, lib. I, cap. XXII, §1-3.

²²⁸ *Segunda Partida*, tít. XXIII, ley XIX, pp. 244-245.

de la época. El hecho de que se haga distinción entre ambos prototipos de campamento prueba la genuinidad, al menos parcial, de los métodos descritos en los tratados impulsados por Alfonso X.

Si comparamos el campamento romano y el campamento alfonsí, nos daremos cuenta de que en ciertos aspectos son similares, pero que, sin embargo, divergen en algunos puntos. Entre los elementos comunes encontramos el posicionamiento de los campamentos, pues las directrices que hemos visto que se dan para elegirlo en *Epitoma rei militaris* resultan prácticamente iguales a las que presentan el *Espéculo* y las *Partidas* para el campamento en despoblado. En cuanto a los otros dos tipos de campamento (en asentamiento amigo y de asedio), entendemos que no existió equivalente durante el Bajo Imperio, pues en el primer caso existiría infraestructura para acantonar las tropas en las diferentes ciudades y puntos fortificados, y, en el segundo, se emplearían versiones del campamento en despoblado para los asedios, ya que las grandes estrategias de asedio de época Clásica habían quedado atrás en un Estado que había pasado a la defensiva. Se produce, por tanto, una diversificación de la tipología campamental durante la Edad Media, de un único tipo de campamento a tres, que contaban, a su vez, con variantes según la situación y los recursos disponibles²²⁹.

Con respecto a la fortificación de los campamentos medievales, hemos de señalar que esta parece perderse durante la mayor parte de la Alta Edad Media hispánica para recuperarse en época plenomedieval²³⁰, hacia mediados del siglo XI. Este arte, que por otro lado se diferencia en gran medida del que Vegetio describe, pudo haberse “redesarrollado” desde cero en la Edad Media o haberse inspirado en el Tratado tardorromano. Por otra parte, el cambio en la estructura interna del campamento, que pasa de organizarse por unidades militares a hacerlo por compañías²³¹, como veremos más adelante, es un aspecto que llega de la mano del nuevo modelo de ejército que aparece en el tránsito a la Alta Edad Media. Es, por tanto, un aspecto original e independiente de las teorías campamentales tardorromanas. Por último, las formas en las que se trazan los campamentos durante la Plenitud Medieval parecen heredar los modelos que explica Vegetio, si bien se les añaden algunas modificaciones. El *Epitoma rei*

²²⁹ Las tipologías de los campamentos militares y su posicionamiento durante la Edad Media se detallan en Delgado Rodríguez, 2017: pp. 39-55.

²³⁰ La fortificación de los campamentos militares medievales se aborda ampliamente en Delgado Rodríguez, 2017: pp. 75-86.

²³¹ Cada uno de los grupos humanos que se constituían como una aportación a la hueste. Hemos adoptado este término como una adaptación del empleado por las fuentes castellanas, que se refieren a ellos como *compannas*.

militaris nos informa, como hemos explicado más arriba, que el asentamiento podía contar con forma cuadrada, redonda, triangular o rectangular, mientras que las *Partidas* nos explican que el campamento podía ser redondo, cuadrado o alargado. Como vemos, se desecha la forma triangular y la rectangular cambia sus proporciones para pasar a ser alargada o *luenga*. A pesar de las coincidencias, de forma análoga a la fortificación de los campamentos, resulta difícil saber si las formas de los campamentos descritas en época del rey Sabio se deben a una perduración a través del tiempo, a un “redesarrollo” medieval o si se han extraído de la obra vegeciana.

En definitiva, la teoría de la castrametación descrita en la obra alfonsí, que parece recoger las características estándar de los campamentos plenomedievales castellanoleoneses, bebe de tres fuentes bien diferenciadas: los aspectos heredados históricamente del campamento tardorromano; los elementos surgidos, evolucionados o “redesarrollados” a lo largo de la Edad Media; y las recuperaciones extraídas del tratado de Vegetio. Esto, por lo tanto, nos indica que el campamento medieval es, de una manera o de otra, parcialmente heredero del modelo tardorromano.

Organización de los Campamentos Militares

Habitualmente, los campamentos militares medievales estaban constituidos por un agrupamiento más o menos organizado de tiendas de campaña, aunque estas no eran imprescindibles. También podían formarse levantando estructuras construidas, como muros de piedra, aprovechando los elementos naturales del terreno, como árboles y elementos rocosos, o, simplemente, componerse de los efectos personales de cada individuo y el espacio que este ocupa, caso de acampadas al raso. Incluso se puede acampar reaprovechando ruinas o estructuras edilicias preexistentes, como posiblemente hiciesen Rodrigo Díaz de Vivar y sus hombres en el campamento de El Poyo del Cid, ya que el cerro de San Esteban de la misma localidad, donde se cree que se levantó dicho campamento, alberga las ruinas de un asentamiento romano²³².

En cuanto al orden y la complejidad, el nivel de castrametación puede variar enormemente de unas épocas a otras y de unos campamentos a otros, condicionado al conocimiento de sus dirigentes y las necesidades del momento. Así, durante la época medieval se vieron desde pequeñas acampadas carentes de orden hasta grandes

²³² Cabe recordar que este asentamiento del Cid, junto con el anteriormente citado de Torrecid, han sido puestos en duda ya que sólo aparecen citados en fuentes tardías, como son *La Primera Crónica General* y el *Cantar de Mío Cid*.

asentamientos semejantes, en cuanto a su articulación, a una pequeña villa o ciudad de la época. En este sentido, una cabalgada rápida²³³ llevada a cabo por unos cuantos centenares de hombres que se desplazan a caballo formaría asentamientos poco organizados en los que sería difícil encontrar alguna tienda de campaña. Por otra parte, en una operación militar que implicase movilizar contingentes de varios miles de personas, con infantería y animales de carga, destinada a una cabalgada lenta, un asedio o una batalla, establecería campamentos fuertemente organizados y el empleo de tiendas de campaña sería más abundante. La organización y estructuración de un campamento está condicionada, pues, por la operación militar en la que se inscribe.

A diferencia del periodo altomedieval, para la etapa transcurrida entre los siglos XI y XIII disponemos de abundantes fuentes cronísticas, así como de la obra legislativa de Alfonso X, que nos aportan gran cantidad de datos. Estos nos ayudan a caracterizar, mucho más pormenorizadamente, los campamentos militares de esta época. Si bien algunos aspectos podían variar en función de la operación militar para la que se creaba, lo cierto es que, dejando de lado las cabalgadas rápidas, sus aspectos básicos siempre eran los mismos.

La figura más importante del campamento era la del organizador, personaje que dirigía el asentamiento de la hueste y que decidía dónde debía de hacerse²³⁴. Esta importante labor recaía en el caudillo del ejército (personaje que ostenta el mando de la acampada), que era normalmente el rey, alguien de su linaje o un noble. Para que esta labor llegase a término con éxito, el caudillo debía organizar una defensa provisional que protegiese al ejército de posibles ataques mientras se instalaba el campamento. Con este fin, las tropas de caballería debían ser colocadas en torno al resto de la hueste para ejercer una labor de guardia mientras esta se asentaba, siendo ellas las últimas en ocupar sus plazas en el campamento. Se colocaban, además, atalayas²³⁵ para que alertasen de todo posible ataque o movimiento de tropas enemigas²³⁶. A este respecto, la *Segunda Partida*

²³³ Entendemos por cabalgada rápida a aquella que se realiza esencialmente a caballo y en la que se pretende utilizar la velocidad, el factor sorpresa y la ocultación el máximo tiempo posible como principales aliados. En contraposición tenemos la cabalgada lenta, en la que se emplea un ejército de mayor potencia, que incluye animales de tiro y hombres de a pie. Véase Delgado Rodríguez, 2017: pp. 20-23.

²³⁴ ALFONSO X: *Espéculo*, lib. III, tit. VI, ley VI. pp. 214-215: *Que los de las huestes e de las caualgadas non deuen mouer nin yr por otra parte nin posar en otro lugar ssinon do el cabdiello le mandare: [...] Otrossí en possar la hueste deuen sseer todos acabdellados, ca non deuen posar ssinon do les mandare el cabdiello.*

²³⁵ Vigías que se colocaban fuera del recinto campamental, en un lugar estratégico, para informar al ejército de los movimientos enemigos. Delgado Rodríguez, 2017: pp. 117-122.

²³⁶ *Segunda Partida*, tit. XXIII, ley XX, pp. 245-246: *[...] non debe descender él (el caudillo) nin sus caballeros fasta que llegue la zaga, ante les debe mandar estar en derredor de la hueste que la guarden,*

advierte que ni la caballería ni el caudillo deben desmontar antes de que llegue la retaguardia de la marcha, pues a menudo el enemigo atacaba esta parte del grupo mientras los demás se estaban asentando.

Desde época visigoda se perpetuó la existencia en los campamentos de un espacio privativo que ocupaba el caudillo del ejército, materializado en una o más tiendas. De esta forma, encontramos en las crónicas múltiples pasajes que citan la o las tiendas del rey, entre los cuales podemos destacar el asedio y Batalla de Fraga de 1134²³⁷, el asedio de la fortaleza de Valle por Alfonso VII en 1130²³⁸ y las conquistas de Córdoba²³⁹ y Sevilla²⁴⁰ por Fernando III en 1236 y 1247-1248, respectivamente. Probablemente, el caudillo se asentaba en la zona más elevada del área que ocupaba el campamento, lo que ayudaba en las labores de mando y de vigilancia sobre el ejército²⁴¹. Podemos mencionar, como ejemplo, las tiendas del rey Fernando III en el campamento de Tablada durante la conquista de Sevilla²⁴².

En cuanto a los principios que debían regir la manera de acampar, el *Espéculo* nos ha dejado importantes pistas:

[...] non deuen posar ssinon do les mandare el cabdiello e todos en vno en tal manera que les ssea la posada commo ffortaleza, para que ayan por o sse acorrer vnos a otros ssi mester ffuere²⁴³

Así mismo, la *Segunda Partida*, redactada pocos años después, también pretende ser didáctica en torno a esta cuestión:

Et desque llegasen al logar do ha de posar la hueste, deben aquel que la ha de posar, catar que si la gente fuere mucha que los non faga posar de guisa que hayan angostura, et si

poniendo atalayas á todas partes et homes que descubran la tierra en derredor de manera que non resciban daño de sus enemigos en posando; et si otras guardas fueren puestas al rastro asi como en las costaneras, deben esperar fasta que llegue la zaga, porque muchas vegadas acaesce que los enemigos quando entienden que la hueste es pasada vienen á ferir en los que la lievan, cuidando que los que están aposentados non los acorrerán. En este sentido, en el *Espéculo*, lib. III, tít. VI, ley VI. pp. 214-215, se afirma que el caudillo debe *guardar ssu hueste ffasta que ssea posada e assesegada de guisa que non rreçiba danno*. Quizá ambos pasajes se inspiren de *Epitoma Rei Militaris*, lib. I, cap. XXV, p. 177, donde se especifica que, en caso de que el enemigo se encuentre próximo, toda la caballería y la mitad de la infantería deben disponerse en formación mientras el resto fortifica el campamento detrás de ellos cavando zanjás.

²³⁷ *Chronica Adefonsi Imperatoris*, §56-57, p. 56: *tentoria regis* (“tiendas del rey”).

²³⁸ *Chronica Adefonsi Imperatoris*, §20, p. 21: *tentoria sua* (“su tienda”).

²³⁹ *Primera Crónica General*, t. II, §1046 pp. 729-731: *la tienda del rey*.

²⁴⁰ *Primera Crónica General*, t. II, §1084 pp. 751: *la tienda del rey*.

²⁴¹ Lo mismo ocurría con el *praetorium* en el campamento romano.

²⁴² *Primera Crónica General*, t. II, §1084, p. 751: *El real do estaua la tienda del rey era vn poco en altura*.

²⁴³ *Espéculo*, lib. III, tít. VI, ley VI, pp. 214-215.

poca que non esten alongados unos de otros, ca esta es cosa por que podrien aina rescebir grant daño de los enemigos. Mas débelos facer posar todos en uno, et enfortalescer la hueste lo mas que podiere. Et por esto llamaron antiguamente en latin a la hueste castra, que quier tanto decir como posada fuerte et ordenadamente fecha para defenderse de los enemigos²⁴⁴

La idea básica que subyace queda clara: las tropas que forman el campamento deben asentarse agrupadas, de tal manera que no haya mucho espacio entre unos y otros, salvo el mínimo necesario para que no se entorpezcan; esto es, ni demasiado juntas ni demasiado separadas, pero siempre con una idea de continuidad espacial y de orden. Estos principios se establecen con la finalidad de crear un asentamiento provisional que, estando fortificado o no, sirva como reducto defensivo al que poder acudir en caso de apuros o para organizar una respuesta ante un ataque, además de sus evidentes capacidades ofensivas.

Como ocurría en época altomedieval, cada una de las compañías que componían los ejércitos plenomedievales, que derivaban de las diferentes fórmulas de reclutamiento existente, generalmente conservaban, por un lado, su unidad y, por otro, su estructura política convertida en mandos militares. Esto quiere decir que todas luchaban conjuntamente como un mismo ejército, pero que cada una de ellas mantenía su unidad y su propia estructura y no se disgregaban para componer otra organización militar más general. Ocurría así en la mayor parte de las ocasiones, si bien es cierto que, puntualmente y de cara a la batalla, se podía dividir alguna compañía para repartirla entre otras, si era necesario. Se mantenía, de este modo, como jefe de la compañía el personaje que la había reunido: señores feudales, nobles, representantes del poder real, alcaldes o jueces para los concejos, comendadores o maestros para el caso de las órdenes militares, etc. Esto implicaba que, de cara a un buen control de la tropa, así como a una correcta organización castrense, la mejor forma de organizar el campamento militar fuese articularlo según este principio, es decir, que cada compañía se asentaba de forma autónoma, aunque siempre guardando la integridad y la continuidad física del campamento en el que se insertaba. Una prueba de esta organización se encuentra en el *Espéculo*:

[...] mandamos que tan bien en la hueste o el rrey ffuesse commo en otra hueste o en caualgada o en otra manera de guerra, que el rrey o el cabdiello o el adalid fagan saber çiertamente por escripto o por otra manera quantas conpanas y sson e quantos omnes a

²⁴⁴ *Segunda Partida*, tít. XXIII, ley XIX pp. 244-245.

en cada conpana, porque ssi omne estrano y veniere que puedan saber quien es o que demanda o por quien viene”²⁴⁵

Hueste hace referencia aquí al campamento, manera común de denominarlo en el siglo XIII. Se contempla además el supuesto de que un hombre ajeno, potencial espía, y *viniere*, lo que confirma que se refiere a un emplazamiento físico. Esta obligación de llevar un control exhaustivo de los guerreros que participan en el asentamiento nos da la clave, pues, si la forma de controlar a las personas que residen en el campamento pasa por conocer el número de compañías y el de los hombres que las integran es que, con certeza, se organiza a partir de ellas.

Otra prueba de este principio la encontramos en la obra del arzobispo Jiménez de Rada al relatar los momentos previos al choque de las Navas de Tolosa. En ella, refiriéndose al campamento cristiano, se cuenta que los obispos predicaron por “cada una de las posadas de las ciudades y de los príncipes”²⁴⁶. Se refiere así a los asentamientos formados por las tropas aportadas por cada concejo y por cada uno de los señores. De la misma forma, en la *Crónica de la Población de Ávila*, al relatar la participación del concejo en el asedio de Jaén de 1230, se dice que *ellos eran los delanteros contra la villa en la posadas*²⁴⁷, lo que confirma que este concejo acampó junto a las demás compañías del ejército, y que lo hicieron como unidad, ya que se indica la posición que ocuparon.

Con respecto a los animales, el *Espéculo* indica que se pueden llevar a una hueste el *cauallo o otra bestia de ssiella*, la *azemila* u otro tipo de *bestia asnal*²⁴⁸. Evidentemente, los primeros como animales de transporte o de combate, y los demás como bestias de tiro. La misma obra explica, además, que no se deben dejar estos animales fuera del campamento sin supervisión, para evitar así que el enemigo los robe o mate²⁴⁹. Por lo tanto, y de acuerdo con la estructura del campamento, no existía un espacio dedicado a las bestias, sino que cada propietario debía de mantener a las suyas cerca de su posada.

²⁴⁵ *Espéculo*, lib. III, tit. VIII, ley II, p. 228.

²⁴⁶ *Historia de los hechos de España*, lib. VIII, cap. VIII, p.319: “A su vez, el arzobispo de Toledo y demás obispos predicaban palabras de ánimo y de indulgencia con gran unción por cada una de las posadas de las ciudades y de los príncipes”. Véase la versión latina en *Historia De Rebus Hispanie*, lib. VIII, cap. VIII, p. 270: *Toletanus autem et ceteri pontifices per singularum ciuitatum et singulorum principum mansiones uerbum exortationis et indulgencie deuotissime proponebant*.

²⁴⁷ *Crónica de la Población de Ávila*, p. 41: *E la segunda vez pussieron el trabuquete, e ellos eran los delanteros contra la villa en las posadas*.

²⁴⁸ *Espéculo*, lib. III, tit. VII, ley XIII, p. 228.

²⁴⁹ *Espéculo*, lib. III, tit. VI, ley VII, p. 215: *non deuen dexas yr ssus bestias ffuera de la albergada a menos de que las guarde, ca podrían los henemigos leuarlas o matarlas*.

De esta misma manera se hacía en el campamento militar de los Templarios en la misma época²⁵⁰.

Al tratarse de una sociedad marcadamente teocentrista, los ritos cristianos debían ocupar un importante lugar en el día a día de los campamentos militares. Sabemos, por la *Primera Partida*, que se realizaban misas *en las tiendas* cuando no había iglesias próximas, o incluso en el campo²⁵¹, si bien, para poder hacerlo, se precisaba, al menos, un altar y todo lo necesario para celebrar la eucaristía. Las misas se podían realizar de manera improvisada al aire libre o en una tienda dedicada exclusivamente a ello, pues tenemos pruebas de la existencia de capillas en algunos campamentos. La *Crónica Adefonsi Imperatoris* nos informa de que Alfonso el Batallador solía dedicar una o varias tiendas a capilla en sus campamentos, y que esta se situaba junto a las tiendas del rey. Además, estaba totalmente equipada con cofres y arquetas de reliquias que eran custodiadas por sacerdotes y diáconos²⁵². Esta misma crónica reiterará la existencia de este espacio al citar la capilla del campamento durante el relato de la Batalla de Fraga²⁵³ de 1134. El levantamiento de estas capillas de campaña podía estar relacionado con la presencia de un obispo o de algún clérigo en la hueste, como ocurrió en esta batalla o en el asedio del Castillo del Miño²⁵⁴, este último en el marco de las guerras que se desarrollaron en Galicia durante el reinado de Urraca I. En esta ocasión, el obispo Gelmírez acudió como mediador entre las facciones, asentando su campamento a orillas del mismo río Miño. La *Historia Compostelana* nos da noticia, con ocasión del saqueo de dicho campamento, de la existencia de una capilla equipada con una casulla, un cáliz de oro, un ara de plata y un crucifijo²⁵⁵.

²⁵⁰ Las particularidades de los campamentos de las órdenes militares se explican en Delgado Rodríguez, Delgado Rodríguez, 2017, pp. 127-132. Véase, así mismo, Verbruggen, 1977, pp. 76-81.

²⁵¹ *Segunda Partida*, tít. X, ley V, p. 360: *Et pueden aun decir misa en otros lugares, asi como en las tiendas quando van camino do non ha iglesia, et quando están en hueste; et aun fuera en el campo si entendieren que lo podrán facer [...] Et para decir la misa en lugar conveniente como sobredicho es, ha menester que tenga ara consagrada et todas las otras cosas que pertenescen para facer el sacrificio del cuerpo et de la sangre de nuestro señor Iesu Cristo segunt dice en el título de los sacramentos.*

²⁵² *Chronica Adefonsi Imperatoris*, §52, p. 43: *Erantque repositae in tentoriis ubi erat capella, quae semper iuxta tentoria regis adiacebat. Easque quotidie vigilantes sacerdotes et levitae et magna pars.* Véase la traducción en *Crónica del Emperador Alfonso VII*, §52, p. 79: “Eran guardadas [las reliquias] en las tiendas de campaña donde estaba la capilla que siempre estaba situada junto a las tiendas del rey y los sacerdotes, diáconos y gran parte de los clérigos diariamente las vigilaban y custodiaban, y siempre ofrecían sobre ellas el sacrificio a Dios Nuestro Señor”.

²⁵³ *Chronica Adefonsi Imperatoris*, §56-57, pp. 46-47. Véase la traducción en *Crónica del Emperador Alfonso VII*, §56-57, pp. 80-81.

²⁵⁴ Se ha identificado este lugar con el actual concejo de Castrelo de Miño (Orense).

²⁵⁵ *Historia Compostellana*, ed. Flórez, 1765, pp. 105-106. Véase la traducción en *Historia Compostelana*, ed. y trad. Falque Rey, 1994, p. 162.

Entendemos, por tanto, que de ser habitual el levantamiento de capillas de campaña estas se emplazaban en el espacio central de la acampada, junto con los clérigos, formando parte del conjunto de las tiendas del rey. Es muy probable que la existencia de las mismas estuviese condicionada a la presencia de estos personajes en la hueste. En este sentido el campamento templario seguiría una estructura similar, pues la tienda-capilla se encontraba en el espacio central, junto a las tiendas de los caudillos y personajes importantes de la orden que participaban de la hueste.

Campamentos de Concentración y Disolución de Tropas

Un caso particular en esta tipología lo constituían los campamentos de concentración y disolución de tropas, caracterizados por ser el primer y el último campamento de cualquier operación militar.

Estos eran similares a los demás en cuanto a posicionamiento, diferenciándose, sobre todo, a nivel organizacional. Alfonso VII el Emperador, por ejemplo, solía concentrar sus tropas en Toledo como paso previo a sus cabalgadas contra territorio andalusí. Así se hizo, de hecho, en 1143, para una incursión contra los territorios de Sevilla, Córdoba y Carmona, concretamente a orillas del Tajo: “todo el ejército de todo su reino se congregó en Toledo, se fijaron las tiendas de campaña junto al río Tajo”²⁵⁶. A su regreso de la expedición, el campamento de disolución se situó en Talavera de la Reina:

Después de esto el rey levantó el campamento, atravesó el paso de Amarela y fue a parar a una ciudad suya, llamada Talavera. Y, hecho esto, regresaron cada uno a sus lugares de origen con gran gozo y triunfalismo²⁵⁷

De la misma manera y prácticamente en el mismo lugar, el rey Alfonso VIII de Castilla reunió a las tropas que unos días más tarde habrían de vencer en las Navas de Tolosa:

[...] fueron aumentando poco a poco durante toda la primavera hasta hacerse innumerables [...] Y como aumentaba por días el número de los que lucían en su cuerpo la señal del señor, a fin de que no se sintiesen agobiados por las estrecheces de la ciudad, el noble rey, deseoso de velar por el bien de ellos, puso a su disposición unos amenos

²⁵⁶ *Crónica del Emperador Alfonso VII*, §34, p. 74. Véase la versión latina en *Chronica Adefonsi Imperatoris* §34, p. 31: *Et omnis exercitus universo regni sui congregatus est in Toieto et fixere tentoria iuxta fluvium Tagi.*

²⁵⁷ Traducido de *Chronica Adefonsi Imperatoris*, §42, p. 36: *Deinde rex movit castra et transivit illum Portum de Amarela et exivit in civitatem suam, quae dicitur Talavera, et his peractis reversi sunt unusquisque in sua cum magno gaudio et triumpho.*

jardines en las afueras de la ciudad, junto al cauce del Tajo, que habían sido plantados para el descanso de las labores de la real majestad²⁵⁸

Esta referencia nos informa de que el campamento de concentración se realizó en unos jardines junto al Tajo cedidos para la ocasión, a las afueras de la ciudad, con toda seguridad la Huerta del Rey²⁵⁹. Además nos relata que, previamente, los militares se habían ido emplazando intramuros según habían ido llegando.

Aunque no disponemos de suficientes datos como para realizar una descripción pormenorizada de la estructura de este tipo de acampadas, debía de ser bien diferente a la que hemos expuesto más arriba. El hecho de que las tropas fuesen llegando poco a poco, como un goteo de compañías, hace muy difícil establecer unos mínimos de planificación, por lo que su articulación sería mucho más caótica. Lo más probable es que, en el mejor de los casos, simplemente las autoridades señalasen un lugar en el que debían establecerse (un terreno extramuros de una ciudad en la mayoría de las ocasiones) y estas fuesen acampando sin ningún criterio espacial concreto. El campamento iba engrosando poco a poco a lo largo de varios días, según sus integrantes fuesen llegando, y los espacios que se dejaban entre compañía y compañía serían más o menos grandes en función del área total disponible y de la densidad de pobladores en cada momento. De esta forma, el espacio del campamento iba saturándose según pasaban los días. Contrariamente, el campamento de disolución se formaba con un grado de orden mucho más alto, seguramente parecido al de cualquier marcha, y se iba deshaciendo según los diferentes grupos armados iban partiendo hacia sus hogares.

Campamentos de Asedio

En el caso particular de los asedios, cada uno de los campamentos que se asentaba seguía, en caso de albergada y de albergada múltiple²⁶⁰, todos los principios expuestos

²⁵⁸ *Historia de los hechos de España*, lib. VIII, cap. I, p. 308. Véase la versión latina en *Historia De Rebvs Hispanie*, lib. VIII, cap. I, p. 259: *Multiplicationis paulatim incrementa suscipiens per totum uernum tempus et amplius creuit turbarum multitudine copiosa [...] Et quia die in diem crescebat numerus stigmata Domini in corpore suo portancium, ne intra urbis angustias artarentur, rex nobilis uolens eorum comodis prouidere, extra urbem circa Tagi deliciosa uiridaria, que ob regie grauitatis recreandam maiestatem coalita fuerant.*

²⁵⁹ *Anales Toledanos I*, ed. Flórez, 1767, pp. 395-396, año 1212: *[...] ayuntaronse grandes gientes de toda España e de toda ultrapuertos, e cortaron toda la Huerta del Rey, e de Alcardet todo, e ficiéron mucho mal en Toledo, e duraron y mucho.* La Huerta del Rey corresponde a los jardines en los que se emplaza el palacio de Galiana, construido en el siglo XI.

²⁶⁰ Los campamentos de asedio se pueden dividir, en función del número de asentamientos y de su disposición, en tres tipos: cerca, albergada y albergada múltiple. Para más información sobre la tipología de campamentos de asedio, véase Delgado Rodríguez, 2017, pp. 48-55.

hasta aquí. El tipo cerca, sin embargo, los amoldaría a su especial fisonomía. Cada asentamiento autónomo adaptaba los principios generales a su situación, eligiéndose, siempre que fuese posible, puntos geográficos favorables, como también ocurría en el resto de tipologías campamentales. Es muy posible que, en función de la época, estos también integrasen los principios de la teoría de la castrametación alfonsí que veremos en el siguiente apartado.

Cuando se desplegaba un ingenio debía colocarse en alguno de los campamentos que formaban el asedio, nombrando responsable de su custodia y manejo a una de las compañías que lo integraban. Lógicamente, esta compañía tenía que colocarse directamente contra el objetivo, como hizo el concejo de Ávila en el asedio de Jaén de 1230:

E la segunda vez [1230] pussieron el trabuquete, e ellos [el concejo] eran los delanteros contra la villa en las posadas²⁶¹

En ocasiones, los campamentos de asedio principales²⁶² adquirirían grandes dimensiones, asemejándose a pequeñas villas que, frecuentemente, se fortificaban, al menos por medio de la excavación de un foso. De otra manera no se entendería que la *Segunda Partida* las llame *bastidas o otras pueblas*²⁶³ y que en la *Primera Crónica General* se relate que, cuando Pelayo Pérez Correa habla con Fernando III del proyecto de conquistar Jaén, le aconseje que *feziese y ante bastida*, en la que residiesen sus tropas por temporadas hasta tomarla. La misma fuente también emplea la palabra *bastida*, que es un referente a emplazamiento dotado con defensas, al campamento de Torrecid, que, como sabemos por las campañas arqueológicas que en él se han realizado, estaba rodeado de foso y muro perimetral de mampuesto. Según parece, podría seguir la tipología redonda explicada en la teoría de la castrametación alfonsí que veremos más adelante. Por tanto, el nivel de complejidad de los campamentos de asedio podía ser tal en la Plena Edad Media que se llegaban a llamar *poblas* y, en caso de estar fortificadas, *bastidas*.

²⁶¹ *Crónica de la Población de Ávila*, p. 41.

²⁶² En ocasiones se constituían simultáneamente varios campamentos militares, especialmente durante los asedios (caso de albergada múltiple), aunque siempre uno de ellos era el principal. Este asentamiento, que solía tener mayores dimensiones que los demás, incluía la residencia del caudillo.

²⁶³ *Segunda Partida*, tít. II, tít. XXIII, ley XXVIII, p. 255.

Teoría de la Castrametación Alfonsí

Además de la organización campamental básica que hemos detallado hasta el momento y que, en nuestra opinión, es también aplicable a la Alta Edad Media, la *Segunda Partida* nos ha legado una descripción más pormenorizada de la estructura que debían seguir este tipo de asentamientos. Merece la pena reproducirla aquí por su singularidad:

Aposentada debe seer la hueste segunt la faycion del logar fuere, luenga o quadrada o redonda, et poner las tiendas del señor en medio, et las de los oficiales quel han de servir enderredor dellas, que esten como en manera de alcazar: et todas las puertas de las tiendas deben estar facia las del señor, et deben dexar en derredor destas plaza en que descabalguen los que venieren ver al rey, et donde se alleguen si algunt rebato acaesciere en la hueste; et despues destas tiendas deben posar todos los otros de la hueste, que es asi como la puebla de la villa; et aderredor destos deben poner las tiendas de los cabdiellos et de los otros homes honrados que cerquen la hueste, como en manera de muro con torres: et si la hueste fuere redonda deben dexar una carrera ancha de parte de dentro en derredor entre las tiendas de los homes honrados et las otras de los pueblos; et si fuere luenga deben dexar una calle en medio toda derecha; et si fuere quadrada deben dexar dos o fasta quatro, las unas en luengo et las otras en travieso. Et todas estas carreras debe el cabdiello señalar de manera que entiendan los de la hueste como han de posar, et que ellos mesmos se acabdillen segunt la señal que les pusiere²⁶⁴

Se trata, como vemos, de una serie de pautas teóricas que indican la forma que debe tener el campamento, las posiciones en las que deben asentarse los componentes de este y los espacios que se deben dejar libres para la circulación. Lógicamente, este esquema es válido para los campamentos en despoblado y de asedio, a excepción del de tipo cerca. Como ya hemos apuntado, las tiendas del *señor* (el caudillo u otro personaje que ostente el mando de la acampada) se encuentran en el centro del campamento, rodeadas de un espacio abierto en torno al cual se colocaban las tiendas de los *oficiales*, siempre mirando sus puertas a las del caudillo. Este espacio o *plaza* se constituía como el punto de reunión del asentamiento, de la misma forma que ocurría en los campamentos templarios y donde el caudillo o el rey recibiría las embajadas. Probablemente, en las *tiendas del señor* se incluía también a su servicio y a cualquier personaje importante relacionado con él y/o que no tuviese un mando sobre un sector específico de las tropas, como podría ser el caso de un clérigo. Los *oficiales quel han de servir* eran todos aquellos hombres que tenían algún puesto relacionado directamente con las necesidades del caudillo, funcionarios de la corte en caso de ser el rey, o que ejerciesen algún mando militar general sobre la totalidad de las tropas del campamento:

²⁶⁴ Segunda Partida, tít. XXIII, ley XX, pp. 245-246.

alférez, mesnada real, canciller, escribanos, etc. La siguiente “capa de la cebolla” la constituía el grueso de las tropas: caballeros villanos, peones, órdenes militares, voluntarios, etc., separadas por compañías y que, internamente, acamparían a su gusto, pero siempre en el espacio indicado por el caudillo de la hueste. Con *cabdiellos* se hace mención a cada uno de los jefes de las compañías que integraban la hueste, y que suponemos que se asentaban a proximidad de sus tropas, pero en la periferia del campamento. Por último, *los otros homes honrados* hace referencia a todos aquellos integrantes de la nobleza, sobre todo de la baja, que no estuviesen adscritos a un territorio del que pudiesen reclutar tropas, como los infanzones. Como los anteriores, también se aposentaban en la capa más externa del campamento. Seguramente, estas dos últimas categorías se asentaban con sus hombres de confianza, mesnadas y caballeros unidos a ellos por relaciones vasalláticas o económicas, si es que los tenían. Debemos tener en cuenta aquí el fragmento de la *Segunda Partida* que reproducimos más arriba, en el que se habla de que los romanos trababan entre sí las tiendas que se encontraban en los límites del campamento cuando no disponían de elementos para formar el *vallum*. Ya hemos comentado que es poco probable que se trate de una técnica defensiva romana, pero es posible que los autores estén contextualizando en el mundo clásico una práctica que hubiese encajado realmente bien en la teoría de la castrametación alfonsí, pues se señala que la capa externa del campamento debía cercar al resto como si de una muralla con torres se tratase. No obstante, creemos que la razón de ser primordial de la capa periférica del campamento es el control del límite de la acampada y de las tropas que se albergaban en su interior. Así, por ejemplo, podían evitarse posibles deserciones o la infiltración de espías.

Como hemos indicado en el primer epígrafe, la obra alfonsí también nos indica las formas que podía presentar el campamento, siendo redondo, cuadrado o alargado (rectangular) en función de la orografía del terreno. Además, debían trazarse calles: una ancha y circular entre los jefes y la tropa si era redondo; una central si era alargado; y, en caso de ser cuadrado, entre dos y cuatro calles que se cortasen perpendicularmente, formando un trazado reticular (ver Fig. 2). Finalmente, se recalca la necesidad de que sea el caudillo quien trace estas vías e indique a todos sus subordinados dónde y cómo asentarse. Lógicamente, todo lo anterior debía realizarse en cada uno de los campamentos en caso de existir varios durante una operación militar, pudiendo estar formados cada uno por una o varias compañías.

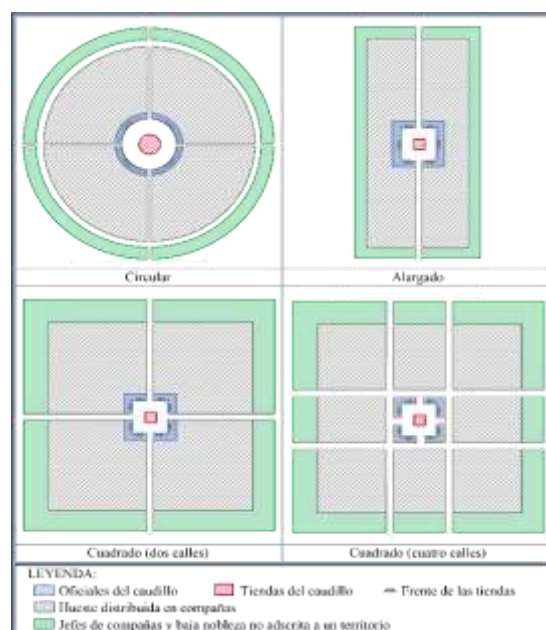


Fig. 2: Esquema de los campamentos militares plenomedievales (basado en la Segunda Partida)

Una posible prueba de que los diferentes líderes de las compañías se asentaban en la periferia de los campamentos la tenemos en el relato del asedio de Sevilla que se relata en la *Primera Crónica General*. Por dos veces se menciona que los sevillanos hacen salidas contra el campamento de Tablada²⁶⁵ con el objetivo de robar ganado y retirarse con él sin presentar batalla. Evidentemente, tratarían de incursionar en zonas del campamento que se encontrasen en sus bordes, con el fin de aprovechar al máximo el elemento sorpresa y minimizar el riesgo. Para mayor dificultad, el campamento se encontraba rodeado por un foso. Estos robos se efectuaron contra las posadas de los maestros de Calatrava y Alcántara y del comendador mayor de Alcañiz, así como la del prior del Hospital; se encontraban, por tanto, en la periferia de la acampada, junto a sus caballeros²⁶⁶.

²⁶⁵ Se trata del campamento principal del asedio de Sevilla por las tropas de Fernando III de Castilla y León. García Fitz, 2009, pp. 210-213.

²⁶⁶ Primera Crónica General, t. II, §1085, p. 753: *Otro dia en seyendo llegado el rey a Tablada et posando y con su hueste, venieron los moros o el maestre de Calatraua et el de Alcantara et el de Alcanniz posauan, et leuaron ende carneros*. Primera Crónica General, t. II, §1098, p. 757: *venieron diez gazules*

Este detallado modelo de castrametación que presenta las *Partidas* se encuentra claramente influenciado por el prototipo romano, pero lo suficientemente adaptado a las realidades medievales, de tal manera que resulta totalmente plausible. Sin embargo, a falta de fuentes que nos proporcionen más información, no podemos saber con exactitud si estos modelos se siguieron o no al pie de la letra, siendo lo más probable, en nuestra opinión, que se aplicasen más o menos de sus principios en cada situación y en cada época. Quedan, por tanto, por resolver las cuestiones de en qué grado la teoría de la castrametación alfonsí se llevó a cabo en la práctica y de si se trata de una creación genuina de época de Alfonso X o si en su obra se recogen unos principios de ordenación campamental anteriores.

Finalmente, disponemos de una descripción del campamento principal que el rey Santo levantó con ocasión del asedio de Sevilla entre 1247 y 1248, recogida en el *Capítulo de las noblezas et de los abondamientos de la hueste de Seuilla* de la *Primera Crónica General*:

En la hueste que el rey don Fernando sobre Seuilla tenie, auie semeiança de grant çipdat et noble et muy rica. Conplida era de todas cosas et de todas noblezas que a abondamiento de toda conplida et abondada çipdat pertenezcan. Calles et plaças auie y departidas de todos mesteres, cada vno sobre si. Vna calle auie y de los traperos et de los camiadores, otra de los especieros et de los alquimes de los melezinamientos que auien los feridos et los dolientes mester, otra de los armeros, otra de los freneros, otra de los carniçeros et de los pescadores. Et asi de cada mester de quantos en el mundo podiesen seer, auie de cada vnos sus calles departidas, cada vnas por orden conpasadas et apuestas et bien ordenadas. Asi que qui aquella hueste uio, podie muy bien decir que nunca otra tan rica nin tan apostada uio, que de mayor gente nin de mayor poder que esta non fuese, nin tan conplida de todas noblezas nin marauillas. De todas viandas et de todas merchandias era tan abondada, que ninguna rica çipdat non lo podrie ser mas. Et asi auien arraygado las gentes con cuerpos et con aueres et con mujeres et con fijos, commo si por siempre ouiesen y de durar, ca el rey auie puesto et prometido que se nunca ende leuantase en todos los días de su uida, fasta que la ouiese, et quiso Dios, et conpliose su uoluntad et lo que el quiso. Et esta certanidat de la auer los fazie venir de todas partes tan raygadamente commo vos dezimos²⁶⁷

Este inusual relato hace referencia a uno de los campamentos más importantes que se dieron en el Medievo hispano, y que se encuadró en una de las mayores empresas militares del momento. Aunque la redacción de este pasaje y de las *Partidas* fuese dirigida por la misma persona, no deja de ser una corroboración del gran nivel de ordenamiento de los campamentos de esta época, en los que se podía encontrar *calles* y

de los moros, caualleros bien guisados, et dieron salto a la hueste contra o posaya el prior del Ospital; et non se les guiso de fazer y otro danno, mas leuaron ende vnas pocas de vacas suyas que y andauan cabo de la posada dese prior, del qual robamiento a el peso mucho.

²⁶⁷ *Primera Crónica General*, t. II, §1127, p. 768.

plaças que se disponían *por orden conpasadas et apuestas et bien ordenadas*. Las ocuparon, según el texto, los mercaderes y representantes de varios oficios, que acudieron atraídos por las posibilidades de negocio de un asentamiento tan importante. Lo que no sabemos es dónde ni cómo, con respecto a los militares, se asentaron todas estas personas. Lo único que indica la crónica es que, siguiendo una lógica de asentamiento similar a la explicada para las tropas, se asentaron todos juntos, aunque segregados por oficio y formando calles y plazas, y que se trasladaron familias enteras. Si bien esta fuente no aporta datos directos sobre la disposición de las tropas, podemos suponer que, si este era el grado de organización de artesanos y mercaderes, más aún lo sería el del ejército. Este campamento se erigió primero en Tablada, y conforme fue avanzando el asedio, se trasladó más cerca de la ciudad, habiendo durado en el primer emplazamiento entre cinco y ocho meses, y, en el segundo, entre siete y diez. Tampoco podemos saber si el asentamiento de artesanos y mercaderes junto a los militares fue un hecho puntual o si se vio en otros campamentos de la época, puesto que sólo se menciona aquí. En cualquier caso, este proyecto único constituyó una auténtica ciudad temporal equiparable con la contemporánea Victoria, campamento que Federico II Staufen constituyó en el mismo año (1248) para asediar Parma, y que, de la misma manera, también se asemejaba en gran medida a una urbe (Keen, 2005, p. 162). Quizá no sea casualidad que Fernando III hubiese estado casado con la prima del emperador alemán, Beatriz de Suabia.

Bibliografía

- ALFONSO X: *Las Siete Partidas del rey Don Alfonso el Sabio*, ed. (1807) Real Academia de la Historia, Madrid.
- DELGADO RODRÍGUEZ, E. (2017): *El Campamento Militar Medieval. Reino Visigodo y Reinos de Castilla y de León (siglos V – XIII)*, UNED, Madrid.
- FALQUE REY, E. (1994): *Historia Compostelana*, Akal, Torrejón de Ardoz.
- FERNÁNDEZ VALVERDE, J. (1987): *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis LXXII. Historia De Rebus Hispanie Sive Historia Gothica*, Brepols, Turnhout.
- FERNÁNDEZ VALVERDE, J. (1989): *Historia de los hechos de España*, Alianza, Madrid.
- FLAVIO VEGECIO RENATO: “Epitoma rei militaris”, [en línea] *THE LATIN LIBRARY*.
[Consulta: 25 junio 2017]. <http://www.thelatinlibrary.com/vegetius.html>.
- FLAVIO VEGECIO RENATO: *Compendio de técnica militar*, ed. y trad. PANIAGUA AGUILAR, D. (2006), Cátedra, Madrid.
- FLÓREZ, E. (1765): *España Sagrada. Theatro Geographico-historico de la Iglesia de España*, t. XX.
- FLÓREZ, E. (1767): *España Sagrada. Theatro Geographico-historico de la Iglesia de España*, t. XXIII.
- GARCÍA FITZ, F. (2009): “La Reconquista y la formación de la España medieval (de mediados del siglo XI a mediados del siglo XIII)”, en LADERO QUESADA, M. A. (COORD.) Y O’DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, H. (DIR.): *Historia Militar de España. II Edad Media*, Laberinto, Madrid.
- HERNÁNDEZ SEGURA, A. (1966): *Crónica de la Población de Ávila*, Valencia.
- KEEN, M. (2005): *Historia de la guerra en la Edad Media*, Machado Libros, Madrid.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. y RUIZ ASENSIO, J. M. (1985): *Leyes de Alfonso X I. Espéculo*, Fundación Sánchez Albornoz, Ávila.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. y CATALÁN, D. (1977): *Primera Crónica General de España*, Gredos, Madrid.
- PÉREZ GONZÁLEZ, M. (1997): *Crónica del Emperador Alfonso VII*, Universidad de León.

SANCHEZ BELDA, L. (1950): *Chronica Adefonsi Imperatoris. Edición y estudio*,
Escuela de Estudios Medievales (CSIC), Madrid.

VERBRUGGEN, J. F. (1977): *The art of warfare in western Europe during de Middle
Ages*, Ámsterdam/Nueva York/Oxford, North-Holland.

LA GRAN CHICHIMECA UNA FRONTERA INESTABLE PARA NUEVA ESPAÑA THE GREAT CHICHIMECA AN UNSTABLE NEW SPAIN'S FRONTIER

Alberto Puig Carrasco

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Desde la caída de Tenochtitlán los conquistadores aspiran a encontrar otro gran imperio indígena que les ofreciera la riqueza, fama y poder que les había dado la Triple Alianza, esto, unido al interés económico y geográfico de encontrar el paso del noroeste llevó a muchos a aventurarse hacia el norte. La colonización del norte de Nueva España comenzará, por tanto, lentamente y con grandes contratiempos desde época temprana. Poco a poco, según se fue descubriendo “el gran norte” y se fue asentando la población española en las nuevas tierras se encontraron recursos que lo cambiaron todo, las famosas minas de plata y oro en una región poco conocida hasta entonces. “La Gran Chichimeca” un sinfín de valles, sierras y ríos rápidamente fueron explorados y colonizados, provocando con ello la hostilidad de los indígenas y llevando a la formación de una inestable y complicada frontera. En esta amplia región los españoles afrontarán por primera vez los retos de la conquista y colonización de una tierra con complicada orografía y poblada por tribus dispersas chichimecas. Esta frontera, la guerra que en ella se vivió a sangre y fuego, los métodos de control del territorio, la colonización y la adaptación de las tácticas españolas al escurridizo y fiero enemigo sirvieron de precedente y ejemplo a los españoles para adaptarse a esta nueva realidad americana de frontera, y poder superar similares obstáculos en otras fronteras como será posteriormente la de Nuevo México.

Palabras clave: conquista de América, México, frontera, chichimecas, minas, Zacatecas.

Abstract: Since the fall of Tenochtitlan, the Spanish conquerors aspire to find another great indigenous empire that would offer them the wealth, fame and power that Triple Alliance given them. This reason and the economic and geographic interest in finding the northwest pass made many go north. The colonization of New Spain's north beginning slowly and with too many setbacks since early season. Little by little, as the “great north” was discovered and the Spanish population settled in the new lands, they find resources that changed everything, the famous silver and gold mines in a little-known region until then. “La Great Chichimeca” an endless number of valleys, mountain ranges and rivers were quickly explored and colonized. This causes the hostility of the Indians and leading to the formation of an unstable and complicated border. In this wide region, the Spaniards will face for the first time the challenges of the conquest and colonization of a land with complicated orography and populated by scattered Chichimec tribes. This border, the war that was lived in blood and fire, the methods of control territory, the colonization and the adaptation of the Spanish tactics to the elusive and fierce enemy served as precedent and

example to the Spaniards to adapt to this new reality American border, and overcome similar obstacles in other borders, as will be, subsequently, the New Mexico.

Keywords: conquest of America, Mexico, border, chichimecas, mines, Zacatecas.

Introducción

La frontera norte novohispana fue siempre un lugar complicado, a lo largo de su evolución durante trescientos años siempre fue una zona de conflictos entre los españoles²⁶⁸ y los indígenas, en un primer momento los chichimecas y en uno posterior apaches y comanches, entre otros muchos.

En el presente artículo trataremos de abordar la primera de las fronteras norteñas de Nueva España, la Gran Chichimeca, una amplia región que hoy en día abarca cerca de ocho estados mexicanos y en la que encontrarían los españoles una gran cantidad de tribus semi-nómadas, expertas cazadoras-recolectoras y algunas con una incipiente agricultura a las que denominarán bajo el término genérico chichimeca, una voz náhuatl²⁶⁹ utilizada por los mexicas para referirse a los pueblos norteños más allá de las fronteras imperiales de la Triple Alianza.

Para llevar a cabo este acercamiento comenzaremos por establecer los principales motivos que llevaron a los españoles a poner sus miras en el norte de la Triple Alianza. Tras ello continuaremos con el primer encuentro entre españoles y chichimecas durante la Guerra del Mixtón (1540-1541) y las consecuencias que tuvo esta guerra para la expansión de las fronteras imperiales hacia el norte. A continuación, trataremos, brevemente, de las características geográficas de la región que los españoles denominaron como “La Gran Chichimeca” para así poder entender la forma de vida de estos indígenas y las complicaciones de la conquista y colonización hispana.

Con todo ello comenzaremos a señalar las expediciones españolas que se internan en el territorio, así como la más importante por su repercusión posterior, la de Juan de Tolosa, descubridor de las minas de Zacatecas. Además, explicaremos, brevemente, las

²⁶⁸ Cuando utilizamos la palabra español queremos hacer mención con ella no sólo a los occidentales venidos desde la península a América, sino también a los indígenas aliados de los españoles, los cuales en las crónicas suelen diluirse dentro de este término, no pudiendo, en muchas ocasiones, diferenciar a los occidentales de los aliados indígenas.

²⁶⁹ El término *chichimecatl* que en un principio hacía referencia a los propios antepasados de los mexicas durante su peregrinaje desde la mítica Aztlán se convirtió, con el tiempo, en un término despectivo muy relacionado con “*popoloca*” que los españoles equipararon a “*bárbaro*” (Olko, 2012, p.183) con la connotación de ser extranjeros que no hablaban la lengua imperial, en este caso náhuatl, y cuya forma de vida era más “atrasada” desde el punto de vista español.

principales naciones chichimecas que describieron los españoles en la región. Con ello daremos paso a la evangelización de los chichimecas, el comienzo de la colonización hispana y el inicio de las hostilidades que llevarían, irrevocablemente, a la Guerra Chichimeca (1550-1600) con la cual concluiremos el presente artículo.

El interés español por el norte de las Indias

Los españoles al embarcarse en 1492 buscaban una ruta que les llevara a la India, a Catay (China) y a Zipango (Japón) para así controlar posteriormente las islas de Especiería (Molucas). Al encontrarse con las islas del Caribe e ir descubriendo poco a poco la costa americana, muy pronto los españoles se dieron cuenta que lo que tenían ante ellos era un obstáculo de gran tamaño en su deseada ruta. Hay que tener en cuenta que desde 1415 Portugal había acabado su reconquista y comenzaba su expansión marítima ultramarina con la toma de Ceuta ese año. Este hecho motivó que los portugueses fueran los primeros en buscar una ruta alternativa para llegar a las deseadas especias orientales tras la paulatina toma de control otomana de los territorios del Mediterráneo oriental (Lockhart y Schwartz, 1992, pp. 30-31). Esta carrera por llegar a las especias motivó que en 1498 los portugueses hubieran circunnavegado África y que para 1500 llegaran a la India.

Los españoles ante el obstáculo que se les presentaba y deseando llegar a Oriente navegando hacia poniente comienzan a buscar un paso marítimo entre las grandes masas terrestres que descubrían. Uno de estos pasos será buscado a lo largo de varios siglos, el denominado paso del noroeste. El paso del noroeste vendría a ser un teórico paso marítimo que uniría la Mar Océana (Atlántico) con la Mar del Sur (Pacífico). La búsqueda de este paso por tierra será lo que motive las primeras expediciones hacia el norte, unida a encontrar la veracidad de ciertas leyendas como las Siete ciudades de Cíbola o la Fuente de la Eterna Juventud. El resultado fueron las sucesivas expediciones hacia el norte como las de Juan Ponce de León (1513 y 1521) o la de Pánfilo de Narváez (1527) cuyo desdichado fin da lugar al gran periplo de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Carranza y el esclavo Estebanico quienes recorrerán el sur de los actuales Estados Unidos logrando ir desde Florida hasta México, dejando en una relación posterior todas las características e impresiones que tuvieron durante su viaje de los indígenas locales, así como de la llegada a sus oídos del rumor de ciudades importantes al norte de donde ellos estaban. Esta relación denominada *informe*

conjunto (Jiménez, 2006, p. 145) será la que dé comienzo a una nueva saga de expediciones en búsqueda del paso del noroeste y de las Siete ciudades de Cibola.

Por otro lado, hay otros dos factores que llevaron a los españoles a interesarse por el norte y por asegurar una frontera estable para sus territorios. El primero fue el descubrimiento de importantes reservas de metales preciosos en distintos lugares, como Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí, etc. Por otro lado, la llegada de colonos y tropas inglesas y francesas llevaron al Virreinato de Nueva España a establecer fortificaciones por El Caribe, las costas norteñas y a asegurar distintas posiciones en tierras indígenas para así proteger sus territorios. A esto se añadirá desde finales del siglo XVI el interés desde la Corona de brindar protección y asentar a los indígenas convertidos al cristianismo por parte de los misioneros, como fue el caso de la primera colonización de Nuevo México a partir de la salida de Juan de Oñate como gobernador del territorio (Crespo-Francés y Valero Junquera, 1998, p. 90)

El primer encuentro con los chichimecas

Como anteriormente mencionamos, los conquistadores tratarán de hacerse con el control efectivo de los territorios pertenecientes a la Triple Alianza. Una vez lograron asentar su poder en el centro de México pusieron sus miras en los señoríos independientes del oeste, norte y sur de la otrora Triple Alianza. De esas conquistas nos es de especial interés la de Nueva Galicia, realizada por las tropas del conquistador Nuño de Guzmán y que durará cinco años (1529-1534).

Durante la conquista de Nueva Galicia las tropas de Nuño de Guzmán llevarán a cabo graves desmanes contra la población local, puesto que su *modus operandi* solía ser: sitiar los poblados indígenas; apropiarse de los recursos tras conseguir su rendición; no dar cuartel a los guerreros y torturar a los caciques para conseguir información sobre las posibles riquezas escondidas.

Durante la conquista del territorio, Guzmán fue asentando colonos en distintos asentamientos fundados sobre lo que será Nueva Galicia como San Miguel de Culiacán (1531) o Santiago de Compostela (1532) capital de la provincia hasta la fundación de Guadalajara en 1542. Sin embargo, los botines no eran como los vistos en el centro de México, esto unido a los desmanes contra los indígenas y a no repartir el botín entre sus aliados le llevó a que en 1532 sus aliados indígenas se rebelaran contra él (Jiménez, 2006, p. 109). Si bien el final de Nuño de Guzmán se encuentra en la cárcel de Torrejón de

Velasco, España, tras hacérsele un juicio de residencia en el año 1534, el daño ya estaba hecho en la zona y ello arrastrará a Nueva España a la última guerra abierta simétrica entre fuerzas indígenas y españolas en México durante la colonia.

Tras la salida de Nuño de Guzmán de la provincia de Nueva Galicia pasó a ser gobernador Francisco Vázquez de Coronado, quien recibe a los supervivientes de aquella fatídica expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida. En 1538 fray Marcos de Niza, quien cree por completo a Estebanico y sus relatos sobre ciudades de oro prepara una pequeña expedición de vanguardia, mientras que Coronado congregaba al grueso de sus fuerzas de cara a explorar las tierras nortenas. En 1539 Coronado parte con un gran contingente formado por trescientos españoles y ochocientos indígenas (Parker Winship, 1896, p. 420). Durante su ausencia queda como gobernador Cristóbal de Oñate, quien deberá encarar el descontento indígena que aprovecha la salida del contingente hispano para rebelarse.

La Guerra del Mixtón dará comienzo en 1540 por el descontento con los hacendados y por los excesos de la conquista²⁷⁰. La zona cercana a Guadalajara y la frontera oriental de Nueva Galicia será la más castigada por la guerra siendo un antecedente de la Guerra Chichimeca por la presencia de guerreros provenientes de distintas tribus chichimecas que acudieron en ayuda de sus aliados, asentados cerca de los hispanos o bajo su control. Algunos de los más famosos serían los zacatecos, por su particular atuendo, y los caxcanes, quienes acabaron formando el núcleo de resistencia contra los españoles hacia el final de la guerra.

El líder de la rebelión, Tenamaztle, será quien lleve a cabo la dirección de muchas de las batallas que se libraran durante la guerra y su bastión fue un peñón conocido como Mixtón, nombre que se le da a esta contienda. La guerra comenzó tras descubrir los misioneros españoles que se hablaba entre los indígenas de reuniones para hacer un frente común de resistencia en Tlaxicoringa y Xuchipila. Ante estos rumores y las primeras muertes de misioneros, estancieros y soldados, el gobernador Oñate escribe al virrey pidiéndole refuerzos. El virrey, don Antonio de Mendoza, aprovechando la estancia en México del famoso conquistador Pedro de Alvarado le encomienda a éste la pacificación de la zona. En junio de 1541 llega Alvarado a Guadalajara, en donde tras una reunión con Oñate decide partir contra el Mixtón, desoyendo las advertencias del gobernador. Los

²⁷⁰ Entre estos desmanes, Nuño de Guzmán añadió a la lista de delitos cometidos el de haber realizado trata de seres humanos con súbditos del rey, es decir, indígenas que ya se habían rendido ante las armas hispanas pero que él decidió esclavizar (Sempat, 2008, p.33)

primeros enfrentamientos entre el reducido número de efectivos de Alvarado y los quince mil caxcanes y zacatecos hacen que los españoles deban retirarse, ya que debido a la dificultad de ascenso hacia el peñón por la inclinación se sumaba que en plena estación de lluvias la zona estaba impracticable. El 24 de junio Alvarado tiene un accidente con su caballo siendo llevado a Guadalajara, en donde fallece el 4 de julio (León-Portilla, 2006, pp. 67-77; Sempat, 2008, pp.36-38).



Año de onze casas y de 1529 se partio nuño de guzman para jalisco yendo a sujetar Aquella tier[r]a finjen que sale la culebra del cielo diziendo que les venia trabajo a los naturales yendolos cristianos Alla
Códice Telleriano-Remensis (s/f) fol.44r

Tras esta primera victoria los indígenas consideran la posibilidad de echar a los españoles y ponen bajo sitio la ciudad de Guadalajara el 28 de septiembre. El gobernador Oñate logra romper el sitio, no obstante, la ciudad sufrió numerosos daños y se hubo de reconstruir y reasentar, más alejada de los focos insurrectos, en su ubicación actual. Ante la retirada de los indígenas Oñate logra reagrupar a sus tropas justo para la llegada de las tropas virreinales comandadas por el propio virrey²⁷¹, un ejército de cincuenta mil

²⁷¹ De esta contienda han quedado varias fuentes para su análisis, entre ellas, la crónica del cacique chalca Francisco de Sandoval Acacictli (1996): *Conquista y pacificación de los indios chichimecas*, en donde el cacique narra una a una cada batalla, movimientos y penurias de la campaña desde su punto de vista.

soldados españoles e indígenas que consiguen su primera victoria en el peñón de Coyna. Tras esta victoria absoluta, el virrey decide seguir atacando los bastiones rebeldes periféricos al núcleo de la rebelión, el Mixtón. De esta manera las tropas virreinales marchan contra Nochistlán, Xuchipilla y finalmente el Mixtón, en donde tras varios asaltos se consigue la victoria (León-Portilla, 2006, pp. 77-97).



“Este año de dies casas y de 1541 se alsaron los yndios de jalisco los quales sujeto don Antonio de mendoça murio donn pedro de alvaro yendose retrayendo de los Yndios al qual llamavan los yndios tonatihu que quiere decir el sol”. Códice Telleriano-Remensis (s/f) fol.46r

La victoria española no significó, sin embargo, la paz en Nueva Galicia ya que Tenamaztle logró huir, formando nuevas confederaciones en la frontera con la región chichimeca. La tensión continuó en la zona hasta 1551, año en el cual se entregó el cacique caxcan al obispo de Guadalajara (León-Portilla, 2006, pp. 97-100) poniendo final a la rebelión en Nueva Galicia y uniéndose esta guerra con la siguiente, la Guerra Chichimeca, contra quienes el virrey había luchado y quien, tras haber visto la ferocidad

de las tribus nortañas, planificó una línea de defensa de fuertes para proteger las posesiones hispanas de nuevos asaltos, si bien, por falta de fondos y tiempo no se llegó a realizar durante su mandato (Powell, 1977, p. 19).

Esta guerra, como lo hará después la Guerra Chichimeca, influenció el arte y quedó grabada en los documentos coloniales y el arte, ya que la ferocidad del enfrentamiento y los grandes contingentes que en él se enfrentaron fueron tales que podemos encontrar referencias claras a la Guerra del Mixtón en documentos como el *Códice Telleriano-Remensis*, en el *Lienzo de Tlaxcala* o incluso en las Relaciones Geográficas realizadas treinta años después de haber finalizado dicho conflicto.



“Batalla entre españoles e indios quando vino a esta tierra don Ant[oni]o de Mendoça visorrey de La nueva espana” (Mapa de la *Relación Geográfica de Teucaltiche*, Spanish Society, Nueva York)

La Gran Chichimeca

Antes de comenzar con la Guerra Chichimeca habría que identificar a qué zona se referían los españoles con la Gran Chichimeca, así como sus características geográficas que determinaron la adaptación de los indígenas y su modo de vida a su entorno, así como la guerra con los hispanos y la adaptación de éstos a la zona y a una nueva forma de hacer la guerra.

Hay que tener en cuenta que la Gran Chichimeca fue la frontera septentrional de Nueva España desde 1540 hasta 1600, aproximadamente, cuando finaliza la Guerra Chichimeca se da por “pacificada²⁷²” la región y se encuentra una nueva frontera, la Apachería, que durará hasta el surgimiento de la Comanchería a inicios del siglo XVIII. Este hecho produce que la Gran Chichimeca fuera ampliándose hacia el norte, oeste y este según se iba descubriendo la *terra incognita* que había más allá de las provincias hispanas. La zona en la que hemos centrado este estudio correspondería a la primera zona de actividad

²⁷² Con este término se referían los españoles a las zonas que controlaban, al menos, aparentemente. Hemos querido utilizar las comillas debido a que a lo largo del periodo colonial vemos asaltos y bandidaje en la región, con lo que la pacificación total fue prácticamente ilusoria.

chichimeca, no así la que llegará a ser y que ocupará el territorio septentrional mexicano hasta, prácticamente, el Río Grande.



Mapa del centro-norte de México señalando la ubicación, aproximada de la Gran Chichimeca.
Elaboración propia.

La primera frontera en la región (hasta 1570 aproximadamente) estaba determinada por la región de la mesa central de México con una altura media de 1.700 a 2.300 metros de altura y cuya orografía se basa en llanuras y valles interrumpidos por sierras con algunos ríos importantes y una gran cantidad de arroyos estivales (Inegi, 2008, pp. 12-21). En la zona cercana a los ríos, el bajío, es donde se concentrarían los cultivos (Cuevas y Zorrilla, 2012, p. 32), mientras que en los valles tendríamos ganadería una vez llegan los españoles. Por último, hacia el norte, cerrando la región tendríamos el malpaís de Durango, 250.000 hectáreas con paisaje abrupto y pedregoso y núcleo de varias confederaciones chichimecas.

Es en esta región donde se encontrarían también las famosas minas de plata y oro que darían mayor relevancia a una región de complicada orografía. En este paisaje abrupto abundan las nopaleras y distintas variantes de agaves, así como en las sierras los bosques de coníferas con gran profusión de encinos y pinos (Rincón y Guerrero, 2012, pp. 274-285; Rzedowski y Calderón, 2009, pp. 7-8).

Además de la Mesa Central, también se dieron importantes combates y avances hispanos en otras dos regiones geoclimáticas, la Sierra Madre occidental (Jalisco, Nayarit y suroeste de Zacatecas) y la Sierra Gorda (Norte de Querétaro, este de Guanajuato y San Luis Potosí). Estos lugares de difícil acceso, con tribus dispersas y muy combativas conllevó que la región tardara más tiempo en ser completamente pacificadas habiendo,

hasta en el siglo XVIII, combates en la Sierra Gorda entre chichimecas y tropas novohispanas²⁷³.

Las primeras expediciones españolas

Tras la Guerra del Mixtón y el desengaño de las Siete ciudades de Cíbola a la vuelta de la expedición de Coronado, los españoles ralentizaron su avance hacia el norte, especialmente tras comprobar de la ferocidad de los guerreros norteños. La frontera poco a poco irá extendiéndose mediante la concesión de tierras a los colonos por parte del virrey, así como grandes prebendas a cambio de servir como caudillos en la región. Esto unido a la alianza de los españoles con ciertos grupos chichimecas fue afianzando una frontera que se preveía complicada. Los ganaderos y aventureros poco a poco se internaron en la zona y junto a los primeros misioneros comienzan la fundación de villas de importancia en la zona, como el caso de San Miguel, fundada en 1542 por parte de los frailes franciscanos congregando en ella a españoles e indígenas²⁷⁴.

De esta forma tenemos un lento avance, cada vez mayor en número y en extensión, de las fronteras españolas en base a concesiones de tierras a encomenderos, fundación de villas y creación de una red viaria que uniera las minas con México. Algunos ejemplos de los primeros años de contacto con los chichimecas serían, Juan de Villaseñor, encomendero en la zona de Pénjamo que fundará, en unión con los religiosos de Michoacán y con guamares, un asentamiento que será pilar en las incursiones posteriores (Powell, 1977, p. 23).

La situación se mantuvo tensa, pero pacífica, hasta la llegada de una expedición española en 1546 a la región de Zacatecas, al cerro de la Bufa. Ninguno de los españoles de la expedición pudo prever que allí encontrarían las famosas minas que darían el impulso definitivo a la colonización del gran norte de México (Powell, 1977, pp. 20-27). Es este descubrimiento lo que conllevará la rápida colonización de la región con el fin de asegurar las rutas de acceso a las minas.

²⁷³ La conquista y evangelización de la Sierra Gorda, con la esencial presencia franciscana en Rioverde y los valles del sur de Nuevo Santander han sido tratados ampliamente en la historiografía. Por mencionar algunos de reciente producción estarían, el trabajo de José Alfredo Rangel (2009) o el de Robert H Jackson (2012).

²⁷⁴ Como primeras congregaciones disponemos de testimonios que avalan que ya en 1529 había presencia de franciscanos en la provincia otomí de Xilotepec y que en 1531 se ubican en Querétaro (Villegas, Brambila y Saint Charles, 2015, pp.104-107). Así mismo, desde 1550 había agustinos en Yurirapúndaro (actual Yuriria, Mich.), en Xilitla y en San Luis Potosí desde 1554, así como en San Felipe (Gto.) desde 1750 (Guzmán, 2011, pp.71-102).

Comenzada la colonización de las minas de Zacatecas por parte de sus descubridores (Cristóbal de Oñate, Diego Ibarra, Baltasar Temiño de Bañuelos y Juan de Tolosa) se decidió asegurar los caminos que hasta ellas iban. Estos caminos poco a poco conformaron el Camino Real de Tierra Adentro, una importante red viaria que unía las distintas villas españolas, presidios y minas con la capital del virreinato y que, en el siglo XVII, llegará hasta San Fe de Nuevo México. Este camino rápidamente fue mejorándose para facilitar el tránsito de las mercancías necesarias para sostener el asentamiento de Zacatecas, o el de Guanajuato (por sus minas de plata descubiertas en 1554) (Powell, 1977, p. 33). Por ello encontramos puentes y mejoras en el trazado y mantenimiento del camino, como es el caso del puente de Ojuelos, en Jalisco. Esta ruta rápidamente llevará al crecimiento de ciertos asentamientos y así para 1550 Querétaro y San Miguel eran centros de gran importancia. Hay que tener en cuenta que los caminos que unían Zacatecas con Guadalajara, al tener menor pendiente y una orografía mejor, permitieron con escasas mejoras el tránsito de grandes carretas, sin embargo, el camino entre Zacatecas y México, junto con muchos de sus ramales, hubieron de ser trazados, mejorados y mantenidos por los españoles (Powell, 1977, pp. 33-35). Para la construcción del camino se decidió contratar mano de obra indígena, especialmente de la provincia de Jilotepec y los cercanos a Tula, a quienes se les debía de pagar “de una manera justa” (Powell, 1977, p. 37). Estos mismos grupos indígenas, así como otros aliados de los españoles, serán también los primeros que construyan y regenten las posadas a lo largo del camino, si bien la posesión de las mismas solía estar en manos de los frailes o de los descubridores de las minas.

El entorno más cercano al Camino Real de Tierra Adentro será donde se realicen la mayoría de combates durante la Guerra Chichimeca ya que los indígenas comprobaron rápidamente su importancia, comenzando los asaltos a las carretas de suministros o las que iban cargadas de metales preciados.

Otra incursión española de gran importancia fue la religiosa, especialmente las de fray Andrés de Olmos, quien mantuvo desde época muy temprana un remoto puesto avanzado en Panuco (Powell, 1977, p. 24) y la de Bernardo Cozín, un fraile franciscano de origen francés que fue evangelizando y creando pequeños templos en distintas tribus chichimecas por la zona. Su muerte, en la población de Zayn, en Nueva Galicia²⁷⁵, lleva

²⁷⁵ Zayn aparece en el libro de Alberto Carrillo (2000, pp. 617-618) en la transcripción paleográfica de la carta de Guillermo Santa María a su provincial, Zirosto, en 1580. Tlatenango estaría cerca de este

al comienzo de las hostilidades con los chichimecas, fechando este suceso, aproximadamente, sobre 1550²⁷⁶ (Carrillo, 2000, pp.617-618).

Los indígenas de la región

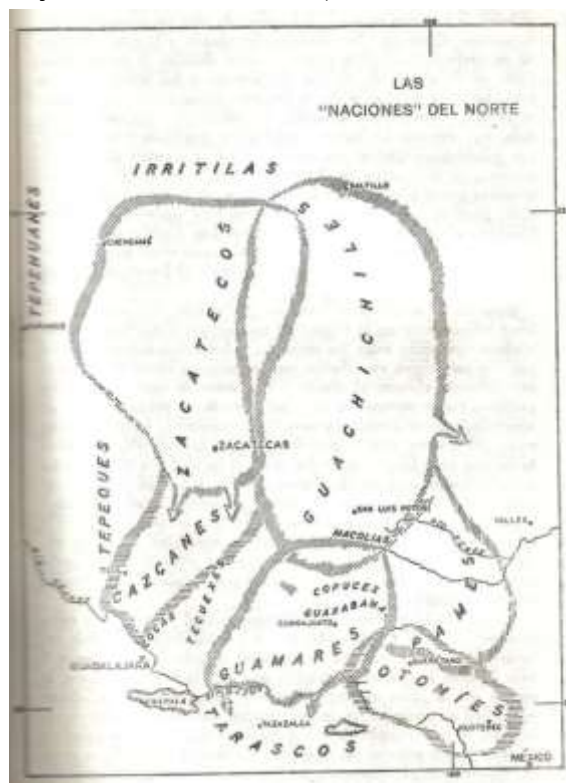
Cincuenta años harán falta para conseguir la pacificación de la zona, lo que nos muestra un proceso de larga duración en el que los españoles, junto con sus aliados indígenas, hubieron de hacer frente a complicadas y aguerridas tribus. Por otro lado, la orografía de la región con sierras, valles y ríos facilitaba que estuviera plagada de escondites para los chichimecas en las cercanías del valioso Camino Real de Tierra Adentro. Hay que tener en cuenta, antes de comenzar a describir cada nación chichimeca, que la categoría de chichimeca fue aplicada, sin apenas concreción, por parte de los españoles a los pobladores de los territorios al norte de las provincias conquistadas hasta entonces. Esto llevó a categorizar igual a pueblos semi-nómadas con incipiente agricultura que a bandas de cazadores-recolectores.

Hay que tener también en cuenta que la visión de los chichimecas como indígenas nómadas ha sido revisada recientemente, ya que hasta finales del siglo XX se tendió a no hacer crítica de las fuentes españolas. Pedro Tomé Martín (2013, p. 239) señala que no todos los chichimecas eran nómadas estacionados por las sierras, sino que también hubo indígenas que se asentaban en los llanos y que, al llegar las tropas españolas y con ellos la ocupación, conquista y resistencia indígena, hubieron de abandonar las llanuras y subir a las sierras, no siendo diferenciados de los otros grupos que sí vivían de este modo. Otros de estos indígenas son, como hemos visto, los primeros pobladores de algunos asentamientos de congregaciones religiosas en la región. Este hecho, según Pedro Tomé Martín (2013, pp. 233-261), podría haber venido marcado por la misma visión que dieron los hispanos a esta tierra, catalogada en ocasiones como desierto, una naturaleza hostil. El atribuir a los paisajes hostilidad por los habitantes que en ellos viven o las penalidades que sufren los occidentales es una práctica habitual aun hoy en día en las novelas distópicas y el cine, y seguramente fue igual en la época de la conquista.

asentamiento que se ubicaría entre San Martín y Zacatecas. Por otro lado, en las RG de Nueva Galicia de René Acuña (1988, p. 245) se la nombra en la Relación Geográfica de San Martín y Llerena.

²⁷⁶ Su muerte y año no está clarificado puesto que ya en 1987 René Acuña en la Relación Geográfica de Tiripito indica que fray Jerónimo de Mendieta (1945, p. 202) tampoco a llegó a saber más que: “*de fray Bernardo [Cossín] no he sabido de cierto el año en que murió, ni se tiene al presente otras noticias más de que era de nación francesa (...)*”.

En relación a este tema, Carlos Santamarina Novillo (2015, pp. 32-34) señala que es común que las culturas tiendan al etnocentrismo creando lo que denomina “mitos de alteridad”, una visión subjetiva que en muchos casos cataloga al “otro” de inhumano. En el caso de las crónicas españolas de la época suelen exagerar y situar a los chichimecas como los más salvajes de las naciones indígenas descubiertas hasta entonces. A esta concepción de los hispanos se unía la ya propia de sus aliados y que fortaleció dicha idea, puesto que tlaxcaltecas, tarascos, mexicas y otomíes ya consideraban a los chichimecas como barbaros, si los trasladamos al vocabulario europeo, puesto que para los mexicas los que hablan claro son los *nahuatlaca* mientras que los chichimecas serian barbaros con una lengua ininteligible y una cultura inferior (Santamarina, 2015, p. 47).



Mapa de las naciones del norte (Powell, 1977, p. 49)

Comenzando a describir lo relatado por los españoles sobre cada nación indígena comenzaríamos por los pames, los menos belicosos de todas las naciones chichimecas ya que tenían relaciones, por su cercanía, con los otomíes de Jilotepec y los tarascos de Michoacán, lo que les llevó a ser de los grupos chichimecas más asentados y con prácticas rituales parecidas a las de sus vecinos (Viramontes, 2000, p.113). Estos indígenas solían robar el ganado y cazarlo, si bien pocas veces atacaban a los españoles y si se veían en la situación solían huir. Sin embargo, desde 1570 se volvieron más belicosos y comenzaron

a asolar las tierras orientales hispanas en la Chichimeca (González Dávila, 1994, p. 10; Powell, 1977, p. 52).

Al oeste de los pames tendríamos a los guamares, quienes se centraban en la zona de Guanajuato hasta Querétaro, el río Lerma y Aguascalientes. Gonzalo de las Casas los denomina confederación, lo que podría indicar cohesión entre distintas tribus o bandas con cierta organización política con instituciones supratribales. El mismo autor los califica como los más valientes, aguerridos, traidores, destructores y astutos de todos los chichimecas. Entre ellos distinguieron los españoles varios grupos: los de Pénjamo, los de Comanja de Jaso, los chichimecas blancos, cercanos a Jalostotitlán y Aguascalientes, y los de San Miguel y San Felipe, entre los que encontramos a los copuces que fueron los encargados del primer ataque a San Miguel que llevó a su despoblamiento (Powell, 1977, p. 52; González Dávila, 1994, p. 11; Arnal, 1998, p.51).

Al oeste de los guamares existían una gran variedad de tribus semisubjugadas por los españoles en la Guerra del Mixtón y en años posteriores mientras se estabilizaban las fronteras de Nueva Galicia. Los más numerosos fueron los cazcanes, encargados de liderar la rebelión contra los españoles en el Mixtón. Hay que indicar que para 1550 comenzaron a sufrir depredaciones en su territorio por parte de otros grupos chichimecas ya que, tras su pacificación, muchos sirvieron como auxiliares a los hispanos en la Guerra Chichimeca. Alrededor de las tierras de los cazcanes encontramos a los tezoles (cercanos a Guadalajara), tepeques (entre Tlaltenango y Colotlán) y los cocas y tecuexes. Todos ellos saqueadores de ganado y del Camino Real de Tierra Adentro (Powell, 1977, p. 53; Arnal, 1998, pp.52-54).

Virando hacia el norte encontraríamos a los zacatecos, los más cercanos a las recién descubiertas minas. Su territorio abarcaba desde los guachichiles hasta los tepehuanes de Durango y hasta Cuencamé y Parras, tierras de los irritilas. Los zacatecos eran principalmente nómadas, aunque hubo grupos que fueron sedentarios. Solían atacar a los cazcanes y los españoles les tenían por tiradores expertos. La mayor parte de los asentamientos zacatecos se encontraban en el Malpaís de Durango, así como en las proximidades de las minas, donde solemos encontrar los grupos sedentarios que rápidamente fueron anexionados al sistema español y usados como auxiliares contra el resto de chichimecas, como es el caso del valle de Jerez y de Nombre de Dios. Hay que tener en cuenta que los zacatecos llevaban un tipo de vestimenta característica, unas

medias calzas y vendas en la frente, lo que provocó que los españoles les identificaran rápidamente por su participación durante la Guerra del Mixtón (Powell, 1977, p. 54).

Por último, al este de los zacatecos y ocupando el territorio más extenso estaban los guachichiles, quienes eran considerados los más valientes y belicosos de todos los pueblos, merodeando desde Satillo hasta San Felipe y desde la Sierra Madre occidental hasta Zacatecas, si bien muchas veces esos límites los sobrepasaron llegando hasta la sierra de Guanajuato (Arnal, 1998, pp.55). Esta nación tenía su centro de asentamiento en lo que será posteriormente el norte de San Luis Potosí, una zona ideal para la defensa ya que la entrada y salida era a través de un valle montañoso denominado en la época “el Tunal Grande”. Eran la nación más numerosa según nos recoge en su obra de 1574 Gil González Dávila (1994, pp. 11-12). Expertos arqueros y en realizar emboscadas, solían atacar el Camino Real de Tierra Adentro, muy cercano a su núcleo poblacional. También fue el grupo que más confederaciones aglutinó contra los españoles durante la guerra y, según Powell, eran conocidos por los indígenas auxiliares de los españoles por practicar el canibalismo (Powell, 1977, pp. 50-52).

Los españoles ante la rebelión y la guerra

En un principio la respuesta española no será la adecuada a la situación, planteándose que se trataba de otra rebelión, ya que la mayoría de chichimecas descubiertos habían aceptado someterse a las leyes españolas y se les estaba comenzado a evangelizar y congrega a muchos de ellos en villas como San Miguel, que como mencionamos fue fundada en 1542 por el fraile franciscano Juan de San Miguel y en el que convivían otomíes, tarascos y guamares (González Dávila, 1994, p. 21; Powell, 1977, p. 80).

El virrey que sustituye al vencedor de la Guerra del Mixtón fue don Luis de Velasco, quien en 1550 impulsa la colonización del área chichimeca, coincidiendo con el auge de las hostilidades con los chichimecas. Como hemos apuntado anteriormente, Gil González Dávila (1574) y fray Guillermo de Santa María (1580) nos señalan en sus textos que el detonante de la guerra fue el asesinato del fraile Bernardo Cossín, sin embargo, al no tener su fecha concreta podríamos interpretar que es cercana a 1550, lo que sí conocemos son los primeros asaltos chichimecas, producidos según Powell (1977, p. 44) por parte de los zacatecos en 1550 cuando asesinaron a un grupo de tarascos que llevaban paños a las minas. La emboscada tuvo lugar entre los ríos de Tepezala y un lugar denominado

Morcilique. Pocos días después los zacatecos también robarían unos rebaños de estancias hispanas entre Cieneguilla del Monte y Zacatecas.

Ante estos primeros problemas en la frontera y la imposibilidad de llevar a cabo el sistema de defensa esgrimido por Mendoza tras la Guerra del Mixtón, en parte, porque la situación fronteriza cambió de una visión meramente defensiva de las tierras hispanas a una de colonización, conquista y defensa de tierras nortañas, no exploradas hasta entonces, y en parte por la falta de fondos, mano de obra y soldados. El virrey don Luis de Velasco (1550-1564) optará por varias líneas de acción con la finalidad de asegurar la frontera norte del virreinato. La primera fue enviar distintas expediciones de exploración hacia el lejano norte, a lo que se unía la fundación de distintas villas para asegurar el avance hispano y así contener a los chichimecas lejos de las preciadas minas y del Camino Real de Tierra Adentro. La segunda fue proteger elpreciado camino con tropas de milicia de los asentamientos y con represalias contra los asaltantes chichimecas. El problema de estas expediciones punitivas nos lo señala González Dávila (1994, pp. 24-25) cuando indica que muchas veces estos ataques eran dirigidos contra las poblaciones más cercanas de chichimecas, quienes normalmente no habían realizado el asalto, creando así enemistades con distintos pueblos. El otro problema de esta estrategia es que en una guerra asimétrica y de guerrillas, como fue esta, este tipo de represalias no conseguían ni controlar el terreno ni erradicar al enemigo, ya que los grupos chichimecas hostiles estaban dispersos por un área de gran tamaño.

Llegados a 1560 la situación se volvió más inestable. En 1561 se produce un alzamiento chichimeca que aglutinó a gran parte de las tribus poniendo en un aprieto a los colonos hispanos. La contraofensiva de los españoles fue lanzada contra el malpaís de Durango, el núcleo de la confederación. Ante esto, el virrey decidió continuar con su política de construcción de asentamientos fortificados a lo largo del Camino Real de Tierra Adentro y en las tierras más septentrionales con la esperanza de organizar las represalias, proteger el camino y contener a los indígenas. Ese año Zacatecas llegó a ser considerada bajo sitio (Jiménez, 2006, p. 110), si bien, en general, los grandes centros mineros no tuvieron problemas para sobrevivir, no sucedió lo mismo con los centros periféricos como Mazapil, Sombrerete, Chalchihuites, San Martín y Charcas (Jiménez, 2006, p. 110). Un logro que sí consiguió el virrey Velasco fue el reforzamiento de la alianza con los otomíes, otorgándoles títulos y propiedades en la región y permitiéndoles realizar sus propias incursiones contra los “asaltantes” chichimecas (Powell, 1987, p. 52).

Sin embargo, durante la década de los 60 llegamos a conflictos no sólo con los chichimecas sino entre la administración española puesto que el nuevo virrey, el marqués de Falces tenía ideas contrarias a las de la Audiencia de Guadalajara sobre cómo llevar a término la guerra contra los chichimecas. Debemos tener en cuenta que la Audiencia de Guadalajara, creada en 1549, se disputaba la jurisdicción del territorio con la capital virreinal, muy alejada de los problemas de la frontera según la Audiencia y el obispado de Michoacán, muy activo también durante la guerra (Jiménez, 2006, p. 111).

En 1562, siguiendo la línea marcada por Velasco, Francisco de Ibarra, sobrino de Diego de Ibarra y yerno del virrey, recibe tierras al norte de Zacatecas con el título de capitán general y gobernador, comenzando así la creación de lo que más tarde será Nueva Vizcaya y trasladando así la frontera hacia el norte (Jiménez, 2006, p. 111). Sin embargo, la situación no mejoraba dentro de la región chichimeca ya que el marqués de Falces ofreció una tregua a los chichimecas en febrero de 1567 (Powell, 1987, pp. 54-55), lo que se vio como una debilidad por parte de los indígenas. La Audiencia de Guadalajara ordenó armar milicias en las villas españolas de la región por petición de los colonos, así mismo el obispado buscó la forma de convencer a los chichimecas de asentarse con los españoles dando así inicio a unas hostilidades entre Guadalajara y México que serán constantes hasta la llegada del nuevo virrey, Martín Enríquez quien en 1568 y ante el desastre diplomático optó por la guerra a “fuego y sangre” como la denomina Powell (1977, p. 114).

Debemos tener en cuenta que para 1570 se estima que habían fallecido unos doscientos españoles y diez veces más de indígenas aliados a manos de los chichimecas (Sego, 1988, p. 23), unas cifras importantes si consideramos la demografía de la región en aquella época. El virrey Enríquez pronto iniciará una estrategia defensiva muy clara, los presidios, una idea ya lanzada inicialmente por Mendoza pero que a partir de la década de los 70 será una realidad en la zona. Además, muy en la línea de la época en la Monarquía Hispánica, se inició un debate teológico sobre si se trataba de una guerra justa o no la que se realizaba contra los chichimecas, un debate enconado entre juristas, gentilhombres y clérigos que influenció numerosas obras como la de Gil González Dávila y del que conservamos un gran corpus documental, recogido y transliterado por Alberto Carrillo Cázeres (2000).

La línea de presidios ideada por Enríquez se asentaba sobre las primeras *casasfuerte* y ranchos fortificados de los colonos que habían ido construyéndose a lo largo del Camino

Real de Tierra Adentro y en los que se podía dar cobijo y defensa a los pasajeros, aparte de servir de posadas. Para planificar esta línea de fortificaciones se envía a dos investigadores, Gonzalo de las Casas y al doctor Francisco de Sande, fiscal de la Audiencia de México (Naylor y Polzer, 1986, p. 36). Los nuevos presidios que se van construyendo son sufragados por el tesoro virreinal, así como la soldada de oficiales y tropa, cuya misión era controlar el terreno cercano al presidio y escoltar a las carretas hasta el siguiente punto de control en el camino. El problema vino en que los indígenas rápidamente se adaptaron a este sistema e intentaron realizar emboscadas en los puntos más lejanos y de peor comunicación del Camino Real de Tierra Adentro, cuando no, hacían incursiones en gran número. Hay que tener en cuenta que lo habitual en estos presidios era tener un capitán y de seis a treinta soldados como mucho, lo cual no es un contingente suficientemente grande como para hacer frente a centenares de arqueros chichimecas.

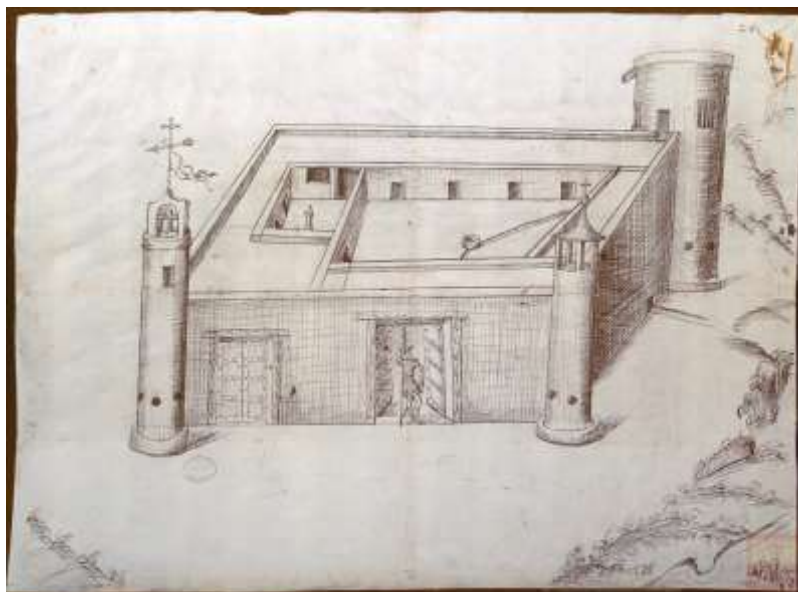
Estos presidios solían tener unos muros en adobe o madera, conservándose pocos de ellos, como el de Ojuelos, en Jalisco, ya que sus muros pasaron a ser de piedra y ladrillo. Solían tener dos o tres bastiones de defensa, cuartel, almacén, áreas de reparación, establos, una capilla y una plaza de armas para actos oficiales y albergar las carretas en caso de ser necesario (Naylor y Polzer, 1986, p. 36). Para 1570 se añaden fuertes y guarniciones a muchas ciudades del Camino Real de Tierra Adentro ya que se vio lo limitada e inadecuada que había sido hasta entonces la línea de presidios. Es en estos años cuando más partidas de soldados españoles realizan depredaciones contra los poblados chichimecas ya que sus guerreros, ahora con el caballo domesticado, eran más complicados de capturar y eliminar en las escaramuzas. Es una década también de grandes confederaciones chichimecas encabezadas por los aguerridos guachichiles, quienes desde el Tunal Grande siguen lanzando constantes ofensivas contra los territorios hispanos. Es también a finales de esta década y principios de la siguiente cuando se decide que la guerra con los chichimecas es justa y se comienza a permitir lo que era un hecho, la esclavitud limitada de los indígenas “rebeldes”.

De estos años quedan también algunos testimonios de cuan dura debió ser la guerra como es la Relación Geográfica de Querétaro, cuyo mapa está perdido, pero no así su texto, redactado por su alcalde, Hernando de Vargas en 1582. Nos narra Vargas (1582, pp. 21-22) que:

A contecido peleando vnos soldados con indios chichimecas por defenderles vna rrequa cargada de mercaderia de dar un flechazo á vn soldado en el frasco que tiene la polbora y se le pasaron de parte á parte y una quera de onze queros de gamuza y vna cota y vn jubon y le yrieron del dho flechazo.

De manera similar conservamos también la relación de uno de los muchos martirios que hubo en la región durante estos años de guerra, el de los dos frailes franciscanos, Pedro Burguense y Francisco Doncel, quienes transportaban desde Michoacán la figura de un cristo para la iglesia de San Miguel, erigida en 1564 por el Tata Vasco. Los chichimecas emboscaron a los frailes y su protección en la serranía de las Codornices, según se bajaba del puerto de Chamacuero. Fray Alonso de la Rea (1882, p. 327) nos narra, con un lenguaje que podría ser exagerado, las prácticas de los chichimecas con los prisioneros:

y como lobos voraces y tigres de Hircania, los hicieron pedazos, siendo su inocente sangre alimento de su furor, quedando el P. Doncel muerto, abrazado con el cristo de rodilla y su compañero un poco apartado. Luego los desnudaron y echaron a suertes sobre sus hábitos (...). Después les aserraron las cabezas y quitaron el casco redondo con las coronas y se lo ponian á modo de casquetes (...)²⁷⁷



Plano del Fuerte de Xalpa de 1576 (Archivo General de Indias)

Durante la década de los 80 llegara el doctor Jerónimo de Orozco, presidente de la Audiencia de Guadalajara, junto con capitanes experimentados para la frontera. Este

²⁷⁷ Se refiere por “corona” a la tonsura que llevaban los monjes. Una práctica habitual por parte de los chichimecas hacia sus prisioneros era el escalpado, si bien no ha de entenderse como el narrado por franceses e ingleses durante el siglo XVIII en Norteamérica. Los chichimecas, además del cabello, desprendían también una gran sección de piel facial y parte del pericráneo (Sego, 1998, p. 24).

hombre propondrá aumentar el número de presidios y triplicar la soldada, ya que muchos de los soldados no podían ni comprarse el equipamiento básico y comerciaban con esclavos (Naylor y Polzer, 1986, pp. 36-37). Además, a partir de la carta escrita por los estancieros de la zona al virrey en 1579, Orozco establecerá presidios en los lugares que señalaban como los más peligrosos para la seguridad de la región (Powell, 1987, p. 106). Algunos de estos lugares será el valle de San Fernando, impidiendo así la salida de los guachichiles hasta el Camino Real de Tierra Adentro y su comunicación con el resto de tribus indígenas en la zona central de Guanajuato. Además, por petición de la Audiencia de Guadalajara se instalará también una armería real en Zacatecas desde la que se suministrarán armas a los presidios para mantener la paz y a las expediciones que a finales de siglo iniciarán la conquista y colonización de Nuevo México.

También en los años 80 encontramos los primeros intentos, realistas, de llegar a la paz con los chichimecas. El primer intento llega en 1554 con el obispo de Guadalajara, Domingo de Alzola, quien escribió al arzobispo de México que enviara más misioneros para evangelizar a los chichimecas. Si bien, este obispo no cayó en la ilusión del marqués de Falces ya que proponía enviarles con protección militar, o al menos, a las zonas más pacíficas de la región ya que había un gran número de mártires para finales del siglo XVI. También propuso crear asentamientos de paz donde los indios cristianos se pudieran asentar con los indígenas auxiliares ya asentados y sedentarizados, quienes les enseñarían las virtudes de la vida sedentaria bajo control hispano. A estas ideas se unen las del nuevo virrey, el marqués de Villamanrique llegado a México en 1585 quien opina que la culpa de la guerra la tienen los soldados y presidios, una premisa que asustó por igual a colonos, estancieros, soldados y a la Audiencia de Guadalajara (Naylor y Polzer, 1986, pp. 37-39).

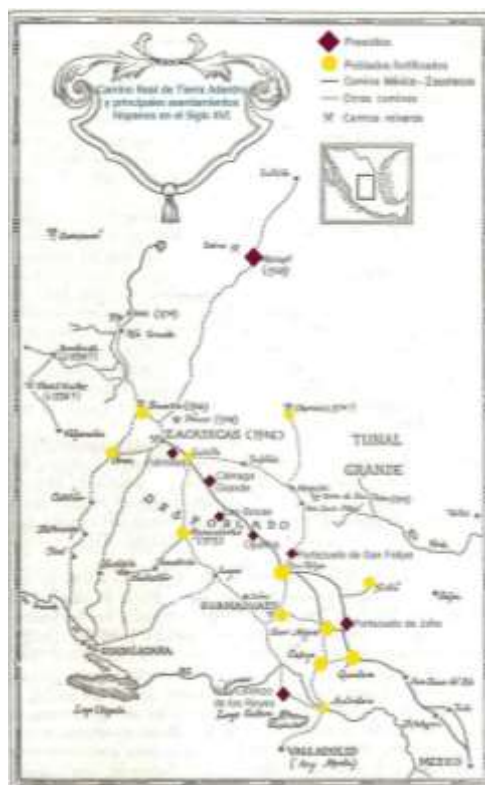


Presidios presentes en el Mapa de la Relación Geográfica de San Miguel y San Felipe de los chichimecas (Real Academia de la Historia)



Soldados de presidio españoles escoltando unas carretas por el Camino Real de Tierra Adentro a su paso por Guanajuato entre las villas de San Miguel y San Felipe. Mapa de la Relación Geográfica de San Miguel y San Felipe de los chichimecas. (Real Academia de la Historia)

A estas ideas desde la administración se suma la doctrina iniciada por algunos capitanes de frontera, como Rio de Loza, Gabriel Ortiz de Fuenmayor, Miguel Caldera o Francisco de Urdiñola, entre otros, quienes comienzan a comprar a algunos jefes chichimecas con comida, materias primas...todo ello buscando que se asentarán y dejarán las armas contra los hispanos. El nuevo virrey, don Luis de Velasco, mantendrá los presidios y tropas, aunque redujo la soldada de los militares de presidios, algo que desde la península se estaba exigiendo y que permitió continuar en la vía de la pacificación (Naylor y Polzer, 1986, p. 39). De esta manera los presidios pasan a tener un papel predominante en la pacificación de los indígenas. Los capitanes de presidios debían ser los encargados de velar por el orden en su zona, así como de repartir los distintos artículos entre los chichimecas con el fin de asentarlos. Estos artículos eran muy variados, ropa, utensilios de cocina, comida, bienes en cuero...aparte se les enseña, con ayuda de los aliados indígenas, a cultivar y a ser ganaderos con lo que los presidios comienzan a crear poco a poco una nueva clase social, parecida a una milicia fronteriza. De esta manera, los soldados de presidios pasan a ser soldados a medio tiempo y civiles y profesores al otro, asentando un modelo que será posteriormente utilizado en la frontera apache y comanche de los siglos venideros y copiada por otras potencias coloniales como Estados Unidos en el medio oeste en el siglo XIX (Naylor y Polzer, 1986, pp. 39-40).



Mapa de los Caminos de la Plata (Powell 1987: 27). Hemos situado las villas y presidios fortificados



Plaza de armas del presidio de Ojuelos, Jalisco (fotografía propia).

Conclusiones

Hemos podido comprobar cómo la frontera septentrional de México fue siempre un foco de importancia para el Virreinato de Nueva España, siendo tal la atención que requería que los virreyes en múltiples ocasiones pedían equipamiento para las tropas destinadas, especialmente, en tres frentes: Filipinas, la región chichimeca y el Caribe.

Los conquistadores aspiraron siempre a encontrar una nueva fuente de riqueza y poder como había sido el Imperio de la Triple Alianza, si bien, en su búsqueda no encontraron imperio igual hacia el norte de México. El interés cartográfico y económico de encontrar el famoso paso del noroeste fue también un aliciente para enviar numerosas expediciones hacia el lejano norte, llegando incluso el famoso conquistador Hernán Cortés a enviar tres

expediciones, una bajo su propio mando, por la Mar del Sur hacia el norte, con el fin de encontrar el mencionado paso y descubriendo, de esta manera, la península de California.

Este interés por el norte también se sumaba a las leyendas y el pensamiento español de la época. El mito de las Siete ciudades de Cíbola, ampliado y que parecía casi real gracias a las descripciones de los supervivientes de la fallida expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida, unido al hecho de que los mexicas decían provenir del norte, pudo haber sido motivos suficientes para que los españoles tuvieran por seguro que hacia el norte encontrarían una civilización en igualdad a la mexica. Cuando cae esta ilusión y queda la cruda realidad, ésta se une a la Guerra del Mixtón, a la última guerra abierta en el México colonial entre fuerzas simétricas que luchan en campo abierto y tienen líderes carismáticos. Esta guerra, con su fiereza y brutalidad que casi lleva a la expulsión de los españoles de Nueva Galicia, fueron motivos suficientes como para que desde el virreinato se decidiera poner final a la expansión nortea y se decidiera, como pudimos ver, crear una línea de fortificaciones contra los chichimecas para defender las posesiones hispanas, un método que ya habían realizado tarascos y mexicas durante sus reinados.

Sin embargo, las fértiles tierras para la ganadería de Guanajuato y el norte de Michoacán muy pronto atrajeron a estancieros que poco a poco extendieron la frontera, unido todo ello al afán de conversión de los franciscanos que se asentaron en distintas villas de la zona, evangelizando a los chichimecas más sedentarios lentamente. Todo ello unido al gran descubrimiento que cambió por completo la economía y el interés de las Indias para España, las minas de plata y oro, el principal motor de la maquinaria de guerra hispánica había sido descubierto y nada más ni nada menos que en el lejano norte, en ese norte agreste y fiero que tantos problemas les había dado a las tropas virreinales en el Mixtón con guerreros como los zacatecos.

El descubrimiento de las minas será lo que cambie el paradigma establecido en la frontera norte virreinal y dará pie a una auténtica “fiebre del oro” en el norte del virreinato. La cada vez mayor llegada de colonos, la rápida creación de una infraestructura para mantener los centros mineros, y la necesidad de defender y controlar un gran territorio con escasos hombres será lo que provoque, inevitablemente, la guerra con los indígenas de la región quienes ven amenazada su forma de vida y su ecosistema. La Guerra Chichimeca será el primer escollo en la política virreinal de mediados del siglo XVI sobre el norte, sin embargo, el interés hispano seguirá firme y no vemos, como en el caso del

Mixtón, una duda en la política hispana sobre si continuar su expansión hacia el norte o no.

Tras los primeros años de lucha los españoles se afianzarán en el norte y cambiarán su paradigma de combate para adaptarse a la nueva forma de guerrear a la que se enfrentaban, una guerra asimétrica, una guerra de guerrillas en un entorno agreste y complicado para controlarlo con tan pocas tropas. Los españoles adaptarán sus tácticas a la forma de combatir de los chichimecas y harán buen uso de sus aliados indígenas. Por otra parte, los presidios y su evolución desde las casasfuerte y las misiones fortificadas serán un antecedente para los españoles en su expansión hacia Nuevo México, así como utilizarlos como medio de control de un territorio y a sus capitanes como protectores del territorio y como enlace con los caciques indígenas, creando un modelo de sociedad fronteriza empleado posteriormente por otras potencias coloniales.

Podemos concluir, por tanto, que la inestable frontera chichimeca que dio problemas al Virreinato de Nueva España durante más de cincuenta años fue al final una apuesta segura de la Monarquía Hispánica con el fin de asegurar el virreinato contra las tribus norteamericanas, las incursiones, cada vez más frecuentes a partir del siglo XVII, de ingleses y franceses, el afán evangelizador, puesto que la conversión de los indígenas comienza incluso antes que la propia colonización del territorio y por encima de todo, el virreinato apuesta por la frontera septentrional, su conquista y defensa por las importantes minas de oro y plata que en ella se encontraban, desplazando así la frontera chichimeca desde el norte de Michoacán hasta el norte de Zacatecas, más tarde hasta la actual frontera con los Estados Unidos y posteriormente hasta la Apachería y la Comanchería.

Bibliografía

- CARRRILLO CÁZARES, A. (2000): *El debate sobre la guerra chichimeca, 1531-1583*, 2 volúmenes, México, El Colegio de Michoacán, El Colegio de San Luis.
- CODDING, M. A. (2017): «Mapa de Tequaltiche» en CODDING, M. A. (ed.), *Tesoros de la Hispanic Society of America, visiones del mundo hispánico*, Madrid, Museo Nacional del Prado, pp. 256-258.
- CÓDICE TELLERIANO-REMENSIS (s/f): original, Bibliothèque du France, <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b8458267s?rk=21459;2> consultada el 20 de julio el 2018.
- CRESPO-FRANCÉS Y VALERO, J. A. y JUNQUERA, M. (1998): *Juan de Oñate y el paso del Río Grande. El camino Real de Tierra Adentro (1598-1998)*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- CUEVAS CARRILLO, J. I. y ZORRILLA, M. (2012): «Localización y superficie» en CONABIO, *La Biodiversidad en Guanajuato. Estudio de Estado*, vol.1, México D.F.: Instituto de Ecología del Estado de Guanajuato.
- GONZÁLEZ DÁVILA, G. (1994): *Guerra de los chichimecas*, Jalisco, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia.
- GUZMÁN GUZMÁN, Y. (2011): *La evangelización agustina en Yurirapundaro, 1550-1602*, Saarbrücken, Editorial Académica Española.
- INEGI: Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2008): *Características edafológicas, fisiográficas, climáticas e hidrográficas de México*, México, Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- JACKSON, R. H. (2012): «The Chichimeca Frontier and the Evangelization of the Sierra Gorda, 1550-1770» en *Estudios de Historia Novohispana*, núm.47, pp.46-91.
- JIMÉNEZ, A. (2006): *El gran norte de México: una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Editorial Tébar.
- LEÓN-PORTILLA, M. (2005): *Tenamaztle primer guerrillero de América, defensor de los derechos humanos*, México, Editorial Diana.
- LOCKHART, J. y SCHWARTZ, S. (1983): *América Latina en la Edad Moderna: una historia de la América española y el Brasil coloniales*, Madrid.
- MENDIETA, Fray Jerónimo de (1945): *Historia eclesiástica indiana*, 4 volúmenes, México, ed.Salvador Chávez Hayhoe.

- NAYLOR, T. H. y POLZER, C. W. (1986): *The Presidio and Militia on the Northern Frontier of New Spain*, volumen 1, Tucson, The University of Arizona Press.
- OLKO, J. (2012): «El “otro” y los estereotipos étnicos en el mundo nahua» en *Estudios de Cultura náhuatl*, nú.44, pp.165-198.
- PARKER WHINSHIP, G. (1896): *The Coronado expedition 1540-1542*, Washington, Government Printing Office.
- POWELL, P. W. (1977): *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- POWELL, P. W. (1987): *Capitán mestizo: Miguel Caldera y la frontera norteña*, México, The University of Arizona Press, Fondo de Cultura Económica.
- RANGEL SILVA, J. A. (2009): «Pames, franciscanos y estancieros en Rioverde, Valles y Sur de Nuevo Santander, 1600-1800» en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol.30, núm.120, pp.225-266.
- REA, fr. Alonso de la (1882): *Crónica de la orden de N. Serafico P.S. Francisco, provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*, Imprenta de J.R. Barbedillo y C.México.
- RINCÓN RODRÍGUEZ, R. y GUERRERO VILLALOBOS, J. (2012): «Uso de las plantas con propiedades medicinales en cinco áreas naturales protegidas del Estado de Guanajuato» en CONABIO, *La Biodiversidad en Guanajuato. Estudio de Estado*, vol.1, México D.F.: Instituto de Ecología del Estado de Guanajuato.
- RZEDOWSKI, J. y CALDERÓN DE RZEDOWSKI, G. (2009): *Lista preliminar de árboles silvestres del estado de Guanajuato*, Pátzcuaro, Michoacán: Instituto de Ecología A.C.
- SANTAMARINA NOVILLO, C. (2015): «Salvajes y chichimecas: mitos de alteridad en las fuentes novohispanas», *Revista española de antropología americana*, 45-1, pp. 31-56.
- SEGO, E. B. (1988): *Aliados y adversarios: los colonos tlaxcaltecas en la frontera septentrional de Nueva España*, San Luis Potosí, El colegio de San Luis.
- TOMÉ MARTÍN, P. (2013): «La construcción política de la desertificación: el desierto que repta», *Revista de Antropología Social*, 23, pp. 233-261.
- VARGAS, Hernando de (1582): *Descripción de Querétaro*. DSLP, I, Querétaro.

VILLEGAS MOLINA, M.E.; BRAMBILA PAZ, R. y SAINT-CHARLES ZETINA, C.
(2015), *Toponimia indígena de Querétaro en el siglo XVI*, Querétaro, Municipio
de Querétaro.

VIRAMONTES ANZURES, C. (2000): *De chichimecas, pames y jonaces. Los
recolectores-cazadores del semidesierto de Querétaro*, México D.F.: Instituto
Nacional de Antropología e Historia.

**MILÁN, CORAZÓN DE LA MONARQUÍA: LA CUESTIÓN DE FINALE
(1571)**
**MILAN, HEART OF THE MONARCHY: THE QUESTION OF FINALE
(1571)**

Diego Pacheco Landero

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Dentro del reinado de Felipe II, la jornada de Finale no fue uno de los acontecimientos bélicos de renombre. La ocupación de este estratégico marquesado, enclavado en la costa del mar de Liguria, se hizo de manera expeditiva en poco más de un mes. En este sentido, su duración palidece frente a la guerra de Flandes. Y su coste se aleja de los grandes gastos que implicó la jornada de Inglaterra. Sin embargo, valorado en su justa medida, el conflicto de Finale brinda luz sobre varios aspectos de la política de la monarquía filipina en Italia, pudiéndose calificar de excepcional en tanto en cuanto único ejemplo de expansión ofensiva efectuado en Europa por Felipe II. El conflicto permite observar cuáles eran las necesidades que en la organización militar del Stato milanés, la frontera entre Francia y la Italia española, se sentían como más acuciantes, tanto desde la óptica del gobierno del Milanesado como en la corte de Madrid. De la misma forma que se representan claramente cuáles eran los peligros que amenazan con subvertir la paz de Cateau-Cambresis (1559) y romper la frágil “quietud de Italia”. Precisamente, estos peligros constituyen el reverso de la moneda, el de los límites a una política de expansión, no sólo por la ruptura del status quo frente a los enemigos, sino especialmente en relación a las potencias aliadas, como Génova, Saboya o el emperador, señor eminente del norte de Italia. Es en estos diferentes sentidos que Finale deviene en ejemplo de la potencialidad inherente del Milanesado como “corazón de la Monarquía” y “plaza de armas” de la misma.

Palabras Clave: Milanesado, Finale, Felipe II.

Abstract: Within the reign of Philip II, the Finale journey was not one of the renowned warlike events. The occupation of this strategic marquisate, nestled on the coast of the Ligurian Sea, was carried out expeditiously in just over a month. In this sense, its duration pales in the face of the war in Flanders. And its cost is far from the great expenses that the day in England implied. However, properly assessed, the Finale conflict sheds light on various aspects of the policy of the Philippine monarchy in Italy, and can be described as exceptional as the only example of offensive expansion carried out in Europe by Philip II. The conflict allows us to observe what were the needs that in the military organization of the Milanese Stato, the border between France and Spanish Italy, felt as more pressing, both from the perspective of the Milanese government and in the court of Madrid. In the same way that the dangers that threaten to subvert the peace of Cateau-Cambresis (1559) and break the fragile "quiet of Italy" are clearly represented. Precisely, these dangers constitute the reverse of the coin, that of the limits to an expansion policy, not only due to the breakdown of the status quo in the face of enemies, but especially in relation to the

allied powers, such as Genoa, Savoy or the emperor, eminent lord of northern Italy. It is in these different senses that Finale becomes an example of the Milanese's inherent potential as the “heart of the Monarchy” and its “main square”.

Key words: Milanese, Finale, Felipe II.

En *El príncipe* (1531), libro que, si no fue el más querido, a lo menos se puede contar entre los más célebres del siglo XVI, Maquiavelo exponía que el gobernante “debe conocer la naturaleza de los lugares y saber dónde se alzan las montañas, cómo se abren los valles, cómo se extienden las llanuras y estudiar la naturaleza de los ríos y de los pantanos” (Maquiavelo, 2011, p. 80). El gusto por la cartografía de varios príncipes del Renacimiento ejemplifica el afán por conocer y plasmar el mundo visible en una época señalada por los descubrimientos geográficos. Así lo atestiguan, por citar un caso, los mapas de los que se rodeó Carlos V en su retiro de Yuste (Fernández Álvarez, 2015, p. 822).

Para el Emperador, además del placer, la cartografía revestía especial importancia dado lo vasto de los dominios que el azar sucesorio y la conquista habían concentrado en sus manos. Entre los últimos, aunque con ciertas reservas, estuvo el ducado de Milán. Si desde la década de 1520 existió una presencia estable en el *Stato* de ejércitos imperiales, no fue hasta 1535 que Milán se incorporó al dominio directo de Carlos V (Cadenas y Vicent, 1978, pp. 367-370). Ese año falleció sin sucesión el duque Francesco II, último titular de la casa Sforza; y Carlos, como soberano eminente del ducado en cuanto emperador, lo retuvo en su poder.

Las guerras con Francisco I pusieron de relieve el papel estratégico de Milán dentro del imperio carolino. En ese contexto, la autorizada voz de Margarita de Austria (1480-1530), tía del emperador y gobernadora de Flandes, lo denominó “clef d'Italie et celle par la quelle le royaume de Naples peut estre preserve” (Rizzo, 2006, pp. 470)²⁷⁸. Por esto no parece extraño que fuera Milán el primer territorio recibido por el príncipe Felipe, a quien se le infeudó secretamente en 1540 (Álvarez-Ossorio, 2001, p. 25). Con todo, cuando por la paz de Crépy (18 de septiembre de 1544) se planteó entregar al duque de Orleans, segundogénito de Francisco I, los Países Bajos o Milán como dote de su futura esposa, que habría de ser Habsburgo, Carlos V se decantó por ceder este, desoyendo el consejo de hombres de gobierno pláticos como el duque de Alba o Ferrante Gonzaga

²⁷⁸ Rizzo recoge otros testimonios sobre Milán de personajes como Maquiavelo, el historiador Guicciardini, Antonio de Leyva o el gran canciller Gattinara (Rizzo, 2006, pp. 469-470).

(Chabod, 1958, p. 364)²⁷⁹.

Más allá de ser la puerta de Italia y el escudo del reino de Nápoles, funciones que en las relaciones entre los territorios bajo dominio Habsburgo ejercían varios señoríos²⁸⁰, el peso sin parangón de Milán devenía de ser nexo de unión de los dominios europeos de la Monarquía, de forma evidente entre la herencia borgoñona y el mediterráneo, pero también en la ruta de “Rosas a Gaeta” que conectaba las penínsulas ibérica e itálica (Pacini, 2013, pp. 57-69). Giovanni Botero, autor del influyente *Della ragion di Stato* (1589), razonaba que los estados podían presentar una continuidad territorial o bien estar divididos por la geografía o por otros estados. Los estados partidos, para mantener la comunicación, “perché la disunione senz’altro indebolisce”, tenían tres vías, no excluyentes entre sí: “a forza di denari (...), per buona intelligenza co’ Prencipi per lo cui paese bisogna passare, o (...) essendo tutte le parti di questo Imperio poste sul mare” (Botero, 2011, p. 13).

En este sentido, la principal debilidad del Milanesado dentro de la “máquina” de la Monarquía católica era carecer de salida directa al mar. Pero en su caracterización geográfica no era la única, pues a ello se unía su orografía. Las zonas montañosas que lo rodeaban a norte, oeste y sur (y con ellas el control de los pasos) estaban en manos de los suizos, Saboya y Génova respectivamente, lo que dejaba el valle padano en franca exposición ante invasiones allende los Alpes. A cambio, la mayor parte de la población se concentraba en la llanura, la zona más rica y fértil, que vertebraba de oeste a este el curso del Po. Los afluentes del Po, por la izquierda el Sesia, Ticino, Adda y Oglio y por la derecha el Tanaro, Scrivia y Trebbia, ayudaban a su vez a cohesionar el territorio en sentido norte y sur, conformando algunas de sus fronteras y configurándose, a la postre, como la única defensa natural

perchè a voler infestare lo Stato et massimamente Milano, è di necessità pasar alcuni di questi fiumi [...]. I quali tutti en' tempi di pioggia et quando si sleguano le nevi crescono tanto che inondano et alagano in molte parti. Et però a chi bene possederà il sito anchora con molta gente in occasion di guerra, potrà [...] dar grandissimo travaglio all'inimico che vi sarà entrato con levargli od impiedirgli la commodità del passare i fiumi (Bortolotti, 1999, pp. 26-27).

²⁷⁹ A pesar de que sólo unos meses antes Carlos V había encomendado a su hijo la protección del *Stato*, “considerando lo mucho que la sustentación del dicho Estado ha costado a nuestros Reynos de la Corona de Castilla y Aragón, y los muchos vasallos y súbditos nuestros de todas partes que sobre la defensa dél han muerto y derramado su sangre”, Testamento de Carlos V, Bruselas, 6 de junio de 1544 (Fernández Álvarez, 1979, p. 92). Sólo la muerte del duque francés evitó lo que para muchos fue un craso error.

²⁸⁰ Piénsese en Navarra con respecto a Castilla, tal como le dijeron las cortes de 1517 a Carlos, cuando este se había comprometido a devolver el reino a los Albret por la paz de Noyon (1516) o de Sicilia en relación al Turco, como escudo de España e, incluso, de Nápoles.

Aunque como arma los cauces fluviales lo eran de doble filo, ya que también podían facilitar el trasiego de bastimentos y soldados de un ejército invasor, pues no se debe olvidar que los ríos eran la vía cardinal, no sólo de la estructuración del territorio, sino de circulación de productos y personas²⁸¹. En este sentido y enlazando con lo que aquí interesa, el río Bormio o Bormida, afluente del Tanaro, era el camino natural entre el Milanesado y el marquesado de Finale, un pequeño feudo de alto valor estratégico para Milán, porque al enclavarse en la costa occidental del mar de Liguria, en la *Riviera di ponente*, ofrecía una oportunidad de obtener una salida al mar.

Situados sus límites costeros entre el cabo Noli por el este y Caprazzopa por el oeste, tal disposición venía a escindir el dominio que la república de Génova ejercía sobre la costa ligure, ya que la villa de Albenga se veía separada de Savona, la localidad más importante del genovesado a occidente de la propia Génova. Durante la baja Edad Media, este hecho fue origen de enfrentamientos recurrentes entre genoveses y finaleses, constituyendo un factor de inestabilidad en la región, en el que no se abstuvieron de concurrir ni los duques de Milán (Visconti y Sforza), ni los de Saboya. Por lo que respecta al interior, las tierras de Finale confinaban con las jurisdicciones de Saboya y de los marquesados de Ceva y Monferrato, este último en manos de los Gonzaga de Mantua desde 1536. Precisamente, en el Monferrato se introducía una parte del territorio finalés en forma de cuña, siguiendo en dirección noreste las aguas del Bormio, atravesando las actuales localidades de Pallare, Carcare y, finalmente, Cairo Montenotte. Esta villa, en la que sobre un altozano se erguía el castillo del Carretto (el linaje de los marqueses de Finale), quedaba fronteriza a Acqui Terme, ya en el Monferrato. Unos pocos kilómetros al oeste del marquesado quedaba el valle de Stellanello, aislado territorialmente, último dominio de la casa del Carretto.

La casa del Carretto había venido señoreando Finale desde el siglo X, en que el emperador Otón I había infeudado el territorio en dicha familia. En la época que se estudia en el presente trabajo, mediado el Quinientos, era titular del marquesado Alfonso II del Carretto (1525-1583)²⁸², hijo primogénito de Ginebra Bentivoglio y Giovanni II del Carretto (1502-1535). El marqués Giovanni II, personaje singular que vio malograda su

²⁸¹ Como ejemplo de lo segundo, para el viaje del hermano de Maximiliano II a la corte de Felipe II, el embajador de Felipe II en Viena, Chantonne, advertía que “su alteza por mas comodida y para escusar la yda a Mantua, determina ayudarse de los rrios y lagos y dar derecho a Bressa [Brescia] y de alli entrar en el estado de Milan” (Archivo General de Simancas (AGS), Estado (E), leg. 658, doc. 6 (1), 11 de agosto de 1568.)

²⁸² La biografía clásica Marengo, 1915. Actual Musso, 2008, pp. 10-67; Cavagna, 2012, pp. 65-121, se centra principalmente en la biografía cultural del marqués.

carrera por una muerte temprana²⁸³, siendo vástago del marqués Alfonso I y Peretta Usodimare Cibo, se convirtió en ahijado del noble genovés Andrea Doria (1466-1560) cuando este se desposó con Peretta, viuda ya de Alfonso I (Marengo, 1915, p. 11). De esta estrecha relación con el almirante imperial, que sin duda le reportó beneficios, da cuenta la crónica sobre Carlos V de fray Prudencio de Sandoval, al recordar que para la campaña de Túnez (1535) el César “nombró por coroneles o maestros de campo, con parecer de Andrea Doria, a Fadrique²⁸⁴ del Carretto, marqués de Final, y a Jerónimo Tutavilla, conde de Sarno, y a Agustín Espínola”, quienes reclutaron hasta cinco mil soldados (Sandoval, L. 22, cap. VIII). En el transcurso de la lucha “fue herido el marqués de Final de un escopetazo, lleváronle en diez galeras a Sicilia, y murió en llegando a la ciudad de Trapani” (Sandoval, L. 22, cap. XXVII).

Su desaparición dejó cinco hijos huérfanos, aunque no desvalidos. En lo que a Alfonso II respecta, fue su abuelo político Andrea Doria quien asumió la tutela del menor y a buen seguro, aprovechando su estrecha relación con Carlos V, propició la rápida investidura del feudo en la persona del marqués niño el 5 de noviembre de 1536, cuando el emperador regresaba de la campaña en Provenza (Sansovino, 1609, f. 209r)²⁸⁵.

No fue hasta 1546 que Alfonso II inició su gobierno directo, el cual se inauguró con un importante servicio pecuario de sus súbditos, que mostraban así las esperanzas puestas en el nuevo príncipe (Marengo, 1915, p. 14); esperanzas que, más pronto que tarde, se verían defraudadas, hasta el punto de que en 1558 tuvo lugar la abrupta ruptura de la concordia y la paz en el marquesado. Ese año los vasallos se alzaron en armas contra el marqués, hastiados de las exacciones fiscales y abusos de toda índole a los que se veían sometidos²⁸⁶. Alfonso II, junto a sus fieles, se vio obligado a refugiarse en Castel Gavone, la fortaleza que dominaba las alturas de la villa de Finale. Por entonces, España estaba

²⁸³ Giovanni II, disfrutando de la protección de su padrastro Andrea Doria, aprovechó la inestabilidad imperante en el norte de Italia, propiciada por los enfrentamientos entre España y Francia, para dotar a sus dominios de una mayor cohesión. Así, sacando partido a las cuitas del duque de Saboya ante las pretensiones de Francisco I Valois, afianzó su dominio sobre los feudos que sus antepasados tenían en tierras del marquesado de Ceva y condado de Asti, territorios que habían pasado a Saboya como parte de la dote de Beatriz de Portugal, cuñada del César Carlos V, al desposar a Carlos III de Saboya (Musso, 2015b, p. 17).

²⁸⁴ Sobre este respecto, al escribir sobre la casa del Carretto, Francesco Sansovino hacía notar que “facendo memoria il Giovio [sobre Giovanni II], lo chiama Federigo in luogo di Giovanni, equivocando nel nome” (Sansovino, 1609, f. 208v).

²⁸⁵ La tutela efectiva y con ella la gestión del marquesado se delegó en Marco Antonio del Carretto, uno de los hermanos de Giovanni II, que contaba con la absoluta confianza de Andrea Doria, ya que había sido adoptado como hijo por el almirante genovés, sucediéndole a su muerte como príncipe de Melfi (Marengo, 1915, p. 68).

²⁸⁶ Marengo, 1915, pp. 102-117 transcribe un documento de 1558 con los agravios.

sumergida de lleno en la guerra contra Enrique II de Francia, y si bien es cierto que era el frente de los Países Bajos el principal por estar allí Felipe II, el escenario noritaliano no era secundario. Así que para el III duque de Sessa, a la sazón gobernador de Milán y concentrado con todas sus fuerzas en desalojar al ejército francés de *monsieur* Brissac de Piamonte, la rebelión de Finale resultaba hartamente inoportuna, por lo que sus esfuerzos se encaminaron a extinguir el fuego antes de que se extendiese sin remedio.

La ocasión la aprovechó entonces Génova, que a lo largo del agosto de 1558 fue acrecentando su implicación en los asuntos finaleses. Así, el 4 de dicho mes envió un letrado, el doctor Ravaschiero, a entrevistarse con Alfonso II para buscar una composición con sus súbditos, que este declinó de plano. El 9, otra vez Ravaschiero, que había regresado a Génova a comunicar la negativa, desembarcó en Noli (la frontera oriental entre Génova y Finale) acompañado por cien soldados alemanes, promulgando, a renglón seguido, un bando que permitía a los finaleses denunciar en el plazo de ocho días las ofensas recibidas de parte del marqués (medida que fue bien acogida por los vasallos, no tanto por él, contrario a que la *Signoria* se inmiscuyese en su jurisdicción). Finalmente, entre septiembre y octubre se concentraron hasta 4.000 soldados y 24 piezas de artillería sufragadas por la República de San Jorge, con los que se sitió a los fieles al marqués en Castel Gavone.

Ante esto, como es lógico, Alfonso II no permaneció impasible, igual que tampoco lo estuvo España. Si los intentos del primero de verse socorrido por sus fieles no fructificaron, mayores réditos le reportó su recurso a los hombres de la Monarquía en el norte de Italia, como el embajador español en Génova o el gobernador de Milán, así como el apoyo de su abuelo Andrea Doria. A la postre, el sostén de sus valedores logró que Génova abandonase el sitio, signándose el 28 de octubre de 1558 el acuerdo, en el magnífico palacio de Andrea Doria en Fassolo, hoy *Palazzo del Principe* (Marengo, 1915, p. 35)²⁸⁷.

No obstante, el compromiso, ratificado el 2 de noviembre por Alfonso II, no se puede calificar siquiera de espejismo. Ello porque nació ya muerto desde el momento en que el marqués, antes de la firma de sus apoderados el 28 de octubre, había signado ante notario una protesta. Afirmaba en ella haber sido compelido a aceptar los términos de la concordia

²⁸⁷ El acuerdo contemplaba el perdón para los vasallos y la supresión de los nuevos impuestos. Además, el litigio entre Génova y el marqués se habría de resolver en sede judicial, tiempo durante el cual Alfonso II se ausentaría de Finale, depositándose Castel Gavone en manos de Andrea Doria. Por último, la *Superba* retendría la fortaleza de Castelfranco, cercana a la villa de Finale y que había (re)construido en el curso de la contienda (Marengo, 1915, 36).

con sus vasallos por las presiones de Jorge Manrique, el gentilhomme milanés que, contando con la confianza del duque de Sessa, había servido de enlace entre Génova y el propio Alfonso II (AGS, E., leg. 662, doc. 4, 11 de julio de 1569). Llegados a ese punto, Alfonso II llevó el litigio ante el emperador Fernando I, en cuya corte se dictó, andando el tiempo, sentencia favorable a sus intereses de 10 de marzo de 1561 (AGS, E., leg. 1217, doc. 91, 25 de marzo de 1561)²⁸⁸. Por la misma se le reintegró en el marquesado, aunque sus vasallos no cesaron de pleitear con él en Viena (Edelmayer, 2011a, p. 294).

Para entonces, empero, en los poco más de tres años transcurridos entre la rebelión y la sentencia del Consejo Áulico favorable a la reintegración, el panorama internacional había mudado sustancialmente. Para empezar, la paz de Cateau Cambresis (2 de abril de 1559) había puesto fin a la guerra entre Francia y España, la cual había tenido por escenario de relieve el norte de Italia. Esta paz, que podría haber sido tan precaria como las suscritas durante la primera mitad del XVI por los padres de ambos monarcas y de hecho así se sintió (Romano, 1959, pp. 526-550), adquirió mayores visos de perdurabilidad en el instante en que, durante las celebraciones del enlace de Isabel de Valois con Felipe II, fue mortalmente herido Enrique II. A su heredero, el niño Francisco II (muy pronto sucedido por el más niño Carlos IX), legaba un reino al borde del rompimiento, donde las irreconciliables diferencias entre católicos y hugonotes se veían abonadas por las ambiciones de las distintas facciones cortesanas, capitalizadas por diversos personajes, como los Guisa o los príncipes de la sangre Vendôme y Condè.

Por lo que atañe a Italia, las guerras de religión que a partir de 1561 y por dos décadas desangrarían Francia en sus entrañas, hicieron más evidente el predominio de la Monarquía católica en la península. Desde esta base y sin olvidar la experiencia de los cincuenta años previos de confrontación con los Valois, los ministros de Felipe II en Italia, siguiendo instrucciones de Madrid, se aplicaron a preservar la paz y quietud de la “bota”. La referencia a que “la quietud de Italia sabe su señoría lo que importa y quan a pechos

²⁸⁸ A la sentencia se llegó con la frontal oposición genovesa, que por lo pronto declaró nula toda pretensión imperial de jurisdicción eminente sobre ellos (AGS, E., leg. 1388, doc. 4, f. 6r-v, 20 de diciembre de 1561). Luego se negó a acatar la sentencia de reintegración del feudo, a pesar de ser el príncipe de Melfi, Marco Antonio Doria, tío del marqués (AGS, E., leg. 1217, doc. 99, 22 de junio de 1561). Sólo en 1564 la república claudicó (*ibidem*, doc. 123, 27 de enero de 1564). Cuando el duque de Alburquerque fue a Milán hubo de atender la demanda de Alfonso II de que los soldados españoles abandonasen varios lugares suyos, ocupados por orden del gobernador de Asti a instancias de Gio Thomas Carretto, personaje que había servido a Enrique II (*ibidem*, doc. 110, 7 de marzo de 1564). Un repaso breve a estas cuestiones se encuentra en el origen del negocio de Finale (AGS, E., leg. 1232, doc. 231, ca. 1571). La posición de Génova se resume en la relación dada por el embajador ligur en Madrid sobre el negocio de Finale (AGS, E., leg. 662, doc. 4, 11 de julio de 1569).

el rey la tiene por infinitos respectos” (AGS, E., leg. 664, doc. 8, ca. 1570), es tan solo uno de entre los muchos ejemplos que trufan la documentación. Ese fue, por tanto, el norte de la política desarrollada en Italia, aunque implementada sin lugar a dudas bajo la égida hispana, toda vez que la mayor parte de los principales potentados contaron con presidios españoles en su territorio, como el *Stato dei presidi* (Porto Ercole, Orbetello, etc.) en Toscana, Piacenza frente a Parma o Asti y Santhià respecto a Saboya, que servían para condicionar su sujeción y comunión, a grandes rasgos, con los intereses de España. Pues, aunque visto en retrospectiva la segunda mitad del Quinientos estuvo marcada por el signo de *Pax*, menudearon las ocasiones en que esta pudo quebrarse y no parte menor tuvo la Monarquía con su política de *si vis pacem, para bellum*²⁸⁹.

Lógicamente, no todo era imputable a España. Muchos de los conflictos, en los que medió Felipe II (pero también el papa y el emperador), tuvieron su origen en la ambición de los grandes príncipes, especialmente los duques de Florencia y Saboya, deseosos de consolidar su poder y por nada del mundo resignados a un papel subordinado bajo la “dominazione spagnola”. Y ya que no podían usar abiertamente la fuerza²⁹⁰, recurrieron al litigio (en base a derechos no siempre claros), a la persuasión, a la coacción y a la diferenciación en la escala de los honores, para labrarse un hueco en la escena política y diplomática del momento.

Bajo este prisma, Milán, confinante con Parma, Módena, Mantua y Monferrato, Saboya y las repúblicas de Génova y Venecia, era una plataforma de acción de un valor inestimable desde la que intervenir y arbitrar las diversas disputas, para matar, según la metáfora más usada por los ministros hispanos, el fuego antes de que este creciese. En tales circunstancias, el gobernador del Milanesado, como representación del “duque ausente”, era la primera instancia (no la única) a la que se podían dirigir los potentados en busca del amparo o el favor del rey católico a sus intereses. Pero como Milán “es feudo y miembro tan principal del Imperio, siempre ocurren negocios que tractar con el

²⁸⁹ Sin ir más lejos, en 1563, el duque de Sessa planteó la posibilidad de anexionar la República de Génova, Álvarez-Ossorio, 2001, pp. 33-34.

²⁹⁰ Baste un ejemplo clarificador de estos mismos años. El duque de Mantua, Guglielmo Gonzaga, reclamaba Gazzolo porque Federico Gonzaga se lo había vendido, a lo que se negaban sus hijos. Pues bien, sobre esto se escribía en 1570 al embajador en Viena, Thomas de Chantonne (hermano del cardenal Granvela), que “negocio es de mala consecuencia para Italia que el duque de Mantua quiera de fuerza ocupar este estado sin esperar sentencia del emperador y de que su excelencia podría ser pagado de la misma moneda por el duque de Saboya en lo de Monferrat. Y asimismo otros que mas pueden lo querrian hazer sobre los menores en toda Italia, con grande inquietud della y mucho menoscabo de la auctoridad del emperador”. Mantua recurrió a las armas, y enterado de ello Maximiliano II, dijo al embajador mantuano que se exponía a Saboya hiciera lo mismo con el marquesado de Monferrato, que el duque sabaudo reclamaba a Mantua (AGS, E., leg. 1225, doc. 60, 4 de octubre de 1569).

emperador”; de manera que las (buenas) relaciones con Viena eran parte consustancial a las tareas de gobierno sobre el Milanesado.

En esta línea, para Alfonso II la principal mudanza debida a la paz entre los reyes católico y cristianísimo era la devolución a Manuel Filiberto, duque de Saboya, del territorio que desde 1536 había estado en manos de Francia. El duque mostró desde el comienzo una decidida actitud en tanto a ser un personaje principal en el escenario político, jugando con inteligencia las cartas de su relación con España y su condición de príncipe imperial, para dar cohesión a su territorio y asegurarse un área de influencia (Merlin, 2008, p. 287). Así, respecto al marqués de Finale, recurriendo a antiguos juramentos realizados por los Carretto hacia los Saboya, Manuel Filiberto requirió en 1561 a los vasallos de Alfonso II de los feudos en el marquesado de Ceva y el condado de Asti que le jurasen fidelidad (Musso, 2015a, pp. 18). Por otra parte, en vista que Alfonso II no reconocía su subordinación a Saboya por estos feudos, se le citó ante la corte de Turín para que respondiese por felón. El marqués, con su estrella al alza en la corte imperial, donde Fernando I le confirmó el vicariato y le creó príncipe del Sacro Imperio, se negó a ir a Turín (Musso, 2015a, pp. 19-20). Poco tiempo después, en 1564, se hizo efectiva la sentencia imperial de 1561 y el marqués de Finale recuperó su señorío gracias al apoyo de Felipe II (Edelmayer, 2011a, p. 294).

Mas como con el tiempo los caminos errados suelen conducir a truncados fines y parece que Alfonso II hizo poco por enmendar su conducta anterior, su posición en el marquesado se deterioró progresivamente y sin remedio hasta alcanzar su punto más bajo en 1566. Fue en enero del mismo, en el valle de Stellanello, que recordemos quedaba en la periferia del propio marquesado, cuando los finalese, encabezados por Lazaro Sevizzano y Bernardo Burlo, se levantaron nuevamente contra el marqués (Marengo, 1915, p. 51)²⁹¹. En el Imperio y en Génova corría la sospecha de que los rebeldes habían sido alentados y auxiliados por el duque de Saboya (Gasparini, 1958, p. 98 y Musso, 2015a, p. 20), y todo parece apuntar que así fue, tanto por la proximidad de Stellanello a las tierras de Saboya, como por la rivalidad acendrada entre el duque y el marqués.

Ante esta tesitura, el gobierno hispano en Milán reaccionó con prontitud para evitar males mayores. En primer lugar, el V duque de Alburquerque, que había sustituido como gobernador al duque de Sessa, escribió al duque de Saboya para evitar su intervención en

²⁹¹ Sevizzano y Burlo fueron también los dos notables enviados por el común de Finale en 1565 a exponer ante Maximiliano II los agravios infligidos por el marqués Alfonso II (Edelmayer, 2011a, p. 294).

Finale²⁹². Manuel Filiberto se avino a ello y así lo escribió un satisfecho Alburquerque el 26 de febrero, tan sólo un mes después de iniciada la rebelión, al embajador español en Génova.

Era la república, precisamente, el otro gran foco de preocupación, pues en la memoria estaba la intervención *vis et armis* de 1558. Recurriendo al expediente usado por su antecesor, el duque de Sessa, Alburquerque mandó a un hombre de confianza, el caballero Pompeo de la Cruz, para que tratase primero con el Senado genovés y, acto seguido, se entrevistase con Alfonso II y le convenciese de perdonar a sus vasallos (AGS, E., leg. 1395, doc. 30, f. 54r, 26 de febrero de 1566). Pero el marqués, a buen seguro escarmentado de lo ocurrido ocho años antes, cuando se le impuso un acuerdo no querido, y quizás confiado en reeditar la resolución precedente ante los jueces imperiales, enderezó sus pasos a Viena. Nunca volvería a señorear a sus vasallos.

Pero no adelantemos acontecimientos. Por lo pronto, cabe subrayar que Finale se había convertido (nuevamente) en un foco de inestabilidad en la zona norte de Italia. Saboya lo ambicionaba e invocando antiguos pactos, sostenía sus derechos a las tierras de Alfonso II, si no de todas, al menos de parte de ellas. Otro tanto aducía el duque de Mantua sobre Carcare y Calizzano, vinculadas al marquesado de Monferrato (Musso, 2015a, p. 23). En el caso de Génova, sus ansias habían quedado de relieve en 1558, pero precisamente por la experiencia de lo acaecido entonces, así como por sus problemas internos, *grosso modo* la rebelión que en Córcega capitaneaba San Pietro Corso y la confrontación entre la plebe y las grandes familias que copaban los puestos de gobierno de la República, la *Signoria* se conformaba con evitar que un poder fuerte se aposentase en Finale, fundamentalmente Saboya, con quien había tenido varios desencuentros a pesar de que hacía 1566 imperaba, en palabras del embajador veneciano, una “amicizia finta” (Merlin, 2015a, p. 62). Asimismo, el emperador tenía puestos sus ojos en Finale, porque la oportunidad de imponer su capacidad de arbitraje, salvaguardando los derechos y privilegios de cada uno de sus feudatarios, era la manera de exhibir un poder que en una amplia proporción se aquilataba en sus posibilidades para hacer cumplir las sentencias emanadas del Consejo Áulico. Con este objeto, Maximiliano II envió dos comisarios a Finale.

²⁹² De hecho, cuando en mayo de 1566 Manuel Filiberto se encaminó a la corte imperial a tratar asuntos varios, como el litigio con Mantua por Monferrato, lo hizo acompañado de un gran séquito, formado por ochenta gentilhombres y cinco compañías de arcabuceros. Una imagen que, a todas luces, mostraba el poderío sabauda. Y según había averiguado el embajador Gómez Suárez de Figueroa, “el designio del duque era aver a Final por vía de merced en deposito”, objetivo que, de lograrse, perturbaría las relaciones con Génova y podría provocar alguna novedad (AGS, E., leg. 1395, doc. 67, f. 132r, 21 de mayo de 1566).

Y es aquí, finalmente, donde entra de nuevo en juego Felipe II, el postrero de los príncipes en liza. En marzo de 1567, el gobernador avisaba al rey del envío de dos comisarios por parte del emperador. Le habían pedido ayuda por si los rebeldes se negasen a recibirlos, a lo que Alburquerque accedió entendiendo que lo que el rey deseaba era que Italia se aquietase (AGS, E., leg. 1222, doc. 18, 25 de marzo de 1567). En agosto Alburquerque transmitía que los comisarios andaban mohínos porque después de darles buenas palabras, no les había dado “buenas” obras (*ibidem*). ¿Qué había ocasionado tal mudanza? Obviamente el criterio de Felipe II, que ordenó que se les entretuviera y que el gobernador no se comprometiera a nada en concreto.

Asimismo, en la primavera que medió entre las cartas de marzo y agosto del gobernador, había pasado por el *Stato* el duque de Alba camino de los Países Bajos, a la cabeza de un fuerte ejército. La revuelta flamenca, casi desde su comienzo, puso de manifiesto la necesidad de contar con unas comunicaciones por tierra alternativas a los desplazamientos por el Canal de la Mancha. Naturalmente, esto involucraba de manera directa a Milán, que vio entonces reforzarse su condición de “plaza de armas” con respecto al norte, función que ya venía ejerciendo de forma notoria en la década de 1560 de cara a las distintas campañas mediterráneas y que para el XVII ha estudiado Luis Ribot (Ribot, 1990, pp. 205-238). El aumento en el trasiego de gentes armadas, pertrechos y bastimentos, evidenció y actualizó las ventajas que reportaría a la Monarquía la adquisición de una salida propia al mar para Milán, que evitaría la dependencia de Génova. En esta línea, la candidatura de Finale se perfilaba como la más fácil de materializar²⁹³.

En consecuencia, a Viena se remitieron instrucciones sobre Finale: el embajador Chantonne debía sondear la compra del marquesado. Pero sus desvelos no fructificaron, aun a pesar de intentarlo por varias vías y en varias ocasiones²⁹⁴, ya que se encontró con que “queda el marques en su resolucion de morir con el titulo aunque pierda ese estado”

²⁹³ Avanzado el tiempo, en una larga misiva desgranaba Alburquerque la conveniencia de señorearse del mar ligur, aprovechando que en Finale había un puerto cegado, el cual, con algún dinero, se podría recuperar. E ignorante de las negociaciones que tenía entre manos desde hacía más de un año el embajador Chantonne, sugería que esto se podía escribir al mismo Chantonne para que tantease la venta, pues aunque pidiese una suma elevada, el gasto compensaría (AGS, E., leg. 1224, doc. 89, 8 de septiembre de 1569).

²⁹⁴ Así escribía que “muchas vezes he hablado con el marques de Final por manera de burla y conversacion sobre los avisos que havemos tenido con tres ordinarios de Italia, que él huviesse vendido su marquesado al duque de Florencia. Y una vez, apretandole mas y diziendole que yo sabia un amigo que trataria con él, si él quisiesse, y se lo pagaria como otro, dixome claramente que aunque el veia las dificultades que tenia en su estado, todavia estava determinado ver el fin de ellas, porque quando al peor andar no pudiesse dexar su estado a sus sucessores, a lo menos dexaria el titulo y accion a el” (AGS, E., leg. 658, doc. 19, 2 de junio de 1568).

(AGS, E., leg. 658, doc. 12, 12 de septiembre de 1568)²⁹⁵.

Mientras tanto, el homólogo de Chantonne en Madrid, Dietrichstein, expuso ante el rey la propuesta de la majestad cesárea de encomendar al duque de Florencia, Cósimo I de Medici, sofocar la “rebeldía y desvergüenza de los vassallos del marques de Final, en la qual permanecian siempre con notable desacato y menoscabo de la autoridad, reputacion y dignidad imperial”. El duque contaba con la confianza de Maximiliano II, pues en 1565 el heredero de Cósimo se había desposado con Juana de Austria, hermana del emperador. Por otra parte, Cósimo I era el más adecuado “por la milicia ordinaria y las galeras que tiene”, por las cuales “ninguno podria mas presto ni tan facilmente castigar esta rebeldia” (AGS, E., leg. 662, doc. 5, 8 de agosto de 1569). Al menos en esos términos lo declaró Dietrichstein en Madrid. En consecuencia, se solicitaba que Felipe II concediese al Medici licencia para que este pudiera usar las galeras que tenía empleadas en servicio de la Monarquía para intervenir en el marquesado. Felipe II, como recogía el documento anterior, no estuvo conforme con la recomendación de su primo. La principal razón esgrimida era que la elección de Cósimo I podía levantar suspicacias entre los genoveses y el duque de Saboya, “por donde se encendiese algun fuego mayor, donde al presente hay tanta quietud y paz” (AGS, E., leg. 662, doc. 5, 8 de agosto de 1569). Así se le manifestó a Dietrichstein y al archiduque Carlos (hermano de Maximiliano II), que había llegado a la corte española el 10 de diciembre de 1568 como embajador extraordinario, para tratar prioritariamente los asuntos de Flandes (AGS, E., leg. 662, doc. 14, 1568).

La cuestión deviene, hasta cierto punto, paradójica, en razón de las distintas posturas mantenidas por los dos soberanos Habsburgo ante asuntos coetáneos de la misma índole, como eran las rebeliones de vasallos contra sus señores naturales. Pero también sirven para calibrar la complejidad de las tensas relaciones mantenidas entre las dos cabezas de la casa de Austria, especialmente en la discrepancia en cuanto a la defensa del catolicismo²⁹⁶. El Felipe II que demoraba el castigo a Finale, era el mismo que por

²⁹⁵ En su trabajo sobre la biblioteca de Alfonso II, Anna Giulia Cavagna recoge la empresa adoptada por el marqués: un escollo que se yergue, azotado por los cuatro vientos, impávido en un mar de embravecidas aguas. Significativamente, una de las versiones de la *impresa* se caracteriza por el lema en castellano (lengua apenas apreciada en su numerosa biblioteca) que reza: “Aunque sienta tormentarme / Estoy tan firme en mi puesto / Que tengo por presupuesto / Antes morir que mudarme” (Cavagna, 2012, pp. 94-95). No resulta difícil comprender el mensaje en la especial coyuntura vital por la que atravesaba el marqués Alfonso II.

²⁹⁶ Que con tanta perspicacia analizó para el caso que nos atañe Edelmayer, 1988, monografía necesitada y acreedora a día de hoy de una traducción al castellano.

conducto de Alba aplicaba una política de rigor en Flandes. *Sensu contrario*, el Maximiliano que aconsejaba a su primo que “abraçasse con mayor blandura y templança” los asuntos flamencos (AGS, E., leg. 662, doc. 9, 26 de febrero de 1569), era el que abogaba por poner coto a la “rebeldía y desvergüenza de los vassallos del marques de Final”, pues no había razón para dilatarlo “no siendo la gente de él [Finale] de mas qualidad ni facultad de lo que tiene entendido vuestra magestad” (AGS, E., leg. 662, doc. 5, 8 de agosto de 1569), lo cual se puede juzgar como una alusión velada a los procesos abiertos contra gran parte de la nobleza flamenca que haría diferir notablemente los dos casos por la calidad y nobleza de los involucrados en ambos conflictos²⁹⁷.

Sea como fuere, vino a desencallar la situación cuando por medio se cruzó un hecho notable, como fue la concesión a Cósimo I del título de *Magnun Dux Etruriae* por parte de Pío V, que tuvo lugar a finales de 1569 y que se escenificó con una pomposa ceremonia de coronación en Roma. El hecho, que se acomodaba perfectamente al afán de distinción de los príncipes italianos y a la política intervencionista del pontífice (recuérdense los problemas jurisdiccionales suscitados por la publicación en 1569 de la bula *In Coena Domini*), fue sentido como un tiro en la corte de Viena. Máxime cuando el embajador imperial en Roma comunicaba a su señor declaraciones como las de Cósimo I de que “no reconocía a nadie” o la del papa, que decía que era “señor del mundo universo” y podía dar títulos, especialmente en Italia, facultad que no tenía el emperador por no haber sido coronado en Roma (AGS, E., leg. 663, doc. 87, 25 de marzo de 1570). Por ello no es de extrañar que el emperador aceptase la propuesta de Felipe II de convertirse en el ejecutor del castigo.

Se convino proponer el nombramiento de dos comisarios, que fueran milaneses, y la ida de Alfonso II a Milán, “que el fin con que se ha azeptado y procurado la venida ay del dicho marqués es para que vos [Albuquerque] procuréis por buenos medios de le persuadir y atraher a que no venda dicho estado” (AGS, E., leg. 1232, doc. 233, 8 de febrero de 1570). Sin embargo, Maximiliano II se mostró reluctante a que esta se acometiese por mano del gobernador de Milán, pues “no ha de ser ninguno de quantos ministros ay en ese estado de Milan, porque tiene opinion el emperador que por ellos no solamente no se conservará su auctoridad, pero se procurará de usurpar y anichilarla

²⁹⁷ En este sentido, Maximiliano II se había visto presionado por los príncipes electores y otros magnates del Imperio para que intercediese con Felipe II en relación a Flandes, hasta el punto de enviar a su hermano el archiduque Carlos como embajador extraordinario para tratar con Felipe II. Y en Madrid llegó al extremo de interceder por el príncipe de Orange (AGS, E., leg. 662, doc. 19 (2), 23 de enero de 1569).

mucho mas que ningun potentado”. A la altura de abril de 1570 las relaciones entre Maximiliano II y el gobierno de Milán eran de lo más turbio. Se quejaba este de que Alburquerque no le respondía a sus cartas “siendo ministro de un vassallo suyo [Felipe II] en la parte donde vuestra excelencia administra (...) y pretende su majestad imperial en esto ser tenido en poco de vuestra excelencia y de los offiçiales dese estado”, con lo que se extendía la “sospecha que donde vuestra excelencia pone la mano no ha de valer justiciã ni ninguna provisión del emperador”. Por estas razones, Alfonso II tampoco se avino a viajar a Milán (AGS, E., leg. 663, doc. 117, 20 de abril de 1570).

Ante tal disyuntiva, Felipe II recurrió al expediente común adoptado en casos de duda: jugar con el tiempo y postergar la respuesta a la espera de una coyuntura propicia (Parker, 1998, p. 137). En agosto, era Maximiliano II quien de su puño y letra insistía a Felipe II que no difiriese más la ejecución de lo acordado. Pero no se hizo. Todavía en noviembre de 1570, el cardenal Espinosa, a la sazón hombre fuerte del gobierno de la Monarquía, proponía a Dietrichstein que el marqués fuera a Milán, lo cual daría a Alburquerque la oportunidad de negociar más libremente una compra, así como que los familiares del marqués pudieran presionarle (AGS, E., leg. 663, doc. 29(2), 24 de noviembre de 1570).

Las dudas se despejaron, por la parte española, en el invierno de 1571. El único representante en el Consejo de Italia por Milán, el regente Giulio Claro, recomendaba que no se dilatase más la ejecución, pues en el haber del buen príncipe no podía estar el estorbar el cumplimiento de la justicia. Y aquí se trataba de la justicia imperial (AGS, E., leg. 1232, doc. 126, 2 de febrero de 1571). Esto ocurría en febrero. En marzo, el 6 para ser más exactos, Lazaro Sevizzano, que ya se ha indicado cómo capitaneaba la rebelión, remitió una carta desde Finale a Milán, alertando de que corría la especie de que Alfonso II quería vender el marquesado a Francia (AGS, E., leg. 1232, doc. 127, 6 de marzo de 1571). Independientemente de que fueran o no infundios, el rumor ofrecía visos de credibilidad en tanto en cuanto Alessandro del Carretto, hermano segundo de Alfonso II, vivía desde hacía años en Francia, favorecido de su rey gracias al disfrute de las rentas de varias abadías²⁹⁸.

Algo más que rumores, pero que en nada atañían a Francia, fue con lo que se topó Gian Andrea Doria en Génova, “que está en el aire”. De la *Signoria* fueron a decir a Gian

²⁹⁸ La vinculación de los miembros de un linaje, al mismo tiempo, a las coronas de Francia y España, fue un expediente seguido por varias familias de nobles, como los Gonzaga (duques de Nevers en Francia) o los Medici (con una reina, Catalina, en el trono de Francia y emparentados con los Habsburgo de Viena), para asegurar su posición en los años turbulentos de las guerras de Italia.

Andrea que el duque de Florencia había ido, so color de reducir a los vasallos rebeldes, a poner un pie en Finale y que a lo mismo aspiraba el de Saboya, si bien por mor de aliviar a los vasallos del marqués de sus trabajos. Para Doria, haciendo propia una opinión que era voz común en la república, el peligro era evidente, porque de introducirse un estado fuerte en Finale, fácilmente se podría hacer embarcadero y quitar el comercio a Génova con Lombardía, Piamonte, Venecia, Francia, Alemania y Flandes, lo que sería la ruina de la república. Y ello podía dar ocasión a novedades entre la gente baja (AGS, E., leg. 1232, doc. 129, 13 de marzo de 1571).

Las últimas decisiones se fraguaron en Madrid en la reunión del lunes 12 de marzo de 1571. El consejo de Estado elevó su consulta al monarca, de gran interés en todo su contenido, aunque en aras de la brevedad extraeremos los puntos más notables. La sospecha sobre los manejos de Francia la ratificaban Antonio de Mendoza, que llevaba un año de embajador en Génova, y Juan de Vargas, estante en la corte de Manuel Filiberto. Se alistaban soldados en Provenza, en el puerto de Marsella se concentraban barcos y compañías francesas se encaminaban a Saluzzo, marquesado en manos galas no muy lejos de Finale. Aunque, advertían los consejeros, la expedición se debía hacer “no tanto por este aviso de agora como porque franceses no se metan en esto; y que en ninguna manera se deve alargar esto, sino ordenar al duque de Alburquerque que lo ponga en execución luego”. Proponían levantar 3.000 o 4.000 italianos, bajo el pretexto de la Liga contra el Turco, que se juntarían con los españoles acantonados en Milán. Finalmente, aconsejaban no avisar al emperador, sino al embajador en Viena, comunicándole que la resolución se había dejado al albur del gobernador de Milán. Y aquí Felipe II, que en líneas generales se había conformado con el parecer de sus consejeros, introdujo el mayor matiz: “el duque [de Alburquerque] ha de hazer como de suyo y avise de lo que ha hecho diziendo que por no aver avido tiempo no ha avisado [para pedir permiso]” (AGS, E., leg. 1232, doc. 128, 12 de marzo de 1571).

El 25 de marzo se recepcionó en Milán la carta de Felipe II que, con fecha de 14 de marzo, daba al gobernador las instrucciones a seguir con respecto a Finale, las cuales se conformaban con la consulta del consejo de Estado del 12 de marzo. El gobernador supervisó los preparativos con especial celo. En el *Stato* se aprestó un contingente 6.000 soldados de los destinados a la Liga Santa, 5.000 de ellos italianos y el resto cuatro compañías de españoles pertenecientes al tercio de Lombardía, gente plática en la guerra y que constituía la punta de lanza de la expedición. A ellos se sumaron seis piezas de

artillería. Las cifras, comparadas con los ya de por sí numerosos 4.000 soldados que destinó Génova en 1558, prueban que por parte del gobernador no se quiso dejar nada al azar.

Para un control más estrecho, el mando supremo de la empresa se encomendó a don Beltrán de Castro y de la Cueva, hijo que era de don Pedro Fernández de Castro, V conde de Lemos, y de Leonor de la Cueva, hermana del propio Alburquerque²⁹⁹. Para compensar la inexperiencia de don Beltrán, Alburquerque le dio instrucción de guiarse por los capitanes (entre ellos Segismundo Gonzaga al mando de 2.000 italianos), aunque dijese públicamente que “lo hago yo por la obligación de mi cargo” (AGS, E., leg. 1232, doc. 135, 14 de abril de 1571).

El 10 de abril las tropas se pusieron en marcha. Desde Tortona, en el límite sudoccidental del Milanésado, don Beltrán mandó adelantarse al sargento Pedro de Paz con 800 españoles, con orden de recabar el apoyo de los finaleses. Paz, a su vez, mandó por delante un emisario que comunicase a los de Finale las condiciones de la ayuda, el cual alcanzó Finale al día siguiente (11 de abril). Este se reunió con Lazaro Sevizzano y Bernardo Burlo, procuradores de la Comunidad de Finale, a los que mostró las cartas firmadas el 7 de abril por Alburquerque. Los procuradores, cabezas de la rebelión, se guardaron de romper con el Sacro Imperio; muy al contrario, expresando su fidelidad a este y reconociendo la amistad del emperador con el rey católico, hacían protesta (ante el notario Vincenzo Bossio) de recibir a la guarnición, pero fuera de la sumisión debida al Imperio (AGS, E., leg. 1232, docs. 132 y 133, 12 de abril de 1571). Dos días después, en una jornada no exenta de tintes mesiánicos, puesto que era la Pascua de Resurrección, arribó el sargento Paz con la vanguardia (AGS, E., leg. 1232, doc. 207, ca. 1571), a quien los de Finale abrieron las puertas y le brindaron su ayuda para tomar el castillo (AGS, E., leg. 1401, doc. 183, f. 368r, abril de 1571).

Por su parte, el grueso del ejército al mando de don Beltrán y Segismundo, no arribó a Finale hasta el 20 de marzo y “li huomini del Finale li havavano aperto li porti et fatto gran carezzi” (AGS, E., leg. 1401, doc. 183, f. 368r, abril de 1571), entregándole las llaves de la villa y concediéndoles avituallamiento (AGS, E., leg. 1232, doc. 207, ca. 1571). Por

²⁹⁹ Caballero de Alcántara (1569) como su tío el gobernador, don Beltrán, que tomaba el nombre de su abuelo materno, el III duque de Alburquerque, había nacido precisamente en Cuéllar, villa que era la corte de los estados de los duques de Alburquerque. Como sobrino del gobernador, don Beltrán había pasado a Milán en calidad de gentilhombre, iniciando al amparo de su familia su carrera de servicio al rey. Tras Italia, estuvo en Flandes y en la jornada de Portugal (1580), aunque su hecho más recordado fue la presa del pirata Richard Hawkins, en 1594, tras acompañar a su cuñado el marqués de Cañete cuando este fue nombrado virrey de Perú (Cabrera de Córdoba, 2011, pp. 582-583 y 1576-1578).

el camino se habían dejado guarniciones en lugares estratégicos, como Carcare, al tiempo que estando ya en Finale, don Beltrán despachó al coronel Burlo a Calizzano para controlar los pasos hacia Saboya y Saluzzo, para evitar que llegase socorro y para apresar a los que pretendieran huir (AGS, E., leg. 1232, doc. 207, ca. 1571).

Mientras esto se disponía con respecto a las fronteras del marquesado, en el propio Finale don Beltrán intimaba a los del castillo a rendirse, por medio de Pedro de Paz, los cuales “li havevano risposto superbamente” que no (AGS, E., leg. 1401, doc. 183, f. 368r, abril de 1571)³⁰⁰. Los fieles del marqués debían confiar en que el “castillo es fuerte, aunque pequeña plaça” y en sus “hasta çiento y çinquenta soldados y tres artilleros, que no son muy platicos, con deziocho pieças” (AGS, E., leg. 1401, doc. 118, f. 232r, 4 de mayo de 1571).

Razón no les faltaba, pues Castel Gavone, erguido sobre un promontorio calcáreo que dominaba el burgo de Finale, había sido adaptado en las décadas precedentes por los marqueses Giovanni II y el propio Alfonso II a los requerimientos impuestos por la poliorcética de la época³⁰¹.

De planta rectangular, con su lado largo en el eje norte sur, la fortaleza medieval se había visto reforzada por muros en talud y sendos baluartes en las cuatro esquinas, que no eran macizos, puesto que envolvían las cámaras de los antiguos torreones. Asimismo, mientras que al norte se había excavado un foso que protegía el muro, hacia mediodía, entre la gruesa cortina exterior, donde quedaba la puerta, y la torre del Diamante (llamada así por su paramento), proa de la fortaleza medieval y residencia, restaba un patio cuadrado, que permitía a los soldados una buena defensa de la entrada al castillo. Finalmente, este contaba con unas importantes cisternas, las cuales posibilitaban resistir un largo asedio³⁰².

Pero la principal esperanza de la guarnición del castillo estaba puesta en que eran servidores del emperador. En condición de tales, el día 22 de abril, poco después de

³⁰⁰ Lo que Paz les expuso de parte de don Beltrán era que si Alburquerque había tomado la decisión de ocupar el castillo había sido por asegurar el estado de Milán, no por otro respeto. Los defensores podrían salir o quedarse, siempre con sus armas. Por cuatro veces les conminó a ello, advirtiéndoles que si no se rindiesen lo que ocurriese sería a su cargo (AGS, E., leg. 1232, doc. 173, 19 de mayo de 1571).

³⁰¹ En los días previos al asedio, se decía que la empresa se presentaba más difícil que en 1558, “perche il Marchese, dopo che ricupero il castello, haveva fatto reimpire con un terrapino grossissimo tutti e luochi vacui che restano alla porta del castello, fino alla parte della cortina verso la giara, dove se tento la maggior batteria l'anno de 1558” (AGS, E., leg. 1401, doc. 183, f. 368v, abril de 1571).

³⁰² Marengo, 1915, pp. 118-120, transcribe del *Archivio di Stato* de Génova un informe redactado por un finalés, en la cual se da puntillosa cuenta del estado en que se encontraba el castillo en 1558, con los pormenores de sus defensas (excepto la cisterna).

rehusar rendirse, izaron en el castillo, bajo las armas del marqués, el estandarte de Maximiliano II. No obstante, esta medida no detuvo los preparativos. En la costa se ordenó hacer dos fuertes, uno en el cabo de Caprazoppa y el otro sobre las ruinas de Castelfranco, la fortaleza reconstruida por los genoveses en 1558. Una relación del 27 de abril desde Pietra, lugar al oeste de Finale, certificaba a la *Signoria* genovesa cómo se cavaban trincheras, rodeando el pueblo y el castillo, «di quel [lato] che erano l'altra volta [1558] che fu battuto» y de los primeros muertos causados por los disparos de la artillería del castillo sobre el *borgo* de Finale (AGS, E., leg. 1401, doc. 186, f. 374r, 27 de abril de 1571). En la dirección contraria, ese mismo día alcanzaban el puerto de Savona la pólvora, municiones, escalas, coseletes y otras armas y herramientas, así como la artillería (seis cañones gruesos y tres medios cañones) para embarcarse rumbo a Finale.

Asimismo, la relación informaba de otros dos hechos que merecen cierta atención. Por una parte, se daba cuenta de que era voz corriente en Finale que los franceses aprestaban hombres por mar y tierra para estorbar la jornada. Ciertamente es que sobre este asunto el propio corresponsal tenía sus dudas, porque los avisos que tenía de Niza, en relación a un posible socorro por mar, y de Ceva y Carmagnola, si este venía del interior, no daban ninguna novedad. La existencia del rumor, entonces, se ha de ver como una estratagema que perseguía mantener la frágil credibilidad del *casus belli*, propagada desde el campo hispano. Por la otra, refería las buenas relaciones entre los soldados y la gente del marquesado, una *rara avis* dados los problemas que en toda ocasión daba el alojamiento de la soldadesca por los civiles (Rizzo, 2008, pp. 77-97). Escribía, así, que “fanno nessuno dispiacere et pagano quel che prendeno” (AGS, E., leg. 1401, doc. 186, f. 374v, 27 de abril de 1571). Se debe tener presente que entonces estaban acantonados en Finale nada menos que 6.000 soldados (mientras que los propios finaleses tenían armados milicias entre 4.000 y 6.000 hombres), un número considerable si juzgamos las dimensiones del marquesado y que la riqueza de sus súbditos no era, ni mucho menos, comparable a la del Milanésado, de modo que el que no se cometieran agravios y atropellos contra la población es síntoma del cuidado puesto por los mandos para evitar enajenarse la voluntad de aquellos a quienes se preveía incorporar a la obediencia del rey católico. Con todo, no se dejaba de apuntar que tal salvaguarda no se extendía a los fieles del marqués, de quienes no ya sus posesiones, sino sus propias vidas corrieron el peligro de perderse. En esta línea se inserta la demolición de las casas de los Martini, cuyos materiales se aprovecharon para trincheras, o la *taglia* (precio) que puso don Beltrán a la cabeza del

capitán Delfin, que había entrado como refuerzo al castillo el 23 de abril (AGS, E., leg. 1401, doc. 186, f. 374v, 27 abril de 1571).

La artillería llegó el día 28, dividiéndose en dos baterías. La una, compuesta por los seis cañones gruesos, se colocó al norte del castillo, sobre la imponente Rocca di Perti, que al estar a una cota superior con respecto al castillo tenía fuego franco sobre el mismo (AGS, E., leg. 1401, doc. 185, f. 372r, 30 de abril de 1571)³⁰³. Las dos piezas menores se colocaron en la torre de Bechignolo, la cual quedaba englobada en el recinto amurallado del burgo de Finale³⁰⁴, en dirección a Castel Gavone.

Por su parte, “il castello mostra non haver paura et par che si voglia diffendere” (AGS, E., leg. 1401, doc. 185, f. 372r, 30 de abril de 1571). El fuego, que se tenía previsto que comenzara el primero de mayo, se pospuso en un principio hasta el jueves 3, de manera que coincidiera con el día de la cruz de mayo. Pero como el día 2 ya se habían colocado cuatro cañones sobre la Rocca, estos “hanno fatto convenientemente suo debito, battendo nel palazzo del castello alla somita della torre del Diamante, alle difese” y aunque algunas veces erraron los cálculos, “il piú delle volti hanno accertato”. Mientras, la impotencia de los del castillo para responder a las bocas de fuego sobre la Rocca, les impelió a dirigir sus tiros sobre el *borgo* (AGS, E., leg. 1401, doc. 185, f. 372v, 2 de mayo 1571).

Pronto hizo mella el fuego de la batería, ya que ese mismo día enviaron una carta a don Beltrán, que se decía la devolvió sin leer, aconsejando a los defensores que si algo tenían que comunicarle, lo despacharían a boca (AGS, E., leg. 1401, doc. 185, f. 372v, 2 de mayo 1571)³⁰⁵. Por otra parte, se decidió que las trincheras en torno a la Rocca se aproximaran al castillo, para acercar los cañones, y esta vez, con los seis, batir la cortina norte, para lo cual “tutto el campo è sotto la fortezza”. Sin embargo, estos medios no fueron suficientes para doblegar la contumaz resistencia de la guarnición. Con todo, el curso de los acontecimientos no tardó mucho en cambiar de signo. Los diez cañones gruesos que se esperaban desde comienzos de mayo acabaron por llegar el día 15 o 16. Y cuando estuvieron “assestados”³⁰⁶ y en sus plataformas a tiro de arcabuz”, es decir, a unos

³⁰³ Aunque el mismo documento anotaba “che si dubitava che la Rocca no dovesse fare molto effetto per esser molto alta, et il castello molto basso”. Sobre la campaña se conserva un dibujo en el Archivio di Stato de Venezia, el cual no hemos podido consultar.

³⁰⁴ Hoy la torre de Bechignolo es parte de la fortaleza de San Giovanni, construida por los españoles años más tarde.

³⁰⁵ En el mismo, la copia de los avisos llegados de Noli decía que el parlamento había sido el 1 de mayo y que los del castillo habían pedido algunas horas a don Beltrán para vaciar de pólvora una cámara de la torre del Diamante, a lo que el general español se negó.

³⁰⁶ “Assestar”, según el *Diccionario de Autoridades* (1726), era: “Poner la máchina, cañón de artillería, flecha, ù otra cosa semejante, directamente hácia alguna parte, para conseguir y lograr el tiro que se intenta,

veinte pasos de muro, cosa que ocurrió el 16, los defensores “embiaron un atambor para que se les diese en scripto lo que se les pedia” (AGS, E., leg. 1401, doc. 126, f. 248r, 19 de mayo de 1571).

Don Beltrán así lo hizo, ofreciéndoles un día de plazo para que aceptasen las condiciones que al principio y de viva voz en su nombre les había propuesto el sargento Pedro de Paz. Los nueve capítulos comenzaban asegurando que la ocupación de la fortaleza no se hacía en perjuicio de los derechos del marqués ni del Imperio. Acto seguido, se detallaban las condiciones para los defensores: respeto a los bienes de la recámara del marqués, el castellano y sus hombres podrían llevar sus bienes a donde quisieran, los soldados podrían optar por quedar o marcharse, al capitán Delfín se le quitaría la *taglia* que pesaba sobre su testa, los partidarios de Alfonso II guarecidos en el castillo podrían volver a sus casas y gozar sus bienes (cuestión distinta es que no los hubieran saqueado antes). Finalmente, se atendía a las cuestiones protocolarias: de las capitulaciones se harían dos copias y Alburquerque las firmaría en su condición de gobernador y capitán general, entrando en efecto después de recibir el castillo y haberse recibido el presidio (AGS, E., leg. 1232, doc. 173, 19 de mayo de 1571). El día 19 se produjo la entrega de Castel Gavone y su ocupación por una compañía de españoles a las órdenes del capitán Antonio Olivera, hombre de la confianza del gobernador Alburquerque.

Hasta aquí hemos hecho relación de los acontecimientos militares, mas queda pendiente lo referente a la diplomacia. La víspera de la caída de Castel Gavone, en el real sitio de Aranjuez, donde la corte se solazaba con la primavera, se trató en el consejo de Estado la situación de Finale y la “tercera vía” que había sugerido el genovés Stefano Doria al duque de Alburquerque. De momento, lo que ahora interesa subrayar es que el consejo no consensuó un criterio único. Así, de un lado el cardenal Espinosa y el doctor Velasco (letrado como el cardenal) se mostraron reacios a entregar el castillo a Stefano Doria, pues siendo este cuñado del marqués, los vasallos estarían disconformes (AGS, E., leg. 1232, doc. 175, 18 de mayo de 1571). En una dirección diametralmente opuesta, el duque de Feria y el prior don Antonio de Toledo consideraban que tanto si el castillo había caído como si no, este se debía consignar a Stefano Doria. Era la única salida, ya que la prevención frente a un intento de los franceses y la intervención en favor del emperador, que habían sido las dos razones en las que se soportaba la intervención, no se habían

y lo mismo que Apuntar”.

cumplido. Los franceses no habían aparecido y las armas, que no hicieron poco ruido, se habían empuñado ni más ni menos que contra la bandera imperial y, para más inri, con el favor de los rebeldes al marqués, “de manera que -concluían- se han irritado los enemigos y perdido y escandalizado los amigos” (AGS, E., leg. 1232, doc. 172, 18 de mayo de 1571).

Y razón no les faltaba, pues la intervención en Finale alteró los ánimos en varias de las cortes europeas. En la curia romana, don Juan de Zúñiga, por aquel tiempo embajador del rey católico ante el papa, informaba a Alburquerque de la conversación mantenida con Pío V sobre Finale. El papa dijo, en tono admonitorio,

que don Françes de Alava [embajador español en París] devia de ser demasiado de sospechoso y que podria ser causa de ençender algun fuego (...) Que a él siempre le avia parecido muy bien lo que vuestra excelencia avia hecho, pero creya que los que le avian dado el aviso avian corrido muy apriesa (Instituto Valencia de Don Juan, IVDJ, envío 20, doc. 228, 30 de junio de 1571).

En París, donde la noticia de lo de Finale se conoció el 9 de mayo, según decía el embajador Francés de Alava a Alburquerque, «la han sentido aquí terriblemente cathólicos y no cathólicos, y según entiendo tienen intención de no mostrar quejas deste hecho de su Majestad, sino del duque de Saboya y de vuestra excelencia» (Braudel, 1987, II, p. 591). Empero, fue en Turín, Génova y Viena donde la actuación del gobierno hispano en Milán alcanzó mayores cotas de indignación, aunque para una mejor comprensión conviene remontarse nuevamente al comienzo de la campaña.

Felipe II había expresado que el gobernador «ha de hazer como de suyo y avise de lo que ha hecho diziendo que por no aver auido tiempo no ha avisado» (AGS, E., leg. 1232, doc. 128, 12 de marzo de 1571)³⁰⁷. Acatando tales órdenes, Alburquerque escribió el 9 de abril a Génova y Saboya que «por haver sido este caso tan repentino e impensado no ha havido tiempo para dar quenta dello a su Magestad me he determinado de hazella sin saber su voluntad» (AGS, E., leg. 1232, docs. 130 y 131 128, 9 de abril de 1571). Puede llamar la atención que las cartas se redactasen la víspera de iniciar la campaña (9 de abril), máxime cuando a Maximiliano II no se le dirigió epístola alguna hasta el día 17 (AGS, E., leg. 1232, doc. 140, 17 de abril de 1571)³⁰⁸, porque eso podía entorpecer la expedición.

³⁰⁷ La resolución de la consulta está en la minuta de Felipe II a Alburquerque (AGS, E., leg. 1232, doc. 234, 14 de marzo de 1571). Si los franceses no intentasen nada, no había prisa por intervenir, «pero no estando seguro de que no pasarán adelante [el] francés, ejecutaréis el negocio como aquí se os dice».

³⁰⁸ Como escribió el gobernador a Felipe II, “yo no me detuve más en hazerlo, aunque veya que era menester el dilatallo hasta que el negocio estuviese hecho o en términos de acabarse como vuestra Magestad enbió a mandar” porque enviando gente a Finale no faltaría quien se quejara al emperador (AGS, E., leg. 1232, doc. 169, 12 de mayo de 1571).

En este sentido, es posible que las cartas se escribieran el 10, aunque con fecha del 9, pues con ello se podrían ganar unas horas al tiempo que se hacía creer que antes que despachar el ejército, aún a pesar de la urgencia, se había tenido la deferencia de escribir a los estados confidentes de la Monarquía. Sea como fuere y más allá de la hipótesis, lo cierto es que tanto el duque Manuel Filiberto como la *Signoria* genovesa intentaron frenar el envite o, a lo menos, reconducirlo por otros derroteros.

El duque contestó el 13 de abril desde Niza a Alburquerque que la situación no era tan alarmante como para no esperar instrucciones de Felipe II y que de sus hechos se podía derivar una gran inquietud. Y si hacía notar su enojo negando el avituallamiento al ejército (AGS, E., leg. 1232, doc. 136, 13 de abril de 1571), más explícito se mostraba en carta al príncipe de Éboli sobre el gobernador, quien “con sus obras me pone en tanto peligro y trabajo, que suplico a vuestra excelencia diga a su Magestad de mi parte que entienda que estoy ya muy persuadido que por ninguna vía podremos concertarnos” (AGS, E., leg. 1232, doc 80)³⁰⁹. Paralelamente, el duque envió un correo al emperador para manifestar su inquietud ante lo emprendido desde el *Stato* y para impelerle a intervenir como señor feudal del marqués de Finale y del duque de Milán.

Para la corte imperial, la campaña de Finale era la gota que colmaba el vaso en la serie de ofensas y agravios que los ministros milaneses de la Monarquía habían infligido a la autoridad del emperador. El nuevo embajador de Felipe II en el Imperio, el conde de Monteagudo, al enterarse por boca de Maximiliano II de lo ocurrido, escribió a Milán: «vuestra excelencia nos saque desta, por amor de Dios, que está el emperador terrible» (AGS, E., leg. 1232, doc. 148, 22 de abril de 1571). La gravedad del hecho, entre otros factores, estribaba muy especialmente en el carácter del poder imperial en el norte de Italia. Maximiliano II, como antes Fernando I, carecía de la capacidad que había tenido Carlos V para recurrir a la fuerza como vía de aplicación de su *potestas*. De ahí que la salvaguarda de su *auctoritas*, es decir, del respeto a la dignidad imperial, que era la primera jerarquía secular de Europa, fuera la piedra de toque sobre la que se erigía buena parte del edificio imperial. Ciertamente, el poder del emperador en Italia no era nominal, pues el reconocimiento hacia su soberanía eminente en actos como las infeudaciones o en el recurso a pleitear en el Consejo Áulico le daban capacidad de acción. Pero todo

³⁰⁹ La carta no tenía fecha ni lugar, y para más secreto, a Alburquerque lo nombraba por una cifra, el 23. Remataba diciendo que “lo que más me enfada es que todo que haze lo quiere arebozar de manera con el servicio del rey, que parece que no pretende sino allar color para disgustarme y tenella después para cubrirse si me quexo”.

quedaba en nada si no se tenía la capacidad de aplicar las sentencias, dejando el camino expedito para que los estados fuertes impusiesen su superioridad sobre los feudatarios menores³¹⁰. Desde este punto de vista la cólera de Maximiliano II es comprensible, ya que la autoridad imperial se había visto atacada de plano. El que debía haber sido el ejecutor de la justicia imperial, había operado en sentido contrario.

En todo caso, el emperador no se limitó a expresar sus quejas, sino que, en un tono más conciliador que el que dejaba traslucir el conde de Monteagudo, se dirigió al gobernador, aceptando los hechos consumados y los causas que le habían movido a actuar, pero desaprobando su modo de proceder. A renglón seguido, le comunicaba que debía declarar que el envío del contingente a Finale era en nombre del emperador y tenía que suspender las hostilidades, puesto que el castillo estaba en manos suyas, no del marqués (AGS, E., leg. 1232, doc. 155, 28 de abril de 1571). Si esto lo escribía el 28 de abril, para cerciorarse de ser obedecido el emperador envió en los primeros días de mayo dos comisarios (Gabriel Strein y Lucas Römer) a Lombardía. No obstante, en Milán el gobernador jugó con los tiempos para sortear a la una y los otros. De aquella dilató por varios días la respuesta aguardando la caída del castillo, y a estos, que arribaron a Milán el 19, les recibió cortésmente, dándoles buenas palabras y pocos compromisos, de forma que cuando al día siguiente se reunieron por segunda vez, fue para que Alburquerque les comunicara la rendición de Castel Gavone (AGS, E., leg. 1232, docs. 169 y 177, 12 y 22 de mayo de 1571 respectivamente).

Tras conseguir la dedición, el gobernador mudó de actitud y escribió al emperador justificándose, nuevamente, en la prevención frente a los franceses, pero esta vez con mayor fundamento, ya que por una carta del embajador en París, que “aclara la verdad deste negocio”, supo que el embajador de Francia, cuando fue al Imperio a comunicar la paz que su rey había firmado con los hugonotes, llevaba una instrucción para negociar con Alfonso II la venta del feudo. Y por lo que afirmaba Francés de Alava, Carretto se la concedió (AGS, E., leg. 1232, doc. 182, 24 de mayo de 1571). Le informaba, asimismo, que todo se había hecho con respeto de sus comisarios (AGS, E., leg. 1232, doc. 181, 24 de mayo de 1571).

Con todo y aún a pesar de los oficios del embajador Monteagudo, Maximiliano II no

³¹⁰ En las disquisiciones que a continuación se analizan entre el emperador y el gobernador, Alburquerque (que ya tenía a sus espaldas varios episodios de deliberada ignorancia para con la autoridad imperial), llegó a escribir a Felipe II si podía contestar al emperador “que no tiene ninguna [superioridad] y prendiéndolo u castigando al comisario” en el caso de que Maximiliano II le tratase ásperamente (AGS, E., leg. 1232, doc. 195, 15 de junio de 1571).

se dejaba engañar. Así, confesaba su disgusto y hastío al conde cuando le dijo que “no veo más que palabras tuyas [de Albuquerque], pues aún en estas ha sido corto, no sé yo con que razón ha de querer el rey que sus ministros me tomen a mí mi hacienda contra mi voluntad, ny al marqués la suya”, añadiendo sarcásticamente: “mira vos conde sy gustara al rey que por avisos falsos que yo tuviera me metiera en una de sus plaças fuertes batiéndola”. Y deslizaba una amenaza, advirtiéndole que, si él quisiese, el duque de Alba no entraría en Flandes (AGS, E., leg. 1232, doc. 188, 5 de junio de 1571). En cierto sentido, la amenaza de Maximiliano II resultaba irónica, desde el momento en que la ocupación de Finale había tenido como uno de sus fines prioritarios conseguir una salida al mar para el llamado Camino Español, que soslayase la dependencia hacia Génova.

Como atestigua el empeño puesto en la campaña de 1558, cuando la *Superba* ya estaba embarcada en fuertes gastos por la guerra de Córcega, eran los genoveses los que con mayor sentimiento contemplaban la posibilidad de que un príncipe poderoso pudiera poner sus manos sobre Finale. Albuquerque, instado por los finaleses, había enviado al lugar de Varigotti³¹¹ al ingeniero Giorgio Palearo Fratino (quien por entonces se ocupaba en el castillo de Milán) para sondear su potencialidad como puerto³¹².

Por ello, cuando en junio constataron que se había explorado Varigotti³¹³ cundió el pánico en Génova, al extremo que arribado al emporio ligur Gian Andrea Doria con sus galeras, fueron los de la *Signoria* a reunirse con él y preguntarle qué intenciones tenía

³¹¹ Varigotti era una pequeña localidad costera del marquesado, sita a dos millas de Noli y tres de Finale. En 1341 la República de Génova la destruyó, llevando piedras, troncos y varios navíos viejos para hundirlos, con el fin de obturar el puerto y acabar con su competencia. Ya en el siglo XVII, en el debate generado en torno a la posibilidad e idoneidad de hacer un puerto en el marquesado de Finale que evitase tratar con los genoveses, Juan Ruiz de Laguna escribía que se había de preferir el de Varigotti al de Caprazoppa, adyacente al burgo de Finale, pues tenía mejores condiciones naturales. Primero porque estaba más resguardado de los vientos (poniente, lebeche, siroco); segundo, porque no había arroyos cercanos que arrastrasen arena y rocas y cegasen el fondeadero; y tercero, existían aguas abundantes y frescas. Finalmente, aducía que la mayor lejanía de Finale no era óbice, pues fácilmente se podría comunicar con una calzada, (Ruiz de Laguna, 1633, pp. 41-52). De la ruta usada después hay un mapa de finales del XVII en AGS, Mapas, planos y dibujos (MPD), 6, 30. Sobre el ir y venir de propuestas para hacer el puerto de Finale y cómo sirvió esta amenaza como carta para negociar con la República de San Jorge, véase la tesis de Paolo Calcagno, 2010, pp. 18-45.

³¹² Fratino había acompañado a don Beltrán a Finale para ayudarle a expugnar el castillo y había hecho un dibujo con el modo que se tuvo para tomarlo, con los alojamientos, trincheras y baterías donde estuvo la artillería. En él plasmó el burgo de Finale y de la marina, la distancia entre ambos y de estos al castillo, así como el fuerte construido frente a la marina y el restaurado Castelfranco (AGS, E., leg. 1232, doc. 193, 14 de junio de 1571).

³¹³ A pesar de que, en un principio, los que hicieron un informe sobre las condiciones del puerto se vanagloriaron de que “esta relación se ha hecho con tanta dissimulación y secreto que aún los que la hizieron no entienden ny piensan que el duque de Albuquerque la ha de ver, ni que por su orden se ha querido saber esto” (AGS, E., leg. 1232, doc. 228, junio 1571). En él se señalaba que con 150.000 escudos se podía hacer puerto para 25 galeras y 12 naves gruesas. Con un impuesto del 5% sobre las mercancías, Finale pronto monopolizaría el comercio lombardo, por ser más barato y tener una comunicación por tierra menos abrupta. Por esta vía pronto se reembolsaría la suma gastada en erigir el puerto.

Felipe II sobre Finale, pues había

alborotado todos los animos el ver que ivan tratando de abrir y limpiar un puerto que ha havido en otros tiempos en un lugar del dicho estado que se llama Varigoti, del qual puerto, sin falta ninguna, sucederia la total rovina de esta tierra, pues haviendo puerto en essa costa que no fuesse suio faltaria todo el comercio y trato y faltando esto faltaria la forma de poderse sustentar este lugar” (AGS, E., leg. 1401, doc. 83, f. 167r, 9 de junio de 1571).

A este peligro, importante sin duda, se añadía otro cuya experiencia resultaba más próxima, como era el contrabando (Calcagno, 2011, p. 260). Con los marqueses del Carretto la República podía coaccionar y en última instancia recurrir a la fuerza para proteger su monopolio sobre el comercio³¹⁴, controlando así el contrabando en unos márgenes precisos. Mas si los finaleses llegaban a ser vasallos de un poderoso señor, la vía expeditiva quedaba cercenada de raíz.

Por otra parte, tampoco se pueden olvidar las tensiones existentes en el seno de la sociedad genovesa, donde el grado de crispación iba acercándose por momentos a un punto de no retorno. El temor a las “novedades” no era un mero recurso retórico para que, valga la redundancia, no innovase Felipe II. De hecho, apenas año y medio después de lo de Finale, en 1573, Génova se vio inmersa en una guerra civil entre la nobleza vieja y la nobleza nueva (apoyada por elementos populares) que puso a prueba la simbiótica relación establecida con el emporio ligure en 1528 (Pacini, 2005, pp. 21-44). Precisamente, entre los *nobili vecchi* abundaban familias afectas al servicio de la Monarquía, como los Doria, de forma que la incapacidad para retrotraer el estado del marquesado a las posiciones previas a la ocupación, se les podía imputar como un fracaso. Claro está que la invasión de Finale no fue el detonante, pero contribuyó a enrarecer el ambiente y favoreció la mediación en la lid, resuelta sólo en 1576, del papa y el emperador, lo cual, sin ser novedoso, es indicio de las dudas que se abrigaban hacia la intervención en solitario de Felipe II en los asuntos de Italia.

A la postre, la campaña de Finale había mostrado las posibilidades, las necesidades y los límites del papel estratégico del Milanesado en el engranaje de la Monarquía. Lo primero es evidente, dado que la puesta en práctica de la jornada se hizo desde Milán, prevaleciendo de su situación geográfica y del papel ejercido como plaza de armas, que

³¹⁴ La potencia financiera de los genoveses radicaba en su crédito, entendido este en el sentido etimológico de credibilidad. Puestas en duda sus fuentes de riqueza, aunque esta en términos absolutos no menguase mucho en el corto plazo, existía el riesgo evidente de que el crédito de los genoveses saliera perjudicado, afectando considerablemente en el largo plazo. “Si se hiziese escala -le habían dicho a Luis de Requesens-, hera acavado lo de Genova, donde son ya tan grandes las deudas que solo el comercio la sostiene” (AGS, E., leg. 1483, doc. 16, 2 de agosto de 1571).

permitió reunir los soldados necesarios sin levantar sospechas. Era una plataforma desde la que se podía fácilmente intervenir en los asuntos de los (numerosos) estados circunvecinos, consiguiendo reforzar el papel hegemónico de la Monarquía en la medida en que al recurrir a su arbitraje se le reconocía implícitamente una superioridad. Pero la cuestión de Finale recordó que también era una plataforma desde la que se podía ofender a los territorios circundantes, manteniéndolos sujetos, aunque tal posibilidad acarrearía, al tenerse en cuenta por los estados vecinos, consecuencias negativas en orden a la preservación de la paz de Italia.

La invasión del pequeño marquesado ligur lo dejó claro, poniendo a prueba la fuerza de las relaciones con varios de los estados aliados de la Monarquía (Turín, Florencia, Génova, Viena, Roma). El que la infeudación del marquesado se obtuviera tan sólo en 1617, después de una segunda ocupación en 1602 (Cano, 1955), discutía de todo punto el papel de Felipe II como garante de la quietud de Italia, sobre todo si se paran mientes en que hasta 1573 estuvo el marquesado bajo directo control de España, sin contar siquiera con el *asensus* de Maximiliano II. La ocupación de Finale fue, pues, una lección de *realpolitik*, *avant la lettre*, dictaminada por las necesidades estratégicas más perentorias de la Monarquía y del rol que el Milanesado desempeñaba en su seno.

Sin ambages lo exponía Baltasar Molina en carta de septiembre de 1571 al rey, al sostener que “el duque de Alburquerque entendió bien la importancia del marquesado de Final para la defensa y aumento de lo que vuestra Magestad tiene en Italia” (AGS, E., leg. 1232, doc. 206, 14 de septiembre de 1571). Su opinión era de las más autorizadas en aquella época en lo referente a los asuntos milaneses ya que, al amparo del duque de Sessa cuando gobernó Lombardía, se había convertido en uno de los integrantes del conspicuo Senado milanés, el más alto tribunal del *Stato*. Con la posesión de Finale, seguía Molina, “ternía vuestra Magestad en Lombardía mar suya donde se pudiese embarcar y desembarcar la gente y lo demás”, evitando al señor de Mónaco y a Génova. Y lo que resulta clarificador, si estos últimos protestaban, no había de qué preocuparse, pues lo harían de palabra y con cartas, porque más no podían. Un desprecio hacia las amenazas de otros, basado en la confianza hacia las propias fuerzas, semejante al del conde de Monteagudo, cuando al hablar de las admoniciones que sobre lo de Finale profería el emperador, sostenía que habría que estar advertido..., pero sólo en caso de que se le presentase opción de cumplirlas (AGS, E., leg. 1232, doc. 197, 28 de julio de 1571).

En este sentido, Finale fue un eslabón más en la cadena de intentos pergeñados por la

Monarquía filipina para reforzar su posición en Italia. A tal objeto se ajustan las negociaciones por Córcega con los genoveses (Pacini, 2011, pp. 448-449) o las apetencias sobre Zuccarello, feudo de una rama menor de la casa del Carretto. No obstante, lo descarnado del asedio de Castel Gavone otorgó un carácter diferencial a la jornada final, pues por aprehender la ocasión de obtener una salida al mar para Milán, se violentaron los límites y cauces por los que discurría, hasta entonces, la política de quietud en Italia bajo signo de la Monarquía. Que se cruzó más de una línea, y con esto concluimos, quedaría probado si se repara en que se transigió con la investidura tan sólo en 1617, cuando con una guerra en ciernes, la de los Treinta Años (1618-1648), el emperador Matías I necesitó contar con los socorros de España³¹⁵.

³¹⁵ Sobre la incorporación (nuevamente) *manu militari* en tiempos de Felipe III, con el conde de Fuentes, Cano de Gardoqui, 1955.). Un recorrido documental breve desde donde lo hemos dejado hasta la incorporación definitiva de Finale en Gasparini, 1958, pp. 124 y ss.

Bibliografía

- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A.(2001): *Milán y el legado de Felipe II*, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid.
- BIASCO, G.(2006): «La strategia politico-militare di Ferrante Gonzaga: la difesa del predominio spagnolo», en GARCÍA HERNÁN, E. Y MAFFI, D. (eds.): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I, Fundación MAPFRE, Madrid, pp. 273-287.
- BORTOLOTTI, M. P. (dir.)(1999): *Il territorio dello Stato di Milano nella prima età spagnola: il Cinquecento*, Archivio di Stato di Milano, Milán.
- BOTERO, G.(2009): *Della ragion di Stato*, ed. C. Continisio, Donzelli Editore, Roma.
- BRAUDEL, F.(1987): *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, II vols., Fondo de cultura económica, Ciudad de México.
- CABRERA DE CÓRDOBA, L.(1998): *Historia de Felipe II, Rey de España*, ed. de Martínez Millán, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- CADENAS Y VICENT, V.(1978): *La herencia imperial de Carlos V en Italia: el Milanésado*, CSIC, Madrid.
- CALCAGNO, P.(2010): «*La puerta a la mar*» del Ducato di Milano: il Marchesato del Finale nel «sistema imperiale» spagnolo (1571-1713), tesis dirigida por Alessandro Pastore, Università degli Studi di Verona, Verona.
- CALCAGNO, P.(dir.)(2008): *Finale fra le Potenze di antico regime. Il ruolo del marchesato sulla scena internazionale (secoli XVI-XVIII)*, Società Savonese di Storia Patria, Savona.
- CALCAGNO, P.(2011): «Una schermaglia di antico regime: la “partita” del Finale fra Genova, Milano e Madrid», en HERRERO SÁNCHEZ, M., BEN YESSEF GARFIA, Y. R., BITOSSO, C. y PUNCUH, D., *Génova y la Monarquía Hispánica (1528-1713)*, Società Ligure di Storia Patria, Génova, pp. 459-494.
- CANO DE GARDOQUI, J. L.(1955): *Incorporación del marquesado de Finale (1602)*, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- CAVAGNA, A. G.(2012): *La biblioteca di Alfonso II Del Carretto marchese di Finale. Libri tra Vienna e la Liguria nel XVI secolo*, Centro Storico del Finale, Finale Ligure.

- CHABOD, F.(1958): «¿Milán o los Países Bajos? Las discusiones sobre la ‘alternativa’ de 1544», en SÁNCHEZ AGESTA, L. (dir.), *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Universidad de Granada, Granada, pp. 331-372.
- EDELMAYER, F.(1988): *Maximilian II., Philipp II., und Reichsitalien. Die Auseinandersetzungen um das Reichslehen Finale in Ligurien*, Franz Steiner, Stuttgart.
- EDELMAYER, F.(2011a): «La lucha por el camino español. Felipe II y el marquesado de Finale Ligure» en MARCOS MARTÍN, A., *Hacer historia desde Simancas. Homenaje a José Luis Rodríguez de Diego*, Junta de Castilla y León, Valladolid, pp. 293-304.
- EDELMAYER, F.(2011b): «Génova en la encrucijada entre el Sacro Imperio y la Monarquía Católica», en HERRERO SÁNCHEZ, M., BEN YESSEF GARFIA, Y. R., BITOSSO, C. y PUNCUH, D., *Génova y la Monarquía Hispánica (1528-1713)*, Società Ligure di Storia Patria, Génova, pp. 617-626
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.(1979): *Corpus documental de Carlos V*, t. IV, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.(2015): *Carlos V. El César y el Hombre*, Espasa Calpe, Barcelona.
- FRIGO, D.(1998): «Il Ducato di Mantova e la Corte spagnola nell'età di Filippo II», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, t. I, Parteluz, Madrid, pp. 283-306.
- GASPARINI, M.(1958): *La Spagna e il Finale dal 1567 al 1619 (Documenti di archivi spagnoli)*, Istituto Internazionale di Studi Liguri, Bordighera.
- MAQUIAVELO, N.(2011): *El príncipe*, Ediciones Mestas, Madrid.
- MARENGO, E.(1915): «Alfonso IIº del Carretto, marchese di Finale e la Repubblica de Genova», en *Atti della Società Ligure di Storia Patria*, vol. XLVI, fasciolo IIª, pp. 5-
- MERLIN, P. P.(2008): *Manuel Filiberto. Duque de Saboya y general de España*, Actas, Madrid.
- MERLIN, P. P.(2015): “Una scomoda vicinanza: Savoia e Genova nel secondo Cinquecento”, en ASSERETO, G., BITOSSO, C. y MERLIN, P. P., *Genova e Torino. Quattro secoli di incontri e scontri. Nel bicentenario dell'annessione della*

- Liguria al Regno di Sardegna*, Società Ligure di Storia Patria, Génova, pp. 57-80.
- MUSSO, R.(2008): “‘Un sì benigno signore et príncipe amatore de’sudditi suoi’: Alfonso del Carretto marchese di Finale (1535-1558”’, en CALCAGNO, P.(dir.), *Finale fra le Potenze di antico regime. Il ruolo del marchesato sulla scena internazionale (secoli XVI-XVIII)*, Società Savonese di Storia Patria, Savona, pp. 10-67.
- MUSSO, R.(2015a): “Duchi di Savoia e marchesi di Finale tra medioevo de età moderna”, en ASSERETO, G., BITOSSO, C. y MERLIN, P. P., *Genova e Torino. Quattro secoli di incontri e scontri. Nel bicentenario dell’annessione della Liguria al Regno di Sardegna*, Società Ligure di Storia Patria, Génova, pp. 11-32.
- MUSSO, R.(2015b): “I del Carretto e le Langhe tra medioevo ed età moderna”, en *Langhe, Roero Monferrato*, 11, pp. 11-84.
- PACINI, A.(2005): «Grandes estrategias y pequeñas intrigas: Génova y la Monarquía católica de Carlos V a Felipe II», en *Hispania*, 219, pp. 21-44.
- PACINI, A.(2011): «‘Poiché gli stati non sono portatili...’: geopolítica e strategia nei rapporti tra Genova e Spagna nel Cinquecento», en HERRERO SÁNCHEZ, M., BEN YESSEF GARFIA, Y. R., BITOSSO, C. y PUNCUH, D., *Génova y la Monarquía Hispánica (1528-1713)*, Società Ligure di Storia Patria, Génova, pp. 413-457.
- PACINI, A.(2013): ‘*Desde Rosas a Gaeta*’: *la costruzione della rotta spagnola nel mediterraneo*, Franco Agnelli, Milán.
- PARKER, G.(1998): *La gran estrategia de Felipe II*, Alianza Editorial, Madrid.
- PEANO CAVASOLA, A.(dir.)(2007): *Finale, porto di Fiandra, briglia di Genova*, Centro Storico del Finale, Finale.
- RIBOT GARCÍA, L.(1990): «Milán plaza de armas de la Monarquía», en *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 10, pp. 205-238.
- RIZZO, M.(2006): «Porte, chiavi e bastione. Milano, la geopolitica italiana e la strategia asburgica», en CANCELLO, R., *Mediterraneo in armi (secc. XV-XVIII)*, Associazione Mediterranea, Palermo, pp. 467-511.
- RIZZO, M.(2008): «Allogiare in casa d’altri. Le implicazioni economiche, politiche e fiscali della presenza militare asburgica nel territorio fra Cinque e Seicento», en CALCAGNO, P.(dir.), *Finale fra le Potenze di antico regime. Il ruolo del marchesato sulla scena internazionale (secoli XVI-XVIII)*, Società Savonese di

Storia Patria, Savona, pp. 77-97.

ROMANO, R.(1949): «La pace di Cateau-Cambresis e l'equilibrio europeo», en
Rivista Storica Italiana, 51, pp. 526-550.

RUIZ DE LAGUNA, J.(1633): *Discurso del derecho que tiene S.M. para fabricar
puerto en el Final de Milán*, Giovanni Battista Malatesta, Milán.

SANDOVAL, P.(1915): *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, Atlas,
Madrid.

SANSOVINO, F.(1609): *Della origine et de' fatti dello famiglie illustri d'Italia*,
Altobello Salicato, Venecia.

LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA Y LA CARTOGRAFÍA MILITAR DEL SIGLO XVIII

THE WAR OF THE SPANISH SUCCESSION AND THE MILITARY CARTOGRAPHY OF THE 18th CENTURY

José María Moreno Madrid

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El objetivo de esta investigación es explorar la dimensión de diversas contiendas de la Guerra de Sucesión Española a través de los registros cartográficos que de las mismas se han conservado-previo paso por un breve acercamiento histórico al desarrollo de la cartografía en general y de la cartografía militar en particular-, contando para ello con una cuidada selección de mapas de la Biblioteca Nacional de Portugal, en lo que es una clara apuesta por aportar un enfoque alternativo orientado al estudio multidisciplinar de la cuestión.

Palabras clave: Cartografía, cartografía militar, Guerra de Sucesión Española, siglo XVIII.

Abstract: The objective of this research is to explore the dimension of various battles of the War of Spanish Succession through the cartographic records that have been preserved from them -after passing through a brief historical approach to the development of cartography in general and cartography military in particular-, counting with a careful selection of maps of the National Library of Portugal, in what is a clear commitment to provide an alternative approach oriented multidisciplinary study of the issue.

Key words: Cartography, military cartography, War of the Spanish Succession, 18th century.

El conocimiento de los mapas fomenta
la conducta bélica mediante un control
remoto, de manera que, consideramos, el acto
de asesinar se contempla con mayor facilidad.
[...] Las líneas silenciosas del paisaje de papel
fomentan la idea de un espacio socialmente vacío.

J.B. HARLEY, *La nueva naturaleza de los mapas*, 2006.

La cartografía en la Edad Moderna: de la navegación por estima a las mediciones geodésicas

Desde la Antigüedad, la necesidad del ser humano de conocer y representar de la forma más precisa posible el espacio en el que habita y que le rodea ha sido una constante. Consecuentemente, la cartografía es una ciencia que está en evolución continua, sirviéndose de los sucesivos avances tecnológicos y adaptándose a los diferentes periodos de la Historia. El paso de la navegación por estima a la navegación astronómica y el resurgir de la cartografía ptolemaica en el siglo XV, el desarrollo de múltiples proyecciones cartográficas durante los siglos XVI y XVII o la aparición de los *Atlas* en 1570 con el *Theatrum Orbis Terrarum* (Fig.1) de Abraham Ortelius son algunas de las etapas fundamentales para entender el periplo de la cartografía a lo largo de la Edad Moderna. Del mismo modo que ocurrió con otros saberes, la cartografía fue mudando su foco de producción: desde la península ibérica con sus cartas náuticas del siglo XVI hasta los precisos y definidos mapas de la escuela francesa, pasando por los espectaculares atlas holandeses del siglo XVII (Rodríguez Torres, 2014, p. 125).



Fig.1. *Typus Orbis Terrarum*. Abraham Ortelius. 1570. Library of Congress (Washington)

Con el fin del setecientos, la referida espectacularidad de los atlas neerlandeses pasó a un segundo plano, afirmándose como elemento prioritario en un mapa la precisión y la exactitud de su diseño. El testigo fue recogido por la escuela francesa. Sumando el apoyo de la nobleza y la llegada a tierras galas de pilotos portugueses y cartógrafos holandeses

huidos de su patria por persecución política y religiosa, la cartografía producida en Francia durante el siglo XVIII se imbuyó del espíritu científico imperante, desdeñando la ornamentación y haciendo de los levantamientos topográficos y las mediciones geodésicas su rasgo distintivo (Rodríguez Torres, 2014, p. 125). Tanto es así, que, si bien durante los siglos XVII y XVIII otras tipologías cartográficas como la catastral, itineraria, temática o hidrográfica experimentaron un considerable desarrollo (Thrower, 1999, p. 92), la cartografía topográfica no alcanzó en ninguna otra nación una mejora tan sobresaliente como en Francia.

El germen de este progreso podríamos encontrarlo en la fundación de la *Academie Royale des Sciences* en 1666, durante el reinado de Luis XIV. La institución alcanzó un prestigio considerable, permitiéndose invitar a Giovanni Domenico, conocido también como Jean-Dominique Cassini (Thrower, 2002, p. 113), a enriquecer su plantilla de eruditos. Este cartógrafo y astrónomo genovés comenzó en 1669 la titánica empresa de llevar a cabo un levantamiento topográfico de Francia. Además, a él le debemos un inmenso *planisphere terrestre* (Fig.2) que no incorporó lugar alguno sin calcular antes su posición astronómicamente (Thrower, 2002, pp. 113-115).

El mundo militar percibió rápidamente lo que estos avances en cartografía topográfica podían suponer para la preparación de las campañas y movimientos bélicos. Con el desarrollo del siglo XVIII y la entrada del XIX, la cartografía se convirtió en un instrumento clave de administración y conquista, siendo indispensable para figuras de la talla de Napoleón Bonaparte (Thrower, 1999, p. 114).



Fig.2. Planisphere terrestre ou sont marquees longitudes de divers lieux de la terre. Jean-Dominique Cassini & Giovanni Cassini (Jean Baptiste Nolin). 1696. Biblioteca Nacional de Francia (París). Imagen cedida por Barry Lawrence Ruderman, Antique Maps Inc. (<https://raremaps.com/>)

La cartografía militar: una categoría compleja

Si bien la producción de mapas se remonta a tiempos inmemoriales, la aparición de la cartografía como ciencia tiene un origen relativamente tardío; de hecho, el término *cartografía* para referirse al saber que estudia los mapas no aparece hasta el año 1839, acuñado por Manuel Francisco de Barros e Sousa de Mesquita de Macedo Leitão e Carvalhosa, más popularmente conocido como el 2º Vizconde de Santarém, en una carta enviada a Francisco Adolfo de Varnhagen³¹⁶ a día 8 de diciembre (García y Cattaneo, 2006, p. 59). Así pues, habida cuenta de lo reciente del término general aplicado al análisis de los mapas, la instauración de ciertas categorías para la clasificación de documentos que datan de siglos atrás es una labor compleja y que requiere de un dilatado proceso de reflexión. Obviamente, la categoría de *cartografía militar* no escapa a esta problemática, tanto a la hora de definir la especialidad en sí como de determinar cuáles son los documentos que deben integrarla. Hoy en día, una definición razonable para los mapas actuales integrados en la denominación de cartografía militar sería la siguiente: “Extensas producciones topográficas a gran escala que integran información de interés específicamente militar derivada de espías, ayudas electrónicas a la navegación, fotografías aéreas o imágenes satelitales; o bien con fines de defensa, obtenidos de una fuente doméstica” (Hale, 2007, p. 721).

Lo cierto es que los mapas, a ojos de los militares, “siempre han sido considerados un tipo delicado de conocimiento”, abundando por tanto las políticas de secreto y censura en los mapas que podían emplearse en un contexto bélico (Harley, 2005, p. 88). Afirma J.B. Harley, gran estudioso y ensayista de la cartografía de la segunda mitad del siglo XX, que “en un nivel práctico, los mapas militares son elementos pequeños pero fundamentales de la infraestructura técnica del ejército en el campo de batalla” (Harley, 2005, p. 88).

Pero viajar a los orígenes del concepto de *cartografía militar* en el tiempo es complejo, ya que, durante el Medievo y la Modernidad, Europa se vio envuelta en casi constantes conflictos militares a los que la cartografía también ha tenido que adaptarse. Así pues, mapas que se dibujasen sin un propósito inicialmente bélico pudieron ser empleados después para facilitar el desarrollo de las campañas. En este sentido, bien podemos otorgar la categoría de cartografía militar a cualquier mapa empleado en un contexto bélico, o

³¹⁶ Francisco Adolfo de Varnhagen (São João de Ipanema (Brasil), 1816 – Viena (Austria), 1878), diplomático e historiador brasileño de gran relevancia durante el siglo XIX. Véase: («Francisco Adolfo de Varnhagen», *Academia Brasileira das Letras*, <http://www.academia.org.br/academicos/francisco-adolfo-de-varnhagen/biografia>, accedido a día 29/06/2018)

bien podemos otorgárselo solo a aquellos mapas producidos exclusivamente con un propósito de preparación de la guerra. En este escenario, lo más prudente parece ser situar los inicios y desarrollo de la relación entre cartografía y guerra en el siglo XVI (Hale, 2007, p. 721).

En el Medievo, los ejércitos se guiaban hasta el campo de batalla a través de informaciones orales, preguntando el camino, así como a través de registros escritos por viajeros, clérigos, comerciantes, etcétera (Hale, 2007, p. 722). Con la entrada del siglo XVI, los mapas comenzaron a emplearse como soporte para facilitar el desplazamiento de las tropas en tierra hostil. La importancia de la representación del espacio para abordar una conquista militar era ya referida por pensadores de la talla de Nicolás Maquiavelo en su *Arte della guerra e scritti politici minoride* 1521, a través de las siguientes palabras: “[Un líder militar, antes de avanzar sobre un territorio enemigo, debe] tener descrito y dibujado todo el territorio para poder conocer bien las plazas, el número [de ellas], la distancia [entre ellas], las carreteras y caminos, las montañas, los ríos y pantanos, y la naturaleza de los mismos” (Hale, 2007, p. 720).

Sin duda, la revolución militar fue una de las claves para entender la relación entre cartografía y guerra durante el siglo XVI. Siguiendo a David Buisseret, seis son los factores a tener en cuenta en este proceso (Buisseret, 2003, pp. 133-134):

- I. El gran aumento de tamaño de los ejércitos.
- II. La aparición de la artillería como un ejército distintivo, junto a la caballería e infantería.
- III. La aparición de un nuevo tipo de fortificaciones, diseñadas específicamente por un grupo nuevo de oficiales que pasaron a ser conocidos como *ingenieros*.
- IV. La infantería pasó a ser adiestrada en el uso de armas de fuego, grandes y pequeñas.
- V. La introducción de nuevos especialistas como oficiales de alojamiento y oficiales de suministros.
- VI. La necesidad de ejercer un nuevo tipo de control sobre los tres ejércitos; el arte de un comandante consistía en maximizar estas fuerzas muy diferentes, haciendo un uso óptimo del terreno y del clima.

No obstante, los dos primeros tercios del siglo XVI apenas asistieron a la producción de cartas de pequeña o mediana escala exclusivamente destinadas a organizar un conflicto

militar; la explicación a este vacío podemos encontrarla, en parte, en la preferencia durante estos años por los mapamundis (Hale, 2007, p. 726).

Como consecuencia de la mejora de las fortificaciones y del desarrollo de una mentalidad bélica más precavida que el enfrentamiento abierto, los sitios y la guerra de contención adquirieron un papel preponderante; el resultado fue la progresiva ralentización de las campañas. Fue entonces, cuando surgieron diseños cartográficos que mostraban las plantas de las fortificaciones (Fig.3) acompañadas de múltiples datos de utilidad para la toma de las mismas (Hale, 2007, pp. 727-730), ya que eran acciones complejas que requerían de un plan de ataque estudiado minuciosamente. Y hacia la década de 1630 y 1640 empezaron a aparecer mapas de formación plenamente abstractos en los manuscritos (Buisseret, 2003, p. 167). Los mapas utilizados a partir de estas décadas en campaña mostraban con signos convencionales los diferentes elementos de un ejército (Fig.4). Las unidades eran diferenciadas en un primer momento a través de denominaciones completas, empleándose después colores o letras para designarlas (Buisseret, 2003, p. 168). Así pues, a lo largo de los siglos XVI y XVII la cartografía de guerra va perfeccionándose a la par que la ciencia cartográfica y militar, de modo que a inicios del siglo XVIII había alcanzado ya un desarrollo notable.

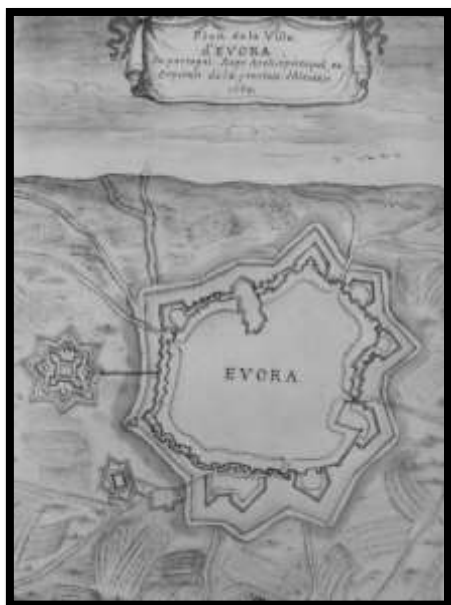


Fig.3. Plan de la Ville d'Évora. Anónimo. 1677. Universidade de Évora (Évora).



Fig.4. Plan de la Ville et des Environs de Stralsund das siegée par les Roys de Prusse et de Danmarck en l'Année 1715 avec Le Campement de l'Armée Combinée de Leurs Majestées... P.D. Desmarest. 1715. Hessisches Staatsarchiv (Marburg).

Cartografía de la Guerra de Sucesión Española

Considerado por su dimensión y consecuencias uno de los conflictos más influyentes de la Europa moderna, la Guerra de Sucesión Española se desarrolló entre los años 1702 y 1715, y participaron en ella la gran mayoría de potencias europeas en un momento u otro de la contienda. Las facciones enfrentadas fueron la Alianza -dentro de la cual podemos destacar a Inglaterra, las Provincias Unidas y Austria- y los Ejércitos Borbónicos, con Francia a la cabeza. Los mapas que serán objeto de estudio en las próximas líneas corresponden a una fase avanzada del proceso, y tuvieron lugar en el noroeste de Francia.

Entre el 9 de agosto y el 12 de septiembre de 1711 John Churchill, más conocido como Duque de Marlborough, preparaba la que sería una de sus últimas campañas: el Sitio de Bouchain. Churchill capitaneaba las tropas de la Alianza desde 1702, aunque teniendo que lidiar con generales holandeses; el año de 1705, tras la obtención de resultados algo pobres teniendo en cuenta la potencia militar de la Alianza, sometió a los oficiales neerlandeses con los que no se entendía y se erigió en líder militar de la coalición (Sanz Ayán, 1997, p. 34). Pero a finales de 1711 cayó en desgracia, siendo destituido y desposeído de todos sus títulos a razón de acusaciones de malversación y enriquecimiento ilícito (Sanz Ayán, 1997, p. 46). La maniobra militar no fue muy complicada, pues el Duque de Villars, general de los ejércitos franceses, decidió perder la plaza antes que oponer una férrea resistencia y acabar sufriendo otra costosa derrota a manos de Marlborough (Konstam, 2011, p. 52). Así aparece relatada la operación en las fuentes de la época (Hodges, 1741, pp. 357-359):

The same day, the Siege of Bouchain being resolved upon, 30 battalions and 12 squadrons were appointed for that service, under the command of General Fagel. The 10th, the troops designed for the siege marched to invest the place, and General Bulau was detached with 40 squadrons from the right, and passed the Scheld at Neufville, to continue there till the Circumvallation was perfected. My Lord Duke went in person with that detachment, very early in the morning, to view the approaches of Bouchain, and ordered the lines of Circumvallation to be made. But upon advice, that the French army had passed the Scheld, as if they would attack him, his Grace returned to the camp, caused the troops to take up arms, and advance towards the enemy. The armies came very near; but it was impossible to come to any action, by reason of the difficult Hollow-ways and defiles, whereby they were parted. The enemy returned in the evening to their camp, and the allies to theirs; but for preventing any further alarm, my Lord Duke ordered several lunettes and redoubts to be made in the front of his camp, which might be joined by lines in case of need. I shall not enter on a detail of the manner of carrying on a siege, in order to relate what passed before Bouchain, where nothing happened peculiarly remarkable. It is sufficient to say, that on the 11th of September the besieged, seeing the breaches at get two attacks against the upper town were very wide, and that all things were preparing for a general storm, they thought fit to prevent it by a capitulation; and having beat a parley the next day about Noon, they sent hostages at all the attacks, and the allies sent others in

return. The hostages for the upper town were conducted to the quarters of General Fagel, where the Duke of Marlborough, the Deputies of the States, and several other Generals repaired; and his Grace having held a Council, the French hostages were called in. But when they offered to deliver their articles, my Lord Duke told them, "That he would not have then read, and since they had waited to the last extremity, they had no other terms to expect, than to be prisoners of War" [...] The hostages being returned into the town, the governor would not surrender upon those terms, and to the hostilities began again with such a terrible fire, that soon after they hung out white flags at all the attacks, and beat a parley a second time.

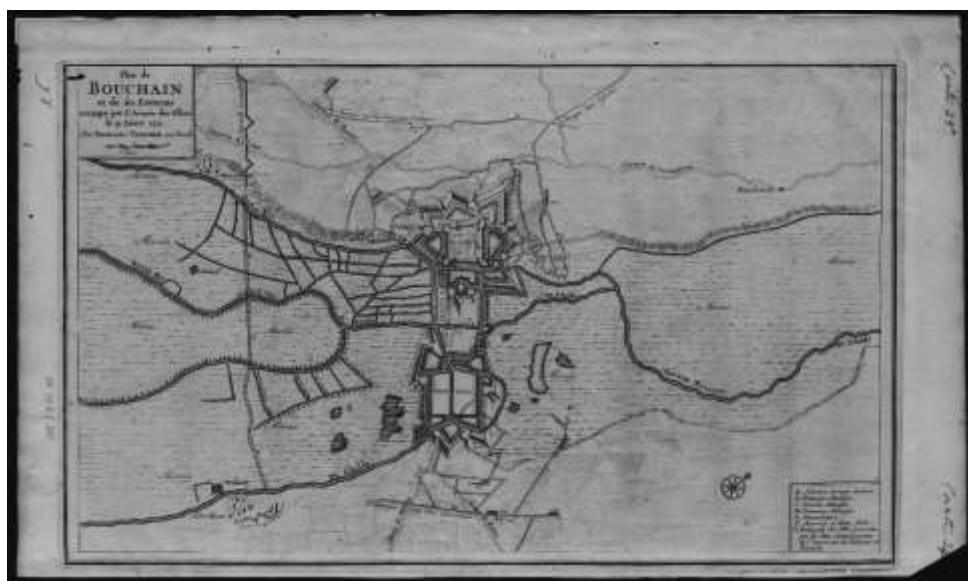


Fig.5.: *Plan de Bouchain et de ses Environs as siegée par L'Armée des Allies le 19 aoust 1711.* Nicolaus Visscher III & Elizabeth Visscher. ca. 1711. Biblioteca Nacional de Portugal (Lisboa). Cota cc-682-v-

El primer mapa está fechado en 1711, en algún momento posterior al desarrollo de la acción. Los acontecimientos representados corresponden al 19 de agosto del mismo año. Está firmado *chez Nicolaus Visscher avec privil*, “en casa de Nicolaus Visscher con privilegio”. Nicolaus Visscher III (1649-1702) fue un cartógrafo editor holandés del XVII, miembro de una familia dedicada a este oficio desde que su abuelo Nicolaus Visscher (1587-1652) lo iniciará a principios del siglo³¹⁷. Producían mapas propios y confeccionaban atlas a medida para sus clientes, aunque también se dedicaban a la

³¹⁷ La herencia del negocio cartográfico y/o grabador a lo largo de varias generaciones es una costumbre habitual a lo largo de la Edad Moderna, al menos desde el siglo XVI. Algunos ejemplos destacados de este procedimiento serían los Reinell o los Blaeu.

marchantería del arte. Como puede apreciarse en el mapa que nos ocupa, facturaban obras con una alta calidad de grabado y decoración y con una reseñable exactitud geográfica (SECO, 2015, p. 38). A la muerte de Visscher III en 1702 el taller fue adquirido por su viuda, Elizabeth Visscher, que continuó con la producción de mapas hasta 1726 (BNP, 2016, <http://purl.pt/1892>).

El mapa presenta un cuidado diseño topográfico, representando ríos, campos de cultivo y elevaciones del terreno con gran precisión. En el centro de la composición se encuentra el objetivo, también esmeradamente representado. La plaza se divide en *ville haute* (“villa elevada”) y *basseville* (“villa baja”), conformando una disposición alargada. La villa elevada, al ser el auténtico centro de la plaza, aparece mucho más fortificada, siguiendo una irregular *traza italiana* para la estructuración de las defensas.

En la esquina inferior derecha encontramos una cartela con las instrucciones para comprender los movimientos llevados a cabo en el asalto de la villa. Se indican a continuación:

- A. Nueva obra: de tierra³¹⁸.
- B. Primer ataque.
- C. Segundo ataque.
- D. Tercer ataque.
- E. Inundación.
- F. Marismas a medio secar.
- G. *Intento*³¹⁹ de los aliados para cortar las dichas comunicaciones del enemigo por Redoutes y Traverses.

Como puede apreciarse, se trata de un mapa de lo más preciso y ordenado, recogiendo todos los movimientos que a partir de ese 19 de agosto debían realizar para tomar Bouchain.

Plan des Retranchement et du camp de Denain (Fig.6)

Tal y como indica el título, la imagen anexada presenta el “Plan de las defensas y del campamento de Denain”; en las cercanías de esta villa se libró la decisiva batalla de Denain, en la que el 24 de julio de 1712 las tropas galas con el Duque de Villars al frente

³¹⁸ La denominación parece indicar que en esta posición se había construido algún elemento nuevo respecto al último reconocimiento de la zona.

³¹⁹ Traducción libre del autor.

vencieron al ejército combinado de las Provincias Unidas y Austria, capitaneado por Arnold Van Keppel, también conocido como Conde de Albemarle. El desarrollo de la contienda es narrado por Lavallé en el quinto tomo de su *Historia de los Franceses* (Lavallée y Lacroix, 1859, p. 82):

[...] Villars fingió atacarlo [al Conde de Albemarle] y marchó contra él con gran sorpresa del enemigo y de sus propias tropas, pero al mismo tiempo dirigió, durante la noche treinta batallones al Escalda que echaron un puente en Neuville entre Bouchain y Denain, y después de que todo su ejército hizo alarde de *insultar*³²⁰ las líneas de Landrecy, dio una media vuelta a la derecha, marchó rápidamente a Neuville y pasó el Escalda. Fueron tomadas a la fuerza las trincheras que se prolongaban hasta Marchiennes, y los franceses se pusieron en batalla para atacar el campamento (24 de julio). Se supo que Eugenio³²¹ acudía con todas sus tropas. En tanto que una división cubría a Marchiennes, el resto del ejército marchó arma al brazo hacia el campamento, y a pesar de un fuego terrible cruzó en un instante el foso y las trincheras. Los holandeses huyeron hacia el Escalda, pero cortados los puentes, cayeron todos muertos o prisioneros, y Eugenio, que acababa de llegar, contempló este desastre desde la orilla opuesta del río. En vano intentó pasar el Escalda; fue vencido, y se retiró en desorden hacia Landrecy, cuyo sitio levantó apresuradamente. La batalla de Denain no fue una de esas victorias sabias que a nada conducen, sino una de esas victorias populares que salvan un país. Cortada la línea de operaciones, el gran almacén se quedó aislado, y atacado el mismo día de la batalla, se rindió (30 de julio) entregando a los franceses inmensas provisiones. Al mismo Villars sitió y tomó sucesivamente a Douai, el Quesnoy y Bouchain, con sus guarniciones, sin que Eugenio se atreviera a dar un paso para defender estas ciudades³²².



Fig.6: *Plan des Retranchement et du camp de Denain*. Anónimo. ca. 1715. Biblioteca Nacional de Portugal (Lisboa). Cota cc-98-p2.

³²⁰ Entiéndase por “atacar las líneas” o “avanzar sobre las líneas”.

³²¹ Príncipe Eugenio Francisco de Saboya, destacado general austriaco responsable de la expulsión de los turcos de Viena.

³²² Traducción libre del autor. El texto original puede encontrarse en la referencia indicada.

Retomando el análisis del mapa, bajo el título, la cartela presenta la siguiente leyenda: “Donde está marcado el avance del ejercito del Rey a Neuville por el Escaut con la disposición de las tropas francesas en el ataque de las defensas que fueron doblegadas el 24 de julio de 1712, y la comunicación de Marchiennes a Denain denominada por los Confederados *el gran camino de París*, que fue destruido”³²³. A ambos lados se encuentran las instrucciones para leer y comprender los movimientos esbozados en el mapa. Se trata de una representación sumamente minuciosa, lo que dificulta su lectura. A continuación, se traduce la explicación de los movimientos tal y como se recogen en el mapa, pudiendo interpretarlos más fácilmente siguiendo de manera paralela el texto de Lavallé:

- A. Artillería francesa luchando con las defensas de Denain.
- B. Artillería francesa abriendo fuego contra la caballería enemiga en la batalla marcada con la letra D. Los vencidos de las defensas de Denain y de la infantería enemiga marcada con la C, huyeron por el camino para ganar el punto I, el cual encontraron saqueado por sus grandes recursos en el transcurso de la batalla, y donde aquellos que no fueron asesinados o apresados, intentando cruzar el río, se ahogaron.
- E. Restos de 17 batallones enemigos que huyeron por el puente marcado con la F, que ganamos al final de la acción, y que lo destruimos en el transcurso de la batalla.
- G. Seis piezas de cañón de los enemigos en las defensas de Denain.
- H. Reducto en medio de las defensas que cubrían el inicio del puente de los enemigos y desde el cual el Príncipe Eugenio fue partícipe de la acción.

En la esquina inferior derecha, debajo de la escala, encontramos la identificación de las tropas. Ambos ejércitos aparecen representados por pequeños rectángulos con banderas, adoptando el del ejército francés una tonalidad más oscura. En el mapa, la similitud de color ocasiona que sea difícil diferenciar las tropas de los ejércitos contendientes, que, en cualquier caso, aparecen situadas casi en su totalidad en torno a Denain.

³²³ Traducción libre del autor.

La victoria fue clave en términos bélicos y también anímicos. Villars se hizo con una gran cantidad de provisiones custodiadas en el almacén de Denain, desde donde acometió el sitio y la toma de Douai, el Quesnoy y Bouchain; ante esto, y aún consternado por la derrota en Denain, Eugenio no se atrevió a desplazar unidad alguna para evitar el avance galo (Lavallée y Lacroix, 1859, p. 82).

La traducción literal del título sería “Campamento del ejército de los Aliados para cubrir el sitio de Douay; contra el ejército francés que vino para levantar el dicho sitio en junio de 1710”. Por tanto, el mapa que se analiza a continuación está fechado en algún momento posterior a junio de 1710, fecha en la que se produjeron los acontecimientos reflejados. Bajo el título se puede leer: “En la Haya/ en casa de Anna Beek/ con privilegio”. Nuevamente el nombre de una mujer aparece como editora del mapa, aunque poco tiene que ver el proceso por el que Anna Beek se hizo un hueco en el mundo de la impresión cartográfica con el de Elizabeth Visscher. Anna Beek nació en La Haya, y en 1678 se casó con Barent Beek, impresor, quien la abandonó quince años después con siete hijos en común. Lejos de desalentarse, Anna pidió el divorcio y logró que las cortes locales le otorgaran el derecho sobre el negocio familiar (Hoonaard, 2013, p. 43). Estudios recientes sobre su figura apuntan a que podría no solo haber heredado las planchas de su exmarido, sino también haber producido ella algunas propias (Van Der Hut (10/04/2018) "Digitaal Vrouwen lexicon van Nederland" ,<http://resources.huygens.knaw.nl/vrouwenlexicon/lemmata/data/Westerstee>).

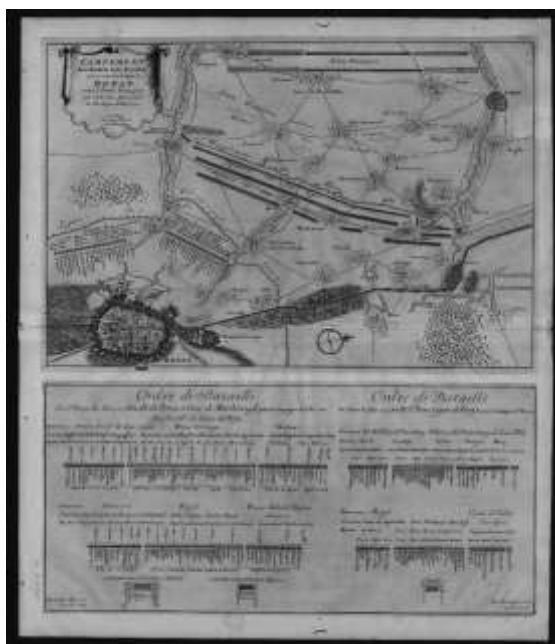


Fig.7: *Campement de l'Armée des Alliez pour couvrir le siege de Douay: contre l'Armée Françoisé qui vint pour faire lever le dit siege, en Juin 1710.* Peter Van Call & Anna Beek. ca. 1710. Biblioteca Nacional de Portugal (Lisboa). Cota cc-1111-a.

Además, bajo el característico *à la Haye/ Chez Anna Beek/ avec privilege* encontramos una línea más que reza: *P·V·C·Fcit*. Honradamente, Anna Beek asume los derechos de edición e impresión del mapa, pero incluye también el nombre del autor de la plancha: *P(ieter)·V(an)·C(all)·F(e)cit*, o lo que es lo mismo, “hecho por Pieter Van Call”. Este grabador holandés nació en 1688 y falleció en 1737, veinte años más tarde que la propia Anna Beek; este dato induce a pensar que podrían haber tenido algún tipo de asociación en la que Van Call proporcionaba las planchas a Beek y está las editaba o bien que el propio Van Call se las vendiese directamente. Continuando el negocio familiar –su padre y su abuelo también habían sido grabadores–, Peter Van Call se especializó en ingeniería de fortificaciones, lo que supuso que acudiera en primera persona a sitios y otras operaciones militares, pudiendo tomar referencias *in situ* para sus planchas. También se destacó en el ámbito de la arquitectura, recibiendo de Federico I de Prusia el título de arquitecto real (Nieuw Nederlandsch Biografisch Woordenboek, 1911 (03/09/2018), http://resources.huuygens.knaw.nl/retroboeken/nnbw/#source=3&page=107&accessor=accessor_index&view=homePane). Las escasas referencias biográficas sobre este personaje nos impiden saber si pudo estar presente en la maniobra militar que representa el mapa, lo que sin duda explicaría la precisión y belleza del mismo.

Especialmente interesante resulta la parte inferior (Fig. 8), en la que se representan los efectivos que integran los ejércitos de John Churchill, duque de Marlborough, y del Príncipe Eugenio de Saboya, ambos pertenecientes al bando aliado, para la toma de la plaza entre abril y mayo de 1710. La precisión con la que son representados los batallones y escuadrones es extraordinaria, señalando la nacionalidad de las tropas y los oficiales que están a cargo de las mismas. Se incluye también, al final, los efectivos de artillería con los que cuenta cada ejército. El de Marlborough es sensiblemente más grande, contando con 108 batallones y 158 escuadrones por los 64 y 106 de Eugenio de Saboya respectivamente.

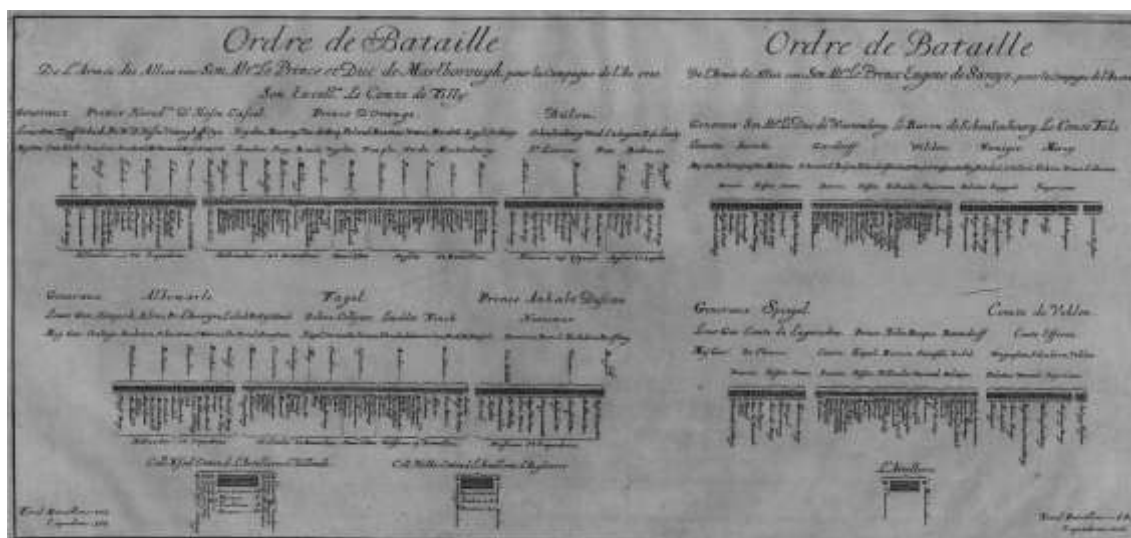


Fig.8.: Campement de l'Armée des Alliez pour couvrir le siege de Douay: contre l'Armée Française qui vint pour faire lever le dit siege, en Juin 1710. Detalle a la parte inferior.

En la parte superior (Fig.9) encontramos un mapa de gran precisión que representa Douay y los alrededores. La precisión topográfica de los accidentes naturales y la representación de las ciudades es también reseñable. En torno a Douay se disponen los ejércitos aliados, dentro de lo que aparece denominado como *línea de circunvalación*. Al nordeste de la población son representadas las trincheras aliadas, con dos poderosas líneas de infantería y caballería tras ellas. En el norte del mapa se aprecia la representación del ejército francés. Con rectángulos marcados mediante contornos punteados se simbolizan las *posiciones desde las cuales el ejército francés quiere avanzar a través de las defensas*.

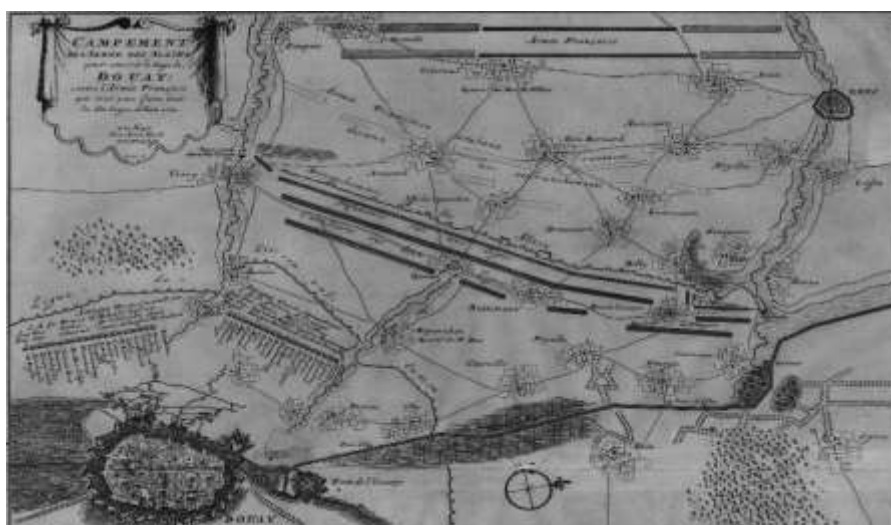


Fig.9.: Campement de l'Armée des Alliez pour couvrir le siege de Douay: contre l'Armée Française qui vint pour faire lever le dit siege, en Juin 1710. Detalle a la parte superior.

Si bien en este mapa ya aparecen representadas las tropas francesas y sus posibles movimientos, tal y como se ha indicado en la explicación de la toma de Denain, no será hasta julio de 1712 cuando se recupere la plaza. En junio de 1710 los Aliados llevaban cierta ventaja, pero el ejército francés supo rehacerse de la mano del general Villars. Su estrategia se centró en evitar las batallas y desgastar al ejército aliado en múltiples sitios en el norte de Francia. Douay fue una de las plazas tomadas en esta fase, junto a Bethune, Saint Venant y Aire sur la Lys (Falkner, 2014, p. 28). “Plano de la villa y ciudadela de Arras y del bombardeo llevado a cabo por las tropas de los aliados bajo las órdenes de Mylord Albemarle el 2 y 3 de marzo [de] 1712 para quemar las reservas de los franceses” es el título traducido del último mapa que será objeto de estudio en esta investigación. Está datado en torno a 1712, siempre posterior al 3 de marzo, fecha en la que se desarrollaron los acontecimientos que el mapa refleja. La edición corresponde nuevamente a Anna Beek, poniendo de manifiesto lo prolífico que fue el taller de esta perseverante emprendedora a inicios del siglo XVIII. Antes de abordar en profundidad el documento cartográfico, continuando el esquema que se ha venido utilizando en los mapas anteriores, se procederá a explicar el suceso representado en la plancha que, al igual que la anterior, lleva la firma de Peter Van Call.



Fig.10.: *Plan de la Ville et Cittadelle d'Arras et du Bombardement fait par les troupes des Alliez sous le comandement de Mylord Albemarle le 2 et 3 de Mars 1712 pour bruler les magasins des François.* Anna Beek & Peter Van Call. ca.1712. Biblioteca Nacional de Portugal (Lisboa). Cota cc-1116-a.

En este documento se ha hecho ya referencia a la figura de *Mylord* Albemarle, también conocido como Arnold Van Keppel. Su nombre aparecía en relación con el mapa en el que se mostraba la villa de Denain, cuyos alrededores fueron testigos de su abrumadora derrota en calidad de general de los ejércitos de las Provincias Unidas y Austria frente al ejército francés comandado por el Duque de Villars, en la que, además, cayó prisionero.

Esto sucedió el 24 de julio de 1712. Una vez liberado, pasó los últimos años de su vida en su tierra natal, La Haya, donde le encontró la muerte el 30 de mayo de 1718 (Heneague Jesse, 1843, pp. 240-241). Pero antes de estos funestos acontecimientos el Conde de Albemarle conoció también el éxito y la fortuna en el campo de batalla, estando presente en las batallas de Ramillies (1706) y Oudenaarde (1708), así como liderando el célebre sitio de Aire en 1710 y la segunda línea de los ejércitos de Marlborough en 1711.

Algo menos conocida que las citadas maniobras comandadas por Albemarle es la que representa el mapa que se analiza a continuación, aunque no por ello menos interesante. Se encuentra relatada en *Les Sièges d'Arras: histoire des expéditions militaires dont cette ville et son territoire ont été le théâtre* (D' Géricourt, 1844, pp. 305-310):

El 1 de marzo de 1712 el Conde de Albemarle decidió lanzar un ataque sobre Arras. Salió de Douai a la cabeza de la guarnición y dos mil peones, abastecidos por el ejército aliado acampado en las orillas del Scarpa. Avanzó por Vitry y Fampoux, donde gestionó la incorporación a su ejército de algunos destacamentos de las guarniciones de Tournai, Lille y Bethune, y continuó su camino hacia la corte de Court-au-Bais, cerca del pueblo de Tilloy. Tan pronto como llegó, Albemarle alineó su ejército, conformado por unos veinticinco mil hombres, para la batalla; presionó el flanco izquierdo contra el Crinchon de la elevación de Agny, mientras que en el flanco derecho hizo lo propio contra la Court-au-Bois, y dio la orden de dibujar un perímetro para protegerse de los ataques de la plaza. Estas ordenes fueron cumplidas sin mayor dificultad, gracias a una espesa niebla que ocultaba los proyectos de los enemigos a los habitantes de Arras, que no serían conocidos hasta las siete de la mañana. Tan pronto como supo de la llegada de las tropas aliadas, Pierre de Montesquiou d'Artagnan, que ostentaba entonces el gobierno de Arras, retiró las guarniciones del pueblo y la ciudadela y separó algunos de ellos, situando el glacis entre la fortaleza y la Puerta de Ronville. Luego, a las ocho de la mañana, envió algunas tropas de élite para reconocer la posición del enemigo. Aquellos a quienes se había confiado esta tarea se internaron en el extrarradio³²⁴ de Ronville, donde los aliados habían apostado trescientos hombres, y se enfrentaron a ellos en una escaramuza nada desdeñable. Perdieron un coronel, varios oficiales y una gran cantidad de soldados, pero expulsaron al enemigo de la posición que habían ocupado. De vuelta en la ciudad dijeron, y tanto los espías como los desertores confirmaron su historia, que las tropas aliadas se encontraban en el extrarradio de Ronville. Entre el extrarradio de dicha ciudad y el camino a Buequoi los aliados contaban con dos baterías, una de cañones y la otra de morteros, y ambas fueron dirigidas contra la parte de la muralla que se extiende entre la ciudadela y la Puerta de Ronville; también se sabía que tenían carros cargados con bolas, bombas y otros materiales. Tan pronto como D'Artagnan tuvo esta información, ordenó un fuego feroz contra el enemigo, tando desde la ciudad como desde la ciudadela. En ese momento había en Arras una gran cantidad de heno que D'Artagnan había recogido y que debía servir al ejército francés [...]. Los aliados, bien con el objetivo de echar a perder estos

³²⁴ Traducción libre del autor. La palabra *fausbourg* también contempla *suburbio* entre sus acepciones, habiéndose considerado más precisa para este texto la de *extrarradio*.

suministros, o bien con el de asustar a los habitantes para obligarlos a capitular, concentraron su fuego sobre la *esplanade*. Inmediatamente, D'Artagnan dio órdenes a todos los comerciantes y obreros que estaban en el lugar para que se reunieran y, bajo la amenaza de castigos corporales, transportaran el heno a un lugar seguro y para que extinguieran el fuego en caso de que prendiese la ciudad. Los ciudadanos respondieron con presteza. Además, un numeroso destacamento salió por la puerta de Ronville y fue a quemar el extrarradio de la población, así como el pueblo de Achicourt, por temor a que los enemigos pudieran apostarse allí de nuevo. Se proclamó entonces que cada ciudadano debía dejar encendida su casa durante la noche y colocar en sus puertas cubas llenas de agua para extinguir el fuego en caso de que fuese necesario. El gobernador, de hecho, aunque los espías y desertores le habían dicho que el enemigo solo quería destruir sus suministros de heno, se mantuvo firme en pensar que Arras iba a ser bombardeado. Efectivamente, a las cinco de la tarde, las tropas aliadas comenzaron un fuego más intenso y lo dirigieron principalmente hacia la explanada; se quemó un cuarto del heno, a pesar de todos los cuidados de los habitantes; varias *bolas rojas* y otros elementos cayeron sobre la ciudad, pero no causaron grandes daños [...]. A la mañana siguiente, [día] 3 de marzo, el enemigo se retiró; pensaron que habían quemado las provisiones de heno. Llevaron consigo varios carros llenos de sus heridos y enterraron a sus muertos cerca del lugar donde habían colocado sus baterías. Dejaron una gran cantidad de bombas, algunas de las cuales estaban cargadas. Previendo que la guarnición de Arras se internaría en sus atrincheramientos tan pronto como supieran que se estaban marchando, decidieron prenderlos fuego por medio de un rastro de pólvora. Además, aseguraron su retirada e impidieron a los franceses ensañarse con su retaguardia³²⁵.

La profusión en detalles del texto de Achmet D'Gericourt permitirá situar con total precisión sobre el grabado de Van Call los avatares que se sucedieron en torno a Arras entre los días 1 y 3 de marzo de 1712. Pero antes de iniciar la inmersión en las líneas de tinta de la impresión de Anna Beek es imprescindible apuntar algunos aspectos sobre el desarrollo de la contienda.

En primer lugar, no se puede omitir un breve apunte biográfico de Pierre de Montesquiou D'Artagnan, gobernador de Arras y responsable de la defensa frente al ejército aliado durante este episodio, pero destacado por muchos otros méritos militares tanto en la propia Guerra de Sucesión Española como en otras contiendas. Mariscal de Francia, Pierre de Montesquiou nació en 1640 e ingresó pronto en la primera compañía de mosqueteros. Sus dotes militares fueron puestas de manifiesto en los asedios de Tournai, Lille y Besançon (1666 y 1667 respectivamente). Tal reconocimiento le impulsó a la guardia, desde donde continuó su ascenso hasta mayor de infantería, brigadier de los ejércitos de Francia, mariscal de campo y teniente general. Su desempeño al frente del ala derecha del ejército en la batalla de Malplaquet (1707) fue el que le concede el rango de mariscal. En 1716 fue nombrado comandante en Bretaña y en 1720 miembro del consejo de regencia. Falleció el 12 de agosto de 1725, en Plessis-Picquet (*Biographie Universelle, Ou, Dictionnaire Historique*, 1841, p. 255). Además, a título algo más anecdótico, señalar

³²⁵ Traducción libre del autor. Para una lectura del texto original véase la referencia indicada.

que fue primo del célebre Charles de Batz de Castelmore, individuo en el que se basó Alexandre Dumas para crear a su D'Artagnan de la archiconocida obra *Los Tres Mosqueteros*.

En segundo lugar, apuntar que fue una *falsa victoria* de los aliados, ya que ellos se marcharon convencidos de haber reducido a cenizas todas las reservas de heno de Arras, cuando, en realidad, la estrategia de Pierre de Montesquiou D'Artagnan consiguió que tan solo se perdiera una cuarta parte del mismo. Esto se traduce en que los vencedores fueron los asediados y no los sitiadores.

Desplazando nuevamente la atención sobre el mapa, puede observarse una cartela en la esquina superior izquierda que, además de contener los citados datos sobre la impresora y el autor de la plancha, incluye el título del documento y la leyenda que identifica lo que en el se contiene (al igual que en los mapas previamente comentados). Se procederá a continuación a traducir la leyenda de la cartela, para después ponerla en relación con la imagen y con el relato de la contienda:

- A. Reservas de heno (Fig.11)
- B. La ciudadela (Fig.11).
- C. Nuevas obras iniciadas que no se terminan (Fig.11).
- D. Batería de 4 piezas de doce. 4 morteros reales. 4 grandes morteros & 4 Haubitze (Fig.12)
- E. Trincheras para dar soporte a las baterías (Fig.12)
- F. Destacamentos apostados en el extrarradio [de Ronville] (Fig.12).
- G. Pelotones de granaderos para apoyar a los que estaban apostados en el extrarradio [de Ronville] (Fig.12).
- H. Cantera de donde sacamos piedras blancas, donde nos apostamos el 2 y 3 de marzo de 1712 (Fig.12).



Fig.11.: Plan de la Ville et Cittadelle d'Arras.... Detalle 1.

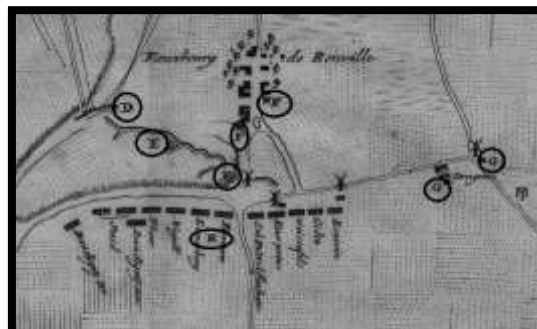


Fig.12.: Plan de la Ville et Cittadelle d'Arras... Detalle 2.

Lo primero que llama la atención sobre el mapa es la espectacular precisión y detalle del mismo, especialmente la lograda en la representación de la villa de Arras y su ciudadela. La letra A. corresponde con las reservas de heno que Pierre de Montesquiou D'Artagnan quería proteger; desde la letra D., las baterías de morteros y cañones del ejército aliado abren fuego sobre el citado heno, representado a través de seis líneas que conectan ambos puntos. Desde una de las esquinas de la ciudadela (B.) pueden apreciarse dos líneas que representan el fuego defensivo ordenado por D'Artagnan. Las letras comprendidas entre la E. y la H. hacen referencia a la organización del ejército aliado en torno a Ronville. En el dibujo pueden apreciarse algunos destacamentos de poco volumen representados como pequeños rectángulos, acompañados por un nombre que probablemente corresponda al mando militar responsable de cada uno de ellos. Tras estas tropas aparecen las líneas de caballería, infantería y artillería, representadas mediante rectángulos más alargados y siguiendo un código cromático: fondo negro y liso para la infantería; fondo blanco y punteado para la caballería y fondo blanco para la artillería. Los pelotones de granaderos (G.) se simbolizan mediante cuatro pequeños polígonos (tres formando un bloque y uno exento) acompañados de la palabra *dragons*. Finalmente, destacar la letra C., nuevamente en el perímetro fortificado de Arras, que corresponde con la zona en la que se focalizó el fuego del ejército aliado. Esta letra haría referencia a las obras que Montesquiou D'Artagnan ordenó para reforzar esa zona.

La selección de este mapa como colofón para esta investigación no fue aleatoria. La pequeña representación de la batalla en la esquina inferior izquierda del mismo (Fig.13), fue determinante para otorgarle este lugar de privilegio. En la misma pueden observarse varios elementos comunes al dibujo y el relato, como son los morteros abriendo fuego sobre la villa de Arras o la disposición de las tropas del ejército aliado. Ciertamente, estos mapas destacan por su grado de perfección geométrica y científica a la hora de representar un elevado número de pormenores de acontecimientos tan complejos como el asedio de Arras. Pero la cartografía, aún con la precisión y exactitud a la hora de representar determinados escenarios o zonas geográficas como objetivo prioritario, siempre podrá incluir ese elemento de belleza artística y creativa que la ha acompañado desde sus albores, y que la convierte en una ciencia única, tan exacta, como imaginaria.



Fig.13.: *Plan de la Ville et Cittadelle d'Arras...* Detalle 3.

Bibliografía

- BIBLIOTECA NACIONAL DE PORTUGAL: *Plan de Bouchain et de ses environs assiegée par l'armée des allies le 19 Aoust 1711, [Amesterdão], avec Privil., [ca 1711]* - Biblioteca Nacional Digital: recuperado 30 de junio de 2018, de <http://purl.pt/1892>
- Biographie Universelle*. (1841) (Vol. IV): Paris, Furne et Cie.
- BUISSERET, D. (2003): *La Revolución Cartográfica en Europa, 1400-1800*, Barcelona, Paidós.
- D' GÉRICOURT, A. (1844): *Les Sièges d'Arras: histoire des expéditions militaires dont cette ville et son territoire ont été le théâtre*, Arras, Imprimerie de Jean George.
- DIGITAAL VROUWEN LEXICON VAN NEDERLAND [ING Project], (18/01/18): recuperado 10 de abril de 2018, de <http://resources.huuygens.knaw.nl/vrouwenlexicon/lemmata/data/Westerstee>
- FALKNER, J. (2014): *Marlborough's War Machine 1702-1711*, South Yorkshire, Pen and Sword.
- Francisco Adolfo de Varnhagen: recuperado 29 de junio de 2018, de <http://www.academia.org.br/academicos/francisco-adolfo-de-varnhagen/biografia>
- GARCÍA, J. C., y CATTANEO, A. (2006): *O 2.º Visconde de Santarém e a História da Cartografia*. Lisboa, Ministério da Cultura.
- HALE, J. (2007): «Warfare and Cartography, ca. 1450 to ca. 1640», en *The History of Renaissance Cartography: Interpretive Essays*, vol. III, pp. 719-737, Chicago, University of Chicago Press.
- HARLEY, J. B. (2005): *La Nueva Naturaleza de los Mapas*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- HENEAGUE JESSE, J. (1843): *Memoirs of the court of England* (Vol. I), Londres, S. & J. Bentley, Wilson and Fley.
- HODGES, J. (Ed.). (1741): *The History of John Duke of Marlborough*, Londres, Looking-Glass.
- HOONAARD, W. C. van den. (2013): *Map Worlds: A History of Women in Cartography*, Ontario, Wilfrid Laurier Univ. Press.
- KONSTAM, A. (2011): *Marlborough*, New Delhi, Bloomsbury Publishing.

- LAVALLÉE, T., & LACROIX, P. (1859): *Historia de los franceses desde la época de los galos hasta nuestros días*, Madrid, Librería San Martín.
- RODRÍGUEZ TORRES, A. (Ed.). (2014): *Mapas Antiguos de España de los siglos XV al XIX*, Valladolid, Cargraf Editorial.
- SANZ AYÁN, C. (1997): *La Guerra de Sucesión Española*, Madrid, Akal.
- SECO, A. G. (2015): *El Reino de Portugal del Atlas Geográfico de España de 1804: Análisis mediante SIG*, Almería, Universidad Almería.
- THROWER, N. J. W. (1999): *Maps & Civilization: Cartography in Culture and Society*, Chicago, University of Chicago Press.
- THROWER, N. J. W. (2002): *Mapas y Civilización*, Barcelona, Ediciones del Serbal.

ENTRE EL PROVECHO Y EL OLVIDO. LOS VOLUNTARIOS ESPAÑOLES EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL BETWEEN PROFIT AND FORGET. THE SPANISH VOLUNTEERS IN THE FIRST WORLD WAR

Alejandro Acosta López

Universidad de Barcelona

Resumen: Este trabajo pretende desarrollar brevemente, a partir de la investigación doctoral del autor en curso, los principales puntos en relación a la participación de españoles como voluntarios en la Légion Étrangère del ejército francés durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Igualmente, sin avanzar resultados prematuramente, se señalarán cuáles son algunas de las cuestiones, como el número de voluntarios españoles, que hasta ahora no han encontrado una respuesta definitiva y que la tesis doctoral del autor pretende esclarecer en base a nuevas fuentes oficiales hasta ahora inéditas. Además, las plataformas de asistencia a los combatientes serán objeto de especial atención debido a la utilización política que hicieron de la participación armada de voluntarios en la guerra, lo cual está detrás de algunas ideas que la tesis doctoral debe superar definitivamente.

Palabras Clave: Legión Extranjera Francesa; voluntarios; aliadofilia; nacionalismo; Primera Guerra Mundial.

Abstract: This work aims to briefly develop, from the current doctoral research of the author, the main points in relation to the participation of Spaniards as volunteers in the Légion Étrangère of the French army during the First World War (1914-1918). Likewise, without advancing results prematurely, it will be pointed out which are the issues, such as the number of Spanish volunteers, that until now have not found a definitive answer and that the author's doctoral thesis aims to clarify based on new official sources hitherto unprecedented. In addition, the assistance platforms for combatants will receive a special attention due to the political use they made of the armed participation of volunteers in the war, which is behind some ideas that the doctoral dissertation should definitely get over.

Keywords: French Foreign Legion; volunteers; ally-philial; nationalism; First World War.

La neutralidad de España en la Primera Guerra Mundial

En el verano de 1914, las tensiones que habían caracterizado la vida internacional en los años previos condujeron al abrupto final de una larga etapa de paz y desigual prosperidad en la Europa de la *Belle Époque*. El Ejecutivo español, presidido por el coruñés Eduardo Dato Iradier, presidente del Partido Conservador, optó inmediatamente

por mantener a España neutral en el conflicto, tal y como apareció en la *Gaceta de Madrid* del 30 de julio de 1914. Apenas una semana después, el 7 de julio, apareció un nuevo decreto que reiteraba y reforzaba la neutralidad del país ante la generalización del conflicto que se había producido en los días previos, días en los que Luxemburgo y Bélgica también habían sido ocupadas por las tropas alemanas en seguimiento del Plan Schlieffen (Bucholz, 1993). El nuevo decreto gubernamental también advertía que “serán igualmente castigados, conforme al artículo 159 del Código Penal, los Agentes nacionales o extranjeros que promovieren en territorio español el reclutamiento de soldados para cualesquiera de los Ejércitos o escuadras beligerantes” (*Gaceta de Madrid*, núm. 219, 7 de agosto de 1914, p. 306). Con estos decretos, cualquier espejismo de participación española en el conflicto era contundentemente negado.

La decisión fue tomada sin aparentemente disensiones o reparos por parte de los miembros del Consejo de Ministros. Ni siquiera el ministro de Estado, Salvador Bermúdez de Castro O’Lawlor, quien tenía antecedentes familiares irlandeses y quien hablaba con perfecta fluidez el inglés y el francés, además del italiano y el latín, y que podría haber influenciado desde su posición de encargado de Asuntos Exteriores, puso alguna objeción a la decisión gubernamental. De hecho, Bermúdez de Castro, hombre de gran discreción, y aunque bien relacionado con círculos ingleses, apoyó cerradamente la decisión adoptada por el Consejo de Ministros y se convirtió en uno de los apoyos principales de Eduardo Dato en la cuestión de la neutralidad. En rigor, la evaluación de la situación del país elevaba cualquier otra opción a la naturaleza de temeridad. Y es que la delicada situación económica de España, donde no se había generalizado una industria moderna más allá de algunos focos de industrialización como Cataluña, y el clima de tensión social arrastrado desde 1909 con la crisis en Barcelona, aconsejaban la neutralidad en el conflicto. Además, España no tenía intereses directos en el conflicto europeo ni mantenía disputas suficientemente intensas con ninguna de las potencias beligerantes; por otra parte, la principal preocupación geoestratégica de España seguía siendo acometer con éxito la pacificación del Marruecos español, zona en la que las cabilas rifeñas habían conseguido mantener viva una gran tensión. La acumulación de desastres militares, como la operación en el Barranco del Lobo en 1909, y el deficiente estado de financiación, preparación y equipamiento del Ejército, que contaba con un desproporcionado número de oficiales (en 1910, 16.000 oficiales para una tropa de solamente unos 80.000 hombres), también hacían inviable una participación militar de España en la contienda. Aún más,

existía un grave descrédito político que estaba empezando a erosionar los cimientos del régimen político edificado por Antonio Cánovas del Castillo cuarenta años atrás: la irrupción de las masas obreras en la escena política en medio de un proceso de creciente ideologización, la multiplicación de las alternativas políticas a los partidos dinásticos, como el Partido Reformista de Melquíades Álvarez o el PSOE, y las divisiones internas en el seno de los dos partidos, Conservador y Liberal, que se habían alternado tradicionalmente en el poder, eran un elemento de dificultad añadida (Romero, 2002, p. 7). Por todo ello, la neutralidad oficial en el conflicto aparecía en el verano de 1914 como la opción más consecuente con la realidad del país.

En un primer momento, en el grueso de la opinión pública y en el seno de la élite política dirigente no se alzó apenas ninguna voz crítica con la posición adoptada por el Ejecutivo de Dato, con la excepción del republicano Alejandro Lerroux y el carlismo germanófilo agrupado en torno a la figura de Juan Vázquez de Mella, pero la batalla del Marne en septiembre de 1914, que supuso el bloqueo del Plan Schlieffen y el inicio de la guerra de trincheras o de posiciones, además del anuncio que la guerra no sería breve tal y como se había creído, estimuló una toma de conciencia más amplia por parte de amplios sectores y el comienzo de la división ideológica entre los aliadófilos, partidarios de la victoria de los países de la Triple Entente, y los germanófilos, partidarios por su parte de la de los Imperios Centrales (Díaz-Plaja, 1973; Meaker, 1988). Si bien la intelectualidad española fue el corazón de la polémica y la principal generadora de discurso (Fuentes Codera, 2014), sería necesario interrogarse por la permeabilización de esa controversia en la sociedad. Un estudio sobre la presencia de voluntarios españoles en los campos de batalla extranjeros durante la Primera Guerra Mundial y un análisis lo más riguroso que permita la documentación existente sobre la realidad de ese voluntariado armado, podría ayudar tal vez a sopesar mejor el impacto de la Gran Guerra sobre la ciudadanía española y si esta guerra actuó como un elemento de movilización o, al menos, de sensibilización ideológica activa.

Los combatientes en la Legión Extranjera Francesa

Los esfuerzos gubernamentales para mantener a la sociedad española al margen del conflicto resultaron baldíos, puesto que como han demostrado numerosos estudios, las redes de espionaje, contrabando y propaganda extranjera en España fueron muy activas (Aubert, 2014; García, 2014). Igualmente, el elevado número de ataques a barcos

mercantes españoles por parte de los submarinos alemanes en el Océano Atlántico y el Mediterráneo también contribuyeron a mermar la posición y la credibilidad de los diferentes gobiernos por parte de los sectores de opinión proclives a la Entente. Del mismo modo, el marco legal represivo que pretendía desincentivar cualquier actuación en beneficio de las potencias extranjeras tampoco evitó la integración de un contingente español importante en las filas de los ejércitos beligerantes, y particularmente en la Legión Extranjera Francesa. La Légion Étrangère era una unidad del ejército francés creada en 1831 por decisión del rey Luis Felipe I y que cogía el relevo del Regimiento Hohenlohe. Con la excepción de la oficialidad, se componía exclusivamente de extranjeros, y a lo largo del siglo XIX se había destacado en campañas como la Primera Guerra Carlista en España en apoyo del bando isabelino, la guerra de Crimea, la campaña en México de 1861-1867, la guerra franco-prusiana (1870-71) o diversas campañas coloniales en África (Blond, 1965). Mientras que para servir en el ejército regular francés era necesario disponer de la nacionalidad francesa, la Légion Étrangère era la única oportunidad de servir en el ejército francés para aquellos ciudadanos de nacionalidad extranjera que así lo desearan. A partir de agosto de 1914, miles de ciudadanos de prácticamente todo el mundo, representantes de unas cincuenta nacionalidades, empezaron a presentarse en las oficinas de enganche que se habilitaron por toda Francia para firmar su contrato de adhesión a la Legión Extranjera. Entre 1914 y 1918 la Legión contó con unos 35.000 hombres. En enero de 1915, la prensa francesa ofreció unas cifras sobre el número de soldados por nacionalidades de origen en los primeros meses de la guerra: se dijo que había 4.913 legionarios de origen italiano, 3.393 rusos, 1.467 suizos, 1.462 belgas, 1.369 austríacos, 1.072 alemanes, 592 turcos, 541 luxemburgueses, 379 británicos, 300 griegos, 200 americanos y una cifra de 11.854 hombres de otras nacionalidades (Poinsot, 1915, p. 77). Sobre la cuestión de las cifras de la participación española se incidirá más adelante.

Al presentarse en los centros de reclutamiento, los voluntarios extranjeros pasaban un reconocimiento médico, eran entrevistados y formalizaban la documentación que les hacía pasar a convertirse en soldados de la Legión Extranjera Francesa. Normalmente, y aún hoy, el legionario pasaba a firmar un documento por el que se comprometía a servir en esa unidad por un período de 5 años; sin embargo, con la idea de atraer a un mayor número de voluntarios para el esfuerzo de una guerra de gran magnitud, se habilitó excepcionalmente la fórmula del alistamiento *pour la durée de la guerre*, por la que el

voluntario se vinculaba a la Legión Extranjera única y exclusivamente por el tiempo que durase la contienda, fuera cual fuera. Esta fórmula sólo se había aplicado durante la guerra franco-prusiana y había tenido un notable éxito, y parece haber sido la modalidad de alistamiento preferente entre los voluntarios extranjeros de la Gran Guerra.

Una vez tomados sus datos personales y firmados los diferentes documentos de inscripción, los voluntarios recibían instrucción militar en algunos de los nueve cuarteles o *dépôts* que se fijaron para tal fin en las ciudades de París, Lyon, Toulouse, Avignon, Bayonne, Montélimar, Nîmes, Orléans y Blois. Los hombres fueron repartidos en 4 Regimientos de Marcha; la mayoría de españoles fueron repartidos indistintamente en el Primer y el Segundo Regimiento Extranjero, mientras que el Cuarto Regimiento Extranjero estuvo formado únicamente por voluntarios de origen italiano, al frente de los cuales estuvo en calidad de comandante un nieto de Giuseppe Garibaldi, conocido como Peppino Garibaldi para diferenciarlo de su abuelo. La integración del Reino de Italia en la Gran Guerra en mayo de 1915 provocó que aquellos voluntarios italianos pudieran combatir en sus propios ejércitos nacionales, y ello obligó a una remodelación de la estructura de la Legión Extranjera que se concretó en la fusión de los diferentes regimientos en el Regimiento de Marcha de la Legión Extranjera (RMLE) el 11 de noviembre de 1915. Como era tradición en la Legión Extranjera desde la década de 1830, y con la excepción del regimiento formado por italianos que también se conoció como Legión Garibaldina, todos los hombres fueron mezclados indistintamente de su nacionalidad y empleaban el francés como lengua vehicular de comunicación; de esa manera, los voluntarios españoles formaron parte de un grupo humano multicultural y compartieron la instrucción y posteriormente las trincheras al lado de hombres de muy diversas nacionalidades, con los que es presumible que mantuvieron contactos cordiales usualmente, si bien las cartas de combatientes españoles conservadas apenas mencionan la interacción con soldados de otras nacionalidades.

Los legionarios entraron en combate, tras unos meses de instrucción, a partir de octubre de 1914. A partir de ese momento, actuarían en numerosas batallas, en las que participaron igualmente soldados de origen español. Entre esas batallas se contaron Verdún, Amiens, Argonne, Saint-Baudry, Arras, Soissons, Champagne, la batalla del Somme y la batalla del Chemin des Dames. Más allá del frente occidental, la Légion Étrangère también actuó en el área de los Balcanes y los Dardanelos en el marco de la batalla de Gallípoli. La propia Legión Extranjera registró la muerte de 3.628 de sus

legionarios en suelo metropolitano francés entre 1914 y 1918, a los que habría que añadir 349 suboficiales y 139 oficiales. El número de heridos nos es desconocido. Respecto a las bajas de soldados españoles, sólo contamos con un listado de caídos del Primer Regimiento anotado en el *Livre d'or des legionnaires morts pour la France au cours de la Grande Guerre*, que se conserva en el Centro de Documentación del Quartier Viénot de Aubagne, actual centro del Primer Regimiento Extranjero y de la Comandancia de la Legión. La cifra exacta de españoles aparecida en ese listado será revelada próximamente con la publicación de los resultados de la investigación doctoral en curso de la que se nutre el presente trabajo.

Respecto al uniforme y al armamento, a los hombres de la Legión Extranjera se les dotó de diferentes modelos de uniforme, pero el más emblemático de ellos fue un modelo nuevo que los legionarios que actuaron en el frente occidental tuvieron que llevar desde la primera quincena del mes de junio de 1915 y que se había empezado a distribuir y a generalizar en la primavera de 1915. Ese uniforme, de color azul, combinaba tres tipos de lana y para la obtención de su color se aplicaron tintes químicos procedentes sobre todo del Reino Unido, de España y de los Estados Unidos. El uniforme consistía en un capote y una guerrera diseñada por el costurero Paul Poiret, además de un pantalón tipo *culotte* y unas bandas a modo de calcetines del mismo tejido y color. El equipo de los legionarios comprendía igualmente unas cartucheras de cuero sobre el cinturón; a mano izquierda, los combatientes llevaban un estuche dentro del cual había una máscara de gas y, a mano derecha, un modelo de cantimplora forrada con tela azul introducida en 1872. A partir de septiembre de 1915, en la víspera de la segunda batalla de Champagne, se introdujo en la Légion Étrangère el modelo de casco de hierro *Adrian*, que se convirtió en uno de los iconos del ejército francés durante la Gran Guerra. Respecto al armamento, las principales armas utilizadas por los voluntarios en la Legión Extranjera Francesa durante la Primera Guerra Mundial fueron la pistola automática Luger P08, el revólver modelo 1892 conocido a veces como Lebel, y sobre todo el fusil de repetición manual Berthier 07-15 M16 y el Lebel 1886 M93. Ambos fusiles medían 130 cm de longitud y con la incorporación de bayoneta alcanzaban los 189 cm, tenían un cañón de 800 mm y pesaban 3'80 y 4'22 kg respectivamente. Con todo, estos fusiles quedaron eclipsados por el Mauser Gewehr 98 generalizado entre la infantería alemana, dado que pese a la precisión del Lebel 1886, el Mauser era más avanzado. El Lebel 1886 M93 fue el fusil más generalizado entre la infantería de todo el ejército francés, y se puede considerar que el

armamento y las condiciones de combate de los legionarios voluntarios no difirieron en gran medida de las del ejército regular francés.

Las plataformas de publicidad y ayuda a los voluntarios españoles

A diferencia de Francia, en España no se detectó un grado de interés demasiado alto por la participación española en la Gran Guerra. En cualquier caso, la primera y única organización que se constituyó como plataforma de promoción y atención específicamente a los soldados españoles, el Patronato de Voluntarios Españoles, lo hizo tardíamente, en 1918. Con anterioridad, se habían formado dos plataformas que, en un caso, no se ceñía a los voluntarios de origen español exclusivamente ni respondía a ningún interés particular por los voluntarios españoles, y que en el otro se circunscribió solamente a los voluntarios procedentes de Cataluña y que seguía una estrategia ideológica muy concreta.

La Oficina Pro-Cautivos

La primera iniciativa que afectó a algunos voluntarios de origen español surgió de la propia monarquía española. Ante la guerra en Europa, la Familia Real de España parecía estar profundamente dividida. La madre del rey, María Cristina de Habsburgo, era austríaca, mientras que la propia esposa del monarca, Victoria Eugenia de Battenberg, era inglesa y prefería que España se acercara a las potencias de la Entente. El propio rey, Alfonso XIII, trató de mantener los equilibrios y apoyó la neutralidad de España, aunque sus inclinaciones íntimas son inciertas y seguramente cambiantes. Algunos autores le han atribuido una clara vocación germanófila y autoritaria, mientras que autores como Eugeni Cortade recogieron frases atribuidas al propio monarca como “en España, sólo la canalla y yo somos francófilos” (Cortade, 1969, p. 7). Pese a estas incertezas, no cabe duda que el gran objetivo de la monarquía alfonsina en relación a la Gran Guerra fue lograr que España jugara el papel de mediador y árbitro durante las conversaciones de paz, a fin de poder hacer valer reclamaciones territoriales como Tánger, Gibraltar o la unión de Portugal mediante alguna suerte de unión federativa (Romero Salvadó, 2002, p. 15). Este objetivo, que pretendía hacer de la impotencia militar y económica de España una oportunidad, pasaba necesariamente por un mantenimiento de la neutralidad oficial y por el cultivo de buenas relaciones del monarca con los embajadores y representantes de ambos bloques en liza. Con esos propósitos ambicionados, la recepción de una sencilla

carta al Palacio Real de Madrid abriría la oportunidad para que la monarquía impulsara la organización de una plataforma que desarrollaba esa estrategia. Esa carta fue enviada en otoño de 1914 a Alfonso XIII y estaba escrita por una humilde lavandera francesa de la Gironde que reclamaba al rey español que hiciera todo lo posible y movilizara a los embajadores españoles para descubrir el paradero de su marido, que había desaparecido entre los días 21 y 22 de agosto de 1914 en la batalla de Charleroi. Los motivos por los que esa mujer decidió dirigirse por carta al rey de España nos son desconocidos, pero su epístola conmovió a Alfonso XIII, que logró que a través de la diplomacia se lograra conocer que ese soldado francés permanecía en un centro de prisioneros en Alemania y que no se le había permitido escribir a su mujer ni a nadie en Francia. La noticia del hallazgo favorecido por la actuación del rey de España apareció en el diario departamental *La Petite Gironde* en 1915 y otros diarios franceses de tirada nacional, y la noticia se difundió rápidamente entre la población civil de la retaguardia francesa. Pronto empezó a llegar a la Secretaría del Palacio Real un alud de misivas, buena parte de ellas procedentes de Francia o Bélgica y escritas por mujeres casadas con combatientes o por los padres de éstos, suplicando la actuación de los mecanismos al servicio de la monarquía para descubrir el paradero o la suerte de sus seres queridos (Cortés-Cavanillas, 1976, pp. 59-60). Ante la torrencial llegada de cartas angustiosas, Alfonso XIII encontró la oportunidad de impulsar una plataforma de ayuda humanitaria que le dotaría de prestigio internacional y le permitiría tener esperanzas de actuar como mediador entre los dos bandos en liza durante las negociaciones de paz venideras. Esa plataforma sería la conocida como Oficina Pro-Cautivos.

En un primer momento, el jefe de la Secretaría Real, Emilio María de Torres y González Arnao, junto a tres diplomáticos auxiliares, colaboró activamente con el propio Alfonso XIII para intentar dar respuesta a las numerosas cartas solicitantes de ayuda y compasión. No obstante, pronto se demostró que el ingente volumen de epístolas no podía ser atendido solamente por cinco personas, y hubo que delegar y especificar funciones, así como establecer nuevos locales más allá de la Secretaría particular del monarca en el Real Palacio de Oriente. Se llegaron a escoger 40 funcionarios para atender el volumen de cartas procedentes de numerosos países europeos. Todo ese personal, junto al propio monarca, se encargó de reunir información sobre el destino y paradero de prisioneros, de enviar paquetes con dinero y enseres a los prisioneros, gestionar la repatriación de civiles, informar a los familiares y amigos de los soldados y prisioneros que no pudieran

conocerlo por otra vía sobre la suerte de sus seres queridos, conseguir indultos extraordinarios para los prisioneros de guerra o mover los hilos de la diplomacia para conseguir rebajar los castigos o salvar la vida a procesados.

Sin duda, el despliegue de esfuerzos de toda índole fue ingente, como demuestran algunas cifras documentales globales: la Oficina Pro Cautivos tramitó hasta su clausura en febrero de 1921 medio centenar de peticiones de indulto de pena capital; más de 5.000 peticiones de repatriación de heridos graves, 25.000 informaciones a familias residentes en territorios ocupados, y más de 250.000 investigaciones relativas a prisioneros o desaparecidos de numerosas nacionalidades. De esas 250.000 investigaciones, unas 150.000 eran relativas a combatientes de diferentes nacionalidades y bandos. Los expedientes de las investigaciones en torno a estos combatientes, conservados en el Archivo General de Palacio (Madrid), revelan datos de interés en relación a los soldados españoles puesto que, pese a que no existió ningún apartado o subsección dedicada a fomentar investigaciones o dar ayuda a los combatientes de origen español específicamente, se pueden encontrar centenares de expedientes relativos a españoles entre los de soldados del ejército francés atendidos por la Oficina Pro-Cautivos. En algunos casos, una pequeña cinta de tela grapada en la parte superior de las fichas de cada combatiente, con los colores de la bandera nacional española, ayuda a identificar a soldados de origen español, si bien no todos tienen este elemento identificativo; por otra parte, la mayor parte de los soldados de origen español ayudados por la Oficina Pro-Cautivos, según se desprende de la documentación conservada en el Archivo General de Palacio, estaban integrados en las filas del ejército regular francés, por lo que es de suponer que eran personas con doble nacionalidad o, en cualquier caso, que fueron llamados forzosamente a filas al contar con la nacionalidad francesa. Estos hombres no pueden ser englobados en la categoría de voluntarios, puesto que su alistamiento no respondió a motivaciones propias sino a una movilización forzosa por vía legal, pero entre la documentación de la Oficina Pro-Cautivos sí se hallan los expedientes de algunos soldados españoles alistados en la Légion Étrangère. Uno de esos ejemplos fue el del combatiente Ángel Ciruelo Lonzuain, que servía en la 3ª Compañía del Primer Regimiento de la Legión Extranjera Francesa. Muy angustiado, su padre, Manuel Ciruelo, oficial retirado de la Guardia Civil residente en Alsasua, envió una carta dirigida a Emilio María de Torres en la que se decía que su hijo no le había enviado ninguna carta en dos meses a diferencia de cómo era costumbre, y que, al contactar con los mandos militares

franceses, éstos le comunicaron que su hijo constaba como desaparecido desde el 17 de abril de 1917. Temiendo que su hijo hubiera sido hecho prisionero por los alemanes o, peor aún, hubiera muerto en algún combate, el padre suplicaba que se hiciera lo posible para descubrir qué había sido de su hijo. Afortunadamente, el legionario Ciruelo Lonzuain fue hallado con vida y se registró su hallazgo el 4 de agosto del mismo año (Archivo Nacional de Palacio, Fondo Alfonso XIII, Soldados franceses y belgas, exp. 61.156, folios 1 y 2, julio y agosto de 1917). Otros combatientes que fueron objeto de atención por la Oficina Pro-Cautivos fueron los hermanos Cristóbal y Fernando Bernaldo de Quirós, jóvenes de buena familia que con 21 y 20 años se alistaron en la Légion Étrangère (Pando, 2002, pp. 320-322).

De esa manera, la labor humanitaria impulsada por la monarquía española tuvo una cierta repercusión sobre el colectivo del voluntariado armado español, si bien este impacto fue casual y en ningún momento desde la Oficina Pro-Cautivos se predeterminó ninguna línea de actuación concreta sobre los voluntarios españoles. De hecho, los objetivos de esa plataforma eran incompatibles con una preocupación específica por los voluntarios españoles que estaban sirviendo en ejércitos extranjeros, puesto que la Oficina estuvo marcada siempre por la búsqueda de reconocimiento y prestigio internacional. Además, una actuación en beneficio de los voluntarios españoles por parte de la monarquía hubiera situado a esta institución contra la lógica legislativa existente, que penalizaba la participación en la guerra en beneficio de poderes extranjeros. Algunos soldados españoles fueron hallados con vida cuando se les había dado por muertos o fueron liberados de campos de prisioneros alemanes gracias a la actuación de la Oficina Pro-Cautivos y a las negociaciones de la diplomacia española, pero estas actuaciones se gestionaron ordinariamente y se diluyeron entre los miles de actuaciones en beneficio de soldados franceses, alemanes, británicos, serbios, rumanos, portugueses o rusos.

El Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans

Otra organización aparecida en 1916, el Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans (Comité de Hermandad con los Voluntarios Españoles) sí nacería con la lógica de asistir y promocionar a los voluntarios que servían en la Legión Extranjera Francesa, con la particularidad que esa asistencia se concretaba en los voluntarios catalanes. Para comprender mejor la aparición y la lógica del Comitè de Germanor, es *conditio sine qua non* sondear en la recepción de la Gran Guerra en el movimiento nacionalista catalán.

Como ha expuesto en este sentido David Martínez Fiol en muchos de sus trabajos, la Gran Guerra se inició en un momento de recesión de las fuerzas del catalanismo de izquierdas y del nacionalismo más radical (Martínez Fiol, 1988). Partidos como la republicana Unió Federal Nacionalista Republicana (UFNR), la Unió Catalanista y el partido Esquerra Catalanista, liderado por el escritor nacionalista Antoni Rovira i Virgili, no habían conseguido en 1914 consolidar un espacio electoral que escapara de la práctica marginalidad frente a la hegemonía de la Lliga Regionalista; ni siquiera la alianza electoral de los nacionalistas republicanos de la UFNR con los republicanos lerrouxistas del Partido Republicano Radical había conseguido salvar al republicanismo nacionalista de un pésimo resultado en las urnas. Ante esta situación, el estallido de la Gran Guerra dio a estas opciones políticas una oportunidad para recobrar su vigor poniendo énfasis en la primera operación para internacionalizar la causa nacionalista catalana. La mayor parte de la intelectualidad catalana y de la opinión pública en la región se había mostrado claramente a favor de la victoria de los aliados, tanto por los tradicionales e intensos vínculos culturales de Cataluña con Francia, como por haberse asociado a Francia con los valores de democracia y de libertad, así como de defensa de las *nacionalidades oprimidas*. Pronto el nacionalismo catalán más intransigente y el catalanismo de izquierdas pensó que la victoria de la Triple Entente comportaría una reorganización de las fronteras en Europa y que si Cataluña era capaz de demostrar a los países de la Entente la fuerza de las ideas aliadófilas en la región, esos países se verían inclinados a promover en las negociaciones de paz la concesión a Cataluña de una autonomía política en el marco del Estado español o incluso de su propia independencia. Con esa estrategia en mente, la presencia de algunos cientos de voluntarios catalanes en las filas de la Legión Extranjera se demostraba plenamente funcional para bastir una operación que debía culminar con el reconocimiento por parte de las potencias vencedoras del pretendido gran sacrificio de Cataluña en la Gran Guerra, un sacrificio que también debía marcar una clara diferenciación con la hierática posición de la España neutral. Esa operación pasaba necesariamente por magnificar la presencia de soldados catalanes en las trincheras francesas y por dar mucha difusión a la misma, así como por iniciar e incentivar toda serie de actos en honor a esos soldados a los que, independientemente de sus motivaciones reales, los nacionalistas catalanes atribuyeron el papel de voluntariosos defensores de las *libertades* de Cataluña (Martínez Fiol, 1991). Fue a partir de la primavera de 1915 cuando se empezó a materializar y definir esa estrategia de internacionalización, con el comienzo

de actos como colectas y homenajes a voluntarios catalanes. Algunos diarios, particularmente *La Nació*, vinculado al partido Unió Catalanista, empezaron a introducir artículos sobre la presencia de soldados catalanes en la Legión Extranjera Francesa y a ofrecer cifras sin fundamento documental de la participación catalana. Precisamente fue un personaje vinculado a la Unió Catalanista, el médico homeópata Joan Solé Pla (1874-1950), de planteamientos nacionalistas muy radicales, quien impulsó la creación del Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans el domingo 20 de febrero de 1916. El Comitè fue una organización que se encargaba de preparar los llamados *colis*, paquetes que eran enviados a los soldados en el frente y que contenían productos alimentarios, tabaco, botas, calcetines, guantes, mantas, folios de papel en blanco, dinero o publicaciones como ensayos de Historia, diccionarios y gramáticas, novelas o periódicos que, como comprobó Alfonso González Quesada, eran siempre aliadófilos y de tendencia nacionalista y republicana (González Quesada, 2014, pp. 20-22). Además del envío de paquetes de todo tipo (las cuentas del Comitè señalan el envío de 4.200 paquetes sólo de prensa entre febrero de 1916 y febrero de 1919), desde el Comitè de Germanor también se impulsó el conocimiento de la presencia de soldados de Cataluña en las trincheras francesas entre la opinión pública fomentando la aparición de artículos sobre ellos en las páginas de la prensa catalana de signo nacionalista y republicano, y también se incentivó el alistamiento de jóvenes catalanes. El objetivo fundamental de esa difusión propagandística a través de la prensa era dar a conocer la presencia de voluntarios catalanes, numéricamente magnificada, entre los propios catalanes y en las cancillerías de la Entente. Además, el Comitè de Germanor estableció un servicio de madrinazgo de guerra, con mujeres que se carteaban con los soldados catalanes y que habitualmente eran las esposas e hijas de los hombres ligados al propio Comitè y a la Unió Catalanista, como las propias hijas del Dr. Joan Solé Pla, Euda y Núria. El Comitè también estableció un centro de reposo y de permiso en Perpignan a fin que los combatientes catalanes pudieran tener un hospedaje asegurado y un lugar de socialización con la *retaguardia catalana* durante sus períodos de descanso en esos centros si así lo deseaban, y también fijó vínculos con el Centre Català de París, que era el principal centro receptor de los paquetes llegados de Barcelona. Por último, el Comitè también estuvo detrás o participó en algunas iniciativas a favor de los voluntarios catalanes como suscripciones o exposiciones artísticas.

La labor del Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans fue muy ambiciosa y concentró los esfuerzos de Joan Solé Pla durante años (Esculies, 2011, pp. 77-145). El propio doctor se carteó con centenares de combatientes catalanes, lo cual ha dejado una documentación rica que hoy se conserva en el Arxiu Nacional de Catalunya. Gracias a esas cartas podemos conocer algunos elementos de la vida de los voluntarios catalanes en el frente, si bien como indicó Martínez Fiol, presentan numerosos elementos cuestionables. En este sentido, parece ser que un número significativo de los voluntarios beneficiados por el Comitè y que se carteaban con Solé Pla en ningún caso eran catalanes, sino soldados de otras regiones del país que se hacían pasar en las cartas por catalanes a fin de recibir los generosos paquetes con alimentos, dinero o ropa de abrigo que recibían desde Barcelona (Martínez Fiol, 2014, pp. 108-109); igualmente, las cartas normalmente muestran un discurso nacionalista catalán, con referencias a las *libertades* de Cataluña y la defensa de los derechos de las minorías nacionales, que era el que Solé Pla gustaba de escuchar y leer, pero posiblemente estos discursos no obedecían a convicciones ideológicas reales, sino a un intento de caer en gracia a Joan Solé Pla con tal que éste les siguiera beneficiando materialmente o siguiera siendo un posible enlace entre ellos y las familias de los soldados que vivían en Cataluña. Por otra parte, con tal de engrandecer las cifras de catalanes en el ejército francés sirviendo como voluntarios, Joan Solé Pla consideró como catalanes en sus notas a personas que no procedían estrictamente de las cuatro provincias catalanas, sino de las Baleares o Valencia siguiendo postulados pancatalanistas, y también agregó algunos combatientes integrados en el ejército regular o a hombres del Rosellón llamados a filas, catalanes para Solé Pla. Además, hay que decir que un número importante de voluntarios catalanes eran hijos de la inmigración económica procedente del sur de España y que se había instalado recientemente en los barrios obreros de Barcelona, como la Barceloneta, o en ciudades industriales de la periferia metropolitana como Badalona. En total, Joan Solé Pla se carteó con un total de 435 soldados; como se discutirá posteriormente, las cifras de la participación catalana ofrecida por los sectores nacionalistas e incluso emanada de la documentación de Solé Pla son muy discutibles y se deben poner en contraste con la documentación oficial de la Legión Extranjera Francesa, pero se puede decir que la acción del Comitè de Germanor sólo llegó a algunos voluntarios catalanes, muchos de los cuales no eran catalanes en verdad o habían estado poco tiempo viviendo en Cataluña, y que el Comitè no alcanzó a tener un control real sobre el total de voluntarios catalanes y muchos fueron

completamente desconocidos para Solé Pla incluso pasadas las décadas de 1920 y 1930. La aparición de nombres de soldados catalanes entre la documentación oficial de la Légion Étrangère que se conserva en Aubagne, de la cual posteriormente se hablará, que no aparecen en ningún momento en la documentación del Comitè de Germanor así lo atestigua.

El Patronato de Voluntarios Españoles

Con un carácter muy tardío, cuando el buen funcionamiento del Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans era una realidad pese a los parvos resultados que obtendría la estrategia perseguida por el nacionalismo radical, apareció el Patronato de Voluntarios Españoles. El Patronato, constituido el 9 de mayo de 1918, era una plataforma mimética a lo que el Comitè de Germanor representaba en Cataluña, pero se diferenciaba de la organización catalana en que se interesaba por el conjunto de los voluntarios de toda la Nación, no únicamente de los de una región. Uno de los indicadores de la enorme influencia que tuvo el Comitè de Germanor en el Patronato de Voluntarios Españoles es que el impulsor de éste último, el musicólogo José Subirà Puig, era sobrino del propio Joan Solé Pla, quien dejó anotado el desdén con el que consideraba la iniciativa de su sobrino tildándola de “parodia del Comitè de Germanor” (Arxiu Nacional de Catalunya-ANC, *Fondo Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans*, serie 1-Llibre dels Voluntaris, volumen 7, folio 193). La propia existencia del Patronato de Voluntarios Españoles y la propaganda que éste podría fomentar amenazaba directamente a la idea que el grueso de los voluntarios de España fueran catalanes y en definitiva amenazaba con desmontar las mistificaciones que en los años previos había ido propagando el nacionalismo catalán intransigente. Por esa razón, la repulsa de Solé Pla hacia el Patronato fue absoluta.

De hecho, el Patronato de Voluntarios Españoles recabó la atención de los sectores más liberales de la aristocracia española e incluso de algunos círculos dinásticos de Madrid, además de naturalmente intelectuales y otros elementos aliadófilos más cercanos al republicanismo y al reformismo. El propio presidente de la organización fue el duque de Alba, Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, un aristócrata francófilo que también estaba al frente del Comité de Rapprochement Franco-Espagnol. En calidad de vicepresidente del organismo estaba el historiador y crítico literario Rafael Altamira, y como vocales el antiguo embajador de España en París Juan Pérez Caballero, Eduardo López Navarro, el

marqués de Valdeiglesias y el de Valero de Palma, el retratista José Villegas, muy popular en la alta sociedad madrileña, el escritor y pintor Jacinto Octavio Picón, el ingeniero Fernando García Arenal, el catedrático de Historia de la Lengua Española Américo Castro, el pintor Gonzalo Bilbao, el antiguo combatiente en la Legión Extranjera Francesa José Cabezón, que había perdido una mano en el frente, y una figura intelectual de creciente renombre como era Manuel Azaña Díaz, presidente del Ateneo de Madrid y vinculado al Partido Reformista de Melquíades Álvarez. El secretario de la Cámara de Comercio de Madrid, José María González, se hizo cargo de las cuentas del Patronato, y José Subirà, además de impulsor de la iniciativa, ocupó el cargo de secretario. Más allá de sus componentes, la aparición de esta iniciativa que contaba con el impulso de personas notables de la alta sociedad y la intelectualidad española en mayo de 1918 no fue inocente. En mayo de 1918 había crecientes motivos para confiar en una futura victoria de los países aliados. Además, tras la inestabilidad del verano de 1917 con la Asamblea de Parlamentarios y la huelga general iniciada por los ferroviarios de Valencia, la diplomacia francesa renovó su interés por confirmar su apoyo al *status quo* en España y por procurar evitar cualquier intentona revolucionaria que derrocará a la monarquía alfoncina y reprodujera los acontecimientos revolucionarios de Rusia en el país vecino. A fin de cuentas, España era uno de los mayores proveedores de materias primas y bienes manufacturados en el mercado francés, y los dirigentes de la República Francesa estaban firmemente comprometidos con la estabilidad del país. Ese apoyo a la estabilidad de España también significaba que Francia debía esforzarse en distanciarse de los elementos que más se habían distinguido por su francofilia, que precisamente eran aquellos sectores más incómodos para la estabilidad como eran los sectores republicanos y nacionalistas catalanes. El Patronato de Voluntarios Españoles ayudaba a activar y visualizar la francofilia en la élite cultural y política del Estado, y ante esa realidad Joan Solé Pla no podía estar más que profundamente descontento.

Las acciones realizadas por el Patronato de Voluntarios Españoles desde mayo de 1918 fueron muy similares a las del Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans. Como éste, el Patronato mantuvo correspondencia con algunos voluntarios españoles y les envió enseres de uso personal y de recreo como libros y periódicos, y también dinero y alimentos, normalmente latas de conserva. El Patronato también atendía a los voluntarios heridos y enfermos, ponía a los voluntarios en contacto con sus familias, socorría en España económicamente a los que regresaban inválidos del frente, sostenía

económicamente a las madres, viudas e hijos de los combatientes españoles en caso de necesidad e incluso se planteó extender su ayuda excepcionalmente a algún soldado extranjero en casos puntuales. Además, siguiendo el ejemplo del Comitè de Germanor, el Patronato de Voluntarios Españoles también incentivó el establecimiento de madrinas y padrinos de guerra que ayudaban a los combatientes y recogió noticias, biografías y documentación sobre éstos. Por último, el Patronato incentivó una campaña en la prensa de ámbito nacional de promoción y difusión de los voluntarios españoles que tenía por objetivo contrarrestar el discurso catalanista construido en torno a los voluntarios y acentuar ante la Entente las simpatías aliadófilas de España, paliando así la idea de una germanofilia predominante en el país y en los grupos de poder tradicionales. Numerosos aristócratas contribuyeron a las labores del Patronato como suscriptores o padrinos y madrinas de guerra, como el duque de Miranda, la condesa de Montijo, la condesa de Morella o la marquesa de Urquijo, e incluso políticos como el socialista Indalecio Prieto o Santiago Alba, un político liberal de talento que había sido ministro de Hacienda y en ese momento ocupaba la cartera de Instrucción Pública y que, por lo tanto, era una persona vinculada al poder dinástico, pese a algunas críticas públicas a sus manifiestas deficiencias. Como en el caso del Comitè de Germanor, pese a los encomiables esfuerzos de la organización, la documentación revela que el Patronato sólo recabó los nombres y prestó ayuda a un número proporcionalmente reducido teniendo en cuenta las cifras de españoles combatiendo en la Legión Extranjera Francesa.

Las razones del alistamiento a juicio

Como se ha visto, la participación española en la Légion Étrangère estuvo sometida a numerosos intereses políticos, tanto de aquellos grupos que pretendían disolver el sistema como de los que pugnaban por mantener a flote el edificio de la Restauración. Ambos grupos coincidieron en atribuir a los voluntarios españoles unas motivaciones puramente ideológicas. Lejos de indagar en el pasado familiar o socioeconómico de los combatientes, los escritos aparecidos en la prensa y las publicaciones tanto del Comitè de Germanor como del Patronato de Voluntarios Españoles exponían a los combatientes como ejemplo de grandeza moral y valentía, como unos hombres movidos sólo por el ánimo de defender las causas de la libertad y la democracia frente a la barbarie perpetrada por Alemania y su militarismo intrínseco. En el caso de la propaganda catalana, a los combatientes se les agregó la cualidad de defender con su sacrificio de sangre los

derechos de las pequeñas naciones sin Estado y las *libertades* de Cataluña, lo que para los círculos separatistas radicales venía a significar que todos los combatientes catalanes eran unánimemente separatistas o al menos nacionalistas, *ergo* que eran personas con un alto grado de ideologización. Los voluntarios catalanes habrían sido, pues, la vanguardia armada de un pueblo.

Para evaluar las motivaciones reales de los combatientes el historiador debe enfrentar una serie de problemas, a saber, la escasez de documentación, los vacíos de la escasa documentación existente y los obstáculos institucionales al acceso de la documentación conservada en algunos centros de archivos. A todo ello se suman las dificultades que plantea una cuestión tan etérea como es toda aquella de naturaleza ideológica o personal, por lo que hay que señalar que el estudio de esta cuestión jamás podrá ser del todo fehaciente y que tendrá un dintorno especulativo, a lo cual tampoco ayuda la ausencia de testimonios orales de aquellos combatientes. Los escasos testimonios escritos sí pueden servir de ayuda, pero parece ostensible que están sometidos a los intereses ideológicos de otros o nacieron como vía para conseguir beneficios materiales inmediatos. Estos testimonios escritos nos son procurados principalmente por el Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans y los escritos del Dr. Joan Solé Pla, y por los volúmenes de memorias y cartas publicados en 1920 por el Patronato de Voluntarios Españoles. De hecho, ésta ha sido la documentación trabajada fundamentalmente hasta el momento por los muy pocos historiadores que se han interesado por la cuestión, David Martínez Fiol y el profesor de la Sorbonne Jean-Marc Delaunay (Delaunay, 1995). Sin embargo, existe otra documentación que, pese a sus limitaciones, da elementos para especular acerca del pasado socioeconómico de los combatientes si se contrasta con las otras fuentes de documentación. Esa documentación son los expedientes personales de los hombres alistados como voluntarios en la Légion Étrangère que se conservan en los Archivos del BALE (Bureau des Anciens de la Légion Étrangère), ubicado en la sede del Primer Regimiento Extranjero de la Légion Étrangère en el Quartier Vienot de la localidad de Aubagne (Bouches-du-Rhône), cerca de Marsella. En los Archivos del BALE se guardan los expedientes personales de la mayor parte de combatientes que han servido en la Légion Étrangère desde su fundación en 1831, si bien una parte importante de los expedientes del siglo XIX se han perdido o se destruyeron en 1962, cuando la Légion se desplazó de su cuartel en Sidi-bel-Abbés, en el norte de Algeria, para instalarse en Aubagne tras la consumación de la independencia de la colonia. Esos Archivos han

podido ser trabajados por el autor de estas líneas en el desarrollo de su investigación doctoral, no sin dificultades y limitaciones de todo tipo. Hay que tener en cuenta que se trata de unos Archivos sometidos a un gran hermetismo y que sólo son accesibles en principio para los legionarios en activo y licenciados y para los familiares de algún antiguo combatiente. Para personas ajenas a esos condicionantes, el acceso está sometido a la rigurosa aprobación de la autoridad militar competente, habitualmente un miembro de la oficialidad como un comandante o un capitán de la Légion Étrangère. Todo ello ha contribuido al desconocimiento actual sobre la cuestión de los voluntarios españoles en la Primera Guerra Mundial, una cuestión que por otra parte no ha despertado interés en la historiografía española ni extranjera. Con todo, tras numerosas gestiones, el autor de estas líneas pudo acceder a los Archivos del BALE, si bien la consulta de los expedientes se restringió por parte del jefe del BALE a un máximo de 3 de los tomos que los recopilan, y todos ellos eran correspondientes a personas que se alistaron en la ciudad de París en el mes de agosto de 1914. Desafortunadamente, los expedientes personales se concentran sobre todo en relatar la trayectoria militar del combatiente dentro de la Légion Étrangère desde el momento de su alistamiento (acciones en las que participó, heridas, hospitalizaciones, posibles condecoraciones y méritos, etc.), y en lo tocante a datos personales sólo se indica el nombre del combatiente, su lugar de origen, la fecha de nacimiento, los nombres de ambos padres, el lugar de residencia en el momento del alistamiento y datos físicos como la altura o el color de los ojos. Pese a estas pocas indicaciones, sí figura un dato de mayor interés para especular sobre las posibles motivaciones de los combatientes como es el empleo que desempeñaban antes de alistarse. Es más, pese a las limitaciones a la consulta, recabé una proporción de expedientes que, además de estar lejos de ser parva, permite encontrar numerosos elementos de interés. Si se pone esta información en contraste con otras fuentes como por ejemplo los libros del Patronato de Voluntarios Españoles o ciertas medidas legislativas, se puede aportar una teoría interesante y que estrictamente ya fue apuntada por Martínez Fiol, si bien este autor no contó con fuentes oficiales con las que nutrir la polémica (Martínez Fiol, 1991, pp. 129-142). No es intención del autor exponer aquí prematuramente los resultados de su investigación doctoral al respecto, pero sí de introducir de manera preliminar algunos elementos que ayudan a ampliar la línea interpretativa de Martínez Fiol y que, por otra parte, ayudan a erosionar las creencias, fácilmente desmontables por otra parte, en un alistamiento por motivos ideológicos.

En primer lugar, de entrada, la elevada presencia de voluntarios de origen español integrados en la Légion Étrangère antes de 1914 desmonta la falsa idea que todos los soldados se alistaron para luchar por los altos ideales que encarnaba Francia frente al autoritarismo y el despotismo alemán, frente a su incivilizada *Kultur*. Muchos de los combatientes españoles que lucharon en las trincheras francesas se alistaron antes del verano de 1914 y llevaban años alistados en la Legión Extranjera, *ergo* no se pudieron alistar esperando combatir contra el Imperio Alemán. En los documentos de Joan Solé Pla, y especialmente en la *Llista de Combatents* y en el *Llibre dels Voluntaris*, en los que el doctor anotó sus percepciones y las informaciones que le llegaban de los voluntarios con los que se carteaba, aparecen frecuentemente soldados señalados como *legionaris vells* (legionarios viejos); estos *legionaris vells* eran aquellos hombres que estaban alistados en la Legión Extranjera antes del estallido de la Gran Guerra, y que mayormente estaban acantonados en el *dépôt* algerino de la Légion Étrangère en Sidi-bel-Abbés. Las fichas de cartón ordenadas alfabéticamente con los nombres de los combatientes alistados en la Légion que se guardan en el BALE del Quartier Vienot en Aubagne, a las que ulteriormente haremos mención, indican también que un número nada desdeñable de españoles se había unido a la Légion Étrangère antes de 1914 y que, habiéndose comprometido con un contrato de 5 años, tuvieron que combatir en las trincheras del norte de Francia. El número específico de esos antiguos legionarios no será señalado en este trabajo que no quiere avanzar resultados que tendrán que aparecer en la memoria de la investigación doctoral de la que parte también el mismo, pero ciertamente el número fue de varios centenares y en cualquier caso sirve para desmontar con celeridad cualquier pretensión de retratar unas convicciones y unas motivaciones unánimes y de matriz política e ideológica entre el voluntariado armado español.

Siguiendo el marco legal, los voluntarios españoles que se encontraban combatiendo en un ejército extranjero estaban vulnerando la neutralidad oficial del Reino de España y su participación en un ejército extranjero, sometida a una interpretación draconiana del punto 4 del Artículo 1 de la Constitución de 1876, podía conllevar constitucionalmente una pérdida de la cualidad jurídica de españoles. Además, si estos españoles solicitaban la ciudadanía francesa, automáticamente perdían la nacionalidad española según ese mismo Artículo 1. La totalidad de españoles que sirvieron en la Légion Étrangère se encontraban en suelo francés, pero carecían de la nacionalidad francesa, pues de otra manera no habrían podido ingresar en esa unidad militar y habrían sido llamados a

integrarse en el ejército regular francés. De esa manera, los españoles se encontraban en una situación jurídica irregular. Según se expone en el volumen de memorias de la actuación del Patronato de Voluntarios Españoles, la situación ilegal era una de las mayores preocupaciones de los combatientes españoles, e incluso un combatiente, Julián Caballero, escribió a José Subirà rogando que el Patronato interviniera a fin que a esos hombres se les rehabilitara legalmente, recobraran su nacionalidad, y pudieran regresar a España tranquilamente. El Patronato de Voluntarios Españoles sintió un natural gran interés en la petición expresada por el legionario Caballero, por lo que encargó a un experto jurista la redacción de un borrador de Real Decreto y luego impelió la formación de una Comisión (Patronato De Voluntarios Españoles, 1920, pp. 37-41). Además de la cuestión de la recuperación de la nacionalidad, el Patronato de Voluntarios Españoles quiso también que las medidas legislativas que se adoptaran en beneficio de los combatientes españoles en la Légion Étrangère incluyeran un indulto para todos aquellos hombres prófugos y desertores del Ejército español. Finalmente, en junio de 1919 se aprobó un decreto por el cual los combatientes podían recuperar la nacionalidad española, y en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* del 6 de julio de 1919 apareció una circular que establecía las normas y condiciones para la aplicación de indulto. La preocupación del Patronato de Voluntarios Españoles por la cuestión de los desertores del Ejército español resulta sorprendente en una plataforma que trataba de edulcorar y sublimar la imagen de los voluntarios, y parece revelar una importante presencia en las filas de la Légion Étrangère de desertores. A esta posibilidad se suma otro factor indicado por David Martínez Fiol como era la elevada presencia de personas prófugas de la justicia tras los hechos de la Semana Trágica de Barcelona de 1909 (Martínez Fiol, 2014, pp. 112-117). Estos factores habrían llevado a un grupo de españoles a encontrarse evadidos en Francia y en una suerte de limbo jurídico, perseguidos por la justicia española, pero al mismo tiempo sin contar en el país de destino con la nacionalidad francesa. Esta situación no era particular de los españoles, puesto que numerosos hombres de otras nacionalidades se encontraban en una situación similar en vísperas de la Gran Guerra; para hacer frente al alto número de personas en situación irregular en el país y sobre todo para sumar hombres al esfuerzo de guerra y reducir el número de bajas de hombres franceses, el Ministère de la Guerre francés, al frente del cual estaba Adolphe Messimy, incitó a los extranjeros irregulares en Francia a alistarse en la Legión Extranjera al disponer que acabada la guerra se analizarían los informes de cada combatiente extranjero que hubiera

servido en la Legión con la posibilidad de concesión de la nacionalidad francesa como recompensa por los servicios prestados. Eso suponía una vía para los evadidos españoles de, si no regresar a España, al menos normalizar mínimamente su situación jurídica en otro país, en este caso Francia, un país en el que podrían verse forzados a vivir durante mucho tiempo. Esta situación parece haber sido muy común según la escasa documentación que hace mención al pasado de los combatientes. En este sentido, algunas cartas enviadas desde las trincheras al Dr. Joan Solé Pla corroboran esta idea. El soldado Joaquín Aguilera confesaba por ejemplo que “los sucesos de Barcelona me cogieron como revolucionario, según ellos, y no tuve más remedio que salir de España” (ANC, *Fondo Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans*, serie 3.1-Lletres dels Combatents, volumen 1, Joaquín Aguilera, s.f.). Una carta redactada en francés y firmada por el jefe de batallón Deville que se encuentra entre las cartas del soldado Joan Bastús en el ANC señalaba en relación a los voluntarios catalanes que “la plupart étaient des déserteurs et d’anciens émigrés de leur Patrie Espagnole à la suite des événements de 1909” (ANC, *Fondo Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans*, serie 3.1-Lletres dels Combatents, volumen 2, Joan Bastús, s.f., 27 de marzo de 1917).

Además de esos motivos, también parece pausable la existencia de una inmigración económica en Francia y la presencia de personas que huían de situaciones económicas precarias o de conflictos laborales. En los libros del Patronato de Voluntarios Españoles se recogieron algunas cartas que seguramente estuvieron manipuladas por José Subirà o cualquier otro de los personajes vinculados a la plataforma a fin de construir una visión heroica del voluntariado armado español, pero sin embargo se pueden encontrar algunas indicaciones sugestivas puntualmente. Antonio González, un combatiente nacido en Zamora a finales de 1880 era el presunto autor o al menos inspirador en el que se basaba una de las biografías presentadas en uno de los volúmenes del Patronato. González explicaba en ese texto que trabajó como minero en Vizcaya hasta ser despedido por participar en una huelga, tras lo cual vivió otro episodio idéntico al ser privado de salario por participar en otra huelga. En su relato el combatiente explicaba que pasó largas temporadas en Francia y Bélgica, país por el cual ganó un gran afecto, y que, en la dramática hora del estallido de la guerra, “yo no hice sino seguir el noble camino que habían trazado nuestros antecesores los Padilla, los Bravo, los Riego y tantos otros que murieron en defensa de la Libertad” (Subirà, 1920a, p. 3). A pesar de la naturaleza apologética que tenían los textos publicados por el Patronato de Voluntarios Españoles,

en el caso particular del combatiente Antonio González se desprende clara y explícitamente que el motivo de encontrarse éste en Francia en el momento del estallido de la guerra estaba en relación con una pérdida del empleo tras episodios reiterados de conflictividad laboral en las explotaciones mineras del norte peninsular. De esta manera parece desprenderse un trasfondo de gran precariedad socioeconómica en un alistamiento revestido engañosamente de toda suerte de recursos de encomio aliadófilo. Otro ejemplo nos lo proporciona el relato de un soldado murciano, José Montiel, afecto al Primer Regimiento de Marcha de la Legión Extranjera antes de la creación del RMLE. Montiel emigró a Barcelona y “varios días después me embarqué en Barcelona para Cette, confiando mejorar de fortuna” (Subirá, 1920b, p. 1). Nos encontraríamos, por lo tanto, con un caso de emigración económica rumbo a Francia con anterioridad a 1914, algo que dista de la idea de un viaje a Francia con la única intención de ir a alistarse expresamente por los *nobles ideales de justicia y libertad*. Por otra parte, si nos remitimos a los expedientes personales de algunos combatientes españoles alistados en agosto de 1914 en París y observamos sus lugares de residencia antes del alistamiento, observamos cómo la totalidad de los más de 100 expedientes a los que se ha tenido acceso indican que los combatientes estaban viviendo previamente en París o en ciudades de los alrededores como Vincennes, y no en municipios de España: esto reduciría la validez de la idea que los voluntarios partieron animosos desde España para alistarse y refuerza la idea de un componente español inmigrado. Estos ejemplos permiten pensar en la existencia de un componente humano que encontró en la posibilidad de conseguir la nacionalidad francesa sirviendo en la vía militar una manera de escapar de la irregularidad y de consolidar una vida en Francia dejando atrás los problemas y miserias del pasado.

Como se ha advertido, resulta problemático sondear en las motivaciones del alistamiento. Si bien la documentación permite especular con un alistamiento mayormente impelido por cuestiones laborales, económicas y de irregularidad jurídica, también la documentación nos permite constatar la presencia en las filas de la Légion Étrangère de algunos voluntarios españoles movidos por el aventurismo y por idealismo o intereses políticos. David Martínez Fiol exploró ampliamente el caso del combatiente Daniel Domingo Montserrat, al cual dedicó un detallado estudio biográfico (Martínez Fiol, 2001). Daniel Domingo, primo del futuro ministro Marcelino Domingo, nació en 1900 en Tortosa en el seno de una familia campesina, y desde muy joven emigró desde las Tierras del Ebro a Barcelona con intención de entrar en los círculos intelectuales y

políticos; en ese sentido, entró en contacto con personajes del nacionalismo catalán republicano como Martí i Julià, Antoni Rovira i Virgili y el propio Joan Solé Pla. El deseo de labrarse una reputación heroica que le sirviera para medrar en un futuro en los círculos políticos del nacionalismo radical empujó a ese joven idealista con sólo 16 años a desplazarse a Francia como voluntario de guerra en 1917. Desde las trincheras mantuvo un intenso contacto epistolar con Solé Pla que evidenciaba su compromiso nacionalista, algo que también se plasmó en alguno de los artículos escritos por él. El final de la Gran Guerra y la insatisfacción por la fallida campaña independentista llevada a cabo por el Comitè Nacional Català llevó al personaje a radicalizar todavía más su discurso social y nacionalista. Otro combatiente que nos da un ejemplo de alistamiento de base ideológica es Melcior Ferrer Dalmau, un joven catalán de buena familia de tradición carlista que se ocupaba como escritor y periodista. Si bien el carlismo amalgamado en torno a la figura de Juan Vázquez de Mella apoyaba la victoria de las Potencias Centrales, Melcior Ferrer se alineó con la aliadofilia jaimista minoritaria. Otro ejemplo muy significativo de aparente alistamiento por motivos ideológicos nos lo brinda otro joven catalán, Camil Campanyà Mas. Campanyà, un joven formado políticamente en los círculos catalanistas radicales de la isla de Cuba, era uno de los combatientes predilectos de Joan Solé Pla por su sintonía ideológica, ya que en todos sus escritos y cartas el joven expresaba una retórica separatista recalcitrante. Camil Campanyà también se puso al frente de una publicación que debía convertirse en el órgano escrito de los voluntarios catalanes en la Légion Étrangère, *La Trinxera Catalana*; en esa suerte de revista, de la cual sólo aparecieron 4 números, se expresaba un lenguaje muy agresivo contra España y se hacían continuas referencias a la búsqueda de la *libertad* de Cataluña.

Las cartas de Joan Solé Pla conservadas en el Arxiu Nacional de Catalunya son las fuentes más amplias para adentrarnos en el marco mental y personal de algunos de los combatientes que sirvieron en la Legión Extranjera durante la Primera Guerra Mundial, si bien como se ha indicado con anterioridad la fiabilidad de sus contenidos probablemente está alterada por las intencionalidades materiales que a menudo tenía el contacto de los voluntarios con el presidente del Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans. Otra fuente primaria nunca trabajada hasta ahora, los expedientes personales y oficiales de los combatientes conservados en Aubagne, en las susodichas instalaciones del Quartier Vienot, permiten especular a través de las profesiones declaradas por los combatientes con su marco socioeconómico. Si a partir del alrededor de un centenar de

expedientes consultados sopesamos las profesiones declaradas por los voluntarios en el momento de presentación en el centro de alistamiento de París, observamos que algunos pocos de los españoles declararon profesiones de prestigio e incluso de cariz intelectual. Sin voluntad de adelantar porcentajes y datos de todo tipo que tendrán que aparecer en la tesis doctoral en curso, podemos decir que nos encontramos a voluntarios como Rafael Mesa, natural de Las Palmas, que declaró ser *homme des lettres* (Archives du Bureau des Anciens de la Légion Étrangère-BALE, *Liste matricule des hommes étrangers: París, 1914-1918*, volumen 13, exp. 1468, s.f.), o el vasco Luis Gordovil, que era compositor de música (BALE, *Liste matricule des hommes étrangers: París, 1914-1918*, volumen 13, exp. 1583, s.f.). El madrileño Honorio Viñuela era *artiste dessinateur* (BALE, *Liste matricule des hommes étrangers: París, 1914-1918*, volumen 15, exp. 2496, s.f.); Màrius Pérez, del distrito de Sant Andreu del Palomar de Barcelona, era contable (BALE, *Liste matricule des hommes étrangers: París, 1914-1918*, volumen 15, exp. 2696, s.f.), y el legionario Eloi Sanromà, de la localidad tarraconense de Montblanc, se declaró tesorero (BALE, *Liste matricule des hommes étrangers: París, 1914-1918*, volumen 15, exp. 2789, s.f.). Incluso un industrial de Barcelona, Fulgencio Comellas, se alistó para *faire la Légion* (BALE, *Liste matricule des hommes étrangers: París, 1914-1918*, volumen 16, exp. 3084, s.f.). Con todo, estas profesiones representan un porcentaje limitado, que se expondrá en la tesis doctoral actualmente en curso; sin embargo, estos ejemplos dejan ver una presencia a considerar de personas vinculadas a oficios artísticos e intelectuales, de las cuales sería más pausable presumir, en principio, un alistamiento por razones de idealismo. Naturalmente, las profesiones en las que se desempeñan las personas no determinan necesariamente su marco mental y de convicciones íntimas ni las predisponen a combatir en una guerra en un país extranjero; independientemente de sus profesiones de prestigio, esas personas podrían haber llegado a tener problemas con la justicia española o podrían ser desertores, entre otras muchas razones prácticamente imposibles de conocer, pero en cualquier caso, sus profesiones sí podrían permitir suponer que su alistamiento no se habría debido a motivos de necesidad económica. En los elementos más intelectuales es presumible una mayor ideologización, pero en cualquier caso esto es un debate que se deberá discutir a la luz de las aportaciones y hallazgos que se produzcan en el transcurso de la realización de la investigación doctoral de este autor.

El número de españoles en la Gran Guerra: entre la mistificación y la necesidad de revisión

La cuantificación de los voluntarios españoles en la Primera Guerra Mundial estuvo sometida a manipulaciones. Como se ha señalado ya, la prensa aliadófila de tendencia nacionalista o republicana editada en Cataluña fue la principal vía para canalizar una ingente obra de propaganda y manipulación mediática que tenía por objeto edificar en la mentalidad colectiva una suerte de mito que debía favorecer los intereses políticos del nacionalismo catalán, empeñado en internacionalizar su causa. A través de esa prensa, se fijaron cifras inverosímiles que magnificaban la presencia catalana en las filas de la Legión Extranjera Francesa. Igualmente, cuando algunos sectores de la élite aristocrática, cultural y política del país pusieron en marcha una campaña francófila a mediados de 1918, también la prensa surgida al calor de los propósitos de acercamiento a las futuras fuerzas vencedoras, como *Los Aliados*, hablaron de *miles* de combatientes españoles. La imprecisión y las amplias posibilidades de difundir cifras irreales también vinieron ayudadas por el hermetismo de las fuentes oficiales de la Légion Étrangère y del Ministère de la Guerre, que en tiempos de guerra no querían difundir en exceso su número de efectivos y sobre todo no podían dar indicaciones sobre la ubicación de sus tropas. Con todo, algunas publicaciones francesas sí ofrecieron cifras supuestamente procedentes de fuentes del Ejército, pero que no son globales y que, en cualquier caso, no se ajustan a las cifras surgidas a la luz de las fuentes de la Légion Étrangère conservadas hoy en Aubagne. Una obra de 1915 de M. C. Poinot contenía en una de sus páginas finales las cifras desglosadas de legionarios por nacionalidades comprendiendo el período que iba del día 21 de agosto de 1914 al 1 de enero de 1915: según esa fuente, hubo un total de 969 españoles integrados en la Legión durante esos primeros meses del conflicto (Poinot, 1915, p. 77). En los años posteriores, la prensa catalanista aliadófila dio por buena la cifra inconcreta de 1.000 o 2.000 voluntarios catalanes, sin contar a los españoles. En la carta del jefe de Batallón Deville mencionada anteriormente se cifraba en 5.000 el número de voluntarios catalanes en la Légion Étrangère desde el comienzo de la guerra, si bien se señalaba que “le nombre est réduit aujourd’hui à un millier” (ANC, *Fondo Comité de Germanor amb els Voluntaris Catalans*, serie 3.1-Lletres dels Combatents, volumen 1, Joan Bastús, s.f., 27 de marzo de 1917) y el 26 de mayo de 1917 el diputado francés Emmanuel Brousse, natural de Perpignan y con una gran sensibilidad catalanista, dijo que había 5.000 españoles en las filas del ejército francés, de los cuales 3.000 eran catalanes

(*Journal Officiel de la République Française-Débats, Chambre des députés*, sesión del 26 de mayo de 1917, p. 1.245). Estas cifras, aunque imprecisas y procedentes de fuentes difícilmente comprobables en tiempos de guerra, parecían poder ser con todo relativamente plausibles. Sin embargo, en 1918, cuando el final de la Gran Guerra se veía próximo, el nacionalismo catalán intensificó su campaña propagandística con tal de facilitar que sus reclamaciones fueran atendidas en las mesas de negociación, y la prensa catalana empezó a difundir la idea que había habido 15.000 combatientes de origen español en la Légion Étrangère, de los cuales 12.000 eran catalanes. Estas cifras fueron dadas por buena acriticamente por toda la prensa de la región e incluso la Lliga Regionalista se las hizo propias durante la campaña autonomista de 1918-1919. Incluso Emmanuel Brousse, en una acalorada intervención en la Asamblea Nacional Francesa en noviembre de 1918 reivindicó la cifra de 12.000 catalanes combatiendo al lado de la *causa inmortal de Francia*. La cifra de 12.000 catalanes sólo podía tener sentido, como señaló David Martínez Fiol, si se daba por catalanes a aquellos franceses nacidos en el Rosellón que fueron llamados a filas como ciudadanos franceses que eran; en ningún caso habrían sido voluntarios. La campaña propagandística de la prensa aliadófila aposentó una ficción que sólo fue discutida con el máximo rigor que permiten los documentos de Joan Solé Pla por el historiador David Martínez Fiol (Martínez Fiol, 1988). A comienzos de la década de 1920, el capitán Sauvalle, de la Légion Étrangère, remitió a Solé Pla unos listados de los combatientes españoles (y catalanes entre ellos) que habían servido en la Legión Extranjera Francesa durante la Gran Guerra. A través de esos listados y de los listados publicados por el Patronato de Voluntarios Españoles, además de por los nombres aparecidos en el *Llibre dels Voluntaris*, Martínez Fiol llegó a la cuantificación más rigurosa hasta la fecha del número de voluntarios españoles, e indicó la presencia de 2.191 voluntarios españoles de los cuales 954 habrían sido catalanes (Martínez Fiol, 1991, pp. 113-128), si bien como señaló en 1995 Jean-Marc Delaunay, la cuantificación a partir de las fuentes de Solé Pla incluye a algunos ciudadanos franceses como voluntarios catalanes y la cifra de catalanes tendría que ser rebajada a al menos 855 hombres (Delaunay, 1995, p. 320). Con todo, la única posibilidad de alcanzar una cifra lo más rigurosa y precisa posible, como también advertía Delaunay, es recurrir a las fuentes oficiales que se conservan en el BALE de Aubagne, y en particular a los miles de fichas de cartón ordenadas alfabéticamente y que se guardan en 113 gavetas metálicas. Esas fichas contienen los nombres de los combatientes integrados en la Legión Extranjera entre la

década de 1880 y el año 1945 y suelen contener los nombres, el número de matrícula y el año de alistamiento, y en algunos casos también la fecha y lugar de nacimiento y el país de origen. Es preciso para alcanzar una cifra lo más científica que permite la documentación sondear entre todas esas fichas una a una y seleccionar las correspondientes a hombres españoles integrados en el período 1914-1918 y en los años previos, y considerar todas las carencias y características de esas fichas y de su clasificación. Esa labor es la que el autor de estas líneas ha llevado a cabo y la que permitirá establecer unas nuevas cifras de la participación española en la Gran Guerra con nombres desconocidos hasta hoy. Sin embargo, también en este aspecto los resultados aparecerán en un futuro. No obstante, sí quisiera revelar aquí una pequeña muestra a partir de las fichas correspondientes a los apellidos iniciados por la letra A y B por el período 1909-1918, es decir, años en los que los soldados que se alistaron como voluntarios tuvieron que acabar luchando en un momento u otro en la Primera Guerra Mundial (los alistados en 1909, para cumplir los 5 años de contrato obligatorio en la Légion, tuvieron que combatir en 1914): consultando todas las fichas completas del BALE que señalan explícitamente un origen español, se hallan 75 fichas de hombres con apellidos iniciados por la letra A y 32 con apellidos iniciados por la letra B en el período 1909-1918. Además, para la letra A, en las fichas del BALE constan otros 34 voluntarios que en los listados de Joan Solé Pla son identificados como españoles, mientras que para la letra B coinciden en las dos fuentes, sin que en las del BALE se explicita el origen español que sí se señala en el listado de Solé Pla, un total de 72 nombres más. A esa suma total de 213 hombres de origen español que sirvieron durante la Gran Guerra y que tenían apellidos comenzados por las letras A y B, hay que añadir varias decenas más de posibles voluntarios españoles cuyo origen no se señala en ninguna fuente accesible pero que sí podrían ser españoles siguiendo estándares patronímicos, con los riesgos e inexactitudes que ineludiblemente ello conlleva.

Los monumentos a los voluntarios españoles

En términos generales, se puede decir que la presencia de españoles combatiendo en la Primera Guerra Mundial ha pasado inadvertida tanto desde los ámbitos académicos como desde las instituciones públicas, y no ha existido apenas una política de homenaje a esos españoles que dieron su vida en las trincheras de Francia. Durante los cien años posteriores al final del conflicto, sólo se han llevado a cabo algunas iniciativas en España

y en Francia, siendo las más importantes de ellas anteriores al estallido de la Guerra Civil Española (1936-1939). La más voluntariosa de ellas fue impulsada por los personajes alrededor del *Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans* y por otros personajes del nacionalismo catalán. A primera hora de la mañana del jueves 14 de noviembre de 1918, el Consejo Municipal de Barcelona se reunió y aprobó por unanimidad una petición de carácter francófilo orientada a que desde el Consistorio Municipal se impulsaran algunas iniciativas de celebración de la victoria de la Entente, y entre ellas la instalación de un monumento a los voluntarios catalanes en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, con el paso de los años el proyecto se paralizó, y personas que habían prometido invertir en el proyecto, como el propio presidente francés Georges Clemenceau, incumplieron sus palabras. Hasta el 15 de junio de 1921 no se formalizó una Comisión Ejecutiva del Monumento a los Voluntarios Catalanes de la Gran Guerra, y se decidió que el escultor Josep Clarà Ayats, natural de la localidad gerundense de Olot, fuera el encargado de elaborar el monumento en bronce. El propio Joan Solé Pla, integrante de la Comisión Ejecutiva del Monumento, hizo esfuerzos ingentes por conseguir financiación, y también se intentó hacer gestiones, que no prosperaron, para introducir por la frontera francesa unos cañones alemanes tomados por los hombres de la *Légion Étrangère* y que se pretendía que acompañaran al monumento.

El golpe militar del general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja en septiembre de 1923 y la sustitución de las autoridades locales paralizó el proyecto de un monumento a los voluntarios catalanes y lo sustituyó por la idea de otro monumento que homenajeara a los voluntarios de toda España. Con ello, se pretendía contrarrestar la campaña catalanista en torno a los voluntarios en la *Légion Étrangère* y resaltar que no sólo fueron catalanes los que combatieron en dicha unidad, sino hombres de toda España. Este monumento se instaló en el Cementerio del Sudoeste o de Montjuïc, en Barcelona, y se inauguró oficialmente el 1 de junio de 1925 con la presencia de Don Alfonso XIII, el vicepresidente del Directorio Militar, el marqués de Magaz, el embajador francés en España y otras muchas autoridades consulares y de la vida social catalana, como el rector de la Universidad de Barcelona, además de representantes de la colonia francesa en la ciudad y de los grupos económicos franceses. El monumento fue esculpido en Perpignan por el artista Gustave Violet y consistía en un gran obelisco de 5 metros en el que aparecía esculpida la silueta de un soldado francés flanqueado por dos matronas que alegóricamente representaban a Francia y España; al pie del monumento aparecía la

inscripción «*Aux soldats de France et aux volontaires d’Espagne morts pour le triomphe de la Justice et de la Liberté*». El acto de la inauguración estuvo envuelto de una gran pompa militar, con la presencia del Regimiento de Infantería de Jaén y otras secciones, y en él diversas autoridades expresaron sentidas palabras y adornaron el monumento con flores. La orientación españolista del acto hizo que ninguno de los personajes implicados en el proyecto de la Comisión de un monumento en homenaje a los voluntarios catalanes hiciera acto de presencia.

Posteriormente, con la proclamación de la Segunda República Española en abril de 1931 y con la recuperación del poder institucional en el Ayuntamiento de Barcelona por parte de las fuerzas políticas catalanistas, se dio un impulso definitivo a la instalación del monumento a los voluntarios catalanes, que se había decidido en 1918, a partir de 1933. Finalmente, el 14 de julio de 1936, cuatro días antes del estallido de la Guerra Civil Española y haciéndolo coincidir con el Día de la Fiesta Nacional en Francia, se inauguró en el Parque de la Ciutadella de Barcelona el monumento de Clarà a los voluntarios catalanes. Al acto asistieron el presidente de la Generalitat Lluís Companys, el Conseller de Cultura Ventura Gassol, diversos diputados del Parlament de Catalunya como Fontbernat o el propio Joan Solé Pla, que entonces era diputado por Esquerra Republicana de Catalunya y veía una de sus aspiraciones cumplidas, el alcalde de Barcelona y representantes de la colonia francesa en la ciudad, así como antiguos combatientes en la Primera Guerra Mundial. El acto fue seguido ampliamente por la prensa catalana y desde aquel momento el monumento, consistente en un soldado desnudo con los brazos elevados hacia el cielo y portando una bayoneta y un ramillete de olivo, permanece en el Parque de la Ciutadella, si bien durante el franquismo sufrió diversas agresiones: así, *ad exemplum*, en 1952 en ocasión del Congreso Eucarístico en Barcelona se cubrió el monumento con cajones para ocultar el desnudo, y en diciembre de aquel mismo año los brazos de la escultura aparecieron seccionados.

Una cuestión necesitada de profundización

La cuestión de los voluntarios españoles en la Primera Guerra Mundial ha sido un tema inexplorado prácticamente en la historiografía española. Ello ha provocado que un siglo después del final de la contienda numerosos aspectos nos sean desconocidos o estén pendientes de revisión. Entre esos aspectos, hay que destacar la necesidad de alcanzar una cuantificación rigurosa y científica del número de voluntarios españoles en la Legión

Extranjera, ofreciendo asimismo los nombres de esos combatientes. De la misma manera, se hace preciso especular en base a nuevas fuentes sobre las posibles motivaciones ideológicas de los combatientes y ahondar en la cuestión de las plataformas de asistencia de los voluntarios y sus motivaciones políticas e ideológicas. También es necesario explorar un aspecto que no ha sido siquiera planteado como es el de una hipotética presencia de voluntarios españoles en otros ejércitos más allá del francés, eminentemente en el alemán, lo cual podría brindarnos un indicador de la fuerza de los sentimientos germanófilos en la España neutral de 1914-1918. Como se ha señalado en este trabajo, las fuentes documentales para profundizar y revelar estas cuestiones son escasas y están marcadas por limitaciones y ausencias de toda índole. El historiador debe enfrentar estas ausencias y reconstruir siendo fiel y crítico ante las pruebas empíricas existentes, las cuales por suerte otorgan aún con todas posibilidades para poner en tela de juicio algunas ideas torcidas cuyo origen reside en los intereses ideológicos y estratégicos de algunos grupos coetáneos a la Gran Guerra y en la parvedad de estudios sobre la cuestión. A través de la investigación que el autor de estas líneas está realizando, espera él humildemente contribuir a un mejor conocimiento de la materia.

Bibliografía

- AUBERT, P.; GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2014): *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial*, Alianza, Madrid.
- BLOND, G. (1965): *La Légion Étrangère*, Stock, París.
- BUCHOLZ, A. (1993): *Moltke, Schlieffen, and Prussian war planning*, Providence, Oxford.
- CORTADE, E. (1969): *Catalunya i la Gran Guerra*, Rafael Dalmau Edicions, Barcelona.
- CORTÉS-CAVANILLAS, J. (1976): *Alfonso XIII y la guerra del 14*, Alce, Madrid.
- DELAUNAY, J. M. (1995): «Tous catalans? Les combattants espagnols de l'armée française, 1914-1918», en ALLAIN, J. C. (Dir.): *Des étoiles et des croix: mélanges offerts à Guy Pedroncini*, Economica, París, pp. 309-323.
- DÍAZ-PLAJA, F. (1973): *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*, Dopesa, Barcelona.
- ESCULIES, J. (2011): *Joan Solé i Pla. Un separatista entre Macià i Companys*, Edicions de 1984, Barcelona.
- ESCULIES, J.; MARTÍNEZ FIOL, D. (2014): *12.000. Els catalans a la Gran Guerra*, Ara, Barcelona.
- FUENTES CODERA, M. (2014): *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid.
- GARCÍA SANZ, F. (2014): *España en la Gran Guerra*, Galaxia Gutenberg, Madrid.
- GONZÁLEZ QUESADA, A. (2014): «La movilización de la lectura en España durante la I Guerra Mundial», en *Historia y Comunicación Social*, 19, pp. 15-31.
- MARTÍNEZ FIOL, D. (1988): *El catalanisme i la Gran Guerra, 1914-1918. Antologia*, La Magrana, Barcelona.
- MARTÍNEZ FIOL, D. (1991): *Els "Voluntaris catalans" a la Gran Guerra, 1914-1918*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona.
- MEAKER, G. (1988): «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en SCHMITT, H. A. (Ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, University Press of Virginia, Charlottesville, pp. 1-65.
- PANDO DESPIERTO, J. (2002): *Un rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Temas de Hoy, Madrid.

- POINSOT, M. C. (1915): *Les Volontaires étrangers de 1914. Au service de la France*, Dorbon-Ainé, París.
- ROMERO SALVADÓ, F. J. (2002): *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Crítica, Barcelona.
- SUBIRÀ PUIG, J. (1920a): *Los españoles en la guerra de 1914-1928. Memorias y diarios. Recopilación glosada*, Pueyo, Madrid.
- SUBIRÀ PUIG, J. (1920b): *Los españoles en la guerra de 1914-1928. Así dijo Montiel, ... novela histórica*, Pueyo, Madrid.

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas

PÓSTER

Límites y fronteras

LA DEFENSA DEL LIMES GERMANO Y EL CAMPAMENTO ROMANO DE MOGONTIACUM THE DEFENSE OF GERMAN FRONTIERS AND THE ROMAN CAMP OF MOGONTIACUM

Marco Almansa Fernández

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En este estudio trataré de mostrar cómo se defendían las fronteras por medio de una serie de acuartelamientos, con preferencia y concretamente referido al campamento de *Mogontiacum* (Maguncia, Alemania), donde se acuarteló la Legio XIII en numerosas ocasiones junto con otras legiones. Cómo se creó una línea fronteriza sólida que estuvo vigente hasta la entrada de las tropas bárbaras en el s. III-V d.C. lo que hace de esta fortaleza un lugar estratégico para defender el Imperio romano. Aunque para ello, hubo que contar con otras fortalezas y unidades paralelas para poder crear una contención fuerte contra el enemigo, como el campamento de *Carnuntum* en Austria, *Argentorate* en Estrasburgo, y toda la serie de fuertes a lo largo del Rin y Danubio así como la gran masa de bosque germano. Aunque nos centraremos en el de *Mogontiacum* por su gran proximidad a la frontera, por ser zona estratégica y relevante desde mediados del s. I d.C. hasta mediados o finales del s. IV d.C. Época ésta que fue de gran importancia para la defensa del Imperio.

Palabras clave: Mogontiacum, Maguncia, campamento romano, limes, Germania. Legio XIII.

Abstract: In this study I will try to show how borders were defended by means of a series of quartering, with preference and concretely referred to the camp of Mogontiacum (Mainz, Germany), where the Legio XIII was quartered on numerous occasions along with other legions. How a solid border line was created that was in force until the entry of the barbarian troops in the s. III-V d.C. what makes this fortress a strategic place to defend the Roman Empire. Although for this, other fortresses and parallel units had to be built in order to create a strong containment against the enemy, such as the Carnuntum camp in Austria, Argentorate in Strasbourg, and the whole series of forts along the Rhine and Danube as well as the great mass of Germanic forest. Although we will focus on the Mogontiacum because of its close proximity to the border, for being strategic and relevant area since the mid-s. I d.C. until the mid or late s. IV d.C. This was a time of great importance for the defense of the Empire.

Key words: Mogontiacum, Maguncia, roman camp, border/frontier, Germania, Legio XIII.

El análisis que vamos a presentar sobre el campamento de *Mogontiacum* será el primero que se realiza en lengua española, ya que los estudios sobre este *castra* romano

están hechos en alemán y algún otro en inglés. Sin embargo, es importante apuntar que los estudios que conocemos sobre este campamento, son fundamentalmente arqueológicos, pero los restos que quedan del mismo nos dan una información importante sobre la evolución de la planimetría del mismo, hasta su evolución en una urbe del linde dentro del marco de belicismo fronterizo o de sucesos como el de Saturnino en época de Domiciano, que nos son muy útiles.

Por otro lado, nos centraremos en la historia antigua del campamento, aunque Maguncia, que será así como se llame en la Edad Media y Moderna tiene una dilatada historia hasta la actualidad, lo que nos interesa es el marco cronológico desde su fundación, año 12 a.C. hasta la destrucción por parte de los hunos en el s. V d.C.

En primer lugar, el nombre de Mogontiacum puede derivar de la divinidad Mogón, semejante a Apolo, ya que existe una inscripción en Saalburg, que lo identifica con el Apolo *Grannus*³²⁶; otra posibilidad sería relacionar el nombre del campamento a Mogontia, divinidad curativa de los manantiales, procedente de la Galia. Asociada a Icovellauna, cuyo santuario principal se encuentra en la ciudad de Divoduro (hoy corresponde a la ciudad de Metz) de la tribu de los mediomátricos, muy cerca del Rhin.

La posición en la que se encuentra este campamento nos lo citan, Ptolomeo, quien lo sitúa en la Germania Inferior (Ptolomeo, II. 9, 8 y 14); o en la *Tabula Peutingeriana*, que es el mapa del imperio romano realizado en el s. IV d.C., donde nos muestra a Mogontiacum en la frontera germana³²⁷. Actualmente ocupa lo que es la ciudad de Mainz, la capital del estado federado alemán de Renania-Palatinado. Es una ciudad situada en el suroeste de Alemania, ubicada junto al Rhin y en la margen opuesta a la desembocadura del río Meno, por lo que fue un importante puerto fluvial tanto en época romana, así como en la actualidad.

³²⁶ Tal vez se deba a la asimilación con el Apolo de época romana debido a la presencia en la epigrafía local de un "barrio de devotos de Apolo", el *uicus Apollinensis* (CIL, XIII, 6688).

³²⁷ Vid. imagen nº 1.



Imagen 1 (*Tabula Peutingeriana*): Fuente: <https://commons.wikimedia.org>

Historia y evolución del campamento

Es posible que los primeros romanos llegados a esta zona del Rin hayan sido en torno al 57 a.C., momento en el que Julio César realizaba la conquista de lo que se denominaría la Galia, haciendo del Rin la frontera de Roma. Sin embargo, la zona ya estaba habitada por celtas germanos que estaban asentados en dos aldeas, Bretzenheim y Weisenau, que pertenecían a la cultura de La Tène II, por lo que poseían un alto grado de sofisticación, cultura, manejo del hierro y lengua.

La construcción o asentamiento de este campamento responde a la creación de una línea fronteriza, *limes*, y que será una frontera móvil ya que a lo largo de los años hasta el s. V d.C. cambiará según las necesidades defensivas por debilitación u otras causas. El campamento de *Mogontiacum* por su situación corresponde al *limes* inferior de Germania, es decir, al norte de Germania³²⁸, se extendía desde el Mar del Norte en Katwijk en los Países Bajos y a lo largo del Rin (Batz, 1963, pp. 27-36). Existe una frontera que es la que corresponde con el *limes* germano propiamente dicho, que iba en una perfecta línea recta de aproximadamente 70 Km. desde el Rin en Rheinbrohl hasta el sur de Lorch y una tercera frontera, continuación de éstas dos, y con el Danubio, el *limes* de Recia, que se construyó desde Lorch hasta Eining, en la Baja Baviera.

³²⁸ Para aclarar esta terminología, se denomina inferior o superior según se esté más alejado o cerca de la ciudad de Roma. Si se está próximo, corresponderá a la Germania Superior y si está lejos, a la Inferior. Similar ocurre en Hispania, Ulterior, más alejada y Citerior más cerca.

Estos límites fronterizos, de cerca de 570 Km. de largo, sirvieron a los romanos para poder defenderse de gran parte de las invasiones bárbaras en aquellos lugares donde no estaban estacionadas las tropas, aunque a cada cierta distancia se instalaban torres con pequeñas guarniciones, así como *castra* o campamentos donde estaban apostados tanto legionarios como unidades auxiliares. Fue gracias al asentamiento fijo, lo que atrajo a una multitud de población civil con distintos oficios, familias de soldados, etc.

Todos ellos se asentaron alrededor de los campamentos formando núcleos urbanos, *cannabae* o *vicus*, denominados así si se aunaban a campamentos legionarios o auxiliares o por la importancia urbanística que tenían, y que, a la larga, fue el resultado de una conurbación haciendo del campamento una ciudad con todos los edificios propios de la misma. Además, también se convirtieron en centros de intercambio de todo tipo entre romanos y germanos, a pesar de los enfrentamientos. Se desarrollaron como auténticas *ciuitas*, refrendado y citado también en las inscripciones de varios “Mogontiacenses”: *AE*, 1911, 227, *HEp*8, 279, o *CIL*, XIII, 6705.

Es en este contexto de frontera y en concreto en la provincia de la *Galia Belgica*, que en época de Augusto estaba gobernada por Marco Lolio, quien fue derrotado por una rebelión de la tribu de los Sugambri, fue este hecho lo que motivó que el emperador decidiera a crear como frontera el Rhin e instalar allí una serie de campamentos como bases de operaciones para la defensa del Imperio. Para ello, envió a su hijo adoptivo, Druso, el cual fundó varias bases militares, como Nijmegen (convertida en el s. II d.C., con el emperador Trajano, en *Ulpia Noviomagus Batavorum*), Xanten (*Castra Vetera I*, *Castra Vetera II* y en época de Trajano, la *Colonia Ulpia Traiana*) y Mainz (*Mogontiacum*) en torno a los años 15-12 a.C. para realizar la defensa y ataque contra los germanos. Curiosamente estos asentamientos fueron para dos legiones cada una, *castra duplicis* y hasta en algún momento, como veremos, triple o cuádruple, como en *Mogontiacum*, aunque parte de las tropas auxiliares fueron estacionadas en un segundo campamento, Weisenau; lo que nos indica que iba a ser una gran campaña para el afianzamiento de las fronteras. La localización del campamento es lo que dará nombre al actual barrio de Kästrich en Mainz.

Fue entre el 12 y 9 a.C. cuando Druso lanza varias acciones al este del Rhin con una fuerza considerable de tropas, consistente en unas 10 legiones, 70 cohortes de infantería auxiliar, 14 alas de caballería y un gran número de aliados, cerca de 100.000 hombres en total. Desde el principio, Druso, somete a los bátavos, sicambrios y con una flota por el

Rin, vence a los caucos y frisios. Al año siguiente, son vencidos los catos, marsos y queruscos junto al río Lupia. Es desde *Mogontiacum* donde lanzará las siguientes acometidas contra los tencteros y catos cruzando el Rin hasta el río Weser, a unos 340 km de este campamento. Y desde este río ataca de nuevo a los queruscos hasta llegar al río Elba, volviendo a *Mogontiacum* para atacar a los hermunduros y marcomanos, formando un triángulo territorial que configuran las futuras fronteras germanas (Vid. imagen 2). Además, estas campañas de expansión y consolidación serán continuadas por Tiberio y varios generales más como Saturnino, Germánico o el gran derrotado y nefasto Varo (Esteban Ribas, 2014, cap. 3).



Imagen 2 (campañas de Druso): Fuente: <https://commons.wikimedia.org>

Fue en el momento en el que el general Publio Quintilio Varo realiza la campaña de expansión territorial hacia Germania, con el resultado ya conocido de la pérdida de tres legiones, XVII, XVIII y XIX en Teutoburgo, dejando desprotegida la frontera, por lo que la pequeña guarnición de *Mogontiacum* fue trasladada al norte ocupando el campamento dos legiones, la legión XIII *Gémina*³²⁹ venida desde Iliria y la legión XVI *Gálica*, desde Suiza, solucionando de ese modo el vacío dejado por Varo.

En este estado de debilidad, es cuando Augusto establece el campamento de *Mogontiacum* como zona fija de operaciones de frontera, además pocos años antes, 4

³²⁹ El numeral clásico de 14 originariamente se escribía de esta forma y no XIV, este modo de escribir el dígito fue en el Bajo Imperio y en el Medievo, y que nos ha llegado hasta hoy gracias a la recopilación del latín por parte de Erasmo de Rotterdam en el s. XVI hasta la actualidad.

d.C., se construyó un primer puente sobre el río que años más tarde, en el 27 d.C. se consolidó con 21 pilares de piedra, de casi 600 m de largo y 7 m de ancho y vías de doble sentido; se levanta también el *Castellum Mattiacorum*, un pequeño fuerte de auxiliares al otro lado del Rin.

En época del emperador Calígula, en la zona del otro lado del Rin estaba establecida la tribu de los catos (*chatti*) cerca del río Weser (Tácito, *Historiae*, IV. 70), los cuales fueron atacados por parte del emperador en sus primeros años de reinado. Para ello se reclutaron dos nuevas legiones en el 38 d.C., la Decimoquinta *Primigenia* del norte de Italia y en el 39 d.C. la Vigésimosegunda *Primigenia*. Fue tras el asesinato de Calígula, cuando el emperador Claudio asentó estas últimas legiones citadas en el campamento anexo de Weisenau, hasta el 43 d.C. Con el general y gobernador de la provincia Galba, el futuro emperador, luchó con la XV contra los catos al otro lado del Rin, suceso del que pudo obtener los *ornamenta triumphalia*. De hecho, varias *vexilaciones* o destacamentos de la Decimoquinta, una vez acabada esta campaña, fueron añadidas a las filas de la Decimocuarta y la Decimosexta. Quedándose en *Mogontiacum* tres legiones, XIII, XVI y XXII. Se conoce una lápida sobre un legionario de la XV, Lucius Varius Sacco procedente de Mediolanum (Milán), muerto a los 25 años de edad³³⁰.

Cuando Claudio se propuso la invasión de Britania, las legiones XIII y XV fueron primero a *castra Vetera* (Xanten) y después a Britania, sustituyendo a ésta en *Mogontiacum* la IIII *Macedónica*, trasladada en ese momento desde el campamento de *Pisoraca* (Herrera de Pisuerga, Palencia) en la provincia de *Hispania Citerior Tarraconensis*; además de la legión XXII que permanecía allí desde el 69 d.C.

Tras la muerte de Nerón, estando ya Galba en el poder, quien desconfiaba muy abiertamente de las tropas del Rin, a las que impuso un endurecimiento en la disciplina, así como nuevas leyes, prohibición de casamiento, etc., desde este campamento las tropas acantonadas nombraron a Vitelio emperador el 2 de enero del 69 d.C. marchando hacia Roma y dejando desguarnecidas las fronteras. Momento que las tropas auxiliares bátavas dirigidas por Cayo Julio Civilis aprovecharon para sublevarse (Meyer, 1856) y capturar el campamento de Xanten y Colonia, así como la zona civil de *Mogontiacum* que fue ocupada por otros líderes auxiliares como Julio Tutor, Julio Clasico y Julio Sabino, líderes

³³⁰ Estela nº 16435, nº de inventario S.31: L(ucius) Varius L(uci) f(ilius) Ouf(entina) / Sacco Med(iolano) mil(es) / leg(ionis) XV Primig(eniae) / an(norum) XXV stip(endii) I / h(ic) s(itus) e(st)

de las tribus galas de los Treviri y Lingones (Tácito, *Historias*, IV.13; 58-60). Las guarniciones romanas cerca del Rin fueron expulsadas y requisadas veinticuatro naves.

El motivo de esta rebelión era debido a que Civilis estaba a favor del futuro emperador Vespasiano, de tal forma que esta insurrección distrajera las ambiciones de Vitelio, pero la contienda duró más y las pretensiones fueron mayores, ya que se declaró a la Galia independiente, pero no tuvo el éxito que se esperaba. Una vez Vespasiano se hizo con el poder en Roma a finales del 69 d.C., resolvió esta guerra civil venciendo a Civilis, gracias al general Quinto Petilio Cerialis, quien derrotó a Civilis en *Augusta Treverorum* (actual Trier) y en *Castra Vetera* (Xanten), esto provocó que Civilis y sus bátavos se replugaran al otro lado del Rhin con una relación de *amicitia* o amistad con Roma, volviendo al *statu quo* anterior.

Gracias a esta rebelión, fueron reclutadas nuevas tropas, como la legión I *Adiutrix*, procedente de Italia y la llegada de la XIII *Gemina* de nuevo a nuestro campamento. Fueron los que reconstruyeron, esta vez en piedra, el campamento de *Mogontiacum*, añadiendo nuevas construcciones, como el acueducto de 9 km desde el manantial de la actual Finthen y el templo de Isis-Magna Mater.

No podemos olvidar que en *Mogontiacum* se estableció uno de los puertos de la *Classis Germanica*, la marina, que navegaba desde *castra Vetera* por todo el río Rhin, y que fue creada por Druso para la vigilancia del río. Gracias a estas naves es como se realizaron las campañas de Germánico, Druso o Tiberio, contra las tribus germanas. De hecho, en *Mogontiacum* se creó una zona portuaria importante al norte del campamento, que hoy en día sigue utilizándose como puerto de aduanas para mercancías y pasajeros, la “Zollhafen Mainz”.

Fue en el 83d.C. bajo el reinado de Domiciano cuando una rebelión de los catos obligó a rearmar la frontera germana, por lo que a *Mogontiacum* fue trasladada la legión XXI *Rápax* que llegó desde Windisch en Suiza. Rebelión que fue abortada por la victoria romana, recibiendo la zona el estatus de provincia, Germania Superior, cuya capital sería *Mogontiacum*³³¹. En el año 89 d.C. el gobernador de la provincia, Lucio Antonio Saturnino se rebeló contra el emperador (Syme, 1978, Vol. 68, pp. 12-21), seguramente tras el pacto de paz entre los catos y Domiciano. La rebelión de Saturnino, que fue proclamado emperador por las tropas acantonadas en ese momento en *Mogontiacum*, la

³³¹ Recordemos que el área civil tiene un auge importante, con la construcción de foro, teatro, baños, templos, basílica, etc. todo lo necesario para ser considerada capital de provincia.

XIII y XXI, se sabe que el propio Saturnino pactó en secreto con los catos para que se unieran a él y hacer frente a Domiciano.

El problema fue que el deshielo del Rhin impidió pasar a éstos de forma secreta (no podían pasar por el puente sin antes ser vistos por la zona civil), por lo que Saturnino fue derrotado por Aulo Bucio Lapio Máximo, siendo ejecutado después. Además se promulgó una norma que prohibía a las legiones XIII y XXI unirse para cualquier campaña (Suetonio, *Vida de Domiciano*, VI.2, VII.3), (Dión Casio, *Historia romana*, LXVII.11; Aurelio Víctor, *Epitome de Caesaribus* 11).

Fue ya a partir del siglo III d.C. cuando empezó el declive de esta ciudad, pues la unidad que debió permanecer fue la XXII *Primigenia* hasta el s. IV d.C. defendiendo el Rhin de los bárbaros catos y de una nueva confederación de tribus germanas, los alamanes, quienes aparecen en torno al 213 d.C., por lo que *Mogontiacum* seguirá teniendo un carácter militar. Fue en estos enfrentamientos cuando la ciudad recibió la visita del emperador Caracalla quien luchó contra esta confederación con éxito. En el 235 d.C. cuando en el campamento se instaló la legión III *Itálica*, esta se rebeló contra el emperador Alejandro Severo, que quiso resolver el problema de las fronteras mediante sistemas diplomáticos y no por medio de guerras, por este motivo, se nombró a un nuevo emperador, Maximino Tracio, quien sí hizo la guerra contra los alamanes.

En este contexto, Maximino Tracio derrota en varias ocasiones a los alamanes, como en la batalla de Harzhorn³³², victoria que aparece en Herodiano (*Historia del Imperio Romano*, VI, VII y VIII) y en la *Historia Augusta*, contando con unidades orientales, persas y mauritanas, artillería de largo alcance, obteniendo una gran victoria sobre los germanos (Johne, 2006, p. 260 y ss.; Lehmann, 2010, p. 102 y ss.).

Bajo el reinado de los dos Gordiano (Gordiano I y Gordiano II, ambos en el año 238 d.C.) hasta Galieno (270 d.C.) la ciudad civil se amuralló, con una construcción que realmente apenas podía proteger mucho dada la rapidez de su ejecución y al escaso material o reciclaje de piedra de otros edificios anteriores. Fue mediante la usurpación de Póstumo, fundador del Imperio Galo (260-269 d.C.), cuando se reforzaron las defensas de *Mogontiacum*. Es aquí donde realiza la reorganización de la frontera del Rhin expulsando a los invasores francos y alamanes, devolviéndolos al otro lado del río. En este momento se crea una nueva legión, asentada en *Mogontiacum*, la cual sólo aparece

³³² Para saber más sobre los restos arqueológicos descubiertos (Geschwinde, 2009, p. 228).

mencionada en la *Historia Augusta* (7.1), es la legión VI *Gallicana*³³³, para ayudar en la lucha contra el autoproclamado emperador el comandante de la XXII legión, Leliano con el levantamiento del 269 d.C. contra Póstumo, pero es derrotado por él, aunque las tropas de *Mogontiacum* asesinarían pocos días después a Póstumo.

Constancio Cloro como César luchó contra los francos y alamanes en las fronteras del imperio, en el Rhin. Entre 287 y el 288 Constancio, bajo el mandato del Augusto Maximiano, cruzó el Rin y el Danubio para luchar contra ellos (Southern, 2001, p. 142). En esta época se produjo de forma paralela, el culto a Mitra en *Mogontiacum*, y el del cristianismo, de hecho conocemos *circa* del 345 d.C. el primer obispo cristiano, Marinus o Martinus, aunque parece ser que los primeros obispos antes del siglo IV d.C. tienen nombres legendarios, comenzando con Crescens, antecesor de Marinus, que es representado como obispo de Galacia (*Constituciones Apostólicas*, VII. 46). Momento en el que se crea la figura del *Dux Mogonticensis* en cuyo mando recaerían las tropas y la flota fluvial del Rhin.

Sin embargo, a medida que el debilitamiento imperial por guerras civiles daba paso a ciertas invasiones bárbaras y a ese constante empuje desde el este hacia el imperio, los alamanes en torno al 352-355d.C. ocuparon toda la población civil de *Mogontiacum*, surgiendo rapiñas o saqueos en el 357, 368 y 370, cruzando sin obstáculos el Rhin, bajo el rey Rando (Geuenich, 2004, p. 53 y ss.), (Amiano Marcelino, XXX. 3). Pero en el 357 d.C. el César Juliano pudo expulsar a estos invasores, recuperando por completo de nuevo la ciudad, reforzando la *classis renana* con nuevos muelles en el Rhin, denominadas actualmente como “Dimesser Ort“, así como la reconstrucción de las murallas dañadas anteriormente. Las ciudades satélites al norte y al sur de *Mogontiacum* fueron desatendidas, e incluso el campamento militar original también fue abandonado a favor de instalar las tropas en la zona civil. Sin embargo, el emperador Valentiniano I supo afrontar esta situación, expulsando, de nuevo a estos pueblos invasores principalmente a los alamanes, mientras que los francos fueron asentados como *foederati*, es decir, aliados, en torno al Rhin.

A finales del año 406-407 un nuevo pueblo aparecía en el imperio, los vándalos, quienes atravesaron el río Rhin congelado, arrasando *Mogontiacum* y devastando casi por completo las pocas fuerzas que quedaban. En el 451 d.C. hacen incursión los hunos quienes conquistan la ciudad sin problema, dejan a los francos asentarse en esta zona,

³³³ También conocemos un único epígrafe que parece indicar la existencia de esta legión, AE 1889, 0108.

incorporando *Mogontiacum* a finales del s. V d.C. a su zona de influencia gracias a Clodoveo. Su sucesor, Dagoberto I (603–639), refuerza las murallas de *Mogontiacum*. Y fue así como en la Edad Media, se convirtió en una de las sedes principales de Carlomagno (768–814), que tras su muerte volvió a ser una ciudad fronteriza. Es cuando la antigua ciudad llamada *Mogontiacum* pasó a llamarse Maguncia y después, tal como la conocemos hoy, Mainz³³⁴.

Según lo expuesto, podemos detallar las legiones que han pasado por *Mogontiacum*. Añadimos también alguna inscripción para completar la información que nos pueden dar las estelas funerarias o inscripciones varias sobre las legiones:

Años: 42-43d.C.: XIII *Gemina* y XVI *Gallica*. (Inscripción AE 1909, 0073).

Año: 43d.C.: XIII *Gemina*, XVI *Gallica*, XV *Primigenia* y la XXII *Primigenia*. (Inscripción AE 1983, 0517).

Año 70d.C.: III *Macedónica* y XXII *Primigenia*. (Inscripción AE 1965, 0252).

Años 70-85d.C.: I *Adiutrix* y XIII *Gemina*. (Inscripción AE 1979, 0430).

Años 85- 90d.C.: XXI *Rapax* y XIII *Gemina*. (Inscripción AE 1979, 0437).

Años 90- 96d.C.: XIII *Gemina*. (Inscripción AE 1962, 0291).

Años 96d.C. en adelante: XXII *Primigenia*. (Inscripción AE 1976, 0498, AE 1909, 0134).

Año 235d.C.: III *Itálica* y XXII *Primigenia*. (Inscripción AE 1965, 0244).

Año 269d.C.: ¿VI *Gallicana*? (Inscripción AE 1889, 0108).

Desde el año 13a.C.: tropas auxiliares de infantería y *alae* de caballería. De las que no conocemos, excepto por algún epígrafe, como la IV Cohorte Tracia de caballería del 30-70 d.C. (AE 1978, 0556; AE 1976, 0495; AE 1962, 0290; AE 1959, 0188).

Áreas civiles de *Mogontiacum*

La construcción de un campamento estable trae consigo el asentamiento en las zonas de alrededor de población civil, sobre todo cuando se presenta seguridad y prosperidad. Dado que en el área de *Mogontiacum* no sólo la ocupa el campamento legionario, sino que también los campamentos auxiliares, como el de Weisenau o el del otro lado del Rin, *Aquae Mattiacorum* (Wiesbaden), se van creando pequeños barrios de asentamiento civil, denominadas *vicus*, que estaban vinculadas a los campamentos y que servían para

³³⁴ Recibe el nombre de Maguncia (Mayence) por influencia franca y Mainz por el predominio de la lengua alemana. Aunque actualmente se le llama de ambas formas.

albergar lugares de esparcimiento y necesidades básicas, sin una organización propia y totalmente dependientes de la organización del campamento.

Sin embargo, en época de Nerón o de Claudio el crecimiento poblacional en torno a estos campamentos o zonas de necesidad, tales como el puerto, acceso al río, Weisenau, etc. crean una serie de pequeñas poblaciones individuales y algo más grandes, que aún siendo *vicus* empezarán a ser conocidos, teniendo los nombres de *Vicus Apollinensis*, *Vicus Vobergensis*, *Vicus Salutaris*, *Vicus Navaliorum* (situado junto al puerto), *Vicus Novus*, *Vicus Vic [toriae]*³³⁵.

Pero este crecimiento, con la llegada de múltiples legiones atrayentes para el mercado y para el asentamiento de veteranos, civiles, extranjeros, etc. condujo a un crecimiento sustancial de estos *vicus* produciéndose la denominada conurbación, esto es, unión de varias poblaciones debido a su expansión o crecimiento poblacional y urbanístico para formar un ente mucho mayor, con capacidad organizativa propia, edificios gubernativos, termas, teatro, etc., denominada *cannaba*, de unas 100 hectáreas desarrollada precisamente en el año 80 d.C. aproximadamente, con la dinastía de los Flavios (Rupprecht, 1997, p. 12). A pesar de esta fusión urbanística, los *vicus* siguieron distinguiéndose, como por ejemplo el *Vicus Navaliorum* o el *Vicus Apollisensis* que aún en época de Antonino Pío sus habitantes siguen dedicando elementos epigráficos con el nombre de su *vicus* (*CIL* 13, 06688, *CIL* 13, 11827).

Aunque parezcan elementos distintos, *vicus* y *cannaba*, el primero es el distrito en el que se divide la *cannaba*. Si al principio hemos expuesto que empezaron por crear pequeñas áreas de asentamiento, *vicus*, éstas se quedaron con su mismo nombre, reconvertidas después en distritos o jurisdicciones dentro de una gran área civil, la *cannaba*, según sus funciones, mercado, edificios representativos, etc. (Oldenstein, 2001, p. 150). De hecho, la evidencia arqueológica más antigua del asentamiento civil de época augusta lo podemos encontrar frente a la *Porta Praetoria* (hoy Emmerich-Josef-Straße, parte de esta calle sigue el mismo recorrido de lo que sería el campamento romano hasta la orilla el Rin).

En la *cannabae* del s. II-III d.C. podemos encontrar edificios representativos, que aunque viniendo de antes, se consolidan entonces, pues se hallaron una serie de restos arqueológicos como una fuente con un capricornio de bronce, que suponemos estaría en

³³⁵ *Vicus Apollinensis*, *Vicus Vobergensis*, *Vicus Salutaris*, *Vicus Navaliorum*; *CIL* 13, 6688, *CIL* 13, 6689, *CIL* 13, 6723, *CIL* 13, 11827 y *Vicus Novus*: *CIL* 13, 6722, *CIL* 13, 6776.

una zona descubierta, de lo que podría ser la casa gubernamental, además de varias villas con ricos mosaicos (Selzer, 1985). Sin embargo, se desconoce la cantidad de población que vivía en estas zonas, podría ser comparado con otras colonias de la Germania y del Danubio, como *Castra Vetera* (hoy Xanten) o con la *Colonia Claudia Ara Agrippinensium* (actual Colonia, Alemania), o el campamento de *Carnuntum* en Panonia (entre la actual Viena y Bratislava), que podía estimarse en torno a los 30.000 habitantes. Teniendo en cuenta que el teatro ya daba una capacidad de unos 10.000 espectadores, podría ser esta cifra plausible para toda la zona civil en torno a *Mogontiacum* (Decker y Selzer, 1976, p. 504).

Restos arqueológicos monumentales

Son numerosos los restos arqueológicos hallados en Mainz, por desgracia muchos de los que componen la trama urbanística del campamento se han perdido, así como casi la totalidad de lo que sería la parte civil, no porque se hayan destruido, sino porque fueron reutilizados para la construcción de otros edificios, superponer o reutilizar otros, o efectivamente, derrumbar algunos para ampliar edificios o hacer calles. Sin embargo, resisten con el paso del tiempo algunos monumentos, calles, zócalos de piedra o bases de edificios, así como restos de estelas funerarias o de barcos. Dado que son realmente muchos, haremos un acopio de los monumentos más importantes hallados en esta ciudad de época antigua. Acompañaremos con algunas fotos al final del documento para ilustrar estos restos arqueológicos de *Mogontiacum*. No nos detendremos en todos, pues nos faltarían el Arco de Dativus Víctor (*CIL*, 13.6705), los 5 barcos encontrados, las puertas del campamento, los baños, y numerosos restos urbanísticos, como el puerto, puente, villas, etc. o armamento romano.

Acueducto. (*Vid.* Imagen 3): los restos que quedan actualmente son las bases de los arcos del acueducto. Fue construido en el año 70 d.C. por los legionarios de la XIII legión y la Primera Legión Adiutrix. Partía desde una zona boscosa, cercana al río Aubach junto al pueblo actual de Finthen, palabra que procede de *fontes*, “fuentes”. Actualmente se puede pasar junto a los arcos por la calle denominada “An den Römersteinen”, “cerca de las rocas romanas”. Tenía una longitud de unos 9 km con una altura de 25m y se calcula que eran cerca de los 90 l/seg., según los estudios del sacerdote benedictino Joseph Fuchs que en 1771 publicaría su “Alte Geschichte von Mainz“, aunque visibles actualmente son unos casi 4km, unos 69 pilares, desconociéndose el sistema de cañerías

subterráneas para las zonas colindantes al campamento. Construido en cemento romano, del cual en algunos pilares se pueden observar conchas utilizadas para aligerar el peso de la argamasa, además de las placas de las legiones que lo construyeron. Actualmente se calcula que el grado de pendiente fue de un 0'9%, que daban unos 100m³ de agua que se distribuyeron por tuberías hacia el campamento y la *cannaba*.



Imagen 3: Acueducto: Fuente: <https://commons.wikimedia.org>

Cenotafio de Druso. (*Vid.* Imagen 4): Es la tumba del general Druso, hijo de Augusto. Quien fundó Mogontiacum en el 12-13 a.C. Cuando murió, los soldados le erigieron una torre circular de unos 20 m de altura por casi 12m de diámetro. Rodeado completamente de mármol, el cual fue extraído en la Edad Media para la construcción de las iglesias San Jacobo, San Albano y San Nicomedes. Se encuentra hoy en el Jakobsberg, una colina sobre el sur del casco antiguo de Maguncia. Fue el centro de culto imperial por parte de las legiones acantonadas en Mogontiacum, así como lugar de peregrinación (Bellen, 1997, pp. 85 y 93 y ss.; Spickermann, 2006, p. 198).

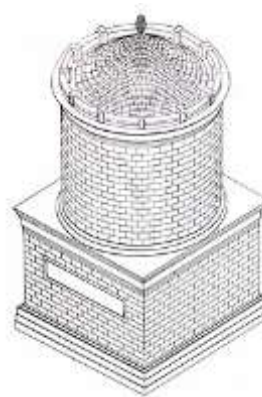


Imagen 4 (cenotafio de Druso): Fuente: <https://commons.wikimedia.org> (Reconstrucción hipotética del cenotafio realizada en 1985 por Heinz Frenz)

Teatro romano. (Vid. Imagen 5): Parece ser que es el teatro romano más grande de Germania, con un diámetro de 116 m., un escenario de 42m de ancho. El teatro ofreció espacio para aproximadamente 10.000 espectadores. Es posible que fuera construido en los años 20 del primer siglo de nuestra era, ya que en Suetonio se menciona su existencia. Fue utilizado como lugar de espectáculos hasta que en el s. VI se utilizó como catacumbas en donde enterrar a los monjes de los monasterios próximos.



Imagen 5: Teatro romano): Fuente: <https://commons.wikimedia.org>

Templo de Isis y Magna Mater/Cibeles. (Vid. Imagen 6): Hallado en el año 2000 gracias a la construcción de un centro comercial que, por suerte, sus arquitectos tuvieron la buena idea de levantar el centro comercial por encima de los restos conservando toda

la planta romana, pudiéndose así realizar las excavaciones y su musealización en el 2003. Parece ser construido en época de Vespasiano entre el 69-79 d.C. En este templo inusual, por ser el único de Germania, se encontraron numerosos epígrafes votivos, *AE*, 2004, 1014, de un liberto imperial de época Flavia, y los *AE*, 2004, 1015 y 1016, dos dedicatorias a *Magna Mater* y a la salud del emperador, del Senado y del pueblo de Roma, así como del ejército romano, además de unas 34 tablillas de maldición junto con algunas de figuras de maldición denominadas *kolossoi* o muñecas *vudú* (Witteyer, 2004, pp.41-50), *tabula defixionis* y figurillas votivas. Destaca, entre las que se han hallado, una de un pigmeo, en bronce, cuyas uñas son de plata y otra de Mercurio. También se han encontrado numerosos restos de huesos de dátiles, frutas, huesos de aves utilizados en los sacrificios, que también se vinculan a las maldiciones y 300 lámparas de aceite. Existe una pequeña pintura mural con la cabeza de Anubis (*Inpu*), divinidad que suele acompañar en los templos a Isis, tal como aparece en la mitología egipcia, Isis es ayudada por Anubis para resucitar a Osiris y convirtiéndose, así, en el juez de los muertos (Apuleyo, *Metamorfosis*, 11, 8). Para un mayor estudio sobre el templo de Isis y Magna Mater (Witteyer, 2003).



Imagen 6: Templo de Isis y Magna Mater: Fuente:

<https://commons.wikimedia.org>



Columna de Júpiter. (Vid. Imagen 7): Es un monumento erigido en la segunda mitad del siglo I d.C. en honor a Júpiter. Tiene una altura de unos 9 m. cuya cúspide se corona con unas figuras en bronce de Júpiter de unos 3'30 m. y de un águila, símbolo de esta divinidad. La inscripción conservada (CIL, XIII, 11806) se asocia con la fidelidad al emperador Nerón, *pro salute Neronis*. Actualmente se encuentran los originales en el Landesmuseum de Mainz, se realizó una copia que es la expuesta actualmente frente al Parlamento estatal de Maguncia.



Imagen 7: Columna de Júpiter. Fuente: <http://www.livius.org/>

Aquí se puede observar las piezas originales de la columna en el Landesmuseum de Mainz.

Bibliografía

- AUSTIN, N.J.E. / RANKOV, N.B., (1995): *Exploratio. Military and political intelligence in the Roman world from the Second Punic War to the battle of Adrianople*, London, New York.
- BAATZ, D., (1963): «Mogontiacum, Limesforschungen 4. Petrikovits, Mogontiacum, das römische Mainz», *Mainzer Zeitschrift*, 58, pp. 27-36.
- BECKER, A., (2002): «Die Ausgrabungen in LahnauWaldgirmes», *Limes XVIII, Proceedings of the XVIIIth International Congress of Roman Frontier Studies held in Amman, Jordan (September 2000)*, BAR International Series 1084, vol. I, Freeman, Ph. et alii. eds., Oxford, pp. 461-465.
- BELLEN, H., (1997): «Schumacher, Leonhard, ed. Das Drususdenkmal apud Mogontiacum und die Galliarum civitas [Politik-Recht-Gesellschaft. Studien zur Alten Geschichte]» en *Historia Einzelschriften*, n°115.
- BESNIER, M., (1932): «Mogontiacum», en *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, pp. 2422-2433.
- BISHOP, M. y COULSTON, J. C. N., (2006): *Roman military Equipment. From the Punic Wars to the Fall of Rome*. Oxford.
- DECKER, K. V., y SELZER, W., (1975): «Mogontiacum: Mainz von der Zeit des Augustus bis zum Ende der römischen Herrschaft», *ANRW II*, 5.1, pp. 457-559.
- DECKER K.V., Y SELZER, W., (1976): «Mainz von der Zeit des Augustus bis zum Ende der römischen Herrschaft» en *Hildegard Temporini und Wolfgang Haase: Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung*, II.5.1, pp. 457-559.
- ESTEBAN RIBAS, A. R., (2014): *Águilas en Germania*, HRM Ediciones, Zaragoza.
- GEUENICH, D., (2004): *Geschichte der Alemannen*, Ed. Verlag Kohlhammer, Stuttgart 2004.
- HAENSCH, R., (2003): «Mogontiacum als 'Hauptstadt' der Provinz Germania superior», en *Die Römer und ihr Erbe. Fortschritt durch Innovation und Integration*, Klein, M. J. ed., Mainz, pp. 71-86.
- HEATHER, P., (2005): *The Fall of the Roman Empire: A New History*, Ed. Pan Macmillan, Londres.
- HEINZELMANN J., (2007): «Dictus de Ageduch», en *Mainzer Zeitschrift* n° 102, pp. 159-166.

- JOHNE, K.-P., (2006): *Die Römer an der Elbe. Das Stromgebiet der Elbe im geographischen Weltbild und im politischen Bewusstsein der griechisch-römischen Antike*, Berlín.
- LEHMANN, G. A., (2011): *Imperium und Barbaricum. Neue Befunde und Erkenntnisse zu den römisch-germanischen Auseinandersetzungen im nordwestdeutschen Raum - von der augusteischen Okkupationsphase bis zum Germanien-Zug des Maximinus Thrax (235 nr. Chr)*. Ed. G.A. Lehmann. Sitzungsberichte, nº 821. Viena.
- LENDERING, J., BOSMAN, A., (2012): *Edge of Empire: Rome's Frontier on the Lower Rhine*, Karwansaray Publishers. Rotterdam.
- MEYER, E., (1956): *Der Freiheitskrieg der Bataver unter Civilis*, Hamburgo.
- OLDENSTEIN, J., (2001): «Mogontiacum», en *Reallexikon der Germanischen Altertumskunde* (RGA), 2. Auflage. Band 20, Walter de Gruyter, Berlín / New York.
- PETRACCIA LUCERNONI, M.F. & M. TRAVERSO, (2002): «A proposito di Massimino il Trace», en Yann Le Bohec, *Les légions de Rome sous le Haut-Empire*, Lyon, pp. 675-684.
- RUPPRECHT, G., (1997): «Mogontacium. Mainz als römische Provinzhauptstadt und Militärbasis», en *Kulturdenkmäler in Rheinland-Pfalz*, t. II, 2, Landesamt für Denkmalpflege Rheinland-Pfalz (ed.), Mainz.
- SPICKERMANN W., (2006): *Mogontiacum (Mainz) als politischer und religiöser Zentralort der Germania superior*. en *Zentralität und Religion*, Hubert Cancik, Alfred Schäfer, Wolfgang Spickermann (eds.), nº 39, Tübingen.
- SYME, R., (1978) «Antonius Saturninus», en *The Journal of Roman Studies*, Vol. 68, pp. 12-21.
- SELZER W., (1985): «Kulturelles Zentrum in römischer Zeit. Ein Brunnen im Mittelrheinischen Landesmuseum erzählt von Mogontiacum», en *Vierteljahreshefte für Kultur, Politik, Wirtschaft, Geschichte*, Hanns Krach (ed.), t. V, nº 2, Mainz.
- WALZ, G., (2004): *Die Geschichte des Theaters in Mainz. Ein Rückblick auf 2000 Jahre Bühnengeschehen* Verlag Philipp von Zabern, Mainz.

- WITTEYER, M., (1998): «Mogontiacum. Militärbasis und Verwaltungszentrum. Der archäologische Befund», en *Mainz. Die Geschichte der Stadt*, Dumont, F. Scherf; Schütz, F. (eds.), Mainz, pp. 1021-1058.
- (2003): «Göttlicher Baugrund – Die Kultstätte für Isis und Mater Magna unter der Römerpassage in Mainz», Verlag Philipp von Zabern (ed.), Mainz.

**LA DEFENSA DE LAS FRONTERAS ESPAÑOLAS EN EL CONTINENTE
AMERICANO ENTRE LOS SIGLOS XVI Y XIX: DEL ENFRENTAMIENTO
AL PACTISMO. LOS EJEMPLOS DE CHILE Y TEXAS**
**THE DEFENSE OF THE SPANISH BORDERS IN THE AMERICAN
CONTINENT BETWEEN THE XVI AND XIX CENTURIES: FROM THE
CONFRONTATION TO THE PACTISM. THE EXAMPLES OF CHILE AND
TEXAS**

José Miguel Hernández Sousa
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: Presentamos un estudio comparado de la ocupación, colonización y defensa de zonas marginales dentro del territorio hispano en el continente americano. Chile y Texas fueron territorios donde la corona española hubo de enfrentarse desde un primer momento con indígenas que se mostraron reacios a la colonización, pero también con la presencia de potencias europeas que trataban de obstaculizarla. Durante los siglos de presencia española hubo diferentes estrategias defensivas que evolucionaron al compás de las necesidades de la corona. No fue una historia sólo de enfrentamientos, también hubo el recurso al diálogo y al pacto. Dos territorios que presentan rasgos comunes, pero también singularidades, que todavía, hoy en día, pueden percibirse en el modelo poblacional actual.

Palabras Clave: Frontera, Chile, Texas, fuertes, presidios.

Abstract: We present a comparative study of occupation, colonization and defense of marginal areas within the Hispanic territory in the Americas. Chile and Texas were territories where the Spanish crown had to confront from the very beginning indigenous peoples who were reluctant to colonize, but also with the presence of European powers that tried to hinder it. During the centuries of Spanish presence there were different defensive strategies that evolved in line with the needs of the crown. It was not just a story of confrontation, there was also the use of dialogue and pact. Two territories that have common features, but also singularities, that can still be seen today in the current population model.

Keywords: Border, Chile, Texas, forts, presidios.

Introducción

Para analizar algunas de las características del fenómeno de la colonización y avance territorial hispano en América desde los núcleos consolidados en el siglo XVI, recurrimos a dos espacios fronterizos: el norte del virreinato de Nueva España y la Araucanía, analizando en cada caso su dinámica particular durante el siglo XVIII.

La elección de estos dos ámbitos coloniales para su estudio comparativo se debe a que ambas fronteras ofrecen interesantes perspectivas de análisis, que trataremos de esbozar someramente.

La ocupación y colonización de estos territorios se realizó bajo la necesidad de una doble defensa, frente a los indígenas hostiles y frente a las potencias europeas presentes en el continente americano.

Las Provincias internas del Norte, situadas en los confines septentrionales del virreinato de Nueva España y representadas por un conjunto de gobernaciones muy distantes entre sí, marcaron una frontera discontinua, con peligrosos espacios intermedios habitados por indígenas (Vitar, 1995, p. 34). Mientras que en Chile nos encontramos con una conquista inacabada, que se prolonga en el tiempo, y que mantiene un estado de guerra intermitente entre indígenas y españoles.

La expansión hispana en América. Exploradores y Conquistadores

Hasta el descubrimiento de las minas de plata de México y Perú, en los años cuarenta del siglo XVI, las principales fuentes de riqueza de las tierras continentales americanas consistían en el oro y la plata que poseían los diferentes grupos indígenas.

En general, pero sobre todo en los primeros momentos, la expansión de la conquista y colonización hispana en América se realizó bajo las directrices marcadas por el sistema señorial, con un claro carácter de empresa privada. Fue a través de fuentes particulares de financiación, en la que los inversores recibían en contrapartida las mercedes reales, como la conquista recibió impulso, materializándose de este modo la ocupación y colonización de las nuevas tierras.

Texas

La presencia española en la costa del golfo de Texas comenzó en 1519, y aunque fue ocasional hasta 1716, duró hasta 1821, tras el abandono de San Antonio. A lo largo de los tres siglos de dominio español, soldados, misioneros, colonos y exploradores recorrieron su territorio, entrando en contacto con los indígenas dedicados a la explotación del territorio.

La conquista de Texas para la corona española, una historia de violencia y guerra se debió al incremento de las actividades comerciales francesas en la costa del golfo de México; esta amenaza partió de Canadá y obligó a las autoridades virreinales a un

esfuerzo colonizador para evitar graves amenazas contra el cercano territorio mexicano. La hostilidad de las tribus indígenas y el escaso potencial de enriquecimiento sirve para explicar que hasta pasada la mitad del siglo XVIII lo que hoy es Texas siguiese siendo un territorio poco poblado y salvaje, donde fundar villas, pueblos o ciudades parecía imposible.

La conquista y colonización del territorio situado al norte de México comenzó en 1519 cuando Álvarez de Pineda con cuatro barcos recorrió el Golfo desde los cayos de Florida hasta Veracruz, levantando el primer mapa de la zona (Weber, 2000, p. 58). En 1528 fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca quien atracó en la isla de Galveston, y junto a sus hombres, se adentró en una expedición por el interior de Texas, que se prolongó casi siete años (Chipman, 1987, p. 128). Durante los siguientes años, fueron numerosas las expediciones recorrieron el territorio texano con el fin de colonizar nuevas tierras. Las expediciones de Vázquez de Coronado y Hernando de Soto en la década de los 40 del siglo XVI, sirvieron mostrar la escasez de recursos y la dureza del territorio y sus habitantes (Chipman, 1992, p. 67).

El avance por el norte hacia Texas

La colonización del territorio de la futura Texas fue realizada por aventureros, buscadores de oro, rancheros, misioneros y soldados. Durante los años 1550-1585, a pesar de la promulgación de las Leyes Nuevas en 1542³³⁶, la política oficial con respecto a las naciones chichimecas se desarrolló dentro del contexto de la denominada *guerra a sangre y fuego*, que resultará un fracaso (Chipman, 1992, pp. 75-84). Alrededor de 1570 se comenzaron a levantar presidios amurallados³³⁷ que junto con las misiones servirían para el control de caminos y vías de comunicación (fig. 1).

³³⁶ En ellas se protegía a los indios y se pedía la desaparición progresiva de la encomienda.

³³⁷ Entre ellos los de San Felipe y Zacatecas.

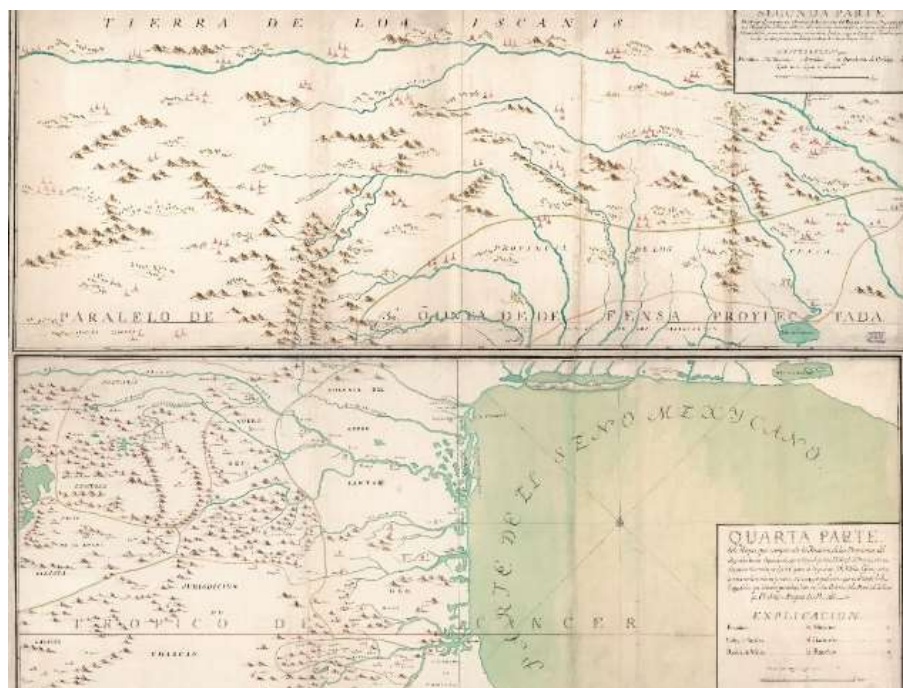


Figura 1: Mapa de la frontera de los dominios del rey en la América septentrional, José de Urrutia, 1769³³⁸.

Tras la celebración del Tercer Consejo Provincial Mexicano en 1585 se aprecia un cambio de estrategia, cuando el virrey Alonso Manrique de Zúñiga, introdujo la llamada *paz comprada*, primando la persuasión frente al enfrentamiento (Weber, 2000, pp. 117-120).

Mientras tanto, la frontera continuó avanzando constantemente hacia Texas, y las posiciones más avanzadas servían de base para expediciones que iban más al norte. La minería y la ganadería³³⁹ eran las principales actividades en la frontera. Entre rancheros y mineros surgió una interdependencia, cuero y sebo eran esenciales para los mineros que aportaban el metálico que necesitaban los rancheros. Donde no había minas, la ganadería se erigió en la principal actividad fronteriza (Chipman, 1992, p. 83).

En 1573 Felipe II promulgó una disposición general donde se primaba en el trato con los indígenas la pacificación frente a la conquista, evidenciando la gran influencia que tenía la religión en la política española. Al amparo de ese avance, la población española fue incrementándose lentamente, y para los años treinta del siglo XVII había alrededor de veinticinco misiones atendidas por frailes.

³³⁸ <http://hdl.loc.gov/loc.gmd/g4410.ct000553>

³³⁹ La ganadería de tipo ranchero que arraigó en México fue una innovación puramente española.

Los años ochenta del siglo XVII fueron de crisis en la frontera norte de Nueva España. Comenzaron con un importante levantamiento indígena, en Nuevo México, que forzó a España a abandonar completamente la provincia. Esta situación propició la colonización del río Grande aumentando el número de misiones a lo largo de su curso. Hacia mitad de la década, fue conocido que los franceses habían fundado una colonia en algún lugar de la costa del golfo de México. La reacción española fue enviar expediciones por mar y tierra en busca de la colonia francesa además de la fundación de las primeras misiones al este de Texas (Chipman, 1992, p. 95).

A lo largo de los siglos XVII y XVIII al amparo de la colonización se fueron conformando una serie de caminos que articulaban el territorio. Uno de los más importantes empezaba en México y terminaba en Santa Fe funcionó como eje central desde el que partieron otros enlazando ciudades, misiones y presidios, llegando hasta los más alejados como Nuestra Señora del Pilar de los Adaes. Los misioneros contribuyeron en gran medida en esta articulación; las misiones franciscanas de Texas en los inicios del siglo XVII (Asinais, Natchez, Ais, Neches y Tejas), sirvieron para reunir a las tribus indígenas, pero a la vez, los caminos que se creaban las conectaban entre sí (Chipman, 1992, p. 86). Hubo zonas, como en el estado de Chihuahua, compartida con los jesuitas, donde entre ambas ordenes levantaron más de doscientas misiones que conformaron una malla de caminos, que daría pie a las rutas de los presidios en el siglo XVIII.

Uno de los más importantes, el denominado “camino real” pasaba por San Antonio era utilizada por los comerciantes, pero también sirvió para asegurar la frontera ante la presencia francesa en Luisiana.

Hasta mediados del siglo XVII, los presidios estuvieron pensados como componentes aislados, aunque formando parte de una red en la que pudieran prestarse apoyo, pese a lo cual cada uno debía procurarse su propia defensa. Estos asentamientos formaban la punta de lanza española, aseguraban el territorio y permitían su puesta en cultivo; desde ellos se procuraba la defensa de los caminos o misiones, funcionando al mismo tiempo como almacenes o corrales.

De este modo, se fue consolidando una frontera defensiva que permitía la creación de nuevos asentamientos asegurando los caminos, pero siempre como elementos aislados en el territorio. Con la cesión de la Luisiana a España en 1764, la frontera formaría un frente ininterrumpido entre ambos California y La Florida.

La conquista de Chile

La lucha en la Araucanía chilena fue un fenómeno de larga duración, que no tuvo la misma intensidad en todos los períodos. Comenzó siendo una dura lucha, que fue decreciendo gradualmente para terminar en una situación latente, con choques eventuales y largas temporadas de tranquilidad. La guerra fue sustituida por una relación fronteriza donde los intercambios comerciales eran el motor fronterizo (Villalobos, 1992, p. 225).

La conquista de Chile comenzó en 1535 cuando Diego de Almagro partió de Perú hacia el sur, con la intención de encontrar riquezas, pero su escasez y la resistencia de los indígenas, forzaron su regreso. A partir de 1540, Pedro de Valdivia, continuando con la conquista, consiguió levantar algunos asentamientos al sur del río Biobío; sin embargo, estos avances fueron detenidos en 1553 por una importante rebelión indígena, que obligó al abandono de los primeros asentamientos, que volvieron a recuperarse años después. En 1598 asistimos a un nuevo levantamiento indígena, que hizo que el gobernador Rivera (1601-05 y 1612-15) planteara el establecimiento de una frontera defensiva, de carácter móvil que permitiera detener los ataques indígenas. Esta estrategia comenzó a plasmarse sobre el terreno a partir de 1612³⁴⁰ de la mano del jesuita Luis de Valdivia (fig. 2).

A pesar del establecimiento de la frontera, entre 1654-62 asistimos al estallido de una nueva rebelión que supuso la eliminación de todos los asentamientos al sur del Biobío. A partir de 1682 podemos hablar del fin de la guerra contra los indígenas; esta situación es motivada por una mayor presión extranjera sobre las costas, y el avance de una política de pactos entre ambos contendientes (Villalobos, 1992, p. 258).

³⁴⁰ En 1612 se celebra en el fuerte de Paicaví el Parlamento, en el que se acuerda por ambos contendientes aceptar la línea del Biobío como frontera y los araucanos se comprometen también a aceptar misioneros cristianos en su territorio.



Figura 2: Mapa de una parte de Chile (Araucanía) Tomás López, 1777, (Memoriachilena.cl).

Durante el siglo XVI la fuerza militar en las Indias estuvo constituida principalmente por un ejército vecinal. Ante cualquier necesidad, los pobladores debían acudir, con sus propias armas, a reunirse bajo las órdenes de un jefe designado por las autoridades. Este sistema, perduró mientras que las circunstancias lo permitieron³⁴¹, sin embargo, no aportaba muchas garantías de tranquilidad a las poblaciones. En 1598, cuando un nuevo

³⁴¹ La larga resistencia de los indígenas arruinó el sistema militar, puesto que los pobladores no podían soportar el cuantioso desembolso que suponía una guerra tan prolongada y que no les reportaba beneficios económicos (Vargas, 1983, p. 356)

levantamiento destruyó todas las ciudades situadas al sur del Biobío y causó la pérdida de esos territorios³⁴², se puso de manifiesto su ineficacia, obligó a la creación de una milicia permanente y remunerada. La respuesta fue la creación del primer ejército profesional en suelo americano, establecido por Felipe III en 1603; comenzó siendo un conjunto de tropas a sueldo, para más adelante, hacerse permanente ya durante el reinado de Felipe IV (Vargas, 1983, p. 357). Con la instauración del ejército profesional, la corona española planteó un giro en la presencia española en Chile. Al financiar en parte la guerra, se pudo liberar a los encomenderos de una pesada carga³⁴³. Esta nueva organización de las fuerzas militares, junto con el establecimiento de una línea fronteriza defendida por varios fuertes, dio más seguridad a los españoles, aunque no evitó las continuadas incursiones de los indios en los dominios españoles³⁴⁴.

La evolución de las fronteras

La construcción de los primeros fuertes y presidios estuvo influida por las experiencias medievales europeas, muchas de ellas levantadas con los materiales perecederos, así se expresa Mariño de Lovera (1865, pág. 399) cuando recupera las palabras de Martín Ruiz de Gamboa en 1580 acerca de estos asentamientos: *“por ser estas fortalezas de Chile de poco aparato y ruido respecto de no usar los indios de piezas de batir ni otras máquinas bélicas para derribar las murallas”*.

De todo lo cual debemos inferir que la defensa de estas fortificaciones estaba supeditada a los medios con los que contaba el enemigo, su armamento, y que gran parte de la acción bélica se desarrollaba fuera de los fuertes, mediante el uso de la caballería (fig. 3).

Durante gran parte del siglo XVI y XVII la defensa de las fronteras se realizó de forma individualizada, donde cada eslabón de la cadena, fuertes o presidios debía ser autosuficiente; sin embargo, los levantamientos acaecidos a lo largo de la primera mitad del siglo XVII obligaron a la actualización del sistema. Por una parte, hubo una evolución

³⁴² Las ciudades fueron destruidas o abandonadas ante el ataque de los indígenas; prácticamente desaparecieron todos los asentamientos al sur del Biobío, y se llegó a pensar que la colonización estaba amenazada.

³⁴³ Los encomenderos estaban obligados a prestarse al servicio militar, debiendo abandonar sus actividades para incorporarse a la campaña anual que se emprendía durante el verano.

³⁴⁴ Hay que tener presente que a lo largo del s. XVII, el conflicto se fue relajando paulatinamente. A lo largo del siglo sólo se registró un gran alzamiento, en 1655, que arrasó la región situada entre los ríos Maule y Biobío. El resto fueron enfrentamientos esporádicos frente a grupos de indígenas que atacaban alguno de los fuertes o estancias de la región (Vargas, 1983, p. 369).

en los modelos constructivos de los asentamientos; presidios y fuertes se fueron transformando, desde pequeñas construcciones a base de materiales perecederos a asentamientos organizados entorno a una plaza central con espacio para levantar casas, una capilla y almacenes; con ellos se creará el modelo que aunará el elemento defensivo con el residencial (Tercios o plazas en Chile /presidios-villas en Texas).

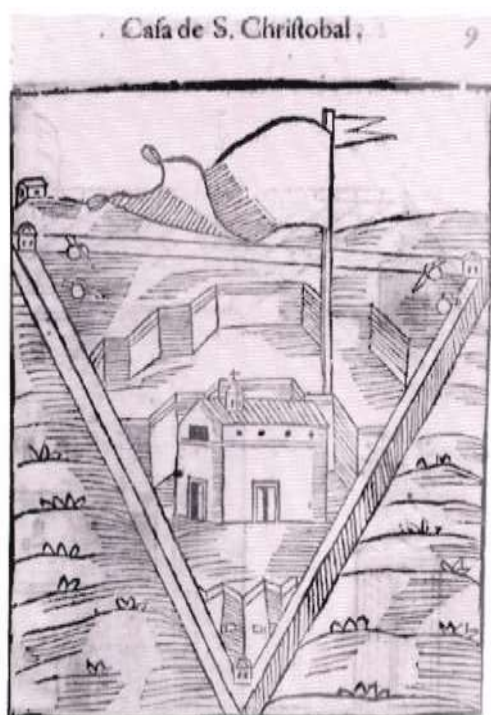


Figura 3: Fuerte de San Cristóbal, según Alonso de Ovalle en su obra *Histórica Relación del Reyno de Chile* (1646).

La defensa de Chile

En Chile el papel que jugaron las guarniciones militares fue más allá de lo puramente bélico. En ellas se tejían relaciones entre los españoles y los indígenas, tanto de carácter social como comercial. En los fuertes, los indígenas adquirían productos que consumían los españoles, que en un principio les eran desconocidos, pero que a la larga se les hicieron imprescindibles. A cambio, los españoles obtenían alimentos y caballos, necesarios para la defensa de la frontera. Con el tiempo, esta relación dio lugar a un lucrativo negocio en el que estaban involucradas ambas partes.

Las plazas o fuertes designan el conjunto de fortificaciones establecidas, a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII y sobre todo en el XVIII, a modo de cadena, dependiendo unas de otras para defender los pasos claves de los ríos Biobío y Laja, con sus afluentes. Su situación obedece a un plan general donde el papel de cada una de ellas es dependiente

del resto dentro del conjunto. A lo largo del siglo XVIII son numerosos los informes realizados sobre estas plazas, destacando su tratamiento en grupo, no individual. Los mandos y la tropa que las guarnecían rotaban de una a otra aprovechándose así de su conocimiento.

Su creación fue producto de la colaboración entre Gobernador Alonso de Rivera y del jesuita Luis de Valdivia. Su disposición mantenía alejados a los enemigos de los vados de los ríos, afianzando, en cuanto era posible, la estabilidad de la zona de paz al norte del río. Ante un posible ataque posibilitaba el tiempo necesario para organizar una resistencia que frenara su desborde. Formaban una línea que abarcaba desde el océano hasta las estribaciones de los Andes; las más occidentales, Concepción, San Pedro, Colcura y Arauco, tenían posibilidad de ser socorridas desde el mar daban protección a uno de los sectores más peligrosos del camino que las unía.

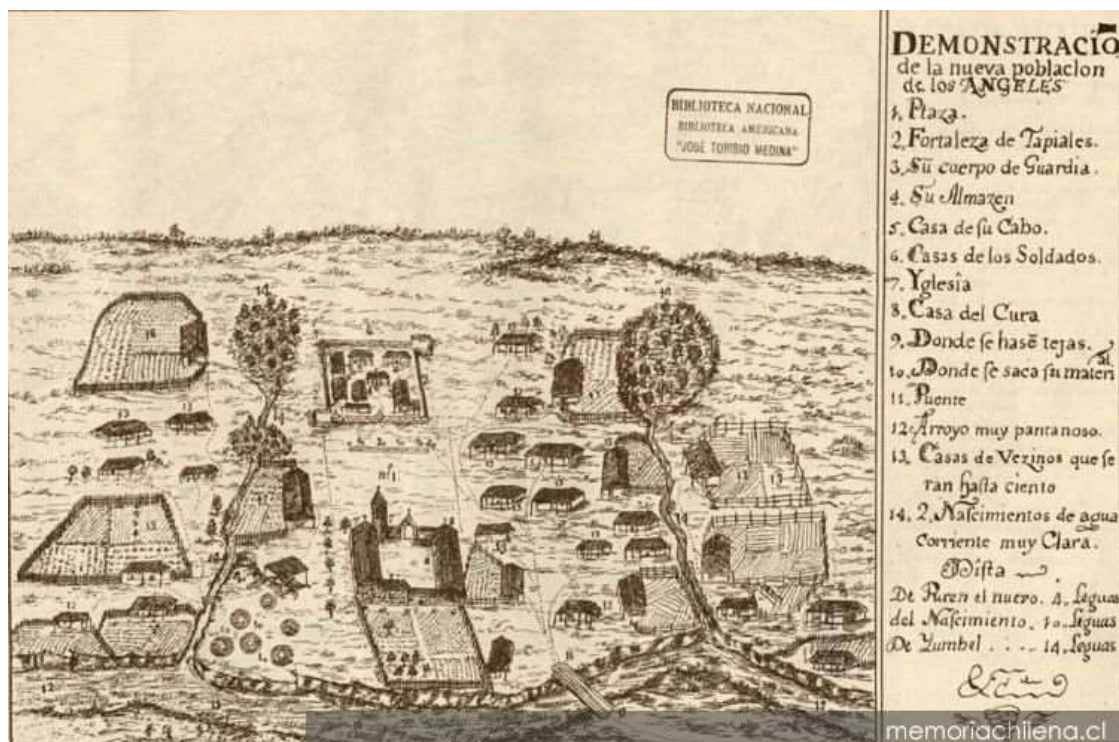


Figura 4: Nueva población de Los Ángeles (Chile) 1739 (Anónimo) (Memoriachilena.cl).

A partir de 1757, en la zona central de la Araucanía que comprendía el espacio entre la unión de los ríos Laja y Biobío hasta la Cordillera Nevada, se emprendió un plan de colonizador, con la fundación de varios fuertes con villa para facilitar el poblamiento del

territorio; así surgen las villas de Santa Bárbara, Nacimiento, Talcamávida y Gualqui, planteándose otras dos en Negrete y Antuco que no llegaron a construirse³⁴⁵.

Hay que decir, que muchas de las transformaciones realizadas en su emplazamiento o distribución estuvieron motivadas por la celebración de parlamentos o reuniones que se celebraban con cierta regularidad entre los indígenas y las autoridades reales.

La necesidad del mantenimiento de los fuertes y su pervivencia fueron temas recurrentes para las máximas autoridades políticas, eclesiásticas y militares del reino durante todo el siglo XVIII. Mientras las autoridades políticas y religiosas defendían la supresión de muchos de los fuertes, por diferentes razones, entre ellas por el escaso presupuesto existente, los ingenieros militares, insistían en la necesidad de su permanencia ante posibles ataques indígenas, aunque estimaban necesario trasladar las más necesarias a lugares estratégicos.

La supresión de los fuertes del Biobío habría significado, para un amplio sector de la población, el fin de importantes beneficios económicos. Esta razón contribuyó al mantenimiento de 14 plazas fuertes hasta el momento de la Independencia.

La defensa de Texas

Tras la colonización de las tierras nortenas llevada a cabo en los siglos XVI y XVII, se continuó con una fase de consolidación en la que se buscó fortalecer las fronteras. En el siglo XVIII las nuevas necesidades estratégicas pasaban por frenar la expansión francesa que amenazaba la frontera este. Si en anteriores fases los presidios y misiones fueron importantes, a partir de este momento serían la clave del poblamiento fronterizo (Vitar, 1995, p. 43).

Esta amenaza francesa sobre Texas motivó una mayor presencia de misioneros jesuitas; sabemos que alrededor de 1721, existían en la misma doce misiones y cuatro presidios levantados para protegerlas frontera (Navarro García, Luis, 1965, p. 69). El principal problema con el que se enfrentaba este territorio era la escasez de población, sobre todo española, comparada con la indígena que vivía en las misiones.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, las autoridades españolas, ordenaron que se llevaran a cabo numerosas visitas e inspecciones para conocer la verdadera situación en

³⁴⁵ Fue Ambrosio Higgins quien planteó la colonización de este espacio; se otorgaba licencia a los soldados que quisieran casarse, a cambio de poblar la ribera del río Biobío, entregando a cada uno veinticinco cuerdas de tierras para poder explotarla.

la que se encontraban los asentamientos fronterizos. Como consecuencia de estas, hubo modificaciones geográficas y estratégicas: se ordenó la eliminación de algunos puestos que habían dejado de ser necesarios como San Hipólito de Topia o Santa Catalina de Tepehuanes, otros se situaron en un mejor emplazamiento, reformando la gran mayoría para adecuarse a las nuevas necesidades o la creación de algunos nuevos como Pasaje (Cuencame), Cerro Gordo³⁴⁶ o Conchos (Porras, 1945, p. 5).

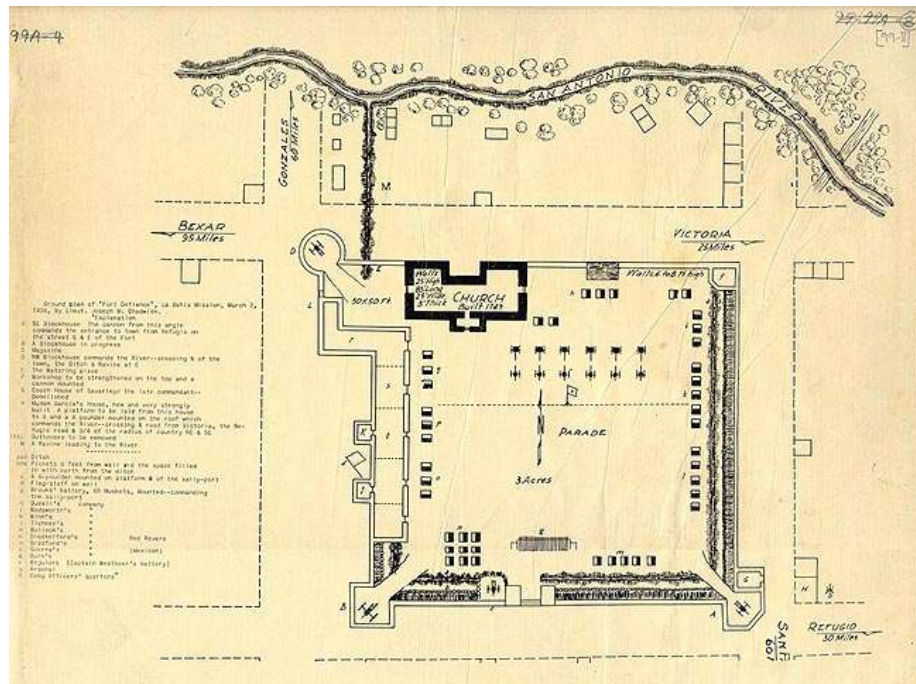


Figura 5: Presidio de La Bahía 1836, Lt. Joseph M. Chatwich³⁴⁷.

En Texas, los presidios estuvieron dando cobertura a las misiones y ranchos, como el presidio de San Francisco Xavier (1751) que protegía las misiones de San Ildefonso (1749), San Francisco Xavier (1746) y Nuestra Señora de la Candelaria (1749) o el presidio de San Agustín de Ahumada, “El Orcoquizac” (1756), a la misión de Nuestra Señora de la Luz (1756) (Chipman, 1992, pp. 147-170).

En 1766 una nueva expedición liderada por el marqués de Rubí junto a ingenieros militares reconoció los presidios fronterizos (Navarro, 1965, p. 136), sus comentarios sirvieron para actualizar nuevamente la red defensiva, estableciendo un nuevo presidio en Texas, “El Orcoquizac”, que se sumaba a los de los Adaes, San Antonio y la Bahía, habiéndose suprimido anteriormente, el de los Tejas. Sin embargo, la expulsión de los

³⁴⁶ “El fuerte se fabricó solo para circunferencia del medio fundándose este presidio para que explorase la tierra, corriese las campañas...” (Taylor, 1986, p. 454)

³⁴⁷ http://www.presidiolabahia.org/fort_map_1836.htm

misioneros jesuitas en 1767 complicó notablemente la situación debido a que sus misiones conformaban una red capaz de defender los territorios donde se encontraban; esto obligó a tomar decisiones de carácter estratégico de manera inmediata.

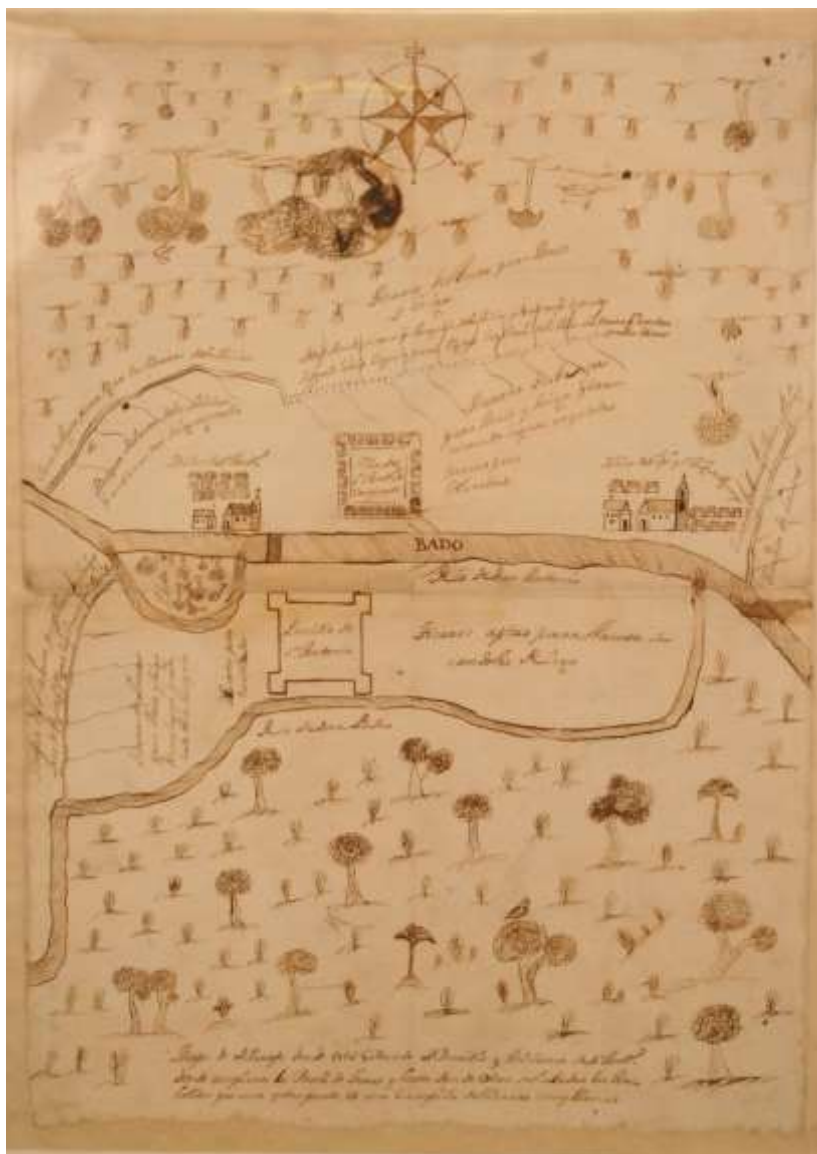


Figura 6: Mapa del presidio y misiones de San Antonio, 1730-1730³⁴⁸.

La lejanía de las provincias del norte con la sede virreinal motivó la creación en 1776 de la Comandancia General de las Provincias Internas. Esta reorganización motivó una planificación más realista de la frontera; para frenar los ataques indígenas se aumentó el número de presidios tratando de recortar el espacio existente entre ellos, por donde grupos de guerreros traspasaban la frontera en busca de ganado. Para ello el marqués de Rubí

³⁴⁸ <https://www.britannica.com/place/San-Antonio-Texas>

trató de establecer una frontera continua, organizando su defensa mediante la cuidadosa distribución de los presidios a lo largo de la línea fronteriza (Vitar, 1995, p. 46).

Fue don José de Gálvez quien planteó una estrategia que nos fuera únicamente defensiva, sino que fomentara el crecimiento de la región. Se buscaba una estrategia que articulara simultáneamente defensa y poblamiento, promoviendo que en las proximidades de los presidios se asentara población que explotara el territorio de forma permanente³⁴⁹. Con ello se conformaría una línea o cordón de quince presidios sobre las fronteras de las Provincias Internas. reduciendo el número se buscaba reducir los gastos que estos ocasionaban. Esta estrategia lineal ya se había puesto en práctica³⁵⁰ en Oran, Cerdeña y Portugal como medio de acercarse a plazas y tomar tierras al enemigo (Artola, 1985, pp. 75-80).

Como consecuencia de las transformaciones, había surgido una frontera con quince presidios, que cubrían unas quinientas leguas de frontera desde el presidio de Bahía en Texas hasta el de Altar en Sonora (Vitar, 1995, p. 48). Cuando las distancias entre presidios eran demasiado grandes las compañías volantes se encargaban de recorrer el territorio; de esta manera, las tropas de los destacamentos pasaron de ser soldados estacionados en un puesto a recorrer continuamente la región.

Sin embargo, esta disposición lineal de los presidios no debió cumplir plenamente con su cometido, frenar los ataques de los indígenas, puesto que a partir de 1782 se procede a un nuevo replanteamiento, en la que además de los presidios se fomentaba el establecimiento de poblaciones³⁵¹ con las que se buscaba cerrar los intersticios fronterizos³⁵². Al mismo tiempo, se trató de conectar los presidios con las villas cercanas, que eran las que los proveían mano de obra y suministros.

Esta nueva estrategia contribuyó el reparto de tierras entre soldados y colonos cerca de los presidios, transformándolos en centros de población. Finalmente, se conformó un

³⁴⁹ En 1772, se publicó en el “*Reglamento e instrucción para los presidios que se han de formar en la línea de frontera de la Nueva España, resuelto por el rey nuestro señor en cédula de 10 de septiembre de 1772*”, su aplicación suponía el traslado de algunos presidios para situarlos en una línea que unía las costas del Pacífico con las del golfo de México.

³⁵⁰ Provenía de los tratados militares donde se explicaba la función de las trincheras o líneas de defensa que ya había puesto en práctica el Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

³⁵¹ Asentamientos similares a los surgidos en España y los experimentos en Sierra Morena, poblaciones fundadas bajo las teorías de Campomanes.

³⁵² En realidad, los presidios fueron ineficaces para una guerra ofensiva, estando en realidad altamente desprotegidos, ya que quedaban entre sí grandes espacios deshabitados por donde se infiltraban en pequeños grupos.

sistema defensivo constituido por diferentes líneas escalonadas en profundidad, defendidas por las tropas de los presidios, las compañías volantes y las milicias locales (Navarro, 1964, pp. 353-355).

La refundación de pueblos a partir de los presidios o de misiones o anexos a él, obligó muchas veces a modificar la traza de los asentamientos, rehaciendo sus plazas y contornos.

Las construcciones defensivas. Fuertes y presidios

Los proyectos arquitectónicos de los presidios y fuertes fueron adecuándose a las necesidades de los conquistadores y colonizadores, siendo deudoras de las experiencias europeas.

En un primer momento, en el siglo XVI y primera décadas del XVII, los primeros fuertes construidos serán deudores de las técnicas empleadas en Europa a lo largo de la Edad Media, con elementos de transición entre la fortificación medieval y la abaluartada; consistían principalmente en materiales perecederos, una muralla defensiva a base de troncos o algunas veces de adobe, con pequeños baluartes cuadrados y en algunos casos torreones circulares.

Pasada esta primera etapa de fortificaciones realizadas sin conexión y según los intereses de cada lugar en particular, se ordenaría desde la península la elaboración de un Plan general de fortificaciones en América, fruto del cual surgirán unas edificaciones de características similares y que constituirían la defensa de la América española en los siglos siguientes (Carrillo, 2012, pp. 46-47)

La llegada de ingenieros militares, primero extranjeros y a partir del siglo XVIII militares españoles transformó el método y los materiales con los que se levantaban los fuertes y presidios.

Los levantados en el siglo XVII y principios del XVIII estaban constituidos por un grupo de casas de soldados alrededor de las cuales se limitaba una plaza de armas no muy grande, con el área de corrales anexa, con una capilla pequeña y casa para el capitán. Con el tiempo alrededor de los mismos se iban levantando casas y huertos, que a veces llegaban a constituir un poblado. En los de nueva fábrica del siglo XVIII, se adoptaron otros modelos: uno de ellos fue el consistente en un cuadro de casas de soldados dispuestos alrededor de la plaza de armas conformando un recinto seguro (Janos, Huajoquilla, Carrizal, El Paso); en otro, se disponía una planta cuadrada con dos baluartes

(San Carlos, Pilares, San Elizario). Hubo otros de diferente forma, como el de la Junta, más parecido a los primeros presidios, aunque con unos muros más bajos y con sistemas de construcción más sólidos. En su interior se situaba una capilla y la casa del capitán, alrededor de una plaza central donde se desarrollaba gran parte de la vida del fuerte; así nos ha llegado su descripción:

Se ha de formar primero el cuadro de tapias comunes de adobes y los dos pequeños baluartes en sus ángulos en forma de diamante, y después levantar en el interior la capilla, cuerpo de guardia, casa del capitán, oficiales, capellán y habitaciones de los soldados e indios, guareciéndose todos entretanto en tiendas de campaña y barracas provisionales, sobre cuyo asunto proveerán los capitanes y oficiales subalternos (Arrillaga, 1835, p. 141).



Figura 7: Plano del nuevo Fuerte de Cruces, Juan Garland, 1774. (Archivo General de Indias)

El Pactismo

Tras casi doscientos años de relaciones fronterizas más o menos violentas, los contactos entre ambos contendientes fueron dando paso a un amplio entramado de relaciones políticas y económicas que se materializaron en diferentes tratados de paz. Estos tratados buscaban el sometimiento de las tribus indígenas, no lo consiguieron, pero si lograron una estabilidad fronteriza que posibilitaría, de manos de los dirigentes locales,

una situación de alianza política y militar. Este procedimiento se articuló durante el reinado de los Austrias, con ligeras transformaciones tras la llegada de los borbones al poder (Lázaro, 1996, p. 15).

Durante la Guerra Chichimeca (1550-1600), los españoles no dudaron en utilizar la fuerza de las armas para terminar con el enemigo, junto con el recurso de esclavizar a los enemigos capturados, estrategias que no lograron terminar con las incursiones indígenas. El fracaso de estas iniciativas motivó que en la última década del siglo XVI se produjera un cambio en la formulación del conflicto. Se trataba de buscar el asentamiento de grupos indígenas junto a presidios en lugares clave de la frontera además de la activa participación de jesuitas y franciscanos en la fundación de un conjunto de misiones a las que se pretendía atraer a los indígenas (Lázaro, 1996, p. 17).

El traslado de estas iniciativas a otros conflictos en el siglo XVII no cosechó el mismo éxito; en ese momento los españoles tenían abiertos varios frentes, en la Araucanía, la Pampa y la Patagonia, con gran importancia geoestratégica. En todas ellas, los españoles se veían incapaces de frenar los ataques indígenas lo que se traducía en la falta de un dominio efectivo del territorio.

En la Araucanía, la rebelión indígena de 1598 hizo que las tropas hispanocriollas tuvieran que replegarse por encima de la línea del río Biobío, dando paso a la actuación de los misioneros jesuitas, que entre los años 1612 y 1626 intentaron la pacificación mediante la construcción de misiones (Lázaro, 1996, p. 18). Este proyecto jesuita, aunque retirado por las autoridades, sirvió para establecer un marco base sobre el que se gestara la posterior política fronteriza. En él se contemplaba que los araucanos se convertían en vasallos del rey de España, se les permitiría vivir en sus territorios y colaborarían con las tropas españolas frente a los enemigos de la corona. Esto llevó a la celebración del parlamento de Quillín en 1641, donde se formalizó un tratado de paz entre ambos contendientes; de este modo el parlamento se erigió como el espacio donde se podrían dirimir disputas y problemas surgidos en la relación fronteriza.

El parlamento no es un fenómeno novedoso ni importado al contexto fronterizo de la Araucanía; fue de nuevo utilizado tras la rebelión de 1655 para establecer unas nuevas condiciones en la relación. De este modo, la sucesiva celebración de estas reuniones de paz trajo la paulatina pacificación en la frontera araucana, lo que no obvia que hubiera nuevos levantamientos indígenas (Lázaro, 1996, p. 19).

En la frontera norte, se vivía una situación complicada, tratando de controlar las incursiones de los grupos indígenas del norte y tratando de defender la nueva frontera de Luisiana establecida tras la guerra de los Siete Años y el Tratado de París (1963).

Los problemas con los que se enfrentaba la corona española con otras potencias coloniales europeas coincidieron casi siempre con territorios cuyos dominios no estaban plenamente consolidados y donde esas potencias vieron que fácilmente podían atacar los intereses hispanos. La llegada de los Borbones al poder no cambió la situación, persistiendo en el uso combinado del frente militar y misionero en los territorios donde se había mostrado efectivo, mientras que se fomentaban la presencia misionera en aquellos donde sólo se había utilizado la militar.

Con esta política se buscaba que estos indígenas se transformaran en soldados al servicio de la corona, cuyos territorios sirvieran de colchón de seguridad. Esta política se vio afectada por la expulsión de los jesuitas (1767), que trató de compensarse con la llegada de otras órdenes religiosas, sobre todos los franciscanos, sin embargo, fueron las autoridades militares quienes asumieron las relaciones diplomáticas (Lázaro, 1996, p. 21).

Conclusiones

En lo que se refiere a la conquista y colonización de las tierras nuevas, en los procesos que hemos analizado nos encontramos ante algunas semejanzas.

Tanto en Chile como en Texas la expansión española debió vencer el obstáculo que significaba la presencia de las indígenas en sus fronteras. Ambos territorios constituyeron dos espacios fronterizos, diferenciados, con una enorme importancia estratégica. Ambos territorios sirvieron de paramento defensivo frente a las amenazas de las potencias europeas en el continente americano; en Chile frente a los ataques de ingleses (Hernández, 2013) y holandeses, y en Texas frente a las amenazas francesas que intentaban desbaratar la colonización hispana europeas (Arnal, 1999, p. 178).

En ambos territorios, la colonización fue avanzando a costa de enfrentamientos contra unos indígenas hostiles opuestos a la nueva situación, lo que obligó a la construcción de una serie de elementos defensivos que a la larga fueron configurando una frontera. Sin embargo, esta solución militar, no obtuvo los frutos que de ella se esperaba y hubo de ser complementada con el recurso al pactismo, donde los parlamentos junto a la acción de los misioneros lograron aquello que no se había logrado con las armas, la pacificación y

colonización del territorio. Enfrentamiento y pactismo, dos estrategias complementarias que fueron utilizadas por la corona hispana en los territorios americanos.

Bibliografía

- ALBI, J. (1987): *La defensa de las Indias*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.
- ALONSO, R. (2005-2006): «Los fuertes fronterizos chilenos», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV*. T 18-19, pp. 223-246.
- ARNAL, L. (1995): *El presidio en México en el siglo XVI*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ARNAL, L. (1999): *Arquitectura y Urbanismo del Septentrión Novohispano Tomo I. Fundaciones del Noreste en el siglo XVIII*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ARRAU, L. d. (1965): «Reconocimiento de las plazas, pertrechos y herramientas que se hallan en la frontera de este reino», en *Revista chilena de historia y geografía*, 133, pp. 61-84.
- ARRILLAGA, J. B. (1861-1866): *Recopilación de leyes, Decretos, Bandos, Reglamentos, Circulares y Providencias de los Supremos Poderes de los Estados Unidos Mexicanos...vol. IX*, Imp. A. Boix, M. Zornoza, México.
- ARTOLA, M. (1985): «El pensamiento militar de Santa Cruz de Marcenado», en *Revista de Historia Militar*, 29 (FALTA pp.).
- CALDERÓN QUIJANO, J. A. (1996): *Las fortificaciones españolas en América y Filipinas*, Editorial MAPFRE, Madrid.
- CARRILLO, J. (2012): «La edad de oro de la fortificación abaluartada en España y Ultramar», en *Revista de Historia Militar*. Nº Extraord. 1, pp. 33-97.
- CAVAZOS, I. (1999): *Breve historia de Nuevo León*, Fondo de Cultura Económica, Colegio de México, México.
- CHIPMAN, Donald E. (1992): *Texas en la época colonial*, Editorial MAPFRE, Madrid.
- GARCÍA, M. C. (1985): «El Pacífico Sur», en *Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas*, CEHOPU, Madrid, pp. 197-212.
- GUARDA, G. (1990): *Flandes Indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- GERALD, R. E. (1989): *Presidios españoles de fines del siglo dieciocho en Nueva España del Norte*, en GONZÁLEZ, F.: *Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas (De los siete fuertes que el Virrey D. Martín Enríquez mando*

- hazer... ”*), Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México.
- GRIFFEN, W. B. (1979): *Indian assimilation in the franciscan area of Nueva Vizcaya*, University of Arizona Press, Tucson.
- HERNÁNDEZ SOUSA, J. M. (2013): “Francis Drake ¿pirata o héroe?”, en BOTELLA, E. (coord.), *Historia Atlántica e Investigación en el Aula*, Ediciones U.A.M., pp. 30-52.
- JOVELLANOS, G. (1977): *Informe sobre la ley agraria 1795*, Edición de Materiales, Madrid.
- LAFORA, N. (1939): *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América Septentrional*, P. Robredo, México.
- LAORDEN, C. (2008): *Obra civil en Ultramar del Real Cuerpo de Ingenieros II. Virreinos del Perú, Río de la Plata, Antillas y Filipinas*, Ministerio de Defensa, Madrid.
- LÁZARO, C. (1996): *El reformismo borbónico y los indígenas fronterizos americanos*, en GUIMERÁ, A. (Ed.): *El reformismo borbónico*, Alianza Editorial-MAPFRE-CSIC, Madrid, pp. 277-292.
- LÁZARO, C. (1997): *Las fronteras de América y los "Flandes Indianos"*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1997.
- MÉNDEZ, L. M. (1982): «La organización de los parlamentos de indios en el siglo XVIII», en VILLALOBOS, S. (eds.): *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile, pp. 107-174.
- MORFI, Fr. J. (1935): *Viaje de indios y diario del Nuevo México*, Porrúa, México.
- MOOREHEAD, M. L. (1991): *The Presidio. Bastion of the Spanish borderlands*, University of Oklahoma Press, Norman.
- NAVARRO, L. (1964): *Don José de Gálvez y la comandancia de las provincias internas del norte de Nueva España*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla.
- NAYLOR, T. H. y POLZER, C. (1997): *The presidio and militia on the northern frontier of New Spain*, University of Arizona Press, Tucson.
- OCARANZA, F. (1939): *Crónica de las Provincias Internas de Nueva España*, Polis, México.

- OJEDA, J. d. (1968): «Descripción de la frontera de Chile», en *Revista chilena de historia y geografía*, 136, pp. 38-72.
- POWELL, W. P. (1977): *La Guerra Chichimeca (1550-1600)*, Fondo de Cultura Económica, México.
- PORRAS, G., (ed.) (1945): *Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado... D. Pedro de Rivera*, Porrúa, México.
- SALCEDO, M. y NARCISO, A. (1972): «Informe sobre las plazas fronterizas del reino de Chile», en *Revista chilena de historia y geografía*, 140, pp. 72-110.
- VARGAS, J. E. (1983): «Los Austrias y el Ejército de Chile», en *Revista Chilena de Historia del Derecho*, 9, pp. 355-370.
- VILLALOBOS, S. (2005): *Chile y su historia*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- VITAR, B. (1995): «Las fronteras "bárbaras" en los virreinos de Nueva España y Perú (Las tierras del norte de México y oriente del Tucumán en el siglo XVIII)», en *Revista de Indias*, 203, pp. 33-66.
- WEBER, D. J. (2000): *La frontera española en América del Norte*, Fondo de Cultura Económica, México.
- WEDDLE, R. S. (1991): *San Juan Bautista, Gateway to Spanish Texas*, University of Texas, Austin.
- ZAPATERO, J. M. (1985): «La Escuela de Fortificación Hispano Americana», en *Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas*, CEHOPU, Madrid.

Aportaciones de los coloquios de Jóvenes Investigadores en Historia y Arqueología Militar. Nuevas Perspectivas

MESA

Tropas y Unidades

LOS MARSOS: LOS MEJORES GUERREROS DEL EJÉRCITO ROMANO THE MARSII THE BEST WARRIORS OF THE ROMAN ARMY

Iñaki Sagarna Urzelai
Boise State University

Resumen: Los marsos son una y otra vez representados como valerosos guerreros por las fuentes clásicas, y esto, junto con los restos arqueológicos sustraídos de la Mársica desde la edad pre-romana, creó un estereotipo en la historiografía del siglo XX: los marsos como valerosos guerreros. Inicialmente temibles enemigos, luego fieles aliados y finalmente parte de las tropas romanas. Sin embargo, este trabajo plantea la deconstrucción de dicha imagen, concluyendo que los historiadores veintenos embutieron los restos arqueológicos a las fuentes, creando así una imagen prístina de la raza marsa. Este artículo argumenta que la estructuración de esta idea no es más que una estrategia política de marsos/romanos en la República Tardía, y dotar a los marsos como tales guerreros hasta la edad pre-romana una equivocación historiográfica.

Palabras Clave: Marsos, Roma Estereotipos, historiografía, guerra.

Abstract: The classical sources represent the Marsii, a small centro Italian *ethos*, as courageous warriors. Following the classical sources and alongside the archaeological findings of the 20th century scholarship has enforced the idea of the Marsii as a valorous pure warriors since the pre-roman period. First fierce enemies, then faithful allies and finally as good roman soldiers within the legions. This work, nevertheless, poses that the 20th century scholars following the classical sources and misreading the archaeological materials have imagined this *ethos* as a pure and brave warrior-like tribe since pre-roman era. Instead, the courageous warrior idea was a stereotype created to enforce a political strategy in the Roman Political Arena of the Late Republic.

Key Words: Marsii, Rome, Stereotypes, Historiography, War.

Introducción

El objetivo de esta ponencia es analizar la imagen de bravos guerreros que tienen las tropas marsas. Las fuentes antiguas describen, una y otra vez, a los marsos como un pueblo feroz y bravo. Acorde a estas fuentes, la historiografía considera a los marsos como un pueblo belicoso (Letta, 1972). Mi trabajo desmitifica esta idea, ya que no es más que una continuación de las fuentes clásicas, erróneamente interpretadas por autores modernos junto con la cultura material que se ha ido descubriendo en la actual Mársica, lugar donde habitaba esta tribu.

Antes de entrar en materia y una vez expuesto el objetivo de esta presentación, ofreceré una pequeña síntesis del trabajo. Según mi estudio, esta imagen de grandes guerreros se

crea especialmente durante el siglo I a.C. (todas las fechas son en a.C. a no ser que se especifique expresamente lo contrario), a pesar de que la historiografía del siglo veinte se lo proyecta hasta la Edad del Hierro. Para demostrar esta equivocación, primero, presentare quienes eran los marsos y como reclutaba a estos *socii* para el ejército romano. Después, analizaremos las fuentes clásicas sobre estas gentes y la cultura material perteneciente al área conocida como Mársica durante la República Tardía y el Imperio. Una vez expuesto el material ofreceré una discusión sobre las nuevas corrientes historiográficas que me permitirán desmitificar el arquetipo de los mejores y más valientes guerreros del ejército romano de la que disponen los marsos. Por último, concluiré brevemente y de forma clara las ideas principales de la presentación.



Fig. 1. Mapa del Centro De Italia c. 300 (Stek, 2009, p. 2).

¿Quiénes son los marsos?

Los marsos son un grupo étnico que habita la Italia central, alrededor del lago Fucino [Fig.1]. En lo que respecta a su identidad cultural, y siguiendo la tesis de Cesare Letta (1972, 2018), los marsos surgen alrededor del siglo V y mantienen una identidad propia hasta la incorporación romana. Aparecen en las fuentes por primera vez en el 340 (Liv., 8.6) y después de una ambivalente relación con los romanos estos los conquistan para el 304 (Liv., 9.45.18; Diod., 20.101.5). Aunque las fuentes citan un levantamiento que les cuesta tierras en 302/1 (Liv., 10.3.5), y otra escaramuza en 294 (Liv., 10.34.1), los marsos entran dentro del dominio romano para principios del siglo III, participando activamente y colaborando militarmente junto con los romanos (La Regina, 1989, pp. 399-401) pero manteniendo su autonomía como pueblo. Esta colaboración se mantiene firme durante la Segunda Guerra Púnica, donde los Marsos no se levantan contra Roma (Fronza, 2010, pp. 292) e incluso son voluntarios para invadir Cartago (Liv., 28.45.). Esta fructífera relación continúa (Liv., 33.36.10), hasta que las desavenencias causadas a

finales del siglo II y principios del siglo I estallan, causando así la Guerra Social, considerada como una guerra civil por los romanos durante el Imperio (Flor., 2.6; Sen., *Controv.* 10.5.). A pesar de perder esta guerra, los romanos incorporan a los itálicos sublevados en el cuerpo de su ciudadanía y poco a poco después de un siglo lleno de vaivenes los Marsos son asimilados hacia la vuelta del milenio dentro del proceso de municipalización, el cual es ajeno a la etnia marsa (Letta, 2018, p. 516)³⁵³.

Este es el resumen de la historia contada por los investigadores del siglo XX. Es una historia anacrónica, lineal de un fondo teórico poscolonialista, donde la vista pasa de ser romano-céntrica a nativista. De hecho, tanto Cesare Letta como Adriano La Regina, quien también sigue unos postulados parecidos, consideran a los Marsos como una estructura política firme, existencialista. Letta propone una estructura federal para los Marsos. En lo más alto, estaría la tribu o el *Nomen*. Un escalón por debajo se encontrarían las ciudades fortificadas, o también llamadas *oppida*. Y por último, dependientes de estas ciudades, pero con gran autonomía, tendríamos el habitat organizado en diferentes *vicus*. Por consiguiente, el modelo jerárquico creado por Letta es el siguiente: *Nomen-Oppidum-vicus*. Empezando por abajo, en cada *vicus* se elegiría un magistrado anual llamada *quaestor*. Como se ha citado previamente, esta magistratura ostentaría gran autonomía y autoridad respecto al *meddix* elegido en el *oppidum*. El *medicato* es una magistratura de origen Itálico, y sus funciones se parecerían mucho a la de los cónsules romanos. Se elegían dos al año y como la magistratura romana, el *medicato* ostentaría el poder judicial y ejecutivo (Letta, 1972). Encima de estos, en el nombre de toda la tribu se encontraría el mal conocido *cetur* [Ap. 1]. En una primera instancia, Letta considera a esta última como una hipotética magistratura elegida por los diferentes *meddices* (*meddix* en plural) en caso de guerra, para así actuar de forma unificada (2001, pp. 140-45). En una nueva revisión, Letta favorece la traducción de *cetur* como la de *ce(n)tur(iator)*. Este supuesto centurión, actuaría como un intermediario del *nomen* entre los Romanos y los Marsos en lo que respecta al reclutamiento (Letta, 2009, p. 73). En todo este entramado federal, la supuesta capital política de la etnia marsa se encontraría en el santuario de Angitia, hasta la creación de Marruvium a mediados del siglo I d.C. El culto de Angitia constituiría el mayor elemento aglutinador de la tribu (Letta, 2012, p. 386).

³⁵³ Tac. *Histories* 3.59 Los Marsos se alían con Vitelio en el año 69 d.C. ¿Existían todavía como pueblo o se crea una identidad a posteriori como plantea este trabajo?

Contrario a este modelo federal, pero con características similares, es La Regina. A pesar de que considera el santuario de Angitia como centro político-cultural de los marsos, señala la existencia de una autoridad nacional (La Regina, 1989, pp. 399-401). La teoría de La Regina se sustenta, sobre todo, en un epígrafe. La hoy perdida inscripción de Caso Cantavio³⁵⁴ [Ap. 2]. Esta es una ofrenda a Angitia (*Actia*) en nombre del general *Caso Cantovios Aprufclano* en favor de las legiones marsas (*pro l[ecio]nibus Mar/tses*). Según la teoría de La Regina, los marsos participaron junto con los romanos en la batalla de Sentino de 295, que enfrentó dentro de la conocida Tercera Guerra Samnita (298-290)³⁵⁵, a los Samnitas junto con los Etruscos y Senones contra los Romanos y sus aliados. Debido a la trascendencia de la batalla, los romanos convocaron a todos sus aliados y los marsos acudieron fielmente.

No se ha realizado todavía ningún estudio basado en la identidad cultural contradiciendo estas dos ideas, pero algunos trabajos sí que han criticado indirectamente las teorías formadas durante el siglo XX. Uno de los mayores críticos es Tesse Stek (2009). Su tesis doctoral, luego convertido en libro, versa sobre el cambio cultural-religioso acaecido en la Italia central y la agencia romana en esta última, analizando el modelo pagano-vicario, o *pagus-vicus* en latín. De una forma simple y sin entrar en la problemática teórica, estas dos palabras representan instituciones que actúan como elementos aglutinadores de la población en el área rural. Edward T. Salmon las ha considerado como la *inmemorial Italic institution* (Salmon, 1967, p. 79). En contra, Stek argumenta que las dos instituciones, tanto la *pagus* como la *vicus* son instituciones coloniales romanas. Entonces, el área de la Mársica, donde no ha encontrado ningún *pagus*, los *vicus* pertenecerían directamente a la colonia de Alba Fucens. Letta acepta el origen colonial de los *pagi*, pero mantiene la naturaleza indígena de los *vici* (Letta, 2018, p. 514).

De vuelta a examinar la identidad cultural Marsa, Stek analiza el modelo político arriba descrito creado por Letta desde el siglo IV hasta el I, considerándolo como demasiado uniforme y lineal, además de poscolonialista, donde Letta solo cambia el modo de ver a los marsos y no analiza su identidad de una forma global (Stek, 2009, pp. 154-168). El ambiente socio-político y cultural nada tiene que ver durante los tres siglos, y por eso, no

³⁵⁴ Caso Cantovio/s Aprufclano cei/p(ed) apur finem [e]/ Calicom en ur/bid Casontoni/a/ socieque dono/m atolero Actia/ pro l[ecio]nibus Mar/tses

³⁵⁵ La nomenclatura de la Tercera guerra Samnita es una creación historiográfica. La mantengo para entender su contexto aunque repito que es una creación arbitraria moderna.

todas las epigrafías se pueden entender del mismo modo. De hecho, Stek nombra especialmente una epigrafía encontrada cerca del territorio de Marruvium dedicado a los dioses *Di Novensides* [Ap. 3]. Escrita en alfabeto latino, pero en lengua marsa, Letta la considera perteneciente a un renacimiento cultural marso para oponerse a los romanos antes de la Guerra Social (Letta, 2018, p. 513), en cambio Stek opta por vías alternativas sin nombrar alguna. Por ejemplo, una podría constituir una dedicatoria religiosa local, y por eso mismo, escrita en la lengua marsa.

Siguiendo la crítica de Stek sobre el modelo marso, se puede aplicar a los Marsos la tesis de Rafael Scopacasa (2015a) teorizada para el caso de los samnitas. La identidad tribal es maleable y contextual sirviendo para dirigir esfuerzos supralocales, especialmente en esfuerzos de guerra. Así, esgrimiré la idea de que la identidad marsa, al igual que la identidad samnita, es un conducto para agrupar esfuerzos colectivos en beneficio de las elites (Scopacasa, 2015a, pp. 164-5). Con todo esto, no quiero negar la existencia de una identidad marsa, ya que este conducto no nace de la nada y necesita de mínimos comunes para cristalizar. Pero, es necesaria afirmar que los marsos no han sido en ningún momento una unidad política compacta y estable.

Aunque las evidencias son muy escuetas, trataremos de construir un modelo para entender la organización de estas gentes que vivían alrededor del lago Fucino desde el V siglo hasta la conquista romana. Primero, es importante tener en cuenta que el mayor signo de identidad grupal hasta el II y I siglo no era la tribu o etnia, sino la ciudad (Bradley, 2000), o un área determinada controlada por una aristocracia y una estructura social muy jerarquizada, en parte hereditaria como es el caso marso. Para estas circunstancias, Terranato (2005) propone un modelo similar al feudal, donde la clientela privada era la clave del poder. Varias esculturas en el área de la Italia central ayudan a dar cuerpo a esta tesis. La más famosa de todas es la conocida como “El guerrero de Capestrano” [Ap.6]. Recuperada en 1934 de forma fortuita en la localidad de Capestrano, zona Vestina, y tiene 2,09m de alto. Cronológicamente data del siglo V-IV, y aparte del gran sombrero cuenta con armadura de tipo *kardiophylax*, una espada corta, un hacha y un cuchillo entre otras cosas. En el pilar de la estatua se lee la siguiente inscripción: *Makupri koram opsút aninis rakinevíi pomp[úne]í* (Crawford, 2011, pp. 196-201). En lo que respecta al área marsa, cuenta con dos esculturas descubiertas de forma conjunta en el área de Collelongo. La más conocida se llama “le gambe del diávolo,” [Ap. 4] ya que solo se conservan las piernas. El otro es un torso femenino [Ap. 5]. Estilísticamente se

pueden datar hacia el V-IV siglo, y los dos son de una tipología similar a la escultura encontrada en Capestrano (Letta, 2018, p. 511). Además de las esculturas, la cultura funeraria que analizaremos más adelante es muy similar y por estas dos razones se puede deducir que las culturas del Piceno y de la Mársica tienen una misma forma de organización política liderada por Señores de la Guerra, que serían aquellos que representan estas esculturas.

Esta afirmación sobre los Señores de la Guerra proviene de la lectura de la inscripción del pilar de la estatua del Guerrero de Capestrano. En ella la palabra *Raki*, anteriormente traducida como el latín *rex*, o rey (La Regina, 1989, pp. 302-4), ahora se interpreta como *príncipes* (Crawford, 2011, pp. 196-201)³⁵⁶. Entonces, este príncipe equivaldría a un Señor de la Guerra, donde las estructuras de poder, como en la época feudal, se organizan de forma privada y personal. Las lealtades le corresponden solo a él y no a ninguna etnia o poder público alguno. Para la obtención de este “cargo” o prestigio, la herencia familiar importaría, pero los méritos militares del señor serían determinantes.

Dicha estructura social sufre un cambio considerable durante el IV y III siglo. Las aristocracias empiezan a organizar nuevas formas de legitimización. En lugar de dirigir el gasto hacia las esculturas, o a modelos funerarios costosos, las élites invierten en elementos más comunales, como son los santuarios. Así lo atestigua tanto la epigrafía como la arqueológica. Las necrópolis desaparecen o se vuelven menos ostentosas. En estas solo se entierran grupos de sub-élite tratando de conectarse con antepasados gloriosos, las verdaderas capas altas utilizarán la cremación (Scopacasa, 2015b)³⁵⁷. El cambio de comportamiento también coincide con la aparición de inscripciones donde las magistraturas “públicas” son cada vez más aparentes. Las previamente citadas magistraturas como el medicato por ejemplo coinciden cronológicamente con las primeras fases de los recintos sagrados. Así, podemos percibir la creación de estructuras más centradas en las *oppida*. Esto no quiere decir que las anteriores relaciones privadas desaparezcan. Dichas relaciones privadas son determinantes en la estructuración de las nuevas entidades e incluso se refuerzan y perpetúan más a través de las magistraturas públicas, ya que el monopolio de las magistraturas se restringe a unas pocas selectas familias (Letta, 2009 pp. 78-82).

³⁵⁶ Se traduce como *príncipes*, siguiendo la idea de que *Nerf* también se refiere a *príncipes*.

³⁵⁷ Ver abajo, la necrópolis de Corvaro es la única excepción que sigue en activo. Seguramente sea un intento de estos grupos de sub-élite para tratar legitimar su posición recordando un ancestro importante en la comunidad.

Estas etnias debido a la influencia romana, o mejor dicho a la colonización, se van estructurando más y más hasta crear los territorios de las etnias parecidas a como las conocemos en la edad Imperial. Las etnias como la marsa se estructuran así por proximidad geográfica y tradición política constituyendo un canal muy útil con fines político-militares. Eso sí, las características con las que las conocemos se crean sobretudo en la República Tardía y eso oscurece su estudio anterior, ya que estas etnias son mucho más fluidas de lo que hemos creído previamente.

En resumen, la identidad Marsa no se puede considerar como una unidad política ni suponerle las características creadas durante un tiempo como sería en la República Tardía y el Imperio aplicándoselas hasta el III o incluso hasta el V siglo como un continuo. No se sostiene a la luz de las nuevas evidencias. Con esto no quiero decir que la etnicidad marsa no existiese, pero era algo muy diferente en el siglo IV y durante el Imperio. Es pertinente recalcar que nunca fue una unidad política como tal.

Reclutamiento: ¿*Ex formula togarum*?

De acuerdo con las fuentes, los marsos son aliados de los romanos para el inicio del III siglo, pero en esta afirmación entendemos a los marsos como una estructura política impermeable y es así como han sido interpretadas las formas de reclutar a los marsos para el ejército romano. Dos instituciones totalmente estructuradas donde las magistraturas públicas como los cónsules y *cetur*, según Letta, organizaban y negociaban lo relacionado a las fuerzas militares.

Desafortunadamente, las evidencias para tratar de esclarecer la forma de alistamiento de los romanos son muy escuetas. Por una parte, se ha creído que los romanos asignaban levás numéricas dependiendo de la forma de alianza, *foedus*. Más tropas si esta era desfavorable, *iniquum*, y menos exigencias si esta era favorable, *aequum*. En el caso de los marsos, y aunque nunca se mencione explícitamente, Letta argumenta que estos sufrieron un *foedus iniquum* (Letta, 1972), ya que los romanos les privaron de tierra a los marsos.

Establecidos las cotas en el *foedus*, estas se reclutaban a través de la *ex formula togarum* y la historiografía ha tratado de explicar dicho mecanismo como una lista anual creada por los cónsules (Alan Kent, 2018, pp. 260). Dicha forma de alistamiento solo aparece de manera completa en una inscripción de la *Lex agraria* del año 111 (Crawford, 1996, 1.115). Asimismo, en las fuentes solo Livio recoge el término *formula* y el concepto

se menciona únicamente en tres ocasiones (Liv., 22.57.10; 27.10; 29.15.13). En las tres atestaciones las levas se relacionan con los latinos, sin referenciar ningún otro aliado.

A pesar de que la relación entre la *formula* y el reclutamiento queda claro, debido a las exiguas menciones la interpretación arriba mencionada no es convincente. Por ello, este término ha sido contestado. Para empezar, los conceptos de *foedus aequum* e *iniquum* interpretadas en clave de tratado favorable/desfavorable no son viables, ya que pertenecen a una retórica tardía de acontecimiento recogidos a posteriori, dos e incluso tres siglos más tarde (Sanchez and Sanz, 2016). Además, un nuevo análisis de las fuentes sobre los aliados romanos que toman parte en las contiendas junto con las legiones parece sugerir que los aliados romanos eran aquellos que tenían interés en la misma contienda, ya que el tratado con los romanos no exigía obligatoriedad alguna de asistencia (Rich, 2008). Igualmente, la influencia romana no era suficientemente fuerte como para ejercer una obligatoriedad militar a los aliados, no por lo menos antes del siglo III, hasta la Segunda Guerra Púnica (Alan Kent, 2018, pp. 260-1).

Una vez ganada la contienda contra los cartagineses observamos, gracias a Polibio (2.24), la gran cantidad de las levas Italianas disponibles para la guerra³⁵⁸ de los romanos, aun cuando no quedando claro si es un censo que se realiza anualmente. Apreciamos así, una consciencia romana para censar las cuantías aliadas de las que dispone. Tampoco se sabe a ciencia cierta si se establecen contactos con las etnias o no, pero lo cierto es que si esto ocurre, es a las aristocracias a las que se recurre a por hombres. Por eso, aunque las formas pueden ser cada vez más formales, las redes clientelares privadas Italianas constituyen todavía y hasta la incorporación total de los Italianos en el cuerpo romano como piezas clave en este proceso. Así, la voluntad se entiende siempre en clave de los beneficios que le puede acarrear la contienda o la coacción romana por miedo a las posibles represalias.

En definitiva, no existe una manera formal y continua de reclutar aliados, la idea del alistamiento militar a través de la *ex formula togarum* basaba su mayor en la existencia de dos unidades políticas que negocian como dos estructuras. En contra, las agencias aristócratas privadas y sus redes clientelares son esenciales tanto en los siglos más antiguos como incluso antes y después de la Guerra Social en las que las estructuras publicas dependen en parte de estas. Por último, a pesar de discutir la voluntad aliada

³⁵⁸ Marsos, marrucinos, vestinos, frentanos 20.000 infantes y 4.000 caballeros. Extraña la gran cantidad de caballeros, seguramente sea una errata y quisiera decir 40.000 infantes manteniendo el ratio de un caballo sobre 10 soldados a pie.

como clave, los recursos militares de la península si estaban en gran medida a merced de la voluntad romana, pero el matiz que se les aplica es importante y la capacidad de maniobra de los aliados es sumamente grande.

Evidencias literarias

Las fuentes romanas mencionan a los marsos de forma parcial. Una y otra vez, se les nombra como parte de una narración más amplia y no son nunca protagonistas de ninguna obra, ni siquiera de ningún capítulo. A pesar de todo, contamos con menciones suficientes para concretar ciertas conclusiones como que los marsos son representados como guerreros o/y hechiceros por las fuentes clásicas. En este trabajo, nos interesan las menciones relacionados a la actividad guerrera y podemos clasificarlas las referencias en tres grupos que coinciden cronológicamente. En el primero, encuadramos las citas del siglo II. El segundo de los grupos comienza con la época tardo-republicana y termina en la época imperial de los Julio-Claudios. El último grupo, sigue desde el siglo II d.C. hasta la Antigüedad Tardía. Este último es la continuación de las imágenes creadas en la segunda cronología, con una nimia variación.

El primero de los grupos presenta ciertas dificultades. No existe ninguna obra completa de esta cronología, y nos quedan citas escuetas y casi fuera de contexto recogidas por autores de siglos posteriores. La cita más antigua que se conserva es una nota atribuida al poeta Ennio y recogida por el Galo-Romano Pompeyo Trogo en el siglo primero mencionando simplemente a las tropas marsas, la cohorte peligna y los soldados vestinos (*Marsa manus, Paeligna cohors, Vestina virum* (Pompeius, ap. G.L., V, 303, 19 K.)).

La siguiente mención corresponde al afamado senador Catón el Viejo. En esta ocasión, la cita es recogida alrededor del siglo VI d. C. por el gramático latino Prisciano. En ella dice que las tropas marsas mataron al enemigo antes que los pelignos y por ello son llamados marrucinos, de una distorsión del nombre marso (*Marsus hostem occidit prius quam Paelignus, don propterea Marrucini uocantur, de Marso detorsum nomine* (Cato. Prisc. Inst. 53).

Como apreciamos, estas citas solo mencionan a los marsos en una situación de guerra, algo normal para aquel entonces. A pesar de que parezca que los marsos son guerreros y vistos de una manera positiva, en estas primeras menciones no hablan específicamente de ningún valor extraordinario.

En la segunda de las cronologías es donde nos encontramos con una gran cantidad de menciones al valor guerrero de los marsos. Como se ha dicho anteriormente, estas referencias aparecen durante los últimos años de la República y principios del Imperio.

Estrabón en el quinto libro de su famosa composición, *Geografía*, nos habla de los vestinos, marsos, pelignos, marrucinos y frentanos, todas ellas pequeñas naciones, pero muy bravos como se lo han demostrado a los romanos en varias ocasiones. Primero como enemigos, luego como aliados y una tercera vez en busca de la libertad y los derechos de ciudadanía (5.4.2.: ἔστι δὲ τὰ ἔθνη ταῦτα μικρὰ μὲν ἀνδρικότατα δὲ καὶ πολλάκις τὴν ἀρετὴν ταύτην ἐπιδεδειγμένα Ῥωμαίοις). En la *Historia natural*, Plinio el Viejo considera a estas tribus encuadradas en la región IV Augusta como las más fuertes gentes de Italia (3.106 *Sequitur regio quarta gentium vel fortissimarum Italiae*). Y Tito Livio dice de las mismas naciones que son tan dados a la guerra como los samnitas (8.29.4: *et erat genus omne abunde bello Samitibus par, Marsi, Paelignique et Marrucino, quos, si Uestinus attingeretur, omnes habendos hostes.*). Horacio también menciona a las cohortes marsas (Horace Odes 2.20.19), pero es Virgilio en las *Geórgicas* donde les atribuye la idea de guerreros valerosos a los Marsos junto con los Sabinos (2.167: *Haec genus acre virrum, Marsos*). De nuevo, Virgilio, esta vez en el séptimo libro de su obra más conocida, la *Eneida*, nos habla de un sacerdote guerrero de Marruvio, Umbro, que fue enviado al frente por el rey Archippe, figura mítica y considerado fundador de los marsos. Con su canto podía hacer dormir a las serpientes y curar heridas con su veneno. A pesar de sus habilidades no pudo con la espada Troyana y será llorado en la orilla del Fucino en la tumba de Angitia [Ap.7]. En esta narración convergen los dos míticos estereotipos marsos: el arquetipo guerrero y hechicero de las serpientes.

En tercer lugar, desde el siglo II d.C. hasta la Antigüedad Tardía las fuentes siguen representando a los marsos como habilidosos soldados. Appiano, narrando la Guerra Social o Mársica, como una guerra civil dice que nunca los romanos han tenido una victoria sin o contra los marsos. (*Bell.Civ.* 1.46.: πρότερον οὔτε κατὰ Μάρσων οὔτε ἄνευ Μάρσων γενέσθαι θρίαμβον). Appiano solo nombra a los marsos, y esta es la única ocasión donde los marsos son descritos individualmente como excelentes guerreros, en todas las demás referencias aparecen en conjunto con al menos otra etnia centro-Itálica. Por último, en el siglo V d.C., el gran estratega Vegetio en su compendio militar nos cuenta que los hombres de los países de lacedemonia, Atenas, marsos, pelignos, samnitas ni los propios romanos han degenerado en valor [Ap. 8].

También Letta, resalta que el nombre de Marte, dios de la guerra romana, dio origen al nombre de los marsos, así creando una idea de simbiosis entre el carácter guerrero de la deidad y los marsos (Letta 1972, p. 28: *anche per Marte, il cui nome appare legato a quello dei Marsi*),³⁵⁹ pero esta idea es totalmente cosecha propia del autor basándose en muchas de las evidencias arriba descritas

Concluyendo, tenemos un primer grupo donde los marsos aparecen relacionados con la actividad guerrera, *hostem* y *cohorts* pero no se da ningún adjetivo de valor. En el segundo grupo, los marsos son caracterizados como bravos y valerosos guerreros, *acre virrum* y *gentes fortissimas*, pero siempre junto con más gentes. Y en el último grupo, la imagen que se crea en el segundo grupo se mantiene, pero en esta ocasión, en la cita de Apiano se les concede esta valoración de grandes guerreros de forma individual, pero solo esa vez y hablando sobre la Guerra Mársica, que él considera una guerra civil.

Evidencias arqueológicas

En lo que respecta a la arqueología, los restos materiales que nos encontramos por la zona de influencia marsa son cuantiosas. El área consta de tres necrópolis excavadas con metodología arqueológica, y diversas colecciones privadas y públicas en las que destaca la colección Torlonia. Por desgracia, como muchas colecciones recuperadas antes del tercer cuarto del siglo XX contienen una lectura problemática, ya que las piezas no tienen contexto y muchas veces no se sabe ni siquiera de su procedencia.

La colección Torlonia se llama así debido a la familia que durante generaciones ha coleccionado obras de arte del mundo clásico, y en 1875 abrió un museo exponiendo varias obras. La familia también ostenta el título del príncipe de Fucino, ya que unos de sus integrantes, Alessandro Torlonia, financio los trabajos del drenaje de dicho lago durante 1862-75. A la colección pertenecía el ahora perdido y arriba citado cinturón de Caso Cantavio. También cuenta con armas de la Edad del Hierro, VI-V siglos, y monedas de cuña Griega datadas durante los siglos IV-III y producidas en el área de la Magna Grecia, para ser más exactos en Neapolis y Fistelia (Campanelli, 2001, p. 183). Entre las armas defensivas destacan dos cascos. Una data del siglo VI, un casco con tachuela y la otra tipo Negau, de la variante Vetulonia (Campanelli, 2001, pp. 51-2.) [Ap. 9]. En cuanto

³⁵⁹ Marte como deidad se basa en la idea de que en la mayoría de las *Ver Sacrum* o historias de origen centro Itálicas, es a Marte a quien se le ofrece la prole.

a las armas ofensivas, destaca entre las espadas una de bronce y 64 cm de largo muy bien conservada del tipo Alerona [Ap.10] (Campanelli, 2001, pp. 46-8).

Parece claro que muchas de estas piezas provienen de alguna necrópolis, y se ha llegado a proponer la expoliada de Tara-Avezzano. Por desgracia, solo las podemos clasificar de una forma tipológica ya que no tienen contexto arqueológico alguno. Afortunadamente, desde 1980 las nuevas campañas arqueológicas han descubierto nuevas necrópolis. Ahora contamos con tres cementerios en el área de influencia de la raza marsa. Por un lado, tenemos el gran túmulo de Corvaro [Ap. 11] de cuarenta seis metros de diámetro y se encuentra en la localidad del mismo nombre. Este gran túmulo no es un descubrimiento nuevo, pero recientemente se han realizado campañas con metodologías modernas. En total se han encontrado 360 individuos, clasificables en tres grandes grupos cronológicos. Un primer túmulo de once metros parece ser el testigo más antiguo. Erigido durante el noveno y siglo VII, predominan las tumbas masculinas con puntas de lanza. Este primer túmulo fue derruido para hacer sitio a la segunda época que data del VI y V siglo. Siguen predominando las sepulturas “guerreras”. La última época es de un lapso temporal de tres siglos, del IV al I siglo. El túmulo constituye un *unicum*, ya que al contrario que los cementerios aledaños, no solo no sigue en pie sino que el gran túmulo sufre un inmenso incremento en las inhumaciones. Además, las armas desaparecen del ajuar funerario. (Alvino, 2011, pp. 63-70).

El caso de Scurcola Marsicana [Ap. 12] es diferente. Descubierto en 1984 cuando se realizaban trabajos de canalización, contiene trece túmulos de un diámetro entre cuatro y once metros con treinta tres inhumaciones y activo desde el siglo IX hasta el V. Las deposiciones masculinas se pueden describir como inhumaciones “guerreras”, ya que contienen lanzas y puñales. Mientras tanto, las inhumaciones femeninas gozan de ornamentos como fíbulas y elementos para coser. Resalta la deposición de mujeres en una localización preeminente de los túmulos, es decir en el centro.

Por último, la necrópolis más moderna se encontró entre Chiusa dei Cerri e Brecciaradi Avezzano, Cretaro en el año 2009. Excavado por Emmanuela Ceccaroni se descubrieron un total de treinta nueve deposiciones femeninas divididas en dieciocho tumbas localizadas en tres secciones de una datación problemática, pero seguramente pertenecientes a los siglos VII y V (Ceccaroni, 2012, 382). Catorce de las dieciocho sepulturas contienen un particular anilla alrededor de las cabezas. [Ap.13], pero este hecho no es lo más significativo del yacimiento. Los discos de bronce, conocidos como

stolai [Ap.14] son significativos ya que iconográficamente coinciden con los dibujos grabados en la coraza o *kardiophylakes* del guerrero de Caspestrano y por ende, son claramente símbolos de poder. Gracias al descubrimiento y la pertenencia del *stolai* a estas a mujeres, se ha diluido un viejo debate historiográfico. Este descubrimiento confirma que los *stolai* son ornamentos femeninos y no corazas de guerreros como se ha estado discutiendo hasta ahora.

No solo nos encontramos con una cultura material interesante dentro de la Mársica. Fuera de ella, en el territorio de Cartago se encontró una estela mortuoria escrita en Púnico que dice “La sepultura de Bodmelqart, hijo de Estanis, hijo de Akhis e hijo de Paqi el trabajador de metales” [CIS 5984, Ap.15]. Resalta el último nombre, Paqi y trabajador de metales. La metalurgia es una de las actividades más conocidas de la Marsica. Se cree que muchos de los *kardiophylakes* y *stolai* eran producidos en ella, e incluso se ha solido recalcar el territorio de los marsos como el posible punto de origen de dichas vestimentas (Letta, 2018, pp. 509-10). Igualmente, el nombre de Paqi parece tener un origen centro Itálico, y hay suficientes inscripciones con onomástica similar en la mársica como para suponer que este Paqi podría provenir de ella.

En resumen, la cultura material indica la aparición de numerosas armas por parte de las deposiciones masculinas y elementos de ornamentación en lo que respecta a las sepulturas femeninas, pero a excepción de Corvaro todas las demás necrópolis cesan su actividad para el siglo V. Sobresalen también las monedas de origen griego como exvotos en la Mársica durante los siglos IV y III. Por último, la inscripción púnica resulta muy significativa para explicar, como veremos en la siguiente sección, las monedas griegas.

Discusión

En esta sección analizaremos como se constituye la idea del marso como guerrero valeroso. Tomando de referencia las citas literarias y una vez constatado que en toda la zona de la Itálica central se descubrían esculturas y tumbas con simbología guerrera, los expertos del siglo XX no dudaron en concluir que dicha imagen descrita en las fuentes iba acorde con las evidencias materiales: Sociedades patriarcales de guerreros bravos y feroces. Además, la falta de urbanización hasta bien entrado el Imperio reforzó la dualidad de ciudad-civilización por un lado, zona rural-bárbara y subdesarrollada por el otro. En una de las grandes recopilaciones de la Historia de Roma el historiador americano Tim Cornell (1989, p. 353) tacha a la región Apenínica de zona atrasada donde la vida se

suplementaba gracias a la guerra y al saqueo [Ap.16]. También resulta característico de esta idea la construcción que hace Letta (1972, p. 99) de los marsos guerreros y encantadores de serpientes como forma de disuasión de enemigo durante la Guerra Social siguiendo únicamente la mención arriba descrita de Virgilio [Ap. 7] donde describe el guerrero-sacerdote Umbro. Pero como hemos visto esta equiparación solo ocurre una vez, y en una época muy tardía, casi medio siglo después de la Guerra Mársica.

Tenemos así mitificada y perpetuada una idea de zona rural atrasada donde las gentes practicaban la guerra como forma de vida, y por eso, su valor se sobrepone a las más civilizadas gentes de la ciudad. La tesis de Emma Dench, luego convertido en libro (1995) analiza la tradición Greco-Romana centrándose en la representación de las gentes centro apenínicas. Aquí relata como las imágenes de la ciudad corrupta contra área rural pura es una invención de la tradición literaria clásica. Además, dichas imágenes no son solo unidireccionales desde la postura del conquistador al conquistado, sino que las elites nativas las explotan para beneficiarse en la arena de la política romana (Farney, 2007).

Dench enfatiza la idea de que las relaciones políticas en el momento de escribir sobre las gentes no romanas son claves. Sera positiva si son aliadas, y negativas al ser enemigas. Además, la misma imagen, o *topoi*, como las gentes montañosas puede traducirse en una imagen negativa, o positiva. Montañosos salvajes y despiadados o píos e incorruptibles seres primitivos. Es en el segundo grupo de referencias, cuando los marsos son ya ciudadanos romanos *de iure*, que se crea esta idea de guerreros valerosos. Queda en la memoria romana la actitud marsa en la época de la Guerra Mársica y según Dench (2005, p. 63) para facilitar la incorporación de las gentes centro Itálicas los autores romanos construyen la idea del bárbaro prístino. Dentro de la imagen del bárbaro prístino exista un agricultor-soldado incorrupto de las influencias de la ciudad. Esta ideología empleado por los voceros imperiales también es explotada de nuevo por las élites marsas³⁶⁰ para vender sus credenciales políticas en Roma. Así cuentan con cierta acreditación retórica, para postularse a las magistraturas en la ciudad de Roma.

Una vez aclarada la razón detrás de la creación de las imágenes de los guerreros marsos, vamos a interpretar las tumbas “guerreras” de los siglos anteriores al IV siglo. Los ajuares funerarios no representan *de facto* la actividad realizada por el individuo en cuestión durante su vida. Es más, casi en todas las sociedades la cultura funeraria representa la posición y rol social del difunto. En este caso, nos encontramos con niños

³⁶⁰ La imagen de hechiceros es posiblemente explotada tanto por las clases altas y las bajas.

con armas como objetos funerarios. Muchos contienen puntas lanzas como los adultos. Además, estudios osteológicos demuestran que muchos de los adultos que contienen dichas armas no representan ningún tipo de lesión por la actividad guerrera. Se aprecia una clara jerarquización entre individuos que se llevan a la tumba espadas o lanzas, siendo estas primeras mucho más ostentosas. Por eso, podemos afirmar que la cultura “guerrera” de la Edad del Hierro corresponde a una representación social del inhumado. Las armas son emblemas de rango y no una representación literal del día a día del finado.

Con todo esto no quiero decir que la guerra no tenía importancia durante esta época, ni que no se practicara. En este sentido, dentro de la cultura material hemos descrito un tipo de *exvoto* que merece nuestra atención. Son monedas de las ciudades griegas de *Fistelia* y *Neapolis*. Se solían utilizar como pago de las unidades mercenarias. Un gran trabajo de Gianluca Tagliamonte (1994) muestra claramente la naturaleza mercenaria de los marsos junto con otros pueblos centro Itálicos. Tagliamonte considera todavía erróneamente a los marsos como una tribu seminómada dedicada a la guerra y el pastoreo, pero sus argumentos, sosteniéndose en las fuentes antiguas y la epigrafía resulta convincente. Hay que añadir al trabajo de Tagliamonte el epígrafe encontrado en Cartago. *Paqi el trabajador de hierro*, el cual sería un jefe mercenario del área centro apenínica que fue a combatir a la metrópoli púnica como tal (Bourdin, 2012, p. 568).

Conviene recordar que el mercenariado era una actividad normal dentro de Grecia y Roma en esta época, por lo que se conserve la memoria de esta actividad en época histórica no tiene ninguna importancia, ya que resultaría anacrónica.

En la sección de la cultura funeraria, solo hemos discutido los enterramientos masculinos, pero los académicos del siglo anterior también incurren en otro error al interpretar la figura femenina en la sociedad marsa. Aunque es verdad que no tenían ni mucho menos las evidencias que tenemos ahora, consideraban a las mujeres como las doncellas de la montaña (Salmon, 1967, p. 57: [...] *the maids of the mountains*), creando una imagen dicotómica del macho guerrero y mujer fuerte pero ama de casa. La primera en criticar esta dualidad fue Amy Richardson (2009). Asegura que el ajuar femenino, como el masculino, corresponde a un marco ideológico con una gran significación social y estas ofrendas no se limitan a un ámbito doméstico. Faustoferri (2015) gracias al nuevo descubrimiento de la necrópolis de Cretaro, teoriza la posibilidad de que estas mujeres pertenecían posiblemente a una casta sacerdotal. La iconografía de las *stolai* es un claro indicador de símbolos de autoridad, y por eso, estas mujeres tendrían un gran prestigio

como un rol social pertinente dentro de la comunidad. Igualmente, las anillas con las que fueron enterradas alrededor de la cabeza y el ajuar, cuchillos y parrillas pequeñas, refuerzan la pertenencia de estas a ritos sagrados. Además, hasta ahora nunca se han estudiado las esculturas femeninas que se han encontrado en el área. Tenemos como ejemplo el ya presentado torso de Collelongo, pero cerca del Guerrero de Capestrano también se encontró otro torso femenino [Ap.17]. Solamente se las ha considerado como parejas de la talla masculina. Este hecho resalta la visión patriarcal con la que se ha enfocado el estudio cultural marso y que ha ayudado a perpetuar la idea de una sociedad en donde los hombres practicaban la guerra mientras las mujeres se ocupaban de los quehaceres diarios.

Conclusión

La existencia del ideal del bravo guerrero marso desde la Edad del Hierro hasta los tiempos romanos es más una construcción de los autores de la época Tardo Republicana-Imperial y así asimilada por la historiografía del siglo XX más que un hecho histórico real. Con esto no quiero negar, ni mucho menos, que los marsos, o mejor dicho, las gentes consideradas marsas, practicaban la guerra. Seguramente había unidades mercenarias antes del siglo IV, pero el arquetipo de guerrero feroz y valeroso corresponde al juego Político Romano que se crea alrededor del siglo I y se sigue repitiendo en la literatura latina, petrificándolo.

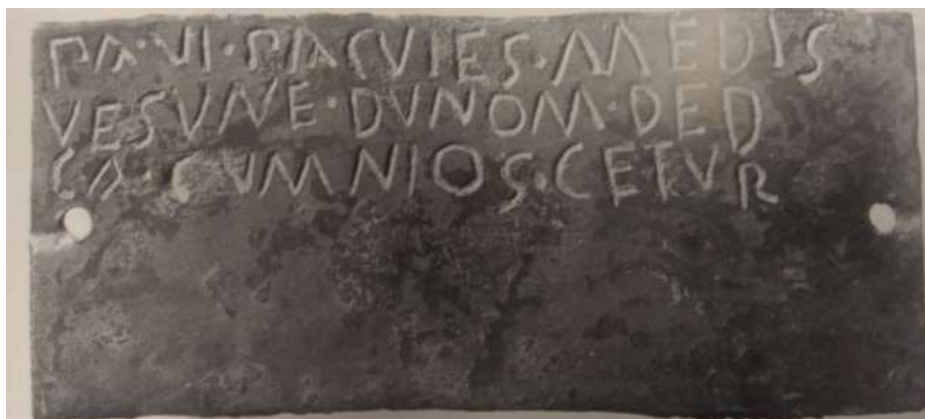
Así pues, durante el siglo XX los expertos perpetúan estas imágenes de las fuentes clásicas en la misma medida que los eruditos del medievo y época moderna. Los restos arqueológicos se analizan, erróneamente, a la luz de las evidencias literarias clásicas. Aunque, como hemos visto, las fuentes no comienzan a hablar de guerreros valerosos hasta el siglo I. Además, las armas de la cultura funeraria son claramente emblemas correspondientes a un ideario, y no tienen que representar las actividades de los difuntos. Por último, queda desmitificar la dualidad de género entre los montañeses guerreros/ama de la casa de las sociedades apenínicas. El rol social femenino es bastante más relevante que simples doncellas de estos ideales guerreros marsos.

Bibliografía

- ALVINO, G. (2004): Alvino, «Il tumulo di Corvaro di Borgorose», en LAPENNA, S. (Eds.): *Gli Equi tra Abruzzo e Lazio*, Synaps, Sulmona, pp. 61–76
- ALAN KENT, P. (2018): «The Italians in the Roman army», en FARNEY, G. & G. BRADLEY (Eds.): *The Peoples of Ancient Italy*. De Gruyter, Boston, pp. 255-68.
- BOURDIN, S. (2012): *Les peuples de l'Italia preromaine: identities, territoires, et relations inter-ethniques en Italia centrale et septentrionale*, Ecole française de Rome, Rome.
- CAMPANELLI, A. (2001): *Il Tesoro del Lago. La collezione Torlonia*, Carsa, Pescara.
- CECCARONI, E. (2012): «La necropoli in loc. Cretaro-Brecciara di Avezzano (AQ): primi dati e nuove prospettive», en *Quaderni di archeologia d'Abruzzo* 2 (2010), pp. 341-6.
- CORNELL, T. (1989): «The conquest of Italy», en CORNELL, T. *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, Cambridge, pp. 351-419.
- CRAWFORD, M. (2011): *Imagines italicae: a corpus of Italic inscriptions*. Cambridge, Cambridge.
- DENCH, E. (1995): *From Barbarians to New Men. Greek, Roman and modern perceptions of peoples of the central Apennines*, Oxford, Oxford.
- DENCH, E. (2005): *Romulus' Asylum: Roman Identities from the Age of Alexander to the Age of Hadrian*, Oxford, Oxford.
- FARNEY, G (2007): *Ethnic identity and Aristocratic competition in the Roman Political Arena*, Cambridge, Cambridge.
- FAUSTOFERRI, E. (2015): «Woman in warrior society», en PEREGO, E. & R. SCOPACASA *Burial and Social Change in First Millennium BC Italy: Approaching Social Agents*. Oxbow, London.
- LA REGINA, A. (1989): «I Sanniti», en SCHEIWELLER, M. (Eds.): *Italia omnium terrarum parens*, Vanni Scheiwiller, Milano, pp. 301–432
- LETTA, C. (1972): *I Marsi e il Fucino nell'antichità*. Cisalpino-Goliardica, Milano.
- LETTA, C. (2018): «The Marsi», en *The peoples of Ancient Italy*, pp. 509-519.
- RICH, J. (2008): «Treaties, allies and the Roman conquest of Italy», en SOUZA, P. (Eds.): *War and peace in ancient and medieval history*, Cambridge, Cambridge, pp. 51-75.

- RICHARDSON, A. (2009): «*Montani atque agrestes*” or *Women of substance?*»,
DRIESSEN, M. (eds.) (2009) *TRAC 2008: Proceedings of the 18th Annual
Theoretical Roman Archaeology Conference*, Oxbow Oxford, pp. 127-141.
- SALMON, E. (1967): *Samnium and the Samnites*, Cambridge, Cambridge.
- SCOPACASA R. (2015a): *Ancient Samnium: settlement, culture, and identity between
history and archaeology*, Oxford, Oxford.
- SCOPACASA, R. (2015b): «Falling behind: access to formal burial and faltering elites
in Samnium (central Italy)», *Burial and Social Changes*, pp. 227-248.
- SANCHEZ P. y SANZ, A. (2016): «Le rôle des foedera dans la construction de l'Italie
romaine», in ABERSON, M. (Eds.) *L'Italia centrale e la creazione di una Koine
cultural? I percorsi della romanizzazione*», Peter Lang, New York pp.19-37.
- STEK, T. (2009): *Cult Places and Cultural Change in Republican Italy. A contextual
approach to religious aspects of rural society after the Roman conquest*,
Amsterdam, Amsterdam.
- TAGLIAMONTE, G. (1994) : *I figli di Marte. Ricerche di storia sociale su mobilità,
mercenari e mercenariato italici in Magna Grecia e Sicilia*, Bretschneider
Giorgio, Milan.

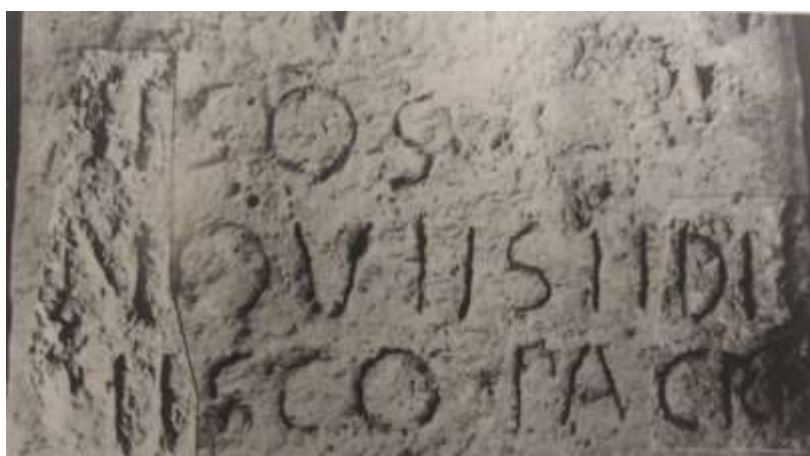
Apéndice



Ap. 1. La tabla de Antinum (Crawford, 2011, p. 338).



Ap.2 La inscripción de Caso Cantavio (Campanelli, 2001, p. 141).



Ap. 3. Ofrenda a *Di Novensides*. (Crawford, 2011, p. 333).



Ap. 4. Las Piernas del Diablo (Basile, 1991, p. 19).



Ap. 5. Torso femenino. (Basile, 1991, p. 18).



Ap. 6 Guerrero di Capetrano (Basile, 1991, p. 1).

Apéndice 7: Virg. *Aeneid.* 7.750-5: *Quin et Marruvia venit de gentes sacerdos, fronde super galeam et felici comptus oliva. Archippi regis missu, fortissimus Umbro, vipereo generi et graviter spirantibus hydris spargere qui somnos cantuque manuque solebat. Mulcebatque iras et morsus arte levabat. Sed non Dardaniae medicari supidis ictum evaluit, neque eum iuvare in volverá cantus somniferi et Marsis quaesitae montibus herbae. Te nemus Angitae, vítreá te Fucinus unda, te liquidi flevére lacus.*

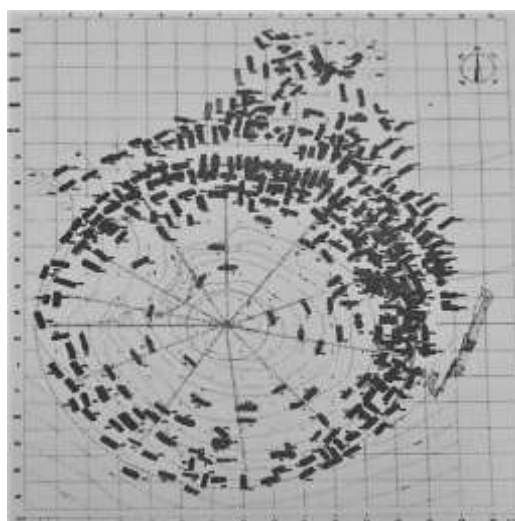
Apéndice 8: Veg. *r. mil* 1.28.: *Neque enim degeneravit in hominibus Martius calor nec effetae sunt terrae, quae Lacedaemonios, quae Athenienses, quae Marsos, quae Samnites, quae Pelignos, quae ipsos progenuere Romanos.*



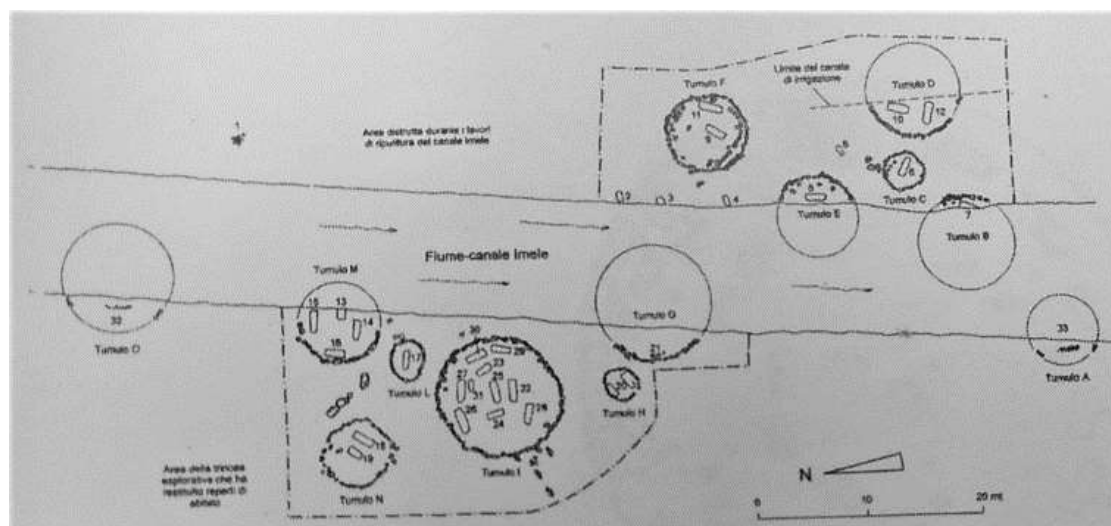
Ap. 9 Tipo Negau (Campanelli, 2001, p. 50).



Ap. 10. Espada tipo alsera (Campanelli, 2001, p. 48).



Ap. 11. Tumulid de Corvaro



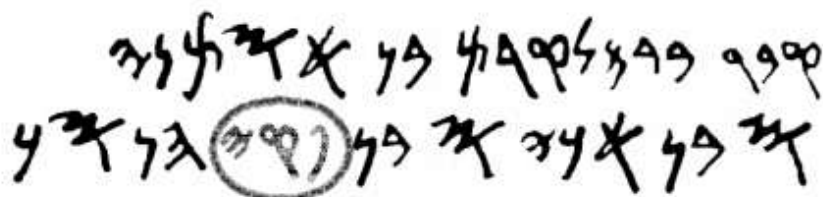
Ap. 12. Scurcola Marsicana



Ap. 13. Objeto metálico alrededor de la cabeza. (Ceccaroni, 2012).



Ap. 14. Stolai. (Ceccaroni, 2012).



קבר בדמלקרת בן אסתניס בן אכיס בן פקי המסך
 "The grave of Bodmelqart, son of Estanis, son of Akhis, son of Paqi the metalworker"

Ap. 15. CIS 5984. (Bourdin, 2012, p.568)

Apéndice 16: "It still remains true in general that before the Roman conquest the region **was poor and relatively backward** with few, if any, urban centres, no coinage and little trade. The inhabitants supplemented their livelihood by **warfare and raiding** ... The political organization of the Samnites was correspondingly simple and unsophisticated. The basic local unit was the pagus, a canton comprising one or more villages (vici), which was economically self-sufficient and possessed a large measure of political autonomy. Each pagus was probably governed by an elected magistrate called a mediss (Latin meddix – Festus 110L). A group of such pagi would together form a larger tribal unit, for which the Oscan term was touto (Latin populus). The chief magistrate of the touto had the title mediss tovtiks (meddix tuticus)." (Cornell, 1989, p. 353).



Ap. 17. Female statue Capestrano. (Basile, 1991, p. 11).

LOS “NE‘ARIN DEL FARAÓN”, LA UNIDAD QUE SALVÓ LA VIDA DE RAMSÉS II THE “PHARAOH’S NE‘ARIN”, THE UNIT WHO SAVED RAMESSES II’S LIFE

Sharif Pablo Bujanda Vilorio
École Pratique Des Hautes Études

Resumen: La Batalla de Qadesh es probablemente una de las más estudiadas y comentadas confrontaciones militares del Oriente Próximo antiguo. Incluso cuando las fuentes egipcias sean abundantes, muchos detalles son desconocidos o hay problemas sin resolver satisfactoriamente. Desde la publicación en 1903 de *La Batalla de Kadesh* de J.H. Breasted las opiniones han sido evaluadas, confrontadas, y modificadas. Esta comunicación retoma ciertos aspectos del problema en torno a los Ne‘arin como una unidad militar regular y especializada, primero en el contexto de la Batalla y en segundo lugar en el contexto cultural más amplio de la primera dinastía ramésida.

Palabras clave: ne‘arin, Qadesh, carros de combate, Edad de Bronce, Oriente Próximo antiguo, batallas antiguas, unidades militares.

Abstract: The Battle of Qadesh is probably one of the most commented and studied military confrontations of the ancient Near East. Even when Egyptian sources are abundant, many details remain unknown or problems unsolved. Since 1903, year of publication of J.H. Breasted’s *The Battle of Kadesh*, opinions have been evaluated, confronted and changed. This communication retakes certain aspects of the problem around the Ne‘arin as a regular specialized military unit, first in the Battle’s context and secondly in the larger cultural context of the first ramesside dynasty.

Keywords: Qadesh, ne‘arin, ancient battles, military units, Ancient Near East, chariots

Día nueve, tercer mes de cosecha, o *Shemu*, quinto año del reinado de *Usermaatra Setepenra*. Por la tarde el joven monarca ordena acampar al sur de Qadesh la vieja (Tel Nebi Mend). Ramsés II – es el nombre de nacimiento que la tradición ha retenido – con no más de treinta años conoce bien el terreno. Probablemente se ha instalado en el paraje dotado de un suministro de agua, que algunos años antes había utilizado Seti I, cuando tomó la misma ciudad. Ramsés, como su padre, se ha hecho acompañar de algunos de sus hijos. La tradición militar de la familia es motivo de orgullo para la dinastía.

Ya en el año anterior había conducido exitosamente una campaña enfocada principalmente a asegurar el control de Amurru, un reino con habitantes de origen semítico asentados en la franja costera del Mediterráneo oriental, justo al otro lado de la

cordillera del Líbano. Su capital Sumur, identificada con el sitio arqueológico de Tel Kazel, se encontraba próxima a la desembocadura del río Eleutheros (Nahr el-Kabir) que marca la frontera natural entre los Estados modernos de Siria y el Líbano.

El Levante había sido dominado en mayor o menor medida por las dinastías anteriores, particularmente en tiempos de los tutmósidas, pero se había perdido durante el periodo de Amarna, menos de un siglo antes, permitiendo la expansión del área de influencia hitita.

Las razones estratégicas para ejercer el control sobre dicha región eran múltiples, de las cuales podemos mencionar al menos tres importantes:

1. Controlar el acceso a Egipto, creando una zona “colchón” que evitaría una posible invasión por tierra o por mar desde Asia. Éste temor estaba fundado en los hicsos, gobernantes asiáticos que dominaron el Bajo Egipto durante el Segundo periodo intermedio entre los siglos XVI y XVII³⁶¹. Probablemente en aquella época no hubo una invasión militar a gran escala, sino simplemente un vacío de poder bien aprovechado, pero la memoria colectiva de dicha dominación extranjera estaba profundamente implantada.
2. Tener acceso a los recursos naturales que no se encuentran en el valle del Nilo, tal como la madera de excelente calidad.
3. Controlar la ruta terrestre entre el Asia menor y Egipto, dicho camino pasaba precisamente por el valle de Beqá y Qadesh se encontraba estratégicamente situada en el extremo septentrional. Entre otras cosas, la riqueza mineral de Anatolia incluía el cobre y el estaño, los elementos constitutivos del bronce, esencial para las armas de la época.

De vuelta al primero de mayo de -1279 (Kitchen, 1999, p.8), que es la fecha aproximada de la batalla que aquí nos ocupa, en el campamento egipcio dos espías enemigos han sido capturados y después de hacerlos confesar a bastonazos³⁶², informan que las fuerzas comandadas por el rey Muwattalli se esconden detrás de la ciudad. Los egipcios pensaban, debido a la información engañosa de dos supuestos beduinos cananeos probablemente enviados con ese propósito, que el monarca hitita se encontraba en Alepo a varios kilómetros de distancia.

³⁶¹ Todas las fechas son, salvo indicación explícita, antes de la era corriente.

³⁶² La escena se encuentra perfectamente ilustrada en los relieves e incluso tiene un texto que la explica. Cf. (Grandet, 2008, p.328, R8).

El faraón se percata de la gravedad de la situación, pues su ejército, el cual era grande para los estándares de la época, había sido repartido en cuatro grupos nombrados en honor de las divinidades principales del país: Amon de Tebas, Ra de Heliópolis, Ptah de Menfis y del dios dinástico de los ramésidas: Seth. Cada división marchaba por separado con un intervalo de distancia entre cada una. Ramsés se encontraba en la división de Amón, la cual había llegado primero y había comenzado a instalar el campamento.

Al momento de la confesión de los espías capturados las otras divisiones se encontraban aún en camino. La división de Ra siendo la más cercana estaba a unos diez kilómetros y medio, el equivalente de un *iter* egipcio (Kitchen, 1999, p.40). Había sido emboscada por los carros hititas y al desbandarse sufrió grandes pérdidas. Algunos de los sobrevivientes que en su huida quisieron advertir del peligro al rey lograrán prestar ayuda más tarde.

Como era de esperarse los hititas atacaron el campamento del faraón. La división de Amón simplemente no se encontraba aún en condiciones de defenderse. El ataque fue únicamente con carros, los cuales según sabemos eran más grandes que los egipcios, pues en los relieves son representados con tres combatientes en ellos, en lugar de dos y con ruedas más grandes.

Ramsés decidió contraatacar prácticamente solo, según nos dicen las fuentes egipcias. Tras elevar una plegaria a Amón en busca de su ayuda, subió a su carro, acompañado del conductor, quien seguramente era de toda su confianza. Otros servidores del círculo más cercano al rey lo siguieron en el desesperado pero también valiente intento de no sucumbir ante el ataque.

Varias cosas debieron pasar en poco tiempo:

1. Los pesados carros hititas no podían maniobrar fácilmente dentro del campamento.
2. Parece ser que ante la aparente derrota fácil de los egipcios algunos atacantes, poco disciplinados, comenzaron a robar los objetos de valor, abandonando la acción militar coordinada inicial.
3. Para sorpresa de los atacantes, y quizá también de los defensores, los “Nearin del faraón” llegaron en ese momento desde el Noroeste para salvar la muy difícil situación. En medio de esa confusión Ramsés parece haber reaccionado de manera efectiva pues logró organizar una verdadera defensa con las fuerzas dispersas y los hititas fueron repelidos, esta vez con pérdidas.

Es de suponerse que después de dichos eventos la luz del día comenzaba a escasear. Las divisiones de Ptah y de Seth estaban todavía en camino. Temprano en la mañana, ya con refuerzos, el faraón decidió lanzar su propio ataque. Tenía a su disposición a los Ne'arin, a la división de Ptah entera, y a lo que quedó de las de Amón y Re. Se desconoce si utilizó a todos o a una parte, pero la iniciativa no parece haber tenido consecuencias de consideración, pues las fuerzas de Muwatalli resistieron. Especialistas como el británico Kenneth Kitchen sugieren que dicha acción fue simplemente una cuestión de forma, es decir, de guardar el honor del joven rey egipcio, que a esas alturas sabía que no podría derrotar a las fuerzas de su oponente (Kitchen, 1999, 47).

Sin el elemento de la sorpresa, y con una parte de sus carros perdidos, el Gran Rey hitita envía una propuesta de paz al faraón, la cual consistía esencialmente en renovar las condiciones existentes en tiempos de Seti I. Los egipcios darían por perdido Qadesh y Amurru, pero conservaban la porción sur de la región, incluida la costa. Sin conceder nada oficialmente, Ramsés toma el camino de regreso a casa, incluso con algunos prisioneros, presumiblemente por el mismo camino que utilizó para llegar hasta ahí, a través del valle de Béqa. Los hititas quienes contaban con fuerzas superiores decidieron seguir a los egipcios, obligándolos a cambiar de ruta y buscar refugio en Sidón, ya dentro de territorio controlado. De ahí el faraón y los oficiales podían navegar hacia la capital Pi-Ramsés y ser recibidos como si la campaña hubiera sido un éxito.

En los dieciséis años siguientes ninguna de las dos potencias pudo consolidar la posesión y dominio de toda la región, si bien sabemos que tal inestabilidad benefició, al menos por un tiempo, más a los hititas que a los egipcios. Estos últimos tuvieron que enfrentar constantemente la rebelión de sus vasallos. La solución se presentó en la forma del bien conocido Tratado de Qadesh, entre Ramsés II y Hattusili III, hermano menor de Muwatalli II. Célebre por ser el más antiguo convenio de paz del que se tiene no solo noticia, sino conservado de manera íntegra.

La Batalla de Qadesh ha sido estudiada extensivamente en la época moderna. Es remarcable, entre otras cosas, por ser la batalla más grande de carros de la que se tenga noticia en la antigüedad. Numerosas fuentes documentales, han permitido una reconstrucción de los hechos. Poniendo aparte la batalla de Megido en la época de Tutmosis III, Qadesh podría ser la primera batalla suficientemente documentada para aventurar una reconstrucción.

Las fuentes egipcias son abundantes y repetitivas, pues Ramsés II hizo de la batalla un poderoso elemento de propaganda. Las encontramos en cuatro formas:

1. El “poema” de Pentaur (P): ocho copias, en templos y papiros. Extenso y poético.
2. El “boletín” (B): siete copias en bajo-relieve. Conciso, proporciona una descripción relativa de las imágenes en los muros.
3. Los relieves y sus inscripciones anexas (R). Aportan información complementaria, gráfica y escrita.
4. Podríamos agregar la correspondencia entre Ramsés II y Hattusili III en idioma acadio, que toca el tema de manera superficial (cf. KITCHEN, 1999, pp.13-15).

Por parte de los hititas las fuentes son escasas e indirectas. No hay descripción precisa de la batalla, pero sabemos por una tablilla del tiempo de Tudhaliya IV (c.-1225) que consideraban la batalla como una victoria (cf. Beckman, 1999, p.99).

La Universidad de Chicago publicó en 1903 *The Battle o Kadesh, A Study in the Earliest Known Military Strategy* del arqueólogo e historiador estadounidense J.H. Breasted, inaugurando así una lista muy extensa de obras dedicadas al análisis y comentario de la batalla que nos concierne. Esta comunicación no pretende abundar de manera general en un tema tan estudiado, especialmente después del detallado estudio crítico de K. Kitchen complementario a su edición de los textos egipcios. Hay sin embargo una obra más reciente que valdría la pena mencionar porque explora de manera actualizada temas particulares de la historia militar: F. Servajean, *Quatre études sur la bataille de Qadech*, Montpellier, 2012.

El primero de ellos lo consagra a los Ne‘arin, la unidad militar que ya sabemos, salvó de una derrota importante y quizá de la muerte a uno de los faraones más trascendentes e icónicos de la historia egipcia. La muerte e incluso la sola captura de Ramsés II en los primeros años de un reinado que duró más de seis décadas hubiera cambiado sin duda alguna la historia de Egipto y del Medio Oriente antiguo como lo conocemos.

Hay que decir que éste misterioso cuerpo militar ha sido siempre un punto complicado en las diferentes visiones de los académicos sobre la batalla. El problema radica en la exigüidad de las fuentes egipcias al respecto. Simplemente no se ha encontrado una forma definitiva de conocer el origen, la composición y a función de los Ne‘arin.

Sabemos que el término no parece ser egipcio, y que tiene el aspecto de ser de origen semítico (Hoch, 1994, No.245, p.182). El término equivalente en egipcio sería entonces “*dj’amu*”. En hebreo bíblico existe “*na’arin*”³⁶³ que es el plural de una palabra que significa “joven” y que se utiliza en el sentido de “soldado”.

Varios idiomas modernos, incluido el castellano tienen un equivalente en el mismo sentido: “infante”. Los “infantes de marina”, todo el mundo lo sabe, no son niños, sino adultos y además militares. Al mismo tiempo un “jardín de infantes” es claramente una institución educativa en donde si hay, efectivamente niños de corta edad.

Volviendo al contexto del Egipto antiguo, el papiro *Anastasi I* (17.3-4) habla de “esos rebeldes llamados Ne’arin” y en la gran inscripción de Merenptah, el hijo y sucesor de Ramsés II, en Karnak encontramos “veteranos del ejército que fueron Ne’arin” (Gardiner, 1960, pp.36-37).

Inicialmente se llegó a pensar que se trataba de soldados cananeos al servicio del faraón, lo cual no sería tan extraño tomando en cuenta la cantidad de Estados vasallos que controlaban en el Reino Nuevo y la gran cantidad de asiáticos que vivían integrados en la sociedad egipcia. Un argumento en contra es la representación gráfica en los relieves que escenifican la batalla de Qadesh. Los artistas los presentaban igual que a otros soldados egipcios y no era por falta de diversidad artística pues hititas, cananeos, libios, nubios y otros eran claramente diferenciados, incluso cuando formaran parte de las fuerzas del ejército del faraón.

Otro elemento de disputa con respecto a los Ne’arin, es su posición geográfica antes de su arribo oportuno al campamento. Su posición previa y su ruta de llegada está también relacionada con su identidad étnica: ¿Llegaron con las demás tropas cruzando el valle de Béqa o eran una unidad diferente que venía de la costa amorrita siguiendo el curso del río Eleutheros?

K. Kitchen y F. Servajean coinciden en que se trataba de soldados regulares egipcios, directamente relacionados con los *seku tepy*, también mencionados en los textos y que eran una especie de vanguardia de soldados experimentados que podía separarse de las divisiones más grandes a fin de cumplir con tareas específicas, por ejemplo en el caso de Qadesh, de hacer la función de guardia al norte del campamento de donde podría venir algún ataque. El sentido de “vanguardia” entonces, podría significar según el contexto, a los que marchan primero, y a los que son los primeros por ser más experimentados.

³⁶³ 1 Reyes 20, 15.

En cuanto a la ruta de llegada, los dos autores difieren. Para el británico el destacamento se separó antes de llegar al valle de Béqa y los Ne‘arin recorrieron la franja costera hasta Amurru y de ahí hasta Qadesh. Para el francés sólo se separaron cuando se presentó la necesidad de establecer el campamento en territorio potencialmente hostil, bien que se imaginaban un ataque desde el Norte y no desde el lado del río Orontes, al Este como efectivamente sucedió.

Por lo menos tres argumentos me llevan a pensar que F. Servajean podría acercarse más a aclarar esa parte dudosa de la historia:

1. Aunque las coincidencias sean simplemente una cuestión de probabilidades matemáticas, me inclino a pensar que es mucho más razonable una intervención en el momento preciso si los Ne‘arin se encontraban desde un principio alerta y cerca del campamento, aunque orientados incorrectamente. En cambio, si venían desde la costa, la coordinación precisa de desplazamientos resulta casi imposible sin medios de comunicación modernos. El arribo a tiempo para salvar al faraón hubiera sido entonces, verdaderamente un caso de suerte y no de táctica militar.
2. ¿Cuál sería el objetivo de separar ese pequeño destacamento para recorrer la costa, incluso si el año anterior hubieran asegurado el control de Amurru? Los carros son transportes especializados y sólo son útiles en cierto tipo de terrenos planos, amplios y duros, incluso tratándose de los ligeros carros egipcios, tan parecidos a los utilizados para la cacería. La franja costera libanesa no cumple con ninguna de esas condiciones. Ramsés lo sabía perfectamente pues al pasar por el estrecho de *Nahr el-Kalb* un año antes, hizo grabar una estela y otra después, conmemorando su paso como muchos otros seguirían haciendo durante siglos por un lugar en el cual un ejército poderoso pierde su efectividad debido a la estrechez del terreno. La lucha se convierte casi de uno contra uno, tal como los espartanos aprovecharon el estrecho de las Termopilas contra el mucho más numeroso ejército Persa.
3. El recorrido hasta Qadesh por esa ruta es doblemente peligroso, pues incluso después de la desembocadura del Río del perro, el recorrido desde Sumur hasta el Valle de Béqa siguiendo el cauce del Eleutheros también limita la movilidad y efectividad de los carros, además de siendo un destacamento pequeño,

hubiera sido relativamente fácil para los hititas o sus aliados eliminarlo sin que los egipcios tuvieran noticia al otro lado de las montañas.

Finalmente en un último punto, el uso de una palabra semítica para designar una unidad militar que por lo visto solía actuar en Canaan, parece completamente lógico y de ninguna manera extraño, especialmente en el contexto de los ramésidas originarios del Delta del Nilo, y que establecieron su capital Pi-Ramsés frente a la antigua Avaris, la capital de los hicsos. Los gobernantes asiáticos fueron expulsados, pero la población ahí establecida con seguridad permaneció, pues eran parte de la economía de la región. Artesanos, comerciantes, mercenarios, sirvientes, marinos, burócratas egipcianizados y soldados en el ejército del faraón eran actividades cotidianas de los asiáticos en el Egipto de aquella época. Los Ne‘arin pudieron haber sido originalmente mercenarios, esclavos o soldados asiáticos, pero con el tiempo simplemente el término pasó a designar una función militar especializada en el ejército regular del faraón que se enorgullecía de ser llamado “Seth de gran fuerza y Baal en persona”.

Bibliografía

- BECKMAN, G. (1999): *Hittite Diplomatic Texts*, Atlanta, Scholar Press.
- GARDINER, A. (1960): *The Ḳadesh Inscriptions of Ramesses II*, Oxford, Griffith Institute.
- GOEDICKE, H. (1966): «Considerations on the Battle of Ḳadesh», *JEA*, 52, pp. 71-80.
- GRANDET, P. (2008): *Les Pharaons du Nouvel Empire: Une pensée stratégique*. Paris, Rocher.
- HOCH, J. (1994): *Semitic Words in Egyptian Texts of the New Kingdom and Third Intermediate Period*, Princeton, Princeton University Press.
- KITCHEN, K. (1999): *Ramesside Inscriptions Translated & Annotated* (Vol. Notes and Comments II), Oxford, Blackwell.
- SERVAJEAN, F. (2012): «À propos des Néarim (Nʿrn) de Pharaon (R 11) et du skw tpy (P 63)», en *Quatre études sur la bataille de Qadech* (Vol. CENiM 6), Montpellier, ENiM, pp. 1-14.

CABALLEROS: LA ÉLITE SOCIAL Y MILITAR DE LA EDAD MEDIA **KNIGHTS: THE SOCIAL AND MILITARY ELITE OF THE MIDDLE AGES**

Adrián Gómez García
Investigador Independiente

Resumen: Los caballeros son una de las figuras militares más conocidas en la cultura occidental y, al mismo tiempo, sobre la que existen más mitos, incluso en el ámbito académico. Tal es su importancia que son muchos los académicos de renombre que han debatido largamente sobre varios aspectos (políticos, sociales, militares...) que caracterizaban a este tipo de guerreros y aún a día de hoy pueden encontrarse en publicaciones contemporáneas opiniones completamente contradictorias sobre el tema. En este artículo se hace un examen exhaustivo para intentar demostrar que la caballería no era sólo una forma de participar en las actividades bélicas, sino que se trataba de todo un estilo de vida característico de la nobleza y que dejó su huella en la cultura occidental durante mucho tiempo después de que la Edad Media hubiese llegado a su fin.

Palabras clave: Caballeros, caballería, cortesía, corte, guerra, cruzada.

Abstract: The knights are one of the best-known military figures in Western culture and, at the same time, about which there are more myths, even in academia. Such is its importance that many renowned academics have long debated on various aspects (political, social, military ...) that characterized this type of warriors and even today they can find in contemporary publications completely contradictory opinions on the subject. In this article an exhaustive examination is made to try to demonstrate that the cavalry was not only a way to participate in the war activities, but that it was a whole lifestyle characteristic of the nobility and that it left its mark on the western culture during long after the Middle Ages had come to an end.

Key words: Knights, cavalry, courtesy, court, war, crusade.

Orígenes

La caballería medieval sus primeros antecedentes se encuentran en el Imperio Carolingio, fundado por los francos. Este era un pueblo de origen germánico, por lo que sus gentes y especialmente su aristocracia tenían una fuerte vinculación con el mundo de la guerra (y eso se ve reflejado en el hecho de que todos los hombres libres estaban obligados a servir en el ejército). Por otra parte, cuando el ejército partía a una campaña, los guerreros normalmente combatían a pie. Esto incluía a los nobles que, aunque podían acudir al encuentro montados en caballos, solían desmontar para combatir a pie, junto al resto de los guerreros. Esto se ha podido constatar debido al abundante ajuar encontrado

en las tumbas de los nobles francos de la época, que está constituido por armas pensadas para el combate a pie (Fleckenstein, 2006, p. 25).

No obstante, durante los últimos años de reinado de los reyes merovingios y, sobre todo, en época de Pipino el Breve y Carlomagno el reino de los francos se extiende hasta abarcar la mayor parte de las actuales Francia, Alemania e Italia, llegando hasta las tierras checas, húngaras y polacas en el este. Esto tiene una consecuencia fundamental en la sociedad franca, pues la guerra es llevada más allá de los territorios originarios de este pueblo y las campañas se llevan a cabo en lugares cada vez más alejados (Florí, 2001, p. 48). Esta circunstancia, junto a las limitaciones logísticas de la época y a la carencia de un ejército permanente, prolongaba en demasía el periodo de reclutamiento y desplazamiento de la hueste para las campañas anuales (que tenían lugar entre Marzo y Septiembre de cada año), por lo que los reyes francos empezaron a buscar la forma de constituir un ejército que pudiese desplazarse rápidamente hacia el territorio en el que tendría lugar la campaña, de modo que se empezó a aumentar el número de jinetes que había en el ejército de campaña, relegando a la infantería a un papel cada vez más defensivo (Keen, 1999, p. 41).

Carlomagno introdujo reformas militares que obligaban a todos los hombres libres que acudan a la campaña a ir con caballos, por lo que una parte importante de la población campesina (que serán conocidos en las fuentes como *pauperes*, "pobres") se vio incapacitada para seguir tomando las armas y acompañando a la hueste, ya que no podían permitirse el empleo de estos animales, mientras que aquellos que marchaban a la campaña volvían enriquecidos con los botines obtenidos en los combates. Por ello se determinó que sólo los campesinos que tuviesen una determinada cantidad de terreno estuviesen obligados a servir en el ejército, creando así una brecha entre aquellos que podían cumplir el servicio de hueste y los que no que sentaría las bases de la sociedad medieval, dividida entre *bellatores* (los que luchan) y *laboratores* (los que trabajan). Para maximizar el número de hombres libres que podían acudir a la batalla se agrupó a los propietarios de las parcelas más pequeñas en grupos hasta alcanzar el tamaño mínimo exigido. De entre todos ellos se elegiría a uno, que sería el que acudiría a la batalla, mientras que el resto se encargarían de cuidar de su parcela de terreno (Fleckenstein, 2006, pp. 27-28).

La importancia del estribo y las investigaciones recientes: Tanto Josef Fleckenstein (2006, p. 25) como Jean Florí (2001, p. 41) opinan que la importancia del estribo en el

desarrollo de la caballería como fuerza de élite ha sido exagerada, ya que su introducción en el siglo VII no transformó en un primer momento la lucha de combate a caballo. No será hasta el siglo XI cuando aparezca la nueva forma de combate exclusivamente caballeresca.

Inicialmente el equipo de la caballería carolingia era bastante variado, pues según las ordenanzas entre el equipo que debían llevar a la campaña había lanzas, escudos, arcos y aljabas de flechas (Florí, 2001, p. 48), pero con sus reformas Carlomagno incentivó la proliferación de la caballería pesada, por la que se empezó a sentir predilección. Esto se debe a que los magnates principales del reino, propietarios de grandes latifundios, estaban obligados a acudir equipados con coraza (además de todas las exigencias que tenían los hombres libres, como llevar caballo). Así, aunque el ejército carolingio estaba compuesto por caballería pesada y ligera los soberanos francos muestran una clara inclinación por la primera y para incrementar esta falange se generaliza el feudalismo (una práctica ya existente antes de la época carolingia), logrando un ejército en el que la caballería pesada tiene cada vez más importancia ((Fleckestein, 2006, p. 48). El modelo militar carolingio será heredado por los reinos sucesores del imperio y exportado de otras regiones de Europa (como la Península Ibérica, Inglaterra o Polonia) gracias a la labor de los conquistadores y misioneros en los siglos X y XI. Pero, aunque los guerreros francos como Roldán o el propio Carlomagno sirvieron de inspiración para muchos cantares de caballería, no eran todavía caballeros, puesto que no cumplían con el ideal de la caballería (Florí, 2001, p. 49).

El Ideal de la Caballería

Por ello antes de continuar debemos preguntarnos qué es exactamente un caballero. En el sentido medieval un caballero es un hombre que desde pequeño se ha estado criando en el ideal de la caballería, un ideal que empieza a gestarse en la época de Carlomagno y que alcanzará su apogeo en el siglo XIII, el siglo de la caballería. Podemos identificar tres factores fundamentales que participarían en la conformación de este ideal:

Por un lado, hay que tener en cuenta los aspectos culturales de los pueblos que originaron a estos guerreros. Los francos eran un pueblo germánico, que tenía a los guerreros entre la más alta de las estimas. No en vano lo que identificaba a un hombre libre era el derecho de portar armas y es bien sabido que la mitología de estos pueblos es bastante violenta (Florí, 2001, p. 23). No debe sorprendernos que los Cantares de gesta

más antiguos guarden relación con las sagas nórdicas y que por lo tanto los caballeros se imbuyan de los mismos valores que caracterizan al héroe germano. Con el tiempo los héroes paganos como Sigfrido o Beowulf se convertirán en héroes cristianizados como el Cid o Roldán para llegar a la cúspide de este sistema, los héroes cruzados de las leyendas artúricas (Florí, 2001, pp. 250-252).

En segundo lugar, hay motivos políticos y en este sentido hay dos aspectos importantes a tener en cuenta. Tenemos la evidencia de que con la desintegración del poder real se generalizan los conflictos locales. Ello provoca que familiares y amigos luchen a menudo en bandos opuestos, por lo que estos grupos intentan reducir al máximo las bajas del enemigo para evitar males a sus familiares, prefiriendo la captura a la muerte. Esto se explica porque no luchan contra enemigos anónimos, sino contra personas conocidas. A ello se suman otros dos beneficios que tiene la captura sobre la matanza: por un lado, se puede obtener un lucrativo rescate por el prisionero y en segundo lugar se pueden establecer buenas relaciones para que si en el futuro se vuelven las tornas y el captor es capturado, se respete su vida. Estas circunstancias hacen que vaya surgiendo una ética en torno al honor y al respeto al enemigo. (Siempre que este sea noble, por supuesto) (Prestwich, 2010, p. 180). Todo ello es importante porque genera un sentimiento de solidaridad entre caballeros, de modo que un caballero francés puede sentir más simpatía por un homólogo inglés que por un compatriota plebeyo. Algunos estudiosos como Jean Florí han querido ver en las normas de combate caballerescas, acerca del honor del vencido, el respeto a la vida y la ética bélica los inicios de la humanización de la guerra en Occidente hasta épocas muy recientes (Florí, 2001, pp. 172-175).

Por último, hay que tener en cuenta los aspectos religiosos, quizás los más importantes de todos. Para el cristianismo la violencia siempre ha sido un problema desde su nacimiento, pues una religión de carácter pacifista como esta rechaza por instinto lo relacionado con la violencia. Incluso en momentos de peligro para la iglesia (como las incursiones vikingas o el sitio de Roma por los musulmanes...) la actitud de la Iglesia hacia la violencia fue bastante tibia (García-Guijarro Ramos, 2004, pp. 274-275). El papa y los obispos se limitaron a bendecir de forma esporádica a sus defensores, pero siguieron rechazando de forma generalizada el empleo de la violencia (por ejemplo, si un sacerdote moría blandiendo las armas no recibía cristiana sepultura). Era tal la condena de la Iglesia que hasta el siglo XI muchos caballeros se vieron obligados a abandonar las armas en su

vejez e integrarse dentro del estamento eclesiástico con el objetivo de lograr la salvación a la que todo cristiano (y por ende la mayor parte de la población europea en la Edad Media) (Fleckestein, 2006, pp. 86-89).

En un primer momento la Iglesia se limita, ante la capacidad imperial para mantener el orden, a establecer la Paz de Dios, personas y lugares sobre los que no se puede ejercer la violencia, como viudas, o monasterios, a la que sigue la Tregua de Dios, una serie de días (como el periodo de viernes a domingo) en los que no se pueden emprender actividades bélicas entre cristianos. No obstante, el objetivo de la Iglesia no es simplemente limitar la violencia de los guerreros, sino "dominarlos", por lo que empieza a atribuirles funciones que tradicionalmente correspondían al rey (como la protección de los débiles). Se inicia así un proceso de aceptación progresiva de la violencia, que desemboca finalmente en la llamada a la Cruzada, producida por Urbano II en Clermont.

La llamada a la Cruzada dota a los caballeros de una nueva misión celestial mucho más trascendente, pues pasan de ser guerreros sujetos a valores terrenales a protectores del orden cósmico y se les asigna una misión mucho más elevada: la defensa de la Santa Madre Iglesia. Este proceso de aceptación progresiva de la violencia continua en el siglo XII surge un movimiento teórico que trata de justificar la misión caballeresca con referencia bíblica y se exhorta a los caballeros para abandonar la Milita Mundo e ingresar en la Milita Christi, mientras que en el siglo XIII teóricos como Ramón Llull señalan que es imposible ser caballero sin tener una profunda fe cristiana. La creación de las órdenes militares supuso el apogeo de este proceso de sacralización del ideal caballeresco (y posiblemente lo que les convirtió en las leyendas que son a día de hoy), siendo el ingreso en una de ellas la máxima aspiración a la que contaban muchos de ellos (Florí, 2001, pp. 198-202).

Tan importante terminó siendo el influjo de la Iglesia y de la idea de Cruzada que todavía en el siglo XV, cuando la idea de la Cruzada se había desvirtuado y corrompido, muchos intelectuales aspiraban lograr una paz entre los reinos cristianos que permitiese concentrar los esfuerzos contra la creciente amenaza turca y soberanos como Enrique V de Inglaterra manifestaban su sincero deseo de marchar hacia Jerusalén una vez que hubiesen puesto en orden sus asuntos domésticos (en caso del famoso rey inglés, la finalización de la guerra de los Cien Años) (Huizinga, 1919, pp. 99-100).

Así se ponía fin a la contradicción que suponía hasta ese momento ser cristiano y a la vez un guerrero, ya que de este modo se conciliaban ambos conceptos y se orientaban

hacia un objetivo común, de modo que, a partir del siglo XII era posible alcanzar la Salvación mediante el ejercicio de las armas, perfilándose así en el imaginario colectivo la imagen del caballero defensor del Bien que combate contra el Mal.

Estos tres elementos confluyen en la formación de la idea de la caballería, integrada por guerreros nobles y honorables que salvaguardan el orden cósmico, defendiendo el Bien. Con el paso del tiempo los teóricos intentan dotar de significado y simbolismo todos los atavíos bélicos del caballero. Por ejemplo, Ramón Llull dedica uno de los capítulos de su Libro del Orden de Caballería a explicar el significado de todo el equipo del caballero (lanza, espada, escudo, maza, caballo y todas las piezas de la armadura). Esta idea de los caballeros como guardianes del Orden cósmico es reforzada por la literatura orientada a educar a los jóvenes caballeros, que aspiran a imitar a los héroes como Alejandro Magno, Judas Macabeo y, sobre todo, los caballeros de la Mesa Redonda.

La Sociedad Caballeresca: Papel del caballero en los juegos cortesanos

Pero este ideal no se queda en el campo marcial, pues trasciende al resto de aspectos sociales y culturales. Se trata de un proceso progresivo que empieza ya en el siglo XII y que se va afianzando a lo largo del siglo XIII, momento en el que según Marc Bloch, en “La Sociedad Feudal”, antes del siglo XII el término noble se aplica a quienes de hecho o de opinión tienen una preeminencia según criterios muy variables. Suele comportar distinción de nacimiento y la posesión de una cierta fortuna. Esta acepción es por tanto bastante ambigua, lo que desemboca en una aristocracia “permeable” (Bloch, 1968, p. 301). Este autor opina que la condición de noble se obtiene por dos características: la posesión de un estatuto jurídico propio que confirme y materialice la superioridad que se pretende tener y que ese estatuto se perpetúe en el tiempo por medio de la sangre (Bloch, 1968, p. 303). En consecuencia, la nobleza en ese sentido de la palabra aparece en el siglo XII, cuando estas características empiezan a cristalizarse en los tratados y se fija en el siglo XIII, momento en el que este estamento empieza a cerrarse a los advenedizos. Sin embargo, ya en el siglo IX, bajo el reinado de Luis el Piadoso, los términos de vasallo y persona noble empiezan a confundirse (Bloch, 1968, p. 307). De hecho, fue el perfeccionamiento del equipo lo que hizo que los únicos que pudiesen servir en la guerra fuesen los hombres ricos o aquellos que estaban al servicio de un hombre rico, por lo que al final noble, vasallo y caballero designaban en los documentos a la misma persona.

Debido a su herencia germánica (en la que la guerra tenía una importancia fundamental) y a las reformas llevadas a cabo por Carlomagno (que llevaron para siempre a la división de la sociedad entre *laboratores*, dedicados al trabajo manual y de campo, y *bellatores*, cuya única función era la de combatir), el único motivo que tenían estos hombres para existir era la guerra. Sin embargo, la vida de algunos caballeros de las regiones más pacificadas, como Normandía, era aburrida y tediosa, lo que motivó su nomadismo hacia zonas como España o Europa Oriental, donde la presencia permanente de musulmanes y paganos hacía necesaria una continua afluencia de guerreros. De hecho, la paz perpetua, tan deseada por el resto de los hombres, suponía algo más que mero aburrimiento para estos los caballeros, pues muchos de ellos, al contrario de lo que se piensa, no tenían otra forma de sustento y por lo tanto los periodos de tregua suponían la ruina económica para ellos, por lo que no era extraño que, en el siglo X, muchos de ellos se dedicasen al pillaje cuando no había conflictos (Bloch, 1968, pp. 316-318).

Esta concepción de la guerra como medio de vida pronto empezó a diferenciar a los caballeros del resto de la sociedad en la que vivían, por lo que no es de extrañar que surgiesen normas de comportamiento y formas de vida exclusivas para esta clase.

De nuevo Marc Bloch (1968, p. 321) señala que era natural que en una clase tan cerrada como la de los caballeros se formase un código de conducta propio, pero estas normas no se precisaron para afinarse hasta la segunda edad feudal (momento en que tomó conciencia de sí misma). La palabra que empieza a designar a partir del año 1100 para referirse al conjunto de cualidades nobles se llama cortesía, que viene del término “corte”, ya que fue en estas reuniones alrededor de los grandes señores cuando se perfilaron y desarrollaron estas normas. Este proceso va vinculado al desarrollo de las grandes monarquías y principados, pues solo entonces se pueden recuperar las relaciones humanas en comparación con el aislacionismo que sigue a la caída del Imperio Carolingio.

Debido a la confianza en la buena fortuna (fruto de la vida aventurera de estos guerreros) se concibe la prodigalidad como una cualidad caballeresca, de modo que el noble debe gastar pronto y con liberalidad lo obtenido de su labor (arriesgándose a ser tildado de tacaño o avaro en caso de no seguir este precepto). De hecho, esta prodigalidad proporciona otro sentimiento de superioridad del caballero frente a las clases menos confiadas en el porvenir. La exhibición de prodigalidad se puede llegar a convertir en una competición cortesana por ver quién es más pródigo para conseguir con ello prestigio y

alabanzas. En este sentido el honor vuelve a hacer las veces de línea divisoria. Así en el siglo XII la clase caballeresca distinta por su fortuna, su moral y su modo de vida está lista para solidificarse y heredarse (Bloch, 1968, p. 321).

El desarrollo de las cortes como centros culturales es posible debido a la cultura de la generosidad del señor, el cual se hace rodear de sus vasallos a medida que su poder se va consolidando. Las fastuosas cortes medievales se convirtieron en centros donde los nobles pueden aprender las buenas maneras y donde surja la cultura profana de la caballería, dirigida contra los otros órdenes (Aguade Nieto, 2002, p. 384). La base para fundamentar la caballería en los tratados es la lealtad, aunque en esta época se han añadido otras virtudes, siendo una de ellas, la cortesía, la capacidad oratoria, la jovialidad, la moderación o la elegancia también serán apreciadas en los caballeros (Zotz, 2006, p. 185). La cortesía es la capacidad de comportarse honorablemente con las damas. Amor y cortesía aparecen desde entonces unidos irremediabilmente. También será muypreciado el valor individual, aunque esto solo aparece al final del siglo XII (Aguade Nieto, 2002, p. 384).

Así la Cámara de las Damas o la Corte se convierte en el lugar donde el caballero intenta brillar y eclipsar a sus rivales por la reputación de sus hazañas, su fidelidad a los buenos usos y su talento literario, con lo que se demuestra que los caballeros no fueron nunca totalmente iletrados ni impermeables a la influencia de la literatura y que con el tiempo se convirtieron en literatos, dedicándose especialmente a la poesía lírica. Esta poesía era practicada en las reuniones de nobles y su carácter erudito y hermético las hacía inaccesibles a los villanos, por lo que se convirtieron en otro elemento que permitió a la caballería tomar conciencia de sí misma y proporcionarle un sentimiento de superioridad respecto a estos. Otro elemento que se consideraba de importancia para los caballeros era la capacidad musical, la cual hacía las veces de acompañamiento para los poemas que se componían en este ambiente. Estas reuniones desarrollaron con el tiempo un protocolo exquisito, en el que la belleza estética y la refinación intelectual y cultural tenían una gran importancia (Bloch, 1968, p. 327).

Será en el ambiente cortesano donde surgirá la idea del *prudhomme*, que reúne las cualidades guerreras y sociales, pues para el siglo XIII se considera que la fuerza no basta para hacer a un buen guerrero. Felipe II de Francia hace la distinción entre el *preux* (el mero guerrero) y el *prudhomme* (el caballero cortesano), sintiendo predilección por el segundo, al que considera superior. Es habitual que los jóvenes visiten las cortes

extranjeras para conocer los usos y costumbres de esos lugares (Zotz, 2006, p. 184). De hecho, en muchas crónicas se expresa el gusto de los grandes personajes por rodearse de aquellos hombres que saben cantar y combatir, en vez de limitarse exclusivamente al combate (Bloch, 1968, p. 326).

Los entretenimientos de estos hombres iban acordes con su naturaleza guerrera. El máximo exponente de las aficiones caballerescas era el torneo, un ejercicio que, en origen, consistía en la simulación de un combate (aunque si las emociones se exacerbaban demasiado, podía convertirse en un enfrentamiento real). Estos acontecimientos tenían su origen en las luchas ceremoniales que practicaban los pueblos germánicos, aunque debido a su vinculación con la caballería aumentaron su nivel de refinación e introdujeron la entrega de condecoraciones y recompensas para los vencedores.

Eran muchos los caballeros que acudían a estos eventos, pues ofrecían grandes oportunidades no solo para entrenar, sino para mejorar a nivel económico (con la captura de algún enemigo de renombre) y social (quizás llamar la atención de una rica heredera), aunque sólo ellos encontraban atractivas estas batallas simuladas. Sobre todo, la Iglesia se mostró muy contraria a esta clase de juegos, ya que veía en ellos la práctica de los Siete Pecados Capitales. Debido a este rechazo generalizado, los primeros torneos se practicaban en las zonas fronterizas, fuera de las ciudades, por lo que su pervivencia a lo largo del tiempo a pesar de esta clara oposición demuestra el nivel de popularidad que tenían entre quienes los practicaban. Otra práctica que pronto quedó asociada como propia de los caballeros fue la caza (aunque no era exclusiva de este grupo) ya que esta ofrecía la oportunidad de ejercitar el cuerpo y la práctica de determinadas armas. Además, la carne siempre ha sido un alimento vinculado a los guerreros debido a su alto contenido en proteínas y en la Edad Media la que procedía de la caza era de mejor calidad que la de ganado (Bloch, 1968, pp. 323-324).

Así pues, no es extraño encontrar en manuales de caballería se incluyan aspectos como los modales que debe tener un caballero en aspectos no bélicos de su vida, como la mesa, la corte o el amor. Otro ejemplo de la asociación de los caballeros con la élite social es la introducción de eventos bélicos en las celebraciones como bodas y cortes (tal es el caso de los torneos) (Zotz, 2006, p. 185). En el futuro los grandes eventos sociales se organizan siguiendo las reglas de la cultura caballerescas como se hizo en el torneo de Maguncia, celebrado por el emperador Federico I Barbirroja en el año 1184. En esta celebración se organizó un desfile (en el que según las reglas caballerescas los más

hermosos debían ocupar los primeros puestos) y solo se permitió que el emperador lo encabezase debido a su condición de emperador y anfitrión (Zotz, 2006, pp. 194-197).

En este juego social también tienen cabida las mujeres (a través del amor cortes) que actúan como impulso y control del caballero. Por ello se determina que en los banquetes debe haber una mujer al lado de cada caballero, pues se supone que con ello se contendrán sus inclinaciones naturales hacia la violencia (Zotz, 2006, p. 215).

La distinción de los caballeros como élite social se fija legalmente en los siglos XII y XIII, momento en el que esté estamento empieza a cerrarse al hacerse hereditario. Así en las Constituciones de Melfi de Federico II se determina que sólo se puede ser caballero por nacimiento o mediante espaldarazo y en las Paces Imperiales de 1152, 1186 y 1188 se determina que los caballeros advenedizos tienen menos derechos que los caballeros de nacimiento (por ejemplo, el juicio por combate). Del mismo modo se señala la obligación de los hijos de caballeros de demostrar su dignidad antes de determinada edad (normalmente los 25 años) bajo pena de perder su condición y ser considerados como campesinos en los tratados (Fleckestein, 2006, pp. 155-156), al tiempo que se prohíbe a los campesinos portar los símbolos caballerescos o hacerse investir en diversos tratados que se promulgan a lo largo de todo occidente. Esto no se percibe como un cambio, pues desde siempre la gran mayoría de las investiduras se habían hecho hacia hijos de caballeros, por lo que estaríamos ante una cristalización jurídica de la realidad. Se obtiene la percepción de que solo el nacimiento garantiza la caballería. A partir de entonces solo el Rey podrá nombrar caballeros a personas que no son descendientes de esta clase. En el siglo XIII recibir la caballería se convierte en sinónimo de acceder al estamento de la nobleza (Bloch, 1968, pp. 341-343).

A medida que caballería y nobleza se vuelven más inseparables, los ritos caballerescos se asocian con la mayoría de edad y como requisito para ocupar determinados puestos, especialmente la investidura de armas. Por ejemplo, Balduino V de Hainaut armó a su sobrino Mateo de escasa edad para que este pudiese asumir el mando sobre el territorio.

De este modo con el tiempo la caballería deja de ser un cuerpo puramente guerrero y pasa a convertirse en el identificador de la nobleza, hasta el punto de que se considera deshonroso ser noble y no ser caballero. Tenemos el ejemplo de Raimundo de Provenza, que fue nombrado caballero con 50 años de edad (cuando, como se ha dicho anteriormente, lo normal es recibir el nombramiento con 25 como tarde) por el emperador

Federico II a petición de los reyes de Inglaterra y Francia (sus yernos, que no podían afrontar la vergüenza de que su suegro no fuese un caballero) o el de Menardo II de Gorz y Tirol, que no pudo contraer matrimonio con Isabel (viuda del emperador Conrado IV) hasta haber sido nombrado caballero. Por ello ser caballero se convierte en requisito para ocupar los puestos de mayor relevancia social. En el siglo XIII la caballería alcanza su apogeo militar y cultural (Zotz, 2006, pp. 189-190). Con todo ello parece evidente que la caballería como concepto y como ideal abarcaba muchas ideas más allá del campo exclusivamente bélico.

La Investidura de Armas

El rito que se asocia el paso hacia la caballería es la investidura de armas, el cual de nuevo tiene reminiscencias germánicas. La ceremonia normalmente consiste en que un caballero veterano le entrega a un joven las armas del oficio y le propina un golpe en la nuca o en la mejilla para fijar el recuerdo de la promesa, siendo esta la única bofetada que un caballero debe recibir sin devolver. La ceremonia termina con una demostración deportiva en la que el nuevo caballero derriba una panoplia puesta sobre un poste. La investidura de armas tiene su origen en un ritual germánico de entrega de armas que tiene por objeto introducir a los jóvenes en la vida adulta, descritos ya en época antigua por Tácito. No obstante, al cambiar de ambiente también cambió el sentido humano. En las sociedades germánicas todos los hombres libres tenían derecho a combatir y, por lo tanto, a esta ceremonia, pero en la era feudal solo un reducido grupo de personas podían combatir, por lo que perdió todo su sentido social. En algunas regiones desapareció y en otras pervivió, aunque no era algo generalizado. No obstante, cuando la clase caballeresca toma conciencia de sí misma y de aquello que la diferencia del resto de la sociedad este acto se convierte en uno de sus rasgos distintivos. Ya en el siglo XI decir del hijo de un noble que “no es caballero” equivale a decir que aún es un niño (Bloch, 1968, p. 333).

Durante la primera edad feudal para ser caballero solo basta combatir a caballo y tener un feudo, pero a medida que se va consolidando esta clase se hace necesaria una consagración. El lenguaje cambia y se pasa de hacer a ordenar caballeros, convirtiéndolos así en un sustrato de la sociedad. Sin embargo, aunque en origen la ceremonia de armar caballeros era profana, al estar la sociedad medieval completamente acostumbrada a lo sobrenatural el rito caballeresco recibe pronto una marca sagrada. Una de las formas en la que la Iglesia se introduce en el ritual es a través de la bendición de la espada. Este no

es un hecho aislado, pues en una época en que todo lo relacionado con el hombre puede ser usado por el demonio es costumbre que cada uno bendiga aquello que está directamente relacionado con ellos (ejemplos, campesino y sus cosechas, marido y su lecho...)

Otro de los hechos que contribuyen a la sacralización del rito es el hecho de que muchos obispos y sacerdotes son también señores feudales, y es esta segunda condición lo que los convierte en aptos para realizar esta ceremonia, aunque no pueden evitar rodearse de cierta pompa religiosa. De vez en cuando se añaden otros elementos al ritual, como la vela de armas o el baño purificador, pero los mismos no son siempre religiosos (hay constancia de velas de armas que se han hecho al son de las gaitas, instrumentos campesinos por excelencia) ni indispensables (pues muchos caballeros fueron nombrados antes o después de los combates)

Con la implicación de la Iglesia en la caballería se introducen una serie de preocupaciones espirituales sin las cuales no se puede ser un verdadero prudhomme. Por el contrario, la Iglesia se encarga de depurar la caballería de todos los elementos profanos que le resultaban molestos, primero a través de las promesas y después de los cantares y poemas. Entre dichas obligaciones se encuentran el ir a misa todos los días, o al menos, de buen grado, ayunar el viernes. Así mismo debe emplear la espada bendecida en buenas causas (en especial la defensa de la Iglesia frente a los paganos), aunque nada le impide vengarse de sus enemigos personales. Tampoco debe matar al vencido sin defensa, practicar en falsos juicios o cometer traición y si no es posible evitarlo, debe abandonar el lugar. Tampoco dar malos consejos a una dama y debe ayudar al prójimo si es posible (Bloch, 1968, pp. 336-338).

Los caballeros en la guerra: tácticas y formas de combate

La visión tradicional ha visto en la carga desorganizada y apabullante el único método de combate de los caballeros, cuya eficacia radicaría en la combinación de una caballería pesada con un exacerbado (e insensato) sentido del valor, deseosos de obtener fama y gloria individual a cualquier precio y una infantería inexperta, reclutada a la fuerza mediante levás y carente de cualquier sentido o habilidad marcial (y esa es la visión que algunos investigadores mantienen incluso hoy en día).

Es cierto que este sentido del valor y del honor podía llegar a ser un arma de doble filo (Dougherty, 2010, p. 7), ya que proporcionaba a los caballeros una psicología marcial

que los llevaba a soportar algunos combates de extrema dureza, pero también podía entrar en conflicto con las necesidades estratégicas del momento. En consecuencia, los efectos dañinos o beneficiosos que pudiese tener esta mentalidad dependían fundamentalmente de la capacidad de liderazgo del señor que liderase el ejército.

Pero los últimos estudios demuestran que esta visión es demasiado sesgada y simplista, empezando por el hecho de que uno de los tratados que más se copiaron y leyeron a lo largo de la Edad Media fue *De Re Militari*, de Vegetio y no hay que olvidar que casi todos los grandes generales cristianos eran caballeros que habían recibido la misma educación. De hecho, Jean Florí llega a afirmar que a lo largo de la Edad Media ninguna gran batalla se ganó sin la caballería.

En batalla los caballeros solían cargar lanza en ristre, formando unidades llamadas conrois, (que estaban integradas por entre 20 y 30 caballeros del mismo linaje que se conocían y combatían en equipo formando en cuña o en tropel) (Vara, 2012, pp. 240-245). Las cargas debían estar coordinadas, ya que cuando un conroi se retiraba otro debía estar preparado para arremeter contra el enemigo. También era recomendable que las distintas cargas se hiciesen desde ángulos diferentes, para evitar que los cuerpos de los muertos hiciesen tropezar a los caballos. Esta táctica fue empleada en batallas como Lechfeld, Hastings o Bouvines, batallas que se decidieron gracias al empleo coordinado de la caballería pesada (Florí, 2001, pp. 121-122).

Algunos comandantes especialmente hábiles en las tácticas caballerescas como Bohemundo de Tarento, Ricardo Corazón de León y Alfonso VIII de Castilla, podían usar en las batallas campales estrategias más refinadas y complicadas, combinando infantería y caballería. En la batalla de Arsuf Ricardo I protegió a su caballería detrás de un muro de infantería, obligando de este modo a los musulmanes de Saladino a acercarse demasiado hasta quedar dentro del alcance de la carga (France, 2010, p. 104). Cuando estuvieron a distancia de carga libero a los conrois, de modo que los musulmanes no tuvieron tiempo de usar su táctica del tornafueye y fueron derrotados, pues en el cuerpo a cuerpo eran muy inferiores a los caballeros europeos (Dougherty, 2010, pp. 10-15).

En la batalla de las Navas de Tolosa Alfonso VIII combinó unidades de caballería e infantería, de modo que los primeros cargaron y abrieron brechas en el frente almohade y por estos sitios entraron los infantes, que apoyaron con su número a los caballeros (Vara, 2012, p. 331). Normalmente cuando se combinaba de esta forma caballería e infantería los primeros formaban la parte exterior de la clásica cuña, mientras que el interior estaba

compuesto por los peones. Y en la batalla del Lago Harenc Bohemundo de Tarento uso unos *conrois* como cebo para trabar a los musulmanes en combate y acto seguido atacó por la retaguardia con su séquito personal, desbandando al enemigo (France, 2010, p. 96). Incluso está documentado el empleo de la retirada fingida (como en Hastings, 1066), táctica atribuida tradicionalmente a la caballería ligera, aunque lo que no se ha podido aclarar es si estas retiradas fueron auténticos fingimientos o si se trató de reagrupaciones de unidades huidas previamente del combate.

Otra táctica recurrente era una que combinaba caballeros (montados o a pie) y arqueros fue utilizada exitosamente por los ingleses. Si los caballeros estaban montados, se aproximaban al enemigo, que para aguantar la carga se veía obligado a agruparse, lo que lo convertía en un blanco perfecto para los arqueros. Por el contrario, si optaba por dispersarse para defenderse de los proyectiles, creaba la situación idónea para que los caballeros cargasen sobre él. Al estar tan dispersos, los infantes no podían resistir la carga de la caballería (Dougherty, 2010, p. 85).

Pero los caballeros no actuaban en campo abierto exclusivamente como caballería. Sobre todo, a partir de los siglos XIII y XIV (aunque se tienen evidencias anteriores, pero con menor frecuencia)(Soto Rodríguez, 2011, p. 81) lo hicieron como infantería pesada, táctica que emplearon ingleses y franceses durante la Guerra de los Cien Años (Keen, 1999, p. 263). Requiere una mención especial la batalla de Crecy, en la que el séquito del Príncipe Negro (que combatía desmontado) contuvo las cargas de caballería francesa y la de Poitiers, en la que la mayor parte de ambas caballerías (inglesa y francesa) actuó desmontada (Florí, 2001, p. 122). Este uso versátil de la caballería se ve también en los enfrentamientos a una escala más reducida, como Inglesmendi y Morgarten, donde los caballeros montaban y desmontaban en mitad del combate según las necesidades del momento.

Aun así, en la Edad Media las batallas campales eran escasas (Dougherty, 2010, p. 6) y por el contrario lo más abundante en la guerra cotidiana eran los enfrentamientos entre pequeños grupos y las operaciones rápidas de saqueo y destrucción. También era costumbre que antes de llevar a cabo cualquier enfrentamiento (campal o de asedio) los campeones de ambos bandos se batiesen en combate singular. Estas luchas a veces servían de sustituto del propio enfrentamiento, pues muchas veces se consideraba que el resultado que el resultado de tal evento podía llegar a ser premonitorio de lo que sucedería si el combate continuaba, pero a gran escala.

Estas incursiones y enfrentamientos de pequeños grupos eran mucho más corrientes que las batallas campales y de hecho el investigador Jean Florí destaca que estos enfrentamientos a pequeña escala, en los que la mortalidad era reducida, fueron una de las causas que propiciaron el surgimiento de una ética guerrera, que prefería hacer prisioneros a los caballeros capturados antes que aniquilarlos (aunque admite que también había otros factores, como el cálculo político o el interés económico (Florí, 2001, pp. 164-165).

Las cabalgadas eran la forma de vida más cotidiana de la Edad Media. Eran operaciones orientadas a saquear y destruir el territorio enemigo y retirarse antes de que este pudiese reaccionar. El objetivo de las cabalgadas era la destrucción del terreno para facilitar su conquista y el desprestigiar al enemigo para obligarle a presentar batalla (Dougherty, 2010, p. 6). En su condición de tropas montadas los caballeros tomaron parte en muchas cabalgadas. La cabalgada solía dirigirse contra territorios cercanos, pero con la generalización de la guerra total durante los Cien Años las cabalgadas recorrieron todo el país de punta a punta (Soto Rodríguez, 2011, p. 75). Estas cabalgadas podían ser de varios tipos, tal y como lo demuestran tratados como las Siete Partidas o el Doctrinal de los Caballeros, dependiendo de los objetivos y las tácticas que se empleasen (Vara, 2012, pp. 190-191). Alonso de Cartagena, que recopila las leyes caballerescas en un solo tratado, describe las cabalgadas sencillas (aquellas que se basaban en una sola incursión), así como las dobles o retrocabalgadas (que consistían en atacar el territorio enemigo entrando por una zona, regresar al punto de partida y volver a atacar por otro punto diferente). Además, estas pueden hacerse de forma “concejera”, que era cuando la milicia llevaba tiendas para acampar y hacía fuegos, o encubierta, cuando los integrantes de la misma buscaban moverse con sigilo. Por último, distingue entre la cabalgada a prisa, que buscaba los golpes rápidos y la cabalgada a paso, que era llevada a cabo por grandes ejércitos que destruían todo de forma más sistemática (Cartagena, 2006, p. 133).

Los caballeros también tenían un papel fundamental en los asedios, donde actuaban de nuevo como infantería de choque. Gracias a su equipo pesado podían afianzar posiciones en las brechas y murallas y ganar tiempo mientras el resto del ejército (que no estaba tan bien equipado ni entrenado como los caballeros) alcanzaba la zona y penetraba en la fortaleza (Dougherty, 2010, p. 104-105). Un ejemplo fue la toma de Jerusalén por los cruzados en 1099, que fue posible gracias a la participación de dos hermanos, Letaldo y Engerberto de Tournai, que fueron capaces de ganar una posición en las murallas y

aguantar el tiempo suficiente para que los peones, equipados de forma más ligera, pudiesen afianzarla con su gran número. Gracias a esta hazaña las tropas cruzadas entraron en Jerusalén, ganando la ciudad para los cristianos durante casi un siglo (Fleckestein, 2006, p. 123).

Sin embargo, no todos los asedios se decidieron por un asalto sangriento, ya que de nuevo la caballería y las ideas de cortesía y moderación ejercieron un curioso influjo sobre estos enfrentamientos. Y es que aquí se creaba un gran dilema entre salvar la vida y cumplir con el deber, ya que una rendición demasiado rápida se consideraba deshonrosa y cobarde para el defensor, pero al mismo tiempo una resistencia encarnizada era vista por el atacante como descortés e insultante. Para solucionar este conflicto entre dos valores tan caballerescos como el honor y la cortesía. En consecuencia, en muchas ocasiones se recurría a un pacto curioso, por el cual el defensor podía enviar un emisario a su señor natural.

Si este no acudía con un ejército de socorro dentro de un plazo pactado por entre defensor y atacante, el defensor podía rendir la fortaleza y salir de ella con honores. Con ello no quiero decir que siempre se alcanzasen estos pactos, sólo que normalmente se intentaba que esta negociación tuviese éxito. Por otra parte, el hecho de alcanzar este pacto no significaba que durante el periodo de tiempo que mediaba entre el envío del mensajero y la fecha pactada de la rendición podía haber paz entre los dos ejércitos o llevarse a cabo operaciones militares de distinta intensidad (como la construcción de torres y escalas o incluso asaltos por parte de los atacantes o alguna salida por parte de los defensores), sólo que se ponía una fecha límite para la duración de los asedios (Florí, 2001, pp. 160-163). Este fue el caso de la fortaleza de Château-Gaillard, que fue sometida a un largo asedio entre 1203 y 1204 (Dougherty, 2010, pp. 184-185).

Pero también había razones prácticas por las que los caballeros trataban de alcanzar esta clase de pactos. Por parte del defensor se lograba cumplir con el deber y salvar el honor sin arriesgarse a una resistencia a ultranza que condujese a la masacre de hasta el último hombre, mientras que el atacante no se veía obligado a trabar un asedio demasiado largo que consumiese una cantidad excesiva de recursos materiales y humanos (Florí, 2001, p. 160-163).

Los caballeros también participaron en el mar, a bordo de los bajeles y haciendo la guerra naval. Está guardaba muchas similitudes con la guerra terrestre en cuanto a que se trataba de un tipo de operaciones de corso orientadas a crear miedo en las rutas

comerciales enemigas. Algunos caballeros que fueron renombrados marinos son, Pero Niño y Roger de Flor. De hecho, algunos monarcas caballeros, como Jaime I de Aragón, consideraban que había más honor y gloria en la conquista de los reinos insulares que en la de los terrestres, quizás porque las campañas contra estos territorios requerían una mayor preparación y habilidad táctica y guerrera (Keen, 1999, 307).

Incluso Alonso de Cartagena, en su Doctrinal de los Caballeros, reconoce que los hombres que combaten en el mar tienen más valor que los de tierra, porque “en la guerra de la tierra no es el peligro sino de los enemigos tan solamente, más en la mar es de esos mismos y demás, del agua y de los vientos. Y aún sin esto, hay otro peligro, que si el que cae del caballo no puede más descender de hasta tierra, y si estuviere armado, no le hará mal; más el que cae del navío, por fuerza ha de ir hasta el fondón del mar, y cuanto más armado fuere, tanto más aína descende y se pierde” (Cartagena, 2006, p. 145).



Batalla Naval de Sluys

Por último, hay que hablar de los golpes de mano y las operaciones encubiertas, porque no todo fueron batallas y asedios, ya que no son muy conocidos entre el público general. En algunos casos una operación sigilosa podía ahorrar tiempo, dinero y vidas, tres cosas que un buen comandante no debe ignorar y los caballeros en su condición de tropas de choque participaban en estas escaramuzas cuando se daba la ocasión, aunque debido a su pesado equipamiento estas misiones eran mucho más peligrosas de lo habitual, ya que aumentaba el peligro de ser descubiertos. Durante la primera cruzada la ciudad de Antioquia fue conquistada gracias a un grupo de caballeros que, liderados por Bohemundo de Tarento, se infiltraron en la ciudad gracias a la traición del capitán de una de las torres (France, 2010, p. 96). Estos caballeros abrieron las puertas de la ciudad al grueso del ejército cruzado, que entró en masa en el asentamiento, como una marea

imparable (Harari, 2018, pp. 79-86). Algo parecido intentaron hacer los franceses en el año 1350, cuando pactaron la entrega de la Ciudadela de Calais a cambio de 20000 escudos. Doce caballeros y algunos peones se infiltraron en la ciudad y llegaron a la Ciudadela con intención de abrir las puertas a un ejército francés que esperaba fuera, pero el plan había sido descubierto semanas antes por el rey Eduardo III, señor de Calais, por lo que la guarnición estaba alertada y tendió una emboscada a los infiltrados, que tuvieron que deponer las armas (Harari, 2018, pp. 136-138).

El Equipo del Caballero

Mucho se ha escrito acerca de los caballeros y las limitaciones de su equipo, en lo que respecta a la movilidad y eficiencia en combate, especialmente cuando se habla de los modelos más tardíos y pesados. Son muchos los que opinan que este modelo carecía de eficiencia y que, a medida que iba pasando el tiempo, este se iba haciendo más aparatoso e inútil. Por ejemplo, en su libro “La Caballería y el Mundo Caballeresco” Thomas Zotz señala que los caballeros solo podían entrar en combate con un gran derroche de energía y casi a ciegas, por lo que necesitarían ayuda de los escuderos para entrar en combate (Zotz, 2006, p. 168).

Otros autores, como Jean Florí (2001, p. 107) o Maurice Keen (1999, p. 234) sostienen que esta opinión se produce al confundir las armaduras de torneo y parada con las que realmente se empleaban en los combates militares cuyo peso, unido al entrenamiento y la dieta que seguían los caballeros, era mucho más soportable. En un intento por acabar con esta disputa Daniel Jacquet y Thomas Schmuziger hicieron un experimento. Así pues, siguiendo el estilo de vida y los ejercicios que describe el caballero Jean le Maingre (1366 – 1421) fueron capaces de moverse y combatir con una autonomía y libertad casi total. Entre los ejercicios que practicaron se encontraban subir una escalera de mano con la armadura puesta sin más ayuda que los brazos, correr y escalar con la armadura o partir leña empleando un hacha.



Daniel Jacquet realizando una voltereta lateral con la armadura completa

Como resultado se mostraron capaces no solo de combatir, sino de levantarse desde el suelo, subir por escalas de mano e incluso hacer diversos ejercicios atléticos como dar volteretas laterales, todo ello completamente cubiertos de pie a cabeza con sus armaduras. Por otra parte, el propio Jean le Maingre escribe que, siguiendo esta rutina, era capaz de saltar sobre su caballo sin ninguna clase de ayuda. En consecuencia, este estudio, unido a los muchos escritos medievales como el de Jean le Maingre, parecen desmentir el viejo mito de la inmovilidad de los caballeros medievales (Jaquet *et al.*, 2016, pp. 169-180).

Del caballero al hombre de armas: separación de los aspectos militares y culturales de la figura del caballero

En las páginas anteriores se ha expuesto que en la Edad Media la figura del caballero era una construcción que aglutinaba ideales morales, bélicos, sociales y culturales. Todos ellos estaban unidos en la mentalidad caballeresca, de modo que estos debían comportarse cortésmente y con honor tanto en las fiestas con sus iguales como en el campo de batalla con sus enemigos. Sin embargo, a partir del siglo XIV esta construcción empieza a desmoronarse y los valores que la integran empiezan a dispersarse.

La Guerra de los Cien Años introdujo una serie de novedades que rompieron los esquemas medievales. Por un lado, la creación de los primeros ejércitos semiprofesionales quebró la antigua división entre *bellatores* y *laboratores*, ya que a partir de este momento gentes de extracción plebeya podían considerarse guerreros de oficio, algo que hasta entonces había sido monopolio de la nobleza.

Además, las nuevas tácticas e inventos, unidos a algunos sucesos que pusieron en entredicho los valores caballerescos tradicionales (como la batalla de Courtaí, acaecida en 1302, en la que la caballería francesa fue derrotada por las milicias municipales

flamencas) obligaron a los caballeros a reorientar su mentalidad para seguir siendo efectivos en combate. Por ello se vieron obligados a abandonar los viejos ideales de honor que les habían caracterizado hasta ese momento y adoptar una visión mucho más racional y práctica de la guerra (Prestwich, 2010a, pp. 170-171). Gracias a estos cambios las tropas de caballería pesada siguieron siendo la élite militar durante dos siglos más, pero, aunque su equipo y formas de combate seguían siendo los mismos que los de los siglos XII y XIII, su mentalidad e ideales los hacían completamente distintos a sus antecesores (por así decirlo eran como cáscaras vacías de lo que un día fuese el ideal caballeresco). Poco a poco las viejas leyes de la guerra caballerescas dejaron de aplicarse en los distintos campos de batalla europeos, siendo la Italia de los Condotieros el último refugio de esta forma de guerra (Prestwich, 2010b, pp. 190-194).

Las órdenes militares, que tan importantes habían sido en la formación del ideal caballeresco, ya no servían para la lucha contra el islam y terminaron absorbidas por sus funciones económicas y políticas y en el siglo XIV se habían convertido en sociedades de varones en las que se emulaba el estilo de vida superior y por lo tanto eran parte del juego nobiliario. En el término orden habían llegado a confundirse muchas acepciones, desde la más elevada santidad hasta la mera camaradería, por lo que ya no cumplían adecuadamente con su función, por lo que empezaron a desaparecer o transformarse. Además, se empezaron a emplear con fines políticos para aumentar la influencia de los príncipes y reyes, de modo que, aunque en este tiempo hubo una explosión de fundación de órdenes las cuales compartían los mismos valores seculares que las antiguas, aunque no así los espirituales.



Capitel con el Escudo de la Orden de la Banda, orden fundada por los monarcas castellanos

Así la Orden de la Estrella exigía a sus miembros que renunciases a las otras órdenes militares que pudiesen ostentar y los ingleses creían que imponiendo la Orden de la Jarretera a otros señores lograban su alianza y vasallaje, mientras que al mismo tiempo se negaban a aceptar los honores de órdenes extranjeras para no convertirse en vasallos de otros reyes, costumbre que ha continuado hasta nuestros días. En estos tiempos muchos consideraban las órdenes militares como un mero pasatiempo, por lo que se hacía necesario reafirmar la reputación y honor de estos organismos, pero al final fundar las órdenes militares se convirtió en una moda que cada príncipe seguía (Fleckestein, 2006, pp. 159-160). Por otra parte, aunque muchos príncipes anunciaban su intención de marchar hacia la cruzada, ya no se realizaban estas expediciones, de modo que esta idea se había convertido en un mero pretexto para recaudar impuestos (Huizinga, 191, p. 99).

Los intelectuales continuaban escribiendo acerca de las ideas caballerescas, pero no podían evitar ver en los hechos de armas una profesión que se había convertido en cuestión de ganancias, así como traiciones y masacres (Huizinga, 1919, p. 69). Todo esto era incomprensible para los nobles de aquel tiempo y achacaban la decadencia de la caballería a la introducción en el estamento nobiliario de hombres extraídos de la burguesía (recordemos que, desde el siglo XIII, se pensaba que el honor y dignidad correspondientes a la caballería solo podían recibirse por linaje, por lo que la introducción de advenedizos no era bien recibida) (Pérez de Tudela, 1986, p. 826).

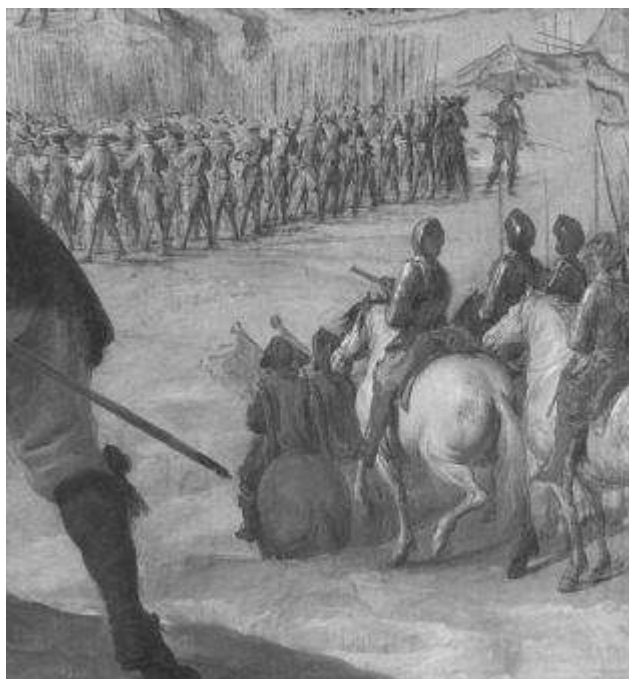
A medida que el ideal caballeresco se desintegraba, los nobles que lo defendían aumentaban la fastuosidad y el esplendor que lo rodeaba. Los antiguos torneos se convirtieron en espectáculos cada vez más refinados y los enfrentamientos de príncipes ahora requerían mucha preparación y dinero, preparándose con tanta antelación que, como las cruzadas, a veces no llegaban a producirse, mientras que los duelos judiciales (a los que en la Edad Media sólo tenían derecho los caballeros) se terminaron extendiendo hasta las capas inferiores de la población. Por otra parte, los combates de campeones, que antes elevaban la moral, empezaban a ser vistos por los capitanes como inútiles e indeseables, por lo que empezaron a evitarlos (aunque a pesar de este rechazo pervivieron hasta épocas tan tardías como el siglo XVII) (Huizinga, 191, p. 106).

Además, a diferencia de los caudillos medievales como Eduardo III de Inglaterra, Federico I del Sacro Imperio o Alfonso VIII de Castilla, que combatían en el centro de la batalla junto a sus guerreros, los nuevos generales ya no se arriesgaban, manteniéndose

siempre alejados de la lucha, desde una posición dominante en la que podían controlar todo el terreno.

En cuanto a los valores caballerescos tradicionales (amabilidad, cortesía, elegancia, moderación, prudencia...) continuaron formando parte esencial de la educación de los nobles y los príncipes, del mismo modo que la educación cortesana, aunque ya no tenían ninguna aplicación en el mundo militar. Ello no evitaba que algunos monarcas como Carlos I de España o Francisco I de Francia se considerasen a sí mismos auténticos caballeros. En el campo cultural la iconografía caballerescas continuó viva, de modo que muchos reyes se hacían representar con sus armaduras (como por ejemplo en el cuadro de Carlos I de España en la batalla de Mühlberg) o como reyes-cazadores, deporte que como se ha mencionado anteriormente, estaba asociado con los caballeros (Vallejo, 2007, pp. 31-42).

En el campo militar la caballería pesada siguió siendo predominante durante todo el siglo XV e incluso durante los primeros años del siglo XVI (cuando tuvieron lugar las batallas de Mariagno y Rávena, en las que los caballeros franceses obtuvieron rotundas victorias contra sus enemigos) aunque desposeída de sus valores arcaicos, pero con el progresivo auge de la infantería y las armas de fuego portátiles su papel fue disminuyendo poco a poco. Sin embargo, no llegó a desaparecer del todo, tal y como lo atestiguan algunas obras del siglo XVII, en las que aparecen tropas de caballería acorazadas y equipadas con lanzas pesadas (como el *Retrato del duque de Lerma*, de Rubens, pintado en 1603, o *La Rendición de Juliers*, de Jusepe Leonardo, datado de 1634 – 1635). En algunas regiones la caballería pesada logró mantener su preeminencia durante más tiempo, siendo el caso más famoso el de los húsares alados polacos, que mantuvieron su efectividad hasta los albores del siglo XVIII. Así mismo, la caballería siguió siendo el cuerpo más prestigioso del ejército durante largo tiempo, por lo que era aquel en el que se alistaban los hijos de las familias adineradas (Dougherty, 2010, p. 91).



Detalle de la Rendición de Juliers. Se pueden apreciar tropas de caballería equipadas con armadura y lanza

Conclusión

Con todo este trabajo se han tratado de demostrar varios puntos. El primero de ellos es que la caballería no fue un fenómeno exclusivamente militar, sino que los buenos caballeros lo eran en sociedad y en el campo de batalla, pues en ambos mundos regían los mismos principios y cualidades que se deseaban en una persona de alto rango, especialmente en lo que concernía a la cortesía, la elegancia y la moderación. Así mismo a nivel social se consideraba que ser noble implicaba ser caballero y las altas dignidades solo podían ser ejercidas por ellos

En segundo lugar, que al contrario de lo que se piensa en muchos círculos los caballeros eran una fuerza de combate versátil y eficaz, capaces de emplear distintas tácticas y combatir en distintos teatros más allá de la clásica carga de caballería en tropel, conocida por todos, así como difundir los estudios realizados en torno al peso y movilidad de las armaduras más complejas. Los caballeros actuarían en la guerra como comandantes y soldados en distintos teatros bélicos y serían quienes escribirían la historia de la guerra en la Edad Media entre los siglos XI y XV.

En tercer lugar, que quizás no sea apropiado hablar de desaparición o extinción de la caballería, ya que el conjunto de ideas que lo componían no son olvidadas, sino que se van distanciando a partir del siglo XIV, de modo que la combinación social y bélica que

daba forma a este concepto se va deshaciendo. Así en el siglo XV sigue habiendo guerreros de caballería pesada armados que combaten como los caballeros, pero ya no siguen los ideales que caracterizaban a los caballeros y que a medida que avanza esta centuria se irán convirtiendo en hombres de armas.

En cuarto y último lugar, que, aunque la caballería entendida como ideal medieval entra en crisis a lo largo de los últimos años del siglo XIV y los primeros del XV, los soldados montados, armados con lanzas y protegidos con armaduras pesadas continúan teniendo preeminencia hasta principios del siglo XVI y que perviven de forma residual en los ejércitos modernos durante parte de la modernidad. Así mismo también se ha pretendido demostrar que los valores y emblemas caballerescos continuaron vigentes en la cultura occidental incluso hasta nuestros días.

Bibliografía

- AGUADE NIETO, S. (2002): «El Espíritu de la Edad Media», en ÁLVAREZ PALENZUELA, V (coord.) *Historia Universal de la Edad Media*, Ariel, Barcelona.
- BLOCH, M. (1968): *La Sociedad Feudal*, Akal, Barcelona.
- CARTAGENA, A. (2006): *Tratados Militares*, Ministerio de Defensa, Madrid
- DOUGHERTY, M. (2010): *Armas y Técnicas Bélicas de los Caballeros Medievales 1000 – 1500*, Libsa, Alcobendas
- FLECKENSTEIN, J. (2006): *La Caballería y el Mundo Caballeresco*, Siglo XXI, Madrid.
- FLORÍ, J. (2001): *Caballeros y Caballería en la Edad Media*, Paidós, Barcelona.
- FRANCE, J. (2010): «El Resurgir de la Cristiandad Latina y la Cruzadas de Oriente», en BENNETT, M. (ed.), *La Guerra en la Edad Media* Akal, Madrid, pp. 85 – 111
- GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, L. B. (2004): «¿Cruzadas antes de la Primera Cruzada? La Iglesia y la Guerra Santa, Siglos IX - XI», en *García III “el de Nájera”, un rey y un reino en la Europa del Siglo XI: XV Semana de Estudios Medievales*, Nájera, Tricio y San Millán de la Cogolla.
- HARARI, Y. (2018) *Operaciones especiales en la edad de la caballería*, Edad f Editorial, Madrid.
- HUIZINGA, J. (1919) *El Otoño de la Edad Media*, Titivilus, Zaragoza.
- JAQUET, D.; BONEFROY MATHURE, A.; ARMAND, S.; CHARBONIER, C.; ZILTENER, J.; KAYSER, B. (2016): «Range of motion and energy cost of locomotion of the late medieval armoured fighter: A proof of concept of confronting the medieval technical literature with modern movement analysis» en *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, 49, pp. 169 – 186.
- KEEN, M. (1999): *Historia de la Guerra en la Edad Media*, Papeles del Tiempo, Móstoles.
- PÉREZ DE TUDELA, I. (1986): «La dignidad de la caballería en el horizonte intelectual del siglo XV» en *En la España Medieval*, 9, pp. 813 – 830.
- PRESTWICH, M. (2010): «El desafío a la caballería: el arco largo y la pica, 1275 - 1475» en BENNETT, M. (ed.), *La Guerra en la Edad Media* Akal, Madrid pp. 161 – 181.

- PRESTWICH, M. (2010): «La Revolución de la Pólvara, 1300 - 1500» en BENNETT, M. (ed.), *La Guerra en la Edad Media* Akal, Madrid pp. 183 – 202.
- SOTO RODRÍGUEZ, J. A. (2011): «El Arte Militar Medieval: Una mirada desde el Siglo XI» en *Tiempo y Espacio* 26, pp. 67 – 93.
- VALLEJO, N. (2007): «El Ocaso de la Caballería Medieval y su pervivencia iconográfica en la Edad Media», en *Laboratorio de Arte*, 20, pp. 31 – 53.
- VARA, C. (2012): *Las Navas de Tolosa*, Edhasa, Barcelona.
- ZOTZ, T. (2006): «El Mundo Caballeresco y las formas de vida cortesana» en FLECKENSTEIN, J. (ed.), *La Caballería y el Mundo Caballeresco*, Siglo XXI, Madrid.

LA LÉGION ÉTRANGÈRE FRANÇAISE, 1914-1945: RÉALITÉS SOCIALES ET CHANGEMENTS MILITAIRES DANS UN MONDE EN GUERRE THE FRENCH FOREIGN LEGION, 1914-1945: SOCIAL REALITIES AND MILITARY CHANGES IN A WORLD AT WAR

Alejandro Acosta López³⁶⁴

Universitat de Barcelona

Mariella Terzoli³⁶⁵

Sapienza-Università di Roma

Résumé: Ce texte essaye de s'approcher à l'histoire de la Légion étrangère française en mettant l'accent sur la contribution des idées et des nouvelles traditions qui ont contribué à la modernisation et à la cohésion du corps, en particulier pendant l'entre-deux-guerres. Ces traditions ont renforcé l'esprit du corps, mais en contrepartie, elles ont collaboré à l'invisibilité des facteurs socio-économiques ou idéologiques permettant de comprendre l'expansion de la Légion étrangère et sa perméabilité au contexte durant la période 1914-1945.

Mots-Clés: Légion étrangère française; Première Guerre mondiale; Seconde Guerre mondiale; tradition militaire; les exilés; fascisme.

Abstract: This text tries to approach to the History of the French Foreign Legion, focusing on the contribution of ideas and new traditions which contributed to the modernization and cohesion of the corps, especially during the interwar period. These traditions did strengthen the spirit of the corps but as a counterpart collaborated with the invisibility of the socio-economic or ideological factors that help to understand the expansion of the Foreign Legion and its permeability with the context during the period 1914-1945.

Key Words: French Foreign Legion; First World War; Second World War; military tradition; exiles; fascism.

La Légion étrangère française: de ses origines à la Première Guerre mondiale

La Légion étrangère française a pour origine des raisons sociales et politiques plutôt que des nécessités purement militaires. En premier lieu, par suite de l'industrialisation

³⁶⁴ Alejandro Acosta López (Barcelone, 1992) a suivi une Licence en Histoire (2014) et un Master en Histoire Contemporaine et Monde Actuel à l'Université de Barcelone (2015). Il se bénéficie actuellement d'une bourse prédoctorale FPU du Ministère de l'Éducation de l'Espagne et travaille à l'Université de Barcelone sur son projet de thèse de Doctorat *Los voluntarios españoles en la Legión Extranjera francesa durante la Primera Guerra Mundial* sous la direction du Dr. Pelai Pagès Blanch.

³⁶⁵ Mariella Terzoli (Mantoue, 1994) a suivi un Master en science historique à l'Université de La Sapienza (Rome) en co-tutelle avec l'Université de Grenoble Alpes (2017) ainsi qu'un Master en Études Stratégiques (2018). Elle prépare actuellement un projet de Doctorat sur les Italiens engagés dans la Légion étrangère française pendant les guerres de décolonisation de la IV^e République française.

naissante, la France est devenue un pays récepteur d'une immigration économique importante (principalement de la Suisse, de la Belgique et des Pays-Bas), ce qui représentait un défi important pour le pouvoir public. D'autre part, le triomphe de la révolution de 1830 en France et l'échec des expériences révolutionnaires de cette année dans d'autres pays européens ont obligé la France à accepter également un grand nombre d'exilés politiques réfractaires au maintien de l'Ancien Régime. Cette présence d'exilés libéraux rendait son cadrage plus pratique afin d'exercer un contrôle sur certaines foyers de population susceptibles de compromettre la position de la nouvelle monarchie de Louis-Philippe I et de pousser à l'extrême leur approches. En plus, l'encadrement militaire de ces exilés a permis de canaliser l'attrait de ce groupe humain sur les intérêts de l'État. Par ailleurs, le nouveau monarque savait que dans l'armée abondaient les éléments fidèles à l'Ancien Régime, que ce fussent de bonapartistes ou de partisans de Charles X, notamment entre les officiers. L'idée d'un corps constitué que par des volontaires étrangers qui se battraient toujours hors du territoire français semblait être un bon moyen de tenir ces officiers réfractaires à l'écart et de profiter de leur longue expérience. Enfin, la formation de la Légion étrangère était une réponse à l'évolution de la campagne de colonisation en Algérie. Charles X de Bourbon avait tenté d'utiliser la campagne en Algérie après un conflit diplomatique pour renforcer le prestige de sa monarchie, mais l'enthousiasme initial s'était éteint rapidement et le nouveau roi Louis-Philippe I était déterminé à satisfaire la demande de renforts sans verser le sang français, ce qui aurait été extrêmement impopulaire.

Pour toutes ces raisons, le 9 mars 1831, au moyen d'une ordonnance royale a été créée la Légion étrangère, dans lequel tous les étrangers de 18 à 40 ans et d'une taille supérieure à 1'55 mètre pouvaient être intégrés pour signer un engagement pour 3 ans et 5 ans maximum. Dès le début, des centaines d'étrangers se sont engagés dans les différents bureaux de recrutement de villes comme Auxerre, Agen, Chaumont ou Avignon, mais l'énorme hétérogénéité du corps a provoqué de nombreux conflits dans un premier temps. Ainsi, au côté d'anciens soldats vétérans des Guerres napoléoniennes, coexistaient des personnes sans expérience militaire, souvent des professionnels libéraux exilés, des aventuriers et des anarchistes. D'ailleurs, l'origine des pays en conflit a également généré des différences et des affrontements entre les soldats eux-mêmes. En outre, la Légion n'avait aucun prestige à cette époque et de nombreux officiers considéraient leur intégration dans la Légion comme une dégradation ou directement une humiliation. La

sévérité des châtiments a tenté de corriger les affrontements internes au sein de la Légion étrangère, mais ce serait la communion des soldats sur les champs de bataille qui commencerait à donner une notoriété et un sentiment d'unité au corps. À partir d'avril 1832, plusieurs bataillons de la Légion étrangère naissante sont utilisés pour combattre la résistance algérienne à la colonisation française, organisée par des personnages tels que l'émir Abd el-Kaser. Parallèlement à la campagne en Algérie, la Légion étrangère était utilisée en Espagne dans le cadre de la Première Guerre carliste en raison des accords signés par la Quadruple Alliance, dans lequel le Royaume-Uni et le Royaume de France s'engageaient à apporter leur aide aux partis libéraux respectifs en Espagne et au Portugal. Depuis son débarquement dans le port de Tarragone en juillet 1835, la Légion étrangère, placée temporairement sous les ordres de la régente Maria Cristina, subit de nombreuses pertes. Dans le cadre de ce conflit, il a également été décidé d'établir le principe de la fusion des nationalités, qui abandonnait les premiers bataillons qui regroupaient les soldats selon leur origine pour procéder à leur fusion indistinctement de son nationalité.

Après l'expérience de la Première Guerre carliste et jusqu'à la Première Guerre mondiale, la Légion étrangère augmenterait son prestige national en tant que force d'élite de l'armée française, souvent liée à un imaginaire d'exotisme colonial. Cette image a été favorisée par la création en 1843 du quartier principal de la Légion étrangère dans la ville algérienne de Sidi-Bel-Abbès, une ville multiculturelle où la Légion est restée 119 ans jusqu'à la perte de la colonie algérienne en 1962. En outre, cette image de la Légion a été favorisée aussi car, tout au long du XIXe siècle, elle a été principalement utilisée dans les conflits internationaux européens et les campagnes d'expansion impérialiste, soulignant ainsi leur participation à la Crimée et au Mexique. C'est précisément lors de la deuxième campagne impérialiste menée par Napoléon III contre le Mexique que la Légion a pris part à une bataille qui revêtirait une légende pour le corps, en s'intégrant dans l'imaginaire et dans le discours de la Légion étrangère: la bataille de Camerone. Le 30 avril 1863, environ 60 légionnaires étaient encerclés par les troupes mexicaines dans l'*hacienda* de La Trinidad à Camarón de Tejeda (Veracruz), près de Puebla, et résistèrent héroïquement au siège pendant 11 heures. Dans cette bataille, le capitaine de 35 ans Jean Danjou est mort frappé d'une balle en pleine poitrine, dont la main prothétique était couverte d'or et est encore aujourd'hui l'objet le plus vénéré par les légionnaires.

Quelques années plus tard, en 1870, la guerre franco-prussienne a commencé. Pour les légionnaires cette guerre a supposé le premier conflit sur le sol métropolitain français et, en plus, pour tenter de satisfaire l'incorporation nécessaire d'hommes afin de stopper l'avancée des troupes allemandes, une modalité de contrat sans précédent et exceptionnelle a été introduite, qui ne recouvrerait la Première et la Seconde guerre mondiale: l'engagement *pour la durée de la guerre*. Traditionnellement, le légionnaire était intégré à la Légion pendant 5 ans, mais cette modalité ne limitait l'engagement que dans le conflit en cours, qu'il durerait quelques mois ou plusieurs années. Beaucoup de légionnaires qui ont été incorporés à la suite de cette nouvelle modalité étaient d'origine alsacienne. Après le dénouement défavorable de ce conflit, la Légion a été utilisée à fin de réprimer violemment le mouvement insurrectionnel de la Commune de Paris le mai 1871, ça qui a augmenté la méfiance de la gauche politique française envers ce corps pendant très longtemps (Porch, 1991, pp. 167-169). De toute façon, la nouvelle Troisième République Française a continué et même poussé la politique expansionniste de l'Empire en Afrique et en Asie, et dans ce contexte, la Légion étrangère s'a révélé comme un élément pratique et a donc été utilisée dans des nombreuses opérations sur théâtres tels que l'Indochine, Madagascar, le Dahomey ou le Maroc. Avec cela, la Légion a retrouvé et accentué une certaine image d'un corps d'élite mercenaire lié à l'impérialisme français et à une certaine idée d'exotisme, image souvent accompagnée pour l'image d'un corps constitué essentiellement d'éléments sociaux marginaux (KOLLER, 2013). Cependant, l'éclatement de la Première Guerre mondiale après l'assassinat de l'archiduc Franz Ferdinand à Sarajevo redimensionnerait la Légion étrangère française et l'ouvrirait à une étape cruciale de transformation et d'adaptation en tant que corps militaire.

La Légion et la Grande Guerre: la consécration d'un corps légendaire

La Première Guerre mondiale, le grand conflit qui a inauguré le vingtième siècle d'après Eric Hobsbawn (Hobsbawn, 1994), a imposé une ampleur sans précédent et a imposé une grande mobilisation. Bien que contrairement au Royaume-Uni dans le cas français la mobilisation ait été forcée dès le début pour une bonne partie des Français en âge de se battre, il était également opportun de faire participer aux rangs français des hommes de toutes nationalités pour renforcer l'effort de guerre français. Malgré tout, la loi française interdisait l'incorporation d'étrangers dans l'armée régulière française, étant

la Légion étrangère la principale possibilité pour les étrangers souhaitant servir la France *manu militari*. Connaissant le grand nombre d'étrangers résidant en France en situation irrégulière, de chômage ou simplement de précarité socio-économique, le Ministère de la Guerre français a annoncé que la nationalité française serait facilitée à tous les étrangers inscrits dans la Légion étrangère, et également a habilité divers centres tout au long de la géographie française pour procéder à l'engagement, dans des villes comme Paris, Lyon, Toulouse, Nîmes ou Bayonne. D'ailleurs, comme en 1870, les volontaires pourraient s'engager *pour la durée de la guerre* au lieu de s'engager pour 5 ans. On estime que si la Légion comptait 11.000 hommes au début de 1914, 35.000 hommes combattraient sous les drapeaux entre 1914 et 1918, bien que d'autres auteurs - comme André-Paul Comor - parlent de 42.883 hommes (Comor, 1992, p. 35). Tibor Szecsko fait allusion à 27 nationalités représentées dans la Légion en 1914 (Szecsko, 1989, p. 142). Cet engagement massif, ainsi comme les besoins discursifs de la propagande française, ont fait immédiatement que les journaux et les livres français parlèrent de manière propagandiste de l'arrivée massive des peuples du monde entier à la défense des valeurs incarnées par la France, telles que la démocratie, l'égalitarisme ou la liberté. Une société internationale fondée en 1909 par l'avocat belge Emile Jennissen et d'autres personnages liés au monde de la science, de l'art et de la littérature, les Amitiés Françaises, ont également contribué à diffuser l'idée et à encourager le recrutement. De cette manière, tous les facteurs socio-économiques qui ont poussé de nombreux hommes à s'inscrire dans la Légion étrangère ont été brouillés par la propagande, bien que la documentation existante permette de constater aussi des plusieurs cas d'engagement qu'ont été provoqués par l'adoption d'un ferme engagement idéologique. Cela semblait être le cas de certains des légionnaires les plus célèbres engagés dans la guerre, comme ce fut le cas de l'artiste d'origine russe Alexandre Zinoviev ou du poète et écrivain suisse Louis Frédéric Sausser, plus connu sous le nom de Blaise Cendrars, qui au moment de l'éclatement de la guerre a lancé un manifeste avec plusieurs intellectuels appelant à la défense de la France parmi les amis de la France et tous « qui avons trouvé en France la nourriture de notre esprit ou notre nourriture matérielle » (*Le Matin*, n. 11.114, 2 août 1914, p. 3). De même, semblait également enthousiaste l'incorporation de jeunes exilés juifs en France ayant fui des pogroms de l'Europe de l'Est et entrevoyant la possibilité d'une victoire de l'Entente, une expansion des valeurs égalitaires et de la tolérance dans toute l'Europe, au mépris du récent cas Dreyfus. Certainement, l'incorporation massive d'hommes a entraîné la

coexistence au sein de la Légion étrangère de personnes appartenant à des groupes aisés, sensibilisées aux discours idéologiques sur la guerre, avec des personnes d'une moralité douteuse, ce qui allait générer plusieurs tensions internes. En tout cas, en s'ayant ouvert le terme du recrutement des étrangers le 21 août 1914, en seulement dix jours, environ 8.000 volontaires avaient déjà été recrutés à titre étranger. Parmi les combattants du monde entier, il y avait des soldats belges, des Russes (surtout des exilés russes en France liés au réformisme et à la gauche politique), des Suisses, des Italiens ou des Espagnols³⁶⁶, bien qu'il convient de souligner aussi l'incorporation de soldats des États-Unis³⁶⁷, de Polonais ou de Tchèques, ces derniers encouragés pour l'appel de l'association patriotique Sokol. Dans le cas particulier des Italiens, leur grand nombre a motivé la décision de les regrouper exceptionnellement dans un seul Régiment, le 4e Régiment de Marche du Premier Étranger, créé le 5 novembre 1914. À la tête de l'aussi dit Légion Garibaldienne était l'un des petits-fils du célèbre héros de l'Unification italienne Giuseppe Garibaldi, Giuseppe «Peppino» Garibaldi (1879-1950), un aventurier qui s'avait battu au côté des Grecs en 1897 et 1912 et qui excellait dans les combats dans la région de l'Argonne, où l'un de ses frères, Bruno, a rencontré sa mort. L'intégration du Royaume d'Italie en mai 1915 à la Première Guerre mondiale au côté des pays de l'Entente a permis à de nombreux légionnaires italiens de rester dans l'armée de leur propre pays, avec lequel la Légion Garibaldienne a été dissoute.

Après s'être engagés dans la Légion étrangère, les nouveaux légionnaires ont reçu des instructions dans différents dépôts jusqu'à leur entrée au combat en octobre 1914. Tout au long de la Grande Guerre, la Légion étrangère a été utilisée comme une force de choc dans certaines batailles les plus féroces sur le front occidental comme aussi dans les Dardanelles (avec des combats comme ceux de Sebd Ul Bahr), en plus de l'Afrique du Nord et du Tonkin. La sévérité des combats et la discipline de fer imposée aux légionnaires ont provoqué quelque peu gêne entre certains légionnaires qui désertaient

³⁶⁶ Précisément la thèse de Doctorat de l'auteur, Alejandro Acosta, intitulé *Los voluntarios españoles en la Legión Extranjera francesa durante la Primera Guerra Mundial*, tente notamment de révéler le nombre de volontaires espagnols de la Légion étrangère qui auraient pu grossir leurs rangs entre 1914 et 1918. Pour cela, la recherche a recours à des sources officielles conservées dans les archives de la Légion à Aubagne, le Bureau des Anciens de la Légion étrangère, bien qu'offrir un chiffre exact semble impossible en raison des carences et des problèmes des sources.

³⁶⁷ Parmi eux, le cas le plus célèbre est peut-être celui du jeune poète Alan Seeger (1888-1916), installé à Paris depuis 1912 et qui a décidé de s'engager volontaire *pour la durée de la guerre* à Paris le 24 août 1914. Après avoir servi en Champagne, dans l'Aisne et en Alsace, a enfin retrouvé la mort au début de l'offensive de la Somme près de Belloy-en-Santerre à 28 ans, le 4 juillet 1916, le même jour de l'indépendance américaine.

parfois, notamment les éléments des classes riches qui s'étaient adhérent à la Légion pour l'idéalisme, confiants dans une guerre brève, comme a révélé la presse étrangère ou la presse socialiste française critique (Porch, 1991, p. 355). Toutefois, pendant la première année du conflit, les légionnaires excellèrent dans les combats en Argonne et à l'Artois et, depuis 1915, avec l'ouverture d'un nouveau front oriental, de nombreux légionnaires furent envoyés pour se battre contre les troupes ottomanes dans les Dardanelles et contre les Autrichiens et les Bulgares sur le front serbe. Les nombreuses pertes enregistrées lors de ces batailles et l'entrée de l'Italie dans la guerre, avec la conséquente disparition du 4^e Régiment de Marche en permettant aux légionnaires italiens de rejoindre leurs armées nationales, obligèrent à modifier l'organisation interne de la Légion. Depuis le début de la Grande Guerre, quatre Régiments de marche ont été formés, mais le 11 novembre 1915, un seul Régiment de Marche de la Légion étrangère (RMLE) a été institué, lequel ne sera dissous qu'après la fin du conflit, le 20 septembre 1920. Intégrés à ce seul Régiment de Marche, les légionnaires combattirent dans des batailles et des théâtres tels que la Somme (juillet 1916), Auberive (avril 1917), Verdun (août 1917), le bois de Hangard devant Amiens (avril 1918), la deuxième bataille de la Marne (depuis le 18 juillet 1918) ou la ligne Hindenburg (septembre 1918). En plus des pertes motivées pour désertions ou l'abandon du corps, particulièrement graves en 1917 et 1918³⁶⁸, toutes les batailles ont coutume de provoquer des nombreux morts sur les champs de bataille. Parmi ces victimes, il y en a une aussi célèbre que celle du lieutenant-colonel Duriez du RMLE, décédé le 17 avril 1917 après avoir été mortellement blessé. Sa mort a été contrainte de nommer un nouveau lieutenant-colonel décisif pour l'avenir de la Légion étrangère: Paul-Frédéric Rollet (1875-1940). Rollet était l'exemple classique d'un homme dévoué corps et âme à la vie militaire (Soulié, 2001). Né à Auxerre, il suit une formation à la prestigieuse école militaire de Saint-Cyr. Il est rapidement affecté au 1^{er} Régiment étranger de Sidi-Bel-Abbès, ressortissant dans la Légion étrangère, avec laquelle il était à Madagascar et en Algérie et réussit nommé capitaine en 1909. Au début de la Première Guerre mondiale, son désir d'être présent sur le front lui impose d'affecter plusieurs Régiments d'infanterie de l'armée régulière et, après la mort de Duriez, il le a remplacé. Rollet était une figure importante dans les victoires de la Légion entre 1917 et 1918 et, à cette époque, il a commencé à acquérir un grand prestige et une renommée parmi ses hommes. Ce prestige

³⁶⁸ Ce fut le cas des Tchèques, qui furent autorisés en 1918 à former leur propre armée et de la même manière que les Italiens en 1915 abandonnèrent massivement la Légion, qui coûta 1 020 hommes à Rollet.

et les bonnes relations avec les légionnaires faciliteraient plus tard le renforcement d'une culture légionnaire extrêmement utile pour atténuer les différences qui se sont développées au sein de la Légion depuis la Grande Guerre et pendant l'entre-deux-guerres à la suite de tensions de ces années ainsi que de la coexistence de cet organe militaire avec un contexte européen particulièrement intense et changeant. Après tout, Rollet savait que dans la Légion qu'il commandait, il y avait des éléments de la classe moyenne et supérieure avec un bon niveau de formation inscrits pour des raisons idéologiques, et d'autres éléments d'inférieure extraction sociale avec un engagement moins passionné et susceptibles de créer des problèmes, bien que plus résistants à la discipline draconienne de la Légion. L'instauration d'une culture légionnaire intégratrice visait sans aucun doute à réagir à l'expérience de la Grande Guerre, c'est-à-dire, à la vérification des limites de la Légion étrangère pour rendre compatible l'intégration de la vague idéaliste et patriotique de 1914 avec la tradition coloniale d'un corps professionnel et d'élite mais socialement rien d'élitiste.

Les succès militaires de la Légion étrangère ont augmenté la patine légendaire du corps. En 1918, les États-Unis d'Amérique tirèrent profit de la notoriété de la Légion étrangère pour lancer une véritable stratégie de communication visant à stimuler les obligations de guerre à financer la guerre et à encourager l'intégration des volontaires américains dans les *American Expeditionary Forces*, en émulant l'exemple de la Légion étrangère. Le corps commençait à gagner une présence croissante dans les pages de la presse américaine, mais pour maximiser la campagne, il fut décidé d'envoyer un contingent de 86 légionnaires personnellement aux États-Unis. Ces hommes, portant des drapeaux américains et français et le drapeau décoré du RMLE, ont été envoyés le 8 septembre 1918 à New York pour participer à une campagne de financement – Fourth Liberty Loan –, avec des *meetings* massifs en leur honneur (*The Washington Herald*, n. 4.347, 20 septembre 1918, p. 1). Au cours du même voyage pendant le mois de septembre, ils ont été emmenés à Washington DC où ils ont été reçus au Capitole. Dans la salle du Sénat, les légionnaires ont été reçus par le président du Sénat et à la Chambre des représentants ont reçu une longue ovation des députés. Plus tard, ce détachement de légionnaires a été emmené à la Maison Blanche, où il a été reçu par le président démocrate Thomas Woodrow Wilson devant l'attentive surveillance des journalistes et photographes de presse. Par la suite, ce groupe de légionnaires a poursuivi son voyage de propagande à travers le Canada. La nouvelle de ce voyage dans la presse américaine et française met

en évidence l'instrumentalisation politique de la Légion étrangère dans une nouvelle ère de communication de masses. Naturellement, la presse a toujours utilisé une rhétorique panégyrique et élevé les légionnaires au rang de héros qui défendaient la liberté et les valeurs du progrès qui unissaient d'une manière ou d'une autre idéologiquement les principaux pays de l'Entente, mais jamais, à aucun moment, s'est réveillé un intérêt à explorer les difficultés socio-économiques ou juridiques qui ont poussé beaucoup d'hommes à rejoindre la Légion dans l'espoir d'un avenir meilleur ou d'une rédemption. Cette invisibilité de l'hétérogénéité des motivations et des situations d'engagement était inévitable en logique avec la culture nationaliste qui a caractérisé la période, mais a néanmoins brouillé la réalité sous-jacente dans l'impressionnante augmentation du nombre de personnes dans le corps, qui en fin de compte était essentiel pour renforcer le prestige du corps. Cette simplification des causes de l'engagement pouvait également être observée dans le suivi de certains cas nationaux, comme l'a démontré David Martínez Fiol pour le cas du nationalisme catalan (Martínez, 1991).

Après la Grande Guerre, neuf citations ont décoré le drapeau du RMLE et l'unité a obtenu le droit au port de la fourragère double aux couleurs de la Légion d'Honneur et a été l'un des 19 Régiments français à recevoir la Croix de Guerre, devenant ainsi l'unité la plus décorée de l'armée française pendant la Première Guerre mondiale. La reconnaissance gouvernementale et sociale de la Légion étrangère a été confirmée le 14 juillet 1919 lorsque, lors du défilé de la Victoire, la Légion étrangère a défilé pour la première fois sur les Champs-Élysées à Paris sous les vivats et les acclamations des citoyens. La Légion étrangère a été confirmée comme un autre élément du nationalisme français et est devenue un autre mythe du récit nationaliste concernant la Grande Guerre. Mais malgré le renforcement de l'image de la Légion étrangère pour sa performance dans la Grande Guerre, l'unité réussit à conserver pendant cette guerre son identité différentielle en tant que corps possédant une longue tradition et ayant un caractère professionnel souvent en relation avec une image qu'évoquait l'imaginaire colonial. Ceci a été réalisé en partie aussi grâce à l'action parallèle de la Légion étrangère au Tonkin et au Maroc, principalement dans le cadre d'opérations contre des mouvements anticoloniaux et contre des agents cherchant à déstabiliser le domaine français avec une aide matérielle et économique allemande, bien que ces interventions concernaient en grande partie des légionnaires duquel origine nationale se trouvait dans les États ennemis de la France pendant la Grande Guerre, tels que l'Autriche ou l'Allemagne, en raison de

la exemption pour les légionnaires de se battre contre les troupes de l'armée du pays d'origine (Anderson, 1987, p. 61). Le rôle de Paul-Frédéric Rollet a également été déterminant dans le maintien des singularités de la Légion dans un conflit armé véritablement mondial qui, de par sa nature même, pourrait relativiser le caractère plurinational qui au début du conflit est apparu dans les canaux d'information et de propagande pratiquement privatif de l'armée française et sa Légion. D'autre part, après la fin de la Grande Guerre, la Légion étrangère française n'échapperait pas à la crise d'identité et à l'érosion des valeurs et des certitudes qui avaient caractérisé la conscience et la moralité européennes avant la Grande Guerre, mais aussi Rollet y était présenté comme un personnage décisif, capable de mener l'adaptation de la Légion et de ses hommes aux différentes réalités rencontrées au cours de sa longue vie en qualité d'officier de la Légion.

Le père de la Légion étrangère : Paul Frédéric Rollet

Bien que la Grande Guerre ne fût pas encore conclue, la revue *L'Illustration* percevait déjà que le conflit avait profondément modifié la physionomie de ce corps de l'armée française : « Quoi qu'il en ait été de l'ancienne Légion, celle de Madagascar et du Tonkin, celle du Dahomey et du Maroc, la guerre l'a[vait] renouvelée, transformée de fond en comble » (*L'Illustration*, n. 3.905, 5 janvier 1918, p. 8). « La vieille Légion est morte dans les tranchées du nord de la France » (Porch, 1991). En effet, le recours aux recrutements pour la durée de la guerre ainsi que la création d'unités résultant de la multiplication des théâtres d'opérations de cette guerre mondiale et l'hétérogénéité des combattants, dont beaucoup sont restés dans la Légion après la Grande Guerre ou ont été attirés par la renommée acquise par le corps, procurèrent à la Légion étrangère des « identités » multiples (Porch, 1991).

À la fin des hostilités coexistaient plusieurs Légions étrangères, qu'il était nécessaire de fédérer, puisque « le bloc légionnaire doit former un corps incomparable, dont l'esprit, l'esprit légionnaire, est et doit demeurer unique » (Maire, 1948). Malgré la gloire acquise, la Légion sort extrêmement affaiblie de ce grand conflit qui la modifia et désorganisa. Dans le contexte difficile de l'après-guerre puis de l'entre-deux-guerres, il s'agit de donner naissance puis d'assurer la pérennité d'une nouvelle Légion, la « troisième »³⁶⁹, «

³⁶⁹ On a parlé de la première Légion comme celle de 1831 cédée à Maria Cristina d'Espagne pendant la Première Guerre carliste.

la jeune Légion » comme l'appellent les contemporains par opposition à la « vieille Légion » d'avant-guerre (Neviaski, 2010). Cette épreuve difficile fut affrontée et surmontée par un des personnages clés de l'histoire de la Légion étrangère : le général Paul-Frédéric Rollet. Comme dit, de 1917 à l'armistice, en qualité de lieutenant-colonel, il fut désigné pour prendre le commandement du Régiment de Marche de la Légion étrangère (RMLE), qu'il rejoignit le 30 mai 1917. Cette unité, éprouvée par les batailles précédentes, fut remise sur pied et menée aux victoires finales de la Grande Guerre par Rollet. En effet, sous son commandement, le Régiment se couvrit de gloire lors de nombreux combats, comme celui de Hangard-en-Santerre ou de la montagne de Paris. Le drapeau du Régiment fut alors décoré de quatre nouvelles citations ainsi que de la fourragère double, aux couleurs de la Légion d'honneur et de la Croix de guerre. Quant à lui, il termina la Guerre accompagné d'une réputation de « chef remarquable alliant à une grande bravoure les qualités d'un véritable conducteur d'hommes » (Comor, 2013).

À la fin de la Grande Guerre, il participa à la pacification du Maroc avec son Régiment devenu le 3^e Régiment Étranger d'Infanterie (REI). De retour au Maroc en octobre 1919, Rollet consacra toute son énergie à la « reconstitution de la Légion », afin de dépasser le particularisme et les sentiments d'hostilité qui divisaient ses hommes. Les innovations que Rollet apporta durant ces années-là - jusqu'en 1935 - furent dictées par l'exigence d'homogénéiser le caractère plurinational de la Légion, non seulement dans le but de surmonter les contrastes dérivant de l'appartenance à des nations opposées durant la Grande Guerre, mais aussi pour faire face à l'érosion des valeurs et certitudes qui marqua la conscience européenne au terme du conflit, et se refléta nettement dans la structure de la Légion. En vérité, l'identité de la Légion, après 1918, continua à refléter l'évolution des équilibres géopolitiques internationaux. Par exemple, l'afflux considérable de volontaires allemands à la recherche d'une réhabilitation après la défaite de 1918, ou de russes blancs dans le début des années vingt, fuyant le bolchevisme. L'afflux important et diversifié de volontaires entre les années vingt et quarante impliqua une augmentation significative des effectifs: en 1916, la Légion était composée d'environ 10.500 hommes, en 1931 de 31.570, et au début de la Seconde Guerre mondiale le nombre de légionnaires atteignit 48.924 (Service Historique de la Défense – Armée de Terre, 7N 73, 76, 1N 11, 1H 1513 – rapport de l'inspecteur de la Légion étrangère, année 1949 -, 1H 1348).

Face à ces continuels changements, la discipline se fit toujours plus rigide afin d'enrégimenter des sujets difficiles à gérer. Mais cela ne fut pas suffisant. Dans ce

contexte s'insérèrent les initiatives de Rollet, devenu commandant du Premier Régiment Étranger depuis 1925, charge qu'il maintint jusqu'en 1930, acquérant la réputation de « chef de corps brillant, allant, actif, s'occupant avec succès de l'organisation, de l'instruction et de la formation des cadres ». Au cours de cette période, son influence directe sur la formation des renforts à destination du Maroc, du Levant et du Tonkin fut unanimement citée en exemple et joua un rôle déterminant dans l'issue positive des crises qui agitaient le protectorat, le mandat et la colonie. Il recouvrit également un rôle central dans la rationalisation de l'organisation de la Légion tendant à la création d'un dépôt commun et à l'amélioration des conditions de recrutement. En outre, il entreprit d'intensifier les initiatives récréatives et d'assistance afin de donner au Corps le sentiment d'une maison commune, en améliorant la qualité du temps libre, suivant les légionnaires dans leurs prises de congé, trouvant des emplois et garantissant l'assistance dans la vieillesse (Oliva, 2014). C'est ainsi que fut fondée la « Maison du Légionnaire », la Maison d'Auriol, un lieu qui accueille encore aujourd'hui les anciens légionnaires qui le souhaitent afin de leur apporter une aide matérielle, morale et sociale.

Il en suivit la création d'une vingtaine d'amicales d'anciens légionnaires, fédérées au sein d'une Union en octobre 1930, et la substitution de la devise adoptée en 1848 « Valeur et Discipline » par « Honneur et Fidélité », inscrite sur tous les emblèmes Régimentaires. Enfin, il consacra une partie de son énergie à la préparation du centenaire de la Légion étrangère en 1931 à travers la rédaction d'un « bouquin » qui devint *Le Livre d'or* ainsi qu'à l'érection d'un monument aux morts de la Légion étrangère, réalisé par le sculpteur Charles Henry Pourquet. Ce dernier monument, érigé à la mémoire des légionnaires tombés au service de la France depuis 1831, représente les légionnaires des années 1830-1840, de la campagne du Mexique, des conquêtes coloniales entre 1885 et 1910, ainsi que les volontaires de la guerre de 1914-1918, situés autour d'une grande sphère de bronze représentant le globe. L'implication de Rollet dans le monument fut très intense, corrigeant et détaillant ce qui ne le satisfaisait pas et faisant toutes sortes de suggestions. Le monument coûtait environ 500.000 francs de l'époque, et Rollet lui-même a poussé des concerts de l'orchestre philharmonique de la Légion afin d'obtenir des fonds pour la construction du monument et son transfert de Paris au cœur du quartier Vienot, le grand quartier de la Légion à Sidi-Bel-Abbès, où il a été inauguré en grande pompe lors des célébrations du centenaire de la Légion. Plus tard, en 1962, ce monument serait transféré de Sidi-Bel-Abbès à Aubagne, près de Marseille, où il est encore vénéré par les

légionnaires et devant lequel l'anniversaire de la bataille de Camerone est célébré chaque année le 30 avril. De même, à l'époque de Rollet, l'utilisation du *képi blanc*, une casquette blanche avec une visière noire devenue depuis une icône de la Légion étrangère française, était également généralisée.

Le 23 mars 1931, la veille des fêtes du centenaire de la Légion, Rollet fut nommé Général de brigade, et le gouvernement dirigé par Pierre Laval, souhaitant témoigner sa reconnaissance à celui qui était devenu le symbole de l'ensemble du Régiment étranger, créa le titre d'Inspecteur de la Légion étrangère. D'ailleurs, ses infatigables activités au service de la Légion lui conférèrent le surnom de « père de la Légion », sous lequel il est encore connu et reconnu aujourd'hui. Sa carrière militaire s'acheva en décembre 1935, quand il fut temps pour lui d'entrer dans les cadres de la réserve (Comor, 2013). Sans aucun doute, sa plus grande contribution a été de créer un esprit de corps qui a contribué à atténuer les différences sociales, nationales et idéologiques qui ont coexisté dans la Légion de l'entre-deux-guerres à la suite de la croissance de la Légion et de la réception de toutes sortes de victimes du apogée des totalitarismes.

La Légion étrangère de l'après-guerre à la Seconde Guerre Mondiale

Entre la fin de la Grande Guerre et le début de la Seconde guerre mondiale, la Légion fut employée sur différents fronts : le Maroc, le Levant et le Tonkin.

Le Maroc (1901-1935)

Lorsque la Grande Guerre éclata en Europe en 1914, les effectifs de la Légion au Maroc furent fortement réduits, étant donné que le théâtre n'était pas considéré prioritaire. Toutefois, les troupes restantes au Maroc, formant le 2^e Régiment Étranger, réussirent à faire face à une dissidence active participant à toutes les expéditions conduites sur les territoires marocains conservés par la France sous son protectorat. Quand arriva l'armistice le 11 novembre 1918, au Maroc les hostilités ne cessèrent pas, et dans le même temps, la Légion dut affronter une drastique diminution des effectifs (Comor 2013). Au total, il y avait au début de 1919, après la démobilisation de plus de deux mille hommes, seulement 1.253 légionnaires au Maroc (Service Historique de la Défense/DAT, 6N112, télégramme 44, 17 janvier 1919). Il n'est donc pas surprenant que Louis Hubert Lyautey, le premier résident général du protectorat, écrivît en 1919 que la Légion menacerait même

de disparaître (Service Historique de la Défense/DAT, 6N112, télégramme 2080, 21 avril 1919).

Néanmoins, dans les trois années qui suivirent, comme nous l'avons mentionné, le nombre d'engagements volontaires crut rapidement, non seulement en vertu de la complexité des situations politiques au terme de la Grande Guerre, mais aussi en raison du recrutement massif, dérivant du besoin d'hommes pour les opérations au Maroc et au Levant, et en raison du prestige acquis par la Légion pendant la Grande Guerre. La conséquence immédiate fut la création, à partir de 1919, de nouveaux Régiments : le 3^e Régiment Étranger d'Infanterie (3^e REI) - avec les hommes du R.M.L.E. - ; le changement de dénomination du 2^e Régiment Étranger qui devint le 2^e Régiment Étranger d'Infanterie (2^e REI) ; le 4^e Régiment Étranger d'Infanterie (4^e REI), et enfin le 1^{er} Régiment Étranger de Cavalerie (REC), créé en 1921 à Sousse (Tunisie). Ce dernier Régiment de Cavalerie incorpora de nombreux officiers et soldats tsaristes exilés en Europe occidentale par l'avancée de l'Armée rouge dans la Guerre Civile Russe; de même, il a également incorporé de nombreux soldats de l'ancienne armée de l'empereur Charles I d'Autriche (Montagnon, 1999).

La présence de quatre Régiments au Maroc, le 2^e Régiment Étranger d'Infanterie à Meknès, le 3^e REI à Fès, le 4^e REI à Marrakech et les compagnies montées à bord du Tafilalet, marqua de nouveau l'existence de la Légion dans les zones d'insoumission, le Moyen Atlas au nord et le Haut Atlas au sud (Garros, 1972). Mais tandis que l'équilibre militaire fut rétabli dans la zone française, la situation politique et militaire dans la zone espagnole fut mise en péril. L'échec d'une tentative de pénétration dans la région du Rif en 1921 provoqua une révolte organisée par Mohammed Abd el-Krim, notable issu d'une famille déçue par l'alliance avec l'Espagne. Cette révolte fut vaincue en 1926, à la conclusion d'un conflit qui reste dans l'histoire sous l'appellation de « Guerre du Rif » et durant lequel les légionnaires du 1^{er} REI et 3^e REI avaient été placés au commandement des avant-postes le long des pentes méridionales du Rif.

Une fois le Rif pacifié, les français combattirent encore sept années dans l'Atlas, afin de poursuivre la pacification du Maroc. Les opérations se terminèrent après la prise du Bou Gafer en mars 1933, lors de laquelle les 2^e et 3^e REI, ainsi que les batteries de marche de la Légion étrangère, se distinguèrent pour leurs vertus militaires. À la fin de ce dernier combat, la soumission de l'Anti-Atlas fut effective en 1935 et le Maroc fut finalement considéré comme pacifié.

On doit souligner que la période marocaine a beaucoup contribué à la construction et au développement de l'image et du mythe de la Légion dans l'imaginaire collectif. Tout d'abord, elle suscita un pouvoir d'attraction parmi les jeunes officiers et les observateurs militaires étrangers. En effet, à l'issue d'un voyage d'information à Sidi-Bel-Abbès, un officier de l'armée espagnole, José Millán Astray, réussit à convaincre le roi Alfonso XIII de l'utilité d'une troupe étrangère. C'est ainsi que le *Tercio de Extranjeros* a été créé par décret royal du 20 janvier 1920 (Franzo, 1972). En outre, la légende qui entourait la Légion fascina toujours plus de jeunes qui, finalement, choisirent de s'engager pour vivre une aventure dans des lieux exotiques et lointains. Et ce fut justement l'exotisme qui inspira, dans les années vingt et trente, une relativement abondante production cinématographique sur la Légion étrangère : le soleil brûlant, le *képi* avec le mouchoir blanc couvrant la nuque, les visages secs et les barbes hirsutes dans un paysage nord-africain s'affirmèrent rapidement dans l'imaginaire collectif comme symboles de la Légion. La contribution la plus importante, annonçant une florissante production cinématographique et littéraire, fut donnée par le roman *Beau geste* (1924) de Percival Christopher Wren, écrivain mais aussi capitaine d'un corps de l'armée coloniale britannique en Inde.

Le Levant (1920-1941)

Au terme de la Première Guerre mondiale, un autre front de guerre occupa la Légion à partir de 1920: le Levant. La présence française dans cette région fut établie par les clauses du Traité de Sèvres (1920) qui prévoyaient, entre autres, l'assignation à la France par la Société des Nations de l'administration fiduciaire de la Syrie et du Liban. Toutefois, les premières difficultés que la France rencontra dans l'exercice de son mandat vinrent de l'extérieur, notamment des Turcs dépossédés de ces régions sous domination ottomane avant la guerre. Une fois la situation stabilisée par le général Gouraud, celui-ci plaça une garnison à la frontière avec la Turquie et demanda des renforts à la France. C'est ainsi que le 15 mars 1921 la Légion envoie en Syrie le 4^e bataillon du 4^e Régiment Étranger d'Infanterie, et le 5^e en août.

La période qui s'écoula entre 1921 et 1925 fut caractérisée par une croissance des tensions entre les occupants français et la population des Druzes³⁷⁰, ne supportant plus une présence étrangère invasive et autoritaire. Ces tensions débouchèrent sur une guerre ouverte au printemps 1925, marquant le début de la Grande Révolution Syrienne (1925-1927), guidée par le Sultan al-Atrash et visant à obtenir l'indépendance envers le pouvoir français en Syrie et au Liban. Le 5^e bataillon du 4^e Régiment Étranger et le 4^e escadron du 1^{er} REC combattirent à Massifré et à Rechaya, pour participer ensuite à l'expédition du général Andrea à Soneida. L'insurrection fut finalement apaisée en 1927. Cependant, cela ne diminua pas la présence de la Légion étrangère au Levant, et en 1939 les bataillons en garnison furent réunifiés en un unique Régiment, le 1^{er} octobre 1939. Ainsi naquit le 6^e Régiment Étranger d'Infanterie, aux ordres du lieutenant colonel Barre, qui participa après l'armistice du 22 juin 1940 aux opérations de guerre en 1941 contre les forces britanniques et la 1^{re} division légère française libre (1^{re} DLFL). Suite à des affrontements particulièrement violents, on stipula l'armistice de Saint-Jean-d'Acre (juillet 1941) : une partie des légionnaires du 6^e REI rejoignirent la 13^e demi-brigade opérant en Syrie devant Damas, tandis que les autres furent rapatriés en Afrique du Nord (Garros, 1972).

Tonkin (1883-1956)

Au début des années 1920, deux bataillons formant corps et quatre bataillons du 1^{er} et 2^e REI, stationnèrent au Tonkin. Durant le premier trimestre 1927, un autre bataillon vint les renforcer pour faire face aux agitations des partis nationalistes naissants. C'est ainsi qu'en février 1930 une mutinerie de tirailleurs tonkinois à Yen Bay puis au nord Annam rendit nécessaire l'intervention des unités de la Légion. Ces opérations firent ressortir l'exigence d'un commandement centralisé, raison pour laquelle fut décidée la création d'un Régiment d'Infanterie en Indochine. Les trois bataillons en place furent rejoints par un quatrième bataillon provenant de l'Algérie: c'est ainsi que fut constitué le 5^e REI, le 1^{er} septembre 1930. Ce dernier fut par excellence le Régiment du Tonkin, dont le poste de commandement fut installé à Vietri (Montagnon, 1999).

³⁷⁰ Les Druzes sont une population du Proche-Orient professant une religion musulmane hétérodoxe en relation avec la branche de l'ismaélisme. Les Druzes étaient et sont encore aujourd'hui établis dans le sud du Liban et dans la partie centrale du Mont-Liban, dans le sud de la Syrie, dans le nord de l'État d'Israël en Galilée, et sur le plateau du Golan. Leur religion, le druzisme, est une doctrine philosophique qu'incorpore éléments divers du mysticisme musulman, du gnosticisme, du néoplatonisme, des religions perses et de la pensée coranique. Malgré être incorporées à l'Empire ottoman, les Druzes étaient historiquement hostiles aux Turcs.

La Seconde Guerre Mondiale (1939-1945)

Après avoir brièvement illustré les théâtres de guerre où fut employée la Légion entre les années vingt et trente, il faut également se pencher sur l'hétérogénéité des profils de volontaires qui en grossirent progressivement les rangs. À partir de 1923, beaucoup des exilés communistes et démocrates italiens se sont engagés dans la Légion fuyant le régime fasciste de Mussolini instauré en octobre 1922, ainsi comme nombreux exilés russes fuyant tardivement la Révolution soviétique. Un phénomène très similaire s'est produit dans les années 1930, lorsque de nombreux exilés de gauche allemands appartenant à des formations communistes – telles que le KPD ou le SAP – ou socialdémocrates ont décidé de s'intégrer au corps, dans l'espoir peut-être de se battre avec des armes dans un proche avenir au nazisme. L'intégration des Allemands dans la Légion n'était pas exempte de tensions, car les groupes plus nationalistes français comme les sympathisants d'Action française étaient opposés à l'intégration des Allemands et des Juifs dans l'armée française. En fait, dans la même Légion étrangère au cours des années 1930, de nombreuses tensions politiques ont coexisté car, bien que les valeurs du corps aient atténué les différences, il y avait dans le corps des soldats ouvertement communistes qui ne l'avaient rejoint que pour combattre le fascisme et d'autres soldats libéraux (comme des exilés russes) ou simplement fidèles aux valeurs traditionnelles et profondément mal à l'aise avec la politique du Front populaire dirigée par Léon Blum. Cette situation s'aggraverait avec le déclenchement de la Seconde Guerre mondiale en septembre 1939, quand il a augmenté l'arrivée d'exilés allemands, de juifs de toute l'Europe, des patriotes tchécoslovaques réfugiés après l'annexion des Sudètes sous le Troisième Reich, des antifascistes américains opposés à la neutralité américaine et de communistes et d'anarchistes italiens et de l'Europe orientale. Avant septembre 1939, des milliers d'Espagnols exilés avaient aussi été intégrés. Lorsque la population républicaine traversa la frontière pyrénéenne en hiver 1939 en provenance de la Catalogne, elle fut massivement intégrée à des camps de concentration situés dans le sud de la France, tels qu'Argelès-sur-Mer, Septfonds, La Tour de Carol, Saint-Cyprien, etc. On leur a offert en avril 1940 principalement deux moyens de sortir de ces camps: rejoindre les Compagnies de Travailleurs Étrangers (CTE)³⁷¹, ou bien servir activement dans l'armée française.

³⁷¹ Les Compagnies de Travailleurs Étrangers ou CTE ont été créées par le gouvernement Daladier le 12 avril 1939 à fin d'encadrer la masse d'immigrants et réfugiés étrangers et les utiliser au profit des nécessités de l'économie française. Les travailleurs étrangers, la plupart d'eux d'origine espagnol, ont travaillé dans les zones frontalières en la construction d'infrastructures civiles et militaires, mais il y avait aussi des occupés dans l'industrie ou l'agriculture.

Étant étrangers, ils devaient rejoindre la Légion étrangère. En fait, le décret du 12 avril 1939 du gouvernement Daladier, qui encouragea l'engagement en temps de paix des résidents étrangers âgés de dix-huit à quarante ans, soumis aux mêmes obligations et au même statut que les appelés, contribua énormément à diversifier les sources de recrutement. Selon André-Paul Comor, les Espagnols représentaient 28% des effectifs de la Légion en mai 1940 et les victimes du nazisme 16'7%; la Légion passa de 37.078 soldats à 48.924 en mai 1940, un chiffre jamais dépassé (Comor, 1992, p. 41). Cette croissance importante et l'énorme hétérogénéité des origines et des objectifs au sein de la Légion auraient pu être un facteur problématique, mais l'esprit de corps façonné par Rollet dans les années précédentes et la nécessité de se battre dans une seconde guerre mondiale ont agi comme un amalgame nécessaire. En outre, comme lors de la Première Guerre mondiale, la propagande française des premiers mois de la guerre a de nouveau dilué la multitude d'origines et de raisons invoquées par des volontaires étrangers pour les présenter comme des ennemis impeccables du fascisme prêt à se battre pour la France *devant les barbares* (*Paris Match*, n. 87, 29 février 1940). Le mythe de la Légion a grandi et s'est encore renforcé au prix d'éviter une approche rigoureuse et réaliste d'un corps qui reflétait plus que jamais la turbulence d'une époque.

Comme en 1914 et entre les deux guerres, l'expansion des effectifs et des besoins militaires oblige la Légion à modifier sa structure pour s'adapter à la nouvelle situation en train de s'ouvrir. Grâce à ses nombreux effectifs naquirent de nouvelles unités, formées par des légionnaires prélevés sur les régiments d'active du Maroc et d'Algérie, par des réservistes et par des volontaires engagés exclusivement *pour la durée de la guerre* (EVDG).

Durant une première phase (1939-1940), se constituèrent d'abord deux Régiments au camp de La Valbonne, le 11^e et le 12^e REI, qui participèrent à la campagne de France à l'issue de laquelle ils furent dissous. Dans le même temps, au camp de Barcarès dans les Pyrénées-Orientales, les travailleurs étrangers et les volontaires pour la durée de la guerre, encadrés, formèrent les 21^e, 22^e et 23^e Régiments de marche de volontaires étrangers (RMVE), même si, au cours de l'histoire, ils ne furent pas considérés comme d'authentiques formations de la Légion. L'existence de ces unités, quoique brève (1939-1940), entra dans l'Histoire parce que les hommes qui la composèrent appartenaient à toutes les nations libres et beaucoup d'entre eux étaient de religion juive (Mahualt, 2013).

En outre, au mois de février 1940 fut créé à Sidi-Bel-Abbès un nouveau Régiment de Marche : la 13^e demi-brigade, dont la renommée fut liée à de nombreuses batailles combattues sur les fronts de guerre les plus disparates. Engagée en Norvège, suite au débarquement de vive force de Bjerkvik le 13 mai et à celui de Narvik le 28 mai 1940, elle procura à la France sa première victoire de la Seconde Guerre mondiale, une victoire qu'empêcherait pas la conquête de Norvège et l'avancée des troupes nazis toutefois.

Après la stipulation de l'armistice de juin 1940, la 13^e DBLE changea de physionomie. Une grande partie des légionnaires qui se trouvaient en Angleterre, au camp de Trentham Park, reçurent le 30 juin suivant une courte visite du général Charles de Gaulle, au cours de laquelle il expliqua aux officiers son appel du 18 juin et leur proposa de se rallier à la France libre. Le chef de corps, le lieutenant-colonel Magrin-Vernerey dit Monclar, et son adjoint, le capitaine Koenig, adhérèrent à l'appel et furent immédiatement suivis par les légionnaires. Les ralliés, environ un millier sur un total de 1.619, constituèrent la 14^e demi-brigade et participèrent aux campagnes du Gabon et du Cameroun durant les mois d'octobre et novembre 1940, et de l'Érythrée en avril 1941. Pendant ce temps, le 2 novembre 1940, elle réadopta sa dénomination originale, en se réappropriant le numéro 13 (Comor, 1988).

Les combats de la 13^e DBLE et leurs conséquents succès caractérisèrent la seconde phase de l'histoire de la Légion pendant la guerre (1940-1942) (Garros, 1972). Tout d'abord, l'afflux de ralliés entraîna une réorganisation et une modernisation de la demi-brigade en vue des opérations en Cyrénaïque. Elle se dota d'un état-major, trois unités de combat et une unité d'accompagnement pour un total de 25 officiers, 102 sous-officiers et 702 militaires du rang. Cette modernisation, imposée par les circonstances, contribua à signaler la 13^e DBLE, alors que les autres unités de la Légion vivaient les moments les plus obscurs de leur histoire. Il faut mentionner aussi un des épisodes le plus remarquables de cette période, celui de Bir-Hakeim. En décembre 1941, les 2^e et 3^e bataillons de la 13^e DBLE furent envoyés en Afrique du Nord au sein de la 1^{ère} brigade française libre commandée par le général Koenig, dont la Brigade prit le nom, afin de faire face aux forces de l'Afrika Korps d'Erwin Rommel. Pour la discipline et le courage, ils se distinguèrent dans la bataille de Bir Hakeim, du 27 mai au 11 juin 1942. Ce fut l'occasion pour Pierre Messmer, capitaine commandant de compagnie, d'écrire plus tard le livre *La patrouille perdue*. Puis la 13^e DBLE prit part à la seconde bataille d'El Alamein.

L'histoire de la Légion entre 1940 et 1942 fut profondément marquée par les conséquences dérivant de la stipulation de l'armistice de juin 1940. En effet, jusqu'au débarquement anglo-américain du 8 novembre 1942 au Maroc et l'Algérie, elle fut soumise à la surveillance des commissions d'armistice italienne et allemande. Au cours de cette période, les sources de recrutement diminuèrent progressivement, également en vertu de la fermeture graduelle des bureaux de recrutement. Les dépôts au sud de la France furent les derniers ouverts jusqu'à l'occupation de la zone *libre* en fin novembre 1942.

Venant aiguïser la difficulté du moment, il s'ajouta, en vertu des accords entre l'Allemagne et la France, la possibilité pour les volontaires de nationalité allemande de rompre leur contrat et rejoindre leur armée. Toutefois, seulement quelques centaines de légionnaires allemands regagnèrent leur pays, étant donné que la Légion continuait à respecter l'anonymat et le libre choix des engagés volontaires de nationalités italiennes et allemandes (Comor, 1992).

Sanctionnant le début de la troisième phase de la Légion durant la guerre (1942-1944), des combats engagèrent la 13^e DBLE en Afrique du Nord, cette fois dans le secteur tunisien. Ce fut durant cette période en Tunisie (décembre 1942 - mai 1943) que les légionnaires eurent encore une occasion de montrer leur combativité et exprimer leur désir de revanche (Comor, 1992). En outre, au moment de la mise sur pied de la 1^{ère} Division France libre (début 1943), les trois unités de la DBLE furent incorporées dans la 1^{ère} brigade de la division, appartenant à la VIII^e armée Britannique (Garros, 1972).

En juin 1943, forte des effectifs présents en Algérie et Maroc et lors de la rénovation de l'armée d'Afrique négociée durant la conférence de Casablanca – accords d'Anfa, 14-24 janvier 1943 –, la Légion fut chargée d'assumer une mission d'ampleur et de modernisation : c'est ainsi que naquit le Régiment de Marche de la Légion étrangère version 1943, équipé et armé selon le modèle américain dans un cadre militaire nouveau (Guyot, 2011).

Enfin, la période finale de la vie de la Légion dans la Seconde Guerre mondiale (1944-1945) l'engagea sur plusieurs fronts dans des opérations de caractère radicalement différent.

En Europe, en mars 1944, la 13^e DBLE prit part, au sein de la 1^{ère} division motorisée d'infanterie (ex. 1^{ère} DFL), à la libération de l'Italie au cours de l'homonyme campagne. Les légionnaires guidés par le général Brosset se distinguèrent durant la bataille de

Radicofani (17 juin 1944) au nord de Rome, pendant laquelle ils infligèrent une défaite aux Allemands du 67^e Régiment Panzergranadiere, encore aujourd'hui commémorée dans les cérémonies officielles (Oneto, 2016). Parallèlement, trois Régiments de la Légion (le 1^{er} REC, le RMLE et la 13^e DBLE) étaient engagés dans la campagne de libération de la France de l'occupation allemande. Du débarquement sur la Côte-d'Azur au franchissement du Rhin, des combats des Vosges en novembre 1944 et d'Alsace en décembre 1944 et janvier 1945, les unités furent mises à dure épreuve par les conditions climatiques, la fatigue et la ténacité des ennemis (Comor, 1992). La 13^e DBLE a terminé la guerre avec quatre citations à son drapeau.

Dans le même temps, en Extrême-Orient, la situation était particulièrement difficile. Profitant de la défaite de la France, les troupes japonaises avaient occupé l'Indochine ; le 9 mars 1945, les Japonais massacrèrent par surprise les civils et militaires françaises du Tonkin. En fait, les Japonais, disposant de moyens de liaisons et d'armements modernes, se rendirent maîtres de toutes les garnisons françaises en vingt-quatre heures et neutralisèrent les forces françaises avec facilité. Quelques éléments réussirent toutefois à rejoindre le gros des forces en marche vers la frontière de la Chine. Une partie du 5^e REI participa ainsi à l'odyssée de la colonne Alessandri, franchissant la frontière chinoise et rejoignant la ville de Tsao Pa le 2 mai, après avoir parcouru plus de 1.500 km en 93 jours (Combes, 1993). Enfin, le 1^{er} juillet, le Régiment fut dissous et cessa d'exister.

Le jour de la capitulation allemande, le 8 mai 1945, la France était déjà engagée alors dans le processus de décolonisation, divisé entre les émeutes de l'Est algérien et la situation de la péninsule indochinoise. La Maison Mère de la Légion se prépara, à nouveau, à envoyer des unités chargées de reprendre le contrôle du territoire. C'est le début de la guerre d'Indochine (1946-1954) et, des années plus tard, de celle d'Algérie.

Conclusion. L'adaptation en tant que qualité fondamentale de la Légion de l'entre-deux-guerres et du présent

Comme on a essayé de montrer dans ce travail, un des éléments qui marqua et définit la Légion étrangère entre 1914 et 1945 était sa capacité de s'adapter à la mutabilité des temps ainsi qu'aux besoins militaires de l'État. En outre, elle était capable d'intégrer les différentes extractions sociales et sensibilités politiques des volontaires engagés afin de projeter l'image d'un corps soudé autour des valeurs militaires. A ce dernier s'ajoutent les victoires remportées par la Légion étrangère dans certains scénarios les plus sensibles

des deux guerres mondiales conjointement à l'expansion française en Afrique et en Asie, qui ont fait de ce corps l'un des plus légendaires et célèbres de l'armée française, devenu un modèle à l'étranger, notamment en Espagne. Née par la nécessité d'intégrer une masse sociale déracinée et perçue comme dangereuse pour la monarchie de Louis-Philippe I, fut cette caractéristique fondamentale qui fit grandir la Légion, qui devint un excellent exemple de solvabilité militaire. De sa création jusqu'à la fin de la Première guerre mondiale, la Légion fut un corps dédaigné par une partie importante de la gauche politique française à l'époque de la IIIe République et pratiquement inconnu de la plupart des Français, à cause de son imaginaire d'agressivité et d'exotisme à mi-chemin entre la réalité et la fiction littéraire. Dès la fin de la Grande guerre, elle est devenue un corps particulièrement lauré et admiré, avec un potentiel indéniable d'instrumentalisation politique et de propagande. Cette propagande ainsi que la capacité d'intégrer des volontaires d'origines politiques, culturelles et géographiques très différentes, contribuèrent toutefois à occulter la complexité des motivations et des problèmes sociaux qui furent à la base de l'expansion fugace de la Légion.

Dans l'entre-deux-guerres, le corps maximisa sa capacité d'adaptation et d'intégration grâce à l'action décisive de Paul-Frédéric Rollet. Ensuite, elle devint pendant la Seconde Guerre mondiale un corps véritablement important dans la lutte antifasciste, fusionnant un grand nombre des hommes en fuite des régimes fascistes. Cette double capacité d'adaptation et d'intégration est restée inaltérable dans la Légion étrangère jusqu'à nos jours, et fut une des motivations de son succès dans le monde entier après 1945. En définitive, la Légion est devenue un reflet de la société française et de sa capacité d'intégration culturelle, ainsi que de sa persévérance dans la recherche de l'équilibre entre le passé et l'avenir.

Bibliographie

- ANDERSON, R. C. (1987): *Devils, not men. The History of the French Foreign Legion*, Robert Hale, Londres.
- COLONEL MAIRE (1948): *Nouveaux souvenirs sur la Légion étrangère*, Albin Michel, Paris.
- COMBES, J. (1994): *Indochine, 1940-1945. La longue marche ou l'épopée de la colonne Alessandri. Tong, Tonkin, 9 mars 1945 à Tsao-Pa, Chine, janvier 1946*, Association des anciens officiers de l'École militaire de Tong, Paris.
- COMOR, A. P. (1988): *L'épopée de la 13e Demi-brigade de la Légion étrangère. 1940-1945*, Nouvelles Éditions Latines, Paris.
- . (1992): *La Légion étrangère*, Presses Universitaires de France, Paris.
- (dir.). (2013): *La Légion étrangère. Histoire et dictionnaire*, Éditions Robert Laffont, Paris.
- GARROS, L. (1972): *Storia della legione straniera*, Ferni, Genève.
- FRANZO, G. (2007): *Viva la Muerte. Il Tercio dalle origini ai giorni nostri*, Edizioni Novantico, Torino.
- GUYOT, P. (2011): «D'un Régiment de Marche de la Légion étrangère (RMLE) à l'autre. Répétition ou évolution de l'histoire ? », dans *Revue historiques des Armées*, 265, pp. 24-34.
- HOBBSBAWN, E. (1994): *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914–1991*, Michael Joseph, Londres.
- KOLLER, C. (2013): *Die Fremdenlegion. Kolonialismus, Söldnertum, Gewalt 1831-1962*, Schöningh, Paderborn.
- L'AMINOT, T. (2000): «La Légion au cinéma», dans *Képi blanc*, 616, pp. 46-49.
- MARTÍNEZ FIOL, D. (1991): *Els "Voluntaris catalans" a la Gran Guerra, 1914-1918*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona.
- MAHUAULT, J. P. (2013): *Engagés volontaires pour la durée de la Guerre à la Légion étrangère. 1870-1871, 1914-1918, 1939-1945*, Grancher, Paris.
- MONTAGNON, P. (1999): *Histoire de la Légion étrangère. De 1831 à nos jours*, Pygmalion, Paris.
- NEVIASKI, A. (2010): «1919-1939: le recrutement des Légionnaires allemands», dans *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, 237, pp. 39-61.

- OLIVA, G. (2014): *Fra i dannati della Terra. Storia della Legione straniera*, Mondadori, Milan.
- ONETO, G. (2016): *Radicofani 1944, le courage d'oser (l'épopée de la 13eme D.B.L.E.)*, Spiridon Inter, Florence.
- PORCH, D. (1991): *The French Foreign Legion. A Complete History*, Macmillan, Londres.
- SZECSKO, T. (1989): *La Légion étrangère en Indochine 1914-1941*, Photomatic, Aix-en-Provence.
- SOULIÉ, P. (2001): *Paul-Frédéric Rollet. Père de la Légion étrangère*, Éditions Italiques, Paris.

LA INTRODUCCIÓN EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL DE LAS DIVISIONES PENTÓMICAS THE INTRODUCTION OF PENTOMIC DIVISIONS INTO THE SPANISH ARMY

Alberto Guerrero Martín

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen: La introducción a finales de los cincuenta de las divisiones experimentales en el ejército español, también conocidas como pentómicas, estuvo inspirada en las divisiones pentómicas norteamericanas. Estas divisiones estaban pensadas para luchar en un campo de batalla en el que estuviesen presentes las armas nucleares tácticas. A pesar de que España no era poseedora de armamento nuclear, se pensaba que las divisiones pentómicas podrían luchar en una guerra con armamento nuclear táctico gracias a su dispersión, movilidad y flexibilidad.

Palabras clave: España, siglo xx, pactos con Estados Unidos, armamento nuclear, Antonio Barroso.

Abstract: The introduction at the end of the 50s of experimental divisions into the Spanish Army, also known as pentomics, was inspired by North American pentomic divisions. These divisions were intended to fight on a battlefield where tactical nuclear weapons were present. Although Spain was not the owner of nuclear weapons, it was thought that the pentomic divisions could fight in a war with tactical nuclear weapons thanks to their dispersion, mobility and flexibility.

Keywords: Spain, 20th century, pacts with the United States, atomic weaponry, Antonio Barroso.

Introducción

El Ejército de Tierra entre 1939 y 1978, fechas marcadas por el fin de la guerra civil y la promulgación de la Constitución, adaptó su organización en función de la situación política interna y externa que le tocó vivir a España (Martínez, 2006, p. 703). Sus primeros años se caracterizaron por la pobreza de medios, lo que se palió en parte a partir de los pactos con Estados Unidos en 1953, que fueron, sin duda, muy favorables para las Fuerzas Armadas españolas, ya que les permitió entrar en el camino de la modernización y de la adecuación a la defensa occidental.

El Ejército de Tierra entre 1945 y 1975 pasó por tres etapas claramente diferenciadas:

- Período 1945-1953, en el que la falta de medios produjo la consecuente pérdida de capacidad operativa.

- Período 1954-1961, caracterizado por la mejora de los medios y las capacidades gracias a la firma de los pactos con Estados Unidos, que permitieron la llegada de material bélico moderno.

- Período 1962-1975, presidido por una mejora económica y social que permitió esbozar planes y conseguir “logros que prepararían la senda de la espectacular transformación del Ejército de Tierra acontecida durante el último cuarto del siglo XX (Puell, 2010, pp. 65-66).

De esa inicial penuria de medios da buen ejemplo Cardona, al señalar que el armamento y material eran “propios de un museo”. Había una casi total ausencia de automóviles y cuando, de manera ocasional, se organizaba un convoy militar, “muchos de ellos no terminaban el viaje y se quedaban averiados en las cunetas”. La artillería de campaña todavía tenía los antiguos “cañoncitos” franceses de 75 mm, usados en España desde la guerra de Marruecos. Y el estado de las transmisiones era lamentable también (2003, p. 186).

No es, sin embargo, objeto de este trabajo reseñar lo sucedido en el Ejército español durante estos tres períodos, como tampoco lo es estudiar los pactos con Estados Unidos de septiembre de 1953, que influyeron en la estructura y organización del Ejército. Sí lo será el estudio, durante el segundo período de los señalados, de la que fue la primera de las grandes reformas estructurales que “iba a sufrir el Ejército de Tierra durante las últimas décadas del siglo XX”. Aquí es donde entra en juego el objeto de este trabajo, la denominada organización pentómica, que significó el primer “intento serio de convertir aquel obsoleto ejército en una herramienta moderna y operativa” (Puell, 2010, p. 81).

La organización pentómica se adoptó para la división de infantería según el modelo de la división norteamericana. Su nombre provenía de la contracción de *penta* (5) y atómico (Mogaburo, 2017, p. 63). Como se explicará más detalladamente más adelante, nació por el deseo estadounidense de “pocos hombres y mucho fuego”, intentando exprimir al máximo el “fuego atómico” (De Meer, 1963, p. 9). La finalidad de las divisiones pentómicas es que estas pudiesen combatir con garantías en un campo de batalla en el que se utilizasen armas nucleares tácticas.

El objetivo de este trabajo será estudiar la necesidad de la creación de la división pentómica en Estados Unidos, la razón de su adopción en España y las causas de su desaparición, así como el análisis de las numerosas críticas que recibió por parte de la oficialidad y que se recogieron en parte en la revista *Ejército*. Para ello, se utilizarán como

fuentes fundamentales la historiografía sobre el ejército español durante el franquismo y revistas militares del período, especialmente *Ejército*.

La división pentómica en Estados Unidos y su razón de ser

Génesis de la organización pentómica

A finales de los cincuenta, Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña estaban reorganizando sus fuerzas armadas, sobre todo tras la aparición del arma atómica táctica, es decir, “la aparición del arma nuclear en el campo de batalla” (García, 2017, p. 46). Era necesaria esa reorganización de los ejércitos en el teatro de la Guerra Fría ante la posibilidad de una guerra de una capacidad de destrucción mucho mayor que la vista durante la Segunda Guerra Mundial o la de Corea.

Las nuevas orientaciones que surgieron tras la aparición del arma nuclear hicieron necesaria mejoras en la división de infantería. Se precisaba que estas tuviesen mayor movilidad y potencia de fuego, pero también un número menor de efectivos y una mayor capacidad logística. En Francia apareció la denominada “Brigada *Javelot*” y las “Divisiones de Bolsillo”. Alemania Federal también contó con una nueva división. En el caso de Estados Unidos, en primer lugar, se organizó una división de siete batallones y, por último, como consecuencia de la aparición de las armas nucleares tácticas, la división pentómica. La mayoría de estas organizaciones fueron abandonadas, adoptando el ejército de Estados Unidos la organización pentagonal para sus divisiones de infantería, que serían adoptadas en países como España o Francia (Brizuela, 1960, p. 17).

Como señaló el mariscal soviético Sokolovsky, el principal interés de los países integrantes de la NATO era aumentar la potencia de fuego de sus unidades, pero también la potencia de choque, su movilidad y autonomía. Se buscaba también una organización divisionaria que fuese uniforme en todos los países miembros. Como era lógico, esa potencia de fuego se incrementaría dotándolas de armamento nuclear táctico, pero también mediante el equipamiento de material convencional moderno (Sokolovsky, 1981, p. 131).

Así, el arma nuclear vino a convertirse en algo fundamental de la estrategia militar de la era Eisenhower (1953-1961). Esto benefició sobre todo a la Fuerza Aérea, pero no tanto al Ejército, que sufrió una reducción en su presupuesto y el número de divisiones pasó de 20 a 14. Ante esta situación en 1956, el general Maxwell Taylor, Jefe de Personal del Ejército, se propuso volver a hacer relevante al ejército de Estados Unidos. Con su apoyo

y tras una serie de estudios y análisis que “presagiarían una serie de deficiencias organizativas y doctrinales”, se adoptó la división pentómica (Kezdior, 2000, pp. 23-24).

En el caso del Ejército de Tierra de Estados Unidos, los años comprendidos entre 1956 y 1961 podrían denominarse “período pentómico en la historia de la división de infantería”. Hasta entonces se había mantenido la organización divisionaria ternaria, que era la común en los ejércitos. Sin embargo, esta, que había demostrado su eficacia en la ofensiva durante el último conflicto europeo y la guerra de Corea, se consideraba menos ideal en la defensiva, donde cuatro o cinco agrupaciones subordinadas en una división podían ser más adaptables, además de que podían ser también efectivas en la ofensiva. De este modo, la división compuesta por cinco unidades fue considerada como la más eficaz, dando a la nueva división de infantería mayor poder y flexibilidad tanto para la guerra nuclear como para la convencional (Ney, 1969, p. 71).

Organización de la división pentómica

La nueva organización y estrategia estadounidense enfatizaban tres conceptos: dispersión, movilidad y flexibilidad (Kezdior, 2000, p. 25). Estas eran precisamente las características que se esperaban de la división pentómica.

Como es lógico, la estructura de la nueva división pentómica era totalmente distinta a la de la ternaria, ya que en vez de los clásicos batallones y regimientos se dividió en cinco grupos de combate autónomos. Orgánicamente disponía de artillería y misiles, unidades capaces de fuego convencional o nuclear. Los grupos de combate eran mayores que un batallón clásico, pero más pequeños que los regimientos. Eran mandados por un coronel y los capitanes comandaron primero cuatro y, desde 1959, cinco compañías de fusileros, a cinco pelotones cada una. Esta organización se basaba en los regimientos que componían las divisiones aerotransportadas durante la Segunda Guerra Mundial, y que eran más pequeños que los regimientos de infantería. Desde su concepción en 1954 hasta su adopción en 1958, la organización de la división pentómica sufrió varias modificaciones (Mcgrath, 2004, p. 59).

Estas modificaciones continuaron hasta su total desaparición a principios de los sesenta, cuando fueron sustituidas por la conocida como “División Reorganizada”. Esta nueva división mantuvo algunos de los problemas que tenía la división pentómica. Se abandonó la unidad regimiento y se acumularon “en un saco almacén” ocho batallones. También se crearon tres planas mayores de brigada y mantenían a disposición del jefe de

división un numeroso y variado “caudal de medios, para apoyo de los fuegos, exploración, ruptura, transporte, trabajo y mantenimiento de toda especie” (Feliu, 1963, p. 11).

Las diferencias más importantes con la antigua división fueron recogidas por la revista *Ejército* en enero de 1959, donde se publicó una adaptación del teniente coronel Juan Mateo de un artículo publicado por el mayor John H. Cushman en la revista *Military Review* sobre la división pentómica:

- se suprimieron los batallones y se organizaron cinco grupos de combate.
- se dio mayor fuerza a la compañía de fusileros.
- incluía un grupo de escuadrones de caballería.
- el batallón acorazado se organizó en cinco compañías de carros.
- aunque se redujo el número de piezas de artillería, se añadieron medios capaces de lanzar armamento atómico.
- el personal disponía de vehículos blindados.
- debido a la organización pentómica, se hizo preciso adaptar a esta los servicios, zapadores, transmisiones y aviación (apud Mateo, 1959, p. 70).

La revista *Ejército* dedicó varios artículos a la división pentómica estadounidense y a su homóloga española, señalando los problemas de esta. Por ejemplo, el número de abril de 1963 contenía un artículo del general de división Ramón de Meer titulado “Estudio sobre la División I Pentómica”. En el mismo se indicaba que la división pentómica americana estaba en constante evolución y que había nacido como un “primer paso para la adaptación de la gran unidad táctica fundamental en los nuevos modos y medios de guerra” (1963, p. 9). Era, por tanto, una solución transitoria que, sin embargo, tuvo tantos fallos que obligó a su pronta sustitución y a una vuelta al sistema ternario.

En su análisis de la división pentómica americana De Meer señalaba que en su primera versión las cinco compañías que integraban cada grupo de combate tenían cuatro secciones. Posteriormente se redujeron a tres y esa sección que se perdió quedó repartida entre las que quedaban, un pelotón a cada una. También se sustituyó el fusil individual por el de asalto, pero se conservaron las armas de fuego más potentes. Así, el grupo de combate tenía “las mismas posibilidades de fuego que el antiguo regimiento” y la nueva compañía las mismas que el antiguo batallón. Además, en esa continua evolución de la división pentómica se estaba estudiando un siguiente paso que parecía rectificar lo anterior y “volver al clasicismo” y consistía en que la división se compondría de ocho batallones, no agrupados en regimientos (1963, p. 10).

Lo destacable de esas evoluciones experimentadas por la división pentómica era que la compañía, batallón y regimiento, es decir, los tres escalones de mando, continuaban siendo necesarios. La compañía tenía un poder de fuego comparable al del batallón y se había aumentado el número de compañías, pues si en sus comienzos la división pentómica tenía 20, se pasó luego a 25, aunque en su última versión se redujo una de estas compañías (De Meer, 1963, p. 10).

Lo cierto es que se buscaba esa reducción de efectivos anteriormente comentada sin que por eso disminuyese el poder de fuego de la división, pues se esperaba que este aumentase. Sin embargo, los resultados serían otros, porque la división pentómica se demostró como pobre en fuegos tanto en la ofensiva como en la defensiva.

Solo tuvieron la organización pentómica las divisiones de infantería del ejército y las aerotransportadas, con unos 13.500 y 11.500 soldados, respectivamente (Kezdior, 2000, p. 26). Tenía 3.700 hombres menos que la antigua división de infantería. No obstante, no se había disminuido en un solo hombre los efectivos del pelotón de fusileros (Mateo, 1959, p. 70).

El grupo de combate tenía unas dimensiones lo suficientemente grandes (1.427 soldados antes de 1959) como para luchar independientemente. Las unidades subordinadas eran de un tamaño similar y estaban organizadas para “abordar los mismos argumentos de dispersión y supervivencia”. Sin embargo, la autonomía de estos grupos de combate fue bastante limitada, dependiendo en gran parte de la división. Así, la mayor parte del apoyo por fuego indirecto en forma de cohetes *Honest John* (nucleares) y obuses de 105 mm, 155 mm y ocho pulgadas provino de la artillería divisionaria, mientras que el soporte blindado lo hizo de las cinco compañías de tanques de la división (Kezdior, 2000, pp. 25-26).

Si durante la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea la estructura de la división blindada había permitido la máxima dispersión y movilidad, ahora con la división pentómica se buscaba incrementar estas capacidades (Ney, 1969, p. 71).

El ocaso de la división pentómica

La división pentómica tuvo una corta vida en Estados Unidos y lo mismo sucedió en aquellos países que adoptaron ese tipo de organización para sus divisiones de infantería, como fue el caso de España.

Nació como una prueba de que el ejército se adaptaba a la nueva era nuclear con unos resultados que no fueron los esperados, resultando un “período estratégicamente confuso y oscuro en la historia del ejército”. Surgió de la premura en el ejército de querer recuperar su importancia en las concepciones estratégicas del país, aunque lo único que logró fueron “diseños apresurados y pruebas incompletas” a largo de su desarrollo. Fue, no obstante, planeada como un diseño de transición, pero esto no evitó que se encontrase con más problemas de lo esperado. La razón estaba en que los líderes del ejército no supieron entender el daño que las armas nucleares tácticas eran capaces de provocar en el campo de batalla, “dejando a la organización pentómica incapaz de cumplir predicciones ilusorias para el desempeño del ejército en el campo de batalla nuclear”. Además, otros inconvenientes, como deficiencias técnicas, tampoco aseguraban su buen desempeño en un combate convencional (Kezdior, 2000, pp. 26-27).

En resumen, las deficiencias de la división pentómica fueron tantas que tuvo que ser irremediablemente sustituida por otra organización divisionaria. Estas deficiencias iban desde un escaso poder de combate de las agrupaciones que integraban la división, pasando por una insuficiencia logística y de movilidad. Esta no poseía de los suficientes vehículos para cumplir con una deseada concentración y dispersión de fuerzas. Fue imposible de lograr ese doble papel de lograr una estructura divisionaria capaz de luchar en un campo de batalla convencional y nuclear (Kezdior, 2000, p.27).

En 1957 apareció el concepto de división pentómica en Estados Unidos y la “base 5” como la organización ideal para la guerra atómica. España, Francia y Alemania, acabaron por no considerarla adecuada tras sus múltiples defectos. Francia y Alemania se decidieron por la introducción de las divisiones “Tipo 59”, del tipo brigada mixta, parecidas a las inglesas. Por su parte, los Estados Unidos, abandonaron la organización pentómica, a la que se llegó por el “temor a la destrucción en masa”, debido, entre otras deficiencias, a su enorme dispersión y “debilidad en los despliegues”. Así, en 1962 nació el *Plan Road*, “por el cual orientaron su organización a las normas NATO, de divisiones constituidas por brigadas como unidades de empleo, si bien con un matiz distinto del europeo en la construcción de estas” (De Linos, 1963, p. 15).

La división pentómica en España

La ayuda estadounidense tuvo una incidencia importante en el Ejército de Tierra entre 1953 y 1961. La llegada de material militar de origen americano permitió dotarse de un

armamento moderno e ir poco a poco logrando una mayor motorización y mecanización del ejército. No obstante, si esta ayuda despertó entusiasmo en la Marina y en la Aviación, no sucedió lo mismo en el Ejército de Tierra, donde hubo muchas suspicacias debido al profundo antiamericanismo existente en su seno, producto de la guerra del 98 y de las “aportaciones fascistas y nazis recibidas desde 1936 a 1945”. Con las entregas de material estadounidense se quería equipar a un cuerpo de ejército de tres divisiones, poco para las dimensiones del ejército español. No fue mucho, por tanto, el material entregado en un primer momento, porque ni Washington ni el Pentágono tenían interés en dotar a España de una “estructura militar eficaz”, como habían realizado con Alemania. Según Cardona, este material “sirvió para que el ejército dejara de ser un museo, sin modificar su mentalidad y sus hábitos, y tampoco lo modernizó profundamente” (Cardona, 2003, pp. 232-235).

El material que llegó procedía de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea, pero “reparado y pintado, resultaba ultramoderno”. No llegó armamento ligero, porque la intención era que llegase material que no se podía construir en esos momentos en España, como carros de combate, artillería autopropulsada, material de transmisiones, etc. Los suministros americanos llegaron lentamente en tres fases entre 1954 y 1963 (Viñas, 2003, p. 301).

Sin embargo, también surgieron problemas a la hora de asimilar este material, pues entre 1957 y 1961 los informes que llegaban al Congreso de Estados Unidos mostraban que había importantes cantidades de equipo que el ejército español era “incapaz de utilizar y mantener”. Las dificultades eran muchas, existiendo una carencia de personal entrenado en reparaciones, pero también faltaban conductores, gasolina, controles sobre las piezas de repuesto y municiones y los manuales de mantenimiento no estaban todos traducidos (Marquina, 1986, pp. 775-776).

Puell ha señalado dos indicios del cambio que se produjo en aquellos años en el seno del Ejército de Tierra. El primero fue la organización de tropas paracaidistas. El segundo, mucho más importante, la concesión de un importante crédito de 15 millones de pesetas al Ministerio del Ejército “para acondicionar locales donde alojar las remesas de material automóvil procedente de Norteamérica”³⁷². Además, indica que esas remesas de

³⁷² “El considerable incremento que viene experimentado el número de vehículos en cargo de la Dirección General de Transportes del Ministerio del Ejército, como consecuencia de las remesas de material automóvil procedente de Norteamérica, obliga a realizar una ampliación y adaptación de las bases existentes y de sus instalaciones con el consiguiente aumento de gastos a cargo del crédito de construcciones

armamento no fueron la principal aportación estadounidense a la modernización del Ejército de Tierra, sino que fue, aunque tardó varios años en hacerse patente, la “generosa oferta de cursos de capacitación profesional” en suelo americano, de la que se beneficiaron 9.890 oficiales y suboficiales entre 1953 y 1975 (Puell, 2010, pp. 77-79).

El 25 de febrero de 1957, Franco nombró un nuevo gobierno y el ministro del Ejército, Muñoz Grandes, fue sustituido por el teniente general Antonio Barroso, que venía de ser jefe de su Casa Militar. En su nuevo destino, Barroso se propuso emprender la reforma que su antecesor no había realizado. Pretendía alejar al ejército de la política y centrarlo hacia cuestiones técnicas en unos momentos en el que los ejércitos de otros países habían experimentado una “profunda revolución tecnológica” (Cardona, 2001, p. 184).

No obstante, los recursos económicos con los que contó Barroso fueron insuficientes. Su intención era reducir de 18 a 12 las divisiones del ejército. Sin embargo, solo se redujeron algunas unidades a las que se les entregó el material procedente de Estados Unidos. Con todo, fue el “primer esfuerzo serio para modernizar el ejército español”. Se creó la conocida como División Experimental, según el sistema americano que preveía la aparición de las armas nucleares tácticas en los campos de batalla, lo que era toda una novedad para los anticuados reglamentos españoles. En ambientes castrenses esta nueva unidad fue conocida como “división pentómica” (Cardona, 2001, 185).

En resumen, Barroso proyectaba en 1958 mejorar la eficacia del ejército reduciendo sus grandes unidades para “poder dotarlas mejor”. También buscaba la modificación de su estructura para adecuarla a la guerra moderna. Además, pretendía desarrollar la industria nacional de armamento ligero³⁷³. A pesar de la falta de recursos mencionada, Barroso prosiguió con su reforma y con los 560 carros de combate medios *M-47* y los 189 ligeros *M-24* de origen americano organizó tres divisiones de infantería pentómicas, una acorazada, otra de caballería y una brigada en Marruecos (Cardona, 2001, p. 199). La reorganización conllevó la desaparición de los batallones, pero quizá una de sus características más destacable fue el “espectacular” aumento de la potencia de fuego, comunicaciones y medios de transporte en las pequeñas unidades (Puell, 2009, p. 195).

Sobre esta reorganización habló el propio ministro en el diario *La Vanguardia*, entrevista que fue recogida también en el número de junio de 1960 de la revista *Ejército* bajo el título de “Reorganización. Pensamiento de nuestro ministro del Ejército”.

extraordinario de edificios militares”. Decreto-ley de 12 de noviembre de 1954, *Colección Legislativa del Ejército* (en notas sucesivas CLE).

³⁷³ “El Estado Mayor Central prepara la reorganización del Ejército”, *ABC* (25 de marzo de 1958), p. 33.

Entre las directrices que impulsaban esa reorganización del Ejército de Tierra, Barroso indicaba que se trataba de reducir el número de grandes unidades, pero aumentando la potencia de cada una y la eficacia del conjunto, “lo que entrañaba profundos problemas de orden orgánico”. Señalaba también que los acuerdos con Estados Unidos, la “liquidación” del protectorado marroquí y la amistad con Portugal había permitido esa reducción del ejército y su modernización. Y con el moderno material americano, completado con el fabricado en España, se pudieron reducir los efectivos de las divisiones sin disminuir su poder de combate, que incluso se acrecentó por la potencia de estas armas, el empleo del motor y unas transmisiones “seguras y profusas” que permitían “el fraccionamiento sin perder la cohesión”. Gracias a estas características se pudo reducir los efectivos de las nuevas unidades a 10.000 soldados por división, a la vez que se reducía el número de estas (1960: 5).

En cuanto a las características de las divisiones experimentales, Barroso señalaba que estaban inspiradas en las pentómicas norteamericanas, pero adaptadas a las “características de nuestro terreno, a nuestras posibilidades y a nuestra idiosincrasia”. De esta manera, se podía “absorber” las experiencias americanas en el empleo de estas unidades, pero “sin abandonar la peculiar predisposición de nuestra raza para el combate de pequeñas fracciones de tipo guerrilla” (1960, p. 6).

España no disponía de armamento nuclear, pero sí poseía algún material que pudiese disparar proyectiles con cabezas atómicas. Pero aun estando las divisiones experimentales dotadas solo de armamento convencional, podrían luchar en un campo de batalla donde se empleasen armas atómicas tácticas, “por su extraordinaria movilidad, por su fraccionamiento y por su consecuente capacidad de reducir su vulnerabilidad en las explosiones atómicas”. De momento serían unas unidades experimentales hasta que las distintas maniobras y ejercicios tácticos permitiesen introducirlas definitivamente en la organización del Ejército. En esos momentos se disponía de tres de esas divisiones (en Madrid, Valencia y Andalucía) y se pretendía crear dos más (1960, p. 6).

En cuanto a la organización general del ejército en esos momentos, Barroso señaló que se estaba creando un Ejército de Maniobra, “capacitado para cumplir su misión combativa más allá de nuestras fronteras, en una cooperación eventual con nuestros aliados, si fuese preciso para nuestra defensa”. En una fase posterior, se tenía prevista la organización de un Ejército Territorial, que pudiese encargarse de la defensa del territorio peninsular (1960, p. 6).

Indicaba Barroso que el Ejército de Maniobra estaría formado por divisiones de infantería de tipo pentómico, parecidas a las experimentales existentes; divisiones de montaña; tropas en los archipiélagos y plazas africanas; y unidades de reserva general y especiales³⁷⁴. De entre estas, se contaba ya con una división acorazada y otra de caballería. Se estaba organizando también brigadas de artillería y unidades de otras armas y servicios. Además, se proyectaba crear una agrupación aerotransportada, basada en las tropas paracaidistas existentes (1960, p. 6).

Como se ha dicho con anterioridad, Barroso emprendió “la primera de las grandes reformas estructurales que iba a sufrir el Ejército de Tierra durante las últimas cuatro últimas décadas del siglo XX”. Y con la organización pentómica, de corto alcance en el tiempo, se pretendió convertir a aquel ejército “obsoleto” e ineficaz en una organización “moderna y operativa” (Puell, 2010, p. 81).

Una organización divisionaria de corto alcance en el tiempo

La reforma de Barroso organizó una primera división experimental, la División de Infantería Experimental n.º 11, según el modelo pentómico americano. Se probó por vez primera en julio de 1959 en las maniobras realizadas en La Mancha, conocidas como Operación Dulcinea, donde participaron 11.000 hombres y que dejaron encantados a los generales ante la vista de numerosos carros de combate y vehículos blindados (Cardona, 2003, p. 291)³⁷⁵. Al finalizar estas maniobras llevadas a cabo en la 1.ª Región Militar, el general Franco pronunció un discurso en el que se aludió a las grandes unidades, indicando la necesidad de contar con algunas de estas. Así, habló de que “la primera obligación para España era la homogeneización de las grandes unidades con las unidades europeas y que contemos con algunas de esas grandes unidades” (Aranaz, 1960, p. 35).

Tal como se indicó, la división pentómica estaba dividida en cinco elementos de maniobra y era capaz de luchar en un combate atómico. Estaba compuesta por 106 carros medios M-47 y 35 ligeros M-24 y se acuarteló en Madrid, “reforzando la tendencia franquista de situar alrededor de la capital las mejores unidades, seguridad suplementaria ante el peligro representado por los movimientos obreros y estudiantiles en alza”. Con la ayuda norteamericana que llegó entre 1959 y 1960 se dotó de 560 carros M-47 y 180 M-

³⁷⁴ Las normas que desarrollaron esta reorganización se plasmaron en la Instrucción Militar 160-115 del Estado Mayor Central de 15 de diciembre de 1959 (García, 2015, p. 82).

³⁷⁵ El comandante Victoriano del Moral escribió un breve artículo sobre estas maniobras para la revista *Ejército* en el que se resaltaba la riqueza de medios empleados, algo a lo que se estaba poco acostumbrado en el ejército español (Del Moral, 1959, p. 54).

24, que permitieron equipar a tres divisiones pentómicas, la división acorazada, una división de caballería y la brigada de Marruecos. Los suministros prosiguieron, aunque siempre en un número menor a la que realmente se necesitaba, no mostrándose los Estados Unidos particularmente generosos, y para 1960 el ejército se reorganizó con ocho divisiones pentómicas, cuatro de montaña, una acorazada y una de caballería (Cardona, 2005, p. 191).

Hasta 1960 no se culminó la organización pentómica, aunque desde 1958 se disponía de tres divisiones experimentales situadas en Madrid, Algeciras y Valencia. Como se ha señalado, la llegada del material americano permitió que estuviesen al completo en cuanto a material y armamento, además de haber sido rigurosamente instruidas. Durante 1960 se organizaron las otras cinco divisiones pentómicas, ubicadas en Gerona, Málaga, Oviedo, Vigo y Vitoria (Puell, 2010, p. 82). La Instrucción General 158/107 del Estado Mayor Central de 1958 afectó a las tres divisiones experimentales (11, 21 y 31). La Instrucción 160/115 de 1960 se extendió a las otras cinco en transformación y a las cuatro de montaña (Mogaburo, 2017, p. 63).

Como veremos más adelante, las divisiones pentómicas sufrieron muchas críticas. Por ejemplo, los oficiales procedentes de la Academia General censuraban su división en cinco agrupaciones tácticas a cuyo frente estaba un teniente coronel. A su vez, estas se dividían en cinco agrupaciones de combate al mando de un comandante. Se había abandonado la tradicional organización ternaria basada en regimientos, batallones y compañías por una organización que teóricamente era capaz de “neutralizar los efectos del arma atómica mediante una mayor dispersión en el despliegue”. No obstante, la realidad fue que los capitanes dejaron de mandar compañías, ya que los grupos de combate “no eran otra cosa que compañías de cinco secciones” (Puell, 2010, p. 83).

El grupo de combate en la división americana era denominado en la división española como agrupación. Las cinco compañías, ya que los americanos conservaban su nombre clásico, que lo formaban eran lo que en el ejército español se conocía como grupo de combate. Si en la primera versión las compañías del grupo de combate americano tenían cuatro secciones, se acabó por reducirlas a tres, mientras que en la pentómica española se siguieron manteniendo cuatro (De Meer, 1963, p. 10). En resumen, la división pentómica española contaba con cinco agrupaciones de combate, a cinco compañías, a cuatro secciones.

A consecuencia del IV Congreso del Movimiento Europeo, celebrado en la ciudad de Múnich entre el 5 y 8 de junio de 1962, y denominado peyorativamente en España por la prensa falangista como Contubernio de Múnich, Franco remodeló su gabinete, entregando el Ministerio del Ejército al teniente general Pablo Martín Alonso, quien apenas estuvo dos en el cargo al morir como consecuencia de una intervención quirúrgica. Su sustituto fue Camilo Menéndez Tolosa, jefe de la Casa Militar de Franco (Puell, 2010, pp. 86-89).

Menéndez Tolosa fue receptivo a las críticas hechas a la división pentómica e, inspirándose en lo hecho en Francia, emprendió “la segunda gran reorganización que conoció el Ejército de Tierra durante los años sesenta”. Así, la reorganización de 1965 supuso una vuelta a la estructura ternaria y se crearon dos grandes conjuntos operativos. El primero de ellos fue la Fuerza de Intervención Inmediata (FII), que agrupaba tres divisiones –acorazada, mecanizada y motorizada–, tres brigadas –paracaidista, aerotransportable y de caballería–, y un núcleo de tropas para cuerpo de ejército. El segundo conjunto operativo se llamó Fuerza de Defensa Operativa del Territorio (DET), agrupando dos divisiones de montaña, ocho brigadas de infantería, “de implantación regional y contenido antisubversivo”, otra de alta montaña, una de reserva y otra de artillería para defender el Estrecho, unidades de artillería antiaérea y de costa, además de las tropas destinadas en los archipiélagos y plazas africanas (Puell, 2010, pp. 90-91).

Con la excepción de la aparición de las unidades de misiles y helicópteros, esta nueva organización no sufrió ningún cambio importante hasta que, “como una consecuencia más de la trascendental reforma militar de la Transición se puso en marcha el proceso que conducirá a la total transformación del Ejército de Tierra por el Plan META de 1984” (Puell, 2010, pp. 91-92)³⁷⁶.

Como se ha podido comprobar, el modelo en el que se inspiró para esta nueva reorganización del ejército español fue el francés. Ya en 1963 se empezó a plantearse la idea de buscar una alternativa al socio estadounidense, “aunque la idea de explorar un recambio al armamento que provenía de Estados Unidos, sobre todo en el Ejército de Tierra y en la Armada había surgido años antes”. Esto se debió en parte a que los Estados Unidos nunca fueron generosos con sus ayudas, estando estas por “debajo de las

³⁷⁶ El Plan META se propuso hacer del ejército una estructura funcional, “nucleada en torno a Cuartel General, Fuerza y Apoyo a la Fuerza”. Uno de sus mayores logros fue el de la reducción del número de capitanías generales de nueve a seis. Además, se disolvieron 116 unidades y se redujo en un 50 por ciento el contingente. No obstante, su principal objetivo de crear un ejército pequeño y bien dotado de material y armamento no se consiguió al no programarse un plan de inversiones en armamento para compensar esa importante reducción de efectivos (Puell, 2009, pp. 244-245).

necesidades de la Defensa Nacional”. No obstante, los acuerdos con Estados Unidos se renovaron durante ese año, pero también se empezó a buscar otros socios en el ámbito europeo, principalmente en Francia, porque podría ser la alternativa al armamento de origen americano y porque podría facilitar un acercamiento a la asociación europea que por entonces empezaba a despertar gran interés (García, 2015, p. 82).

Según afirma Puell, el elevado número de críticas que recibió la organización pentómica se debió en parte a que el Gobierno no les proporcionó dinero suficiente a causa del Plan de Estabilización y Liberalización de 1959. Que la división que vino a sustituirla contase con más adeptos entre los mandos se debió, en cierto sentido, a que “vino acompañada de la imprescindible provisión de fondos para la compra de armamentos y material durante ocho ejercicios consecutivos” (Puell, 2010, p. 92).

Las deficiencias de la organización pentómica española

En la revista *Ejército* aparecieron varios artículos en los que se estudiaba a fondo la división pentómica y se señalaban sus deficiencias. Quizá el más interesante de todos sea el de general De Meer, aunque hubo varios más, ya que este tipo de división despertó muchas críticas y análisis.

El general de división José Luis Aranaz señalaba, al tratar las divisiones pentómicas, que, si antes las divisiones actuaban “a golpe de batallón”, en la guerra moderna lo harían a “golpe de agrupación”. Pero veía inconvenientes en esta, debido a que una división experimental debía contar con un total de 3.028 vehículos, de ellos 106 carros de combate medios y 35 ligeros. Sin embargo, tal cantidad de vehículos conllevaba enormes dificultades a causa de conductores, aparcamientos o carburantes y que si “marcharan por una sola carretera tendrían un fondo que rebasaría los 100 kilómetros y habría bastantes vías cuyas obras dificultarían el paso”. Por tanto, como había señalado el general Franco, era necesario contar solo con algunas de estas unidades, puesto que, de ser todas las divisiones experimentales, el número de vehículos sería enorme (Aranaz, 1960, p. 35).

Cuando se habló de la división pentómica americana se indicó que en su evolución y perfeccionamiento se habían dado varios pasos: el primero, para adaptarse a la guerra con armas nucleares tácticas; el segundo, pretendía “aumentar la capacidad de maniobra y corregir la rigidez que se había apreciado en la nueva división”; y un tercer paso en estudio que anunciaba una vuelta al clasicismo. Sin embargo, en 1963 la división pentómica española ni siquiera había completado el primer paso, por lo que era obvio que tenía

“todos los inconvenientes que en su modelo se ha ido procurando evitar: rigidez por falta de articulación de unidades tácticas, falta de escalón de mando. Con otro, envejecimiento de los mandos”. La razón de este envejecimiento se encontraba en que la agrupación la mandaba un coronel, pero por sus efectivos y composición era más similar a un batallón que a un regimiento, por lo que “forzosamente” tendría que moverse como un batallón, aunque en fuegos equivaliese a un regimiento (y esto último solo en teoría). Por su parte, el grupo de combate, que en realidad era una compañía, era mandado por un comandante, porque valía en fuego lo mismo que un antiguo batallón. En resumen, se habían “envejecido los mandos de las unidades tácticas fundamentales” (De Meer, 1963, pp. 9-10).

El fallo primero de la división pentómica española se encontraba en que carecía orgánicamente de fuego atómico, aunque se preveía que este se lo diese el cuerpo de ejército como refuerzo. Pero resultaba que en ocasiones este en teoría fuego atómico no podría ser suministrado, por lo que resultaba una división muy débil, de ahí que fuese necesario el refuerzo del fuego clásico, algo que no se había hecho. Por estas razones, la división pentómica española era “pobre en fuego, en defensiva y en ofensiva” (De Meer, 1963, p. 9).

La insuficiencia de fuego de la división española era más acusada que la americana no solo por no poseer armamento atómico, sino que también por no tener fusiles ametralladores y disponer de un número menor de ametralladoras en los grupos de combate –ocho– que, en los antiguos batallones, que tenían doce. No obstante, sí poseía cuatro piezas de artillería más que las divisiones antiguas, pero al no tener fuego atómico esto seguía siendo escaso y se precisaba aumentar la artillería orgánica. De Meer también pensaba que era necesario volver a los nombres clásicos de regimiento y batallón, compañía o escuadra, incluso a los españoles de “Tercio y Bandera”. En su opinión, los nombres de agrupación y grupo de combate debían reservarse “para la reunión circunstancial de unidades orgánicas con vistas al cumplimiento de una misión determinada” (1963, p. 15-16).

La división pentómica no tuvo muchas simpatías en el ejército español. Desde los primeros momentos de su adopción en España, un buen número de mandos se percataron del excesivo volumen que tenía la debía ser “la menor de las grandes unidades”, por lo que consideraban que este defecto provocaría “pesadez” en su empleo, además de hacerla demasiado grande y “peligrosamente frágil” (Feliu, 1959, p. 9).

Pero no fue solo en España donde se pudo observar esta disconformidad con la división pentómica, puesto que, en Estados Unidos, país en el que surgieron, sucedió lo mismo. Algo similar ocurrió con el resto de países que adoptaron la organización pentómica, como también fue, por ejemplo, el caso de Francia. En Estados Unidos, se decidieron por la conocida como División Reorganizada. Ante el posible deseo de que en España se volviese a mirar al otro lado del Atlántico para inspirarse en la organización divisionaria, el comandante Feliu consideraba, y no era el único entre los oficiales españoles, que no había que adoptarla “a ciegas, sin un concienzudo examen de sus defectos y de la repercusión que podría tener en nuestro ejército con menos resistencia física para soportar continuas reorganizaciones y experiencias que el norteamericano. Además, indicaba que esta nueva división mantenía algunos de los defectos de las antiguas divisiones pentómicas (Feliu, 1963, p. 11).

Conclusiones

El acercamiento a Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría trajo una nueva organización divisionaria mediante la adopción de la división pentómica norteamericana. Inicialmente se crearon tres, con otras cinco en transformación, pensadas para combatir en un campo de batalla donde estuviesen presentes las armas nucleares tácticas. Fue un primer paso para adoptar la gran unidad fundamental a las realidades de la guerra moderna. Sin embargo, no contó con especiales simpatías entre los mandos del Ejército de Tierra desde sus inicios, prefiriendo estos una vuelta a la tradicional organización ternaria.

Su fallo principal fue que, a diferencia de la división estadounidense, le faltó el fuego atómico, convirtiéndose en una unidad pobre en fuego, ya que tampoco se le reforzó el fuego clásico. A pesar de sus deficiencias y de su corta vida, la división pentómica fue un primer intento por modernizar el obsoleto Ejército de Tierra español y adecuarlo al de las principales potencias occidentales. En resumen, la división pentómica fue, al igual que en Estados Unidos, una solución transitoria en pos de una organización definitiva para la gran unidad táctica fundamental.

A partir de 1963 el peligro de una confrontación nuclear se hizo cada más lejano y Estados Unidos abandonó la organización pentómica. Tras cuatro años de experiencias con la división pentómica, España también optó por renunciar a esa organización

divisionaria y en el Ejército de Tierra se emprendió una segunda reorganización, esta vez inspirada en el modelo francés.

Bibliografía

- ANÓNIMO (1960): «La reorganización: pensamiento de nuestro Ministro del Ejército», en *Ejército*, 245, pp. 3-11.
- ARANAZ, J. L. (1960): «Meditaciones sobre organización», en *Ejército*, 246, pp. 35-41.
- BRIZUELA, L. (1960): «La logística en la división de infantería experimental», en *Ejército*, 248, pp. 17-23.
- CARDONA, G. (2001): *Franco y sus generales: la manicura del tigre*, Temas de Hoy, Madrid.
- (2003): *El gigante descalzo: el ejército de Franco*, Aguilar, Madrid.
- (2005): *El problema militar en España*, Albor, Madrid.
- DE LINOS, Á. (1963): «La renacida brigada mixta», en *Ejército*, 280, pp. 15-19.
- DE MEER, R. (1963): «Estudio sobre la División I Pentómica», en *Ejército*, 279, pp. 9-18.
- DEL MORAL, V. (1959): «Las recientes maniobras en La Mancha», en *Ejército*, 237, pp. 54-57.
- ESTADO MAYOR CENTRAL (1959): *Notas sobre organización y empleo táctico de la división de infantería experimental*, Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército, Madrid.
- FELIU, E. (1963): «La División Pentómica y la ROAD norteamericana y la posible solución española», en *Ejército*, 280, pp. 9-13.
- GARCÍA, C. (2015): «Las Fuerzas Armadas españolas en la década de los sesenta: ¿Francia, una alternativa al “amigo americano”?», en *Aportes*, Vol. 30, pp. 81-114.
- (2017): «La adecuación de las Fuerzas Armadas españolas a la seguridad occidental en la década de 1960», en *Revista de Seguridad Internacional*, Vol. 3, pp. 45-59.
- KEZDIOR, R. W. (2000): *Evolution and endurance. The U. S. Army Division in the Twentieth Century*, RAND, Santa Monica.
- MACGRATH, J. J. (2004): *The Brigade: A History, Its Organization and Employment in the US Army*, Combat Studies Institute Press, Kansas.
- MARQUINA, A. (1986): *España en la política de seguridad occidental (1939-1986)*, Ediciones Ejército, Madrid.

- MARTÍNEZ, F. (2006): «El ejército de la postguerra (1940-1975)», en *Aproximación a la historia militar de España*, Vol. 2, Ministerio de Defensa, Madrid.
- MATEO, J. (1959): «La división pentómica de infantería en el combate», en *Ejército*, 228, pp. 70-75.
- MOGABURO, F. (2017): *Historia orgánica de las grandes unidades (1475-2018)*, Mando de Adiestramiento y Doctrina, Granada.
- NEY, V. (1969): *Evolution of the U. S. Army división (1939-1968)*, Technical Operation, Incorporated Operations Research Group, Kansas.
- PUELL, F. (2009): *Historia del ejército en España*, Alianza Editorial, Madrid.
- PUELL, F. (2010): «El devenir del Ejército de Tierra (1945-1975)», en PUELL, F. y ALDAS, S. (Eds.): *Los ejércitos del franquismo (1939-1975)*, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, Madrid.
- SOKOLOVSKY, V. D. (1981): *Estrategia militar soviética*, Ediciones Ejército, Madrid.
- VIÑAS, A. (2003): *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, Barcelona.